Traducción de
NILDA IBARGUREN

PIERRE CHAUNU

HISTORIA CUANTITATIVA, HISTORIA SERIAL



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1978
Primera edición en español, 1987

Título original:
Histoire quantitative, histoire sérielle

Publicado por Libraire Armand Colin, París

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-2598-6

Impreso en México

INTRODUCCIÓN

HISTORIA EN EL PRESENTE

Es válido que uno se plantee esta pregunta: ¿actualmente existe todavía alguna forma de historia que no sea, en mayor o menor grado, historia cuantitativa o historia serial? O bien la historia es anécdota o bien busca comprender, vincular, unir el pasado al presente, para lograr una mejor aprehensión del futuro próximo, el único sobre el cual podríamos tener algunas posibilidades de acción. En una palabra, o la historia es fiel a lo que fue en los orígenes, cuando Herodoto la creó como una construcción racional del pasado, como un arte de la memoria colectiva ("He aquí la exposición de la investigación emprendida por Herodoto de Halicarnaso para impedir que las acciones realizadas por los hombres se borren con el tiempo"), o bien es un entretenimiento nocturno. Algo legítimo, desde luego, pero diferente. Volvamos pues a nuestro maestro. Las acciones, entiéndase, el esfuerzo colectivo de las pequeñas ciudades griegas contra la presión del Gran Rey . . . la ciudad tiene necesidad de saber, de recordar. Su porvenir se enraíza en su pasado cercano. Además, en esta primera fase de nuestro padre Herodoto, aparece el tiempo y, por lo tanto, la muerte. La historia es para el edificio del conocimiento lo que la memoria es para nuestro espíritu: la historia es el medio que tenemos de racionalizar y, por lo tanto, de agilizar las llegadas y salidas de los relevos, y que permite construir un tiempo colectivo relativamente continuo a través de la muerte, a pesar de la muerte. Después del descubrimiento de la escritura –la historia no está ligada forzosamente a la escritura– la invención y el mejoramiento de una historia racional es uno de los mejores logros del espíritu humano. Desde el milagro griego, hay una correlación entre el progreso del conocimiento y el progreso de la historia. Para tratar de comprender el papel de la duración, en el momento en que estamos, nada mejor que volverse hacia la historia, y para comprender la historia como toda disciplina del espíritu humano, nada mejor que construir su historia. Recientemente, he recordado esto en dos libros en los que hago un esfuerzo para tratar de integrar la historia de la historia-conocimiento a un sobrevuelo rápido de la historia-objeto. Remito, pues, a *Histoire, science sociale*[1] y a *De l'histoire à la prospective*.[2] ¿Cómo podría la historia jugar plenamente su papel si no diera la medida del pasado, si no prolongara muy lejos en

el tiempo las series de las que nos servimos para aprehender el presente y optimizar el futuro?

Todo ha ocurrido muy rápidamente. Me acuerdo de las preguntas ansiosas y reprobadoras, en el umbral de los años cincuenta, cuando nos esforzábamos por construir, alrededor y bajo el impulso de Fernand Braudel, los índices de actividad del gran comercio marítimo. No citaré nombres, por respeto a la memoria de los muertos y por deferencia a los vivos. Es fácil desenterrar textos. Ellos prueban cuán grande fue al principio la resistencia del conjunto de los historiadores, incluso universitarios. Tuvimos que probar que éramos historiadores, que el peso de cada término de la serie era calculado con la balanza precisa de la historia . . . , que una serie de precios era una cadena de testimonios, que el valor monetario de un borrego o el cargamento de un galeón que navegaba de Sevilla hacia la tierra firme a través del Atlántico, era un testimonio que se criticaba como cualquier relato de la batalla de Waterloo, con una minuciosidad que habíamos heredado de los maestros de todos nosotros, los benedictinos de San Mauro. Y luego, de pronto, cesaron las resistencias; aprobado el alegato, la causa pareció defendida, y bien defendida.

Entonces, ¿vale la pena recordar todavía debates que forman parte de una lejana arqueología de nuestro saber?

He respondido a una amable petición. Entonces, propongo ahora, esta recopilación de artículos, este diálogo conmigo mismo. Ha sido necesario seleccionar. En un comienzo, había reunido los estudios de otros, había buscado algunos textos viejos . . . y echo de menos, particularmente, cierto artículo de Juglar,[3] donde encuentro en ciernes casi todas nuestras preocupaciones, o la introducción y la conclusión de las *Recherches* de François Simiand *sur le mouvement général des prix du XVI^e^ au XIX^e^ siècle*, texto mimeografiado de 1932, cuya verdadera publicación deberá decidirse un día. He descartado, pues, los estudios de otros, los de maestros del siglo XIX, los de principios del XX y los de mis contemporáneos, compañeros del mismo combate, para no conservar más que una parte de mis propios artículos. Eliminé algo más de la mitad de ellos a fin de reducir la recopilación a dimensiones razonables, y quedan así un total de 21 notas y artículos que se escalo-

[1] *La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*, París, SEDES, 1974, 438 pp.

[2] París, Laffont, 1975, 400 pp.

[3] Clément Juglar, "Y a-t-il des périodes pour les mariages et les naissances comme pour les crises commerciales?", *Bulletin de l'Institut international de Statistique*, t. XIII, 3a. entrega, Roma, 1903, pp. 1-11.

nan a lo largo de quince años, de 1960 a 1975, más un informe del 20 de septiembre de 1977, destinado a una comisión provisional del Consejo Económico y Social, y publicado en el *Tant qu'il fait jour* mensual, que presento, tal como fueron entregados, a la indulgencia del lector.

En verdad, casi todos expresan opiniones que me han pedido. El primero, "Dinámica coyuntural e historia serial. Punto de vista de un historiador", que ha sido escrito de nuevo con frecuencia, fue un encargo de los economistas de la revista belga *Industrie*, en el momento en que acabábamos de terminar la parte interpretativa de *Séville et l'Atlantique*. El segundo, "Historia cuantitativa o historia serial", publicado en Ginebra en 1964, fue redactado a fines de diciembre de 1963, en respuesta a una petición de Giovanni Busino, que solicitaba autorización para reproducir el artículo de *Industrie* en el número 3 de los *Cahiers Vilfredo Pareto*. Ahora bien, en el intervalo, Jean Marczewski había publicado un texto llamado a convertirse en clásico, la *Introduction à l'histoire quantitative de l'économie française*.[4] En 1964, a mi entender, ya no se podía reproducir, tal cual, un texto de 1960. Yo proponía, pues, situar la historia cuantitativa de los historiadores, proponía la historia serial en relación con la historia cuantitativa de los economistas.

Así, al paso de los años, de un número especial a un coloquio, después de haber sido un actor entre otros, me he dispuesto a observar como espectador la gran mutación de nuestra disciplina, que pasa de la jardinería al tratado de horticultura. Habría sido testigo, al menos, de los esfuerzos de la escuela histórica francesa para responder a los grandes requerimientos de los quince años más cargados de cambios de nuestra historia reciente. En verdad, la manera que se tiene de escribir el pasado, de integrar el pasado al presente, de construir el pasado para el presente, constituye la más preciosa prueba reveladora de las profundas obsesiones de una civilización en crisis.

• 1960-1965, es la cima del crecimiento, la voracidad canina de la industria, el optimismo del *Hudson Institute*, el fin del *baby boom*, pero el mantenimiento de la fecundidad en un alto nivel en Europa Occidental y en América del Norte.

Sin embargo, hacia 1962, se resquebrajó algo, cuya importancia no se medirá sino mucho más tarde.

[4] "Histoire quantitative. Buts et méthodes", *Cahiers de l'ISEA* 115, julio de 1961, páginas III-LIV.

• 1965-1970, alrededor de la gran onda impugnadora de 1968, se incrimina nuevamente, en el plano de las ideas, al crecimiento industrial. Éste continúa por el impulso adquirido, sin estar acompañado ya de la justificación ideológica de los años cincuenta y de los primeros años sesenta.

• 1970-1975, con el *colapso* demográfico del mundo occidental, el decrecimiento demográfico del Tercer Mundo y la tímida recuperación del Este, sobreviene la crisis energética del otoño de 1973 y... la primera crisis económica importante desde 1929 y 1938.

La historia de la historia cuantitativa –digamos mejor serial– es desde luego indisociable del mundo en el cual viven los historiadores. La historia, en la que se emplea la décima parte del papel impreso desde la máquina de Gutenberg, es el privilegio masivo del mundo industrial de origen europeo. Es pues la historia del mundo industrial de estos últimos años la que se sitúa como telón de fondo de la producción historiográfica.

La historiografía de punta, o sea la historiografía cuantitativista, se comporta, evidentemente, como todas las disciplinas más elaboradas, lo cual quiere decir que obedece a una lógica interna. Hay en ella una revolución de la computadora, cuellos de botella, tracciones; es una disciplina que se reactualiza a sí misma y en función de las necesidades de las otras ciencias sociales. Si la técnica depende esencialmente de la historia y de sus necesidades, sus problemas son, fundamentalmente, prestados.

Hubo una historia de la dinámica coyuntural como respuesta a la crisis de 1929, exigida por la obsesión de la gran crisis y de la guerra; hubo una historia del crecimiento sostenido y de las desigualdades del desarrollo; hubo una historia ecologista, felibrista, una historia del amor, del sexo, de la explosión demográfica, de la muerte, de la sociabilidad, de la fiesta; una historia que intenta responder a las preguntas anhelantes que los medios de comunicación de masas no cesan de plantear al cuerpo social, con un ritmo insostenible. Esta "maximización de lo súbito", de la que se ha hablado recientemente, se vuelve a encontrar en el hostigamiento del que es víctima la historiografía de estos últimos quince años.

Y como toda medalla tiene su reverso, este hostigamiento favorable a la renovación de los métodos no consiente casi la profundización de las obras.

Una historia cuantitativista que sea testimonio del trabajo de los historiadores al servicio de los hombres de su tiempo, un historiador que da a conocer su recorrido a lo largo de estos últimos años, tal es

el objeto de esta incompleta recopilación. Es recomendable por sus vacilaciones y por sus certezas. Vale más por las primeras que por éstas. La historia serial apenas comienza. El campo que se abre ante ella es inmenso. "Juntos, pues, nos levantaremos y nos construiremos."

Septiembre de 1976. PIERRE CHAUNU

PRIMERA PARTE

HISTORIA CUANTITATIVA O HISTORIA SERIAL

Esta primera parte la he titulado historia cuantitativa o historia serial. Está centrada en el gran debate de los años sesenta. La historia cuantitativa acaba de asentarse. Desde el viraje decisivo de los años treinta, la conquista de los grandes indicios ha sido conducida exitosamente. Se ha calculado con audacia y sin plantearse demasiadas preguntas. Se han multiplicado los indicadores hipersensibles en busca de las fluctuaciones a las que se teme y que se sueña con dominar en el presente. En verdad, ¿la economía occidental de los años cincuenta no contrasta con la de los treinta, la economía del crecimiento sostenido? Ahora bien, por el lado de los economistas, una enorme ambición ya se abre paso. La medición del pasado debe ser global. Debe vaciarse dentro de un modelo de contabilidad nacional. A la búsqueda crítica de la precisión se opone el legítimo deseo de actuar en forma global. Después de la afirmación de la dinámica coyuntural (cap. I), mi artículo de los *Cahiers Vilfredo Pareto*, "Historia cuantitativa o historia serial" (cap. II), marca la diferencia y propone una especialización del vocabulario que se ha conservado fija casi unánimemente. Pero la economía me parece, desde esta época, un campo demasiado estrecho. La unión con la geografía debe ser mantenida, lo afirmo en un artículo solicitado por la *Revue de l'enseignement supérieur* (cap. III) redactado en 1966 y publicado hasta 1969; la aparición, en 1966-1967, de la 2a. edición de *La Mediterranée* y la doble contribución de F. C. Spooner y de Fernand Braudel a la *Cambridge Economic History*, llevan a precisar los derechos del empirismo inteligente. Con Fernand Braudel, pues, cuya estatura domina el periodo, aparecen el espacio y el cálculo global del peso (cap. IV), en la era de la computadora.

I. DINÁMICA COYUNTURAL E HISTORIA SERIAL*

Punto de vista de un historiador

PARA el historiador, como para cada combatiente de esta sociología verdaderamente global, verdaderamente explicativa y por eso verdaderamente útil, que a pesar de institutos, proyectos y discursos, sigue siendo una promesa refugiada aún en un porvenir impreciso, la epistemología es una tentación que debe saberse descartar resueltamente. ¿La experiencia de estos últimos años no parece probar que la misma puede ser una solución cómoda para aquellos que van a perderse en ella con deleite –una o dos excepciones no hacen sino confirmar la regla–, como signo de una búsqueda que se estanca y se esteriliza? A lo sumo, es oportuno que algunos guías –lo que no somos ni pretendemos ser en ningún caso– se consagren a ella, a fin de preservar mejor a los robustos artesanos de un conocimiento en construcción –el único título al que nosotros aspiramos– de las tentaciones peligrosas de esa mórbida Capua.

¿Regla olvidada tan pronto como fue establecida? Así como no está prohibido al jardinero levantar la nariz, al llegar la tarde, por encima del seto de su jardín para apreciar mejor su trabajo viendo el campo vecino, de la misma manera está permitido al creador de una historia que se quiere útil, interrogarse un instante –pero sólo un instante– sobre la significación de su esfuerzo.

HISTORIA ÚTIL, HISTORIA SERIAL

Una historia que desea ser útil. Esta afirmación hará sonreír o escandalizará; además, corre el riesgo de ser mal comprendida por los que serán tal vez llevados a admitirla en un primer impulso. Una historia útil. ¿En la medida, desde luego, en que es fuente de sabiduría? ¿Fuente de sabiduría como todo conocimiento? En esta perspectiva, el adjetivo infundado es pleonasmo o mentira.

Una historia que desea ser útil es, concretamente, en el punto de

* Artículo publicado en *Industrie* 4 (6), junio de 1960, pp. 370-376. Reproducido con la amable autorización de las Editions de la Fédération des Industries Belges, Bruselas.

unión del primero y del segundo decenios del segundo siglo XX, una historia serial. Una historia que se interesa menos por el hecho individual (hecho político, naturalmente, pero además cultural o económico) que por el elemento repetido, por lo tanto integrable en una serie homogénea, susceptible, en seguida, de ser objeto de los procedimientos matemáticos clásicos de análisis de las series; susceptible, sobre todo, de enlazarse con las series que utilizan habitualmente las otras ciencias del hombre. Es allí, probablemente, donde reside la característica esencial de esta historia serial, pero que se puede, también, llamar simplemente útil. Ella se vuelve hacia el pasado, con sus propias técnicas puestas al servicio de problemáticas prestadas. No se prohíbe reconstruir, en su interior, las atmósferas mentales pasadas, decidida a no suponer nada para no dejar escapar nada. Se mantiene preservada, pues, de los *a priori* peligrosos.

En ese sentido, se siente total. *Pero sobre todo, busca en los testimonios extraídos del pasado respuestas a los interrogantes mayores de las ciencias sociales del presente. Esos interrogantes que son simplemente requerimientos de series.*

La demografía tiene necesidad de un espesor estadístico que la historia demográfica le proporciona –ésta no se ha destacado en ninguna parte mejor que en Bélgica, que se honra hoy de tener a un Roger Mols, gracias a la intuición pionera de Henri Pirenne; la criminología, de una historia de la criminalidad constructora de indicios. La economía, por último, tiene necesidad de una historia económica regresiva, edificadora de series estadísticas. Extendiendo, sobre unos cuatro o cinco siglos, el campo de observación de las ciencias humanas, una historia estadística útil puede garantizar a las disciplinas a las que sirve un aumento de eficacia. La ganancia no es sólo cuantitativa, es también cualitativa.

La experiencia es particularmente convincente para la economía política y la historia económica. Durante mucho tiempo tributaria de las únicas estadísticas publicadas al día por algunos servicios especializados –apenas al alcance de los sectores privilegiados de la Europa dominante y sus prolongaciones norteamericanas, más allá de la mitad e incluso del primer tercio del siglo XIX–, la economía tendió durante mucho tiempo a confundir las estructuras históricas del capitalismo industrial liberal con el marco inmutable de la producción y de los cambios de una sociedad evolucionada.

Esta crítica dirigida a la economía política clásica de anteayer alcanza de rebote a la economía marxista. Esta última, con el mismo derecho que el modelo clásico –pues lo calca por antífrasis–, rehúsa

conocer, para partirlo mejor de un solo tajo, siguiendo un esquema polémico heredado, otro sistema de producción y de cambio que el del siglo XIX, es decir, aquel que, a través de las laboriosas aproximaciones de Engels, le revelaron los trabajos pioneros de las primeras estadísticas publicadas del siglo XIX inglés. Los inspirados arrebatos de Marx sobre la economía feudal no son más que bellos arabescos intelectuales. Ellos no revelan de las pacientes reconstrucciones objetivas de los historiadores contemporáneos más de lo que toma la astronomía de la ciencia de los horóscopos.

Este estadio, adelantémonos a decirlo, está hoy superado. Si no por la economía marxista, encerrada en su corsé polémico, al menos por una economía no marxista que no es forzosamente liberal. Esta fructífera emancipación representada por la desacralización de los productos del siglo XIX o, si se prefiere, por la relativización de las estructuras liberales, la debe la economía, en una parte que no hay que exagerar[1] —en una proporción modesta, si se quiere, pero en cierta proporción a fin de cuentas— a las lecciones y más aún al material aportado por una historia estadística proveedora de indicios enlazables.

Así es como la historia puede ser útil, en el sentido más noble y al mismo tiempo más concreto. Esta historia útil, en tanto que serial, debe ser considerada como investigación fundamental e, incluso, como la investigación fundamental por excelencia de las ciencias y las técnicas sociales. Esta historia serial debe librar actualmente un doble combate para hacerse aceptar como tal, es decir, como esclarecedora del presente; para ser elevada al modesto rango de ciencia auxiliar y, sin embargo, autónoma de las otras ciencias del hombre, esas ciencias políticas de la acción que son, a su vez, servidoras de la historia.

Un combate, en primer lugar, contra las otras ciencias del hombre que —vueltas cada vez más conscientes por los historiadores mismos de la absoluta necesidad de rebasar las estructuras del presente, a fin de comprenderlas como tales, deseosas también de ampliar sus bases estadísticas— buscan inconscientemente desmantelar la historia, anexándosela, reduciéndola a una serie de técnicas regresivas, sin autonomía y sin vínculo entre sí. Una simple yuxtaposición de técnicas regresivas no puede hacer la historia. Añadamos que estas caricaturas de

[1] Pues ella, evidentemente, se debe en lo esencial, a las transformaciones del mundo actual y al alargamiento natural de las series estadísticas utilizables, lo que yo llamaría gustosamente la autosedimentación de las series publicadas por las secciones de coyuntura.

historias, yuxtapuestas por hombres extraños a su espíritu, pierden su rendimiento y su eficacia para las disciplinas mismas a las que se pretende que sirvan. Porque, cuando el historiador, el verdadero, se vuelve hacia el pasado con algún buen formulario de ciencia social en su equipaje, corre menos peligro de ser víctima de su instrumento. El formulario de las ciencias sociales no puede ser aplicado tal cual, debe amoldarse a las estructuras del pasado; dirigirse hacia el documento con un formulario mal asimilado es condenarse a llenarlo sin importar cómo, es condenarse a no encontrar en el pasado más que una ilusión del presente que se habrá proyectado en él. Se habrá querido, con toda razón, ampliar las bases estadísticas de una reflexión, salir de un marco estructural determinado y se llegará a un reforzamiento inconsciente de la experiencia limitada del presente, a una sacralización de lo que se habrá querido "desacralizar".[2]

Luego, un combate contra la historia misma o, más exactamente, un ardiente alegato en favor suyo, al lado de los historiadores, los historiadores tradicionales, los historiadores humanistas, de los cuales la historia serial que preconizamos no puede separarse, so pena de ser absorbida por las ciencias sociales del presente, esas disciplinas técnicas a las que falta a veces esa serenidad de investigación fundamental que la historia, por su método y su objeto, encuentra con naturalidad.

Se ha opuesto a veces, en el plano metodológico, y evidentemente sin razón, historia estadística e historia tradicional. Nuestros caminos, en realidad, son idénticos, si bien nuestras pretensiones son diferentes. La historia es de todos modos un conocimiento mediato. El historiador no conoce directamente lo que pretende conocer. No se nos podrá pues oponer la superioridad de los métodos probados de la historia tradicional, en nombre de lo que hay que llamar complejo del dato inmediato; casi todo conocimiento del pasado es, necesariamente, artificial.

Historia serial y crisis cíclicas

El problema de una historia útil, en tanto que serial, está así planteado. Apresurémonos a agregar que mal planteado, pues se halla formulado en términos demasiado generales. El problema de las relaciones

[2] Estas empresas habrán costado, porque las ciencias sociales del presente (esas ciencias técnicas) tienen los medios de que carece la historia: conocimiento de cultura, conocimiento humanista para el hombre honesto y así para los responsables de las distribuciones de créditos; por eso corren peligro de desembocar, en ciertos casos límite, en un empobrecimiento de quienes las hayan fomentado costosamente.

entre la historia serial y las ciencias del hombre puede ser ilustrado concretamente mediante ejemplos tomados de la dialéctica: historia económica estadística de los tiempos modernos / dinámica económica de la fluctuación; o, si se prefiere, historia coyuntural / económica de la coyuntura.

Conocer, analizar, dominar, para mejor domesticar las fluctuaciones económicas de las que este elemento necesario, la crisis, ha sido denunciado y sentido como el punto débil de las antiguas economías liberales, tal es —se puede afirmar sin temor al desmentido— la esencial preocupación intelectual o, al menos, la más interesante de la economía política de los últimos cincuenta o sesenta años. Y, más particularmente, de los tres pasados decenios que nos separan ya de la más espectacular de todas las inversiones de tendencia mayor, al día siguiente de la catástrofe "cósmica" de octubre de 1929. No hay, desde entonces, un sector de las ciencias sociales que haya sido trabajado tan apasionada y tan eficazmente como el de la dinámica cíclica, vital para nuestras civilizaciones. Los resultados, no solamente teóricos sino prácticos, obtenidos por los economistas, prueban abundantemente que centros de investigación privados y Estados han invertido oportunamente en ese sector justamente privilegiado de nuestros laboratorios de ciencias humanas.

El problema, en verdad, ya no se plantea en los mismos términos que hace sólo veinte años, cuando J. A. Schumpeter publicaba su *Business cycles*. De hecho, la crisis de 1929 está, en el plano intelectual, perfectamente absorbida. La eventualidad de una crisis del tipo de la ocurrida en 1929 está, en lo sucesivo, definitivamente excluida y ello gracias, en parte, al notable esfuerzo de reflexión de los economistas de la coyuntura. La eventualidad de que se repita una crisis de este tipo, a la vez moderna y arcaica, puede ser totalmente descartada.

Moderna, pues pertenece, en efecto (una vez despojada de todo lo que haya habido de específico en la situación americana, y luego mundial, en el curso del otoño trágico) a la categoría de las crisis modernas, ya que está dominada por el sector industrial de bienes de producción y por el sector bursátil, que los historiadores de la economía oponen, en teoría, desde Ernest Labrousse, a las crisis de tipo antiguo, propiciadas por el sector agrícola, entonces dominante. Pero arcaica, diríamos, por la amplitud extraordinaria de la baja de los índices, de los precios, desde luego, pero todavía más de los volúmenes de intercambios y de producción. Por la amplitud de la baja absoluta de todos los índices, las crisis de 1920 y de 1929 están emparentadas, de un cierto modo, lo reconozco, muy formal, con las que comenzamos a medir,

para los sectores marítimos y coloniales de la economía atlántica de los siglos XVI, XVII y XVIII. ¿Resulta necesario hablar de crisis a contrapelo, e incluso, más ampliamente, de una fluctuación en valor absoluto y no solamente, como es el caso de mayor frecuencia de nuestros días, con simples variaciones de aceleración de crecimiento? ¿Hay que introducir, al lado de la oposición clásica entre fluctuaciones con sector agrícola dominante y fluctuaciones con sector industrial dominante, otra oposición entre fluctuaciones en índices brutos y fluctuaciones en aceleración de crecimiento? Poco importa; lo esencial es señalar bien la oposición que se abre entre la dinámica cíclica de un siglo XIX que dura, en términos generales, hasta 1929, y la dinámica cíclica del siglo XX que comienza, de hecho, en 1940 en los Estados Unidos, en 1945 en la Europa devastada y remolcada. El paso del ciclo contrastado al ciclo llano, con toda la economía de sufrimiento que esta revolución silenciosa implica, constituye el saldo positivo de la catástrofe de 1929. Ella está, en parte, ingresando al activo de una economía política que ha sabido casar, sin abolirlas, investigación fundamental y aplicaciones prácticas.

¿CÓMO REAJUSTAR LOS CICLOS ECONÓMICOS?

Nada sería más peligroso que no pasar de ahí, satisfechos, en suma, con una victoria obtenida, este año, sobre un peligro del año anterior. Ello sería continuar preparando, en el plano de la técnica social, la guerra de ayer, demasiado bien ganada como para que exista riesgo serio de recurrencia. En verdad, las amenazas persisten, pero cambian de forma. El problema más importante que la economía política puede y debe hoy ayudarnos a resolver es, evidentemente, el de la armonización de los crecimientos de una y otra parte de la gran frontera geográfica, ideológica y espiritual, alrededor de la cual se organiza el sector dominante del mundo, es decir Europa y sus dilatados límites en América del Norte y en la Rusia soviética. Comparado con este drama —en apariencia menos agudo, tal vez— el problema de la ayuda al Tercer Mundo es un problema secundario. Éste, en efecto, sólo adquiere una espuria agudeza, cedida en préstamo por la escandalosa división del sector normalmente, lógicamente dominante.

Lo que se ha llamado competencia pacífica entre los bloques se reduce a un problema de crecimiento y, de una manera todavía más concreta para Occidente, a un problema de aceleración de crecimiento. Es posible, frente a esta realidad —digámoslo crudamente: la pér-

dida por el Oeste de una primera partida que va de 1955 a 1960–, refugiarse detrás de reconfortantes líneas de defensa verbal. Eso se llama problema de madurez, exponencialidad natural de las actividades en su comienzo; eso puede revestir también la forma de conflictos bizantinos sobre ponderaciones de indicios.[3] Desde luego, no todo es excusa en estas justificaciones. En este terreno, como en cualquier otro, el masoquismo en el que destaca el francés mejor que nadie en Europa, no es más que el aspecto negativo de una falta de clarividencia, de una pereza para juzgar, de una ilusión para los necios de inteligencia vulgar. Se puede, también, lamentar el ritmo que el Este cree deber imponer a su economía. Frente a este desafío no hay para el Oeste, sin embargo, más que una sola respuesta válida: llevar su ritmo de crecimiento, objetivamente, a un nivel al menos igual, indiscutiblemente igual y, mejor todavía, ligeramente superior al del Este. Todo lo demás es literatura.

Ahora bien, si se observan objetivamente los índices de actividad más representativos del mundo occidental, al menos desde hace quince años, uno se convencerá de que el problema debe ser menos irresoluble, en tanto que se confunde, en las mismas circunstancias, con un nuevo ajuste del ciclo. Al desafío de la crisis de ruptura estructural de 1929, la economía política liberal (hay que llamarla así a falta de algo mejor) o no marxista (la única, en verdad) ha respondido mediante el ajuste keynesiano de los años treinta. Después de veinticinco años de esfuerzos, se llega, en líneas generales, a un ciclo que se caracteriza –en los sectores de dominio máximo, tanto orgánicos como geográficos– por un tiempo muy corto de crecimiento rapidísimo, pagado con una fase relativamente larga de tope, de pesadez, de estancamiento y, en el mejor de los casos, de insignificante crecimiento. En sus cortos momentos de expansión, el mundo occidental da prueba de un dinamismo manifiestamente superior al dinamismo de las economías enteramente planificadas del Este. Como la economía "liberal" ha sobrepasado la parte baja del ciclo y el drama social de la crisis justamente denunciado por la crítica marxista del siglo último, ahora debe echar la culpa a lo que fue su victoria de ayer: esos larguísimos tiempos de estancamiento que, después de haberla liberado de la crisis, no hicieron más que disminuir peligrosamente sus posibilidades

[3] En realidad, estos conflictos me parecen actualmente menos bizantinos. Sabemos, ahora, que las estadísticas soviéticas de los años cincuenta eran escandalosamente falseadas . . . y de muy débil valor. Nunca se recuperaron esos datos en forma fidedigna. No obstante, el llamado al esfuerzo sigue siendo más que nunca válido.

en la confrontación decisiva de los quince o veinte años que vienen. La solución está, sin duda, a la misma distancia del ajuste keynesiano, cuyo resorte inflacionista se ha aflojado y su consecuencia —entiéndase por esto la proliferación de las actividades venenosas— cargada de peligros a plazo, que del supuesto rigor "neoortodoxo", cuyas victorias se pagan al precio de este denunciado alargamiento de los tiempos de tope —léase ese lujo criminal que el Oeste, so pena de perder una apuesta para nosotros sin precio, debe rápidamente rechazar.

De este análisis, en parte trivial, se desprende una certeza: nuestra victoria sobre el ciclo es una victoria incompleta. Debe ser completada. No con la supresión del ciclo. Esto sería para la economía liberal el equivalente de un suicidio. La alternación de un tiempo de reflexión y de construcción, de rápido crecimiento y de menor crecimiento, de progreso en la superficie y de progreso en profundidad, es una necesidad orgánica de la vida misma. La economía soviética no ha sabido, aparentemente, escapar a ello, a pesar de las embarazosas negativas de sus teóricos. Pero ahora, en el interior de un ciclo aceptado, importa pasar del esquema crecimiento/estancamiento (que sustituyó felizmente al viejo esquema crecimiento/decrecimiento que el siglo XIX había heredado del Antiguo Régimen) al esquema crecimiento rápido/menor crecimiento, condición de una victoria para el Oeste que, frente a sí mismo y frente al mundo, tiene el deber de ganar.

¿Cómo lograrla? Corresponde decirlo a los economistas. Habría que ser muy ingenuo, hipócrita o loco, para pretender que se puede llegar a ello de otra manera que no sea un enorme esfuerzo de reflexión y de voluntad. Una conclusión, sin embargo, puede derivarse razonablemente de este análisis: la dinámica económica, la economía de la fluctuación es tan útil hoy como ayer.

Un enorme esfuerzo de investigación, dotado de todos los medios necesarios, debe emprenderse hoy más que nunca, sin importar su precio, en este dominio neurálgico de la técnica social.

La aportación de la historia económica

Los historiadores de la economía, de una historia serial tal como la hemos definido, no tienen una solución que proponer ni, por consiguiente, un servicio que ofrecer. Este largo alegato no tenía más que un objetivo: mostrar que una historia económica estadística, preocupada esencialmente, en este momento, por medir apasionadamente las fluctuaciones de las economías antiguas, las que nos son todavía acce-

sibles —es decir, las que lo son para los sectores privilegiados del mundo atlántico (y en ocasiones también del extraatlántico dependiente), las que se remontan más allá del siglo XIX, bastante bien delimitado, las de los siglos XVIII, XVII y XVI— puede no perder actualidad de manera total.

Una historia estadística de la fluctuación de las economías del período que llamamos de buena gana el período preestadístico de los tres siglos de la Modernidad (XVI, XVII, XVIII), puede aún, en rigor, servir a la reflexión de esta técnica social capital: la ciencia económica de la fluctuación. Lo logrará más todavía, cuando haya sabido conservarse perfectamente autónoma, cuando haya sabido resistir mejor a la tentación —desde tentación intelectual hasta tentación financiera— de no ser más que una simple técnica regresiva de la ciencia económica de la fluctuación. Una historia económica serial centrada en el estudio cifrado de la coyuntura del pasado contribuirá así, muy modesta pero muy seguramente, al combate esencial llevado en primera línea por la dinámica económica del ciclo, al enriquecer la cultura de los economistas con elementos de reflexión, al prolongar sistemáticamente sobre tres o cuatro siglos el material estadístico que, concretamente, gobierna su acción.

Desde hace varios años, un gran esfuerzo de historia estadística es conducido —para el sector privilegiado de un Mediterráneo conquistador del espacio atlántico, conquistador él mismo del espacio extraatlántico— en dirección a este período que hemos propuesto llamar el período preestadístico: los tres siglos de la primera Modernidad. Las administraciones de este período —¿diremos "las terciarias"?— participan todavía, en mayor o menor grado, de las estructuras mentales de una Edad Media que no tenía, en el mismo grado que nosotros, el cuidado y el respeto de la precisión cifrada. El *poco más o menos* de los textos españoles hace aquí también eco al *l'un portant l'autre* de los documentos de expresión francesa. Y, sin embargo, estos hombres han contado, tal vez con menos exigencia que la nuestra, con un sentido todavía muy impreciso,[4] sobre todo, de la presentación y de la utilización estadística, aunque suficiente para que, al precio de un gran esfuerzo —los que han pasado una parte de su vida con los medios del artesano en estas pacientes reconstrucciones estadísticas lo saben—, se

[4] No hay que apresurarse a generalizar. Existen en los archivos españoles, principalmente en las admirables series administrativas que nos ha legado la España dominante de Felipe II y la no menos brillante, políticamente, del Siglo de Oro, pruebas tangibles de un sentido ya moderno de la estadística.

pueda, a partir de buenos testimonios sobre los sectores más considerables, a veces, de la economía, llegar a series perfectamente enlazables, cuya precisión, riqueza y significación no son irremediablemente inferiores a las de las series que nuestros economistas utilizan corrientemente en la segunda mitad del siglo XIX, si no es que para la primera mitad del XX.

Un sector pionero: los precios

En este largo remontarse al pasado que permitirá, al término de un esfuerzo cuyo fin no veremos nosotros,[5] la anexión de tres siglos y medio, a grandes rasgos, a nuestras Estadísticas Generales, con la recompensa del prodigioso enriquecimiento intelectual que esta ampliación promete, hay un sector pionero, el de los precios. Una historia estadística, científicamente rigurosa, de los precios, es llevada sistemáticamente desde los años treinta, en todos los países de Europa y de América del Norte.

Ciertamente, audaces sondeos habían desembocado, desde fines del siglo XIX, en medidas de niveles.

Pero el choque llegó al día siguiente de la crisis de 1929, a petición de los economistas aterrados por el cataclismo, para ellos sin precedentes, de un hundimiento de las cotizaciones de una amplitud tal que parecía sin término posible de comparación en la corta memoria de los hombres. Sin precedentes para la memoria oral, por cierto, pero no para la memoria escrita; y los historiadores no iban a tardar en demostrarlo. Algunos grandes nombres están vinculados con esta obra gigantesca: Ernest Labrousse en Francia, Beveridge en Inglaterra, el norteamericano E. J. Hamilton en España, Elsas en Alemania, Posthumus en Holanda y, muy recientemente, Charles Verlinden y su brillante equipo en Bélgica. La historia pionera, la historia serial estadística de los precios tiene veinte o treinta años de adelanto sobre todos los otros posibles sectores de una historia económica, dinámica y cuantitativa. Historia doblemente pionera, también, porque ha fijado métodos que no son, por cierto, exactamente aplicables a los otros sectores, pero que son adaptables al precio de un esfuerzo de imaginación siempre provechoso. En el plano de los métodos, que desborda ampliamente el marco formal de la historia de los precios, nadie ha hecho tanto

[5] Se le vería más rápidamente si aquellos que realizan esta ruda y dura labor, por lo demás muy poco numerosos, encontraran con suficiente rapidez los modestos medios que necesitan.

como Ernest Labrousse en dos obras que son consideradas con muy justificada razón, como los "Discursos del Método" de la historia cuantitativa.

Pero si se quería ir más allá y alcanzar un primer bosquejo verdadero de una reconstrucción de coyuntura histórica —es decir, de coyuntura económica del pasado— había que duplicar las series de los precios con otras series de indicios que reflejen, evidentemente, el trabajo efectuado por nuestras oficinas de Estadística. Si los diferentes sectores de la producción permanecen casi siempre, hasta aquí, fuera de nuestras capturas —algunas proezas realizadas, en Bélgica especialmente, en el marco privilegiado de Flandes, incluso en América para las minas, no cambian en nada esta cruel declaración de insolvencia—, un muy grande y provechoso esfuerzo es emprendido en dirección de los sectores más importantes del comercio, del comercio exterior sobre todo. Por el rodeo de la transacción, los historiadores alcanzan la inasequible producción. A partir de este momento, cuando se pueden hacer correr uno al lado de otro sólidos índices de precios y numerosos índices de actividad representativos, es posible recuperar la coyuntura económica de vastos sectores del mundo moderno. Construcción de índices de actividad, análisis basados en estas series iluminadas por las series anteriores de los precios de una coyuntura histórica por fin recuperada, tal ha sido el campo principal de nuestros esfuerzos.[6]

No es posible resumir de un plumazo las lecciones de un estudio coyuntural de los espacios Atlántico, Pacífico y Americano, que cubre actualmente 8 mil páginas. Nos circunscribiremos a algunos rasgos casi estructurales de estas coyunturas antiguas, tales como se nos presentan desde ahora.

[6] Para el Atlántico español, la América hispánica, las Filipinas y el Océano Pacífico, en los siglos XVI, XVII, y XVIII, cuyo primer tercio, o sea cerca de 8 mil páginas, está actualmente publicado:

H. y P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique 1504-1650. Première partie. Partie statistique*, 7 t., 8 vols., París, SEVPEN, 1955-1957, 3 890 pp.

P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique 1504-1650. Deuxième partie. Partie interprétative. Structures et conjoncture de l'Atlantique espagnol et hispano-américain*, t. VIII en 3 vols. y un fascículo, París, SEVPEN, 1959-1960, 3 453 pp.

Una segunda serie cronológica está en preparación, por H. y P. Chaunu, intitulada *Cádiz et l'Atlantique 1650-1800*, para la segunda mitad del siglo XVII y el siglo XVIII.

Para el Pacífico, P. Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques. Introduction méthodologique et indices d'activité*, París, SEVPEN, 1960, 302 pp., introduce una serie paralela a la que ha sido emprendida para la economía atlántica, t. II, 1966.

Alargamiento y acentuación de los ciclos en las economías antiguas

Se vuelven a encontrar en estas economías de los siglos XVI, XVII y XVIII los cuatro tipos de fluctuación que estamos acostumbrados a distinguir en las economías "estadistificadas" de los siglos XIX y XX: la fase, el interciclo, el ciclo otrora decenal en general, al que se llama bastante impropiamente el ciclo de Juglar, y la fluctuación corta o ciclo de Kitchin. Pero la amplitud de estas fluctuaciones es mucho más acusada que en nuestras economías modernas y su duración es sensiblemente más larga. En general, la duración de la fluctuación se acrecienta a medida que nos remontamos en el tiempo. El alargamiento es, además, proporcionalmente mucho más grande en los elementos largos y, en verdad, los más hipotéticos en las economías modernas de la coyuntura (fase e interciclo) que en los elementos cortos, fluctuaciones primarias y fluctuaciones cíclicas. El rasgo mayor de esta dinámica antigua puede, así, resumirse en dos palabras: alargamiento y acentuación de la fluctuación. Acentuación relativa de los movimientos más largos (hoy, en apariencia, prácticamente desdibujados) en relación con los movimientos cortos (hoy únicos fuertemente marcados).

Para el sector probablemente dominante del Atlántico español e hispanoamericano (dominante, en general, desde comienzos del siglo XVI hasta mediados, al menos, del siglo XVII; es decir, aquel cuyas fluctuaciones acaban por imponerse a los otros sectores geográficos), hemos podido demostrar la existencia de una correlación positiva simple entre precios-metal e índices de actividad del comercio exterior incluso, entre precios-metal y la totalidad de los índices de actividad, en el interior de la fase y del período medio interdecenal.

En el interior del ciclo y de la fluctuación, las correlaciones precios-índices de actividad subsisten. Pero son menos rígidas, menos astringentes. Excluyen, en general, las cimas catastróficas de los precios, determinadas por un accidente meteorológico y su incidencia sobre el sector cerealero dominante; se anudan más cómodamente entre precios nominales y actividades, tributando así su prima al efecto sorpresa de las inflaciones incipientes. Es que, en realidad, en el interior del tiempo cíclico, intervienen muchos elementos exteriores, sin hablar de las longitudes de onda atenuadas, que dejan tras de sí los accidentes más graves, sean propiamente coyunturales o extracoyunturales.

Esta seca enumeración da cuenta, muy mal, evidentemente, de una

realidad realmente compleja, pero atractiva y esclarecedora. Por el lado propiamente histórico, el análisis coyuntural obliga a reescribir de arriba abajo incluso muchos de los más clásicos episodios de la historia política tradicional. Las fantásticas victorias holandesas, por ejemplo, en todos los mares, de 1602 a 1644, fecha en la cual el Brasil holandés comienza a crujir, después del hundimiento de 1642 a 1644 de los precios del azúcar en la plaza de Amsterdam, se comprenden mejor si se tiene en cuenta el desfase coyuntural máximo de ese momento entre el espacio Atlántico-Norte y Atlántico-Sur-mediterráneo. La guerra de Flandes misma, la Guerra de Ochenta Años de los historiadores de lengua neerlandesa —nos hemos entretenido en mostrarlo en un artículo reciente— es singularmente más comprensible a la luz de la coyuntura del sector dominante de la economía atlántica.

Pero ese aspecto es secundario. ¿En qué medida la lenta exhumación de la coyuntura económica de estos siglos lejanos puede servir a una mejor comprensión de la dinámica cíclica del siglo XX? Es a los economistas a quienes toca responder. Los historiadores, por su parte, cumplirán con su deber.

II. HISTORIA CUANTITATIVA O HISTORIA SERIAL*

ECONOMISTAS e historiadores han trabajado mucho desde hace quince años. Esta brillante medalla tiene su reverso, puesto que, en verdad, no se puede ganar en todos los aspectos. A despecho de una buena voluntad proclamada, más que de una necesidad profundamente sentida, para el historiador es difícil seguir inmediatamente, en todos sus pasos y, por lo tanto, en todas sus conquistas, el flujo imperioso de la ciencia económica. Congresos, coloquios y simposia —acontecimientos y palabras de moda— no han derribado todas las barreras ni eliminado todos los tabiques. Porque, en realidad, más allá de la dificultad física —habría que decir fisiológica— donde uno encalla al querer abarcarlo todo —y que es, en definitiva, la otra cara de nuestros éxitos—, la diferencia está más en la índole que en el contenido de nuestros conocimientos. Es cierto que todos tenemos conciencia de trabajar en esta vasta sociología global del hombre en sociedad, unos con más sensibilidad respecto a los plazos largos, a las estructuras cuya inmovilidad no es más que un artificio de exposición o medio de acceso; otros, al orden en el espacio, el economista a la matemática sutil de las leyes del equilibrio, al álgebra de una dinámica coyuntural encajonada en el tiempo breve del Kitchin o del Juglar. Es cierto que nosotros queremos ser útiles,[1] ser ciencias de la acción y no solamente conocimiento o camino de sabiduría; pero en nuestra vasta morada, las casas permanecen bien preservadas. Por el espesor de nuestras monstruosas bibliografías, en las que hay que estar iniciado para ir con seguridad a lo esencial, más aún por nuestros imperativos de urgencia; más que por sistemas, por temperamentos. Abramos bien las ventanas, desde luego, pero preservando nuestras exigencias. Si es cierto que es el punto

* Artículo publicado en los *Cahiers Vilfredo Pareto* 3, 1964, pp. 165-176. Reproducido con la amable autorización de la Editorial Droz (Ginebra).

[1] En el capítulo I, *supra*, reivindicamos para la historia serial esta peligrosa proposición, en la que algunos verán un retroceso: "Una historia que se quiere útil. Esta afirmación hará sonreír o escandalizará: ¿corre el riesgo, además, de ser mal comprendida por aquellos que serán tal vez llevados a admitirla en un primer movimiento [. . .] En la medida en que es [. . .] fuente de sabiduría, como todo conocimiento? En esta perspectiva, el adjetivo sin base es pleonasmo o mentira. Una historia [. . .] busca en los testimonios extraídos del pasado respuestas a los interrogantes mayores de las ciencias sociales del presente."

de unión de las disciplinas adyacentes de donde brotan los mayores descubrimientos, dentro de las desordenadas perspectivas, de inusitados acercamientos, el historiador no gana forzosamente imitando al economista, ni éste improvisándose como historiador. Una simple permuta, en un minué mal regulado, sustituye a los profesionales por los aficionados. Hay, pues, regresión, no progreso. En la búsqueda de acuerdos y de adelantos necesarios, no basta con tomar el lugar del otro. Hemos avanzado mucho desde hace tres o cuatro años: los economistas sobre todo. Ellos aportan una obra y una reflexión. A menudo hemos establecido nuestras distancias con respecto a la epistemología,[2] denunciado "las tentaciones peligrosas de esta mórbida Capua" y preconizado el dejar tal responsabilidad a algunos guías. Hoy como ayer, no pretendemos este título; sin embargo, nos parece útil precisar en algunos puntos el modesto perfil de una perspectiva de historiador.

En 1964, después de algunos esfuerzos de armonización, economistas e historiadores siguen empleando las mismas palabras en sentidos diferentes y, muy particularmente, la expresión clave de historia cuantitativa. Es, incluso, una querella. Por encima de las palabras, la confusión está en los métodos, un poco en las mentes. El progreso, además, supone un uso perfecto y, por lo tanto, una asimilación de la experiencia. Es necesario, en verdad, detenerse en las palabras.

A la cabeza de una obra capital[3] –de cuyos méritos y eventuales peligros no se hablará nunca suficientemente– uno de los más brillantes economistas de nuestro tiempo (uno de los más brillantes, pero además uno de los más cercanos a la historia y sus problemas), Jean Marczewski abre el debate en términos muy vivos. Si no en la forma, siempre cortés, sí en el fondo, ya que rechaza –o al menos se preocupa poco acerca de ellos– treinta y cinco años de esfuerzos que los historiadores de la economía creían haber guiado hasta aquí en el sentido

[2] Capítulo I, *supra.*

[3] En el tomo primero, de julio de 1961, en los cuadernos de la colección *Histoire quantitative de l'économie française de l'Institut de Science Economique Appliquée,* de la cual se han anunciado 11 volúmenes y aparecido 3; t. I; J. Marczewski, *Histoire quantitative. But et méthodes;* J.-C. Toutain, *Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958: I: Estimation du produit au* XVIII *siècle* (N. 115, Serie AF, julio de 1961, *Cahiers de l'ISEA* 44, 224 pp.); t. II; J.-C. Toutain, *Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958: II: La croissance* (N. 115, Serie AF, n. 2, julio de 1961, *Cahiers de l'ISEA,* 287 pp.); t. III: J.-C. Toutain, *La population de la France de 1700 à 1959* (Prólogo de J. Marczewski. N. 133, enero de 1963, Serie AF, n. 3, x 254 pp.).

de una aproximación cuantitativa al pasado. Palabras de director de escuela o palabras de inventor, se apresuran todos a reconocer, que se propone marcar a su altura la inflexión decisiva. Con la reflexión, en cambio, la condena va muy al fondo, pues la obra que sigue pasa por alto los 35 años de esfuerzos de los "historiadores económicos clásicos"; esta historia anecdótica con pretensión estadística habrá, pues, trabajado en vano. Los avances de los historiadores no habrán servido para nada. Sus resultados no han parecido susceptibles de ser cifrados para ajustarse al molde de una contabilidad nacional regresiva, felizmente propuesta. Ante su paso, un poco lento, se habrá preferido una vuelta pura y simple a las caprichosas evaluaciones de fines del siglo XIX, extrapoladas de los "tratadistas" del Antiguo Régimen. El odre es nuevo, ciertamente, pero el vino es demasiado viejo y se echó a perder desde hace mucho tiempo. No juzguemos con tanta prisa. Sería tan poco hábil, por parte del historiador, rechazar el gran esfuerzo, fructífero en tantos aspectos, del equipo Marczewski, como fue tal vez precipitado para los economistas del equipo Marczewski, rechazar el auxilio de la experiencia de la historia económica clásica.

En la introducción, en forma de manifiesto, que abre la serie de la historia cuantitativa de la economía francesa, Jean Marczewski expresa su posición de esta manera:[4] "El término *historia cuantitativa* es todavía poco conocido. En la medida en que ha sido empleado [principalmente por E. Labrousse y F. Braudel, precisa una nota], lo fue en un sentido que no es el que nosotros desearíamos darle [. . .], los historiadores modernos recurren cada vez más frecuentemente a la teoría económica [. . .] El uso creciente de las estadísticas confiere a algunos de estos análisis un aspecto cuantitativo."[5]

Esta introducción de lo cuantitativo en la historia económica tradicional sigue siendo sin embargo tímida y fragmentaria.

Las estadísticas utilizadas por los historiadores económicos sirven esencialmente para caracterizar una estructura en un momento dado, para ilustrar una evolución durante un período o para expresar una

[4] *Op. cit.*, N. 115, Serie AF, n. 2, p. III *s.*

[5] Tres nombres y cuatro obras son citadas en la nota (p. IV): *Le salaire de* François Simiand (1932), *La crise* y *l'esquisse* de Ernest Labrousse (1944 y 1933), el *Essai* de Alexandre Chabert (1945), cuatro libros sobre los precios de desigual importancia. El *esquisse* y *La crise* se destacan claramente; el *Salaire* ha tenido menos importancia que las modestas *Recherches anciennes et nouvelles* y, en cuanto al *Essai* de Chabert, ha provocado bastantes reservas serias. Dos esfuerzos cuantitativistas son ignorados aquí, salidos uno y otro del esfuerzo piloto de los historiadores de los precios, . . . la demografía histórica, la construcción de los índices de actividad.

dependencia entre dos o varias series de hechos. Ahora bien, por importantes que sean, estas aplicaciones de la estadística no constituyen una modificación fundamental de los métodos tradicionales de la historia económica. Mejoran, por cierto, el conocimiento de las relaciones particulares y, por eso mismo, aumentan el poder de análisis de la historia económica. Pero no son capaces de cubrir las lagunas de la información bruta, no eliminan sino muy parcialmente el carácter subjetivo de la elección de los hechos retenidos y casi no amplían la capacidad de síntesis de los historiadores que se sirven de ellas. Por último, la última palabra es expresada: "una historia económica que utiliza la estadística y las estadísticas no es 'cuantitativa' mientras su gestión básica, es decir, la elección de los hechos por retener, no se haga según métodos cuantitativos, y mientras las conclusiones a las que llegue no se presten a una expresión cuantitativa integral".

Dicho de otra manera, no hay historia cuantitativa más que en una reconstrucción del pasado según el modelo de la contabilidad nacional. Cuantitativa y circular, puesto que toda variación en una columna del balance repercute necesariamente sobre el conjunto del sistema. La historia cuantitativa a la que aspiran los economistas podría, por consecuencia, definirse como contabilidad nacional regresiva, historia cuantitativa global, incluso historia cuantitativa circular.

Así definida, la empresa es seria.[6] Merece, indiscutiblemente, el esfuerzo y los créditos que, un poco en todas partes, le han sido consagrados. El historiador, siendo incluso un mal juez, no pondrá en duda que los modelos de contabilidad nacional constituyen hoy en día uno de los mejores logros de la descripción económica. Obtener para un pasado cercano, o incluso lejano, a fuerza de interpolar y extrapolar, una prolongación en el tiempo de las grandes series constitutivas del

[6] J. Marczewski hace rápidamente el historial de la historia cuantitativa global (*op. cit.*, pp. XL, XLI). Recuerda la nota pionera de Simon Kuznets. El voto, en 1950, de la *International Association for Research in Income and Wealth.*

¿Ha sido bien visto el informe? Se ha subrayado el papel de las dificultades de la readaptación inmediatamente después de la primera Guerra Mundial y, más particularmente, de la crisis de estructura de 1929 en el montaje de una investigación sistemática en el ámbito de la historia de los precios, la primera historia serial; las dificultades de la readaptación, inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, y la corta depresión en vísperas de la reactivación de la guerra de Corea, parecen haber jugado el mismo papel, durante este segundo nacimiento de la historia cuantitativa. Nosotros cuestionamos solamente que la segunda sea más importante que la primera. La innovación de los años treinta no es de la misma importancia que el mejoramiento propuesto hoy dentro de la línea de los congresos anuales de la IARIW.

modelo es, a la vez que deseable, hasta cierto punto posible. Una historia que estuviera en condiciones de responder totalmente a esta exigencia de la reflexión económica, merecería plenamente el título de ciencia auxiliar de la economía, lo cual es para nosotros el signo de un ascenso. Ella se inserta dentro de la definición que proponíamos, hace ya varios años, en la conclusión provisional de nuestra *Séville et l'Atlantique*,[7] de una historia útil, esclarecedora del presente; de una historia elevada al rango modesto de ciencia auxiliar, auxiliar de las otras ciencias del hombre, esas ciencias políticas de la acción que son, a su vez, servidoras de la historia.

A esta forma de historia, proponemos no llamarla cuantitativa, sino serial. Fernand Braudel,[8] en el brillante ensayo que nos ha hecho el honor de dedicar a nuestro modesto trabajo, nos lo ha testimoniado recientemente.

Ayer hubiéramos podido dudar. Hoy, la duda no es posible. Será cómodo decir historia serial, cuando, dentro del orden de lo cuantitativo, nosotros los historiadores deseemos diferenciar nuestra gestión del esfuerzo de nuestros amigos los economistas, en vías de remontar el tiempo.

Ciertos silencios valen más que largos discursos. En su introducción a la historia cuantitativa, Jean Marczewski propone esta definición:[9] "El objeto tradicional de la historia es el estudio y la explicación de los hechos localizados en el tiempo y en el espacio. Aplicada a los hechos económicos, la historia se dedica a dar cuenta de la evolución de las estructuras, a describir los modos de producción, a apreciar los resultados obtenidos desde el punto de vista del bienestar material de las poblaciones y del poder político o militar de los estados . . ." Esta definición es, al mismo tiempo, restrictiva y ambiciosa. Va en seguida a lo particular. Me parece más razonable, cuando se plantea el problema del conocimiento histórico, recordar primeramente que él es, más que un objeto, un método. La historia es, esencialmente, conocimiento mediato o, si se prefiere, el arte de utilizar los restos. Ella depende, pues, de testimonios casi siempre involuntarios y de su conservación.

Desde este punto de vista, no hay entonces una historia cuantitativa que se oponga a una historia cualitativa. Frente al testimonio surgido

[7] París, SEVPEN, 1955-1959, 7,353 pp., t. VIII 2 bis, p. 1957.

[8] Fernand Braudel, "Pour une histoire serielle: Séville et l'Atlantique (1504-1650)", *Annales ESC* 3, 1963, pp. 541-553.

[9] Marczewski, *op. cit.*, N. 115, p. III.

del pasado —ya sea que este testimonio se apoye en un hecho no inmediatamente mensurable o sobre una medida y un balance cifrado—, no hay más que un método o, mejor, un conjunto de métodos —creados con sensatez— que permiten una probabilidad más o menos grande de fidelidad y de precisión.[10] Sobre este punto no hemos progresado sensiblemente desde nuestros maestros los benedictinos de San Mauro. La historia cuantitativa retiene el dato medido, de preferencia, cuyo justo valor apreciaban raramente los historiadores del siglo XIX. Una historia en busca de medidas que no ponderara suficientemente cada uno de los datos recogidos[11] no sería sino una mala historia con pretensión cuantitativa. Y peor aún para la reflexión económica. Pero una vez constituida la serie, el testimonio parece multiplicarse. La serie es susceptible de ser tratada con los procedimientos probados del análisis matemático. Se vuelve posible, entonces, añadir al testimonio directo de los documentos, el testimonio indirecto de las exigencias de coherencia de la serie constituida. Las confrontaciones, que en el modelo de contabilidad nacional aplicado al pasado se hacen horizontalmente —en razón de la tosquedad y de la rigidez del modelo solicitado no pueden hacerse de otra manera—, en la hipótesis de series aisladas elegidas en razón de su riqueza, de su significación y de su densidad —luego, de su precisión y su nerviosismo—, se establecen en el tiempo, a lo largo del flujo aislado, y no ya de un flujo al otro.

Algunas de las ventajas reivindicadas por la historia cuantitativa global las había experimentado ya la historia económica tradicional, impulsada al estadio de las asociaciones complejas de las series más seguras.

La verdadera mutación, en historia, se ubica menos, sin duda, en el nivel de la aplicación de los modelos de contabilidad nacional, que en

[10] Cada vez que hemos tenido que defender la causa de la historia cuantitativa ante los historiadores, insistimos sin falta en la unidad profunda de la historia en tanto método de conocimiento del pasado (*Séville et l'Atlantique*, *op. cit.*, p. 1957). "La historia es de todos modos un conocimiento mediato. No se nos podrá pues proponer", decíamos en nuestra defensa de un cuantitativo fragmentario, en verdad, pero serial, "la superioridad de los métodos probados de la historia tradicional, en nombre de lo que hay que llamar el complejo del dato inmediato, ya que todo conocimiento del pasado es necesariamente, por naturaleza, artificial. Hemos recurrido bastante a estos métodos tradicionales para que se sueñe con reprocharnos el ignorarlos o, peor aún, el despreciarlos. Y no obstante, en cada ocasión que ha sido posible, hemos añadido al testimonio directo del documento, el testimonio indirecto de la serie constituida".

[11] Según métodos tomados de la crítica histórica tradicional y que Ernest Labrousse ha sabido adaptar a la constitución de las series estadísticas regresivas de la era preestadística.

el nivel más general de la constitución sistemática de series auxiliares de las ciencias del hombre. Tenemos una historia demográfica que es, en gran parte, demografía histórica regresiva; asistimos a una revolución en el orden de la historia espiritual, por la penetración en el pasado de los modelos de la sociología de la práctica religiosa... La mentalidad colectiva puede ser cifrada, por consiguiente, cuando se ha echado mano de las buenas series documentales, dando lugar a una psicología colectiva regresiva.[12] La historia, ciencia auxiliar, da así a las ciencias del hombre del presente este espesor en el tiempo que, cuando está verdaderamente integrada, constituye el sustituto más seguro de una imposible experimentación. Surgida del estudio sistemático de los precios inmediatamente después de la crisis estructural de 1929, conducida por historiadores con prudencias de historiadores —lentitudes, dicen los economistas—, conducida con el respeto escrupuloso por las estructuras originales del pasado; proveedora, pues, de series estadísticas que parecen a las ciencias del hombre del presente difícilmente enlazables, se ha constituido, sin embargo, en una forma conquistadora de historia. Ella ha jugado, en todas partes, lo colectivo contra lo individual, lo general contra lo anecdótico; ha utilizado ampliamente problemáticas tomadas de las otras ciencias del hombre, ha pretendido estar integrada en una vasta sociología del hombre en sociedad, sin renunciar, en absoluto, no obstante, a los métodos y el espíritu de la más vieja de las ciencias del hombre: la historia. Surgida del sector estrecho de los precios, ha ganado otros sectores de la economía del pasado, con una predilección por las corrientes internacionales de cambio fácilmente mensurables; surgida de la economía, su espíritu gana, lentamente, todos los otros ámbitos del hombre en su pasado.

Esta historia, que todavía ayer gustaba de llamarse cuantitativa, en la medida, sin duda, en que la elección que hace al reconstruir las actividades del pasado se efectúa según el criterio histórico interno de la importancia relativa de los hechos estudiados, en relación con las estructuras del pasado, por una parte, y con la riqueza y precisión de la documentación, por la otra, emplea un material estadístico cuya riqueza y sutileza son considerables: tiene la posibilidad, en consecuencia, de un análisis muy fino dentro del tiempo. Paradójicamente, esta historia serial —démosle, en adelante, este nombre que no se presta a anfibología— encuentra, más allá de los ritmos largos, el tiempo corto

[12] Algunas reflexiones en H. y P. Chaunu: "Le climat des rapports franco-espagnols à Cádiz dans la seconde moitié du XVII^e^ siècle. Histoire sérielle et psychologie collective, probleme de méthode" en: *Mélanges Bataillon*, Burdeos, 1962, pp. 19-29.

del cual hacen sus delicias los historiadores tradicionales y la dinámica económica. Mientras, la nueva historia cuantitativa enfoca la corriente,* se consagra a interminables trazados lineales de crecimiento que deben mucho a la ilusión de un material inadecuado.

¿Frente a una historia serial de los historiadores, una historia cuantitativa de los economistas? ¿Está verdaderamente ahí la ruptura? Ante la carencia de los historiadores, su incapacidad de proveer a la economía del material estadístico que esperaba, un material tranquilo en el prolongamiento lineal y sin sorpresas de las estructuras de la Edad Nueva, los economistas se han abastecido a sí mismos. No contentos con decir claramente lo que querían, han comenzado a construir un cuadro, a la vez sorprendente y seductor, de la economía francesa desde 1700 hasta nuestros días.

Seductor, porque existe y no tenemos nada comparable, Jean-Claude Toutain ha logrado la hazaña de reunir sobre la Francia del siglo XVIII una masa de evaluaciones que conocíamos, por cierto, antes que él, pero que nadie había logrado relacionar, en primer lugar, y luego ordenar. Allí donde veinte historiadores, preocupados por la dificultad, habrían tardado veinte años, Jean-Claude Toutain, con escasos medios, sólo ocupó tres. Uno admira la hazaña técnica, uno se siente agradecido por la importante movilización de evaluaciones, dudosas pero útiles. Sobre todo, uno comprende mejor lo que permitiría obtener el empleo de todos los datos estadísticos seguros, penosamente establecidos por generaciones de trabajo de historiadores económicos tradicionales, siguiendo el modelo de la economía nacional.

Dicho de otra manera, el modelo propuesto por Jean Marczewski, experimentado por Jean-Claude Toutain y alimentado en las verdaderas fuentes de la historia serial, permitiría transformar la hazaña en auténtica superación dialéctica. Apresurémonos a agregar que estamos lejos de la realidad.

Seductor, pero sorprendente. El progreso indiscutible en la conceptualización de una problemática es costosamente pagado con una fantástica regresión en el orden del material estadístico empleado. De verdad, el manifiesto de Jean Marczewski hace época; la obra de Jean-Claude Toutain es honorable y útil. Sólo su yuxtaposición es lamentable. Las inteligentes compilaciones de Toutain son aplastadas por las ambiciones, gigantescas, del manifiesto; el plan de trabajo a largo plazo

* *Trend* en el original. [T.]

de Jean Marczewski es traicionado por la realización apresurada que propone.

Es del todo inadmisible, por último, que se haya adoptado tal actitud de menosprecio, sin duda más inconsciente que voluntaria, con respecto al gigantesco esfuerzo realizado por los historiadores de la economía. ¿Qué significa una población con base en evaluaciones, cuando se trabaja en todas partes desde hace años sobre el estado civil antiguo, ... la utilización exclusiva de las peores fuentes rechazadas desde hace casi un siglo por la historiografía seria, cuando se tienen tantos datos seguros, ya extraídos de las estadísticas no elaboradas de las antiguas administraciones? Y, puesto que se trabaja con respecto a Francia, ¿por qué haber desdeñado el magnífico abanico de monografías regionales elaboradas por requerimiento y bajo la dirección de Ernest Labrousse, el maestro indiscutido de la historia estadística en Francia?

Sería demasiado fácil, volviendo a considerar punto por punto los ejemplos propuestos, mostrar sus debilidades. Otros, que incluso lo harán mejor, se ocuparán de ello; pero es más fácil destruir que construir. Hay, a pesar de todo, por aquí y por allá, ingenuidades chocantes: entre otras, la que atribuye a la Lorena, anexada en 1766, 24 200 km² (N. 115, p. 24) por simple adición de los cuatro departamentos, olvidando pura y simplemente el buen cuarto de la provincia progresivamente incorporado del siglo XVI al XVII, una sobrestimación general de los efectos de la guerra[13] ... un alineamiento asombroso de las fuentes más heterogéneas. Quesnay, Expilly, Grivel, ... Young, Lavoisier, *La Feuille du Cultivateur*..., se asemejan al vizconde d'Avenel, quien se autoconfería una autoridad que nada respaldaba.[14] No vamos a evocar a Jenofonte[15] para explicar el sistema de rotación de cultivos. Sobre este punto nuestros colegas geógrafos han hecho un enorme trabajo que informaría más y mejor.

Pero detengamos ahí nuestras críticas. Cualquier historiador, y con mayor razón un historiador de Francia —algo que nosotros no somos—, podría alinear algunas decenas de páginas de ellas sin quitar nada al

[13] Invasiones debidas a las guerras de Luis XIV *(sic.)*, sangría de hombres debida a las guerras de Napoleón, ... sobre este punto la inexactitud se alía a un punto de vista muy tradicional.

[14] Es por lo menos asombroso que J.-C. Toutain, cuando acepta tener en cuenta los trabajos de los historiadores, detenga prácticamente su bibliografía en los autores de fines del siglo XIX. Desde Levasseur y d'Avenel, el trabajo de los historiadores merece, sin embargo, más que ser aludido una vez en la introducción.

[15] N. 115, p. 42.

mérito de la compilación propuesta. Esta yuxtaposición de fuentes mediocres, que habíamos hecho mal en rechazar globalmente, merece más que un encogimiento de hombros. La tendremos en adelante bajo nuestros ojos. Está en todas nuestras bibliotecas y no dejaremos de recurrir a ella para llenar los blancos que quedarán siempre al término de nuestro paciente esfuerzo de elaboración estadística.

Y es allí, evidentemente, donde reside el malentendido. Blandiendo un excelente formulario de ciencia del hombre, este admirable modelo de contabilidad nacional, los economistas impacientes quieren que se le alarguen desmesuradamente las columnas. Sin preguntarse mucho cómo. Es el problema de las fuentes, sin formularse incluso, en el plano nacional, la pregunta que se impone. Admirable modelo de contabilidad nacional, por cierto. La elección vale para varios siglos, pero de manera desigual. Excelente para el siglo XIX, cuando el fenómeno nación toma, sólo para Europa, las dimensiones cancerosas que conocemos. Pero en el siglo XVIII, y con tanta más razón cuanto más se retrocede en el tiempo, cuando fronteras económicas y fronteras políticas ... esas fronteras blandas, imprevisibles, que se desvanecen complejamente, no coinciden nunca, el marco nacional no es más que un mal menor, cuyo valor hay que cuidarse de mistificar. Marco nacional, en verdad, pero que se debe relativizar. Cuántas veces, todavía hoy, las fronteras del Estado son más engañifa que realidad. Para América Latina, la demostración no es necesaria; la misma América del Norte conoce extraordinarios desniveles en el sur de la *Mason-Dixon line* ... pero en nuestra vieja Europa, ¿qué decir de las dos Italias, incluso de las dos Francias? La problemática de contabilidad nacional y, pronto, una contabilidad de los grandes conjuntos, deben paliar los peligros de nuestros Estados mistificadores.

Primer correctivo, pues el modelo de contabilidad nacional en la reconstrucción del pasado sólo es una aproximación entre otras. Debe ser cada vez más asociado con dos procederes paralelos, conforme nos remontamos en el tiempo; múltiples aproximaciones regionales sobre un modelo por precisar de contabilidad regional, algunas aproximaciones espaciales: el Mediterráneo o el Atlántico son tan reales como Francia o España en el mundo de los siglos XVI y XVII.

¿Y por qué no tratar una aproximación a la economía atlántica de los siglos XVI, XVII, XVIII, en forma de contabilidad espacial? El objetivo es ambicioso, no más desesperado *a priori* que el del solo marco nacional, en el caso particularmente afligente de la Francia moderna, tan disminuida en razón de los insalvables avatares de sus archivos.

En verdad, nuestros apresurados economistas habrán subestimado una de las barreras más fundamentales del conocimiento histórico. La de la era preestadística,[16] que hemos señalado después que nuestros maestros. Ella se ubica en fechas diferentes, entre fines del siglo XVIII y mediados, en líneas generales, del siglo XIX, para los sectores privilegiados de la Europa atlántica en proceso de expansión sobre el Atlántico Norte y la afortunada América. Más allá de las estadísticas, para un tiempo más o menos largo, de dos, tres, incluso cuatro siglos en la Italia privilegiada, la era preestadística, para la cual subsiste una parte de las medidas de base que ningún servicio ha elaborado, permite al historiador constructor de índices de actividad una larga y paciente indagación que prolonga verdaderamente, más allá del punto inicial falsamente fatídico de las estadísticas publicadas del siglo XIX, una aproximación cifrada, en realidad menos cautivadora pero a menudo aún más segura, más precisa que las que dan directamente las estadísticas generales del siglo XIX.

El material que proporciona, al precio de un gran esfuerzo, la historia serial, es un material de veras costoso, pero de calidad. No tiene nada que ver con las groseras e ilusorias evaluaciones con las que siempre es posible llenar las columnas de un modelo de contabilidad cualquiera. En verdad, lo uno no impide lo otro. Se puede aun evaluar cuando los archivos no permiten rellenar las columnas del modelo; se puede también evaluar cuando el trabajo histórico se hace esperar demasiado; pero es prudente evaluar lo incierto partiendo de lo cierto. Renunciar a utilizar un logro modesto sólo se explica en el primer impulso de una empresa inteligente y nueva; ya no se justificaría en el futuro.

En verdad, el intento de historia cuantitativa global de nuestros colegas economistas es un intento válido para el siglo XIX. Más que obra de historiador es obra de economista. Es revelador que Simon Kuznets, el padre espiritual de la empresa, no haya pasado nunca más allá de 1869[17] en sus brillantes esfuerzos, para la tan privilegiada América. En estas condiciones, se trata de una clasificación diferente de un material estadístico existente, ya elaborado en un 9.5 por ciento.

Cuando el intento alcanza el siglo XVIII, es decir cuando se vuelve histórico, o cambia de ritmo o fracasa. O bien adopta el ritmo pru-

[16] Nuestro artículo: "Les échanges entre l'Amérique espagnole et les anciens mondes aux XVI^e^, XVII^e^ et XVIII^e^ siècles", *Information historique*, 5, 1960, pp. 207-216.

[17] *National Production since 1869*, Nueva York, National Bureau of Economic Research, 1946.

dente de los constructores de índices de actividad,[18] o bien rellena, cueste lo que cueste, sus columnas, recurriendo ampliamente a la imaginación. Obrando así, contribuye a enmascarar la realidad. No avanza, retrocede. Nos da, sobre la base de pendientes lineales groseramente dibujadas –que la producción agrícola se hubiera incrementado de 1700 a 1958, se ponía un poco en duda antes del modelo de contabilidad nacional–, una vista a manera de bloque fijo y tosco de la economía antigua. Enmascara una de las principales oposiciones de amplitud (en duración o en desviaciones relativas) de las economías nuevas en relación con las economías antiguas.

El éxito de la historia cuantitativa en su proceso de anexión del siglo XIX al modelo de contabilidad nacional está, en adelante, casi con seguridad logrado. El fracaso para el siglo XVIII y con mayor razón para los tres o cuatro siglos de la era preestadística, es casi cierto, a menos que ocurra una radical modificación de método. En una palabra, la historia cuantitativa de los siglos XVI, XVII, XVIII, debe elegir entre regresión o superación dialéctica. Tal superación pasa por la historia serial, no por el recurso sistemático a las evaluaciones bastas, pues la historia no es exactamente la del vizconde d'Avenel, así como la economía política ya no es la de Jean-Baptiste Say.

[18] Su ritmo es tanto más lento cuanto que sus medios materiales son casi nulos.

III. LA HISTORIA GEOGRÁFICA*

¿Diremos geohistoria? La palabra, cómoda, se inscribe bastante bien en el genio semántico de nuestra época. La historia geográfica es, en la actualidad, el lugar privilegiado de un diálogo entre la geografía y la historia, en el interior de una búsqueda dentro del orden de las ciencias humanas, cada día más interdisciplinarias, porque es en las fronteras, evidentemente, en la onda de choque de los acercamientos insólitos, donde surge fecunda la innovación y, por lo tanto, el descubrimiento.

Hay que hacer un esfuerzo para circunscribir el ámbito de la geohistoria, más aún que el de una geografía en proceso de remontar el tiempo, cercano y, sin embargo, diferente. En respuesta al diálogo de una historia que interroga al espacio, aparece su primogénita: una geografía humana que se maquilla para parecer historia. Con Vidal de la Blache, en el umbral del siglo xx, Blanchard, Demangeon ayer, Roger Dion hoy, saludémoslos como nuestros maestros de la escuela vidaliana, hombres del espacio en busca del tiempo, de un tiempo de veras nuevo, que los historiadores de comienzos del siglo xx estaban lejos de sospechar; un tiempo largo, un tiempo lento, casi inmóvil, duro y denso, el tiempo geológico de la civilización tradicional, que las monografías vidalianas habían sabido discernir en los campos franceses de antes de 1914, radicalmente diferente del tiempo febril, nervioso, ese tiempo individual y dramático del acontecimiento que se confundió mucho tiempo con el tiempo antropomórfico de la historia.

La historia geográfica es, esencialmente, un momento del desarrollo historiográfico, un momento glorioso cuyo contenido debemos evitar perder; un momento en vías de superación, que no se comprende más que en el interior de una historia de la historia.

Olvidemos pues, por un instante, lo que hoy es para nosotros la historia. Digamos, esencialmente, un método; un método ya antiguo y constantemente perfeccionado del conocimiento del pasado: la ciencia auxiliar de todas las ciencias del hombre, sin la cual —bloqueadas en una ilusión de tiempo corto: el espesor de una generación llamada pomposamente presente— las ciencias del hombre no tienen utilidad ni porvenir; la historia es la servidora politécnica que sabe interrogar y, así, descodificar los testimonios extraídos del pasado, que sin

* Artículo publicado en la *Revue de l'enseignement supérieur* 44-45, 1969, pp. 67-77. Reproducido con la amable autorización de los *Cahiers des Universités Françaises*, París.

ella serían inútiles. El pasado, es decir todo el espesor del fenómeno humano y, por ello, toda su riqueza, ya que el hombre no es y no será jamás a los ojos del hombre más que un pasado; puesto que no habrá jamás fenómeno humano que no se ubique en el pasado, el total de todos los presentes que ya no son y puesto que no hay futuro concebible más que en Dios y para Dios. Olvidemos esta gran ambición dialéctica de la historia en constante superación que debemos construir y, para construir mejor, recordemos las condiciones que imperaban antes de ayer y la superación que apenas ayer significó la historia geográfica.

1

Al comienzo del siglo XX, la historia "positivista" había llegado, como otros conocimientos humanos, a una cumbre ilusoria. El instrumento crítico construido por nuestros geniales maestros, esos fundadores injustamente ignorados por el mundo moderno, los benedictinos mauristas de fines del reinado de Luis XIV, había sido elevado hasta un objetivo grado de perfección. ¿Acaso no había asestado éste —Seignobos y Langlois se regocijaban de ello abiertamente— golpes que se esperaba fueran mortales para los fundamentos históricos del cuerpo de dogmas cristianos? Ahora bien, esta historia, herramienta casi perfecta para conocer el pasado, era una historia inútil, porque no tenía objeto ni meta ni problemática. Contemporánea del Parnaso, se pretendía, como él, objeto y sujeto. Es cierto que ella seguía siendo lo que la historia había sido al comienzo; a saber, una crónica, ya no la crónica hagiográfica del Príncipe, sino la crónica precisa del Estado e incluso de los Estados. Una crónica que se quería objetiva y total. Dos absurdos. Tanto más graves cuanto que estas pretensiones eran mistificadoras. Jamás la historia fue menos objetiva que en el momento en que pretendía serlo. Esta historia, atenta para discernir dentro de la comuna medieval las primicias del Estado republicano y dentro de la piedad evangélica del siglo XVI, con Abel Lefranc, el germen de su racionalismo: "racionalismo vulgar" y determinismo mecanicista, ignora incluso las posibilidades, cuestionables pero singularmente más vastas, del materialismo dialéctico que el alemán filosófico de Marx y más aún el genio de Hegel le impedían aprehender. Jamás fue menos total, llevada por el azar del documento que pedía a sus archivos, la conservación de los testamentos hológrafos de los tribunos y de los príncipes, y la destrucción de las contabilidades, de los procesos o de los registros de los humildes.

Veinte años después de la tentativa de superación positivista de la *Revue de synthèse* en 1902, la situación seguía siendo en muchos aspectos idéntica; la historia era un maravilloso instrumento crítico para el conocimiento del Estado. Dejemos la palabra al maestro de la historia geográfica. En el umbral de su gran libro, en 1948, Fernand Braudel,[1] "contemporáneo capital" para la generación de la segunda posguerra, a quien la escuela histórica francesa debe, objetivamente, lo que actualmente es, o sea, la primera, a la cabeza de las otras escuelas y un centro que federa a las ciencias del hombre, dice:

> Mi excusa es la historia misma de este libro. Cuando lo emprendí, en 1923, fue bajo la forma clásica, ciertamente más prudente, de un estudio consagrado a la política mediterránea de Felipe II. Mis maestros de entonces lo aprobaron firmemente. Veían que se ubicaba dentro de los marcos de esta historia diplomática bastante indiferente a las conquistas de la geografía, poco preocupada (como la diplomacia misma, con demasiada frecuencia) por la economía y los problemas sociales: bastante despreciativa respecto a los grandes hechos de civilización, de las religiones y también de las letras y de las artes, esos grandes testigos de toda historia válida, y que, por completo encerrada en su prejuicio, se prohibía cualquier mirada más allá de las Oficinas de Cancillería, dirigida a la verdadera existencia fecunda y tupida...

Esquematicemos. Extremando las cosas, la historia de la geohistoria fue, de 1930 a 1945, la historia de la elaboración de una obra; el paso, si se quiere, de la política mediterránea de Felipe II, propuesta para el "Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II", recibida por toda una generación como una maravillosa promesa, como la superación dialéctica de la historia tradicional y de la geografía humana.

El Mediterráneo, Felipe II. Nada es indiferente. El Mediterráneo, es decir, el espacio de 3 millones de km² de agua, 2 millones de km² de tierra, cuatro mil años de historia, puesto que la escritura fue en un principio mediterránea por Egipto y el alfabeto fue también fenicio como el Mediterráneo. El Mediterráneo era, maravilloso descubrimiento, el espacio sin Estado, el espacio verdadero; es decir el paisaje, ese diálogo del hombre con la tierra, con el clima; ese secular combate del hombre y de las cosas sin la pantalla del Estado, sin la *diminutio capitis,* felizmente, del marco nacional con su geografía administrativa

[1] *La Méditerranée et le monde méditerranéen,* París, A. Colin, 1949, pp. XI-XII. (Ed. en esp. FCE, 1953).

y sus fronteras, para un tiempo anacrónico, y todavía en el tardío siglo XVI del Rey Prudente.

El Mediterráneo era finalmente, en la historia, ese tiempo geográfico de la escuela vidaliana. De ahí la composición en tres estratos: el tiempo casi inmóvil del Centro, con sus montañas neolíticas contemporáneas de la Argelia de Gaston Doumergue y de la Italia de Mussolini, donde a veces sucede que Cristo se detiene en Eboli; el tiempo decenal o treintenal de la economía; y, para terminar, el acontecimiento, fugaz pero verdadero como la espuma del mar, maravilloso malabarismo que demostraba claramente que si se había superado la historia crítica, la historia positivista que fue la irrisoria historia de los Estados aislados, se conocían sus subterfugios. No, las uvas no estaban demasiado verdes. La técnica maurista no sería abandonada, sólo sería puesta al servicio, más digno de ella, de una problemática y, ante todo, al servicio del espacio.

La historia geográfica, hay que tenerlo bien en cuenta, no es solamente el espacio dentro de la historia. Si así fuera, ¿sería ella mucho más que una tautología, de cualquier modo útil, como toda tautología? Nos avergonzamos de decirlo: la historia es dimensión en el tiempo. Es el dato esencial de lo creado. Si nada humano escapa al tiempo, nada escapa tampoco al espacio. Todo fenómeno humano que implica un plural (¿pero sin plural se estaría aún en el ámbito de un conocimiento que no fuese intuitivo?), está fatalmente ubicado en el doble campo del espacio y del tiempo; implica, pues, al mismo tiempo, desarrollo histórico y orden geográfico. La historia geográfica fue algo más que este redescubrimiento útil de una verdad enturbiada: fue esencialmente un nuevo sabor, una nueva dimensión del tiempo de la historia.

Henry Vignaud el hipercrítico, príncipe de los americanistas en la época en que Seignobos y Langlois eran cónsules en la Sorbona, se encarnizaba en demostrar que Colón había mentido (¡ah! no hay que dejarse contar historias) hallando argumentos para ello en la inexacta descripción de las Bahamas del diario conservado por Las Casas. Porque para él el paisaje era un dato. Paradójicamente, treinta años después de la polémica del transformismo, el espacio de la historia positivista seguía siendo considerado estático. Henri Vigneaud había olvidado que el suelo de las Bahamas desapareció en el mar en el siglo XVIII, en parte bajo la acción del monocultivo de plantación. Exactamente del mismo modo, los molinos de aceite del África interior nos recuerdan que en el Mediterráneo la fluctuación climática se inscribe en el marco irrisorio de los cinco mil años de la historia en sentido estricto,

la historia reconstruida con base en testimonios escritos. La historia positivista tenía, en su pasión por no dejarse embaucar, todo pasado como parámetro, todo excepto el Estado y el progreso de las luces, desde la recolección del muérdago hasta la iniciación masónica.

La ventaja de los grandes espacios —puesto que la historia geográfica fue primero una macrohistoria— es el imponer la relativización del tiempo, un tiempo escalonado. Extremando las cosas, excepto la espuma verdadera del acontecimiento, lo irreductible del instante cercano a la eternidad —en realidad un asunto entre Dios y el hombre—, todo lo que es materia de conocimiento en el flujo racionalizado del pasado humano, puede ser tomado a la vez como parámetro o como variable. Es en el penoso recorrido de este andar a tientas, que se construye la gran historia, a la vez auxiliar y maestra de todas las ciencias del hombre.

Por ello, la primera generación de alumnos de Fernand Braudel —los que más le deben, los que él condujo con mayor cuidado— se ocuparon de la prolongación de El Mediterráneo, en vastos espacios marítimos. El Océano Índico, el Atlántico meridiano de Brasil y Portugal, el Pacífico filiforme del galeón de Manila, el Atlántico paralelográmico de la "Carrera de las Indias" fueron, sucesivamente, objeto de estudios inspirados por *El Mediterráneo* de Braudel, conducidos según una problemática impuesta por el prestigioso ejemplo. Cada quien, según su humor, sus posibilidades de documentación y las necesidades del espacio enfocado, habrá profundizado en tal o cual aspecto, aportado tal o cual contribución a la obra magistralmente diseñada, desde el principio, en todas sus líneas. Por su parte, el autor de estas reflexiones se habrá mostrado más especialmente atento, en el espacio organizado alrededor de un polo de dominación, al estudio de los tiempos cíclicos y a los fenómenos de fuerza derivados de un eje central de comunicaciones.

2

¿La historia geográfica debe quedarse en el punto al que ha llegado? Ciertamente no. Por hallarse en un momento privilegiado, originado por una superación dialéctica, está condenada a desaparecer por nuevas superaciones.

La geohistoria tuvo sus debilidades. ¿Por qué negarlo? Le ocurrió olvidar, por aquí y por allá, el rigor de sus predecesores; los inmensos espacios en donde se complació le impidieron la fina medición del

peso; fue cuantificadora, sin llegar nunca a una cuantificación total en lo económico y en lo demográfico, ahí donde se imponía hacerla. Dialogó apasionadamente con la más francesa y en su tiempo la más avanzada de las ciencias humanas de la observación directa: la geografía vidaliana, sin ignorar ciertamente las otras: la demografía, la biología, la economía, la sociología, la psicología colectiva ... defendió con pasión la primacía de la historia, reconstrucción intuitiva y global de un mundo por dentro. ¿Quién pensaría en reprochárselo? Fue simpáticamente imperialista y si existe una cierta federación en ciencias humanas, se anudó alrededor de la geohistoria, al menos en Francia.

Hoy en día, con la causa defendida y ganada, la geohistoria de ayer tiende a consolidarse (por lo tanto a desaparecer), al menos en tres vías que quisiéramos esbozar. Una historia a modo de ciencias humanas regresivas, que no rehúsa la síntesis pero que la relega hasta el final; interesada por recibir antes que por dar, por servicio más que por prestigio, por utilidad más que por sabiduría. Una historia que opta deliberadamente por la larga duración. Una historia que aspira a una cuantificación radical. Ahora bien, no hay cuantificación eficaz sin un dominio perfecto del espacio.

Lucien Febvre había expresado, a manera de votos, dos aspiraciones que la historia geográfica de ayer reconoció como suyas, sin lograr superarlas, tal vez porque no supo medir bien cuán contradictorias eran. Una historia, hija de su tiempo, que se vuelve sin vergüenza hacia el pasado con sus preocupaciones. Los historiadores de una Francia que por poco muere ayer de maltusianismo —mal curada, acaba de olvidarlo— buscando comprender, construyeron una demografía histórica de la cual estamos, con toda razón, orgullosos. Desde entonces nuestra historia incluye la variable demografía. A causa de esta riqueza, disgusta siempre y seduce a veces a la historiografía anglosajona, que obedece a las preocupaciones de un presente algo indiferente. Una historia hija de su tiempo y, sin embargo, una historia global, entiéndase, por simpatía, intuición y coherencia interna, una historia que piensa reconstituir, por dentro, en su totalidad, las maneras de pensar, de ordenar, de sentir, de actuar, de ser, de vivir, de sufrir, de creer y de morir de una civilización; jamás juzgada, siempre comprendida, siempre amada, siempre aceptada, como un ser que vive gracias a su propia coherencia, como aportación maravillosa del hombre al hombre.

La geohistoria se esforzó ayer por hacer esto en torno a un espacio que agrupa hombres y pensamientos en una federación. Habrá sido

hija del pasado, pero, ¿ha sido suficientemente hija de su tiempo? Le importa hoy acordarse de la existencia concreta del primer imperativo. Y pagar el precio de ello: el precio, es decir, la muerte de la historia. Pero, más allá, ¡qué bella recompensa! Además, no tenemos elección. Las ciencias humanas, todas las ciencias humanas, las ciencias políticas de la acción (de sus progresos depende la supervivencia de los hombres y cualquier prolongación del fenómeno humano) están bloqueadas actualmente por la insuficiencia de sus campos de observación. No reclaman una sabiduría; necesitan medios, es decir series estadísticas prolongadas más allá del pequeño mundo de nuestra revolución industrial, que es tanto revolución demográfica como revolución estadística —las largas series estadísticas que cubran verdaderamente los datos conciliables capaces de enriquecer la memoria de las computadoras. De sus espesores y de su sinceridad depende una parcela, pequeña mas no desdeñable, de nuestro porvenir. Estas series, ¿quién las proporcionará? ¿Historiadores o economistas, historiadores o demógrafos, historiadores o sociólogos? Realmente esto importa poco si el economista no soslaya la historia . . . Un ejemplo reciente demuestra, sin embargo, que puede no ocurrir así. Y entonces, por no haber sido lo bastante ambiciosos como para parcelar, a tiempo y por un tiempo, la historia, reina inútil de un bello imperio, en una economía, una demografía, una psicología colectiva regresivas, hemos visto a economistas improvisarse como historiadores, rellenar con datos falsos, rígidos y vacíos, bellos modelos de contabilidad nacional. Ya por el orgullo de unos, ya por el apresuramiento de otros, pero hay que rehacer todo un trabajo. Muchos esfuerzos desperdiciados, una esperanza herida, y el tiempo que corre y apremia.

La geohistoria, en el interior de un mundo que había reencontrado, para comprender mejor, se volvía gustosamente demógrafa, psicóloga, economista . . . En el presente, hay que invertir el orden de los factores. Auxiliares en un principio, al término de todos nuestros procesos para retroceder en el tiempo, reconstruiremos las estructuras de las etapas sucesivas de las civilizaciones. Lo haremos mejor, puesto que ya no seremos burlados por los *a priori* de algún Antiguo Régimen. Las largas series proponen también los medios para una periodización racional.

Al mismo tiempo, habremos vuelto a encontrar la gran lección permanente de la geohistoria, aquella en la que ésta puede progresar sin temor, superarse, sin renegar de la preferencia por la larga duración. Atrapada entre un imperativo-tiempo y un imperativo-espacio, una investigación que deba sacrificar algo lo hará siempre en el espacio,

nunca en el tiempo. A todo lo largo de sus grandes espacios, la geohistoria ha redescubierto al tiempo, al tiempo sobrepuesto, complejo y equilibrado de las generaciones de hombres.

3

Una historia, decíamos, que aspire a una cuantificación total y que, por eso, se arraigue en el espacio. Para terminar, se nos perdonará que evoquemos una investigación que suscitamos. Porque, de todas las que hemos provocado hasta ahora, parece responder mejor a una superación deseable de la geohistoria: la historia del crecimiento de la economía normanda.[2] Ya en dos ocasiones hemos explicado[3] los móviles que la inspiran. Estamos finalmente de acuerdo con Jean Marczewski cuando, en la introducción en forma de manifiesto de su *Histoire quantitative de la économie française*,[4] denuncia la insuficiente cuantificación de la historia económica tradicional. Conservemos, pues, como él, el término cuantitativo para una cuantificación total, circular, en forma de contabilidad. Contabilidad nacional, si se mantiene el marco nacional; contabilidad regional, incluso contabilidad macroespacial, si se intenta la operación para un espacio pluricontinental alrededor de un complejo de grandes ejes marítimos de intercambios. Pero donde el historiador ya no está de acuerdo, es evidentemente al término de la realización. No basta con volverse hacia el pasado con un modelo de contabilidad nacional y llenar de cualquier manera y con cualquier cosa las columnas, para concluir finalmente que la producción se ha acrecentado desde fines del siglo XVII hasta nuestros días. Esto se sabía *a priori*. ¿Para qué criticar a Marczewski, quien ha procurado un gran beneficio a la historia? Vale más intentar responder al fructífero desafío lanzado. Ahora bien, lo que más falta en su improvisación es el espacio, la dimensión geográfica que Fernand Braudel, en su diálogo de ayer con la geografía vidaliana, ha incorporado definitivamente a la historia. Renegar de este logro y renegar al mismo tiempo de la agudeza crítica de la historia positivista o, digamos más justamente, de la fina medición maurista del peso, no es

[2] Conducida por Pierre Gouhier, J.-M. Vallez y Mme. A. Vallez. El mérito de la elaboración de este método pertenece, en su mayor parte, a Pierre Gouhier, asistente de historia moderna en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Caen.

[3] Capítulo I, *supra*. P. Chaunu, P. Gouhier, G. Désert, "Les sources statistiques de l'Histoire de France (Basse-Normandie)", *Annales de Normandie* I, 1965, pp. 3-52.

[4] ISEA, 4 vols. aparecidos, 1961-1966, sobre 11 previstos.

avanzar sino retroceder. Una verdadera superación dialéctica incorpora las contradicciones, no las rechaza pura y simplemente. El precio de semejante abandono podría ser la agitación browniana, los pataleos de los recomienzos innecesarios.

Lo que el equipo Marczewski, apremiado, no vio, es que la cuantificación global –con un considerable margen de error, es cierto, pero que se llega a delimitar (el físico no pide más)– pasa, para la era proto y preestadística, por el espacio. Basta con delimitar el mínimo común divisor del espacio, con el que se relaciona toda medida. En este caso, para la Francia del Antiguo Régimen, mejor que la parroquia de la cual difiere un poco, la comunidad sujeta a la talla o comunidad de imposición. Nuestro estudio cuantitativo del crecimiento de la economía normanda comenzará, pues, con la delimitación en el mapa, de 4 500 parroquias –comunidades sujetas a la talla (1 214 para la sola generalidad de Caen, la más pequeña) que componen desde 1636 la Normandía de las tres generalidades;[5] 4 500 frente a las 3 600 comunas de ayer. Lo que implica, a fin de cubrir todas las combinaciones posibles desde fines del siglo XVI hasta nuestros días, un programa de alrededor de 5 mil casillas para el comienzo de una cartografía electrónica, según los procedimientos afinados por Jacques Bertin en el Laboratorio Cartográfico de la *École Pratique des Hautes Etudes;* 5 mil grupos de fichas en las que vendrán a ordenarse, de manera muy simple y sin ningún titubeo, algunos cientos de miles de medidas que encierran aún nuestros archivos. Las identificaciones han sido hechas de una manera sistemática y de una sola vez. Tres personas[6] que no trabajan tiempo completo, pudieron localizar, en dieciocho meses, las 4 500 comunidades, fijar sus límites de una manera precisa, constituir el punto de partida del fichero global. Demos la palabra a Pierre Gouhier,[7] quien es, en lo esencial, el inventor del método: "La cartografía no es más que un elemento de presentación del trabajo, constituido por un fichero documental; así como cada comunidad está individualizada en el espacio, también puede y debe constituir la circunscripción de base para una nomenclatura general [...] nos pareció indispensable poder constituir una base documental abierta." La crítica externa del documento se encuentra registrada dentro del multiplicador de la crítica interna por cohesión de la serie. Para cons-

[5] P. Gouhier, *Atlas historique de Normandie,* Caen, CRHQ, 1967-1971, 2 vol.

[6] Pierre Gouhier, Jean-Marie Vallez, Mme. A. Vallez.

[7] P. Gouhier, *L'intendance de Caen (1631-1789), étude de géographie historique,* tesis de 3er ciclo, presentada y discutida en Caen el 30 de junio de 1966 (Michel de Biuard, Pierre Chaunu y Pierre Léon; sinodales).

truir, a menor costo, una historia económica cuantitativa verdaderamente global, hemos pensado reagrupar todo alrededor de la más pequeña unidad de espacio, documento fácilmente localizable, como antaño y en otras circunstancias, alrededor de 17 800 unidades, buques de la "Carrera de Indias", para el estudio de un gran tráfico, actividad dominante que federaba un vasto espacio oceánico.

Una historia cuantitativa global, a través de la era proto y preestadística —un cuantitativo global según el voto formulado mas no cumplido por nuestros colegas economistas— se inscribe, casi necesariamente, en la prolongación de la historia geográfica. No es la única superación dialéctica posible de ésta, pero constituye una auténtica superación en la medida en que, enana encaramada sobre los hombros de gigantes, no reniega nada de la lección oída y cuidadosamente recibida.

IV. EL CÁLCULO GLOBAL DEL PESO EN HISTORIA*

Es a la vez tentador y peligroso escribir la historia en presente. Y sin embargo, ¿cómo descartar la idea, en 1967, de que 1967 está llamado a marcar un hito importante en la historia prospectiva de las ciencias sociales? Las mayores revoluciones son, muy a menudo, las que se viven sin advertir que lo son. Nosotros vivimos, en historia, una gran mutación. ¿Por qué no tomar conciencia de ello desde ahora?

Primeramente, por razones técnicas. Los *Cahiers Vilfredo Pareto* abrieron, antaño, un debate sobre historia cuantitativa e historia serial.[1] El autor de estas líneas tomó parte en él, modestamente, al lado de Jean Marczewski.[2] Esto ocurría en 1964 y las ideas que fueron precisadas habían sido objeto de notas y artículos escalonados durante una decena de años.[3] Después se recorrió mucho camino. No sólo en el plano de los conceptos. Jean François Bergier hacía ayer un buen balance, con fortuna, más útil aún por su carácter fugaz, acerca del efecto del análisis matemático sobre la historia económica.[4] Pero, ¿qué decir de las máquinas y de sus voraces exigencias? Simplifiquemos el extremo. En 1964, los historiadores estaban todavía, en líneas generales, en la etapa de las rudimentarias máquinas clasificadoras de tarjetas perforadas; hoy se encuentran en el momento del auge de las computadoras:

> En toda técnica, hay que considerar el instrumento y la manera como se usa. Un perfeccionamiento del primero puede hacer posible una evolución de la segunda. La mecanografía electrónica no escapa a esta regla. Las máquinas fueron primeramente las computadoras llamadas de la primera "generación", artefactos voluminosos y lentos equipados

* Artículo publicado en los *Cahiers Vilfredo Pareto* 15, 1968, pp. 135-164. Reproducido con la amable autorización de la Editorial Droz, Ginebra.

1 Capítulo II, *supra*.

2 Marczewski, "Buts et méthodes de l'histoire quantitative", pp. 125-165; capítulo II, *supra;* J. Marczewski, "Quelques observations sur l'article de M. Chaunu", pp. 177-180. Los artículos de J. Marczewski se han vuelto a publicar con algunos cambios y nuevas notas, en el volumen: *Introduction a l'histoire quantitative,* Ginebra, Droz, 1965.

3 Véase la nota pionera, en 1950, de Simon Kuznets, el gran estudio de J. Marczewski desde 1961 y el capítulo I, *supra*.

4 J. F. Bergier, "Histoire et mathématiques. Nouvelles tendances en histoire économique", *Diogène* 58, abril-junio de 1967, pp. 111-130.

con lámparas de TSF. La generación siguiente utilizó los transistores y otros numerosos perfeccionamientos. De ello se derivó un descenso importante de los precios de costo. Los primeros ejemplares de una tercera "generación" de máquinas salen actualmente de las fábricas y producen ganancias impresionantes. Además, sus caracteres técnicos permiten trabajos que en el pasado habrían sido difíciles o incluso imposibles.

Así se expresaba, hace un año, Marcel Couturier,[5] en el encabezado de un artículo de diez páginas, tal vez el más importante que se haya publicado en nuestras disciplinas en 1966. Paso directo de la lectura clara a la grabación del dato sobre cintas. Economía, pues, de las fichas. Un dictáfono, una mecanógrafa medianamente experta, una máquina de escribir especialmente equipada y la máquina hace, ella misma, su propia codificación. Tal es el esquema elemental del método Couturier. Además, nos encaminamos, lenta pero seguramente, hacia la adopción de un número restringido de programas generales.[6] El método elaborado por Marcel Couturier en el marco de una monografía de historia social de la región de Chartres, basado en minutas notariales del siglo XVI, es aplicado en mayor escala desde hace seis meses, por la Escuela de Altos Estudios, bajo la responsabilidad de su inventor, para una gran encuesta de Antropología Cultural de Francia. En algunos meses aparecerá un corte antropológico de Francia en 1868, para la generación nacida en 1848. El mérito corresponde ante todo a Marcel Couturier, inventor de la nueva metodología mecanográfica; a Emmanuel Le Roy Ladurie, que "inventó" el documento; a Fernand Braudel, adelantado siempre a una revolución, que ofreció los recursos, con riesgo de perder. Fue pues, 1967, el año de la aplicación masiva del método Couturier al servicio de la historia.

También es el año de la publicación de un libro que merecería todo un estudio, *Histoire du climat depuis l'an mil.*[7] Algo menos de un año después de *Les paysans de Languedoc*,[8] cumbre objetiva de la monografía histórica, en la que ya se esbozaba, además de la incorporación del clima a la historia, la construcción no ya sólo atenta a las

[5] M. Couturier, "Vers une nouvelle méthodologie mécanographique. La préparation des données", *Annales ESC* 21, julio-agosto de 1966, pp. 769-778.

[6] M. Couturier, *Le langage Forcod*, EPHE, 6a. Sección, junio de 1967, 30 pp.

[7] E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flamarion, 1967, 369 pp., 17 láminas anexas. Nosotros nos esforzamos por extraer las lecciones de una anexión de la fluctuación climática al campo de investigación de la historia, en una nota que aparecerá próximamente en la *Revue historique*, titulada "Le climat et l'histoire. A propos d' un livre récent".

[8] *Les paysans de Languedoc*, París, SEVPEN, 1966, 2 vols., 1058 pp.

problemáticas de economista, de sociólogo o de demógrafo, sino además totalmente abierta a las múltiples ramas de la antropología y de la etnología.[9]

En 1967 se cosecha y la mies, demasiado abundante, atesta los graneros. Los historiadores necesitarán tiempo para hacer el inventario de los nuevos poderes, tiempo para nuevas síntesis. Tiempo, sobre todo, para que las otras ciencias del hombre perciban las posibilidades de mutación que se les ofrecen, siempre y cuando estén dispuestos a escuchar a la más vieja y hoy, durante unos momentos, la más nueva de las ciencias del hombre. Se cosecha hoy lo que ha sido sembrado hace unos buenos veinte años. Desde luego, la historia de las ciencias no se confunde, lo hemos dicho bastante,[10] ni con la historia de los sabios ni con la de los grandes inventos: las ciencias humanas no escapan a la regla. No se puede, pues, confundir esta mutación con una obra o con un nombre. ¿Y sin embargo? De los dos o tres nombres que se imponen en todos los criterios, de las cuatro o cinco obras que dominan un período, hoy destaca una: se impone a la historia de la historia, digamos mejor, a la historia del pensamiento. Sin *El Mediterráneo*,[11] sin Fernand Braudel que lo creó, sin las obras que suscitó, las instituciones que animó, en 1967 no habría método Couturier; tampoco habría climatología regresiva.

Verdad obvia. Pero ¿cómo evitar formularla? A mediados de 1967 se mide tanto mejor cuál ha sido el impacto desde hace veinte años en Francia y, progresivamente, fuera de Francia, en historia y, progresivamente fuera de la historia, del pensamiento de Fernand Braudel, en cuanto que éste acaba de franquear una nueva etapa. Ayer,[12] evocando el lugar de *El Mediterráneo* en un número consagrado a la historia, la dirección de una gran revista,[13] titubeaba al definir la obra de Braudel y su escuela, entre la historia geográfica y la geohistoria. Términos demasiado limitativos, en verdad, que dan cuenta imperfectamente de un contenido dinámico, creador y difícil de circunscribir. En menos

[9] P. Chaunu, "A partir du Languedoc. De la peste noire à Malthus. Cinq siècles d'histoire sérielle", *Revue historique* 2, 1976, pp. 359-380.

[10] Véase Alexandre Koyré y sus alumnos, a veces menos prudentes y menos inspirados.

[11] *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, redactado íntegramente en 1946, publicado en su forma original en 1949, París, A. Colin, 1 160 páginas.

[12] En la primavera de 1966.

[13] *Cf.* Capítulo III, *supra*.

de tres meses, un cúmulo de circunstancias, tres libros que aparecen, dan a la obra de Fernand Braudel otra dimensión. Ninguna ruptura, naturalmente, pero qué capacidad para crecer todavía y qué superación. Estos tres libros mueven a una reflexión. Marcan una etapa. Ellos proveerán, en lo esencial, la materia de este modesto artículo.

Se trata, en primer lugar, del nuevo *Mediterráneo*. El libro es publicado en febrero de 1967. *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, segunda edición corregida y aumentada.[14] Raramente se habrá impulsado tan lejos el arte clásico de la lítote. El *segundo Mediterráneo es un nuevo Mediterráneo*, "Veinte años después". Un buen ejercicio, mañana, para la historia de la historia. Y, por qué no, una edición paralela, con los dos textos uno junto al otro. Toda la primera y toda la segunda partes ("La parte del medio", "Destino colectivo y movimiento de conjunto"), se han vuelto a escribir íntegramente. Véanse las gráficas y, al pie de las páginas, alrededor de un 40 por ciento de citas nuevas. Pasemos por alto el valor humano que el autor necesitó para llevar a término semejante empresa. Importa poco si actualmente se le paga más allá de su esfuerzo. Este esfuerzo es atroz y muy pocos hombres agobiados por tantos trabajos habrían tenido una voluntad tan elevada. Alrededor de un 40 por ciento de datos íntegramente nuevos. Éstos son fruto, ya de investigaciones personales, ya de investigaciones suscitadas por la estela de la obra de quien la había creado. En 1966-1967, *El Mediterráneo* está diez veces mejor contado que en 1946-1949. De una edición a otra, se mide la fantástica mutación de la historia, no digamos cuantitativa sino más sencillamente serial. Nada escapa al autor. ¿Cómo podría ser de otra manera, siendo el director de casi todas las orquestas de la investigación histórica? Mirándolo bien, después de haber medido el salto adelante, comparando los dos libros nos asombraremos aún más de encontrarlos tan semejantes a pesar de sus radicales diferencias. La diferencia es de nivel, no de naturaleza. Al mismo tiempo, ya nos hemos convencido de lo que fue el toque de genio de 1946. *El Mediterráneo* contenía en potencia, o mejor en virtualidad, la historia del presente. Ésta es en gran parte la exploración de las vías que aquél había abierto en todas direcciones. ¿Queréis algunos ejemplos entre mil posibles?

El clima (t. I, pp. 212-250), el número de hombres (t. I, pp. 361-362), los metales, los tráficos . . . Se es mucho más preciso, mucho más

[14] París, A. Colin, t. I, 589 pp.; t. II, 629 pp.; en total 68 mapas y gráficas, 40 láminas fuera de texto.

rico, pero no hay un problema que no se haya planteado, un esbozo de solución que no se haya propuesto en 1946; veinte años de investigaciones históricas enriquecidas por todas las problemáticas de las ciencias humanas han rellenado las columnas de contabilidades, agregando cifras hasta llegar a las fracciones decimales, sin que hayan modificado las grandes líneas de una obra que fue realmente genial.

Lo que contenía en potencia el *primer Mediterráneo* se encuentra explícito y desarrollado en el *nuevo Mediterráneo*, pero mucho mejor aún en la *Civilisation matérielle* y en un estudio que, a pesar de algunas apariencias, me parece esencial para comprender la originalidad profunda, radical y en cierto modo agresiva del pensamiento de Fernand Braudel: la contribución a la historia en los precios[15] en el tomo IV de la *Cambridge Economic History*, escrita en colaboración con Franck C. Spooner. Habrá que detenerse un poco en este estudio. Obra indispensable dentro del más antiguo sector de la historia económica conquistado por el cuantitativismo, más obstruido por el pesado parámetro de sus tradiciones. Al publicarse estas cien páginas, la historia de los precios se escribe de nuevo. Hay un antes, habrá tal vez un después. Al incorporar la historia de los precios, el pensamiento de Fernand Braudel la transforma, sometiéndola al método que él ha creado, un método que está en vías de transformar la historia y que, esperamos, acabará por hacer cambiar el destino del conjunto de las ciencias sociales. Se podía hablar, después de *El Mediterráneo*, de geohistoria o de historia geográfica; ya no es posible hacerlo ahora, so pena de desdeñar los últimos desarrollos de un pensamiento que ha crecido mucho.

Para designar al método de Braudel en ciencias humanas, yo arriesgaría de buen grado una expresión: el cálculo del peso planetario. Cada hecho de la civilización, por humilde que sea, es siempre restablecido en su medida verdadera, es decir en el universo. La tierra de los hombres es el instrumento de su análisis histórico. Algunos verían en ello, una vez más, la influencia de la geografía vidaliana. Pero Fernand Braudel es mucho más que un geógrafo; es, en sentido pleno, un historiador. Su cálculo del peso planetario no se limita a la delgada capa de un presente en vías de transformarse en pasado; un pasado sin duración y, por tanto, sin consistencia; por esa razón propongo llamar

[15] *The Cambridge Economic History of Europe*, t. IV, Cambridge, University Press, 1967, *sub* Fernand Braudel y Frank C. Spooner, *Prices in Europe from 1450 to 1750*, pp. 376-486. *Cf.* también F. Braudel *Civilisation matérielle et capitalisme XV^{e}-XVIII^{e} siècles*, París, A. Colin, 1967, t. I., colección "Destins du Monde", 463 pp., 8 láminas en color, 40 en negro, 124 figs., 9 mapas, 9 gráficas.

a este cálculo del peso planetario, *cálculo global del peso*. Relacionar todo siempre con la totalidad del fenómeno humano. Cuando, en el Mediterráneo de Felipe II, Fernand Braudel presenta la cuenca tirrena,[16] le hacen falta los etruscos y Cartago, algo más de dos milenios, los vándalos, los normandos . . . y desde luego el tiempo presente. Dos mil años, un mínimo y, para el Mediterráneo,[17] los tres continentes de Ptolomeo y, además, América. Esto, que no estaba aún más que esbozado en el *primer Mediterráneo* y que se precisa en el *segundo Mediterráneo*, se afirma definitivamente en la *Civilisation Matérielle*: la historia que se nos propone es una historia del cálculo global del peso, cuyos elementos, en su totalidad, están siempre relacionados, más o menos implícitamente, con la totalidad del hombre en el tiempo y en el espacio. Esta nueva manera de escribir la historia constituye, más allá incluso del campo tan amplio de la historia, el gran acontecimiento epistemológico de las ciencias humanas.

Estamos aquí, ubicados de nuevo frente a un grave problema de método. "La epistemología es una tentación que es preciso saber rechazar resueltamente . . .",[18] no desdecimos nada de nuestras prevenciones anteriores, siguiendo en esto a Fernand Braudel,[19] que siempre ha dado prueba de una extremada sobriedad en este punto; él, que tiene más autoridad que nadie para hablar de la historia y sobre la historia.

¿Hay que renunciar por lo tanto a extraer las líneas directrices de una reflexión que puede ser útil? No lo creemos así. La generación que Fernand Braudel domina por su poderosa inteligencia habrá estado poseída por la voluntad de crear esta sociología verdaderamente global, verdaderamente total que, según el voto de Augusto Comte, debía fundar el arte nacional de administrar los asuntos de la Ciudad, una ciudad cuyas fronteras se confunden con las de la humanidad. Lo que era utopía en la época de Augusto Comte, empezó a cobrar consistencia un siglo más tarde. El gran pensamiento comtiano ha obsesionado a los "social scientists" de la inmediata posguerra. Presidió, en abril de 1948, la creación, en París, de la VI Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios, que existía virtualmente desde hacía ochenta años, en un decreto firmado –el encuentro no debe nada al azar– por la mano de Victor Duruy. Encabezaban la empresa Lucien Febvre

[16] *Méditerranée*, 2a. ed., t. I, pp. 110-111.

[17] *Ibid.*, pp. 155-210.

[18] *Cf. ibid.*, capítulo I, p. 371.

[19] A lo sumo podría citarse de él, en este ámbito, un gran artículo siempre evocado: "Histoire et sciences sociales: la longue durée", *Annales ESC* 4, 1958, pp. 725-753.

y Fernand Braudel. La gran federación de las ciencias humanas se hizo en Francia bajo el báculo de la historia. A iniciativa de los historiadores. "No hay sino una ciencia de los hombres en el tiempo —gustaba de decir Marc Bloch— y que sin cesar tiene necesidad de unir el estudio de los muertos al de los vivos." Fernand Braudel se preocupó siempre por conservar para la historia el papel de federar a las ciencias humanas. Eso tiene su importancia. Las ciencias humanas, en lengua francesa, reflejan la primacía de que disfrutó durante largo tiempo la historia asociada a la geografía humana y a la demografía. Es decir, que ellas permanecen al ras de los seres y de las cosas, cercanas a la humana y concreta realidad; que experimentan una cierta repulsión frente a los sistemáticos apresurados y a la abstracción pura. Ello acarrea sin embargo cierta limitación. No se puede ganar, evidentemente, en todos los aspectos. Por eso se origina, a veces, una cierta dificultad en el diálogo. Véase, si no, cuán penosamente se establece el contacto con los "social scientists" de lengua inglesa, los americanos más que los ingleses. Las razones de una difícil comprensión estructural, más allá de la espuma de las palabras, de los humores y de los acontecimientos, hunden sus raíces en una orientación fundamentalmente diferente y, extremando las cosas, complementaria sin embargo, a costa, desde luego, de un gran esfuerzo de buena voluntad recíproca. Por un lado, un álgebra de los comportamientos, el análisis a fondo de los grupos sociales privilegiados de la observación; por el otro la duración, el espacio, el número de hombres y el juego difícil del reemplazo, en desbordamiento o en retirada, nunca en equilibrio, de las generaciones.

La historia que se ha hecho cargo[20] del papel de federar a las ciencias humanas —era muy necesario que fuera asumido—[21] ha sufrido, evidentemente, la consecuencia de las responsabilidades brillantemen-

[20] Esta historia que sirve y es servida, auxiliar y fácilmente dominante, integrada a las ciencias sociales del hombre del presente, es esencialmente la historia que proponemos llamar serial.

[21] En el prefacio que él hace a la *Histoire du climat depuis l'an mil* de E. Le Roy Ladurie, P. Pédelaborde dice bonitamente *(op. cit.,* p. 5): "En el curso de los cincuenta últimos años, el desarrollo de las ciencias ha vuelto inevitable el estallido de la mayor parte de las disciplinas definidas a comienzos de nuestro siglo. Este fenómeno de fragmentación y de especialización de la investigación no deja de presentar algunos peligros, puesto que así se vuelve cada vez más difícil alcanzar las perspectivas sintéticas indispensables. Debemos pues saludar particularmente los esfuerzos que tienden a devolver la unidad y la amplitud a nuestros conocimientos fragmentarios del mundo." *Cf.* mi artículo "Le climat et l'histoire. A propos d'un livre récent", *Revue historique,* octubre-diciembre de 1967, pp. 365-376.

te asumidas. La historia estructural —¿hay que decir la historia de lengua francesa?— lleva cada vez más profundamente la marca de su contemporáneo de importancia capital, Fernand Braudel. Sucede que desconcierta a nuestros vecinos. Desconcierta, indiscutiblemente, a una parte de los historiadores americanos de lengua inglesa que han conservado mejor que nosotros el gusto y la vocación por una historia que permanece más sumisa a los hechos políticos y al acontecimiento. Desorienta, de una manera más significativa, a una parte aún infinitamente estimable, y por las mejores razones, de los historiadores alemanes; a esta escuela histórica alemana que ha contribuido mucho, sin embargo, a la elaboración sintética del cálculo del peso planetario en el pensamiento y la obra de Fernand Braudel. Véase, entre otras cosas, el fructífero diálogo de Fernand Braudel con Ernest Wagemann.[22] Muchos historiadores alemanes no siguen sin temor el camino de los historiadores franceses. No pueden reconocer ya, tan lejos del relato y del acontecimiento, a la historia. De ahí que surja una sorpresa reveladora cuando se vuelve a encontrar el acontecimiento que nunca quisimos abandonar. En una nota extremadamente generosa dedicada a uno de mis libros, Richard Konetzke[23] se asombra al verme devolver su lugar al único "que un golpe de suerte jamás abolirá", en el momento en que ocurre la Independencia de América Latina, ese error cronológico. No es fácil escapar a la imagen simplificadora, cruel y siempre verdadera en parte; la historiografía francesa rehusará el acontecimiento desde Braudel y bajo su influencia, a pesar de esta obra maestra de historia episódica en que concluye el *Mediterráneo*: "Los acontecimientos. La política y los hombres."[24] Sostengo que hubiera sido monstruoso sacrificarlo y que este apéndice es capital para comprender los procedimientos de la historia estructural. A despecho de lo que Fernand Braudel llama, en otra parte,[25] "el patetismo económico de corta duración (nuevo estilo) de la escuela Labrousse". A

[22] Reconsiderado en *Civilisation matérielle,* p. 19. Wagemann en realidad es economista, demógrafo, no historiador.

[23] R. Konetzke, "Über ein Geschichtsbild des gesamtamerikanischen Kontinents", *Vierteljahrschrift für Sozial–und Wirtschaftsgeschichte,* 54. Band, März 1967, Heft I, pp. 100-105; escribe (p. 103): "Ch., der aus dem Historikerkreis der 'Annales' kommt durch seine Forschungen über die Bedeutung des Wechsels langer und kurzer Konjonkturwellen im Atlantikraum die *histoire structurale* vertritt, gibt hier der *histoire événementielle* ihr Recht und bezeugt damit die für den Historiker unerlässliche Fähigkeit in der geschichtlichen Welt offenzuhalten."

[24] 1a. ed. 1949, pp. 719-1087.

[25] Braudel, "Histoire et sciences sociales", *op. cit.,* pp. 725-753, en especial la página 731.

despecho de esto y de aquello, desde el *Mediterráneo,* la escuela histórica francesa, vista por fuera y desde lejos, se confunde con lo más original que posee, la larga duración. Imagen deformante y, sin embargo, verdadera como una caricatura. "Histoire et sciences sociales: la longue durée." Anexemos este título de un artículo célebre. La historia, que federa a las ciencias del hombre, es la que tiene necesidad del tiempo muy largo, es la historia de la duración, no del instante, de lo general y no de lo particular. Es esta geohistoria, en un punto nuevo de su evolución, a la que propongo llamar "la historia del cálculo global del peso".

Dos o tres ejemplos valen más que un largo discurso.

Véase la población. La profunda originalidad del pensamiento de Fernand Braudel resplandece desde el primer momento. En realidad, él no es demógrafo en el sentido estricto, técnico del término. No considera, sin una pizca de diversión, los sabios cálculos en los que nos estamos poniendo a prueba —con éxito, creo—, siguiendo los pasos de Henry y de los brillantes politécnicos del INED en demografía histórica. Más que a los refinamientos del análisis matemático, se mostraría atento a la ciencia médica de Sutter y de Biraben. En cambio, su aprobación y su apoyo no nos son escatimados cuando, más allá de las astucias del número, buscamos las motivaciones, las maneras de ser y de sentir. En el conflicto que opone a mecanicistas y voluntaristas, los partidarios de una demografía deprimida, sensible a la sola mortalidad, y de una demografía dinámica, atenta sobre todo a la natalidad, estamos seguros de que él está de parte de aquellos para quienes la historia de la demografía, así como la historia a secas o el arte de las matemáticas, el arte de las matemáticas, para recordar una ocurrencia de Lucien Febvre, no se confunden con "chismes y cosas". Él no es demógrafo y, sin embargo, ¿quién mejor que él comprende la historia del número de hombres, quién mejor que él ha sabido vincular el número con el destino de la historia? Me gusta su manera de afirmar la relación que, en la duración, liga el número de los hombres, la aptitud de crecer, a las posibilidades verdaderas de toda sociedad humana. Aun si a veces, llega a ceder, aquí y allá, en detalles, a tics "maltusianos" al escribir —ellos causan estragos desde hace diez años en la joven generación influida por un análisis erróneo de los acontecimientos del Tercer Mundo—, todo eso es barrido por la relación fundamental que, a través del espacio y de la duración, castiga el aislamiento y recompensa la posibilidad del codo a codo de las sociedades numerosas.

Véase el *primer Mediterráneo,* ese maravilloso capítulo: el número de los hombres.[26] Doce páginas de una audacia insensata para 1946. Veinte años después, han sufrido algunos retoques.[27] Un mundo de sesenta millones de hombres se ha convertido en un mundo de 60 o 70 millones de hombres. El crecimiento demográfico se anuncia más claramente —¿un ascenso demográfico de ciento por ciento? —bajo la influencia de los trabajos de la escuela de Barcelona y de Le Roy Ladurie. Pero la visión instintiva de 1946 sigue siendo justa y esa proeza del genio ha hecho renacer toda una escuela.

Por otra parte, un hecho característico es el de que de una redacción a la otra, con veinte años de intervalo, prevalecen casi una por una las mismas palabras.

No es posible proporcionar[28] cifras seguras. Solamente las aproximaciones siguen siendo posibles, aceptables, en lo que se refiere a Italia y a Portugal; casi aventuradas en lo que toca a Francia, a España, al Imperio Otomano. Para el resto de los países mediterráneos la ausencia de información es completa. De la parte occidental[29] las cifras verosímiles, al *final del siglo,* son las siguientes: España, 8 millones; Portugal 1; Francia 16; Italia 13; o sea un total de 38 millones. Restan los países del Islam. Para la Turquía de Europa, Konrad Olbricht cree poder aceptar, hacia 1600, una estimación de 8 millones. Considerando la habitual equivalencia[30] de los dos cuadros de Asia y Europa (más bien con una ventaja de ésta sobre aquélla) se pueden atribuir 8 millones a la parte asiática de Turquía. Quedaría el África del Norte, *lato sensu.* ¿Se puede atribuirse de 2 a 3 millones a Egipto y otro tanto al África del Norte? Se alcanzaría entonces un máximo de 22 millones para el Islam

[26] *Méditerranée,* 1a. ed., pp. 347-359.

[27] *Méditerranée,* 2a. ed., t. I, p. 361 *ss.*

[28] Seguimos la segunda edición (t. I, pp. 361-362). La primera edición decía: "Casi no es posible proporcionar cifras seguras. Pueden hacerse algunas aproximaciones, aceptables en lo que se refiere a Italia y a Portugal, casi aventuradas en lo que toca a Francia y a España. Pero para el resto de los países mediterráneos la ausencia de datos sólidos es casi completa." La única modificación importante en 1967, añadida en una nota 2: "El Imperio Otomano, gracias a los trabajos de los alumnos de Omer Lüfti Barkan, ingresa al mundo de las afirmaciones aceptables."

[29] Calidad de la información, seguridad asombrosa del procedimiento, este párrafo (2a. ed., t. I, pp. 361-362) vuelve a utilizar, palabra por palabra, el texto de 1946, en la edición de 1949 (p. 348).

[30] Señalemos este punto esencial del razonamiento: los equilibrios demográficos, en una escala macroscópica, son equilibrios durables; se puede entonces resolver, en razón de estas relaciones, sistemas de ecuaciones con varias incógnitas. Éste es, en potencia, el método que triunfa en el tomo primero de la *Civilisation matérielle.*

y los pueblos que dependen de él a orillas del Mediterráneo. Es decir, para este último, una población global de unos sesenta millones.

Al mismo tiempo, la política, la economía, las condiciones materiales y humanas del desarrollo de la civilización, los marcos y los agentes de la gran aventura del espíritu son definidos, pesados, situados, medidos.

Historiador del Mediterráneo, Fernand Braudel ha calculado el peso del Mediterráneo. Definió su marco, midió sus partes, las relacionó. En adelante, todo está bien claro: Esta confrontación de 38 contra 22, hasta las condiciones de Lepanto.

En este párrafo, clave del *primer Mediterráneo,* el método del cálculo del peso espacial, solicitado en préstamo a la geografía humana y adaptado a la historia, se encuentra así esbozado. De la población a la economía, de la economía a lo social, ... de lo social a lo político, de lo social a lo cultural, lo veremos precisarse e imponerse.

Cálculo todavía limitado del peso espacial. El espacio mediterráneo es medido, sopesado. Poco importa que lo sea burdamente. Un orden de magnitud, una medida burda, con un amplio margen de imprecisión, pero un margen de imprecisión reconocido, apreciado, vale más que un largo discurso que enhebre uno tras otro adjetivos y adverbios de la ignorancia. Del cálculo del peso espacial limitado al marco de un Mediterráneo más grande, en su cátedra en el Colegio de Francia y, luego, en *Civilisation matérielle et capitalisme,* Fernand Braudel pasó, sistemáticamente, al cálculo del peso planetario. Pero si le pareció posible intentar esta aventura de una medida a escala de la humanidad histórica, es evidentemente porque primero probó que en la escala del Mediterráneo del siglo XVI, la ambición era legítima.[31]

Del espacio, Fernand Braudel salta al tiempo. Y por eso nos parece que estas líneas del *Mediterráneo* contienen ya, en potencia, todo lo que la *Civilisation matérielle* desarrollará magníficamente. Treinta y ocho millones, cifra bastante segura; veintidós millones, cifra du-

[31] Tampoco se trata de detenerse ahí. Véanse los vacíos mediterráneos, véase el mapa. Población de la "Tierra Firme" veneciana, en 1548, en la 2a. ed. (II, p. 363, según D. Baltrami). La relación del hombre y del espacio es estudiada a partir del cálculo del peso general al nivel de las realidades concretas. En la *Civilisation de l'Europe classique* (París, Arthaud, 1966, 850 pp.) nos esforzamos por extender a la Europa del siglo XVII la lección del Mediterráneo y construimos el capítulo 6 (2ª parte, pp. 241-288) atendiendo la lección recibida en el capítulo *La medida del siglo del Mediterráneo,* lo más atentamente posible, casi palabra por palabra.

dosa; pasemos entonces a las medidas más confiables de la era estadística y veamos lo que se puede deducir, eventualmente, de esta ley planteada de la permanencia plurisecular de los equilibrios de masa. El texto de 1966-1967[32] respeta, palabras más, palabras menos, el texto de 1946-1949.

> En estos cálculos, la primera cifra de 38 millones es relativamente segura; la segunda, mucho menos. Pero la evaluación de conjunto sigue siendo verosímil. Yo tendería a disminuir la cifra del primer grupo y a elevar la del segundo. De comparaciones demográficas a través del tiempo se desprende, en efecto, una correspondencia válida, en líneas generales; a saber, que el Islam mediterráneo y los pueblos que de él dependen en el siglo XVI representan aproximadamente el doble de la población italiana. Si la proporción es justa, hacia 1850, cuando nuestro bloque "A" cuenta con 78.5 millones (Francia 35, Italia 25, España 15, Portugal 3.5), el Islam, o más bien el Islam más los pueblos de los Balcanes, debería representar 50 milones de habitantes. Una verificación sumaria nos lleva cerca de esta cifra. Hacia 1930, en todo caso, por un lado 113 millones (42, 41, 24, 6), por el otro 83: la proporción es respetada. Evidentemente, no hay ninguna razón para que esta proporción haya sido eternamente la misma. Sin embargo, teniendo en cuenta algunas variaciones posibles, puede arrojar una medida burda. Para el siglo XVI, propondría la cifra de 26 millones,[33] lo que no está muy lejos de los 22 a los que llegábamos hace un rato.[34]

Así estaban planteadas, en un marco todavía limitado, cuatro millones de km², alrededor de cuatro siglos, las bases de un método que da al pensamiento y a la obra de Fernand Braudel su dimensión más original, una aptitud para imponerse como la obra y el pensamiento capital en el orden de la historia, de una historia capaz de conducir y federar a las otras ciencias humanas.

Siempre la población. Véase el "Peso del número".[35] Pasamos del cálculo del peso limitado en el espacio y en el tiempo a un cálculo

[32] T. I, pp. 362-363; 1ª ed., p. 349.

[33] El texto de 1946-1949 decía 25.

[34] Con respecto a la redacción de 1946-1949, el texto de 1966-1967 añade esta precisión y proporciona este matiz (t. I, p. 363): "Sigue siendo posible imaginar con Omer Lüfti Barkan que el Islam mediterráneo agrupa 30, o tal vez 35 millones de habitantes, pero es la visión optimista. En todo caso, disminuyendo la primera cifra, elevando la segunda, no nos alejaremos casi de esta masa de unos 60 millones de seres que me parece, en casi un 10 por ciento, una estimación aceptable para fines del siglo XVI."

[35] *Civilisation matérielle*, p. 18.

planetario del peso que, dueño de la más larga duración, es, en el sentido propio, el cálculo del peso global. Una ubicación total en situación y en relación. El problema, desde un principio, está planteado con una sobriedad perfecta.

> La vida material[36] son los hombres y las cosas, las cosas y los hombres. Estudiar las cosas, los alimentos, las viviendas, las vestimentas, el lujo, las herramientas, los instrumentos monetarios, los marcos de la aldea o de la ciudad, en suma todo aquello de lo cual se sirve el hombre, no es la única manera de tomar la medida de su existencia cotidiana.
>
> El número de los que se reparten las riquezas de la tierra tiene también su sentido. Y el signo exterior que diferencia, desde el primer vistazo, el universo de hoy de las humanidades de antes de 1800, es desde luego la reciente y extraordinaria multiplicación de los hombres: éstos pululan en 1966.

Perdonemos este "pululan", tomado en préstamo desde hace diez años, tal vez como inevitable concesión táctica, y si se quiere pedagógica de la vulgarización maltusiana y errónea de las "social sciences" americanas, ya que lo que sigue y todo el libro lo desmienten radicalmente en el fondo: "Durante los cuatro siglos de este libro la población del globo se ha duplicado, sin duda; ahora bien, en la época en que nosotros vivimos, se duplica cada treinta o cuarenta años.[37] Evidentemente a causa del progreso material. Pero dentro de este progreso material, el número de los hombres es en sí mismo causa" (afirmación fundamental), "tanto como consecuencia".

"La población del mundo: cifras por inventar."[38] La imagen da en el blanco. Da en el blanco y dice la verdad. Fernand Braudel parte de la evidencia de las fluctuaciones largas, cuya existencia nadie niega en adelante. Mutación, en Europa, más allá del año mil, desde 1050, en líneas generales, hasta 1300-1350. Reflujo masivo en la segunda mitad

[36] *Ibid.*, p. 17.

[37] Estaríamos tentados de regatear, también, sobre esta otra concesión; la duplicación en treinta o cuarenta años ha sido verdadera en sólo una parte del Tercer Mundo, alrededor de la máxima aceleración de crecimiento hacia 1955. Esto ya no es cierto ahora, en 1967, y nunca hubo duplicación del conjunto de la humanidad en cuarenta años, menos aún en treinta. El problema, hacia 1980-1990, será el de mantener el ritmo de crecimiento demográfico suficiente para atenuar los efectos del envejecimiento con un mínimo desbordamiento de las generaciones. El mito de la duplicación en treinta años fue lanzado desde la tribuna de las Naciones Unidas por un grupo de presión americano estrechamente interesado en la producción y en la difusión de los anticonceptivos dirigidos al Tercer Mundo.

[38] *Civilisation matérielle*, p. 18.

del XIV, a la hora de las pestes, duplicación de 1450 a 1650, tope de 1650 a 1700, nuevo e innovador crecimiento más allá de 1750, sin el cual la revolución industrial hubiera sido imposible.

Él vuelve a encontrar fácilmente estas fluctuaciones fuera de Europa. Véase a Ping-ti-Ho para China,[39] la admirable convergencia, sin cesar confirmada, de los trabajos de la Escuela de Berkeley:[40] "Ahora bien, estas fluctuaciones largas[41] se vuelven a encontrar fuera de Europa, y sensiblemente en los mismos momentos. China y la India probablemente han progresado o retrocedido al mismo ritmo que Occidente, como si la humanidad entera estuviera atrapada en un destino cósmico primordial en relación con el cual el resto de su historia sería verdad secundaria."

El sincronismo es evidente en el siglo XVIII; más que probable en el XVI; es posible suponerlo en el XVII, y eso desde la Francia de San Luis hasta la China de los Mongoles. Esto ordenaría los problemas y los simplificaría de golpe. "El desarrollo de la población —escribía Ernest Wagemann— debe ser atribuido a causas muy diferentes de las que constituyen el progreso económico, técnico y médico." Retengamos ese lenguaje oscuro, profético a su manera; nos ayudará a comprender mejor una "historia sincera del mundo".

Del sincronismo de los movimientos, F. Braudel pasa, sin esfuerzo, "a las relaciones numéricas relativamente fijas a través de los siglos". Esas relaciones que inducimos de las series seguras del período estadístico. De ahí la búsqueda de la cifra global de la humanidad en todas las épocas de la historia: "Por imprecisa y forzosamente inexacta que sea, ayuda a señalar la evolución biológica de la humanidad, considerada como una sola masa; un solo *stock*, dirían los estadísticos."

¿Qué enfocaremos?

América. Es necesario elegir. Entre Rosenblatt y la Escuela de Berkeley. A mi juicio, no hay duda. Hay que preferir la cifra mayor, los 80 millones de Berkeley, a fines del siglo XV. A menudo he dicho por qué. Fernand Braudel da prueba, todavía, de una cierta prudencia, manifiestamente seducido por los argumentos de Borah, de Cook y de Sauer. ¿Cómo no reconocer en nuestras maneras de razonar a sus hijos? Yo he tomado mi extrapolación, planteada en *Séville et l'Atlantique* y en *L'Amérique et les Amériques* a partir de las certezas mexicana

[39] Ping-ti-Ho, "Studies on the Population of China, 1368-1953", *Harvard East Asian Studies*, 1959, XVIII-341-XXXII pp.

[40] Bibliografía en: P. Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, París, A. Colin, 1964, 470 páginas.

[41] *Civilisation matérielle*, p. 19.

y peruana, del *Mediterráneo*. En presencia de la evolución catastrófica de la población americana propuesta, Fernand Braudel se encuentra colocado frente a una de las aplicaciones posibles del método que él ha creado.

> La Escuela de Berkeley[42] deduce una cifra global americana[43] de una cifra parcial mexicana. De la misma manera, conociendo aproximadamente la población de la región de Trèves hacia el 800, Karl Lamprecht y luego Karl Julius Beloch, han calculado una cifra válida para la Germania entera. El problema será siempre el mismo: "contando con proposiciones probables, a partir de cifras conocidas, para pasar a cifras de rango superior, verosímiles y que fijarán un *orden de magnitud*. Este orden no carece de valor, a condición, evidentemente, de tomarlo por lo que es. . ."

América no es sino marginal. La gran originalidad metodológica reside en otra parte, en la comparación China-Europa y la relación aproximadamente constante que parece enlazar a la población global de la humanidad con la población de estas dos masas pesadas y decisivas.

Se conoce la posibilidad documental excepcional de la demografía histórica china desde la época de los Mings: la gran compilación de 1381-1382, la revisión en 1391 de los *Libros Amarillos,* largas enumeraciones fiscales renovadas, en principio, anualmente, del conjunto de la población.[44] Las cosas, por otra parte, no son tan simples; la manera de llevar los libros amarillos a menudo deja qué desear; la crítica de ellos no es fácil.[45] La demografía histórica de Europa es objeto, desde los trabajos pioneros de Karl Julius Beloch (1854-1929), de una inmensa labor. Entre China y Europa *lato sensu,* una cuasigualdad entre China y Europa por una parte, el mundo por la otra, una relación probable de 1 a 4 y 1 a 5. Ésa es la desviación probable, como dicen los artilleros. Es amplia, pero es buena. "Consideraremos,[46] pues, del coeficiente de 4 a 5, las dos curvas precedentes de China y de Europa,

[42] *Ibid.,* p. 23.

[43] Teniendo ampliamente en cuenta las diferencias de los niveles de cultura, la extrapolación lineal pura y simple de los sectores del Anáhuac conocidos darían para el continente 2 mil millones, no 80 millones. Esto prueba suficientemente que nuestra prudente extrapolación ha sido creada conforme a la lección que hemos recibido.

[44] Ping-ti-Ho, *op. cit.,* p. 3.

[45] Además de Ping-ti-Ho, véase L. Dermigny, *Le commerce à Canton au XVIII^e siècle,* París, SEVPEN, 1964, 4 vols., 1,800 pp., t. I, pp. 126 *ss.*

[46] *Civilisation matérielle,* p. 25.

a fin de obtener cuatro curvas[47] *probables* de la población del mundo, que corresponden respectivamente a cuatro o cinco Europas y a cuatro o cinco Chinas. O sea, en la gráfica recapituladora, una curva compleja que, desde las cifras más bajas hasta las cifras más altas, delimita una amplia zona de posibilidades (y de errores)."

He aquí en la escala del mundo, aplicado y perfeccionado, este cálculo macroscópico del peso, que vimos por primera vez en práctica en el *primer Mediterráneo* (pp. 347-349: *Un mundo de sesenta millones de hombres*). Volvamos a nuestro texto:

> Si en 1300-1350 [...], se escogiera la estimación más baja (250 millones) al tomar como punto de llegada la estimación más alta (1 380 millones en 1780), la elevación habría sido de más de 400 por ciento [...]. Al fijar el punto de partida en el máximo, 350, la llegada a 836 (la cifra más baja, de Wilcox y Carr Saunders), el aumento se establecería todavía en un 138 por ciento. En medio milenio, correspondería a un crecimiento medio [...] del orden de 1.73 p. 1 000. Nadie duda que ése sea el hecho esencial de la historia mundial del siglo XV al XVIII, y no solamente en el plano de la vida material.[48]

Y más abajo, esta observación de método que va infinitamente lejos El cálculo global del peso planetario implica una reconsideración de toda la historia y de todas las historias en sus múltiples relaciones con todas las ciencias del hombre.

> Esto (la duplicación en dos siglos), no sorprenderá casi a los historiadores de Occidente: conocen todos los numerosos signos indirectos (ocupaciones de tierras nuevas...) que corroboran nuestros datos cifrados. En cambio, las conclusiones y las explicaciones que se derivan de ellos siguen siendo discutibles porque han creído el fenómeno limitado a Europa, mientras que es un hecho —y el más importante, el más perturbador de los que hayamos registrado en este libro— que el hombre ha triunfado sobre los múltiples obstáculos que se oponían a su progresión numérica en *el conjunto de las tierras que ocupaba.*

El descubrimiento de un ritmo mundial de la población obliga pues a replantear fundamentalmente las problemáticas fraccionadas de la historia.

Para discutir paso a paso el peso del mundo con Fernand Braudel

[47] *Ibid.*, gráfica p. 24. *Cf.* igualmente P. Chaunu, *Cahiers Vilfredo Pareto* 15, 1968, p. 148.
[48] *Ibid.*, p. 25.

sería necesario todo un libro.[49] Todo un libro para señalar la extensión de los acuerdos, la deuda de reconocimiento por lo que él esclarece, modifica, remodela.

Un detalle solamente y, para terminar, una precisión de método. Imposible evitar, desde luego, el caso aberrante de Francia.[50] Francia, que carece de la mutación de crecimiento humano de los siglos XVIII-XIX y que de golpe retrocede: la Francia maltusiana que hace todo al revés. ¿Es necesario recordar el enorme esfuerzo realizado desde hace diez años para tratar de ver claro allí?[51] Únicamente para Normandía desde 1962, hemos removido, en Caen, a través de veinte monografías completas, unas 150 mil actas y hemos reconstituido la historia de 10 mil familias. Fernand Braudel trata a Francia en una página, desde China; nosotros partimos de la parroquia y de la genealogía pacientemente conquistada, una a una, de las familias campesinas. Desde el punto de vista de China y de América, y desde el punto de vista de Tamerville, de Saint-Pierre-Eglise o de Ouilly en el país de Auge, una certeza común: para los grandes efectos, descartar las causas pequeñas. Fernand Braudel propone una seductora explicación macroscópica de la anomalía francesa;[52] la tesis se resume en un título: "una Francia prematuramente sobrepoblada". La anomalía positiva de la densidad del poblamiento francés se remonta al siglo XII, por lo menos. Una Francia, pues, donde poco a poco se han constituido estructuras mentales maltusianas cuyos resortes han actuado catastróficamente y a destiempo, en el momento de la necesaria mutación de crecimiento. La anomalía plurisecular ha engendrado, pues, *a contrario*, una anomalía negativa que se acentúa desde el comienzo del siglo XIX. En líneas generales, el esquema es inobjetable. Queda por analizar, en el nivel de los microgrupos, la instalación, si se quiere, de una contranaturaleza imposible de desarraigar, como un cáncer de la médula de los huesos. (Nos damos cuenta de ello, hoy día, desde 1965, en plena contraofensiva maltusiana.) Es lo que estamos haciendo en el campo de experiencia limitado, pero significativo. Éste no es el lugar para presentar los primeros resultados. Lejos pues de excluir los mi-

[49] Aguardemos de todas maneras la próxima publicación del volumen de las notas y de las discusiones que debe constituir un *Cahier des Annales ESC*, de futura aparición en A. Colin.

[50] *Civilisation matérielle*, p. 37.

[51] Véase Goubert, la 6a. Sección de la EPHE, del INED, Le Roy Ladurie, la Sociedad de Demografía Histórica fundada por Marcel Reinhard, nuestro modesto esfuerzo en el marco de una provincia, los 30 mil km² del caso crítico normando.

[52] *Civilisation matérielle*, p. 37.

croanálisis de contenido, el revolucionario método del cálculo global del peso planetario los requiere y, en gran medida, los supone.

Todo lo anterior, en lo que se refiere a la anomalía francesa a escala de la Tierra, es una simple presión de detalle. Ahora, una esencial precisión de método: el nivel de poblamiento es indisociable —véase la América precolombina—[53] de los niveles de cultura y de civilización. Para abordar el problema a escala planetaria, faltaba un modelo. Fernand Braudel lo forjó a partir de los trabajos de un etnólogo anglosajón. Véase el mapa de G. W. Hewes,[54] y el provecho que saca de él. El poblamiento humano es, radicalmente, estructuralmente, discontinuo. Entre poblamiento y nivel de cultura existen lazos que es preciso comprender en un modelo etnológico. Para un cálculo global del peso, temporal y espacial, el modelo de Gordon W. Hewes era cómodo y en lo sucesivo se integrará a la historia.

> El mapa[55] trazado para el universo, hacia 1500, por un etnógrafo, Gordon W. Hewes, habla por sí mismo. Distingue 76 civilizaciones y culturas, o sea 76 pequeñas casillas de formas y superficies diversas que se reparten los 150 millones de km² de tierras sumergidas [...] Estas 76 piezas de rompecabezas esbozan una clasificación desde la casilla nº 1, la de Tasmania, hasta la 76ava y última, la de Japón [...] del nº 1 al nº 27 están ubicados los pueblos primitivos, recolectores, pescadores; del nº 28 al nº 44, los nómadas y los pastores; del nº 45 al nº 63, los pueblos de agricultura aún deficiente, ante todo los agricultores de azada repartidos curiosamente como en un cinturón más o menos continuo alrededor del mundo [...] por fin, del nº 64 al nº 76, las civilizaciones, esas poblaciones relativamente densas en posesión de múltiples medios y ventajas: los animales domésticos, los arados primitivos, los arados, los carruajes y sobre todo las ciudades [...] Es inútil insistir en que las 13 últimas casillas del rompecabezas explicativo son los países desarrollados, el universo pesado de los hombres. "Ellas" forman, en la escala del mundo, una larga y delgada cinta dentro del espesor entero del viejo mundo; un estrecho país de manantiales, de labranza, de poblamientos densos, de espacios conservados por el hombre como era posible conservarlos entonces.

Primer ejemplo, pues, la población. Debemos a Fernand Braudel un verdadero dominio del peso del número, una auténtica incorporación del hombre en el tiempo y en el espacio.

[53] P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, VIII, 1; *L'Amérique et les Amériques*.

[54] *Civilisation matérielle*, pp. 40-41. *Cf.* igualmente P. Chaunu, *Cahiers Vilfredo Pareto* 15, 1968, pp. 152-153.

[55] *Civilisation matérielle*, pp. 38-39.

Pero el pensamiento global se ocupa progresivamente, sector por sector, de todos los ámbitos de la actividad humana.

Podríamos seguir las rutas del método a través de una geohistoria alimentaria (cap. 2: *El pan de cada día*, pp. 78-133; *Lo superfluo y lo corriente: el hábitat, la vestimenta y la moda*).

Entre las lecciones que se desprenden, no todas sorprenderán igualmente a los historiadores de oficio, pero qué abanico de riquezas, de precisiones, de medidas, de reacomodos, de invitación a volver a pensar lo que parecía adquirido.

Entre veinte párrafos posibles, me quedaría con dos, antes de ir a lo esencial. Véanse los alimentos y, especialmente, el gran problema de las proteínas animales. Fernand Braudel extiende al conjunto de Europa las condiciones de Le Roy Ladurie relativas a Languedoc. Entre el siglo XV y el XVII, con la retrospección demográfica, hay un retroceso calculable, en toda Europa, del consumo de carne. Retroceso, la mayor parte de los historiadores se han quedado en eso. Pero Fernand Braudel no pierde de vista lo esencial de un consumo europeo más elevado que en otras partes, al nivel, al menos, de las civilizaciones y de las culturas. Europa obtiene una parte de sus fuerzas biológicas de su holgura en proteínas ricas. Hemos explicado, anteriormente, una parte de las proezas de la "Conquista", como consecuencia de que los dominadores hayan adoptado rápidamente en América una alimentación exclusivamente a base de carne, como nunca antes lo fuera en Europa, en el momento de las facilidades del siglo XV.

Al mismo tiempo, esta historia introduce una coherencia suplementaria hasta en sus aparentes líneas de ruptura. La alimentación con mayor proporción de carne de los europeos en la América del siglo XVI, que se opone a la alimentación casi únicamente vegetariana de las culturas indígenas, está tanto en la línea de continuidad de la alimentación europea del siglo XV como la alimentación con una proporción sensiblemente menor de carne en la Europa del siglo XVI; mientras que globalmente europeos carnívoros del siglo XV, europeos más modestamente alimentados de fines del siglo XVI y del XVII, europeos lujosamente alimentados de la conquista americana, se oponen globalmente más allá de matices cronológicos y matices regionales a los otros hombres considerados, esta vez, en su conjunto. Siempre en la vía del "Der Mensch ist was er isst" se abren vías que la *Civilisation matérielle* está lejos de agotar. Un estudio de la vid y del vino podrá emprenderse, mañana, en una dirección diametralmente opuesta a la que ha sido explotada hasta este momento. ¿Se ha visto que ciertos lujos alimentarios son obstáculo para el crecimiento? El consumo de vino cambia en

Francia alrededor de los años 1750-1760. Es demasiado fácil notar, solamente, el beneficio de la vid y de los viticultores. Más valdría adquirir conciencia de las posibilidades destruidas por este lujo alimentario inútil y peligroso que, como todo lujo alimentario de los pobres, habrá sido un gasto pagadero a largo plazo en detrimento de un porvenir mejor. La vid y el vino, uno de los factores que han contribuido a mantener a Francia apartada de los sectores geográficos de avanzada durante la mutación de crecimiento del siglo XIX.

Segundo párrafo revelador: véase el magnífico esbozo para crear una geografía de los gestos, pasando por el mobiliario.[56] "La silla llegó probablemente a China desde los siglos II y III d.c."[57] Pero implica una ruptura tal de costumbres para un mundo que vive normalmente al ras del suelo, que necesita largos siglos para penetrar lentamente en la cima, por lo tanto en el sector vulnerable de la sociedad . . .

> sirvió primero de asiento honorífico, laico o religioso [. . .] estaba reservada a los huéspedes de honor, a las personas de edad, siendo el taburete un objeto de uso mucho más frecuente, como en la Europa de la Edad Media.[58]
>
> Pero lo importante es la posición sedente que la silla o el taburete implican, luego un modo de vida, una serie de gestos contrarios a los de la China antigua, [. . .] de los otros países de Asia, y [. . .] de todos los países no europeos . . .

Del objeto, de los gestos y las actitudes que él impone, Fernand Braudel pasa al plano de un fundamento de toda una civilización. "Para China, anota todavía,[59] esta adquisición ha correspondido a un nuevo arte de vivir, tanto más original cuanto que no va a excluir a los antiguos modos de existencia. De suerte que China poseerá las dos formas de mobiliario, el mobiliario bajo y el mobiliario alto." A partir de la China, ejemplar en su particularidad masiva,[60] Fernand Braudel pasa a una geohistoria del gesto verdaderamente total y nunca esbozada, antes de él. Los tres niveles de la vida cotidiana.

> . . .Hubo en China (digamos en líneas generales, antes del siglo XIII) un amplio empuje de vida y una suerte de partición entre una vida sentada

[56] *Ibid.*, pp. 216-219.
[57] *Ibid.*, p. 217.
[58] *Ibid.*, p. 217.
[59] *Ibid.*, p. 217.
[60] No perder nunca de vista que China constituye, estructuralmente, el 20 o 25 por ciento del volumen global de la humanidad.

y una vida en cuclillas al ras del suelo, ésta familiar, aquélla oficial: el trono de los soberanos, el asiento del mandarín, los bancos y las sillas de las escuelas [. . .] Es sin embargo significativo constatar que hay en el mundo dos comportamientos para la vida de todos los días, casi dos biologías, en verdad: posición sentada y posición en cuclillas, ésta omnipresente, salvo en occidente, y las dos yuxtapuestas solamente en China. Buscar los orígenes de este comportamiento en Europa conduciría hasta la Antigüedad y a las raíces mismas de la civilización occidental.[61]

El cálculo del peso planetario conduce, en efecto, casi fatalmente, a plantear el problema de los orígenes de la civilización occidental. En un primer paso, parece retirar a la cuenca del Mediterráneo que corresponde a Europa, una parte de la originalidad y de las grandezas con que la historiografía occidental ingenua de ayer se complacía en adornarla. Relativización pues, si se quiere reducción también, de la aportación de Occidente. Esta reducción nunca sorprenderá más que a los ignorantes y a los tontos. Tomando todo en cuenta, al comenzar, desde luego por el peso del número, resultan considerablemente reforzadas la originalidad y la importancia objetivas de Occidente. Incluso en el plano muy humilde de las cosas. Con tanta mayor razón ocurriría esto en el plano superior y motor de los pensamientos.

El pensamiento de Fernand Braudel se afirma, plenamente, en el orden de la duración, de la extensión, de la continuidad. No se aferra a las pequeñas causas; rechaza las mezquinas consecuencias. Llega a poner de relieve las verdaderas líneas de evolución, los altos caminos, las líneas divisorias y de cresta. Da a la mutación de los siglos XIX y XX su verdadera significación. La acumulación de los medios que explotan en lo que se puede seguir llamando la Revolución Industrial debe poco al azar, a la suerte, al capricho de la buena fortuna. Las condiciones previas al *take off*, para citar una fórmula popularizada por W. W. Rostow, se despliegan a lo largo de los siglos. Estaríamos inclinados a escribir que el verdadero *take off* es el de los siglos XI-XII-XIII. Desde esa época, el segundo núcleo duro de poblamiento adquirió un poco más de medios, un poco más de poder que las otras humanidades numerosas, empezando, sin duda, por el único competidor serio que el Mediterráneo en proceso de Europa haya tenido jamás, a saber, China. La joven China. Claro que sí. Lo que los hombres de la Cuenca del Mediterráneo han realizado en Egipto y en Mesopotamia, en los alrededores de los años 3500-3000 a.c., constituye una fase que los hombres en China franquean, en líneas generales, 2000 años a.c. La India,

[61] *Civilisation matérielle*, p. 219.

América –el resto ligero del mundo... vienen después. No creo traicionar el pensamiento de Fernand Braudel al hacerle decir, o diciendo por él, impulsado por su demostración, que todo se juega en ese retraso inicial de esos mil quinientos años. Un adelanto puede perderse, mas un retraso nunca se recupera totalmente.[62] La sustitución de las viejas culturas[63] por una civilización material industrial casi en todas partes, y a veces incluso la desaparición ante ella de las más nobles civilizaciones, no contradice esta regla; muy por el contrario. Es en suma la mejor ilustración de ello. China pudo inventar, crear, como la civilización helénica había inventado y creado, pero le faltaron, casi siempre, el tiempo y los medios para difundir, para consolidar, para vulgarizar, y por lo tanto asentar, verdaderamente, sus logros en un número que, por falta de esta difusión, es en parte ilusorio. Al mismo tiempo, gran parte de las demostraciones de J. Needham conservan su valor, en la medida en que pierden la dimensión que él espera darles. Durante la discusión que siguió, en 1960, en Lisboa, a la notable comunicación del gran historiador de la tecnología china,[64] Virginia Rau esbozaba con humor lo que quizás es, bajo la forma de un cuento filosófico, la verdadera superación dialéctica de la objetiva realidad del adelanto y del retraso de la civilización china:[65]

> Needham nos expuso el desarrollo de una técnica de timón de codaste. Nos dijo que precisamente en el momento en que las naves portuguesas se encaminaban hacia África, los chinos habían llegado a Zanzíbar. Se retiraron hacia los mares del Extremo Oriente y fueron los portugueses los que continuaron [...] si no me equivoco, esto significa que los chinos venían a África para encontrar el animal de la felicidad

[62] No hay contrasentido: los Estados Unidos de América no son más que la provincia más avanzada del más grande Mediterráneo –Europa se resigna a constituir una civilización mundo–. Cuando Japón se adelanta una primera vez después de 1868, una segunda vez después de 1950, sus proezas económicas se sitúan en el simple prolongamiento de la revolución industrial europea en vías de transformarse en civilización planetaria.

[63] Sobre la distinción necesaria y las diferencias entre los niveles llamados de civilización y de cultura, *cf.* Braudel, *Civilisation matérielle:* Los numerosos contra los débiles, pp. 68-77, y la magnífica fórmula *(ibid.,* p. 76): "Una cultura es una civilización que no ha alcanzado aún su madurez, su grado óptimo, ni asegurado su crecimiento. Entretanto, [...] las civilizaciones vecinas la explotan, de mil maneras, y es natural, si no justo."

[64] J. Needham, "Las contribuciones chinas al arte de gobernar las embarcaciones", en: *Les aspects internationaux de la découverte océanique aux XV^e et XVI^e siècles,* París, SEVPEN, 6a. Sección de la EPHE, 1966, pp. 113-134.

[65] *Aspects internationaux... V^e colloque d'histoire maritime, ibid.,* p. 129.

que resultó ser una jirafa: después de haber perdido el interés por este animal, perdieron igualmente todo interés por abrirse paso hacia el Oeste.

Volviendo al ejemplo invocado, las expediciones chinas a principios del siglo XV no entrañaban gran cosa más allá del capricho del príncipe. Les faltaba el espesor de las decenas de millares de voluntades que condujeron a los portugueses, en nombre de la cristiandad latina, a lo largo de las costas de África.

El adelanto de Europa es antiguo. Un muestreo no da cuenta correctamente de ello. Es de la incumbencia del pensamiento planetario global. La Revolución Industrial no surge *ex nihilo* de un mundo sin recursos.

"Que venga el vapor,[66] y todo se acelerará como por magia. Pero esta magia se explica: ha sido preparada, hecha posible por adelantado. Parafraseando a un historiador (Pierre Léon), hubo una evolución (es decir un ascenso lento), y después revolución, es decir aceleración. Dos movimientos ligados el uno con el otro." Reconsideremos el asombroso expediente[67] del cual Fernand Braudel logra extraer una apreciación verosímil del conjunto de las fuerzas motrices al servicio del Occidente a mediados del siglo XVIII, antes de la explosión de la Revolución Industrial.

¿Debemos insistir, una vez más, en la gran disparidad de los recursos antes y después de la mutación cuantitativa de la Nueva Edad? El ejercicio fue útil. Ya casi no vale la pena. No ignoramos nada de nuestra fuerza y de nuestras posibilidades, en 1967, cuando nos volvemos hacia la civilización tradicional; no nos inclinamos a subestimar sino más bien a sobreestimar nuestra superioridad, en la exacta medida en que no sabemos medir el punto de partida que nos sirve de término de comparación. Las perspectivas abiertas por Fernand Braudel, en este ámbito, son enormes. Nos ofrece, aquí, una de las más bellas ilustraciones de este método del cálculo global del peso del cual es el creador.

Para empezar, como él, hay que apoyarse en una constatación simple. La debilidad del motor humano, de 3 a 4 centésimos de caballo de fuerza, en comparación con 27 a 57 centésimos para el caballo, este antiguo y fiel doméstico, durante mucho tiempo, hasta los siglos X y XI, asombrosamente subutilizado. Debilidad del motor humano, pero motor de una sorprendente flexibilidad, de tal modo que los técnicos

[66] *Civilisation matérielle*, p. 28.
[67] *Ibid., Le problème clé. Les sources d'énergie*, pp. 253-282.

y sabios de la civilización tradicional tienen razón en plantear para su utilización corriente la ecuación: dos hombres = un caballo. Desde los siglos XIV y XV, el tiempo difícil de la gran disminución del número de los hombres, existe ya un conjunto impresionante de medios de transmisión del trabajo y del movimiento, desde el pedal a la manivela, sin hablar del torno venido desde el fondo de nuestra edad pero sustancialmente mejorado. Lo que más falta, más aún que la máquina, es el impulso que hay que darle.

Si en un extremo de la máquina no tiene usted nada mejor que el músculo de un brazo de hombre, entonces conserva con su prolongamiento natural, la ventaja de la más maravillosa, durante mucho tiempo, de las máquinas concebibles, la mano prolongada por la herramienta, la mano flexible como la inteligencia del hombre que la mueve. Véase la China, véase el Brasil colonial y sus "negros de carro",... véase América precolombina; la mayor parte de las culturas y al menos una de las dos o tres grandes civilizaciones parecen no haber comprendido claramente la necesidad de un motor extrahumano. Es cierto que la China del arrozal y la América india del *conuco*[68] buscaron otra solución: una solución que permite densidades de poblamiento enormes, cinco o seis veces más hombres, en ciertos sectores privilegiados, que la agricultura de comuna. Conscientes de la excelencia del motor humano, conscientes aún con mayor seguridad del valor económico del hombre, estas civilizaciones del Extremo Oriente y de la América precolombina buscaron el medio de multiplicar al hombre. Y naturalmente lo encontraron.

Desde hace varios milenios, el Mediterráneo más grande, léase el Occidente, parece haber buscado en otras partes, en las que terminó por encontrar. Progresivamente. El motor animal, peligroso de manejar en virtud de las competencias alimentarias y de su incidencia molesta sobre el máximo de poblamiento, los motores eólicos e hidráulicos, solución mucho más limitada, al principio, pero infinitamente elegante, la vela motora de las flotas, la madera como fuente cotidiana de energía, a la cual ya se agrega, aquí y allá, el carbón de piedra, cuyo empleo seguimos, progresivamente, en Europa e incluso en el Medite-

[68] Sobre esta técnica, que permitió algunas densidades de poblamiento récord en varios sectores de la América precolombina, ver la maravillosa y definitiva obra de C. O. Sauer, *The Early Spanish Main*, Berkeley, Calif., University of California Press, 1966, XII-306 pp., y más particularmente el capítulo (pp. 37-70): *The Aboriginal Conditions of the Islands*. Según el estudio de Sauer, es verdaderamente difícil descartar la hipótesis de un poblamiento inicial muy elevado de la América precolombina.

rráneo, donde entra progresivamente como lastre* de los veleros ingleses, desde comienzos del siglo XVIII.

Frente a todas estas noticias, Fernand Braudel adelanta una cifra, un orden de burda magnitud pero seguro, y el total es ya impresionante. El hombre de Occidente —él y solamente él— dispone desde el comienzo del siglo XVIII, en promedio, de 25 veces su fuerza muscular por cabeza. Europa tiene, para una quinta parte de la humanidad, a su disposición, en cálculos groseros, dos veces más recursos que el resto del mundo, a la altura de los años 1730-1740. Europa habría puesto así a su servicio, desde mediados del siglo XVIII, alrededor de los dos tercios de la energía entonces disponible.

Esta primera comprobación, tan masiva como imprevista, queda, a mi entender, fuera de todo comentario. Notemos sin embargo que a partir de esta verdad, la historia de la Revolución Industrial y de la conquista europea del mundo en el siglo XIX aparece infinitamente más clara y más coherente que en su relato tradicional.

Al lado de eso, la jerarquía de las fuentes de energía tiene relativamente menos importancia. Encabezando la tracción animal, 14 millones de caballos, 24 millones de bueyes, donde cada animal[69] representa un cuarto de caballo de fuerza, lo que en líneas generales equivale a 10 millones de caballos de fuerza; en seguida las ruedas hidráulicas, entre 1 millón y medio y 3 millones de caballos de fuerza; luego los hombres mismos (50 millones de trabajadores), o sea 900 mil caballos de fuerza; por último la vela, 233 mil caballos de fuerza adicionales, sin contar la flota de guerra . . . Dos puntos esenciales, el músculo del animal, la leña. En total, 22 veces la fuerza del hombre; el resto, los molinos, el viento, el agua, la hulla, representan poco más que tres veces el hombre. No se trata de subrayar, según el orden de las preocupaciones tradicionales, la distancia de la Europa de la civilización tradicional con respecto a nosotros. "Nos encontramos lejos de los balances energéticos actuales, lo sabíamos de antemano y no interesa esta cuenta imperfecta",[70] volvamos hacia otras lecciones. Para Fernand Braudel, lo que cuenta es el arcaísmo y la rigidez:

> Lo importante, en efecto, es ver en los dos primeros puestos a los animales y a la leña. Eso es tanto como decir que la economía está enredada en las viejas soluciones, sin elasticidad, y lo que más estorba es el desarrollo del maquinismo, no un retardo cualquiera del espíritu de invención.

* En el original aparece en inglés: *ballast*.

[69] *Civilisation matérielle*, p. 282.

[70] *Ibid.*, p. 282.

> Muchas máquinas ingeniosas giran, pero aún lentamente. El maquinismo reclama grandes fuentes de energía: sólo estarán disponibles más allá del siglo XVIII.[71]

Seríamos más sensibles todavía al modo de producción del 95 por ciento del multiplicador muscular de este Antiguo Régimen. Leña y motor animal, producto primario, producto agrícola. El caballo come la avena, el buey la hierba y el heno, y el bosque presiona sobre las tierras menos buenas, que la frontera de la roturación agrícola tiende a cercar. El motor agregado de la civilización tradicional tiende —ésa es la mayor desventaja— a hacer bajar, de una vez, el máximo y, más aún, el óptimo de poblamiento. Como la antigua manera de enganchar los caballos antes de la revolución técnica del cabestro, el primer motor agregado de esta antigua economía ahoga, y, si se insiste, mata, al hombre a fuerza de aliviarlo. No vayamos demasiado rápido en la tarea. Las rigideces de tipo antiguo en el espacio ya privilegiado de la economía occidental son menos absolutas de lo que se tiende a veces a creer. En primer lugar, véase la yunta. Véase la protección de las ruedas, la suspensión de los carruajes, la fantástica revolución de la carretera en el siglo XVIII, las micromejoras de la reja de los arados en la textura del metal y en la forma. El motor animal es dos o tres veces más utilizado en el siglo XVIII de lo que lo era en el siglo XI.

Véase la chimenea. Esta gran victoria de comienzos del siglo XVIII también. Una chimenea estrecha, una chimenea que tira, donde el ladrillo reemplazará cada vez más a la madera desde los siglos XVI y XVII. Así, una serie muy larga de micromejoras modifica los rendimientos.

Y no obstante, el cuello de botella existe. El caballo y el buey están en competencia alimentaria con el hombre. En competencia directa hasta el siglo XVIII. Un poco menos cuando se desarrolla la gran modificación de las praderas artificiales. La puesta en servicio del tercer cultivo alternado de forraje que conduce simultáneamente la fijación del nitrógeno y el alimento de los animales, eleva al máximo el poblamiento y permite disminuir la competencia alimentaria del motor muscular animal. Las praderas artificiales contribuyen, con la máquina de Watt y la explotación de la energía fósil, a la gran multiplicación del motor durante la Revolución Industrial.

El método del cálculo global del peso habrá contribuido así a modificar fundamentalmente el esclarecimiento de la Revolución Indus-

[71] *Ibid.*, pp. 282-283.

trial. Sabemos que es el fruto de una gran paciencia, que confirma y refuerza un privilegio lentamente constituido en el transcurso del tiempo. La Revolución Industrial no se comprende más que insertada en una problemática de larga duración.

Y cuántos corolarios a este teorema principal. Regresemos a los siglos XV y XVI, al problema esencial de la explosión planetaria de un Mediterráneo más grande: el desenclave de civilizaciones y de culturas, el punto de partida modesto de un proceso de comunicación. Al cabo, resulta, concretamente, la formación de una delgada película de economía mundo. Desenclave, establecimiento de comunicación, paso de una estructura continua a una estructura en proceso de continuidad. Hemos propuesto antaño, fórmulas que se esfuerzan en romper con el antropocentrismo mediterráneo ingenuo de nuestras viejas historias. Casi me inclinaría, ahora, a hablar nuevamente de expansión europea con los buenos manuales. En razón de la vieja superioridad de una Europa que no se invoca aún.

En menos de media página, pero a la luz de todo un libro, o mejor, de un método innovador, Fernand Braudel vuelve a escribir con términos nuevos y útiles uno de los capítulos más difíciles de la historia de los siglos XV y XVI; el de la expansión del comercio europeo a lo largo de las costas de África.

> Una cultura es una civilización que no ha alcanzado aún su madurez, su grado óptimo ni asegurado su crecimiento. Entre tanto, y la espera puede durar, las civilizaciones vecinas la explotan, de mil maneras, y es natural, si no justo, que el lector se remita a este comercio de las costas de Guinea que nos es familiar a partir del siglo XVI. Es el ejemplo típico de esas explotaciones económicas de las que está llena la historia. Sobre las orillas del Océano Índico, los cafres de Mozambique sostienen que si los monos "no hablan es porque tienen miedo de que se les haga trabajar". Pero en cuanto a ellos, cometen el error de hablar, de comprar telas de algodón, de vender el polvo de oro [. . .] el juego de los fuertes es siempre el mismo, muy simple.[72]

El establecimiento de la comunicación entre mundos desiguales —el beneficiario: Europa aquí, China allá, y finalmente Europa contra China—: los pobres lo pagan a precio de oro.

Las culturas, y, pronto, las civilizaciones menos avanzadas, pagan en capital y en hombres, en pérdida de sustancia, el desequilibrio radical de sus intercambios. En este juego económico entre civilizaciones y

[72] *Ibid.*, p. 76.

culturas todo escapa a las culturas, todo ocurre en provecho de las civilizaciones. El establecimiento de la comunicación en los microcosmos que se abren, en el siglo XVI, ha resultado en un empobrecimiento de los pobres y un enriquecimiento de los ricos. Triunfo también de la larga duración, permanencia de los juegos, de las relaciones, de las situaciones y de las actitudes, de una y otra parte de la Revolución Industrial. La Revolución Industrial actúa como un revelador, como un acelerador de las tendencias profundas.

El cálculo global del peso planetario induce a volver a escribir, con términos nuevos, mucho más inteligibles y más fácilmente integrables a las ciencias humanas del presente, grandes fragmentos de historia. Lo hemos visto a través de algunos ejemplos. Fernand Braudel acaba de ganar algunos sectores importantes para un conocimiento mejor. Promoción por la medida misma aproximativa, promoción por la invención pura y simple de sectores de la actividad humana, sustraídos antes de él a la mirada de la ciencia.

Una pregunta se plantea ahora. Este método que ha dado prueba de sus aptitudes para las *no man's land*, las *terrae incognitae* de la historia, ¿es válido también para los sectores más antiguamente conocidos?

Por eso la contribución de Fernand Braudel y de Frank C. Spooner a la historia de los precios en Europa de 1450 a 1750[73] merece una particular atención. Ningún sector ha sido más trabajado que éste. Estamos en el corazón y como en el seno de una arqueología de la historia cuantitativa. Era necesario innovar. De hecho, es por el cálculo global del peso —repitámoslo— que se nos propone el primer capítulo de una nueva historia de los precios.

En primer lugar por la incorporación de series nuevas, recientemente descubiertas y procesadas, de una riqueza y de una densidad jamás igualada. Esta buena fortuna es italiana. Se llama Udine, semana por semana, 212 años consecutivos de un muy amplio abanico[74] de todos los productos necesarios para la vida. Se llama Chioggia,[75] una pequeña ciudad en el punto de confluencia del Adriático y de la laguna de Venecia, día por día, durante siglos enteros hasta 1797, las cantidades cotidianas y los precios del trigo vendido al granero municipal, el *Fondaco*. La serie del *Fondaco* permite, en tiempos de crisis, un estudio

[73] *Prices in Europe from 1450 to 1750*, en *Cambridge Economic History of Europe*, t. IV, Cambridge, 1967, pp. 374-486.

[74] *Prices in Europe, op. cit.*, p. 375.

[75] *Ibid.*, p. 391.

hora por hora. Una precisión que el período estadístico en el que nosotros vivimos puede envidiar con razón al período preestadístico en el que Chioggia nos introduce.

Pero el cálculo del peso global interviene a la altura de la presentación. El método es de una maravillosa y genial simplicidad. Usted reúne la totalidad de las series seguras disponibles para el conjunto del espacio europeo desde fines del siglo XIV hasta fines del siglo XVIII —el preestadístico en su mayor extensión— desde las orillas del Mediterráneo hasta la Moscovia. Y comienza por el trigo, ese patrón universal. "Una cincuentena de curvas de precios del trigo, calculada en gramos de plata y en hectolitros, han permitido trazar, para la Europa entera, el 'molde' de las variaciones cerealeras (línea máxima y línea mínima, que delimitan la zona en gris) y trazar la línea aritmética (línea punteada) de todos los precios."[76] Este método maravillosamente simple es también diabólicamente complejo. Detrás de las 30 páginas (pp. 457-486) de mapas y gráficas del tomo IV de la *Cambridge Economic History,* hay varios millones de notas críticas y años de cálculo. Pero la historia de los precios sale al mismo tiempo de lo cuantitativo anecdótico para entrar en un plano cuantitativo global y significativo. Y el espacio macizo, dominador, maravillosamente exigente y complejo, recobra sus derechos.

Había tres Europas, en el largo tiempo indeciso de las civilizaciones tradicionales; tres Europas que no se confunden del todo con las que delimitan las fronteras cronológicas y fitogeográficas del límite septentrional del olivo y de la vid. Una Europa cara, que es mediterránea y peninsular, una Europa barata que es la Europa del Este y del Norte. Entre las dos, una Europa media que es un poco la del porvenir: la Europa de la futura y fundamental mutación de crecimiento. Una economía, pues, profundamente desarticulada, imperfectamente controlada todavía y ligada a los polos de crecimiento que son los directores de orquesta de la coyuntura.

El hecho mayor ya no es, en estas condiciones, las respiraciones esperadas de las fluctuaciones seculares, sino el hecho esencial y dominante del cierre del abanico. Tomemos los precios del trigo. Entre Valencia, polo del Mediterráneo caro, y Lwow, centro de la Polonia barata, la relación de los precios en plata del trigo en el curso del decenio 1440-1449 se ubica en la relación casi increíble de 1 a 7, de 6 a 43 g de plata por hectolitro. La diferencia pasa por un máximo a fines del siglo XV.

[76] Comentario en: *La Méditerranée,* 2a. ed., t. I, p. 469. *Cf.* igualmente P. Chaunu, *Cahiers Vilfredo Pareto* 15, 1968, pp. 162-163.

Es entonces de 1 a 7.5. Hacia 1750, la relación ha sufrido, de 1 a 2, una reducción considerable de 38 a 75 g de plata el hectolitro, en razón de la prodigiosa recuperación de la Europa oriental. A fines del siglo XV, las tres Europas se encontraban en la relación respectiva de 100, 77 y 16; a fines del XVI, las diferencias relativas eran de 100, 76 y 25; el momento de cerrar el abanico había comenzado. El arcaísmo de la Europa oriental no se lee solamente en la curva de los niveles absolutos de los precios en plata. Se marca, además, en la amplitud anormal del fenómeno de la crisis.[77] Amplitudes, en el XVII, del orden de 1 a 10 al Este, de 1 a 4 o 5 en el Mediterráneo; de 1 a 2 o 3 en la zona media, que es, ya, una zona privilegiada.

Desde el siglo XV al XVIII Europa se constituye, lentamente, como un mercado un poco menos radicalmente desarticulado. Eso se sabía, tal vez, pero nunca se había logrado medirlo. Una victoria para apuntar en el activo del *cálculo del peso global en Historia.*

Ya no se puede escribir la historia después de la *Civilisation matérielle* como antes. Y el cálculo del peso global no se aplica solamente a la historia. Es válido para el conjunto de las ciencias humanas. Incita a reagrupar lo que el análisis ha dividido, a devolver cada parte a su totalidad. Cada uno en su ámbito tendrá interés en escuchar la lección y en adaptarla. Es un ejercicio necesario de síntesis en el momento decisivo de la brutal mutación de los instrumentos de análisis. Véase la reducción de poder debida a la electrónica. Exige, a la vez, un esfuerzo suplementario. ¿Para qué sirve esta masa de datos nuevos si somos incapaces de integrarlos?

Integrar, es lo que Fernand Braudel sabe hacer notablemente. Su pensamiento es un pensamiento generoso, un pensamiento que busca, curioso por todo, que no rehúsa nada, que hace siempre sobre cada uno, las cosas y los seres, la conjetura favorable. En el plano de la síntesis, sólo conserva lo mejor, lo menos bueno se elimina. Su pensamiento es, también, sin que experimente nunca la necesidad de definirse —definir es limitarse— un pensamiento estructural, estructuralista si se quiere. Sobresale en la ordenación por niveles. Del *Mediterráneo* a la *Civilisation matérielle,* el enfoque tripartita se mantiene. Su pensamiento es, también, un pensamiento de la duración, así como un pensamiento de la totalidad. Es, pues, valiente y precioso en un momento del mundo que es el momento de la mutación dispersora. Un pensamiento que ha permanecido, hasta aquí, en una prudente reserva

[77] *Ibid.,* p. 463.

frente a ciertos sectores en la gran aventura humana que es, en primer lugar, aventura del espíritu. Pero esta reserva está hecha de prudencia, de atención y de escucha benévola. Un pensamiento infinitamente respetuoso, pues, de lo que hay de esencial en el hombre, en el sentido más denso de las palabras, totalmente liberal.

¿Pero se puede disociar el pensamiento del hombre que, en el fondo de su ser, le da la vida, antes de que, a su vez, él viva por sí mismo?

Los que han tenido el gran privilegio de conocer al maestro y al hombre saben qué afinidades profundas existen entre él y su obra. La obra de Fernand Braudel, entiéndase la historia total, la más humana síntesis de todas las ciencias del hombre.

SEGUNDA PARTE
UNA EXPLORACIÓN DE LA DURACIÓN

En esta segunda parte nos apartamos de los debates teóricos que se vuelven rápidamente fatigosos. Pasamos a los ejemplos. El viraje del mundo pleno en los siglos XII-XIII (cap. V), el XVI (cap. VI), el XVII (cap. VII) y el XVIII (cap. VIII), son abordados de una manera que creo original. Se trata en adelante de reconsiderar algunos expedientes a la luz de lo adquirido por la nueva historia; en una palabra, nos esforzamos por integrar la medida en el interior de las explicaciones tradicionales.

Y ellos son sucesivamente, "El viraje del mundo pleno" (cap. V), "Lugar y papel de Brasil en la economía del siglo XVI" (cap. VI), "Los elementos de larga duración en la sociedad y la civilización del siglo XVIII" (cap. VII), "Un análisis del Brasil en el siglo XVIII" (cap. VIII).

V. EL VIRAJE DEL MUNDO PLENO*

GALILEO y Descartes formularon, casi simultáneamente en 1623, la regla de nuestro saber que sigue siendo, después de todo, desde una perspectiva de Sirio en el tiempo, un nuevo saber: "La naturaleza se escribe en lenguaje geométrico." ¿Cómo, en estas condiciones, un historiador, especialmente cuando pretende ser cuantitativista, evitaría sentirse conmovido al entrar en ese templo del lenguaje matemático que propicia la comprensión y la previsión sobre las cosas y un poco, también, sobre los seres?

Tengo la sensación de defender una causa difícil. Creo que la historia es útil. No es únicamente Sabiduría, sino la historia, la verdad, la que selecciona, que constituye las series, que las procesa, que las interpreta y que las enlaza con el presente; que aumenta, disminuye el poder de todas las ciencias del hombre que son casi necesariamente ciencias del presente, prisioneras del tiempo corto. La historia puede volver más eficaz la lectura del presente; por lo tanto, es la condición de toda prospectiva. Sin la historia, no hay prospectiva, se hacen proyecciones.[1] Ahora bien, las proyecciones dibujan sobre el porvenir las trayectorias de las cuales, por definición, la realidad se apartará, indefectiblemente. Para defender la causa de una historia útil, mantengo este título insólito: "El viraje del mundo pleno." Lo cual requiere de algunas explicaciones.

El viraje decisivo del mundo pleno, en nuestra lengua de historiadores, es la serie de modificaciones que se sitúan en la cristiandad latina occidental (alrededor de tres cuartas partes de Francia, Inglaterra, *stricto sensu,* Países Bajos, *lato sensu,* eje renano-alpino, Alemania del Oeste y norte de Italia . . . alrededor de 1 millón, 1,2 millones de km^2) desde fines del siglo XI hasta mediados del siglo XIV: un muy largo siglo XIII majestuoso. Sobre el viraje decisivo del mundo pleno, se constituye un sistema de civilización, que es tanto reinterpretación de una herencia cuanto innovación en sentido propio: un sistema que propongo llamar la civilización cristiana tradicional del mundo pleno.

* Conferencia pronunciada el 10 de marzo de 1975 en la Escuela Politécnica, en el marco de un ciclo de estudios titulado "Historia natural de la humanidad", concebido por Charles Morazé y Philippe J. Bernard. Profunda gratitud a ambos. Artículo publicado en la *Revue d'histoire économique et sociale* 53 (1), 1975, pp. 5-18. Reproducido con la amable autorización de la Editorial Marcel Rivière, París.

[1] P. Chaunu, *De l'histoire à la prospective,* 398 pp., París, Laffont, 1975; *cf.* también de este autor: *Histoire, science sociale.* París, SEDES, 1974, 438 pp.

Esta elección, por mi parte, es insólita. Modernista, mis investigaciones tratan sobre los siglos XVI, XVII, XVIII; el período que voy a evocar es de la competencia de los medievalistas. Esta elección, sin embargo, es deliberada. En tanto que modernista, he sido llamado a descubrir el viraje decisivo del mundo pleno, cuya fundamental especificidad ha escapado durante mucho tiempo a los medievalistas. El historiador procede necesariamente por análisis estructural. Dejemos la espuma, el acontecimiento que forma parte, por cierto, de la historia pero que no me ha apasionado nunca; todo lo que cuenta, todo lo que pesa, se inscribe en el interior de una cierta duración. Los períodos de los grandes ritmos de la historia cultural se sitúan cómodamente dentro de los treinta años de la generación, incluso los cincuenta, sesenta o setenta años de una muy larga vida consciente. Pero todo lo que va más allá del claro dato, de la clara conciencia, todo lo que escapa al ritmo paradójicamente contrastado de lo que pertenece al ámbito de lo escrito, excede muy ampliamente la generación. Yo he llegado a la convicción de que un sistema de civilización dura (o al menos ha durado) un poco más de un medio milenio.

Existe, sin duda, una correlación entre la duración y la dimensión de ese gran cerebro colectivo que forma una suerte de universo-tiempo y el volumen de las comunicaciones en el interior de ese sistema espacial, temporal, humano.

En una palabra, mi proposición es ésta: un sistema de civilización se constituyó sobre el espacio que ya he definido (1,2 millones de km^2 de un Mediterráneo occidental volcado hacia el Norte, 50 a 120 millones de hombres, durante 15 generaciones; es decir . . . mil millones de seres humanos, 1 700 a 1 800 millones si se consideran los niños muertos antes de la adolescencia), al término de un largo período de rápido crecimiento demográfico. Este espacio se dilató luego lentamente. El sistema de civilización aparecido en el siglo XIII ha durado, en lo esencial, hasta fines del siglo XVIII y dos tercios al menos del siglo XIX. La sociedad industrial, que nació de las mutaciones de los siglos XVII, XVIII y XIX, no se ha apartado en lo esencial de sus elecciones. La prueba es que una parte, al menos, del sistema de civilización industrial y postindustrial que tiende, por aculturación, a imponerse, en superestructura al menos, a escala planetaria, en sistema de civilización-mundo, deriva de una interpretación casi "letrista", palabra por palabra, de esta civilización tradicional del mundo pleno. Ello al menos, hasta por . . . 1957-1962. Esto que vivimos desde hace quince años bajo el vocablo de crisis de civilización es probablemente el verdadero fin de un sistema que, para nuestra desgracia o para nues-

tra salvación, no termina, parece, de morir. Para medir bien la verdadera dimensión del viraje decisivo de los siglos XIII-XIV, tal vez sea necesario retroceder a épocas todavía más lejanas.

La duración

El fenómeno humano como un crecimiento

Cuando se le considera en su conjunto, el fenómeno humano se interpreta cómodamente como un *crecimiento*. Desde hace 6 mil o 7 mil años que hay hombres y que piensan, según una fórmula antigua, menos absurda de lo que parece —es la duración de la historia, *stricto sensu*—, el fenómeno humano es un crecimiento en el prolongamiento de la vida. Desde la aparición del ácido nucleico (2 500 millones de años), desde el más antiguo prehomínido (5 millones de años) antepasado del australopithecus, desde la *Pebble Culture* (hace 1 200 000 años) todo lo que es la vida, es decir la aptitud para reprogramar, para organizar el mundo exterior según un código genético, la vida en primer lugar y en su prolongamiento, el hombre, y la incierta transición de la vida compleja a la vida-consciencia de sí, consciencia, pues, de tener que morir, la vida y el hombre son un crecimiento.

Un crecimiento, pero ciertamente no un crecimiento lineal. No hay crecimiento lineal, si no es en las proyecciones infantiles, pero no inocentes, de los programadores del MIT. Un crecimiento por escalones y mutaciones. Durante mucho tiempo, la vida prehomínida (y la arqueo-vida humana) se cuenta con 10 mil, con sociedades que se calculan en centenas. Antes de 10 mil años a partir de ahora, no tenemos un millón de antepasados.

Todo comienza verdaderamente, para el historiador, que es una suerte de contemporaneísta, con una verdadera memoria, una memoria-consciencia de sí, consciencia del grupo; una memoria diversificante, que data de hace algo menos de 10 mil años.

La historia es la agricultura; la historia es el trigo; la historia tiene un comienzo. Y este comienzo se sitúa en alguna parte. Hace aproximadamente 8 mil o 9 mil años entre el Éufrates y la costa mediterránea de Siria sobre la Medialuna Fértil. Es entre 7 mil y 4 o 5 mil años a.c. (hace apenas más de 7 mil años, cronología de la traducción bíblica alejandrina llamada "de los setenta") que aparece, por primera vez, gracias al agropastoral (Caín y Abel) con sus tensiones más sus posibilidades, el gran cerebro colectivo del millón de hombres en comuni-

cación. La historia comienza con el primer millón de hombres que se comunican entre sí, cuando hay una densidad de cuatro o cinco habitantes por km² a lo largo de 150 a 200 mil km². Casi simultáneamente, brotan de este primer verdadero cerebro humano (hace 6 mil o 7 mil años que hay un millón de hombres que se comunican juntos, por lo tanto que hay hombres verdaderamente hombres y que piensan) las primeras escrituras ideográficas. La escritura tiene 6 mil años; el alfabeto supermultiplicador del primer multiplicador-fijador del lenguaje, 3 mil años. Y la cuna del milagro de la alfabetización se confunde con la cuna de la escritura: la costa fenicia de Siria.

Esta primera mutación, este primer viraje –precisaría– ve aparecer, condición *sine qua non* del progreso, el primer mundo pleno. Un mundo pleno, porque un espacio tiende a cubrirse de tantos hombres como puede alimentar, dentro de un sistema tecnológico-espacial determinado, un mundo pleno rodeado por una "frontera" en sentido "turneriano". No hay extensión, si no hay desafío de un mundo pleno. Un mundo pleno está dialécticamente ligado siempre a un mundo "frontera" que deberá ganar por aculturación tecnológica. Se establece una dialéctica entre viejos núcleos y frontera bárbara. La fusión entre antigua civilización y frontera bárbara se ha efectuado desde los confines, ríos, mares, desiertos de la Medialuna Fértil, siguiendo un tropismo sudeste-noroeste.

Una segunda cuna se constituye 3 mil años más tarde en China, en los confines del *loess** y del desierto de Gobi; una tercera cuna 4 mil años después al pie del Himalaya (Cachemira, Pendjab), luego en México en los confines del Anáhuac y de los desiertos, dominio de los nómadas chichimecas.

Cunas tardías, relativamente secundarias pues. Porque, y es otra regla, no se rescata nunca totalmente el tiempo. Volvamos a la Medialuna Fértil. Después de los Imperios, la Grecia bárbara, luego Roma, hasta la federación del mundo de las ciudades en 4 millones de km² (lo que se llama tradicionalmente Imperio Romano).

Por tendencia, desde la aparición del trigo en Siria hasta el hundimiento del Imperio Romano y del Imperio de los Han en China, la historia humana es ya un crecimiento, un crecimiento y una lenta dilatación espacial desde la formación de los puntos de difusión que son los puntos de aparición de las primeras sociedades densas, de los primeros cerebros colectivos, millonarios de un millón de hombres que se comunican entre sí. El millón de hombres que se comunica

* *Loess* es una variedad de suelo limoso.

en la sincronía representa bien la masa crítica de todas las transformaciones en historia.

He tenido que recordar esta lejana y, examinándola bien, bastante misteriosa arqueología, para mostrar que el modelo aplicable al sistema de civilización más fácilmente accesible, la civilización cristiana tradicional del mundo pleno, es un modelo generalizable en la muy larga duración.

Por tendencia, este modelo es un modelo de crecimiento, pero un crecimiento que no es ni uniforme ni continuo; un crecimiento con fuertes oscilaciones, con largos períodos.

La reducción de los períodos y de las amplitudes constituye, con el crecimiento, la segunda característica de este sobrevuelo.

Continuidad, discontinuidad, viraje

Período, amplitudes, luego oscilaciones. Resulta, en verdad, que la historia es también discontinuidad. Con el cerebro colectivo millonario aparece una historia particularizante, una historia que no es ya solamente reprogramación de lo adquirido. Las sociedades frías para etnoantropólogos estructuralistas ceden el paso a las sociedades calientes, que tienen una historia vectorial: "Ésta es la exposición de la investigación emprendida por Herodoto de Halicarnaso" (485?-425) para impedir que las acciones realizadas por los hombres se borren con el tiempo. Con la ciudad, aparece la historia-conocimiento, que es, por su origen, política y contemporánea, un discurso que, casi necesariamente, fracciona.

El discurso histórico necesita puntos de referencia. Los segrega casi naturalmente. El recitador maorí de Victor Segalen, al comienzo de los *Immémoriaux* y, en el grado nº 1 del discurso histórico, muestra la génesis de la discontinuidad en historia. "Dormía . . ., nacía . . ." desde el acoplamiento hasta el nacimiento y hasta la muerte de los jefes. En otro nivel, pero el procedimiento es idéntico, tendremos los reinos, la formación y la caída de los Imperios. Es muy necesario recortar, no se puede abarcar todo. Pero el recorte es anterior a la obligación de fraccionar. Durante mucho tiempo, hasta la crónica pretendió ser total. La crónica de los *Annales* de Gilles que se publica por primera vez en 1492 sacrifica a la tradición medieval que divide la historia de los hombres en siete edades: la primera comienza con Adán, la segunda con Noé . . . Las siete edades encajan dentro del séptimo Día de la Creación, que es el día del Hijo del Hombre. Todo discurso

histórico es necesariamente clasificador, propone, pues, un orden en la duración; el discurso histórico es, pues, por naturaleza, creador de discontinuidad.

Esta discontinuidad no está simplemente adherida. Es, al menos, tanto como la continuidad, experiencia de lo vivido. Está en el corazón de la vida que cercena la muerte. La continuidad del tiempo no es en parte más que ilusión del cómputo. El tiempo del discurso histórico tradicional con sus tiempos fuertes que son tiempos densos donde, al término de largos recorridos en profundidad, aparecen masas críticas de transformación, que dan nacimiento a estructuras durables; este tiempo está próximo al tiempo heterogéneo de la experiencia psicológica. El tiempo del discurso de la historia serial es asimismo heterogéneo, pero sus planos de discontinuidad no son forzosamente los de la historia política tradicional.

Ya lo he dicho, el análisis histórico es necesariamente un análisis estructural. Separa estratos dentro del flujo de lo memorizable memorizado siguiendo el período de ritmos superpuestos. No se puede dar cuenta del todo de una sola vez. La historia total no es más que un mito; a lo más un sueño, felizmente inaccesible, un sueño anticientífico. Distinguiremos dentro de los testimonios clasificados sobre la actividad humana, órdenes y planos que corresponden poco o mucho a las clasificaciones de las diferentes ciencias sociales en el presente: tendremos una economía, una etnoantropología, una sociología . . . una demografía . . . del pasado. En estos diversos planos, los ritmos, desde luego, ya lo hemos apuntado, son diferentes. Heterogeneidad de las actividades y de los espacios. No todos los espacios reaccionan al mismo tiempo, de la misma manera. No todos los sectores de la actividad obedecen a la misma coyuntura. Los diferentes sectores de actividad reaccionan, por cierto, los unos sobre los otros. Es la justificación de lo que intentamos: la síntesis en historia. Sin embargo, hay que cuidarse de los monismos simplificadores, y ninguno, desde Marx, es más seductor y más decepcionante que el monismo economista. Incluso recientemente, para la sociedad de la Alta Edad Media en los tiempos de los *Guerreros y Campesinos,* Georges Duby ha trastocado con éxito los términos habituales del diseño. En realidad, desde que la sofisticación de las actividades y de los pensamientos en los grandes cerebros colectivos multimillonarios ha alcanzado un nivel alto, a medida pues que se desciende en el curso del tiempo, se asiste a la formación de un *sector considerablemente autónomo de los pensamientos:* los diferentes sectores de una actividad intelectual cada vez más compleja ligados, naturalmente, a medios de existencia que es fácil delimitar, obedecen

a una lógica interna. Constituyen lo que hemos propuesto llamar las *estructuras autónomas formadas.* Principalmente a partir de la edad clásica, desde la formalización del álgebra en el siglo XVI, la estructuración del análisis a comienzos del siglo XVII y la intuición fundamental de la sustitución de la lógica formal por la herramienta matemática, primero para la lectura de la naturaleza y luego de la sociedad, se forma una estructura del conocimiento que obedece a las exigencias de una dinámica propia, considerablemente independiente de lo social y de lo económico. La historia que llamamos serial desemboca así en la distinción de campos estructurales superpuestos, mucho muy autónomos.

Se comprende cómo, dentro de esta manera de abordar el pasado, la periodización obedece necesariamente a reglas propias. La historia así comprendida se esconde, bastante bien, en zonas estructurales limitadas por los virajes: rápidos y cascadas de un río curiosamente ascendente.

He propuesto, otrora, una definición del viraje en historia: "Viraje y viraje sólo en el orden de las modificaciones profundas y significativas, cuando sobre vastos espacios todo un conjunto de sectores se agitan simultáneamente." Formulé esta definición en 1967 a propósito del viraje de los años 1620-1650, y agregaba: "Lo que implica necesariamente un mínimo de adquisición de conciencia bastante rápida."

La jerarquía de los virajes

Adviértase cómo se puede proponer un cierto número de virajes que delimitan un cierto número de zonas estructurales indiscutibles. Y, entre ellos, una suerte de jerarquía. Preciso en seguida que el viraje del mundo pleno de los siglos XII, XIII, XIV, es uno de los menos discutibles y de los más importantes.

No distingo, después de todo, más que cuatro que se sitúan en este nivel. El primero es el que parte del trigo, por tanto de la técnica agropastoral, luego del primer cerebro colectivo millonario, y que llega a la escritura ideográfica (entre 7000-6000 a.c. y 4000-3500). El viraje desemboca en el paso de los clanes a los imperios. Mutación del Medio Oriente. Sigue China con varios milenios de retraso. El segundo es el de los años — 500: la ciudad griega, la ciencia matemática, los profetas de Israel, los jonios, Gautama, Zaratustra, Confucio. El viraje de la era industrial, con las condiciones del comienzo, en otro tiempo caras a

W. W. Rostow: la explosión del crecimiento sostenido. Entre los dos, el viraje del mundo pleno.

Existen otros planos. Distingo tres de ellos entre el viraje del siglo XIII y el de comienzos del siglo XIX; tres que son especialmente válidos para el mundo europeo: la apertura planetaria de los universos-tiempos de fines del siglo XV y de la primera mitad del siglo XVI, el viraje de la naturaleza escrita en lenguaje matemático (1620-1650) y el de las Luces (1675-1730), que se orienta hacia la doble invención del cálculo infinitesimal y la aparición de nuestro metro cosmogónico, el cálculo exacto de la velocidad de la luz por Olaüs Römer, el 28 de noviembre de 1675, para los aficionados a fechas cortas.

Pero, en el plano de Sirio, caro al pensamiento de las Luces, sinceramente, no hay sin duda más que tres virajes decisivos que se puedan comparar en grandeza con el del siglo XIII.

Al menos, no se me podrá reprochar el ceder a un provincianismo de disciplina. Es como modernista que descubro el incomparable alcance de la modificación de la Edad Media occidental. No se me podrá acusar ni siquiera de eurocentrismo, puesto que los siglos XII y XIII son igualmente importantes en China, con el perfeccionamiento decisivo del arrozal inundado (granos precoces y, por lo tanto, cosechas múltiples).

El mundo antiguo se derrumbó al término de un proceso estudiado de manera incompleta. Por mi parte, sostengo que, en el seno del sistema de las ciudades federadas dentro del Imperio, hubo una excesiva exacción de los campos para beneficio de las clases urbanas ociosas. Se ha probado recientemente, gracias a los recursos de la arqueología de la civilización material, que la periferia bárbara triunfa a partir del primer siglo en los órdenes decisivos de la tecnología del hierro y de la tecnología agrícola.

Paralelamente a este movimiento de pinzas, se asiste a partir de la segunda mitad del siglo II después de Cristo a un abatimiento demográfico de los centros nerviosos del Imperio y a un repliegue, tal vez mucho más rápido aún, del número de los que leen y escriben. Sin la escritura, que permite la constitución de inmensos campos permanentes del saber, la fantástica acumulación desde el período helenístico, fecundo entre todos hasta la época de Eratóstenes y de la escuela de Alejandría, no habría llegado nunca hasta nosotros. Las causas de este derrumbe no son únicamente económicas sino también de orden demográfico, es decir biopsicológicas. ¿Hay que hacer intervenir tal vez una suerte de perturbación genética?

Pero el período bárbaro no es únicamente negativo. Permite una mezcla de dos experiencias: la experiencia rudimentaria, espacialmente circunscrita a algunos territorios limitados, y los restos de la vieja experiencia mediterránea. El Mediterráneo se fracciona. El milagro del nivel insólito de las comunicaciones de -300 a $+200$ no puede ser mantenido. Nuevos espacios-tiempo se constituyen: uno, el nuestro, se levanta sobre los restos de la Romania latina no conquistada por el Islam, y el antiguo espacio bárbaro.

Se habla a menudo de abatimiento demográfico: el diagnóstico es verdadero, sólo parcialmente verdadero —el abatimiento demográfico no afecta al antiguo territorio bárbaro, o apenas; muy pronto hay crecimiento, tendencia pues a la igualación. Lo que se derrumba es la antigua Romania. En Italia, en Galia, la caída es mínima, en la proporción de ¾ a 1. En Nadir, en los siglos VII-VIII, puede suponerse una densisdad media de 3 a 5 habitantes por km² a lo largo de 1,5 millón de km², mucho menos todavía en general al este del Elba y al norte del Danubio.

Así, ante todo, hay crecimiento demográfico. Comienza un poco después del Año Mil, 1020-1030 aquí, 1080-1100 allá, al ritmo de la duplicación secular (ya). A fines del siglo XIII, habrá de ocho a diez veces más hombres de los que había en la depresión de los siglos VII-IX. Y en la franja sur, en los territorios (la Galia, la Italia del Norte) que habían sido incorporados al Imperio Romano, el nivel es doble aquí, triple allá, en comparación con las antiguas cimas, antes de la conquista, y en comparación con la era de recuperación de los Flavianos y de los Antoninos.

Dejaré de lado las razones profundas de este crecimiento. Me limitaré a recordar un logro de estos veinte últimos años. Este crecimiento fue tecnológicamente posible —a menos que haya sido él el que empujó delante de sí una nueva tecnología, lo cual es quizás más exacto— gracias a la masificación, a la socialización, a la difusión espacial de un conjunto de técnicas creadas en las *villae* de las regiones entre el Loira y el Sena, a partir de la confrontación de las dos herencias, en estas *villae* laboratorios de la innovación. Esas innovaciones se llaman: rienda de cabestro, herraje de los caballos, pesados arados con ruedas, rotación trienal . . . , que abandonan en el siglo XI el ámbito de la experimentación por la difusión masiva. Y gracias a ellas, el flujo de hombres puede continuar subiendo hasta el umbral durante mucho tiempo infranqueable de los 50-60 habitantes por km² en zonas de limo, 30-40 habitantes por km² en otras partes, hasta 20-30 en tierra no fértil, digamos los 40 habitantes por km². Ésta es la constitución de un mundo

pleno a un nivel jamás igualado de 40 habitantes por km² en 1,5 millón de km², roturados en un 75-80 por ciento (la reserva de 20-25 por ciento de bosque es necesario para el equilibrio ecobioeconómico), 40 habitantes por km² en un suelo roturado en un 75-80 por ciento, el mundo de los campanarios, de manera que al subir a uno de ellos, siete u ocho aparecen en el horizonte y, entre ellos, se registra un nivel de comunicación jamás alcanzado. Comparar la carretera romana rectilínea y vacía, con el camino irregular pero utilizado por pesadas caravanas de carga de la cristiandad medieval. Ahora bien, la ruta terrestre desencadena por necesidad la ruta marítima. Entre la tecnología marítima antigua y la tecnología marítima surgida de las transformaciones de 1180 a 1220, con el timón de codaste, así como la multiplicación del velamen, el montaje en capas ligeramente superpuestas más eficaz que el bordaje, con la aguja imantada y sus prolongaciones, el portulano con *rhumbs* dibujados y las tablas trigonométricas llamadas de Martelogio, una tecnología muy difundida hacia 1270-1280, la multiplicación se hace por 20, 30, 40. Este mundo más pleno, pues el hombre está más cerca de su prójimo y es, por lo tanto, más fuerte, más libre, más hábil, llega a un nivel de comunicación interhumana jamás alcanzado. Conocimos el cerebro colectivo millonario; ahora tenemos, por primera vez, un verdadero cerebro colectivo cincuenta veces millonario.

Ése es el dato básico. Veamos las consecuencias. Son de tres órdenes: demográfico, cultural, político.

Un mundo pleno está, necesariamente, delimitado, en un primer estadio, por un tope: 40 habitantes por km² es, en líneas generales, el tope que casi no se puede franquear antes de fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, aquí y allá. El crecimiento en el interior de la cristiandad latina se ejerció por un doble conjunto de recursos, el perfeccionamiento tecnológico, el aumento consecuente de los rendimientos, la apertura de "frontera" de desbroce en el interior del espacio examinado. A partir de 1250, estos dos recursos se agotan. Queda un tercero, la emigración hacia la gran "frontera" del Este. Para los que han caído en la trampa, en el centro, este recurso está prácticamente excluido.

¿Cómo responder a éste desafío? Nuevas mutaciones tecnológicas necesitarían recursos que están a varios siglos de distancia. Esperar pasivamente el cataclismo (sobrevendrá la peste negra en 1348) que, como en el caso de los amerindios o de la vieja China, eliminará el excedente. Ahora bien, esto en el siglo XIII (entre los XI-XII y el XIV), sin que podamos precisarlo por carecer de documentos (tenemos la *Poll Tax* de 1377, los *Feux* de 1328 . . . mirándolo bien, muy poca cosa), produjo

un proceso único en la historia de la humanidad. Una respuesta única para un desafío que no es único, para un desafío único a lo sumo por su amplitud y alcance. Esta respuesta es imponer una edad mayor para el matrimonio.

Hacia 1900, cuando la aculturación europea cubrió el planeta con una red estadística suficiente, vemos, frente al matrimonio, tres humanidades desiguales: la Europa protestante y católica y sus prolongaciones de ultramar, practica el matrimonio pospubertario (25-26 años) con un amplio celibato definitivo femenino: del 50 al 60 por ciento de la población femenina pospubertaria está casada. Los países no europeos practican el matrimonio pubertario (incluso prepubertario) total: de 97 a 99 por ciento de la población femenina está casada. La Europa ortodoxa (cristiana bizantina) se ubica en un modelo de transición: matrimonio: 18-20 años y 78 a 80 por ciento de la población femenina casada.

El modelo de transición es empleado en la Inglaterra de la *Poll Tax* de 1377, en la Francia del norte del Loira hasta los Países Bajos, en la Alemania renana, en Piamonte-Lombardía, sin duda en la misma época. El matrimonio tardío se practica en el siglo XVI en el millón y medio de km² de la más vieja cristiandad. La periferia (España, fines del siglo XVII) es alcanzada después.

Ahora bien, está comprobado: el matrimonio mediterráneo era pubertario y universal en la Antigüedad pagana y paleocristiana, con pocas variantes.

Entonces, se trata de una *innovación* absoluta. O, más exactamente, de la socialización de un recurso que no era en el mundo antiguo y los otros sistemas de civilización más que un recurso aristocrático, elitista. Esta elección (el Japón de la época Tokugawa optó por otra: matrimonio precoz, con sus equivalentes, el aborto y el infanticidio) es una elección cultural; respuesta única, original, específica a una presión en forma de desafío.

Se pueden imaginar formas de preparación física. La casa de campo y de labor era, en el centro del viejo dominio carolingio, una unidad de explotación de una familia sin duda polinuclear; falta precisar más: fraternidades, familias-tronco (el inglés dice *stem family*). Carecemos de pruebas. Las explotaciones de los desbrozadores obstinados en las franjas fraccionadas de los bosques son pequeñas unidades, unidades de explotación de familias *nucleares*. Sabemos que la masada o casa de campo tiene tendencia a estallar. ¿Sería por la influencia de las unidades de explotación de los desbrozadores? De hecho, el retardo de la edad del matrimonio sustituye, con el espaciamiento de más de diez

años entre las generaciones (la edad modal de la madre para el momento del nacimiento es, en el medio campesino de Francia en el siglo XVIII, de 34 años), casi automáticamente a las familias polinucleares de períodos anteriores por un tipo de familia matrimonial nuclear.

La primera consecuencia mayor del retardo de la edad del matrimonio es claramente la sustitución de los linajes y agrupaciones más complejos por la familia matrimonial nuclear. Se notará que el paso a la familia nuclear se hace en el medio popular más rápidamente que en el medio aristocrático; en el centro de la cristiandad más rápido que en la periferia; en el *open field* limoso más rápidamente que en las zonas rurales graníticas y arenosas.

La familia nuclear reduce las protecciones del clan y del linaje. La cristiandad ha visto un estallido de la sociabilidad. La sociabilidad se concentra en el *nucleus* matrimonial, la pareja átomo de sociabilidad, y en formas más elevadas, más complejas. La protección que el clan ya no asegura es proporcionada por la comunidad de habitantes (100-150 familias, población modal 500 almas, alrededor del campanario, unidad de explotación de decisión, escuela de la democracia), por la Iglesia, pacificadora y, sobre todo, por el *estado territorial,* esa creación del siglo XIII.

Es verdad que el estado territorial, que es un Estado judicial, en el trance de convertirse en Estado hacendario a comienzos del siglo XIV, supone él mismo un cierto número de innovaciones, de masificación de innovaciones que son la consecuencia del retardo de la edad del matrimonio, de la separación entre una generación y otra, del triunfo de la familia nuclear sobre las antiguas estructuras polinucleares.

El retardo de la edad del matrimonio, al sustituir a los abuelos por la pareja de genitores en la retransmisión reprogramación de la experiencia, favorece la inversión en el campo de la educación. Es en el curso de los siglos XII-XIV cuando se ve funcionar el multiplicador de la escuela alfabetizadora. Hacia 1340-1350, el nivel de difusión del escrito propio de la Antigüedad, es masivamente sobrepasado; en cifras absolutas y, sustancialmente, en cifras relativas. La innovación del papel, ese simple perfeccionamiento, el verdadero multiplicador, tiene lugar mucho antes que el xilógrafo y la imprenta. La inversión en educación es una consecuencia de la disponibilidad que ocasiona la fuerte ascesis sexual. Indisociable de la inversión en educación, la ascesis sexual. Esta ascesis (respetada cada vez más del siglo XIII al XVII) se convierte en un hecho fundamental de esta sociedad. Es imitación de las normas de pureza de los clérigos y de los monjes. Termina por abatir la barrera fundamental de la cristiandad constantiniana. Trae

la gran reivindicación de la época de las Reformas: *el sacerdocio universal.*

En la disponibilidad y en el proceso de *cerebralización* de la ascesis sexual está, pues, la inversión educativa, la escuela, el libro, la escritura, el cálculo, la socialización de las normas deseables en el caso de los laicos. Un proceso de cinco siglos, pero un proceso implacablemente y felizmente *progresista* en el mejor sentido.

El capitalismo comercial supone un alto nivel de comunicación; tan alto o más aún, el cálculo, la escritura, el papel, la escuela. El capitalismo comercial proporciona la clave del Estado hacendario. Ahora bien, el Estado de hacienda asegura un nivel de protección que permite deshacer la economía de la voluminosa y arcaizante familia polinuclear, con sus fraternidades y sus familias-tronco piramidales.

Usted ha notado el proceso que abarca el capitalismo comercial, el Estado hacendario, las opciones de las dos reformas (protestante y católica), la matematización del universo, las luces, la inversión educativa, la homogeneización cultural, el proceso de democratización que comienza mucho más seguramente en el siglo XIV que en 1789; todo ello a partir de una elección capital. Una elección de civilización ante un desafío masivo. La respuesta a un desafío de un mundo más pleno (el cerebro colectivo cincuenta veces millonario) al apoyarse en la socialización de una valoración ética del dominio sobre los *impulsos sexuales.*

Se parte del hipotálamo y se llega a la *cortex*. Nuestra civilización tradicional era ascética y, por tanto, cerebralizante.

Concluiré rápidamente.

En esta elección del siglo XIII, no hay verdadera ruptura, no hay verdadera ruptura en lo esencial, antes de fines del siglo XVIII aquí, antes de mediar el siglo XIX allá; con mayor seguridad, los años veinte y los años sesenta del siglo XX.

En realidad, la civilización cristiana tradicional del mundo pleno se ha vuelto laica en las elecciones y las transposiciones de las Luces. La ascética puritana de la Inglaterra victoriana tiene su origen, en parte, en la orden de San Benito. Hay un estrechamiento de la escatología cristiana: reinversión de la escatología sobre el crecimiento económico.

Pero hay una elección que durante mucho tiempo no ha sido cuestionada nunca: el valor cerebralizante de la ascética sexual. Las permutas de los años sesenta, la sustitución del sexo por la muerte en el orden de lo obsceno, de lo suprimido, de lo indecible, el cuestiona-

miento de la ética weberiana del trabajo por los flecos llenos de crítica hippie, ¿constituyen el signo de un agotamiento total, o bien una crisis pasajera, punto de partida de una nueva inversión?

La respuesta la encuentra cada uno en el fondo de sí mismo. Desde la historia, uno se desliza con toda naturalidad hacia la prospectiva.

La prospectiva es la justificación, en 1975, de la historia. ¿Pero ésa no es, en sentido propio, "todavía otra historia"?

La respuesta, pues, en el próximo artículo y, para cada uno, más allá de la muerte.

VI. LUGAR Y PAPEL DE BRASIL

*En los sistemas de comunicación y en los mecanismos de crecimiento de la economía del siglo XVI**

ESTAS modestas reflexiones, que pretenden insertar, con "cálculo del peso global" necesariamente rápido y grosero, la naciente economía de Brasil durante el siglo XVI, en el conjunto de las economías de los nuevos mundos en expansión, responden a una demanda precisa. El profesor Luis de Albuquerque, matemático bien conocido, historiador de las ciencias y de las técnicas, que presidió el segundo coloquio lusitano-brasileño sobre la historia de Brasil,[1] quiso confiar un informe sintético a un no especialista de la historia de Brasil y de Portugal.

Adoptamos, pues, el punto de vista de Sirio, una perspectiva desde fuera y desde lejos. Nuestras reflexiones son necesariamente ingenuas. Se ha lamentado a menudo que ningún Sahagún chino o japonés haya desembarcado en las orillas del Tajo o en la desembocadura del Guadalquivir, en los umbrales del siglo XVI. Nos habría dejado un conjunto de testimonios que siempre nos faltarán para comprender "este mundo" del siglo XVI que "hemos perdido".

Es tentador imaginar la historia al revés. Ése puede ser el punto de partida de un modelo riguroso. Tanto más tentador en cuanto que afortunadamente no se corre ningún riesgo y que las cosas están mejor como están. Seré pues ese viajero imaginario, ese "Persa" de Montesquieu, que se esforzará por reubicar al Brasil en el contorno más general de la historia del siglo XVI.

Al no tener ninguna vocación para la carrera diplomática, y al colocarme resueltamente, no en las perspectivas del mundo actual, sino en las del siglo XVI, yo diría, pues, de entrada: Brasil es, a la vez, insignificante y tardío en la perspectiva de un honesto "cálculo global del peso". Juicio rápido, voluntariamente agresivo, que habrá que modular, matizar, adaptar, tal vez anular.

No se trata de aplicar un análisis macroeconómico para estudiar el siglo XVI. Los datos que tenemos son demasiado burdos y parciales. En

* Artículo publicado en la *Revue d'histoire économique et sociale* 48 (4), 1970, pp. 460-482. Reproducido con la amable autorización de la Editorial Marcel Rivière, París.

[1] Que tuvo lugar en Lourenço Marques, del 23 al 29 de julio de 1970.

el curso de los últimos años, sólo para los sectores más privilegiados de Europa occidental, ha sido posible agregar importantes fragmentos del siglo XVIII a las series continuas del siglo XIX,[2] lo que nosotros llamamos la era estadística. Inglaterra, incluso, es "estadificable" a partir del ejemplar Gregory King.[3] Pero reconocemos honestamente que 1688 constituye hasta nuevo aviso una suerte de *terminus* último de las excursiones más aventuradas de la historia cuantitativa.[4] Más allá, queda el campo de lo que hemos propuesto llamar la historia serial. Seamos honestos. Tenemos pocos ejemplos fehacientes de historia serial para el siglo XIV. Algunos indicios de actividades portuarias,[5] algunas economías de sector ejemplares, pensamos en los tesoros americanos de Hamilton;[6] pero en verdad, todo eso es insignificante, cubre poco, es difícilmente interpretable;[7] luego, poco significativo. ¿Debe por ello el historiador del siglo XVI renunciar a aprehender los órdenes de magnitud? Ciertamente no. Eso sería renunciar a comprender, de hecho renunciar a conocer. Pero, la mayor parte del tiempo, él permanecerá sin llegar a lo que una terminología, ahora rigurosa, llama lo "cuantitativo" al estadio que cubre más, y lo "serial", cuando la reconstrucción cifrada, cuantificada, no puede aspirar a nada mejor que a medidas de sectores, incluso de ramas. Le queda el orden de magnitud; no el orden de magnitud aislado, sino el orden de magnitud significativo, ya que está insertado en un conjunto de órdenes de magnitud coherente. Fernand Braudel,[8] en Francia, se ha destacado en ese método. Yo he

[2] F. Crouzet, "Un indice de la production industrielle française au XIXe siècle", *Annales ESC* 1, 1970, pp. 56-99, muestra claramente a qué grado de precisión se puede aspirar ahora.

[3] P. Deane y W. A. Cole (*British Economic Growth, 1688-1959,* Cambridge, University Press, 1964, XVI-348 pp.) se basan desde luego en el primer bosquejo de contabilidad nacional nunca proporcionado para una fecha tan alejada, por el incomparable aritmético político. *Cf.* entre otros, *Two Traites* por G. King, en la edición de George Barwell de 1936.

[4] *Cf.* cap. I, *supra* y cap. X, *infra;* "Les échanges entre l'Amérique espagnole et les anciens mondes aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles", *Information historique,* París, noviembre-diciembre, 1960; *cf.* capítulos II, III y IV, *supra.*

[5] N. Ellinger Bang, *Tabeller over Skibsfart og Varetransport gennem,* Harvard Copenhague, 1906 y N. Ellinger Bang y K. Korst, 7 vols., 1906-1958.

[6] E. J. Hamilton, *American Treasure and Price Revolution in Spain,* Harvard Economic Studies, nº 43, Cambridge, Mass., 1934, XXX-428 pp.

[7] Saludemos de paso el gran esfuerzo de conceptualización aportado, recientemente, por Hermann Van der Wee y Theo Peters en "Un modèle dynamique de croissance interséculaire de commerce mondial (XIIe-XIIIe siècles)", *Annales ESC,* enero-febrero de 1970, pp. 100-126.

[8] *La Mediterranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* París,

propuesto un nombre para definirlo: "el cálculo global del peso en historia".[9] "Insignificante y tardío", esos calificativos pedagógicos aplicados a Brasil, no se justifican más que en el interior de un conjunto de cálculo global del peso. Importa, evidentemente, precisar su contenido.

Brasil es un advenedizo en el escenario de la economía marítima del siglo XVI. Sobre este punto, ninguna duda. Desearía descartar en primer lugar un problema que no es, de hecho, en la escala en que nos colocamos, sino un falso problema. No ignoramos nada, al menos en sus grandes líneas, del debate que, en el interior de algunos sectores de la historiografía portuguesa, tiende a defender la causa de un Brasil anterior a Cabral.[10] Poco importa que nos situemos con la casi totalidad de los historiadores exteriores a la península ibérica, entre los escépticos. Si Cabral tuvo algunos precursores, no edificaron nada que fuera perceptible a escala mundial. En consecuencia, en el plano de la historia europea —de la historia y no de la erudición— es verdaderamente a la segunda expedición en dirección al Océano Índico —la grande, realmente la primera que pasa del descubrimiento a la explotación— a la que pertenece el mérito de hacer entrar, entre los grados de latitud sur 16 y 17, el primer tramo de la "costa de la madera de brasas", dentro del orbe prodigiosamente dilatado de los espacios recientemente surcados por la navegación de las grandes argollas preastronómicas.

Tan pronto como fue descubierta (descubierta y difundida), la nueva orilla estalla literalmente. Es febrilmente visitada. Yo diría de buena gana que Brasil se caracteriza, en la primera mitad del siglo XVI, por una exploración temprana y una colonización tardía. Lejos de ser contradictorios, los dos términos son perfectamente coherentes. Todo concuerda. La costa de Brasil fue la escala buscada sobre la nueva ruta del Cabo. Es el fruto de un nuevo tipo de navegación, perfeccionada desde el paso memorable del Cabo Bojador en 1434; supone la transición de la *Volta* simple a la *Volta* doble. El viaje de Cabral en su segunda parte, desde la escala en la *Tierra de Santa-Cruz* hasta la escala en la costa del sudeste africano, atestigua un dominio poco común.[11]

A. Colin 1949, 1 160 pp. y 2ª ed. enteramente reestructurada. París, A. Colin, 2 vols., 1966-1967, 1 200 pp., y *Civilisation matérielle et capitalisme*, París, 1967, 463 pp. y 48 láminas.

[9] *Cf.* capítulo IX, *supra*.

[10] No haremos el ridículo y cortaremos por lo sano en un dominio donde destacan los historiadores portugueses y brasileños.

[11] En un pequeño libro reciente (P. Chaunu, *Conquête et exploitation des nouveaux*

Cuando Brasil aparece es fácilmente alcanzado por una navegación que ya es capaz de hacer mucho más y mucho mejor.

Brasil es una escala cómoda sobre la ruta más larga, la más afortunada, la más perfeccionada, también, que conduce al Dekán por el Cabo de Buena Esperanza. Aparece, así, al cabo de un proceso casi secular, como subproducto, no directamente buscado, de un objetivo más ambicioso. Brasil se sitúa entonces, según esta perspectiva, dentro de un sistema de navegación Norte-Sur: el Atlántico de las comunicaciones meridianas,[12] el dominado por los portugueses de la exploración de África, de los enlaces con el Océano Índico y, secundariamente, de la exploración, luego de la anexión de las costas del Brasil; el Atlántico, también, de una navegación hábil, si no prematuramente astronómica —el calificativo me parece impropio en el siglo XVI— al menos[13] todavía preastronómica.

El descubrimiento del Brasil es, en primer lugar, el inevitable subproducto de una gran empresa, la que anexa las costas de África al sistema de las comunicaciones marítimas de un Mediterráneo desbordado sobre el Atlántico, la que . . . a medio camino del descubrimiento marítimo de África . . . madura, tardíamente por cierto, pero con éxito, el asombroso proyecto de la ruta hacia la populosa Asia, a lo largo de la cual no es necesario descargar mercancías.

Pero el primer Brasil que los aventureros de toda la costa atlántica de la cristiandad latina, sobre todo los franceses, esos aficionados y advenedizos, intentaron arrebatar a los portugueses pertenece igualmente a otro sistema de navegación: el Atlántico transversal, el Atlántico a lo largo de los paralelos, el que conduce la "Carrera de Indias" española dentro de su eje de perfección, el de los empíricos, de los advenedizos, de los peor armados. El Atlántico que conduce al Brasil, es tal vez el Atlántico sabio que lleva los convoyes a la *India* de las especias, pero es mucho más seguramente el Atlántico cercano y mediocre que conduce a las costas de *rescate,* trueque del cuero, trueque, eventualmente, de los polvos del oro rápidamente agotado, trueque de las maderas. Brasil fue descubierto por Cabral, es decir, en la ruta de la *India*

mondes, París, PUF, 1969, 450 pp.), páginas 125-127, al reconsiderar el tema infinitamente debatido del viaje de Cabral, me esforcé por sostener una línea media que supere y en cierta medida reconcilie las posiciones falsamente contradictorias de los partidarios del azar y de los partidarios de la premeditación.

[12] P. Chaunu, *ibid.,* p. 261 y "Les routes espagnoles de l'Atlantique aux XVI[e] et XVII[e] siècles", *Anuario de estudios americanos,* t. XXIV, Sevilla, 1968.

[13] P. Chaunu, *L'expansion européenne du XIII[e] au XV[e] siècles,* París, PUF, 1969, 393 pp., páginas 296 a 308.

portuguesa, en provecho, primeramente, de una plebe de mediocres, los trabajadores de poca monta del descubrimiento, los advenedizos y los que viven a expensas de la dilatación planetaria de las rutas atlánticas.

Dentro de una perspectiva dinámica del descubrimiento, el primer Brasil (el del primer tercio del siglo XVI) se encuentra situado en la intersección de dos sistemas de comunicación, recientemente creados sobre las franjas, de hecho, del uno y del otro. Allí se encuentra una de las claves del contraste que subrayamos párrafos antes, entre un descubrimiento precoz y una tardía ocupación permanente. La costa norte del Brasil se encuentra sobre la franja del extremo oeste del sistema axial meridiano del Atlántico portugués que, gracias a las técnicas de la *Volta* simple y de la doble *Volta,* comunica la costa oeste africana y asegura la unión marítima directa con el Océano Índico. En relación con las motivaciones económicas y culturales constrictivas que atraen en dirección a esas lejanas y fértiles orillas, la "Tierra de la Verdadera Cruz", no pesa mucho evidentemente. Pero Brasil se encuentra, también, en el extremo de otro Atlántico paralelográmico que conduce a las islas cercanas, las *Ant-islas* en sentido etimológico. Mucho más que como un crecimiento –debido a la extrema curvatura de las rutas que permiten la unión interhemisférica en el Atlántico– del sistema portugués, Brasil puede ser considerado como una franja sur del sistema este-oeste, establecido por los marinos andaluces y utilizado muy pronto por los marinos de la costa oeste de la Francia atlántica. Para el mundo todavía incierto que se perfila sobre los indecisos mapas de los primeros decenios del siglo XI, la costa de la Vera Cruz, la costa de la "madera de brasas" aparece, *mutatis mutandis,* como la más meridional de las Antillas. Es, por lo tanto, una costa de *rescate,* una costa de donde se extrae, sin penetrar, una riqueza superficial.

Una costa de fácil acceso, relativamente, que se puede alcanzar, si es necesario, orientándose por los sentidos, sin recurrir a las técnicas eruditas en uso, al principio, en la *Carreira da India.* Me permito remitir a un modelo económico simple que he construido otrora[14] y que da cuenta bastante bien, me parece, de las primeras anomalías de la inserción brasileña. Lo que cuenta de veras es, a la vez, el peso motor, o sea la cantidad de víveres y de agua que hay que deducir de la capa-

[14] La formulación más completa en *Conquête et exploitation des nouveaux mondes, op. cit.,* cap. "L'exploitation des nouveaux mondes, la distance commande, les distances temps", pp. 277-290, y "Des économies en fonction de la distance", pp. 290-310.

cidad en mercancías de los navíos, y el tiempo necesario, en promedio, para cerrar un circuito comercial; por tanto, para una ida-vuelta. El régimen de los vientos y de las corrientes impone a la navegación largos períodos de inmovilización;[15] al ser los tiempos de carga y descarga particularmente largos, se puede considerar, cualquiera que sea el eje de comunicación transoceánico considerado, que los tiempos oportunos para la navegación, tomados de una manera estadística, no sobrepasan nunca los seis meses por año. En estas condiciones, la geografía económica de los nuevos mundos se organiza, según la distancia, en el interior de tres círculos concéntricos. La ida y vuelta en menos de un año, es decir, en la mayor parte de los casos, en menos de seis meses, comprende, además de la costa africana hasta *La Mina*, las islas cercanas: Azores, Canarias, Madera, Cabo Verde, la casi totalidad de las Antillas, la mayor parte de la costa llamada Tierra-Firme, al este del Río de la Hacha y del Cabo de la Vela, todo el primer Brasil, al norte, en líneas generales, desde el grado 20 de latitud sur. La relativa moderación del peso motor permite utilizar del 70 al 80 por ciento de la capacidad de transporte del navío con fines económicos. Este mundo cercano deja pasar lo que se puede considerar como los semipesados en la escala de las mercancías transportadas. El segundo círculo concéntrico, el de la ida y vuelta en más de un año o menos de dos (quince a dieciocho meses, pues) agrupa lo que pesa verdaderamente, la Nueva España, la Tierra Firme occidental, el istmo, el Dekán... Un tercer círculo, el de la ida y vuelta en más de dos años, comprende siempre la India más allá de Malaca, a menudo más acá, generalmente de Perú, Insulindia y China, Japón, las Filipinas. Él señala el límite de lo posible en las condiciones geopolíticas y geotécnicas de la navegación del siglo XVI. Lo que importa, según esta perspectiva, es comprender que el primer Brasil está por completo en el círculo cercano, que no impone una economía centrada en la producción exclusiva de los valores más concentrados, las especias nobles de Oriente y, sobre todo, el metal precioso. La costa de Brasil ha podido permanecer vinculada (mal vinculada, ciertamente) a las costas occidentales de la cristiandad latina, Portugal y Francia atlántica, con el madero-brasil como iniciación al viaje.[16] En una segunda fase, la plantación azucarera no escapa

[15] Lo mostramos en el caso de la *Carrera de Indias* en *Séville et l'Atlantique*, *cf.* especialmente t. VII (París, SEVPEN, 1957), p. 25. En el eje Andalucía-Nueva España, de 1550 a 1650 y en el marco de una navegación de convoyes, los tiempos de navegación totalizan cinco meses y medio en un ciclo bienal.

[16] F. Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique au XVII^e siècle, 1570-1670*, París, SEVPEN, 1960 (p. 115), escribe con razón: "Antes de convertirse en una economía del azúcar,

a la regla: la distancia corta permite una economía centrada, todavía, en un semipesado. Obsérvese, en cambio, que el ciclo del oro determina la apertura, a fines del siglo XVII, de un Brasil más lejano. Al sur del paralelo 20° y en el interior de las mesetas, manifiestamente pues, a más de un año. Así, la historia económica del Brasil se inserta sin dificultad, por completo, en el interior del modelo que yo he propuesto "de una economía en función de la distancia" con relación a la economía europea occidental dominante.

El Brasil del siglo XVI y sin duda también el del siglo XVII se inscriben, pues, explicablemente, en el interior de un conjunto económico que comprende, a la vez, las Antillas y el Brasil. Hay que esperar el momento de articulación de los siglos XVII y XVIII, la apertura del ciclo del oro para que Brasil resplandezca y se separe, en lo esencial, de los sistemas económicos insulares; para que Brasil, cuyo crecimiento es animado por una forma típica de "frontera" de la mina,[17] deje en lo fundamental los sistemas insulares y se vincule con los sistemas económicos continentales del Nuevo Mundo.

Brasil se inserta, pues, sin vacilar, en el interior del sistema insular próximo, dentro del círculo concéntrico de las comunicaciones relativamente fáciles, de la ida y vuelta en menos de un año; es decir, dentro de la práctica corriente, los seis meses.

Las comunicaciones con el Brasil de la madera y del azúcar han sido, en conjunto, bien estudiadas. Es válido subrayar entonces la estrecha analogía con el sistema de las comunicaciones antillanas, tal como las hemos establecido para el siglo XVI en *Séville et l'Atlantique*.[18] Véase a Frédéric Mauro.[19] Dos grandes salidas anuales desde Lisboa, "tanto en enero-marzo como en septiembre-noviembre".

> Para circular por la costa de Brasil, el momento más favorable se ubica entre el comienzo de octubre y el fin de abril en el sentido Pernambuco-Bahía: los navíos recorren entonces esta distancia en cuatro o cinco días, a veces en tres, impulsados por el monzón del noreste. Los vientos del sudeste soplan desde el fin de abril hasta el comienzo de octubre y

la economía brasileña fue una economía de la madera. Hacia 1550, Brasil es aún para el portugués y el europeo el país de los bellos troncos rojos y violáceos que, tallados en muebles preciosos, comienzan a adornar las bellas moradas de Lisboa".

[17] P. Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, París, A. Colin, 1964, 470 pp., 48 láminas, para este tipo de interpretación y C. R. Boxer, *The Golden Age of Brazil*, Berkeley, Calif., 1958.

[18] H. P. y P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, París, SEVPEN, 1955-1960, 12 vols., 7 343 pp.

[19] Mauro, *op cit.*, pp. 71-72.

favorecen la navegación en el sentido Bahía-Pernambuco. Lo que explica que las flotas de Brasil lleguen a Lisboa en octubre o noviembre. En el otro sentido, los navíos tienen interés en partir entre septiembre y febrero. De ahí la carta real de 11 de agosto de 1632, que obliga a los navíos destinados a Brasil a salir de Portugal entre el primero de octubre y el último día de febrero. Naturalmente el mal tiempo puede retardar la fecha de partida en unos ocho o quince días.

Los tiempos de recorrido señalados por Mauro entre Lisboa y Pernambuco o Bahía[20] se inscriben dentro del abanico de un mes tres semanas (18 de marzo, 7 de mayo de 1587), tres meses y doce días (2 de mayo, 14 de agosto de 1559), aparentemente con una modalidad de alrededor de dos meses, ilustrando así la ley que he planteado, otrora, de la imprevisibilidad de los tiempos de recorrido.[21]

Basta comparar estas cifras con las que Vitorino Magalhães-Godinho[22] ha establecido para la *India portuguesa* y con los tiempos que hemos calculado.[23] "Entre 918 salidas, de 1500 a 1635, el 87 por ciento tuvieron lugar en marzo y abril."[24] La mayor parte del 13 por ciento que resta no se dirige, por otra parte, al Dekán, sino a los sectores más próximos o más lejanos (Mozambique, Madagascar, Ormuz, Malaca) y son pequeños veleros, en comparación con los enormes navíos de la ruta principal de las Indias. "La duración del viaje varía entre límites bastante alejados."[25] Esto es a lo que nosotros llamamos la ley de imprevisibilidad. Si la duración "no puede casi nunca ser inferior a cuatro meses –se conocen no obstante diecisiete casos ligeramente más cortos–, puede alcanzar cerca de un año y medio en caso de *hibernación,* cuando los navíos pasan el invierno en una escala –y de 1500 a 1635, ciento tres al menos lo hicieron–, el viaje dura de un año a un año y medio. Pero fuera de estos casos, que se producen una vez entre nueve, los viajes, que no sufren el retardo de la *invernada,* duran de cuatro meses y medio a siete meses –fue lo que ocurrió en cerca del 88 por ciento de los casos. Alrededor del 71 por ciento de los casos requirieron entre cinco y seis meses y medio."[26] Para trescientos dos viajes cuya duración se conoce con precisión a la ida, de Lisboa a la *India,*

[20] *Ibid.*, pp. 72-73.
[21] Chaunu, *Conquête et exploitation*, pp. 283-285.
[22] V. Magalhães-Godinho, *L'économie de l'Empire portugais aux XV^e et XVI^e siècles.* París, SEVPEN, 1969, 857 pp., mapas; páginas 665 *ss.*
[23] Chaunu, *Séville et l'Atlantique,* t. VI, pp. 177-321.
[24] Magalhães-Godinho, *op. cit.*, p. 665.
[25] *Ibid.*, p. 666.
[26] *Ibid.*, pp. 666-667.

diecisiete tardaron menos de cuatro meses; trece, de cuatro meses a cuatro meses y medio; veintiocho, de cuatro meses y medio a cinco meses; setenta, de cinco meses a cinco meses y medio; noventa y uno, de cinco meses y medio a seis meses; cincuenta y tres, de seis meses a seis meses y medio; veintitrés, de seis meses y medio a siete meses; seis de siete meses a siete meses y medio; ninguno de siete meses y medio a ocho meses; uno de ocho meses. Conviene añadir a esta enumeración los ciento tres viajes con *invernada* que se inscriben entre doce y dieciocho meses.

Es inútil subrayar la profunda solución de continuidad que distingue al viaje a la India del viaje a Brasil.

Un estudio riguroso de la *Carrera de Indias* demuestra fácilmente que la navegación a Brasil está casi tan alejada de la navegación hacia la Nueva España, el istmo de Nombre de Dios y Puerto Belo como lo está de la navegación por el Cabo en dirección del Dekán.

De Sanlúcar a la Vera Cruz,[27] el promedio de cuarenta convoyes cuya cronología es continua con precisión desde 1560 hasta 1650, se eleva a noventa y dos días; los récords se establecen respectivamente en setenta y ciento setenta y nueve días; el promedio de los tiempos cortos en ochenta días; el promedio de los tiempos largos en ciento veinticinco días; desde Cádiz hasta la Vera Cruz, los niveles se acercan mucho, respectivamente, a setenta y cinco, cincuenta y cinco, ciento sesenta, cincuenta y nueve y ciento diez días. Desde Sanlúcar hasta el fondo del istmo (Nombre de Dios antes de 1598; Puerto Belo desde esta fecha),[28] el promedio en la ida se establece en noventa y dos días; los récords en cuarenta y tres y ciento setenta y cinco días; los promedios de los tiempos cortos y de los tiempos largos en sesenta y dos y ciento dieciséis días (desde Cádiz hasta el istmo, los niveles se establecen en setenta y cinco, treinta y nueve, ciento veinte, noventa y seis y sesenta días). Para alcanzar el Perú, conviene añadir casi un año. Los retornos son mucho más largos. Desde el istmo de Panamá hasta los puertos andaluces, el promedio alcanza ciento treinta y siete días; cincuenta y seis días en lo que se refiere al tiempo más corto, conseguido por un convoy en agosto-septiembre de 1618; trescientos once para el récord de lentitud desde julio de 1595 hasta marzo de 1596; el promedio de los tiempos cortos y de los tiempos largos se eleva respectivamente a ciento once y ciento noventa y nueve días.[29] Desde la Vera

[27] Chaunu, *Séville et l'Atlantique*, t. VI, pp. 178-179.
[28] *Ibid.*, pp. 182-183.
[29] *Ibid.*, pp. 312-313.

Cruz hasta Andalucía, los órdenes de magnitud son análogos. Promedio: ciento veintiocho días, setenta días y doscientos noventa y ocho para los récords respectivos; ciento seis y ciento sesenta días para la media de los tiempos cortos y de los largos. El continente hispanoamericano se sitúa en la escala de las distancias, en una situación más próxima a la de la *India portuguesa* que a la del Brasil.

Es con el viaje a las Antillas con el que se emparenta estrechamente el viaje de Brasil. Las cifras lo dicen sin discusión posible. El promedio es de alrededor de dos meses desde Lisboa hasta Pernambuco o hasta Bahía. Encontramos algo más de cuarenta y dos días en la ida desde Sanlúcar o desde Cádiz,[30] hasta las Antillas más próximas (Dominica, Guadalupe, María Galante, Martinica, Montserrat, Barbados), vale decir, veintidós días para el enlace más rápido, pero sesenta y cuatro para el más lento, con un promedio de los tiempos largos de cincuenta y dos días. Pero desde Sanlúcar, Cádiz, hasta Puerto Rico, el promedio sube a cincuenta y dos días; desde Sanlúcar o desde Cádiz hasta la isla de Santo Domingo, cincuenta y un días; sesenta y cuatro días para La Habana, cincuenta y nueve días para Jamaica.[31] A la ida, las grandes islas de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba por una parte, Pernambuco y Bahía por otra, son equidistantes de las costas de la Península Ibérica, complejo portuario andaluz y complejo del Tajo.

Se podría proseguir la demostración con los recorridos de regreso, necesariamente más largos en función de la ley de la heterogeneidad de las idas y de las vueltas,[32] en el antiguo espacio marítimo de la navegación con vela.[33]

En la escala de las distancias, de las distancias verdaderas, las que se miden en tiempo y en esfuerzo de hombres, Brasil pertenece al universo de los nuevos mundos relativamente próximos, el universo de las islas, delante de los verdaderos continentes profundos, el Dekán por una parte, las mesetas amerindias de la Nueva España y del Perú por la otra. ¿Esta similitud Antillas-Brasil se aplica a la economía? Si aplicamos el modelo que hemos propuesto, que organiza las economías coloniales del siglo XVI en función de la distancia respecto a la economía

[30] *Ibid.*, pp. 212-213.

[31] *Ibid.*, pp. 226-299, 232-233, 236-237.

[32] Chaunu, *Conquête et exploitation*, p. 286.

[33] Las vueltas, en cambio, son más cortas que las idas en el sistema de comunicaciones que une desde el punto de unión de los siglos XVI y XVII, la América del paralelo 40° con Inglaterra (*cf.* Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, y *Conquêtes et exploitation*, p. 282).

dominante, es decir, las costas atlánticas de la cristiandad latina, se tendrá derecho a esperar nuevas similitudes.

El problema de las distancias es relativamente fácil de resolver.[34] El de las economías resulta mucho más delicado.

La pregunta que hemos planteado –sin pretender resolverla, a fin de fijar a las investigaciones futuras un objetivo ambicioso– es la del crecimiento. No tanto como el crecimiento de los nuevos sectores, necesariamente rápido y, a decir verdad, poco significativo: sigue, desde el principio, la línea ascendente de todos los primeros comienzos. El problema más interesante es el del impacto de los nuevos mundos sobre el crecimiento de la economía dominante.

La economía europea, en el siglo XVI, se ubica bajo el signo del crecimiento. Éste es masivo, sostenido, generalizado. Afecta todos los ámbitos: precios, volúmenes, intercambios. Crecimiento generalizado en el interior de un espacio europeo que la revolución de los precios, impacto incuestionable del ingreso de los nuevos mundos y más particularmente de la América continental, tiende a volver más amplio y más homogéneo. Recordemos el ejemplo del trigo, el trigo candeal puro del Mediterráneo; F. Braudel y F. C. Spooner,[35] al cabo de una masa de cálculos que inspiran respeto, han medido el índice irrefutable de la lenta homogeneización del espacio europeo. A mediados del siglo XV (decenio 1440-1449), la diferencia de los precios medios del hectolitro trigo-trigo candeal, entre la España mediterránea (como Valencia), polo de los precios elevados, por lo tanto de una economía ya fuertemente monetaria, y Polonia (Lwow), polo de los precios bajos, por lo tanto de una economía que ha permanecido apartada de las grandes corrientes de intercambio, se sitúa dentro de la relación apenas concebible de 7 a 1. A fines del siglo XV (decenio 1490-1499), el precio medio del hectolitro es de 5.47 g de plata fina en Cracovia y de 4.77 en Lwow; 35.26 g en Barcelona; la diferencia se profundizó aún más en la relación 7.5 a 1. A fines del siglo XVI (1590-1599), la progresión es general: el hectolitro de la Europa cara, que es la Europa mediterránea, vale ahora 100 g de plata, y sólo 25 g en Polonia; las tijeras se acerca-

[34] A pesar de la desigualdad de la documentación. Estamos mucho mejor provistos con respecto a la *Carreira da India*, la *Carrera de Indias*, el enlace Lisboa-Dekkan y Sevilla-América española, que con respecto a las conexiones marítimas con el Brasil. Una vía de investigación para proponer a los historiadores brasileños. Un obstáculo subsistirá: el de una documentación con muchas más lagunas y mucho más fragmentada.

[35] F. Braudel y F. C. Spooner, "Prices in Europe from 1450 to 1750", en *The Cambridge Economic History of Europe*, t. IV, Cambridge, 1967, pp. 374-486.

ron; entre la Europa cara, que es la Europa monetaria, y la Europa "frontera" al Este, la distancia se redujo. La relación, que era un siglo antes de 7.5 a 1, no es en adelante más que de 4 a 1. Las tijeras se cierran en la medida en que Europa se cubre de un tejido de poblamiento más homogéneo.

El crecimiento del siglo xv es en primer lugar, tal vez, casi exclusivamente demográfico. Es exactamente el tipo de crecimiento que es cómodo llamar un crecimiento horizontal. Desde 1450 hasta 1630-1640, la población se ha duplicado. La regla no sufre, poco más o menos, ninguna excepción. El crecimiento ha sido más rápido en el Este que en el Oeste, en el Norte que en el Sur. En relación con los puntos altos de fines del siglo XIII y de comienzos del siglo XIV, la ventaja es, poco más o menos, nula al Sur y al Oeste, pero es considerable al Este y al Norte. El largo crecimiento humano del siglo XVI es, en primer término, un crecimiento de recuperación. Crecimiento horizontal, incluso con oscilaciones tendenciales que se apegan al modelo "maltusiano" de los economistas anglosajones. Hay que medir bien entonces el comienzo, la naturaleza de este crecimiento precario del siglo xv, que despliega, en lo esencial, al abrigo de una multitud de frentes pioneros, frente pionero interior, contra las landas y los bosques reconstituidos durante el trágico reflujo humano de la segunda mitad del siglo XIV y de la primera del siglo xv, en el corazón de la cristiandad tradicionalmente numerosa; frentes pioneros, *a fortiori,* en la Europa vacía del Este, frentes pioneros transoceánicos. La conquista y la explotación de los nuevos mundos pueden, en efecto, ser globalmente interpretadas como la apertura de frentes pioneros suplementarios.

El crecimiento del siglo XVI multiplica pues lo existente. Gana al bosque y a la landa nuevas tierras trabajadas utilizando técnicas que han sido perfeccionadas en lo esencial en los siglos XI, XII y XIII; somete a un multiplicador mucho más elevado todos los productos. Por ejemplo, el eje fundamental del Sund:[36] 1 336 navíos al año, en promedio, de 1497 a 1547, pasan del Mar del Norte al Báltico; 5 623 en promedio, de 1590 a 1599, y navíos en promedio dos veces más grandes. Desde comienzos hasta fines del siglo XVI, el tráfico marítimo del Mar del Norte y del Báltico se multiplicó, en líneas generales, por diez. La producción del vidrio,[37] en un centro importante de producción, si me baso en un trabajo reciente, tuvo un avance análogo. Se podrían

[36] Ellinger Bang, *Tabeller,* t. I., *op. cit.*, 1906, p. x.

[37] G. Rose-Villequey, *Verre et verriers en Lorraine au début des Temps modernes (de la fin du XV^e au début du XVIII^e siècle),* LXXXIII, 908 pp.

añadir ejemplos casi hasta el infinito. Hace diez años, los historiadores economistas se maravillaban de la explosión de crecimiento del siglo XVI. Por el contrario, desde hace cinco años,[38] tienden a minimizar su alcance, bajo la influencia de los modelos "maltusianos", difundidos desde la *Economic History of Europe* por los historiadores de lengua inglesa. Una vez más, la solución deberá buscarse en una postura intermedia, y me atrevería a decir en una superación dialéctica. Lo mejor del crecimiento del siglo XVI –eso está adquirido– se inscribe en lo negativo del hundimiento demográfico de los siglos XIV-XV. El crecimiento del siglo XVI es, en primer término, demográfico y significa recuperación demográfica. Las posiciones del siglo XIII no son siempre igualadas o sobrepasadas en el último cuarto del siglo XVI. Es pues el tipo mismo de un crecimiento horizontal. Es esta subida del número de los hombres lo que infla los volúmenes, hace crecer los índices. Cuando se deflaciona y se busca alcanzar las producciones por cabeza, ocurre que el crecimiento se anula. No hay que sacar conclusiones demasiado rápido. El mantenimiento de la producción por cabeza, a pesar de la anexión de tierras menos buenas, a pesar pues de la ley de los rendimientos decrecientes, supone ya un aumento de la productividad. En un punto preciso, incluso hay retroceso. La cantidad de proteínas animales consumidas en Europa en el siglo XVI se contrae en comparación con los niveles alcanzados durante la gran depresión del siglo XV,[39] de un siglo XV que no ha terminado de rehabilitarse. Comúnmente, se habla, sin duda con alguna precipitación, de la disminución del número de los rebaños de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Por haber sobreestimado, ayer, los progresos del siglo XVI, sería tan peligroso subestimar, hoy, sus innumerables ganancias en el orden de la comunicación, de la difusión de las técnicas, del conocimiento y en el funcionamiento de un frente conquistador de la cultura escrita. Es en los alrededores de 1550 cuando los sectores más privilegiados de la cristiandad latina superan la primera línea del 10 por ciento de alfabetizados, dentro de lo que todavía no constituye, es verdad, sino micromedios. No obstante, recordemos lo esencial de la lección de los diez años de investigaciones: el crecimiento del siglo XVI en toda la cristiandad latina es, en un 90 por ciento, un crecimiento horizontal. Queda un 10 por ciento difícilmente aprehensible. Pero dentro de una

[38] E. Le Roy-Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, París, SEVPEN, 2 vols., 1966, 1060 pp. y P. Chaunu, *Revue historique*, 237 (2), 1967, pp. 359-380.

[39] Braudel, *Civilisation matérielle*, pp. 139-144, título "L'Europe des carnivores", "La ration de viande diminue à partir de 1550".

historia larga de los hombres, es ese 10 por ciento de ganancias calificativas, hay que decir de ganancias de productividad, lo que cuenta realmente.

Extremando las cosas, para una historia del progreso humano, la única ganancia que cuenta es la ganancia de productividad, la ganancia unitaria por cabeza; en una palabra, lo calificativo. Agreguemos que el crecimiento del número de los hombres es la condición *sine qua non* de esta ganancia de calidad. Lo cuantitativo y lo cualitativo se encuentran pues reunidos. Ahora bien, desde el siglo XV hasta comienzos del siglo XVII, las caídas sobre la economía dominante de las riquezas arrancadas a las nuevas "fronteras" espaciales de ultramar aportan, en una proporción difícil de precisar, sin duda lo mejor de la ganancia neta. Para decirlo en una palabra, es la riqueza arrancada a los nuevos mundos alienados lo que permite sobrepasar el crecimiento horizontal.

Admitámoslo a título de hipótesis: el 50 por ciento, al menos, de la ganancia deflacionaria neta del número de economías dominantes del siglo XVI, que un análisis todavía difícil de realizar permitiría destacar, es imputable a la "riqueza marginal" agregada, que fluye de los circuitos comerciales nuevos con ultramar, con esta "frontera" verdaderamente creadora de los nuevos mundos progresivamente integrados a los circuitos exigidos por la economía dominante.

En esta adición que es capital por ser integral, ¿cuál es la parte del Brasil del siglo XVI? No pretendemos responder hoy. A lo sumo, aportar algunos elementos de comparación posible.

Tal vez falta información, pero en gran parte a causa de una debilidad intrínseca de la documentación, aprehendemos mal este primer Brasil.

Me limitaré a consignar algunas medidas generales. En primer lugar, porque se trata de apreciar el aporte del espacio y, por lo tanto, de la riqueza agregada a la economía dominante, se piensa en el número de los navíos. Yo he propuesto una unidad de medida muy general, pero simple, como toda primera tentativa de comparación: la unidad-viaje, quiero decir la travesía. Esta unidad, para ser útil, debería ser ponderada, una ponderación por la distancia, por el volumen útil y, desde luego, por el valor del cargamento. La unidad-viaje ponderada puede variar, según el nuevo eje de comunicaciones considerado, en una relación aproximada de 1 a 100. En comparación con las unidades-viaje entre Perú y Andalucía, Lisboa y el Dekán, las unidades-viaje Portugal-Brasil son, en el siglo XVI, unidades ligeras. Es difícil evaluar de manera exacta su número.

Charles Ralph Boxer, en una obra justamente clásica,[40] establece la lista de los navíos portugueses tomados entre Portugal y Brasil en la cúspide de la lucha, en un momento en que el Brasil, es verdad, cambió radicalmente de dimensión: 118 unidades tomadas en 1647,[41] 141 en 1648.[42] Por nuestra parte, hemos estimado, sobre un conjunto de indicaciones cuya fragilidad reconocemos, en 10 mil unidades-viaje (unidades, en promedio, más ligeras que las de la *Carrera de Indias* y de la *Carreira da India*), los enlaces con el Brasil, en los ciento cincuenta primeros años de su historia. Sintetizando recientemente nuestras investigaciones, las de Vitorino Magalhães-Godinho y de algunos otros, llegamos a los órdenes de magnitud siguientes:[43]

> Los imperios (el español y el portugués en el siglo XVI) son espacios marítimos, espacios terrestres, volúmenes de intercambio y hombres. Espacios marítimos, en primer lugar. Esta noción es esencial. Es alrededor de un Atlántico en forma de trapecio, alrededor de un Atlántico que se extiende a lo largo de los meridianos, alrededor de un conjunto de dos triángulos en el Índico y de un trapecio en el Pacífico, en donde los imperios ibéricos se estructuraron.

Los espacios líquidos potenciales recorridos los evaluamos, a fines del siglo XVI, sin duda mucho más generosamente, en 70 millones de km². Sobre estos espacios, ¿cuántos navíos, cuántas unidades-viaje habría?

> En el Atlántico de Sevilla, de 1506 a 1650, contamos 17 967 unidades-viaje, y si consideramos lo que se nos escapa, serían 25 mil. ¡Es mínimo! Vitorino Magalhães-Godinho cuenta de 1500 hasta 1635, 912 salidas de Lisboa y 772 llegadas a la India portuguesa. El movimiento anual del puerto de Manila es de 30 a 50 unidades a fines del siglo XVI.[44] El de Brasil, de 10 mil unidades; el de África, de 3 mil a 4 mil. En total, entre 1500 y 1650, los espacios marítimos de los imperios ibéricos fueron surcados por 40 o 45 mil unidades-viaje. Un viaje dura de dos a cuatro meses. En total 3 millones de jornadas de navegación/navío. Hubo 53 780 días entre 1500 a 1650. En promedio, entonces, hay 60 navíos

[40] C. R. Boxer, *The Dutch in Brazil, 1624-1654*, Oxford, Clarendon Press, 1957, XIII-327 pp. + mapas.

[41] *Ibid.*, p. 248.

[42] *Ibid.*, p. 289.

[43] Chaunu, *Conquête et exploitation*, pp. 214-215.

[44] Indicación derivada de nuestro estudio *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques*, París, SEVPEN, 2 vols., 1960-1966, 302 y 80 pp.

en movimiento en un área de 70 millones de kilómetros cuadrados. Estos espacios son heterogéneos; la navegación se efectúa por períodos máximos de seis meses, y se navega en convoyes. Sin embargo, éste es el absurdo promedio: entre 1500 y 1650, los océanos imperiales están vigilados a razón de un navío por día en un área de 1 200 000 kilómetros cuadrados. Objetivamente, es irrisorio. ¿Hay que asombrarse entonces de que los imperios se hayan adaptado a las circunstancias con los *boutres*,* los juncos, con una pequeña navegación que gravita de isla en isla, o a veces desde las Canarias hasta las Antillas? Detrás de las 40 mil unidades imperiales, hay otros 40 millares.

¿Puede aceptarse esta hipótesis provisionalmente? En cuanto al número de viajes efectuados de 1500 a 1650, Brasil ocupa la quinta parte del tablero de los nuevos mundos, en el abanico de los océanos imperiales. Una quinta parte en número, no en peso ciertamente. Los navíos que van a Pernambuco o a Bahía son, en promedio, más pequeños que los que hacen la navegación del Cabo y sus cargamentos son menores. Un sistema de ponderación reduciría esa quinta parte a apenas una décima.

Hemos considerado iguales, en la escala de las distancias-tiempo, a Brasil y a las Antillas un poco más lejanas. Comparemos pues la *Carrera* sevillana. Recordemos que de 1500 a 1650 el tráfico con las islas representa alrededor de 6 mil unidades-viaje,[45] el 35 por ciento de las unidades comprometidas en el Atlántico español, el 20 por ciento del tonelaje, pues los navíos que van a las islas son más pequeños en promedio. La masa de navegación que hace el enlace Portugal-Brasil en el siglo XVI, representaría algo más de una vez y media (más de una vez y media, pero menos del doble) la masa que asegura el enlace entre España y el conjunto antillano (o sea . . . alrededor de 220 mil km^2). El conjunto de los territorios que controla efectivamente, en 1600, la colonización portuguesa en Brasil, hay que recordarlo, está lejos de cubrir una extensión comparable. Reconozcamos, por otra parte, que los españoles nunca controlaron simultáneamente la totalidad de las islas en el siglo XVI. La precoz materialización en la práctica de una igualdad potencial Antillas-Brasil en el siglo XVI, se revela pues como una aproximación demasiado general, ciertamente, pero como un instrumento de análisis válido.

El régimen de los ciclos sucesivos debía permitir alcanzar rápida-

* *Boutre:* pequeña embarcación árabe, de vela, alargada y con la popa más alta que la proa.

[45] Chaunu, *Séville*, pp. 327 *ss.*

mente algunos órdenes de magnitud. Frédéric Mauro evalúa las exportaciones de madera-brasil, en el momento más alto, en alrededor de 10 mil quintales al año. Retengamos el orden de magnitud. Es cómodo.

A fines del siglo XVI, el precio de la madera-Brasil pasa por un punto alto en aproximadamente 1 000 reales, el quintal vale pues 300 g de plata fina, cifra redonda.[46] Verifiquemos en Amsterdam:[47] en los alrededores de los años 1620-1630, las 100 libras de madera oscilan entre 25 y 50 florines, entre 25 y 30 g de oro fino... Encontramos pues, en la *ratio* 11, los 300 g de plata fina de la evaluación en Lisboa. En su apogeo el ciclo de la madera-Brasil lanza sobre el mercado europeo un valor agregado que se puede evaluar en alrededor de tres toneladas de plata fina por año. Supongamos incluso que la evaluación de Mauro sea demasiado vaga y dupliquemos algunos años, para compensar el fraude: llegaremos a un valor que oscila entre cuatro y cinco toneladas de equivalente-plata anual.

Hay que evitar creer, por cierto, que el Brasil de fines del siglo produce únicamente madera tintórea. Esta fase había sido superada desde hacía mucho tiempo. El azúcar se perfila en el horizonte, avanza y gana: 60 *enghenos* en 1570; entre 108 y 131, según las evaluaciones, a comienzos de los años 1580; 346 en 1629.[48] Hacia fines del siglo XVI, consideremos la hipótesis de una producción que oscila entre el medio millón y el millón de arrobas,[49] en su casi totalidad exportada. Hacia fines del siglo XVI, consideremos el precio medio español de 1 500 maravedíes.[50] El Brasil azucarero, a fines del siglo XVI, pesaría el equivalente, uno con otro, de cien toneladas de plata fina: tres toneladas por un lado, cien toneladas por el otro. Hipótesis, probablemente, mucho más optimista.

Intentaremos una última contraprueba. Usselincx –cuyo papel decisivo en la formación de la Compañía de las Indias Occidentales neerlandesas es conocido y, por lo tanto, en el ataque holandés sobre las posesiones portuguesas de América durante el período de la Unión–, quien se interesa por convencer de que se infle desmesuradamente a la presa, evalúa alrededor de 1620 el beneficio neto de la economía azucarera brasileña en 4 800 000 florines por año, o sea el equivalente

[46] Mauro, *op. cit.*, p. 129.

[47] N. W. Posthumus, *Inquiry into the History of Prices in Holland*, Leiden, 1946, t. I, p. x y p. 448.

[48] Mauro, *op. cit.*, p. 193.

[49] *Ibid.*, p. 236.

[50] Hamilton, *op. cit.*, p. 337 *ss.*

de cincuenta toneladas de plata.[51] Usselincx está bien informado, pero elige lo mejor. Un beneficio neto de cuarenta toneladas de plata equivalente constituye posiblemente, a fines del siglo XVI y a comienzos del XVII, la hipótesis más razonable.

Obtendremos un último logro con el número de los hombres. El Brasil controlado por la colonización portuguesa, a fines del siglo XVI, totalizaba, según Río Branco, invocado por Vernhagen y citado por Frédéric Mauro,[52] 57 mil habitantes de los cuales 25 mil eran blancos, 18 500 indios civilizados y 14 mil negros.

¿Qué pueden significar estos 57 mil habitantes y más aún, estos 25 mil blancos en la escala de valores de las nuevas "fronteras" abiertas por la cristiandad latina que se convirtió en Europa conquistadora, en ultramar, en el siglo XVI?

Juan López de Velasco,[53] nuestra mejor fuente, calcula la población de la América española en 1570, en 9 300 000 almas, de las cuales 115 mil son de blancos. Se concede, en general, a la América española, a mediados del siglo XVII, cerca de diez millones de hombres, de los cuales algo más de medio millón son blancos o que se hacían pasar por tales. Los negros y los indios del pequeño Brasil de fines del siglo XVI están mucho más totalmente comprometidos en el proceso de producción de la economía de mercado que los nueve millones de indios, raros sobrevivientes de universos-tiempo rotos, que Velasco censa, con los administradores del Rey Prudente, en 1570. Considérese, entonces, para un cálculo comparativo del peso global, solamente a los blancos. La poderosa Nueva España, que se adelanta rápidamente más allá de la isopluvialidad* de los 500 mm en dirección de una "frontera" de la mina en marcha, cuenta con 57 mil blancos según Velasco, en 1570. En los alrededores de 1580-1590 se pueden suponer 200 mil colonos en ultramar, fuera de Europa. Brasil pesa un poco más del 10 por ciento: alrededor del 12 por ciento. Consideremos el orden de magnitud; es demasiado general, pero es seguro. El 10 por ciento es también el orden de magnitud que habíamos establecido para la serie de variables consideradas con respecto a las unidades-viaje, que es demasiado general pero segura.

Regresemos a los valores. La serie más confiable sigue siendo, a pe-

[51] Mauro, *op. cit.*, p. 505.

[52] Mauro, *op. cit.*, p. 505.

[53] J. López de Velasco, *Geografía y descripción de las Indias* (1570-1574), Madrid, 1a. ed., 1894.

* En francés *isohyète*, de igual pluvialidad.

sar de todo, la de los tesoros de Hamilton.[54] Desde 1503 hasta 1660, 16 887 t de plata, 181 t de oro pasaron por las manos de los *oficiales reales* de la *Casa de la Contratación de Indias* en Sevilla. Yo he propuesto, teniendo en cuenta el fraude, 25 mil t de equivalente-plata.[55] Es un mínimo. Teniendo en cuenta las mermas causadas por fraudes clandestinos aparte de las causadas por los defraudadores legales, lo que queda en el lugar mismo y lo que escapa a través del galeón de Manila, rumbo al Extremo Oriente, se puede evaluar en 25 a 30 mil t de equivalente-plata (una vez que se ha reducido el oro a plata en la *ratio* que oscila entre 10 y 11) el monto de las incautaciones, la producción de los *placers* y de las minas, en la América española, en el siglo XVI. Recordar que las exportaciones de oro del Brasil, en el siglo XVIII, son ordinariamente evaluadas en mil t. . . , o sea, en la *ratio* del siglo XVIII, 13 a 14 mil t de equivalente-plata, pero el equivalente de plata cuyo poder de compra está singularmente erosionado en relación con el promedio secular de los precios en el siglo XVI. Estas 25 mil t de plata representan, en cambio, según los cálculos más confiables, del 90 al 93 por ciento del total de las exportaciones de la América española expedidas a la economía dominante.

Extremando las cosas, la inyección de valor que representa la América de las mesetas en el siglo XVI es del orden de 25 a 30 mil t de equivalente-plata.

A partir de los datos severamente criticados por Vitorino Magalhães-Godinho,[56] utilizando lo que se puede saber de la producción de las especias y de la capacidad de transporte de los navíos de la *Carreira da India,* recurriendo, a falta de un estudio serial utilizable sobre los precios portugueses, a las series vecinas disponibles para España, gracias a Hamilton, llegué, en los términos de cálculos que he publicado en otra parte,[57] al orden de magnitud siguiente. La masa de las especias expedidas por la ruta del Cabo de 1500 a 1635 representa alrededor de 7 mil a 7 500 t de equivalente-plata, mínimo seguro. En una palabra, el imperio oriental de Portugal significa, en valor creado para la economía dominante europea, la mitad de la América española. Álgebra demasiado rudimentaria, infinitamente criticable, pero curiosamente concordante. Es perfectible, pero responde a las preguntas que tenemos derecho a plantearnos. A fines del siglo XVI, la América espa-

[54] Hamilton, *op. cit.*, p. 42.
[55] Chaunu, *Conquête et exploitation, op. cit.*, p. 298 *ss.*
[56] Magalhães-Godinho, *op. cit.*
[57] Chaunu, *Conquête et exploitation,* pp. 320-323.

ñola está en su primera cima, la *Carreira da India* deja atrás sus mejores días: Brasil está en pleno crecimiento. La *Casa de la Contratación*[58] vio pasar por la *Caja de tres llaves*, de 1591 a 1600, las piezas contables justificativas, de 2 708 t de plata y de 19,5 t de oro, o sea 2 920 t de equivalente-plata, con un fraude mínimo de 3 500 t . . . , 350 t por año. La *Carreira da India* vale 100 t todavía, las costas de África de 14 a 20 y Brasil 50. O sea el 10 por ciento casi de los valores agregados por la "frontera" ultramarina. Este 10 por ciento nos tranquiliza.

¿No es inquietante que al término de todos nuestros cálculos lleguemos a un cálculo global del peso que tiende a adjudicar al Brasil la décima parte, aproximadamente, de los nuevos mundos? Pero 10 por ciento en plena explosión de crecimiento. Usselincx tenía razón al seducir a los capitalismos vigorosos de Zelanda y de Holanda, a los calvinistas duros replegados de Amberes y mal consolados de los éxitos del *tercio*, con las ventajas de la veta azucarera de la joven economía de las costas del Brasil.

En valor agregado, Brasil significa entonces una décima parte del peso total de los nuevos mundos, en relación con la economía dominante y llega a su cúspide a fines del siglo XVI. Una décima parte, final. Nadie se sentirá decepcionado, es poco y, no obstante, mucho más de lo que uno estaría dispuesto a atribuir, de entrada, a un recién llegado al descubrimiento europeo de las "culturas" y de las otras civilizaciones. ¿Hemos, sin embargo, respondido a la pregunta "lugar y papel de Brasil [. . .] en los mecanismos de crecimiento de la economía del siglo XVI"? Sí, en cierta medida, pero habría que ser capaz de evaluar la parte de los nuevos mundos dentro de la economía de crecimiento del siglo XVI.

Fiel al "cálculo global del peso en historia", nos limitaremos a recordar algunos órdenes de magnitud.

Este mundo ultramarino, a fines del siglo XVI, a pesar de las hazañas de estas incomparables tasas de crecimiento, no debe provocar ilusiones. Frente a Europa, es un mundo muy pequeño. Por un lado, millones de hombres en promedio, que sabemos cuatro o cinco veces mejor provistos, tal vez, que los más aventajados, en apariencia, de los hombres de las otras civilizaciones y, *a fortiori*, de las culturas.[59] Frente a estos sesenta millones, hay 200 mil colonos y de cuatro a cin-

[58] Hamilton, *op. cit.*, p. 42.

[59] Para estos cálculos, que descansan sobre evaluaciones de Fernand Braudel, remito a mis estudios recientes y más particularmente a: Chaunu, *L'expansion européenne*, p. 336 *ss.*

co millones de trabajadores mediocres, efectivamente utilizados en provecho de la economía dominante. Estamos impresionados por las trescientas toneladas de equivalente-plata de fines del siglo XVI, exclusivamente de la América española, quinientas toneladas de equivalente-plata de valor agregado tal vez en la cúspide del siglo XVI, del conjunto de las riquezas enviadas a la economía dominante, por la nueva frontera ultramarina.

¿Cuánto valen estos órdenes de magnitud?

Podemos contar de 400 a 500 unidades-viaje al año, a fines del siglo XVI —en la cúspide, en el momento más favorable para las nuevas "fronteras" ultramarinas: 5 623 navíos atraviesan anualmente en promedio, el Sund, entre 1590 y 1599; 500 t de equivalente-plata, a fines del siglo XVI, 30 mil t, tal vez, para el conjunto de los nuevos mundos. ¿Qué representa esta masa en valores de tiempo? Fernand Braudel[60] evalúa en 180 millones hl en promedio, la producción anual de trigo en la cuenca del Mediterráneo. Evidentemente, el Mediterráneo es la zona del trigo duro por excelencia; si se considera, por hectolitro de trigo, el precio medio de los años 1550, 50 g/hl,[61] obtenemos una cifra de 900 mil t de equivalente-plata únicamente con respecto a la producción de trigo mediterráneo durante un año. Habría que duplicar esto para alcanzar el valor de la producción agrícola y, sin duda, cuadruplicarla para hacer un cálculo general del conjunto de la producción agrícola de Europa en el siglo XVI. Consideremos estas 900 mil t y volvamos a colocar enfrente nuestras 30 mil t de todos los nuevos mundos. Tendremos un orden de magnitud que vale lo que vale. El valor agregado de todas las Indias y de todas las Américas se calcula en 1 a 2 por ciento en relación con el conjunto de toda la economía europea, mucho más en la Península Ibérica, comprendida Francia, que en el Este profundo, pero estos 2 y 1 por ciento son un valor agregado. Esto es lo que coloca el azúcar del Brasil en una modesta proporción . . . , tal vez 0,1 por ciento. ¿Pero esto es desdeñable? Toda la transición del crecimiento horizontal al crecimiento vertical tiene lugar con uno por ciento marginal.

La prudencia aconsejaría detenerse ahí. Pero la prudencia nos ha abandonado desde hace mucho tiempo en el curso de esta larga serie de arriesgados cálculos globales del peso; arriesgados pero, lo sostengo, útiles.

[60] Braudel, *La civilisation matérielle*, p. 94. Para el conjunto de los cálculos, *cf.* Chaunu, *Conquête et exploitation*, pp. 312 *ss.*

[61] Braudel y Spooner, *op. cit.*, pp. 397 *ss.*

¿Qué puede representar el peso de este valor agregado, que ha sido, en primer término, un valor político, en relación con esta dura realidad que es el Estado del siglo XVII? El Estado más pesado, el más exigente, en el mundo del siglo XVI: Francia. El imperio de Carlos V es una nebulosa, apenas menor que el de Felipe II. Entre el imperio gigantesco y el duro reino sólidamente anudado consigo mismo, el *match* es nulo. A pesar de América, las fuerzas se equilibran. En cuanto al burguiñón Carlos V, nunca se consoló de haber perdido la Borgoña y la tristeza le gana cuando recorre, casualmente, los muy ricos campos de su primo.

Un viejo libro que nunca ha vuelto a producirse: la *Histoire de l'impôt*, de J. J. Clamageran.[62] Los cálculos del viejo economista nos revelan, indirectamente, la talla de un muy poderoso Estado, el más poderoso de la Europa dominante. A comienzos del siglo XVI, bajo el reinado de Luis XII, las entradas del impuesto se elevan a 3 500 000 libras tornesas,[63] en promedio. La ordenanza del 6 de abril de 1513[64] permite calcular el valor de la libra tornesa en 17,96 g de plata fina. Las rentas a comienzos del siglo XVI del más poderoso reino se elevan pues, ya, a 63 t de plata. En 1510, las rentas ordinarias[65] –las rentas ordinarias solamente que permiten vivir al Estado en tiempos de paz– del reino de Castilla, se elevan a 320 millones de maravedíes, o sea, a 0,091 g de plata fina, solamente 29,12 t de plata fina. Castilla viene bastante lejos detrás de Francia.

En 1547, los recursos del reino de Francia se elevan a 7 400 000 libras (a 15,62 g), o sea 115,4 t de plata. A comienzos del siglo XVII, bajo el ministerio de Sully, se llega a 300 t de plata por año. En ese mismo momento, las ganancias de la administración de las Indias de Castilla se elevaban (de 1591 a 1600),[66] en promedio, a 86 t de plata por año, 86 t inmediatamente movilizables y que, llegado el caso, el embargo permitía multiplicar por tres o por cuatro, uno de cada diez años.

De estos cálculos demasiado rápidos se desprenden tres conclusiones.

[62] J. J. Clamageran, *Histoire de l'impôt en France*, París, 3 vols., 1867, 1868, 1876; LXXXIX, 519, 719, 505 pp. y P. Chaunu, "L'Etat", en *Histoire économique et sociale de la France*, t. I, París, PUF, 1977, 505 pp.

[63] *Ibid.*, t. I, pp. XXIV-XXV.

[64] M. Baulant y J. Meuvret, *Prix des céréales extraits de la mercuriale de Paris*, t. I, París, SEVPEN, 1960, p. 249.

[65] M. A. Ladero Quesada, "Les finances royales de Castille à la veille des temps modernes", *Annales ESC* 3, 1970, pp. 775-788, p. 783.

[66] Hamilton, *op. cit.*, p. 34. De 1591 a 1595, 10 023 348 pesos por 450 maravedíes, 10 974 318 de 1596 a 1600.

Los nuevos mundos pesan poco frente al peso incomparable de las economías europeas. Pero su valor agregado basta para engranar un crecimiento durable. Esto explica –lejana condición previa de un lejano e imprevisible *take off*– el paso del crecimiento horizontal, que es un crecimiento bloqueado a la larga, mediante la anexión de todo el espacio disponible, al crecimiento unitario, al crecimiento vertical, que constituye una de las características de nuestro tiempo.

Brasil ocupa, al incorporar estos decisivos valores agregados, un lugar modesto, ciertamente, pero no desdeñable. Le atribuimos la décima parte de los valores derivados de la "nueva frontera" de los nuevos mundos.

Si los imperios pesan poco frente a lo que pesa la economía europea, su peso es considerable en la escala de los Estados. La expansión europea, en el siglo XVI, es pues un asunto de Estado. Sin el poder del Estado, hubiera sido imposible a la larga; los imperios alienantes habrán desempeñado un papel no desdeñable en los lejanos orígenes de la mutación de crecimiento de nuestro tiempo.

VII. LOS ELEMENTOS DE LARGA DURACIÓN EN LA SOCIEDAD Y LA CIVILIZACIÓN DEL SIGLO XVII

*La demografía**

AL CONFIAR la responsabilidad de coordinar este año el ciclo de conferencias a un miembro ciertamente respetuoso, pero un poco lejano de la sociedad de estudio del siglo XVII, disperso, dividido entre demasiado numerosos y alejados horizontes, y sobre todo agobiado por deberes y preocupaciones, nuestro eminente colega y amigo, Jacques Morel, cometió una grave imprudencia que sólo se iguala con la que yo cometo al aceptar su invitación.

Acepté por fidelidad a la herencia, a la memoria de uno de los grandes especialistas del siglo XVII de este tiempo, Jean Meuvret, siempre presente, siempre vivo. Otrora, Jean Meuvret había propuesto a la reflexión de nuestra sociedad este tema, *las supervivencias medievales en la sociedad y la civilización del siglo XVII*. La proposición es antigua; fue necesario entonces rejuvenecer la formulación: sustituir a las supervivencias medievales, un poco limitativas, por una redacción más conforme a las preocupaciones actuales: las supervivencias medievales se han convertido en los elementos de larga duración en la sociedad y la civilización del siglo XVII. Jean Meuvret, que aunaba a la fidelidad a sí mismo y a lo esencial, una preocupación ansiosa por no dejar perder nada del progreso continuo de la ciencia, habría aceptado esta modificación; seguramente la habría propuesto si hubiese tenido el tiempo de consagrarse a este proyecto en el cual tenía gran interés.

Me toca a mí entonces defender la causa más pesada, más difícil; todo aquello que interesa real y profundamente al historiador, la causa de la duración, entiéndase la larga duración. Renacen inmediatamente los pesares. No abogaré con el talento de Jean Meuvret, con ese conocimiento nacido de un largo e íntimo trato con el documento, con esa su comprensión de los seres y de las cosas de la práctica de las instituciones y de los procedimientos del siglo XVII.

1

Antes de abordar la demografía histórica, esbozaré las grandes líneas

* Artículo publicado en *Le XVII siècle* 106-107, 1975, pp. 4-22. Reproducido con la amable autorización de la Sociedad de Estudio del siglo XVII, París.

de lo que podría constituir la trama de nuestras investigaciones. Mis reflexiones previas serán necesariamente generales. ¿Cómo aislar lo vivido por los hombres del Occidente cristiano, pues Europa sólo domina masivamente los diferentes niveles del lenguaje de los países católicos y protestantes acerca de la Cristiandad y lo cristiano, hasta el umbral de los años 1680-1690, final del siglo XVII *stricto sensu;* cómo aislar lo que viene de lejos, de muy lejos, de más lejos? Es necesario elevarse deliberadamente, perder de vista muchos detalles. Desde un Sirio, que la Sociedad de Estudio del siglo XVII perdone este nombre para un referente de las Luces, mas es verdad que el tiempo de las Luces se sitúa respecto al siglo XVII dentro de una respetuosa filiación, desde un Sirio, pues, del espacio y de la duración —el 22-XI-1675, Olaus Römer, ese danés de París, ¿no calculó exactamente la velocidad de la luz, este metro de nuestra cosmogonía?— pues desde Sirio desaparecen muchos detalles, que simplemente son, tal vez, lo esencial de la vida, su encanto, su sabor, su espesor y su color.

Tratar de extraer los elementos de larga duración es necesariamente adoptar para el análisis histórico una hipótesis que, siguiendo a Fernand Braudel, he desarrollado frecuentemente.[1]

Admitamos que la Historia tiene como vocación la totalidad de la experiencia humana; no la resurrección integral del pasado, quimera científicamente desprovista de interés, sino la organización del pasado en una perspectiva que permita su integración racional dentro de sistemas de explicación de ciencia humana, que pretendan usar mejor nuestro patrimonio, y por tanto de una prospectiva que sea realmente prospectiva y no solamente proyectiva: una verdadera prospectiva humana opuesta a los fantasmas proyectivos de los manipuladores al servicio de los proyectos destructores de la cultura (de Roma, de Boston o de otra parte). Si tal es verdaderamente la meta de la historia, ésta debe incorporar necesariamente una multitud de planos. Está, claro, el acontecimiento, y nadie sueña con rechazar el acontecimiento, el cual no es solamente el acontecimiento político, sino en todos los niveles de la vida; está el acontecimiento literario, científico (el 22 de noviembre de 1675), todo lo que, en la vida, es reductible al *wie es eigentlich gewesen* de Leopold Ranke. Que el acontecimiento —sin el cual no hay ni vida ni destino del hombre, sin el cual la noción misma de estructura está desprovista del sentido— forme parte de la

[1] Desde *Séville et l'Atlantique*, VIII, París, SEVPEN, 1960, hasta la *Europe classique*, París, 1966, 2a. ed., 1970, y la *Europe des Lumières*, París, Arthaud, 1971, y también en *Histoire, science sociale*, París, SEDES, 1974.

historia, nadie lo discute. Y nadie lo discutirá: el acontecimiento, que no ha estado jamás en el centro de las preocupaciones de la Sociedad de Estudio del siglo XVII, está naturalmente fuera de nuestro propósito.

En el nivel social, en el plano cultural y en la cima de lo cultural (para el cual las Luces forjaron la palabra civilización que aparece simultáneamente en francés y en inglés hacia 1760, y se impone hacia 1775), todo es necesariamente duración.

Lo que nos incita no es pues una selección entre el acontecimiento y la duración, sino buscar en el seno de la duración el espesor de lo cultural y de lo social. En el siglo XVII, es decir, en el punto de partida de una aceleración del ritmo de la mutación cultural, en una época en la que se operan transferencias entre la larga duración y la duración, en la que, en el seno de la duración, se nota un primer acortamiento de los periodos, un deslizamiento progresivo de los contenidos de los periodos largos hacia los periodos más cortos.

Vayamos en seguida a lo esencial: la explosión de la *filosofía mecanicista,* la mutación fantástica que de 1630 a 1680 conduce desde la caída de los cuerpos hasta la velocidad de la luz, hasta la ecuación global del Universo, la gravitación universal, hasta el monumento de la filosofía mecanicista, grande entre todos los grandes, los *Principia philosophiae naturalis.* Entre ambos extremos: cuarenta años, poco más o menos, el espesor de una generación. Es fácil ver, río arriba, los largos recorridos en el seno de muy viejos sistemas de pensamiento. En una lectura todavía célebre del *Discours de la Méthode* y de las *Méditations,* Etiènne Gilson pudo mostrar todo lo que, en el seno del más revolucionario de los pensamientos del filósofo más representativo del siglo XVII, era imputable a la tradición escolástica. Esto no niega de ninguna manera que aun con materiales tradicionales, la construcción cartesiana es radicalmente nueva.

En el plano de la filosofía, en el plano de las matemáticas. En el plano de lo que John Graunt, el padre de la demografía en 1662[2] (John Graun o sin duda más probablemente John Petty, que es tal vez el autor de la carta dedicatoria a Robert Muray, del célebre tratado), lo que John Graunt (o John Petty) designa como la piedra angular del nuevo saber: "Ustedes son los Tres Estados, a saber: Matemáticas, Mecánica y Física. Ustedes son su Parlamento de la Naturaleza..." Sí, Descartes y Galileo vieron con precisión, "la naturaleza", según el nuevo saber,

[2] *Les observations sur les bulletins de mortalité de John Graunt,* traducción y edición crítica por Eric Vilquin, Universidad de París-Sorbona EPHE, 6a. Sección, París, 1973, p. 6.

"se escribe en lenguaje matemático", pero no sólo la naturaleza sino, según el más brillante de los aritméticos políticos de la segunda mitad del siglo, la naturaleza social. En el plano de esta superestructura del nuevo saber en plena mutación, todo ocurre en la duración de la generación. Fueron necesarios entre 40 y 50 años para que la masa crítica de revolución, que desemboca hacia 1630-1650 en la explosión de la filosofía mecanicista, dé nacimiento a lo que acostumbro llamar una estructura autónoma formada, animada por una dinámica propia, que no cesará de ganar terreno a todo lo largo de los siglos XVIII y XIX, dentro de la enseñanza de los colegios (el R. P. François de Dainville [q.e.p.d.] lo mostró muy bien), en el plano de la interpretación del mundo, en el plano de los procedimientos y de las prácticas. Fue necesario, en el plano de un grupo social de algunos millares de hombres dispersos en el centro de la Cristiandad latina (Francia, Inglaterra, Escocia, Países Bajos, Provincias Unidas, Alemania del Oeste, Italia del Norte, Toscana), fue necesario el espesor de una generación para que, en el grado del pensamiento más abstracto, el más eficaz, pues, a largo plazo, se constituya la estructura mental de un nuevo saber, del cual es directa o indirectamente heredero nuestro universo mental y tecnológico.

Con John Graunt e Inglaterra, la intrusión de la filosofía mecanicista dentro del universo de lo que hay que llamar el paréntesis cartesiano (lo social, lo político, lo religioso) en cincuenta años, desde 1660-1670 hasta 1710-1720, una revolución casi comparable se prepara, en verdad revolución segunda, se dijo otrora con Paul Hazard, *crisis de conciencia europea*, el horizonte de las Luces, del cual, tanto como de la filosofía mecanicista, somos herederos.

He dicho esto para recordar que en el ámbito de la historia intelectual, el siglo XVII privilegia en lo esencial el tiempo al cual llamé en algún lugar el verdadero tiempo de la historia, los treinta, cuarenta, cincuenta años que corresponden, aun en el siglo XVII, a la duración de una vida adulta, un poco más corta (mucho menos de lo que se cree): el tiempo de una generación.

En lo que se refiere al Estado, se nota un perfeccionamiento de las tecnoestructuras administrativas, particularmente sensible en Francia, al principio de la Intervención de Colbert; en Inglaterra, durante la Restauración; en Prusia bajo el Gran Elector; en Austria en el extremo final del siglo XVII; en el plano de la economía, de las manufacturas y de los intercambios, se pueden hacer aparecer; en la segunda mitad del siglo XVII, transformaciones no desdeñables, pero que no alteran lo esencial. Si nos colocamos al final del siglo y lo comparamos

con el principio, el volumen de las transformaciones, o sea la aparición de estructuras verdaderamente nuevas, es modesto; sin embargo, excepto en el orden del pensamiento teórico, excepto en el orden más particularmente de los tres Estados de los que habla John Graunt: matemáticas, mecánica y física. Excepto en el plano de la metaestructura de los pensamientos más desligados, donde el XVII es el siglo revolucionario, el verdadero, el punto de partida de una nueva edad que prefigura el mundo en que vivimos —¿hay que decir el mundo que todavía no hemos perdido?—, excepto en ese nivel superior metaestructural, las estructuras sociales, los fenómenos de civilización de los cuales tenemos que rendir cuentas se sitúan mayoritariamente en el plano de la larga duración, entiéndase que se desarrollan en un período que excede ampliamente el medio siglo que es, en líneas generales, la duración de una vida adulta, el espesor de una vida consciente.

No quiero anticipar ni prejuzgar sobre lo que dirán los colegas que aceptaron —se lo agradezco— inscribir sus reflexiones dentro del marco de este ciclo de conferencias:

* Roland Mousnier nos dará la Sociedad y el Estado.
* Jean Meyer, la economía.
* Michel Bée, en torno a las caridades, la muerte, los gestos fundamentales, en una palabra, la cultura tradicional.
* Y Robert Armogathe nos abrirá el orden de los pensamientos y de la sensibilidad, filosofía, teología, expresión literaria, artística, estética.

Estableceremos, pues, cinco niveles: el de la demografía, la actitud frente a la muerte, el paso del relevo a través de esa catástrofe que es la muerte. Había que empezar por ahí; el de la estructura social. Ésta será examinada bajo dos ángulos diferentes y complementarios por Roland Mousnier y Jean Meyer.

* Roland Mousnier nos mostrará las leyes de la sociedad de orden y el Estado como institución.
* Jean Meyer nos mostrará la sociedad, claro, pero como productora, reproductora y sede de intercambios.
* Michel Bée se sitúa en el plano de lo que escapa al Escrito, en el plano de la transmisión por vía oral y por medio de la demostración práctica.

* Únicamente Robert Armogathe se ubica en la cima de las formas más elaboradas de una metaestructura del pensamiento y de la sensibilidad.

En el plano de estos cinco estratos, la selección entre las estructuras de corta duración (las que se forman y se deshacen, dentro del marco de la generación), de media duración (digamos las tres generaciones de un siglo un poco largo), y de lo que es el ámbito, en sentido propio, de la larga duración –volveremos sobre ello– la selección se opera de una manera muy diferente.

Para mi alumno, el señor Michel Bée, y para mí, todo o casi todo es larga duración: el siglo XVII, en verdad, existe apenas; es un momento de una realidad que se despliega a lo largo de varios siglos, de una realidad que atraviesa el siglo XVII, que se anudó mucho antes y se desata mucho más tarde.

En el plano de la sociedad y de la economía, si predominan las estructuras de largos periodos, son ya menos tiránicas.

En el plano del pensamiento, de la estética y de la sensibilidad, en este siglo XVII, siglo de ruptura por excelencia, el tiempo corto, el tiempo nervioso de la historia recupera sus derechos.

2

La demografía no es únicamente el número de hombres, los equilibrios de las edades, los movimientos cortos y los movimientos más largos; la demografía sí es todo esto, claro, pero en la medida en que implica la vida, la muerte, la relación sexual, el amor, o sea también las producciones que mantienen la vida y que pesan sobre ella, la transmisión de lo adquirido, la educación, la memoria de la especie, la reprogramación de los cerebros; la demografía es el elemento explicativo clave de un sistema de civilización. De hecho, es por medio de la historia demográfica –no exclusivamente, es cierto, pero en primer lugar por medio de ella de todas maneras– que la historia cuantitativa, o más modestamente serial, aborda en adelante los sistemas de civilización.

Por el sesgo de esta forma privilegiada de la historia serial, los historiadores son llevados hoy día a instalarse resueltamente en la duración muy larga. En una larga duración donde veo dibujarse un lapso de quince a veinte generaciones, un medio milenio muy largo, quizás de seis o siete siglos, que es, en líneas generales, el tiempo, el verdadero tiempo, el tiempo denso de un sistema de civilización, al menos

desde que la humanidad dejó la prehistoria y se internó en un ritmo de transformación cada vez más acelerado.

¿Se desea que comencemos por la historia de una historia?

La demografía histórica nació con un espacio y un periodo privilegiados, en un momento dado, en *Francia;* en Francia, esto no es dudoso, en un largo siglo XVII que se prolonga a través del siglo XVIII, en este ambiguo *Antiguo Régimen* que tiene —no me gusta decirlo, pero hay que reconocerlo— su valor. En una palabra, la demografía histórica nació en el horizonte de la primerísima posguerra, hasta 1950, cuando Pierre Goubert, por una parte, Louis Henry por la otra, casi simultáneamente conciben la idea propiamente genial de aplicar una vieja técnica auxiliar de la más tradicional de las historias, la genealogía, a las "masas estáticas", parroquiales —¡oh, cuán despiertas hoy!—, de la historia serial.

Nunca se dirá suficientemente todo lo fecundo que fue esta idea. Todo lo que se hace desde hace casi un cuarto de siglo en los sectores de avanzada de nuestra disciplina se desprende de esta conjunción de ideas. La cosecha en los primeros años fue extraordinariamente rica. Disponemos, gracias a la labor de los años cincuenta y a las publicaciones de los años sesenta, de una masa de datos factuales irrecusables, obtenidas con esta arqueología del saber como demografía histórica, la cual constituye una experiencia definitiva. Esta experiencia está presente en todas las mentes. Inútil, pues, regresar sobre este punto.

Si el dato está intacto, sin embargo, la problemática que lo interpreta y lo inserta necesita ser reajustada en el presente. Se vio surgir alrededor de las primeras monografías un sistema interpretativo que tenía su valor, que ha sido útil, pero que actualmente está, en parte, superado.

La demografía histórica se inscribió primero dentro de un sistema binario. En primer plano la realidad europea, principalmente francesa de los años 30, entiéndase la realidad de una población que envejece, con una esperanza de vida que todavía aumentaba en ese momento (mientras que cesó de hacerlo a partir de entonces) y que aseguraba muy difícilmente su reemplazo e incluso, en realidad, que no aseguraba, que ya no aseguraba su reemplazo, a consecuencia de una caída rápida de la natalidad, a consecuencia de un deseo muy modesto, de un deseo demasiado modesto en cuanto al tamaño de las familias. Los primeros historiadores demógrafos en el horizonte de los años cincuenta se mantenían reservados frente a las señales de recuperación demográfica que se habían manifestado en Francia, desde las depresiones de los años 1941-1942, y en el conjunto de Europa desde 1937-1943,

cuyas primeras señales de recuperación demográfica se manifestaron en los países escandinavos a partir de 1937. Se atrevían a considerar estos acontecimientos como un simple accidente de corta duración, simple recuperación y ligada a la coyuntura de la guerra. Nada menos exacto, por cierto, que este análisis. Lo evaluamos bien hoy en día, al término de un movimiento positivo que duró desde 1937-1942 hasta 1957-1962 aquí y hasta 1965 allá, frente a una nueva rabia suicida que en la actualidad afluye y que acaba de hacer caer a Europa, en muy poco tiempo, en una situación mucho más grave que la que conoció en 1933, la depresión de lo que consideramos durante mucho tiempo como el peor abismo demográfico. Esos primeros historiadores demógrafos se sentían inclinados a considerar —por proyección de las actitudes ante la vida mayoritaria en esos sombríos años treinta, cuyo sabor hemos vuelto a encontrar recientemente, por desgracia— el que la vida jamás deseada era un poco como el subproducto natural y pasivo, como el subproducto molesto de las relaciones sexuales dentro o fuera del matrimonio.

Se tenía así un modelo simple y que encerraba una parte no desdeñable de verdad. Frente a la demografía de la nueva edad se había plantado una demografía antigua. Los regímenes demográficos antiguo y nuevo se presentaban pues estrechamente ligados, dialécticamente deducibles el uno del otro.

Se habrá descubierto y explicado el siglo XVII demográfico en contraste con la demografía un poco simplista de los países industriales de los años treinta. Se le definía así: una vida desbordante, una mortalidad abundante, un equilibrio difícilmente alcanzado a martillazos por la crisis, con el nacimiento de una inevitable clase generacional cuyo número de efectivos militares se ha visto reducido y de su serie de ondas decrecientes, cuyos efectos conocían entonces la Francia de los años treinta y cuarenta, y toda la Europa industrial que padeció la horrible hecatombe de los años 1914-1918. Por un lado (el modelo europeo de los años treinta), la declinación horizontal de las curvas, que tiene como causa de modificación la decadencia rápida de la natalidad, por otro lado *la estructura ondulante de las curvas,* que tiene como elemento regulador oscilaciones dramáticas de la época de mortandad; por un lado un sistema sofisticado, con sus presiones desigualmente coronadas de éxito para aminorar la mortalidad y natalidad; por el otro un sistema "natural" (!). Emmanuel Le Roy Ladurie diría hoy "ecodemografía", hay que añadir económicamente más que biológicamente regulada, regulada por una economía que en realidad es, en lo esencial, estrechamente dependiente de lo meteorológico.

El modelo demostró ser bastante flexible. Permitió, de adaptaciones en adaptaciones, dar cuenta de un campo cada vez más complejo de observaciones más exactas. La demografía "natural" *(sic)* se enfrentó primero a dos desafíos insólitos: *la edad del matrimonio tardío de las mujeres* (hecho cultural, hecho económico), *el espaciamiento de los nacimientos,* el intervalo intergenésico de 20 a 30 meses, en lugar del nacimiento anual que algunos historiadores algo apresurados habían, en un momento dado, extrapolado con demasiada rapidez a partir de algunos ejemplos aristocráticos aislados. Nadie denunciará suficientemente la molesta influencia sobre la joven demografía, la demasiado joven demografía histórica, la influencia enfadosa que tuvo la demasiado fecunda familia Arnaud. El retraso de la edad del matrimnio —no más que el respeto en un 80 por ciento de la continencia en el sector de los púberes y pospúberes no casados— no molestó mucho a los primeros historiadores demógrafos. *El intervalo intergenésico fue el que se constituyó en el punto de partida de un debate* cuyos ecos no se han apagado totalmente en nuestros días. Un falso comienzo, en verdad: *anticoncepción o no anticoncepción.* Hoy en día el problema está zanjado. El modelo teórico de Wrigley muestra que una población que tiene el tipo de vida que se puede suponer común a los campesinos de la Europa occidental tradicional en el siglo XVIII, es capaz de presentar intervalos intergenésicos situados entre 16.5 y 31.5 meses sin que haya que recurrir a la hipótesis de prácticas anticonceptivas conscientes y deliberadas. Nunca se ha observado en un grupo de al menos mil habitantes intervalos de menos de 19 meses. Por el contrario, se ha notado una gama muy matizada entre 19 y 34 ó 35 meses, hasta 36 y 37 meses. He mostrado que no era razonable[3] excluir totalmente el recurso *fraccionalmente,* en el espacio social, en el espacio geográfico y en el tiempo, de prácticas anticonceptivas, ciertamente minoritarias y mediocremente eficaces. Los defensores del sistema binario se pronunciaron durante un tiempo contra esta hipótesis, porque va en contra *de dos presupuestos implícitos.* La demografía antigua es "natural", la anticoncepción es un progreso, triste progreso cuya capacidad se les niega a esos "atrasados" que son implícitamente los campesinos del siglo XVII.

Pero dejemos ahí estas discusiones sin importancia. Actualmente, en estado puro, ya forman parte de historia de la historia. Dentro de este modelo pionero de la demografía histórica el siglo XVII es Antiguo Régimen en bruto: una demografía que se define en relación con el

[3] P. Chaunu, "Reflexions sur la démographie normande", *Hommage à Marcel Reinhard,* 1973, pp. 97-117.

modelo maltusiano de la Europa industrial. Demografía conducida, se pensaba, con el acelerador hasta el fondo (una natalidad al máximo) con una modulación treintenal causada por el factor exógeno de las sobremortalidades cíclicas (meteorológicas, y por lo tanto económicas o biológicas), una demografía no abultada sino reducida, conducida paradójicamente por la muerte, no por la vida, una demografía "natural". Del Antiguo Régimen "natural, se pasa a la nueva edad "artificial", por la transición del segundo tiempo de las Luces y de la Revolución industrial, con sus dos variantes: la variante europea mayoritaria que da lugar, gracias al retraso de la reducción de la natalidad respecto a la reducción de la mortalidad, al importante crecimiento de la Europa del Norte; y la variante francesa, que atenúa la mutación del crecimiento, a causa de la casi concomitancia de la modificación de las dos curvas.

He subrayado desde 1965-1966[4] los límites de este modelo. Es *binario, retroactivo,* entiéndase, que ubica el pasado en la dependencia de un lapso posterior (un presente pasado de moda, que ahora es un pasado cercano, digamos el horizonte de los años treinta del siglo XX), hexagonal y europeo, simplemente demasiado mecánico, por lo tanto *insuficientemente cultural.* Es un modelo de espacio limitado y de tiempo corto.

Su presupuesto (no se entienda como una crítica sino, por el contrario, como un homenaje, puesto que toda investigación histórica que no tiene presupuesto es una investigación histórica insignificante y sin interés) es que *todo lo que no es moderno es natural* y que la Cristiandad es un inmemorial. No quiero más que una prueba de ello. Véase la lucidez de los historiadores demógrafos de los años 1950-1960 ante la insólita provocación de un intervalo intergenésico medio, más largo que lo previsto. La discusión es viva por un instante, pero la respuesta casi inmediata, razonable; queda a prueba de la erosión de descubrimientos ulteriores. Véase, por el contrario, la *casi indiferencia ante el hecho masivo de la continencia mayoritaria* fuera del matrimonio, el hecho no menos masivo de un matrimonio pospúber de más de diez años e, incluso, con la mayor frecuencia, de doce años, *esas actitudes eminentemente culturales,* que son *actitudes de cristiandad,* han sido observadas y aceptadas sin provocar de entrada una *pedagógica sorpresa.* En realidad, hace veinte años, estos hechos de cultura, de una cultura todavía cercana y, además, de una cultura moldeada por lo menos en mil años de cristianismo vivido, *estos hechos de cultura aparecían*

[4] Chaunu, *Europe classique, op. cit.*

casi como hechos de la naturaleza para una generación de historiadores que nacieron entre 1910 y 1925 y que hoy tienen entre 50 y 60 años. El intervalo intergenésico sorprendió y entonces fue comprendido; el matrimonio tardío y la castidad preconyugal y periconyugal eran tan evidentes que la dependencia recíproca más perturbadora entre el sistema demográfico de los siglos XVII-XVIII y el sistema repetido de la era industrial pasó casi inadvertida.

Dejaré de seguir jugando al hijo ingrato. Esta primera demografía histórica está sólo parcialmente superada. Es verdaderamente cambiante y somos considerablemente tribuatarios de ella. El mérito de aquellos que actualmente llegan a superarla es escaso. Bastó con ampliar para llegar a una integración más completa. Pero antes de abordar la superación de la demografía histórica de ayer, sometamos este antiguo análisis a la selección según la duración de las estructurts que propusimos.

¿Qué tiene de propio el siglo XVII?

¿Cuáles son los elementos de larga duración?

Puesto que todo el modelo se aplica a los siglos XVII y XVIII, lo que le da al siglo XVII principalmente francés su corta especificidad es la amplitud de la crisis, su repetición, su carácter a veces todavía frumentario, el poder destructivo de las pestes, la tendencia secular a una horizontal descendente. El siglo XVII es un Antiguo Régimen severo, con una nota más sonriente en el siglo XVI (pero la antigua demografía histórica ignoró esto) y la pizca de modernidad del siglo XVIII después de 1740-1750.

3

Esta rápida evocación de la historia era necesaria. Nos da los elementos del problema alrededor de 1965. Todo resurge a partir del artículo capital de Hajnal[5] y la nueva visión del grupo de Cambridge. Habíamos dejado pasar lo esencial sin verlo porque el sistema demográfico referente de mediados del siglo XX era en este terreno, con algunos matices, casi dependiente de este Antiguo Régimen que se colocaba frente a un presente, hoy superado, en su otredad. Este elemento esencial es evidentemente una *estructura muy original del matrimonio.*

En una palabra, frente al modelo universal del matrimonio púber, en un momento y *un lugar determinados, aparece una nueva estruc-*

[5] J. Hajnal, "European marriage patterns in perspective" en: D. V. Glass, D. E. C. Eversley (comps.), *Population in History*, Londres, 1965, pp. 101-143.

tura.[6] El matrimonio tardío constituye la piedra angular, o más exactamente el *revelador* de un nuevo sistema de civilización. Hoy en día es inútil extenderse demasiado en los detalles de una demostración cuyo mérito le pertenece al historiador demógrafo inglés Hajnal, y que en algunas obras recientes me limité a sistematizar, a profundizar y a formalizar.

Lo que caracteriza en profundidad al sistema demográfico del siglo XVII, interdependiente de los siglos que preceden y de los que siguen, en el centro denso de la cristiandad occidental, no es un comportamiento "natural" —es necesario recordar, con Claude Lévi-Strauss, que para el hombre incluso muy anterior al Neolítico, la naturaleza es la cultura— sino un comportamiento cultural. Ningún sistema llevó tan lejos y con tanto éxito el control de los impulsos sexuales: coacción dramatizante y cerebralizante. Todo un conjunto institucional que se va reforzando, desde un estado de transición que se comprende a través de los documentos derivados de la Capitación (la *Poll Tax)* de 1377, regalo del viejísimo Estado financiero inglés, y en la periferia, el espacio europeo, los registros parroquiales de Castilla, desde la segunda mitad del siglo XVI, y que tiende a reservar, a dejar fuera de circuito primero el 30, después el 40 y finalmente el 50 por ciento del potencial reproductivo de la población femenina en edad de procrear. Esta exclusión del circuito es resultado del efecto acumulativo de un cierto número de factores de importancia desigual, de la diferencia de 10 a 12 años de la edad del matrimonio de las mujeres en relación con la pubertad, durante un lapso de vida que comprende, por cierto, los primerísimos años de menor fecundidad del ciclo femenino (entre 14-15 años y 17-18 años se ubica lo que los demógrafos llaman habitualmente la esterilidad de las adolescentes, esterilidad relativa, por supuesto; en cambio, de 18 a 25 años, tiene lugar el periodo de mayor fecundidad). Se sabe que la fecundidad femenina llega a un máximo en promedio entre los 18 y 20-21 años y después disminuye muy lentamente de los 21 a los 30; un poco más rápidamente de 30 a 37-38 años; mengua alrededor de los 40 años, tiende hacia cero un poco antes de la menopausia, la cual sobreviene generalmente alrededor de los 48-50 —un poco antes, parece ser, en las penosas condiciones de vida de las sociedades campesinas tradicionales. Retraso de la edad del matrimonio, que toma entonces su sentido en razón de la con-

[6] Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières,* y sobre todo *L'histoire, science sociale, op. cit.*, 3a. parte, l'Homme y *De l'histoire à la prospective,* París, R. Laffont, 1975, 400 pp.

tinencia, segundo factor respetado por las poblaciones no casadas en un 80, y hasta en un 90 por ciento, a causa de la extrema debilidad de la masa social global de las relaciones sexuales fuera del matrimonio. Los trabajos de nuestros colegas anglosajones, cómodamente reunidos en un artículo reciente[7] de Edouard Shorter, muestran por otra parte que, en relación con esto, sin duda, hay más variedades de las que el conjunto francés —relativamente homogeneizado a pesar de su extensión, de su masa, de sus disparidades en la segunda mitad del siglo XVII, a pesar de su masa— permitiría creer. Me apresuro a agregar que estas variantes se deben de hecho a dos tipos de factores. Un conjunto de factores que se pueden clasificar bajo la rúbrica de comportamientos arcaizantes, del tipo de la presión sexual de los machos dominantes sobre las poblaciones femeninas de las clases dominadas —este conjunto es secundario. Un segundo conjunto de factores es más importante, en apariencia; se trata, aquí y allá, más particularmente en los países del Norte, de las modalidades del matrimonio llamado en etapas (véanse ciertos cantones, ciertos condados de Inglaterra; véanse la casi totalidad del país de Gales, ciertos lugares de Frisa, y algunos puntos de la Alemania Báltica). De hecho, en esos países, el matrimonio se hace en dos tiempos. En un primer tiempo, que se llama noviazgo, los jóvenes están autorizados a tener relaciones sexuales bajo el techo de los padres, quienes les ofrecen la hospitalidad; y es sólo cuando la joven está encinta que se pasa a la segunda etapa, al matrimonio propiamente dicho y a la constitución de un hogar autónomo. Se trata evidentemente de otra manera, quizás menos dramática, quizás por etapas y ciertamente arcaica por otro lado, de concebir la constitución del hogar. Para corregir en caso necesario, basta con reemplazar matrimonio por noviazgo y el ajuste de estos casos particulares al modelo general se hace sin demasiadas dificultades. Nos damos cuenta de que la continencia, que la castidad fuera de tiempo —esta vez no ya del matrimonio— es considerablemente respetada en estos países, así como en otros lados.

El segundo recurso es el del celibato femenino definitivo. Se sabe que, poco difundido todavía en el siglo XVII, este recurso eminentemente aristocrático, más tarde urbano, tiende a extenderse con mucha lentitud en el siglo XVIII, y con más rapidez en el XIX. Aunque poco difundido en los medios populares, campesinos (del orden del 5 al 7 por ciento), el celibato femenino definitivo (*"les filles anciennes"*, de Pierre Goubert) es proporcional y paradójicamente más usual en nues-

[7] E. Shorter, "Female Emancipation, Birth control and Fertility in European History", *American Historical Review*, 78 (3), junio 1973, pp. 606-640.

tras campiñas del siglo XVII que en la India británica de los primeros *Census* confiables (1871), de fines del XIX y de principios del XX.

El tercer recurso es evitar que las mujeres se casen de inmediato, luego de enviudar. El tiempo de esta prohibición es breve, en promedio, cuando la viuda es joven y no está cargada de hijos, así como cuando se aproxima o cuando ha sobrepasado *a fortiori* el tiempo de la menopausia; es largo cuando las viudas tienen entre 27-28 y 30-40 años. Entonces, la prohibición de volverse a casar dura en promedio cerca de tres años como mínimo.

En la práctica, todos estos factores acumulados terminan por dejar fuera del circuito, en promedio, al 40 o 45 por ciento y a veces hasta al 50 por ciento y más del potencial procreativo de las poblaciones de la cristiandad latina occidental en el siglo XVII.

Pero el retraso de la edad del matrimonio (como reactivo de una socialización masiva del ascetismo sexual) no es más que un elemento de una estructura más compleja, en una palabra, de un sistema de civilización que atraviesa todo el siglo XVII y se extiende por lo menos a lo largo de medio milenio.

Este sistema de civilización tiene su acta de bautismo. Se establece progresivamente durante la gran transformación del mundo pleno, entre 1100 y 1350 (en 1377, la Inglaterra de la *Poll Tax*, con su edad del matrimonio femenino medio de 20 años y ½ a 21 años, está en pleno sistema de transición, más cerca de la Francia de Luis XIV que de la India de Indira Gandhi), en un espacio limitado la Inglaterra *stricto sensu*, los Países Bajos, el Reino de Francia, el corredor lotaringio, una pequeña franja de la Alemania del Oeste, las zonas alpinas occidentales, la llanura del Po, la Toscana y quizás un pequeño pedazo de Cataluña del Norte. Un millón, un millón doscientos mil, un millón trescientos mil y un millón y medio de km², este mundo pleno donde por primera vez en un espacio despojado de su vegetación natural en 80 por ciento, de 35 a 40 habitantes por km² a veces, de 60 a 80, como en la Picardía estudiada por Robert Fossier, en Flandes, en el centro de la llanura del Po, viven codo con codo de una manera jamás igualada hasta el grado de que, cuando se sube a lo alto de un campanario, en el horizonte se perfilan de 7 a 8 poblados más; donde las noticias podrán pronto, cuando las campanas hayan ganado la partida y su lenguaje haya sido fijado, correr a la velocidad respetable del sonido, en la húmeda atmósfera de los países del norte, donde la voz de las campanas es más bella, más clara, más fuerte, más musical. El retraso de la edad del matrimonio no constituye más que un aspecto, no necesariamente el más importante pero probablemente sí el más apreciable

de toda una estructura. Este retraso acompaña una primera disociación de las estructuras de linaje. Aunque el *nucleus* matrimonial, la pequeña familia conyugal es más antigua y considerablemente más difundida[8] de lo que podríamos creer (Peter Laslett lo demostró), no deja de ocurrir que un sistema familiar en donde conviven linajes y *nuclei,* familias tronco *(stem families)* y familias matrimoniales es sustituido por un sistema cada vez más exclusivamente matrimonial, donde la proporción de los *nuclei* predomina de una manera cada vez más irreversible. Me he esforzado,[9] basándome en Peter Laslett y sus alumnos, en seguir el alcance y la amplitud de esta transformación.

El retroceso del linaje es una condición de los progresos de otras estructuras: el círculo de sociabilidad de la comunidad de habitantes, el círculo del Estado moderno. El retroceso del linaje y el espaciamiento de las generaciones es asimismo, lo he demostrado,[10] una de las condiciones del reforzamiento de la inversión en el terreno educativo. El retraso de la edad del matrimonio tiene además, mediante la socialización masiva de la ascesis sexual,[11] una influencia sobre el clima religioso de la época de las reformas de la Iglesia. De hecho, es verdaderamente un sistema de civilización el que aparece como respuesta a los progresivos desafíos del mundo pleno, desde el siglo XII hasta el siglo XIV. Ahora bien, este sistema no emana de una acción mecánica del poblamiento. No es dudoso que la acción mecánica del poblamiento constituya el elemento motor de las transformaciones. Las pequeñas unidades de explotación son las consecuencias de los desbrozamientos de los espacios marginales. El modelo de la pequeña unidad de explotación, soporte físico de la familia nuclear (unidad afectiva, pero también de explotación económica; véanse J. M. Gouesse[12] y Peter Laslett),[13] se impone en el interior de los antiguos terruños por simple efecto de asentamiento. El retraso de la edad del matrimonio es un poco la consecuencia del mundo pleno. En un mundo donde el hogar corresponde a una unidad económica de explotación, es importante que un lugar quede libre a causa de la muerte, para que un nuevo

[8] Véase la fundamental colección reunida por Peter Laslett, *Household and Family in Past Time,* Cambridge, University Press, 1972, XII-623 pp.

[9] Chaunu, *Histoire, science sociale, op. cit.*

[10] Chaunu, *Civilisation de l'Europe des Lumières, op. cit.*

[11] P. Chaunu, *Le temps des Réformes de l'Eglise, l'Eclatement,* París, Fayard, 1975, 500 pp.

[12] J. M. Gouesse. Tesis que prepara bajo mi dirección, sobre la *formación de la pareja en el Oeste.*

[13] P. Laslett, *Le monde que nous avons perdu,* París, Flammarion, 1967.

hogar pueda fundarse. J. M. Gouesse[14] aportó una confirmación, salvo en tiempo de crisis excepcional (del tipo de las de los años 1963 o 1709), una correlación positiva une las curvas mortalidad/nupcialidad, contrariamente a lo que se creyó durante mucho tiempo. En las series de solicitudes de dispensa, se establece un lazo entre la muerte de un familiar cercano y la petición de matrimonio. "Mi madre ha muerto [...] —pide alguien al obispo de Coutances por intermedio de su párroco— ya no tengo a nadie que me prepare la sopa." Las dispensas de matrimonio demuestran el mecanismo psicoeconómico del matrimonio tardío en el mundo pleno.

Pero sería un gran error limitar el análisis a esto. Tuve la oportunidad[15] de mostrar que la respuesta al desafío es una respuesta específica. Fue inspirándose en los valores de un sistema de civilización antigua como la cristiandad occidental encontró una respuesta específica para el desafío del mundo pleno.

El sistema demográfico que se instauró en el corazón de la antigua cristiandad latina, a partir del siglo XIV, era demasiado riguroso, demasiado bien arraigado, demasiado lógico para haber retrocedido ante los síntomas amenazadores de las grandes pestes. Se sabe que por un largo tiempo, del año 1300 al 1740, la población de Francia oscila entre un tope máximo —17 millones hacia 1300, 19-20 millones hacia 1650 y 1700— y un tope mínimo —9 millones hacia 1420— generalmente más cerca de aquél que de este último. Emmanuel Le Roy Ladurie lo recordó recientemente. Esta observación es válida para el conjunto de la cristiandad latina. Cuando se escruta desde una distancia suficiente, se constata que el sistema demográfico de la cristiandad latina que se instaura hacia 1300 atenúa las fluctuaciones. Incluso la gran oscilación de los siglos XIV y XV es poca cosa si se compara con las oscilaciones similares que señalan el fin del mundo antiguo en la Cuenca del Mediterráneo, China y las poblaciones amerindias.

Al cabo de cinco siglos de haber llegado al tope máximo relativo, el sistema vuelve a encontrar, gracias a una ganancia de calidad, una posibilidad de crecimiento que le permite, un poco en todas partes, desde 1750 hasta 1800-1850, traspasar ese tope máximo y contribuir a las condiciones previas de una transformación técnica que hace estallar los excesivamente famosos *checks* maltusianos.

Estamos verdaderamente en presencia de un sistema único que se preparó en el laboratorio de la cristiandad latina occidental, en la cima

[14] Gouesse, *op. cit.*

[15] *Histoire, science sociale* y *Le Temps des Réformes*, *op. cit.*

y al final de la gran ola de medio milenio de poblamiento/repoblamiento que se extiende del siglo VII al siglo XIII o, con más precisión, desde aproximadamente 1100 hasta 1350; que alcanzó la periferia progresivamente desde 1500 hasta 1700 (véanse España y Alemania del Este que, con dos siglos de desfase después de las grandes pestes, llevan a cabo la revolución del retraso de la edad del matrimonio); que dura desde 1300 hasta 1800-1850 en el centro, desde 1500 hasta 1900 en los extremos y que, a través de una serie de transformaciones relativamente secundarias, provoca el nacimiento del sistema demográfico de la Europa industrial que, luego de este rodeo, influye a partir de 1880-1910 en las otras culturas y civilizaciones; que tiende, desde esa época, si no a sustituir, por lo menos a dejar una profunda huella en los sistemas no directamente surgidos de la cristiandad latina occidental.

Volvamos a nuestro tema. En verdad nunca nos hemos apartado de él. Cuando se observa esta realidad demográfica del siglo XVII que conocemos bien, en el corazón de la populosa Europa, gracias a una multitud sorprendente de excelentes monografías (basadas en genealogías campesinas) que completan en adelante los estudios urbanos y el estudio sistemático de los empadronamientos fiscales,[16] debe reconocerse que se trata verdaderamente de una larga duración que no tiene prácticamente nada de exclusivo. La edad del matrimonio, una ya atenuada sensibilidad ante una fluctuación en líneas generales treintenal, el ritmo por estaciones de los nacimientos, de los casamientos, de las defunciones, compromiso ecometeorocultural, el extraordinario control de los impulsos sexuales y una fuerte tendencia a la horizontal, incluso a una horizontal descendente; todos estos factores el siglo XVII los comparte con el que precede y, con más de uno de los siglos posteriores.

Casi no hay ningún carácter que se le pueda atribuir exclusivamente a una coloración específica del siglo XVII. Algunos matices, a lo sumo. Algunos rasgos culturales antiguos se borran. Las abstinencias sexuales temporales se esfuman. Una ascesis difusa es sustituida por una ascesis basada en clases de edad. Evidentemente sabemos pocas cosas de las abstinencias de Cuaresma y de Adviento, porque aparecen en una época lejana para la cual no disponemos de registros parroquiales y para la cual, en consecuencia, no tenemos casi otra cosa que los textos normativos, que deben ser siempre utilizados con muchas precauciones para aprehender la realidad. No obstante, estas abstinencias subsisten, al menos por la prohibición de los matrimonios, en el periodo de Adviento y en el periodo de Cuaresma. Tradicionalmente,

[16] J. Dupâquier, *La population du Bassin parisien.*

la gente no se casa en estos dos periodos del año durante los cuales si bien las relaciones sexuales no estaban prohibidas, eran por lo menos reprobables. Todo depende, pues, del retroceso de la edad del matrimonio, y del control de los impulsos sexuales fuera del matrimonio. Pero el comportamiento conyugal sigue estando fuera de control. Esta dicotomía facilitará la introducción de prácticas maltusianas. El fuero matrimonial se superpone a la culpabilización ascética de la relación conyugal, para facilitar la introducción en el siglo XVIII y en el siglo XIX de una anticoncepción basada en la retirada masculina. Las tentativas de fines del siglo XVII, para reactivar las ascesis temporales (en mayo), sobre las que realmente sabemos pocas cosas, en conjunto parecen haber fracasado. En una palabra, la larga abstinencia postpúber parece tender a absorber la totalidad de las posibilidades de abstención y de control de la inmensa masa del cuerpo social.

Segundo rasgo, la excelencia, en términos generales, del control fuera del matrimonio. El fin del siglo XVII —en Francia principalmente y, en menor grado, en una Inglaterra menos severa— parece llegar al punto máximo de eficacia del control fuera del matrimonio. Estamos en la cima del esfuerzo de la época de las reformas. El siglo XVI conservó aún, en las relaciones dominantes dominados —como ejemplo véase el *Journal* del señor de Gouberville—, formas de subordinación sexuales que se atenúan. Mientras que la segunda mitad del siglo XVIII y el comienzo del XIX, en la escala europea, sufren un resquebrajamiento relativo: la primera gran llamarada de la ilegitimidad que Edward Shorter ha subrayado. Nótese que es precisamente en los sectores de Francia, caracterizados por una ascética de coloración agustiniana, donde la presión fue más fuerte, en donde se recurre, por culpabilización excesiva de la relación sexual incluso legítima, al propiamente dicho *coitus interruptus,* desde fines del XVII a comienzos del siglo XVIII. El mismo fenómeno, aunque sin eco comparable, se observa en los medios acomodados de Inglaterra de 1670 a 1730.

Tercer rasgo.

La importancia global de los factores de control. Fuera del viejo núcleo denso, en Alemania del Este y en Rusia, en menor grado, en Polonia, en la Italia del Norte, en España, la Europa periférica vive su última gran oscilación negativa. El descenso de la población del Imperio, de 1620 a 1650, es del mismo orden que el del Reino de Francia, de 1320 a 1420: igual de profundo y más rápido. En Francia, incluso, se observan oscilaciones negativas aproximadamente del orden de 2 millones de excedente de las defunciones, con respecto a los nacimientos.

Se puede ligar este aspecto con dos factores: el primero, la aproximación, incluso la instalación o la superación (en la periferia) del tope máximo del siglo XIV; los aspectos negativos de la construcción, en una primera fase, de poderosos estados guerreros, financieros y oficiosos. He hecho los cálculos:[17] después de todo, entre 1620 y 1650, en Francia se duplica el impuesto unitario del Estado por habitante. El Estado de Hacienda cambia dos veces, y sólo dos veces, en Francia, desde su aparición en el siglo XIV, bajo Luis XI, en el siglo XVII, bajo Richelieu y Mazarino. Fuera de estos dos periodos, las curvas deflacionarias del impuesto por cabeza son casi horizontales. Los ejércitos portadores de gérmenes de la primera mitad del siglo XVII son eminentemente mortales. Emmanuel Le Roy Ledurie lo recordaba recientemente.[18] Yo me adhiero plenamente a su análisis. Las horizontales un poco pesadas del siglo XVII con sus recurrencias tímidas del tiempo de las muertes, el retroceso de la esperanza de vida en Inglaterra son tal vez el costo pagado por una entrada brutal en el ámbito de la comunicación y por un incremento de las exacciones aplicadas en el escalón superior de las tecnoestructuras de sociabilidad.

La existencia de los últimos accidentes, en 1693 y 1709, que responden a lo que se ha convenido en llamar las crisis económicas y económico-demográficas del Antiguo Régimen: con abatimiento brutal de la producción, sin compensación posible en vastos espacios, correlación positiva precios/mortalidad, y correlación negativa concepciones/matrimonios. Este tipo de crisis es un arcaísmo completamente excepcional, a la vez consecuencia de la anomalía climática negativa del fin del siglo, y de las tensiones y del choque de jóvenes estados Moloch, antes de que se instaure la guerra galana y los efectos positivos de las administraciones ilustradas y salvadoras de vidas del siglo XVIII. Ante estos desafíos, el sistema que permite, lo he mostrado en un artículo reciente,[19] una infinidad de combinaciones que van al seno de lo que llamo las moléculas de comportamiento demográfico del coeficiente neto de 0,7[20] al coeficiente neto de reproducción de 2,2, permanece bloqueado en los más altos índices de interrupción. Un matrimonio muy tardío, un plazo muy largo para poder casarse por segunda vez,

[17] P. Chaunu, *Histoire économique et sociale de la France*, París, PUF, t. I, 1977.

[18] E. Le Roy Ladurie, *Leçon inaugurale au Collège de France*, del 30 de noviembre de 1973.

[19] Chaunu, "Réflexion sur la démographie normande", *op. cit.*

[20] Suicida, ese coeficiente es el de Alemania en 1973 y 1974; Alemania tiene en 1976 y 1977 una tasa más baja aún, de 0,65, o sea 1,39 niños por mujer, en RFA en 1977, incluidas las mujeres inmigrantes; 1,25 para las mujeres de origen alemán.

un comienzo de celibato definitivo. La segunda mitad del siglo XVII combina en general una llamarada ligeramente arcaizante de la mortalidad y una interrupción, con el máximo de la natalidad, por vía de la nupcialidad. ¿Diremos, un recurso masivo al maltusianismo ascético con una pizca, aquí y allá, de maltusianismo hedonista?

Podría añadir algunos rasgos propios del siglo XVII. Pero esos matices no son nada. Algunas supervivencias de un pasado desvanecido, algunos signos precursores de modificaciones que aparecen (juego de variables simple pero bien orientado) en el siglo XVIII. La demografía de la Europa occidental en el siglo XVII pertenece a un conjunto coherente de comportamientos, que se establecieron desde el siglo XII hasta el XIV/XV, como respuesta al desafío único[21] de un mundo pleno en continuidad, en el codo a codo de los 40 habitantes por km² a lo largo de un millón y medio de km². La demografía tiene que ver con lo esencial. Ahora bien, todo el plano de lo esencial supone la muy larga duración. El siglo XVII pertenece a una corriente de algo más de medio milenio. Esta estabilidad en lo esencial me parece, con la fuerte pero cerebralizante ascética del dominio de los impulsos sexuales, la necesidad de distanciar las generaciones para la inversión en el campo educativo, la condición misma de las mutaciones innovadoras, que se sitúan en el tiempo de la innovación, que es el plazo demasiado amplio de cincuenta años, el tiempo de una vida adulta. Pues, como está escrito en el salmo 90, plegaria de Moisés, hombre de Dios . . .

> . . . Todos nuestros días declinan,
> como un suspiro consumimos nuestros años.
> Los años de nuestra vida son setenta años,
> u ochenta, si hay vigor.

La demografía histórica tiene el mérito, por lo menos, de confrontarnos con lo esencial de la historia: el muro de la duración y el velo de la muerte, que impone a cada generación la pesada pero fundamental obligación de construir los cerebros en el seno de la mujer sin aborto y de reprogramar los cerebros de los que reemplazarán y a su vez transmitirán, y eso, "mientras se pueda decir mañana", "¡mientras sea de día!"

[21] Único no por la naturaleza, sino por el tamaño.

VIII. PARA UNA HISTORIA SERIAL DE BRASIL EN EL SIGLO XVIII*

No me detendré en cuestiones de vocabulario. Nada es más convencional y fluctuante; sin embargo, nada más revelador que el uso de las palabras. Entre cuantitativo y serial, elijo para el Brasil del siglo XVIII, sin duda alguna, el calificativo de serial.

"¿Historia cuantitativa o historia serial? Los dos adjetivos, en la práctica, son empleados indiferentemente. He propuesto, con poco éxito y sin respetar siempre una frágil línea divisoria, una definición que evita la confusión al especializar los usos."[1] Durante mucho tiempo se ha hablado de historia cuantitativa, en oposición a historia cualitativa, para aludir a toda forma de historia que se interese menos en el hecho individual . . . que en el elemento integrable en una serie homogénea, susceptible de abarcar luego los procesos matemáticos clásicos de análisis de las series; susceptible, sobre todo, de ser enlazada con las series que utilizan corrientemente las otras ciencias del hombre. Siempre tengo la tentación de añadir: que se vuelve hacia el pasado, con sus propias técnicas, al servicio de problemáticas pertenecientes a otras ciencias.[2] En este sentido muy amplio, se hace historia cuantitativa a gran escala, a partir del horizonte de los años treinta . . . el horizonte de la gran crisis de la economía mundial, de las tensiones, de las torsiones y de los fructíferos cuestionamientos. En una perspectiva todavía más general, se puede saludar, en Inglaterra y en Alemania principalmente, en Francia, en otros lugares, a los pioneros de la última década del siglo pasado, en el momento de la gran depresión y de la mutación estructural del crecimiento. Ello es tan cierto como que la historia, tal como la entendemos, se mantiene siempre fiel a la gran cita del tiempo presente. Ahora bien, este uso ha sido vigorosamente impugnado por una nueva disciplina que se constituyó a comienzos de los años cincuenta, en los Estados Unidos con Simon Kuznets, quien tocó puntos sensibles, y en Europa con Jean Marczewski y T. J. Marko-

* Texto de una ponencia presentada en el coloquio "Historia cuantitativa de Brasil (1800-1930)", que tuvo lugar en París, en el Instituto de Altos Estudios de América Latina, del 11 al 14 de octubre de 1971. Artículo publicado en la *Revue d'histoire économique et sociale* 49 (4), 1971, pp. 465-484. Reproducido con la amable autorización de la Editorial Marcel Rivière, París.

[1] *Cf.* capítulo X, *infra,* y *Revue d'histoire roumaine* 3, 1970.

[2] *Cf.* capítulo I, *supra.*

vitch y su monumental *Histoire quantitative de l'économie française;*[3] en cierta medida, tal vez hasta con el muy notable estudio de Phyllis Deane y de W. A. Cole,[4] al cual sigo considerando como un modelo del género.

A la vanguardia de la historia cuantitativa de la economía francesa,[5] Jean Marczewski ha escogido señalar las distancias en nombre de la historia cuantitativa de los economistas, con respecto a la historia cuantitativa de los historiadores:

> Las estadísticas utilizadas por los historiadores económicos sirven esencialmente para caracterizar una estructura en un momento determinado, para ilustrar una evolución durante un período, o para expresar una dependencia entre dos o varias series de hechos. Ahora bien, por importantes que sean, estas aplicaciones de la estadística no constituyen una modificación fundamental de los métodos tradicionales de la historia económica. Es cierto que enriquecen el conocimiento de las relaciones particulares y por esto mismo aumentan el poder de análisis de la historia económica. Pero no son capaces de suplir las lagunas de la información bruta; sólo eliminan de modo muy parcial el carácter subjetivo de la selección de los datos obtenidos y casi no amplían la capacidad de síntesis de los historiadores que los utilizan. Una historia económica que utiliza la estadística y las estadísticas no puede ser "cuantitativa" si su procedimiento básico, es decir la selección de los hechos por investigar, no se realiza con métodos cuantitativos, y mientras las conclusiones a las que llegue no permitan una expresión cuantitativa integral.

Estas delimitaciones han provocado reacciones a veces vivas.[6]

No nos parece racional resistir evoluciones ineluctables y, después de todo, enriquecedoras. Reservemos pues, con los economistas que han trabajado en la vía indicada por Simon Kuznets, el término de cuantitativo para una cuantificación total, circular, en forma de contabilidad nacional, adaptada eventualmente a un espacio regional o multinacional, continental, perioceánico. Estas precisiones reducen el

[3] París, ISEA, 1961-1968, 11 vols. Y, a propósito de los tres primeros volúmenes, nuestras reflexiones: *cf.* capítulo II.

[4] P. Deane y W. A. Cole, *British economic growth*, 1688-1959, University of Cambridge, Department of Applied Economics, nº 8, 1964, XVI-348 pp. y gráficas.

[5] París, ISEA, julio de 1961, pp. IV-V, reaparecido en los *Cahiers Vilfredo Pareto* 3, 1964, pp. 125-126 (o capítulo II, *supra*).

[6] Característico de la irritación de los historiadores, el artículo de P. Vilar, "Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens. Histoire quantitative ou économétrie rétrospective?", *Revue historique* 474 (223), pp. 293-312.

campo de la historia cuantitativa. Muy pocos estudios pueden, a la fecha, reivindicar su etiqueta. Una parte de la *Histoire quantitative de l'économie française* se queda muy por debajo del objetivo que al comienzo se había trazado la empresa. Tres delimitaciones parecen inevitables: la económica, el período estadístico y una franja muy delgada de protoestadística, en algunos sectores privilegiados (Europa, principalmente la Europa occidental y, muy pronto, América del Norte). Para el inmenso esfuerzo de cuantificación y particularmente el que se intenta en el plano de la historia social y, más allá, en el de lo esencial[7] –a Ernest Labrousse le gustaba decir el tercer nivel–, para la cuantificación de todo lo cuantificable e incluso lo estrictamente económico antes de la elaboración estadística de los sectores mutantes de los siglos XIX y XX, hablaremos de serial. Incluso, más modestamente aún, de esos órdenes de magnitud en los que se destaca Fernand Braudel y que he propuesto llamar más simplemente *cálculo del peso global en historia.*[8]

Aun antes de la constitución de las series significativas que esbozan una coyuntura todavía parcial y que, sin embargo, permiten dibujar el bosquejo de una estructura, el orden de magnitud deseable casi siempre es posible. Se puede intentar para el Brasil del siglo XVI y para la economía del siglo XVI –me he dedicado, después de otros, inspirándome en las evaluaciones de Fernand Braudel, a algunos cálculos suplementarios del peso–[9] un cálculo global del peso o, mejor todavía, un conjunto de cálculos globales del peso. No se puede esperar, en el caso del Brasil del siglo XVIII ni en el de Francia, que se haga algo más y mejor que historia serial. Y ya es mucho. Las excelentes ponencias que he conocido me han confirmado en la convicción que tenía desde el comienzo: sólo debido a una imprecisión, tal vez a una especificidad del lenguaje o a un arcaísmo, hablamos hoy de historia cuantitativa de Brasil, incluso de 1800 a 1930. Sería más exacto hablar de las decisivas conquistas de la historia serial a través del siglo XIX brasileño. Y cuando, con una audacia y una fortuna a las cuales quiero rendir homenaje, se intenta una cuantificación global de la economía brasileña desde la época colonial, desde el principio uno se sitúa en lo que es conveniente llamar un muy brillante cálculo del peso económico global. Si se admite que la historia cuantitativa es un anhelo, a lo sumo una transición que sólo podemos ver en un número muy pe-

[7] *Cf.* capítulo XVI, *infra.*
[8] *Cf.* capítulo IV, *supra.*
[9] *Cf.* capítulo VI, *supra.*

queño de sectores muy privilegiados, dentro de un pasado muy próximo al presente, no rebasemos los límites de lo posible y de lo verdaderamente deseable.

Deseamos para Brasil la prosecución del magnífico esfuerzo de historia serial, cuyo éxito y alcance permite medir este coloquio.

El siglo XVIII, en Brasil, es muy interesante. Es justo, ya que es en el siglo XVIII cuando me parece que se anudan, en Brasil como en Europa y en todas las Europas sin ribera que nacen rápidamente en el siglo XVIII, las condiciones explicativas previas de las estructuras de nuestro tiempo. Nos hemos esforzado en demostrarlo ya en varias ocasiones, a partir de lo que sabemos sobre la difusión de lo escrito. Los logros del siglo XIX, los niveles de desarrollo en el umbral de los años setenta se deben, en su mayoría, a los adelantos producidos por un largo proceso de alfabetización y de escolarización ocurrido a fines del siglo XVIII.

Brasil, a mi parecer, no escapa a la regla. Y ésa es la razón por la cual hace un instante preconizaba sustituir, por un lado lo cuantitativo prematuro —que, considerado en sentido estricto, conduciría a limitar el esfuerzo estadístico en un plazo muy corto—, y por otro lado lo económico *stricto sensu*, por las preocupaciones más flexibles y más amplias de la historia serial.

1

Desearía comenzar con un alegato en favor de la larga duración cara a Fernand Braudel. Sugiero, pues, que una historia del crecimiento en Brasil se comprende mejor si se evita aislar los siglos XIX y XX de una continuidad que hunde sus raíces lejos en el tiempo y lejos en el espacio.

Reconozco que, en una primera época, pudo ser tentador y quizás necesario plantear una historia de los siglos XIX-XX, un estudio del crecimiento en el tiempo corto, contra las pesadeces y las languideces del período colonial. La historiografía brasileña nunca tuvo masivamente, como la historiografía hispanoamericana, respecto al pasado colonial —digamos simplemente anterior al siglo XIX—, una actitud pasional denigrante, que traiciona a la América de lengua española, al recordar los dramas desgarradores de las interminables guerras civiles de la Independencia. Nada comparable al Brasil: la historiografía brasileña se ha inscrito siempre en la continuidad debido a una historia propia que está presente en todos los criterios: una independencia

ocurrida a su tiempo y sin drama —o poco faltó para ello—, con un mínimo de presión exógena, una separación progresiva casi amigable en el interior de una estructura imperial menos tiránica, y la monarquía que salva en el siglo XIX la continuidad necesaria. Esto explica por qué incluso la historia política en Brasil es en cierta medida menos mistificante que en la América hispánica. No deseamos señalar, en cambio, en Brasil, teniendo como fondo los años 1820-1829, por un afán de ajustarlo a costa de lo que sea con el modelo europeo, un viraje que no se produce antes de los años 1880-1890. El fin de la época colonial se sitúa realmente en Brasil, como en toda América Latina (habría que incluir aquí el "Sur" de la Secesión abortada y de la Reconstrucción desafortunada), entre 1880 y 1920.

Es sin duda en la medida en que la historia brasileña se escribió sin dificultad, durante todo el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, sin solución de continuidad y, por lo tanto, con una tendencia a sobrestimar los primeros comienzos que en este caso son falsos comienzos, que la joven y brillante escuela cuantitativista brasileña —hoy espléndidamente representada aquí, en París— habrá sentido la necesidad de tomar sus distancias, al afirmar la especificidad de los siglos XIX-XX, al escoger como terreno privilegiado de experimentación un tiempo cercano al que tradicionalmente se dudaba en incorporar a la historia. Durante los últimos años, el estudio de los siglos XIX y XX ha desempeñado en la renovación de la historiografía brasileña el papel que la primera modernidad (el largo siglo XVI de Fernand Braudel) cumplió dentro de la historiografía francesa de los años cincuenta y el que tuvo el siglo XVIII dentro de la historiografía de los años sesenta. El desfase cronológico es bastante comprensible. Por la masa, la naturaleza y la precisión que se pueden esperar del material conservado, la documentación brasileña del siglo XIX hace pensar más en las fuentes de que disponen para el siglo XVIII los historiadores franceses e ingleses, que en las documentaciones del XIX europeo.

El siglo XIX brasileño, en lo que se refiere a la documentación, es en lo esencial, antes del último cuarto del siglo, un Antiguo Régimen. El siglo XIX brasileño es protoestadístico y los pasos de la nueva escuela histórica brasileña son más seriales que cuantitativos. No hay que perder nunca de vista este desfase cronológico, que contribuye mucho, igualmente, desde hace poco, a poner de relieve una ruptura que durante mucho tiempo fue apenas observable en la historiografía latinoamericana. Era bueno construir la historia cuantitativa de Brasil ahí hasta donde es posible, es decir en el tiempo corto del último

siglo. En una primera fase. Pero, incluso al precio de aproximaciones mayores, es deseable ir más allá e incorporar todo lo que puede ser alcanzado.

La nueva "historia cuantitativa" brasileña es, con evidencia de sobra, una historia útil. Busca esclarecer uno o varios modelos de desarrollo. Es pues necesariamente comparativa. Ahora bien, todo lo que el análisis histórico ha revelado en estos últimos años conduce a optar por la muy larga duración.

Pasemos un instante al modelo inglés. Evidentemente la comparación es absurda. Entre Brasil e Inglaterra no hay punto de comparación posible. ¿No aboga toda una escuela por la causa de la unicidad, de lo irreductible del arranque inglés? La tesis es útil pero excesiva. Es cierto que el modelo inglés es único por la forma en que se combinan sus factores.

Pero ninguno de sus componentes es totalmente específico y el arranque inglés fue históricamente irresistible. Ahora bien, algo se ha logrado: actualmente nadie sueña con explicar el arranque inglés aislándolo de una muy larga duración. Si el viraje se sitúa tradicionalmente, desde W. W. Rostow, en el momento en que la proporción del producto nacional neto invertido pasa del 5 a más del 10 por ciento –esto se produce indiscutiblemente en los primeros decenios del siglo XVIII hasta fines del mismo; no sólo comienza desde mediados del siglo XVI y es la condición primera de la mutación de crecimiento sostenido–, es muy evidente que las condiciones económicas previas del viraje decisivo del arranque fueron progresivamente reunidas desde comienzos del siglo XVI, sin que nadie, desde luego, tuviera conciencia de ello: la disociación del régimen señorial, condición social previa de todo cambio; pero a partir del comienzo del siglo XVI, la curva del producto nacional inglés se inscribe en una trayectoria creciente y mejor aún en una trayectoria que expresa un movimiento ligeramente acelerado. También ocurre así en el caso del producto global, pero de una manera mucho más significativa aún, en la curva del producto *per capita.* Si el crecimiento del producto *per capita* es generalmente considerado, con razón, como un aspecto esencial del crecimiento sostenido en una sociedad industrial, hay que recordar que esta condición está ya presente en Inglaterra desde hace tres siglos, cuando se produce lo que se ha convenido en llamar el *take off.* En una síntesis todavía confidencial, F. A. Wrigley ha usado una imagen extremadamente expresiva: "En esta perspectiva –escribe–, la revolución industrial es la culminación dramática de un largo proceso acumulativo de modificación (*long gathering process of change*), un poco como

el cilindro puede ser puesto en movimiento por un chorro de vapor, de repente, pero sólo si el agua ha sido calentada mucho tiempo."

Ahora bien, si las condiciones económicas de la mutación en Inglaterra son perceptibles tres siglos antes del arranque —retrospectivamente discernibles, desde luego, puesto que son muy pocos en Inglaterra antes de Gregory King, antes de fines del siglo XVII, los que tuvieron, así fuera oscuramente, conciencia de una modificación—, las precondiciones intelectuales, afectivas, mentales y todo lo que atañe, principalmente, a las estructuras de la familia, suponen una duración más larga. En el transcurso de las investigaciones que dirigimos desde hace algún tiempo sobre los sistemas de civilización de la Europa moderna, hemos llegado a preferir, por encima del viraje tradicionalmente aceptado de principios del siglo XVI, el mucho más profundo y mucho más discreto de fines del XIII a mediados del XIV, en una palabra el viraje del *mundo pleno,* de la modificación de las estructuras familiares, luego de la transmisión de la experiencia, hecho fundamental que domina en profundidad todo sistema de civilización. A la luz de estas observaciones, parece deseable recuperar todo lo que es cuantificable al remontarse en el tiempo más allá del siglo XIX brasileño.

Este ir más allá de la independencia, propio de las conquistas seriales, debe pagarse, nadie lo ignora, con una mengua de la precisión. Mas esta pérdida no puede en ningún caso desalentar los esfuerzos. En un iluminador informe[10] presentado aquí mismo, Mircea Buescu, a pesar de un título de alcances limitados, no titubeó en incorporar a su cuadro un cálculo del peso global del Brasil de los orígenes.

Esta menor precisión, precio inevitable de una ampliación de lo cuantitativo a lo serial y de un retroceso en el tiempo, se impone si seguimos las corrientes que se afirman desde hace cuatro o cinco años en la historiografía del crecimiento.

Se han podido oponer, con razón, dos polos en historia económica. Por una parte, una escuela británica, admirable en los modelos, que no cesa de perfeccionarse en el paso de la sociedad tradicional a la sociedad industrial y, más particularmente, en el arte de desmontar y volver a montar los mecanismos complejos del primer *take off* de mediados del XVIII hasta la primera mitad del XIX. Por regla general,

[10] "Para una cuantificación global de la economía brasileña desde la época colonial", en *L'Histoire quantitative du Brésil de 1800 à 1930,* Ed. CNRS, *Colloques Internationaux,* nº 543, 1973, pp. 109-121.

los historiadores economistas de lengua inglesa[11] son estrictamente economistas y siguen o preceden las exigencias de la *new economic history*; se esfuerzan en calcular con precisión todos los componentes económicos de un crecimiento y, *a fortiori*, de un arranque. Frente a este polo, se puede hablar de una corriente predominante dentro de la historiografía de lengua francesa. Digamos, con Emmanuel Le Roy Ladurie, quien, por ser menos economista en el sentido técnico de la palabra, ha rechazado las tentaciones de la econometría regresiva y preferido los senderos más amplios, más prometedores, pienso, pero también más vastos y menos precisos, de la antropología cultural. Debemos a Le Roy Ladurie y a lo que llamaré, para decirlo rápido, la nueva generación de los *Annales*, una renovación de los estudios del siglo XVIII y la iniciación de muy largas series regresivas que, desafiando los cortes convencionales, parten de mediados del siglo XIX, remontan el siglo XVIII y una parte del XVII, excepcionalmente hasta el XVI, ocasionalmente mucho más allá, hasta los XV-XIV para los estrechos sectores, desafortunadamente excepcionales, donde el material lo permite. Dentro de esta perspectiva, lo económico no podría aislarse de lo social en el sentido más amplio, es decir, en verdad, de lo esencial, que es, en el tercer grado de los historiadores marxistas, en el tercer grado que equivale a decir en el orden de lo esencial, lo más importante: lo mental, lo afectivo. En última instancia, es el cerebro de los hombres, su contenido, sus posibilidades, su programación desde la infancia por un sistema de civilización que es, en primer término, un sistema de educación: lo más importante. Lo económico no se aísla.

Se han podido oponer las dos concepciones. La oposición es menos simple ahora que ayer. El *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure*[12] realiza cada vez más una feliz síntesis entre estas dos corrientes de la historiografía económica: econometría regresiva por una parte, antropología cultural histórica por otra.

[11] Remitirse a las penetrantes observaciones de F. Crouzet, "The Economic History of Modern Europe", *Journal of Economic History* 31 (1), pp. 135-152. Véase, entre otros, R. H. Hartwell, "The causes of Industrial Revolution. An essay of Methodology", *Economic History Review* 28 (1), 1965, incluido en la excelente colección de los *Debates in Economic History* de P. Mathias. R. M. Hartwell, *The Causes of Industrial Revolution in England*, Londres, Methuen, 1a. ed., 1967, 3a. ed., 1970, X-177 pp.

[12] En el cual colaboran muchos historiadores y demógrafos de gran talento, encabezados por P. Laslett y E. A. Wrigley. Cercano a algunas de las concepciones del grupo de Cambridge, *Past and Present*, en Oxford.

E. A. Wrigley y el grupo de Cambridge trabajan, al parecer, en la construcción de un modelo mucho más amplio del crecimiento económico.

Y es un poco inspirándome en los pasos de los historiadores ingleses que me inclino por defender, incluso en el caso de Brasil, la causa de una problemática que se esfuerza por disociar modernización e industrialización. Esta preocupación recuperará, espero, las conclusiones de Denis Clair Lambert.[13] Para el historiador de un antes muy viejo, el encuentro con Denis Lambert, cuya cultura histórica y la preocupación por lo humano felizmente siempre han impresionado a los historiadores, es singularmente enriquecedor. ¿No constituye el Brasil de los últimos cincuenta años una nueva advertencia contra los simplismos que tienden, aquí y allá, a confundir crecimiento y desarrollo[14] (modernización e industrialización)? Con un enorme sector tradicional, que pierde velocidad relativa pero que gana en aumento absoluto, Brasil logra yuxtaponer, al precio de pesados sacrificios, una economía dualista fuertemente desarticulada y un crecimiento "japonés" (más que japonés) del producto neto. Este crecimiento —y es una diferencia importante con Japón— es por cierto absorbido en cincuenta por ciento por la inversión demográfica, una inversión demográfica esencial para obtener una mejor relación del hombre con el espacio. Brasil, que alcanza un crecimiento muy sostenido, todavía muy oscilante (arcaísmo de un crecimiento próximo a su arranque) aboga en el umbral de nuestro decenio por una amplia autonomía entre los factores industrialización-modernización.

Antes de ver de qué manera el modelo es susceptible de aclarar la historia serial del siglo XVIII brasileño, regresemos a los siglos que preceden a la Revolución industrial en Europa. La industrialización masiva, léase la modificación de las relaciones sectoriales de la economía, no precede ni domina en el modelo histórico privilegiado de la Europa occidental, Inglaterra, Países Bajos, Provincias Unidas, Francia, Alemania occidental, las grandes transformaciones de los grupos de sociabilidad, del pensamiento, de la sensibilidad; son estas trans-

[13] ¿El grado de dualismo de la economía brasileña se ha atenuado en medio siglo? 1920-1970. Ver también dos notables estudios de D. C. Lambert: "Niveaux de développement et degrés de participation (Amérique latine)", *Cahiers Vilfredo Pareto* 24, 1971, pp. 43-88, y sobre todo un trabajo iluminador de D. C. Lambert y J. M. Martin, *L'Amérique latine. Economies et sociétés, París,* A. Colin, col. U, 1971, 411 páginas.

[14] P. Chaunu, "Croissance et développement", *Revue historique* 496, oct.-dic. de 1970, pp. 357-374.

formaciones, las ganancias de productividad, las modificaciones cualitativas que implican, las que permiten el enganche del *processus* de la Revolución industrial. Si no se puede concebir una industrialización masiva sin una profunda transformación de la sociedad tradicional (me ubico dentro del marco de la cristiandad latina), se puede, si acaso, concebir un proceso de modernización que no desemboque necesariamente, al menos inmediatamente, en la Revolución industrial. Por otra parte, históricamente, es sin temor a equivocarse el caso de Holanda. En el siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII, Holanda –por delante incluso de Inglaterra en el proceso endógeno de transformación de la sociedad, del pensamiento; por delante incluso de Inglaterra en cuanto al nivel y a la evolución del producto neto– constituye el ejemplo perfecto de la disociación modernización-industrialización. Parece realmente que Adam Smith había tenido muy presente en su pensamiento, por lo menos tanto como Inglaterra, Irlanda y Escocia, el caso de Holanda. Con la reserva, evidentemente, de que una modernización sin revolución industrial puede sostener por un tiempo una curva fuertemente ascendente, pero asintótica. Lo exponencial, actualmente cuestionado por la defensa del medio ambiente, del medio natural, de los equilibrios biológicos y de la calidad de vida, lo exponencial, en el caos de una época todavía dominante, está ligado, desde luego, a la superposición, modernización e industrialización realizadas por vez primera por la maravillosa y ejemplar Inglaterra de fines del tiempo de las Luces.

El siglo XVIII europeo nos ha puesto pues sobre aviso contra la trampa de reducir abusivamente la historia económica, igualándola con el proceso de la industrialización. El siglo XIX no nos dará la suma de las condiciones previas al arranque que acaba de efectuarse ante nuestros ojos, en Brasil. Hay que remontarse más atrás. El ejemplo de los primeros modelos de la Revolución industrial nos invita a interrogar al siglo XVIII en Brasil.

2

La teoría de los "ciclos" es cómoda. Me limito a evocarla. Aportó todo lo que era susceptible de aportarse. Se puede considerar que está, en adelante, integrada. Dejaré pues de lado el tradicional encadenamiento anterior y posterior al "ciclo del oro".

¿Actualmente es necesario aguardar más, al parecer, otros rumbos de investigación? Recordaré, siguiendo un orden, tres entre otros: la relación con el espacio; los sistemas de comunicación; el análisis (cuan-

tificativo) de los sistemas culturales, sus encadenamientos, los modos de adquisición y de transmisión.

La relación con el espacio. Evidentemente, no hay nada completamente nuevo. Sin embargo, el tema está lejos de haber sido agotado.

Primeramente, todavía nos faltan elementos. Una experiencia reciente —que me llevó a comenzar un gran atlas histórico[15] dentro del modesto marco de los 32 mil km² de una vieja provincia francesa, a decir verdad tan poblada en el siglo XII como Brasil hacia 1750— me obliga a pensar que aún hoy casi todo está por hacerse en Francia, en cuanto a una cartografía histórica minuciosa, científicamente irreprochable, de la ocupación del suelo. Desde luego, actualmente se puede responder un poco mejor que en la época en que Otto Quelle[16] dibujó a grandes rasgos el crecimiento territorial de Brasil, me refiero no al de las pretensiones y de los tratados —que se encuentra al alcance de todos— sino al de los diferentes niveles de la ocupación efectiva del suelo. Esta ocupación progresa en Brasil, en el siglo XVIII, a veces por saltos, esparciendo núcleos de población muy difíciles de seguir sobre el mapa; en otras ocasiones, detrás de una frontera, un frente pionero comparable al que Pierre Monbeig estudió con tanta fortuna en el Sao Paulo del siglo XX. Sigo en líneas muy generales —¿tal vez estoy insuficientemente informado?— los progresos de los diferentes tipos de asentamiento en toda la continuidad de una historia extendida en el espacio pero condensada en el tiempo. Se trata de un campo fructífero que hay que impulsar, sobre todo si se pretende llegar al nivel de exigencia alcanzado por la escuela histórica alemana o la escuela norteamericana en este tipo de investigaciones.

Ahora bien, esto es extremadamente importante: el crecimiento del producto bruto o neto casi no tiene sentido en un espacio móvil, dilatable ciertamente pero también susceptible de contraerse. Todo crecimiento debe poder presentar cifras globales pero relacionadas, asimismo, con la unidad humana, el *per capita,* y con unidades territoriales constantes o en espacio constante. Seguimos —de un modo demasiado elemental, en verdad, pero en sus grandes líneas— no diría yo el crecimiento sino las tendencias de la población brasileña; todavía tenemos

[15] *Atlas historique de Normandie.* Un tomo I, publicado en Caen, en 1967, por P. Gouhier, A. y J. M. Vallez, precisa los límites de las cuatro mil doscientas comunidades de habitantes, antes de las reducciones del siglo XIX. Caen, 1967, 100 pp. El tomo II aparecería en 1972.

[16] *Geschichte Amerikas ausser Kanada* por Fr. Schönemann y O. Quelle, t. XV de la *Grosse Weltgeschichte,* publicado en 1942 en Leipzig, 312 + 288 pp., grab.

mucho que aprender de los diferentes tipos de ocupación del suelo. Me alegro de ello y temería si ocurriera lo contrario.

Para la población de Brasil, de buena gana doy por válidas las razonables cifras de Mircea Buescu: 100 mil almas hacia 1600, 170 mil hacia 1650, 350 mil hacia 1700, 1 500 000 hacia 1750, 3 300 000 hacia 1800. Pero me haría falta un mapa, siquiera aproximativo, a escala logarítmica, de esa población en las diversas etapas de su relación con el suelo. Me gustaría que se pudieran distinguir los diferentes sistemas de ocupación del suelo. Es interesante saber que la población de Brasil se decuplicó en el siglo XVIII. En ciertos sectores de Ucrania y en varios cantones de Hungría, se encuentran tasas de crecimiento comparables en el siglo XVIII; por razones análogas ("frontera" en vías de asentamiento y avance de un frente pionero), se observan en las colonias inglesas de América tasas de crecimiento demográfico superiores.

Por el ritmo y las modalidades de su crecimiento demográfico, Brasil en el siglo XVIII se clasifica, casi por completo, dentro de las fronteras de población abiertas hacia los flancos de Europa en el siglo XVIII. Con sus inmigrantes libres y semiobligados de Europa y sus inmigrantes forzados de África, Brasil hace pensar en la América anglosajona (el sur sobre todo) y, en una medida apenas un poco menor, en los territorios recientemente abiertos a través de las grandes estepas al sur de la Rusia forestal de la *taiga* siberiana. Mas aquí se detiene la comparación. Si comprendo bien el razonamiento y los cálculos de nuestro colega Mircea Buescu, la renta *per capita* sigue en Brasil una evolución única, puesto que se desploma de 1600 a 1800, en una proporción apenas creíble[17] de más de 10 a 1. Admitamos que hayamos sido víctimas, al principio, de la ilusión de las pequeñas cifras; carguémosle la responsabilidad a la heterogeneidad de series necesariamente constituidas de manera muy sumaria (el cálculo global del peso está siempre sujeto a duda y estamos aquí en el nivel de lo cuantitativo, no de lo serial, sino del más sumario cálculo global del peso), el reflujo es demasiado nítido para no ser creíble. Por otra parte, el pequeñísimo Brasil de fines del siglo XVI no es económicamente poca cosa. Al dedicarme yo mismo, el año pasado,[18] a un cálculo global del peso, necesariamente más elemental y más frágil aún que el que condujera notablemente nuestro colega Mircea Buescu, llegué a resultados que van en el mismo sentido de una alta estimación relativa de Brasil hacia 1600.

[17] £30,0,0 (1600) a 24,8,0 (1650); 11,8,0 (1700); 4,16,0 (1780); 2,14,0 (1800).
[18] *Cf.* capítulo VI, *supra*, nota 9.

> Brasil —una cosa implica a la otra— significa en valor agregado,[19] una *décima* parte del peso total de los nuevos mundos, cuando la economía dominante llega a su cúspide hacia el final del siglo XVI [. . .] El valor agregado[20] de todas las Indias y de todas las Américas se calcula entre 1 y 2 por ciento, en relación con el conjunto de la economía europea [. . .] Esto reduce el azúcar de Brasil a una modesta proporción: 0.1 por ciento (con respecto al conjunto del producto de la economía europea).[21] ¿Pero es esto desdeñable?

Como quiera que sea, el Brasil del siglo XVIII plantea un enorme problema. El de un impresionante crecimiento territorial demográfico (a medio camino en América entre la América española de tasas más opacas y la América anglosajona de tasas más brillantes) pero que no se acompaña de un crecimiento *per capita* sino de un importante reflujo.

Si no nos hemos equivocado en las evaluaciones cifradas, estamos en presencia de un caso del cual no conozco ningún equivalente en el siglo XVIII, donde el crecimiento empezó casi en todas partes. Sin paralelo, al menos, en esta escala. Evidentemente, existen en Europa micro-ejemplos. Se ha evocado Irlanda o Veluwe. Respecto a Irlanda, hasta se ha creado la expresión de involución. Se comprende que a pesar de las hazañas del ciclo del oro, que culmina desde la primera mitad del siglo XVIII y termina hacia 1770, este siglo deja al XIX, en Brasil, una herencia mediocre. ¿Hay que hablar de involución, como se ha hecho para Irlanda, o de espacio cerrado? ¿Cómo explicar este fracaso relativo?

En el estado actual de la información elaborada, quizás sea posible arriesgar algunas hipótesis muy provisorias. Brasil es una "frontera abierta", lo contrario de un espacio cerrado. Estamos demasiado acostumbrados a considerar esta estructura como una ventaja.

Nos podemos preguntar, sin embargo, en qué medida la apertura no constituyó el más pernicioso obstáculo para el paso de lo que puede llamarse crecimiento horizontal o crecimiento falso, al crecimiento vertical, cualitativo, que implica una mejora de los rendimientos, un incremento de rendimiento por cabeza, de los medios, si no necesariamente una mejora, difícil de alcanzar, de la calidad de la vida.

Propongo pues que nos esforcemos en calcular el costo de una frontera muy, o quizás excesivamente abierta. En un ensayo ya viejo,[22] me

[19] Coloquio, CNRS, *Histoire quantitative du Brésil*, 1972, p. 479.
[20] *Ibid.*, p. 480.
[21] *Ibid.*, p. 481.
[22] P. Chaunu, *L'Amérique et les Amériques*, París, A. Colin, 1964, 471 pp.

había sentido inclinado a ubicar al Brasil del siglo XVIII en una posición intermedia entre la América de la *conquista* y la América de la "frontera". Para que una verdadera frontera de población se constituyera en Brasil, faltó quizás al comienzo una sólida cortina natural y una población hostil suficientemente peligrosa para combatirla. Hicieron falta además muchos otros factores, entre otros un medio cultural colonial favorable. La cercanía relativa de África y las facilidades de la esclavitud africana pesaron muchísimo. Por ahora, a falta de una masa suficiente de series cifradas controladas, no podemos formular nada mejor que hipótesis. Me inclino a creer que el fracaso cualitativo del Brasil colonial en el siglo XVIII resulta no del crecimiento demográfico, comparable en suma al de los otros territorios fronteras de asentamiento europeo, sino a una ocupación excesiva de espacio. Se ha visto, de 1950 a 1970, el notable crecimiento del producto neto brasileño, uno de los más rápidos del mundo, en parte absorbido por esa inversión para el futuro: la explosión demográfica, digamos mejor una genial invención de hombres para el porvenir, con la intención de mejorar la relación del hombre y del espacio en un Brasil subpoblado. En el caso del Brasil del siglo XVIII, desearía recurrir a un esquema análogo: el crecimiento del producto neto, absorbido por la inversión a largo plazo de una apresurada, costosa y entorpecedora apropiación del espacio. El Brasil del siglo XVIII ve bloqueado su crecimiento por una indigestión de espacio. Tal indigestión de espacio resultaba perjudicial para la calidad del hombre. El conjunto de transformaciones, el proceso de mutaciones que los historiadores economistas llaman corrientemente la modernización —los procesos acumulativos de modernización que E. A. Wrigley distingue claramente de la industrialización— surgió de la cristiandad latina, en el punto de unión de los siglos XIII-XIV, en el horizonte de lo que se ha convenido en llamar el *mundo* pleno.[23] El crecimiento vertical, el verdadero crecimiento, el crecimiento cualitativo es por entero una respuesta a un desafío; supone también una densidad comunicativa que implica una densidad mínima de población. El medio cultural portugués que se asienta y difunde en el Brasil colonial en el siglo XVIII no es un medio cultural europeo particularmente receptivo al proceso de modernización; pero además, la tentación del espacio propicia, en relación con el nivel relativamente mediocre de los recién llegados, una generalización de los fenómenos de involución.

[23] Me esfuerzo por establecerlo en un conjunto de investigaciones que realizo actualmente.

De todas maneras, esta hipótesis no podría ser defendida más que al precio de un esfuerzo estadístico que tal vez se revelará impracticable.

Un espacio continental excesivamente abierto. Será necesario volverse luego hacia el Océano. Sin duda, en el siglo XVIII, Brasil está, como la economía portuguesa, excesivamente abierto a una competencia demasiado severa para constituir un desafío constructivo.

En el siglo XVIII, ya sea directa o indirectamente, está comunicado, sin protección eficaz, con la economía inglesa, la más poderosa de la época. Su situación se parece menos a la de las colonias inglesas de América que a la de Irlanda, comparable en muchos puntos.

En líneas generales, la parte del comercio británico en el conjunto Portugal-Brasil se eleva a comienzos del último cuarto del siglo XVIII a la mitad de la masa global de los intercambios. Todos los informes consulares lo establecen claramente. Para los años 1772, 1773, 1774, por ejemplo, una memoria anónima sólidamente documentada[24] señala bien, entre numerosas piezas análogas, la dependencia del Atlántico portugués con respecto a lo que constituye ahora el polo de desarrollo de una economía dominante. Habida cuenta de los desniveles, no podría haber aquí arrastre –es el caso del pacto colonial de la economía inglesa con la economía de las trece colonias del Atlántico del Norte, antes de la Independencia, a pesar de sus exageradísimas trabas–, no arrastre sino drenaje, de la misma manera que ocurre, a pesar de la distancia, *mutatis mutandis*, entre Inglaterra e Irlanda. En líneas generales pues, de 47,7 millones de libras para Portugal, 23,3 serán para Inglaterra [48 por ciento].[25]

Ya sea directamente (contrabando), ya sea indirectamente, el comercio exterior de Brasil, en el puente entre el tercer y el último cuarto del siglo XVIII, es un comercio orientado hacia Inglaterra, vale decir hacia el polo de crecimiento de la economía atlántica, en una estrecha relación de dependencia. El informe anónimo de 1775[26] reparte así las exportaciones portuguesas dirigidas a sus colonias: 16.3 millones para las reexportaciones, 17.1 para las exportaciones; los dos tercios de tales reexportaciones son reexportaciones de Inglaterra.[27] Más del 85 por ciento de los intercambios de las colonias, prácticamente, correspon-

[24] A. E. París, Mémoires et Documents du Portugal, 10, fº 217 *sq*. Quiero dar las gracias a la Sra. Pardailhé-Galabrun, quien me dio a conocer este documento.

[25] *Ibid.*, fº 223, vº. Recapitulación de las importaciones extranjeras. (Ver cuadro p. 157.)

[26] *Ibid.*, fº 225, vº

[27] *Ibid.*, fº 226 vº (Ver cuadro p. 158.)

de al Brasil;[28] las Indias orientales han caído a casi nada, en un imperio portugués estrechamente atlántico. El documento de 1775 evalúa en 4 500 000 (de un total mundial de 42 millones) el monto de las exportaciones de las colonias portuguesas para el período 1772, 1773, 1774. En efecto, el "comercio[29] de las Indias orientales, que fuera otrora tan brillante en Portugal, no ocupa ahora ya casi más que tres naves en dos años, que van a Macao después de haber alcanzado Mozambique, hacen escala en Angola y traen a Lisboa mucha porcelana, té".

El informe anónimo de 1775 señala claramente los lazos de dependencia que no escaparon, evidentemente, a sus contemporáneos, en conjunto lúcidos e informados, de los servicios consulares: "Portugal no consume todos los productos y las mercancías que recibe del extranjero; le sirven para hacer su comercio con el Brasil y las otras colonias, a donde envía también una parte de los productos de su invención."[30] Y un poco más adelante, a propósito de las importaciones provenientes de Brasil y de las colonias de Portugal:[31] "Las materias más preciosas que producen las colonias portuguesas no son el fundamento más sólido de la riqueza de este Estado."

Estas cuantas frases y estas cuantas cifras ilustran una verdad perfectamente establecida y que se las arregla bien, en verdad, sin este inútil refuerzo. La estrecha dependencia del espacio económico lusitano-brasileño, a medida que descendemos en el curso del siglo XVIII, reforzada sin cesar con respecto al polo de dominación británico, constituye un aspecto no desdeñable, y sin ninguna duda negativo, del legado que el siglo XVIII hace al XX. La independencia política, a este respecto, no cambia nada; consagra lo adquirido y refuerza el curso a partir de entonces tradicional de las cosas. El excelente estudio de M. Jurgen Schneider[32] lo muestra claramente con un cuerpo estadístico de una solidez irreprochable.

En el siglo XVIII, Brasil sufrió una doble y excesiva apertura que impidió la constitución de los refugios protectores indispensables para

[28] *Ibid.*, fº 239, vº.
[29] *Ibid.*, fº 228, vº.
[30] *Ibid.*, fº 224.
[31] *Ibid.*, fº 227.
[32] J. Schneider, *Le commerce de la France avec le Brésil en considérant spécialement la place du commerce français sur les divers marchés du Brésil entre 1815 et 1848* (Essai d'une analyse de la structure économique). Coloquio, CNRS, *Histoire quantitative du Brésil, op. cit.*

la acumulación de las condiciones necesarias para el despegue: desviar la atención continental y exponerse menos desventajosamente al drenaje orientado hacia el polo de la economía dominante. La dependencia oceánica con respecto al triángulo noroccidental europeo de la revolución industrial, añade sus efectos a una demasiado rápida dispersión de la población a lo largo de un espacio peligrosamente abierto.

Una población insuficiente. La mayor desventaja del Brasil del siglo XVIII me parece, *a priori*, resultado de su imposibilidad, a pesar de la decuplicación secular no significativa (de 350 mil a 3 300 000) de la población global, para formar un núcleo denso de población. Las consecuencias de este subpoblamiento son graves para la calidad de la inversión que domina todas las otras: la inversión en el hombre; en una palabra, la educación. La orientación actual de las investigaciones sobre el siglo XVIII lo demuestra: la condición fundamental del arranque se sitúa en el plano de la alfabetización, de lo que me gustaría llamar[33] la programación masiva de los cerebros mediante la adquisición, desde la edad de seis a siete años, de las técnicas intelectuales de la escritura, de la lectura y del cálculo elemental. Véase Escocia, véase Inglaterra, véase Francia al norte del Loira, véase Prusia. Lo que cuenta, de hecho, es la constitución de una categoría de artesanos "inteligentes con sus manos" y que ya franquearon el umbral verdaderamente significativo de la lectura autónoma. El medio ginebrino donde nació Rousseau, traspuso este umbral desde fines del siglo XVII; toda Escocia, desde 1770-1780; Escocia, ese semillero incomparable de ingenieros y de inventores de máquinas. He intentado demostrar que una de las condiciones absolutamente esenciales de esta cerebralización estaba ligada al retraso de la edad del matrimonio, proceso que se desarrolla dentro de los sectores más densos de población, en un área aproximada de un millón de km^2 en Inglaterra, Francia, Países Bajos, la Alemania renana, la Europa alpina, la Italia toscana. El retraso de la edad del matrimonio, respuesta al desafío del mundo pleno a comienzos del siglo XIV, es indisociable de la disgregación de la familia basada en el linaje y del triunfo progresivo del *nucleus* matrimonial, todas ellas modificaciones estructurales que permiten, según un modelo que he estudiado con profundidad,[34] la inversión en la educación.

Portugal se sitúa, en el siglo XVIII, dentro de una franja relativamente

[33] P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières,* París, Arthaud, 1971, 670 pp. + 200 pp. anexadas.

[34] *Ibid.*, cap. "La dimension de l'homme".

protegida, y por lo tanto arcaica, en relación con ese proceso que domina en profundidad y que E. A. Wrigley llama la modernización. La esclavitud y sobre todo la muy escasa densidad de población crean un medio menos favorable para la transmisión masiva de la experiencia mediante la escritura, que es la condición *sine qua non* del proceso de modernización.

Dicho de otra manera, en el plano cultural, el medio social brasileño del siglo XVIII, a pesar de algunos buenos resultados urbanos, estrechamente limitados y tardíos, es propicio para la generalización del proceso de involución cultural. Así como el destino de la parte mutante, en la época de lo que llamamos todavía la revolución industrial, en el siglo XIX, se decidió en el XVIII, pienso que el fracaso relativo de Brasil en el siglo XIX —fracaso que la magnífica recuperación comenzada hacia 1950 está aboliendo— hunde sus raíces en el siglo XVIII. Y no es en el plano de la formación del capital estrictamente hablando en donde deben buscarse, sino en el plano de las estructuras familiares (por lo tanto, de la demografía serial), de los niveles de la cultura y del contenido de la cultura; en una palabra, preconizo un estudio serial del fenómeno educación que rige, en profundidad, el desarrollo económico. Las investigaciones que se basan en el material de base demográfico y cultural son eminentemente seriales. No pueden pretender más que a un cuantitativo aproximativo; por eso preferí desde el principio el adjetivo "serial", más restrictivo en apariencia pero secretamente más ambicioso, a su casi sinónimo "cuantitativo".

Estas modestísimas reflexiones no aportan más que un deseo, un voto que no me corresponde realizar. La cuantificación no debe detenerse en los sectores naturalmente más fáciles de medir.

Recapitulación de las importaciones extranjeras

	Libras tornesas
Comestibles	8 907 450
Materias empleadas principalmente en la navegación	2 090 000
Telas	5 870 000
Sederías	9)900 000
Tejidos de lana	16 675 000
Pieles curtidas	1 190 000
Ferretería	780 000
Papel	260 000

Recapitulación de las importaciones extranjeras
(Continuación)

	Libras tornesas
Carbón de piedra	312 000
Nitrato y pólvora	1 000 000
Cobre	400 000
Acero	200 000
Lino	200 000
TOTAL	*47 784 450*

Francia	5 040 000
España	2 400 000
Inglaterra	23 313 200
Italia	7 826 250
Alemania y ciudades del Norte	5 900 000
Suecia	1 260 000
Dinamarca	500 000
Holanda	1 545 000
TOTAL	*47 784 450*

Recapitulación de las exportaciones de Portugal en sus colonias

	Productos y mercancías extranjeros		*Portugueses*
Tejidos de lana	9 942 000		1 000 000
Sederías	2 246 000		7 000 000
Telas	3 541 000		1 500 000
Ferretería burda	550 000		3 000 000
Pieles	27 000		
		16 306 000	
Sombreros			800 000
Vinos			2 250 000
Sal			750 000
Aceite			300 000
Tabaco			500 000
		17 100 000	
TOTAL		*33 406 000*	

Recapitulación de las exportaciones de Portugal en sus colonias
(Continuación)

España	460 000
Francia	1 186 000
Inglaterra	9 600 000
Italia	1 300 000
Norte	3 685 000
Holanda	75 000
	16 306 000
Portugal	17 100 000
	33 406 000

Tercera Parte
LA HISTORIA ECONÓMICA ESTÁ EN EL CENTRO

Sí, en el centro de la gran mutación metodológica de nuestra disciplina, está realmente la historia económica de la modernidad a la francesa *(Early Modernity* británica), en una palabra, lo protoestadístico y lo preestadístico europeo occidental.

Planteo francamente la idea en el Coloquio de Pamplona, en mayo de 1972 (cap. 9); la trato con amplitud en un artículo (cap. 10) publicado en Francia y en Rumania simultáneamente, "La historia serial. Balance y perspectiva", redactado en 1969; "La historia económica. Superación y perspectiva" (cap. 11), publicado en varias lenguas, se esfuerza por seguir el encadenamiento que hace derivar del modelo económico las nuevas exploraciones de todo lo que está fuera de la economía, y que, por lo tanto, yo estaría tentado de llamar lo esencial. Este encadenamiento es precisado en "Coyuntura, estructuras, sistemas de civilización", en torno a la obra del otro gran maestro de esta revolución metodológica, Ernest Labrousse.

IX. ¿SE DEBE PREFERIR UNA FORMA DE LA HISTORIA?*

ESTA breve ponencia intenta responder a una pregunta planteada: ¿se debe preferir una forma de la historia? Entiendo claramente que no se trata de una pregunta que yo me haya planteado a mí mismo por las necesidades del discurso, sino de una interrogante que en realidad me formularon dos colegas,[1] sobre quienes recae una pesada responsabilidad en la organización de este coloquio. Antes que nada, quiero expresarles mi gratitud. Es una pregunta simple y, por lo tanto, peligrosa, cargada de sentido, tal vez de trampa, y que va a lo esencial. Una cuestión tanto más peligrosa cuanto que no estamos sólo entre historiadores y que los historiadores no resisten siempre fácilmente a la tentación de jugar a hacerse los filósofos. En un artículo ya viejo,[2] yo señalaba el peligro de la fascinación epistemológica.[3] Regla olvidada en el momento mismo en que se postula. No del todo, creo, pues yo me esforzaría, en efecto, por no responder como lo haría un experto en lógica del conocimiento, de este conocimiento histórico en el cual sabemos muy bien lo que queremos colocar y en el que fracasan nuestros intentos de formalización. El último intento que se ha hecho en lengua francesa, por brillante que sea, no me ha convencido mucho.[4] Estas discusiones, de todas maneras, no conducen a nada bueno. Intentaré dar una respuesta de práctico, más preocupada por

* Contribución al Coloquio de Pamplona, mayo de 1972, publicada en *El método histórico: conversaciones internacionales sobre historia*, Pamplona, EUNSA, Ediciones Universidad de Navarra, 1974, pp. 35-57. Reproducido con la amable autorización del editor.

[1] H. Cavanna y R. Pillorget.

[2] Capítulo I, *supra*.

[3] *Ibid.*, "La epistemología es una tentación que debe rechazarse resueltamente. ¿La experiencia de estos últimos años no parece probar que pueda ser una solución cómoda entre quienes van a extraviarse gustosamente en ella —una o dos brillantes excepciones no hacen sino conformar la regla—, signo de una búsqueda que se estanca y se esteriliza? A lo sumo, es oportuno que algunos guías se consagren a ella ... a fin de preservar mejor a los robustos artesanos de un conocimiento en construcción —el único título al que aspiramos— de las tentaciones peligrosas de esta mórbida Capua. ¿Regla que se olvida desde el momento mismo en que es planteada?"

[4] P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistemologie*, París, Seuil, Univers historique, 1971, 350 pp. y a este respecto, el muy brillante artículo de Raymond Aron, "Comment l'historien écrit l'épistemologie: A propos du livre de Paul Veyne", *Annales ESC* 6, 1971, pp. 1319-1354.

poner de manifiesto lo que hacen los historiadores, por decir lo que intento hacer, mal que bien, más mal que bien, que por desmontar los resortes ocultos de nuestra disciplina. Dejo este cuidado a otros más hábiles y más competentes.

1

¿Hay que privilegiar una forma de la historia? Probemos, un instante, lo que resultaría de una respuesta *a priori*, para evitarnos los lamentos.

Tomemos primero las palabras sin discutirlas. ¿Privilegiar una forma de la historia no es colocarse en contra del anhelo, a menudo formulado desde hace treinta años y más, de una historia total? Pero historia total no significa una forma de la historia que ambicione comprender, sin exclusiones, todas las actividades humanas. Ahora bien, la historia total tomada al pie de la letra es, muy evidentemente, un contrasentido. Constituye un deseo, indica una dirección; un deseo formulado y una dirección indicada en las estructuras de la investigación histórica, tal como ella se presentaba hace treinta o cuarenta años, cuando —dejemos a los antepasados del siglo XIX—[5] el voto a favor de una historia global revelaba simplemente una reacción contra una historia juzgada demasiado exclusivamente atenta a la política y al Estado.

Pero no puede haber ahí historia total. Todo conocimiento comporta, necesariamente, una selección, una elección racional. Una historia, incluso si es total, supone por lo tanto jerarquización, subordinación y, más todavía, eliminación, más allá de lo que el azar ha podido hacer, en la eliminación de los testimonios de la actividad de las generaciones que nos han precedido.

Entonces interroguemos a las palabras. Una forma de la historia. Es, evidentemente, afirmar la diversidad, la heterogeneidad de lo que tal vez no sea más que un falso conjunto. Desde luego, la historia, esa

[5] En Francia, desde luego, Jules Michelet, quien goza actualmente de una renovación del interés por sus obras, gracias a la gran edición de Paul Viallanex: véase *La voie royale. L'essai sur l'idée de peuple dans l'oeuvre de Michelet*, París, Flammarion, nueva edición, 1971, 546 pp., y la edición de las obras completas, prevista en 20 volúmenes, 6 aparecidos hasta la fecha. Véase el interés suscitado por este gran libro que reaparece hoy; el tema resurge gracias a J. C. Bavoja, R. Mandrou y muchos otros, J. Le Goff, E. Le Roy Ladurie, K. Thomas, Mac Ferlane, Chadwick Hansen, nosotros mismos; *cf. La sorcière* de Michelet, y A. Besançon, "Le premier livre de la sorcière", *Annales ESC* 1, 1971, pp. 186-204.

palabra tan vieja como el hombre en sociedad —pues tiene por lo menos veinticuatro siglos—, esa palabra nueva en las acepciones cada vez más precisas que nosotros le damos, cubre una infinidad de recorridos intelectuales.

La historia se presenta, en primer lugar, bajo dos aspectos: el establecimiento del dato, antaño se decía del hecho; la autentificación y la interpretación de lo que venía del pasado, ofrece testimonio del pasado y, naturalmente, alienta la lectura crítica del texto. Bajo este primer ángulo, la historia conserva una cierta homogeneidad. La parte del texto sigue siendo primordial. Se puede afirmar, sin temor a ser desmentido por el futuro, que, a pesar del refuerzo de las ciencias exactas, desde el carbono 14 hasta las anomalías de los campos magnéticos, desde la dendrocronología hasta los análisis fisicoquímicos del objeto, de comenzar por el libro mismo, del que se puede medir así, indirectamente, la tirada, la historia seguirá siendo siempre, en lo esencial, tributaria de lo escrito, y que lo esencial de lo que podemos esperar ganar resulta de una mejor lectura, de un tratamiento elaborado del dato primitivo que es una observación, una medida, un cálculo elemental efectuado por un testigo cuyo testimonio ha llegado hasta nosotros gracias a la escritura. ¿Hay que privilegiar una forma de la historia? ¿Una lectura del documento, una forma de aproximación del dato? En este nivel, la pregunta no tiene mayor sentido. Ya que en lo esencial, la lectura crítica del texto realizada por el humanismo italiano del siglo XV en la época de la escuela de Lorenzo Valla, perfeccionado a fines del siglo XVII por nuestros maestros los benedictinos (y en el más alto grado, los benedictinos de San Mauro), casi no ha progresado y casi no puede progresar.

Pero la historia se presenta en esta perspectiva de la organización de los datos, en primer lugar porque la actividad histórica está sometida, como todas las actividades, a la ley de los rendimientos decrecientes y a la elección del dato. Puede hablarse de elección del dato y organización del dato en un sistema de explicación, en función de lo que nosotros llamamos una problemática. Ahora bien, es en este plano que la historia vuela en pedazos. Es en este plano, sobre todo en este plano, en donde las formas de la historia se multiplican, donde hay que elegir y donde el triunfo de una implica casi necesariamente, sin que sea del todo posible, sin embargo, la eliminación o al menos el aplazamiento de otras formas de la historia.

Es evidente que existen correlaciones entre las formas de la historia y los sistemas de civilización, en el sentido más amplio, y las circunstancias históricas en el sentido más estrecho. Bastante evidente

como para que la historia, que ya está en contacto con el problema fundamental de la historia, renuncie al *a priori* y adopte un método decididamente histórico.

Tan lejos como nos remontemos en el tiempo, existe una forma de historia: la historia es, si se quiere, la memoria colectiva del grupo. La memoria del grupo trabaja por eliminación, como la memoria individual. Por ser colectiva, desemboca luego en un discurso que permite una recitación, una rememoración colectiva de lo esencial. Al principio, entonces, antes de la escritura, toma una forma rítmica, versificada, poética, como entre los maoríes al comienzo de los *Immémoriaux*,[6] entre los incas antes de Garcilaso, en el desierto entre los hebreos que recibieron una Palabra antes de que esa Palabra fuera confiada a la escritura. Esta antiquísima forma que se encuentra al comienzo de todas las civilizaciones conserva lo esencial. Es religiosa, indisociable de los modos de transmisión y del contenido total de la cultura. Entre los hebreos, la religión es indisociable de la historia del pueblo; el cristianismo, aún hoy, en su esencia, es historia: es la historia de lo que Dios ha hecho en el tiempo de los hombres, desde la Creación hasta la Encarnación y desde la Encarnación hasta la Parusía. El judeocristianismo es teología de la historia y afirma de ese modo su irreductible originalidad, puesto que él y sólo él elige, para situar lo esencial, el tiempo lineal de la historia, vectorial e irreversible, contra el tiempo circular de todas las religiones, de todos los sistemas de civilización y de todas las gnosis.

Pero la teología de la historia no conduce a la historia-conocimiento tal como nosotros la entendemos y la practicamos. Esa es la razón por la cual, cualesquiera que puedan ser nuestras afinidades espirituales, el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet no puede ser reivindicado entre nuestros antepasados de la misma manera que Herodoto o Tucídides. La laicización de la historia se produce en Grecia. Es uno de los innumerables aspectos del milagro de la Ciudad griega. Pero al mismo tiempo ella confiere a la historia una dirección que va a conservar, *mutatis mutandis*, hasta fines del siglo XIX. Esta antiquísima historia científica precoz, indiscutiblemente crítica, ya no es la historia indiferenciada de la cultura, ya no es la historia del pueblo: es la historia de la ciudad. La historia entra dentro de la historia, sin juego de palabras, con *la guerra del Peloponeso*. La estructura política de la Grecia antigua nos legó mucho tiempo después una historia

[6] V. Segalen, *Les immémoriaux*, París, Plon, 1956.

política de la ciudad y de las relaciones políticas entre las ciudades, una historia de batallas y diplomática gracias al genio de Tucídides. La historia política se coloca como una historia diplomática al lado de la historia santa, que por la herencia de la Iglesia y de la cristiandad, es la historia de la Salvación.

En el siglo XV, con Lorenzo Valla y el humanismo italiano, y de 1680 a 1700, dentro de la perspectiva de las Luces, los progresos conseguidos mediante la lectura crítica de los textos son fundamentales. Pero en cuanto al campo de la historia, en cuanto a sus finalidades, reconozcámoslo, no hay ruptura total. *El ensayo sobre las costumbres* de Voltaire (1756), primera historia cultural de la humanidad, gracias al material proporcionado por la erudición bollandista y benedictina de la Reforma católica principalmente, no tiene continuidad. El establecimiento y el crecimiento del Estado han absorbido todo. La filosofía hegeliana y su exaltación del Estado proporciona justificaciones suplementarias, en Alemania, a una forma de historia científica que no es más que una cronología mejorada del Estado. La historia progresa, pues, en el siglo XIX, merced al impulso político. En cuanto a Michelet, es verdad que a veces hace recordar el *Ensayo sobre las costumbres*, pero en el fondo Francia y el pueblo sólo son una pantalla. Michelet da la razón a Paul Veyne. Su historia sigue siendo la de la intriga. Aspira a desenredar la intriga, entiéndase la liberación del Pueblo, de un tema privilegiado, el que ha recibido la Francia, hecho la Revolución, que es Francia misma. Este sobrevuelo es insignificante. Para responder a la pregunta planteada hay que volverse evidentemente hacia la historia tal como es practicada por los historiadores de oficio, de verdad, pero sobre todo ubicarse resueltamente en el tiempo corto.

2

Una reflexión sobre la historia nos conduce casi inevitablemente a la perspectiva de los años 1929-1930, y el horizonte 1929-1930 nos remite, en caso necesario, a los años 1880-1890. La historia todavía viviente, la historia cuyas experiencias continúan nutriendo nuestra investigación es posterior a los años 1929-1933. Lo que es anterior tiene valor de documento. Así ocurre porque la historia y las ciencias humanas han cambiado verdaderamente en el horizonte que es también el de la gran crisis económica del siglo XX.

En 1929 existe ya una historia económica.[7] Es posible buscar sus lejanos orígenes hacia 1880-1890, a fines del siglo XIX. A fines del siglo XIX, casi en cualquier parte, gracias al impulso de las grandes acumulaciones de documentos, aparecen las primeras historias de los precios que son de hecho recolecciones de datos brutos. Véase Rogers en Inglaterra, Wiebe en Alemania, el vizconde d'Avenel en Francia.[8] Se podría alargar la lista. Una historia económica de los precios, con intenciones cuantitativas, aparece de una manera implícita en toda la Europa industrial y en los Estados Unidos a fines del siglo XIX. Las explicaciones no faltan. La comunidad (prematura) del Atlántico Norte ha entrado —desde hace poco más de un siglo aquí, una cincuentena de años en todas partes— en la era del crecimiento,[9] el crecimiento que es desde fines del siglo XVIII la nueva dimensión de las sociedades industriales que marca el pensamiento y la vida; que es dato estructural no discutido a pesar de Malthus —se puede hablar de escatología laicizada—, y que nadie ha pensado nunca en cuestionar seriamente antes del año 1968 y el famoso (y confuso) informe del *Massachusetts Institute of Technology*. El crecimiento entraña necesariamente una toma de conciencia de las dimensiones económicas de la sociedad. El crecimiento, tal vez, incluso es responsable, en parte, del ascenso de las ciencias del hombre que aparecen en el siglo XVIII, se constituyen progresivamente en corpus, se diferencian en economía política, sociología, psicología social, etnoantropología, demografía, sector por sector, en el siglo XIX. La economía política es la primera de estas ciencias perfectamente formalizadas muy pronto en el horizonte de los años 1820-1830, y tiene a sus clásicos. Y el marxismo en sus comienzos, el marxismo de Karl Marx, mirándolo bien, no es mucho más que una variedad un poco aberrante de la economía política clásica.

Y este mundo de los años 1880-1890 es un mundo en crisis. La reducción de los precios ventajosos, el peso de la renta, las dificultades del crecimiento, las mutaciones estructurales, el paso de la primera a la segunda revolución industrial, contribuyen a crear en los sectores geográficos más importantes de Europa y de la América industrial, la

[7] P. Chaunu, "Histoire èconomique. Depassement et perspective", en J. Le Goff y P. Nora (comps.), *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, Bibliothèque des histoires, 1974.

[8] J. E. Th. Rogers, *A history of Agriculture and Prices in England*, Oxford, 7 vols., 1866-1902; *Six centuries of Work and Wages*, Londres, 2 vols., 1884; G. Wiebe, *Zur Geschichte der Preis Revolution des XVI und XVII. Jahrhunderts*, Leipzig, 1895; vizconde G. d'Avenel, *Histoire économique de la propriété des salaires*, París, 1894-1926.

[9] Capítulo IV, *supra*.

pesada atmósfera de lo que los economistas han llamado muy pronto la gran depresión.

Por eso vemos perfilarse de una manera todavía imprecisa, muy vaga, que no adquiere verdaderamente significación más que a la luz de lo que se realizará mucho más tarde, sólo hasta el horizonte de los años treinta, lo que se puede caracterizar como la forma nueva de la historia.

¿Cómo caracterizar, en efecto, la gran transformación de la investigación histórica a la altura de los años 1929-1935?

Vemos aparecer una forma de la historia que se separa resueltamente del Estado. La nueva escuela que se expresa de buen grado en Francia en la *Revue de synthèse* y sobre todo en los *Annales d'histoire économique et sociale*, creados en calidad de reveladores en 1929 en Estrasburgo por Marc Bloch y Lucien Febvre, ha sido injustamente severa y excesivamente polémica con respecto a la historia tal como es practicada en su época, desde fines del siglo XIX hasta finalizar el primer tercio del siglo XX.

La historiografía de los *Annales* denuncia la parte excesiva, la parte casi exclusiva acordada dentro de la investigación histórica del Estado a lo político, a las instituciones. Dirige su ataque contra el exclusivismo político explícito de la historiografía oficial dominante –decimos a veces la historia positivista. Ella lo hace en nombre de los intereses de la historia total. Evoca a Michelet con mayor facilidad que a Voltaire. Reivindica, desde luego, los derechos de la historia económica y social. En calidad de tal enseña que la asimilación simplista tuvo lugar como si la mutación fundamental se limitara al paso de una historia con predominio de lo político a una historia con predominio de lo económico y social.

La mutación existe, pero es completamente otra. Los historiadores de la historiografía prefieren, acabamos de decirlo, hablar de historia positivista para caracterizar la historia tal como se la practica en las universidades alemanas, inglesas y francesas –en la época, en Francia, de Seignobos, Langlois, Lavisse y Rambaud. Nunca el rigor crítico, el cuidado por la exactitud y en una cierta medida, la búsqueda casi mística de la verdad, han sido llevados tan lejos. Pero nunca la finalidad de la investigación histórica ha estado más implícita, más lejos de ser formulada. Desemboca en lo que llamo una crónica mejorada del Estado. En una palabra, esta historiografía sin pregunta claramente formulada, es una historia sin problemática. La gran mutación del conocimiento histórico es la aceptación de una problemática y de una problemática que ha debido pedir en préstamo. La gran innovación

es el acoplamiento que se opera en adelante entre ciencias humanas del presente y sectores de la historia. En una primera época, esta mutación conduce a un desmantelamiento de la historia. La historia se vuelve ciencia auxiliar de las ciencias humanas del presente, cuyas observaciones prolonga en el pasado, más allá del período estadístico, siempre muy corto, mediante la construcción de series a través de lo protoestadístico y lo preestadístico, tan lejos como lo permita la existencia de la observación de base no integrada o susceptible de ser integrada en series. Históricamente, el primer acoplamiento realizado es el de la ciencia económica y la historia económica. Ésa es la razón por la cual la historia nueva ha sido confundida en el horizonte de los años treinta, abusivamente, claro, con la historia económica. La historia, y es el segundo punto, va a intentar pues progresivamente, para su exploración del pasado, someter a prueba, unos después de otros, los modelos de las ciencias humanas.

Tercer punto —corolario evidente del anterior—: la historia va a esforzarse por obtener un conocimiento cifrado del pasado. No solamente el orden de magnitud, ese cálculo global del peso que debemos siempre esforzarnos por alcanzar, sino la serie que es posible trasponer en un historiograma, es decir, "graficable". De ese modo, casi no podría haber ciencia más que de lo mensurable. La historia se esfuerza pues por cifrar y descifrar. Se interesa menos por el hecho individual (hecho político, desde luego, pero además cultural o económico) que por el elemento repetido, integrable por lo tanto en una serie homogénea, capaz de incluir en seguida los procedimientos matemáticos clásicos de análisis de series; sobre todo, susceptible de ser enlazada con las series que utilizan corrientemente las otras ciencias del hombre. Al principio, uno se sentía inclinado a caracterizar este viraje decisivo del conocimiento histórico con la expresión de historia cuantitativa. Yo he propuesto el término de historia serial, más modesto, más claro, más integrante.

Cuarto punto: el espacio. La integración del espacio, de un espacio independiente del Estado, forma parte de los logros de esta primera mutación fundamental de la historia.[10]

Digamos brevemente que este conjunto de elecciones, en el fondo coherente, implica un ensanchamiento del campo, una aspiración a la totalidad, una búsqueda orientada en apego a las exigencias de una problemática tomada en préstamo a las ciencias humanas y a las grandes preocupaciones de los tiempos presentes, un esfuerzo sistemático de

[10] Pienso en la historia geográfica de F. Braudel; *cf.* cap. III, *supra.*

cuantificación. La historia tiende en lo esencial a la construcción de una vasta "sociología" en el sentido etimológico, mejor asentada por disponer en adelante de una masa mucho más considerable de series muy largas.

Esta mutación de las ambiciones, si no de los métodos de la historia, no es en realidad más que uno de los aspectos, en general descuidados, de una transformación más general del conocimiento, y la consecuencia, a través de un conjunto de mediadores que deben precisarse, de una importante crisis social.

Recientemente he tenido ocasión de tratar este asunto a fondo.[11] No volveré sobre él. He intentado mostrar la importancia de las mutaciones sobrevenidas en todos los sectores del conocimiento entre 1925 y 1935, fechas redondas. Estas mutaciones son de dos órdenes: por una parte la explotación sobre una escala mucho más amplia de los descubrimientos fundamentales de comienzos del siglo; por otra parte una nueva oleada de innovaciones que desde el *redshift* hasta la cibernética, pasando por el *penicillium notatum*, representa en potencia las innovaciones que han modificado fundamentalmente el campo actual del conocimiento y cuyas apreciaciones prácticas son en parte responsables de la aceleración del crecimiento. Esta mutación del campo del conocimiento[12] es concomitante en relación con una grave crisis que he relacionado[13] con la mutación de la historia. En una palabra, reflujo y luego palidez del crecimiento en los sectores más desarrollados, abatimiento de la natalidad en los sectores favorecidos con la aparición, en Europa occidental y América del Norte, de los coeficientes netos de reproducción inferiores a la unidad, signo de un rechazo pavoroso y del odio a la vida, fin de las "fronteras" abiertas en sentido turneriano. Estos signos han sido interpretados en todas partes como el fin del crecimiento, en un mundo pleno, con una renovación de las teorías de la madurez de comienzos del siglo XX en economía política y, por regla general, la gran obsesión de la entropía; pero nadie tiene conciencia de las futuras y próximas implica-

[11] Capítulo XI, *infra,* y "Les dépassements de l'histoire quantitative", en: *Mélanges de la Casa de Velázquez,* t. VIII, 1972, punto de partida de mi artículo "L'histoire sérielle. Bilan et perspective", *Revue historique* 494, abril-junio de 1970, pp. 297-320 e *infra,* cap. 10.

[12] También se puede relacionar con estas modificaciones lo que se ubica en el plano espiritual según el punto de partida de los trabajos de la Escuela de Jerusalén y el efímero *consensus* de las iglesias protestantes en el momento del *barthisme.*

[13] *Cf.* capítulo XI, *infra,* y "les dépassements de l'histoire quantitative", *op cit.*

ciones de la mutación de los pensamientos en los sectores de vanguardia de la investigación. Algunas de estas implicaciones son la apertura de las nuevas "fronteras" del crecimiento; la sustitución progresiva de un tipo de "crecimiento vertical" en contraste con los crecimientos mixtos del siglo XIX que se asociaban con la innovación; la ocupación de nuevos espacios en el prolongamiento de los "crecimientos horizontales" anteriores a las transformaciones del puente intermedio entre los siglos XVIII y XIX.

Volvamos a la historiografía. La historia que he propuesto llamar serial, nacida hacia 1930, y que ha dominado ampliamente de 1950 a 1960, en números redondos, ha conservado las características de las condiciones históricas dentro de las que se produjo la transformación que le dio nacimiento. Ha sido esencialmente la historia de la crisis; por eso es afecta al cálculo fino del peso nervioso; tiende hacia el estudio de la modificación, esencialmente es, en segundo término, una geohistoria,[14] como producida por un eco al final de la "frontera turneriana"; y, mucho más esencialmente, una dinámica coyuntural.[15] El taller más fecundo que ha abierto, el que le permitirá volver a cobrar actualidad en nuevas investigaciones, es indiscutiblemente el taller de la historia demográfica, que se deriva, desde luego, de la sombría crisis de los años 1930-1940. Es natural que esta forma de historia haya alcanzado primero sus resultados más concluyentes[16] en Francia y, a imitación de Francia, en Inglaterra; pero primero en Francia, es decir el país que fue afectado más cruelmente por un maltusianismo precoz, profundo, difícilmente disociable y destructor de las estructuras de sociabilidad.

3

A partir de ahí, las cosas van a evolucionar muy rápido. Esta forma de la historia perfectamente integrada en el tejido de las ciencias sociales, que acepta el papel modesto de ciencia auxiliar de las otras ciencias del hombre, que se vuelven a su vez servidoras de la historia, tiene la vocación manifiesta de federar y de dirigir a las otras ciencias

[14] Capítulo III, *supra.*

[15] Capítulo I, *supra.*

[16] Remito, para estos aspectos, al capítulo 13, *infra* y al capítulo "La dimension de l'homme", de mi libro *La civilisation de l'Europe des Lumières,* París, Arthaud, 1971, 670 pp. + láminas. Véanse *Population. Population Studies,* los *Anales de démographie historique,* y los estudios de L. Henry, de P. Goubert, del equipo de Cambridge que dirigen E. A. Wrigley y P. Laslett.

del hombre.[17] Esta forma de historia construida en la confluencia de todas las disciplinas del presente está ligada, en consecuencia, por un conjunto de mediadores poderosos, a los grandes problemas de nuestro tiempo y sólo puede evolucionar de una manera muy rápida.

Hay que recordar que, alrededor de los primeros años sesenta, surgió y se difundió una forma de historia aparentemente competidora, decididamente polémica en su punto de vista, que en realidad era un simple desarrollo dialéctico de la dinámica coyuntural de los años cincuenta: la historia cuantitativa *stricto sensu* de los economistas historiadores, que se halla en estrecha relación con la construcción de las contabilidades nacionales y los progresos de la econometría.[18] Sus referentes privilegiados son Simon Kuznets en los Estados Unidos y Jean Marczewski en Francia. En caso necesario, sería posible no ver en la *New Economic History*[19] más que una variante de este gran cuerpo.[20]

Esta primera excrecencia aparecida en el gran tronco de la historia serial, *lato sensu*, corresponde a un conjunto de progresos realizados dentro de las ciencias económicas. Es la respuesta apenas diferida a las técnicas nuevas de las contabilidades nacionales de la econometría por una parte, es la respuesta a una angustia capital de la posguerra. Me he esforzado por establecer los lazos que existen entre estas formas de historia y los problemas planteados en la época de la descolonización, por las dificultades de arranque en el Tercer Mundo y el fenómeno, a menudo denunciado, de la cisura que ahonda las distancias entre los ingresos. En el momento en que todas las actividades se vuelven hacia la realización de un crecimiento acelerado, en el momento en que todas las reflexiones se ocupan del aumento de las tasas de crecimiento, la historia no es más que una historia del crecimiento, de un crecimiento que durante mucho tiempo ha sido confundido erróneamente con el desarrollo.

Pero esta segunda fase habrá durado en promedio menos tiempo que la primera. Adelantémonos a precisar, por otra parte, que la historia

[17] Véase cómo se constituyó en Francia, alrededor de un núcleo de historiadores, la 6a. Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios, en 1948.

[18] Capítulo II, *supra*.

[19] M. Lévy-Leboyer, "La 'New Economic History'", *Annales ESC* 5, 1969, pp. 1035-1069; *cf.* también R. Andreano y J. Heffer, *La nouvelle histoire économique*, París, Gallimard, 1977.

[20] Yo intento la asimilación en "Les dèpassements de l'histoire quantitative", *op. cit*

cuantitativa, segunda manera, no ha sustituido a la historia serial, primera manera, así como tampoco la historia serial ha eliminado a la historia tradicional.

En realidad, todo se desploma profundamente desde los últimos años del decenio de los sesenta y, desde luego, en razón de los lazos establecidos entre ciencias sociales e historia, historia y problemas del momento, todo cambia, necesariamente, en el plano de la investigación histórica.

Es la primera vez que los sectores sociales, los sectores intelectuales de vanguardia de los países económicamente más desarrollados –los que han sobrepasado el crecimiento sostenido y están en trance de realizar los primeros esbozos de sociedades postindustriales– se interrogan tan profunda, tan general y tan radicalmente sobre las motivaciones, las finalidades e incluso las posibilidades del crecimiento. Una vez más, pero en el plano más elevado, reaparecen las fronteras estáticas de un mundo cerrado. Con calculadoras mal informadas, el MIT calcula el límite del crecimiento. Todo un grupo de economistas, físicos, químicos . . . políticos americanos esgrimen con renovado ardor los terrores del año 1000, las amenazas del 2000. Definitivamente, la cercanía de los años mil siempre provoca angustia.

En realidad, el fenómeno que vivimos tiene, dentro de las mejores hipótesis, una amplitud comparable al "fenómeno" de la crisis de los años treinta. La contaminación hace sentir muy cercano el término de una segunda frontera. No hay ya, de una manera evidente, tierras por desbrozar desde 1930; no habrá ya, de aquí a veinte o treinta años, posibilidad de crecimiento industrial sin sistema integrado. Lo que las computadoras del MIT predicen es el fin de la producción industrial en circuito abierto, léase contaminante. La revolución de la producción en circuito integrado comienza, lo cual, en el nivel actual de la tecnología, aumenta considerablemente los precios. Es lógico pensar que los hombres –que no utilizan todavía más que una fracción ínfima de las posibilidades de su cerebro– responderán a este desafío mediante una aceleración no digamos del crecimiento, sino de la modificación. Por el momento, no estamos dando la respuesta sino aclarando y precisando el desafío. El desafío puede medirse por algunos índices reveladores: la caída (en muchos lugares catastrófica) de la natalidad en los sectores en los que un aumento de la fecundidad sería deseable para hacer frente a la proliferación anárquica del Tercer Mundo; el miedo pavoroso a la vida es particularmente sensible en el cuarto nordeste de los Estados Unidos, en Escandinavia, en Alemania occidental, en amplios sectores de la sociedad francesa y en los distritos

de gran poblamiento ruso en la URSS. Se ven reaparecer aquí y allá los catastróficos coeficientes de reproducción inferiores a la unidad de los años treinta;[21] una pausa dentro del proceso de alargamiento de la vida humana en las sociedades desarrolladas, la modificación de las actitudes ante la sexualidad, la modificación de las reacciones fundamentales ante la muerte, el cuestionamiento de la ascesis puritana del crecimiento según el esquema weberiano y, muy evidentemente, el desconcierto general de las iglesias.

Elaborado en 1955 en los Estados Unidos dentro de los medios de tradición puritana, congregacionistas, calvinistas reforzados por elementos de la *diáspora* de las iglesias protestantes confesionales alemanas antes del nazismo, un neoliberalismo protestante liberal esquematizado dentro de las corrientes llamadas de la teología de la muerte de Dios, impresiona hondamente por las vías del ecumenismo de los sectores cada vez más numerosos de la Iglesia católica. Con dos o tres años de intervalo, el sincronismo es perfecto entre los sectores movilizados de la Iglesia romana y los sectores más profundamente alcanzados de las iglesias reformadas. Por el momento, los polos de resistencia (que son más fuertes en el Este, dentro de la Iglesia ortodoxa rusa, beneficiada con la persecución) están todavía dispersos, parecen condenados por un tiempo a los comportamientos de Raskolniks.

Vemos la crisis y adivinamos sus causas. Estas crisis se deben a las adaptaciones diferentes a las modificaciones más importantes sobrevenidas desde mediados y fines del siglo XVII en el orden del pensamiento y en el orden de las relaciones del hombre con la tierra, con el objeto, con la creación. Esta vez, sin estado latente, sin revelar la menor pausa, la investigación histórica ha reaccionado.

Frente a las perturbadoras interrogaciones originadas por la ingente necesidad de una producción en sistema integrado, desde el fin de los últimos vestigios de la época de la cristiandad, desde el fin de las transposiciones laicistas (de las que han vivido los últimos decenios del siglo XVIII, el XIX y los dos primeros tercios del XX) de la ética y de la escatología cristianas, frente a la disolución de un sistema de civilización nacido en el puente de los siglos XII, XIII y XIV, y transformado

[21] Desde 1972, todo el Occidente se ha hundido; han faltado 10 millones de nacimientos de 1974 a 1976 para el simple reemplazo de la generación; 14 de 1974 a 1977.

y revocado en el puente de los siglos XVII, XVIII y principios del XIX,[22] la manera de buscar el pasado dentro de la síntesis histórica se modifica necesariamente.

Para responder a las interrogantes de nuestro tiempo, los historiadores, diestros en las problemáticas de las ciencias humanas a partir de la mutación de los años treinta; diestros en el análisis matemático de las series, desde el progreso decisivo de la primera historia serial en los alrededores de los cincuenta; diestros desde los primeros años sesenta en la utilización de los modelos teóricos, van a intentar un estudio sistemático radicalmente nuevo, en la medida, entre otras, en que busca ser globalizante y cuantificador de lo que hay que llamar el, o mejor, los sistemas de civilización. Se ha podido, más modestamente, hablar de lo cuantitativo en tercer nivel.[23]

La técnica histórica misma ha progresado. Ha sabido dominar, desde la aparición en el mercado, hacia 1965-1966, de las computadoras llamadas de la tercera generación, las técnicas de la información; en adelante, con la ayuda de códigos que desde luego necesitan mucho espíritu de sutileza en el estadio de la elaboración, la cuantificación histórica puede pretender acercar sectores que no podía esperar alcanzar ella sola: las actitudes ante el sexo, ante el amor, ante la muerte, ante los elementos más esenciales del discurso, del discurso escrito; puede alcanzar mediatamente fragmentos del discurso hablado; puede, a través de los gestos... interrogar en profundidad al grupo en todos sus aspectos esenciales: la relación ontológica, los círculos fundamentales de la sociabilidad desde nuestra pequeña familia matrimonial específica, desde el siglo XIV del sistema de civilización de Occidente hasta la nación Estado, la pareja Estado-cristiandad, la pareja Iglesia-cristiandad, pasando por la menos fundamental comunidad de habitantes.

La primera historia serial tenía sus aliados privilegiados: la economía política, la geografía, la demografía; la segunda historia cuantitativa tenía sus aliados predilectos: los sistemas complejos de contabilidad, la econometría; lo que propongo llamar la historia serial de los sistemas de civilización utiliza la informática y busca la unión interdisciplinaria con la etnoantropología, la psicología de las profundidades, la semántica de todas las lingüísticas, las formas no filosóficas

[22] Esta cronología es válida para la mitad norte de Francia, los Países Bajos, el sur de Inglaterra, Alemania Occidental y, a partir del XIX, el nordeste de los Estados Unidos. Se puede adaptar a otras partes por transposición y ajuste en los tiempos.

[23] Capítulo XVI, *infra*.

de la sociología, entiéndase las sociologías no marxistas, las que se vinculan con la cuantificación y con el análisis de los comportamientos. He señalado en otro lugar algunos de los trabajos pioneros[24] que prepararon por último la vía de transición del tercer nivel al estudio serial de los sistemas de civilización. Actualmente, es hacia este sector de la investigación histórica que consagro una parte de mis esfuerzos.

¿Se debe preferir entonces una forma de historia? Cada historiador privilegia, necesariamente, una forma de historia en su investigación, como consecuencia de la inevitable división del trabajo. Cada universidad, cada escuela privilegia, por fuerza, un aspecto de la investigación histórica.

El desarrollo de la crisis de civilización que vivimos, la búsqueda en la cual participamos, de un sistema que concilie la conservación de la herencia, condición de progreso, con el progreso mismo, incluso si el progreso implica en un futuro próximo más modificación cualitativa que mutación cuantitativa, orienta la investigación histórica en dirección a las formas más elaboradas, los anglosajones dirían más sofisticadas, de la historia serial.

Nótese que en sus últimas evoluciones, tales como intentamos promoverlas aquí y allá, esta historia serial de los sistemas de civilización constituye una superación dialéctica de la tensión tradicional cualificativo/cuantitativo. ¿El viraje de nuestra civilización no puede caracterizarse como una vuelta en masa de la calidad y, más allá de este drama, una reivindicación de lo esencial y un llamado a lo esencial? No se puede emprender un estudio cuantitativo de los gestos, un estudio de las secuencias de los discursos teológico y filosófico sin ser primeramente teólogos y filósofos.

La cuantificación, como su herramienta la computadora, es un instrumento al servicio de la calidad; la cuantificación, la historia serial de los sistemas de civilización supone pues un retorno a lo cualitativo, requiere el espíritu de sutileza tanto y más que el espíritu de geometría.

[24] Me inclinaría a otorgar un lugar preferente, entre los precursores, a los trabajos de Michel Vovelle sobre *Les attitudes devant la mort* y de J. M. Gouesse sobre *Les attitudes devant le couple aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles*. Hemos emprendido, desde hace poco, una investigación sobre la vida y sobre la muerte (actitudes y discurso) y reunido en un seminario de investigación a un cierto número de jóvenes historiadores para intentar una aproximación cuantitativa de estos aspectos, cuantificación como medio y no como fin. Actualmente, sus resultados ya han sido publicados en Fayard, *La mort à Paris*..., 1978. Hemos pasado, en 1978, al estudio del hogar, de la casa, de los círculos y de las estrategias afectivas.

Por otra parte, las cuantificaciones en el tercer grado son extrañamente recuperantes y rehabilitadoras de los esfuerzos, antaño demasiado rápidamente desprestigiados, de los historiadores del siglo XIX. Tómense en cuenta, en Francia, los estudios de semántica cuantitativa. Ellos se alimentan hoy de las series de documentos publicados por la historiografía del siglo XIX, desde los cuadernos de quejas hasta las correspondencias para las cuales la historiografía de los años cincuenta no sentía más que desprecio. La historia serial de los sistemas de civilización recupera y se alimenta de la admirable labor de los historiadores del pensamiento, de la literatura, del arte y de la sensibilidad. Un poco de cuantitativo aleja de la calidad, pero mucho de cuantitativo acerca a ella. El adagio ha sido empleado en otro lugar y en mejores circunstancias.

Entonces, si verdaderamente es necesario privilegiar una forma de historia, yo propondría elegir la forma más globalizante: aquella que es recuperadora e integrante de la historia cuantitativa. Privilegiar no significa eliminar. Privilegiar significa sobre todo apresurar la evolución. Privilegiar a fin de preparar nuevas superaciones, a fin de mantener al servicio de los hombres una investigación histórica que les ayude a vivir su presente, a preparar su futuro, en la espera ansiosa y confiada del cumplimiento de la historia.

X. LA HISTORIA SERIAL

*Balance y perspectivas**

¿Historia cuantitativa o historia serial? En la práctica, los dos adjetivos son empleados indiferentemente. He propuesto, con poco éxito y sin respetar siempre una frágil línea divisoria, una definición que evita la confusión al especializar sus aplicaciones.[1] Una historia serial es, en primer lugar, una historia que se quiere útil, "que se interesa menos por el hecho individual... que por el elemento integrable en una serie homogénea y susceptible, en seguida, de ser objeto de los procedimientos matemáticos clásicos de análisis de las series; susceptible, sobre todo, de ser enlazada con las series que utilizan comúnmente las demás ciencias del hombre".[2] Precisemos todavía más. "Ella (esta historia serial, a la que también podemos llamar útil) se vuelve hacia el pasado con sus propias técnicas al servicio de problemáticas solicitadas en préstamo." Una historia que busca el hecho repetido, que privilegia la serie, que persigue sistemáticamente el material preestadístico bruto, a fin de prolongar en todos lados, más allá de la frontera –aquí en 1860, aquí y allá en 1830, 1810-1820– que separa el período estadístico –aquel en donde las administraciones cuentan e integran el material de base dentro de una serie ya preparada y difundida– del protoestadístico y preestadístico; de prolongar más allá de este límite temporal series enlazables, integrables, comparables, que permitan ganar un siglo o dos a la medida. Entre el período estadístico que cuenta, elabora y publica... y el período preestadístico en el que

* Artículo publicado en la *Revue historique* 494, abril-junio de 1970, pp. 297-320. Reproducido con la autorización de las Presses Universitaires de France, París.

[1] *Cf.* capítulo I, *supra;* "Les échanges entre l'Amérique espagnole et les anciens mondes aux XVI[e], XVII[e], XVIII[e] siècles", *Information historique* 22, nov.-dic. de 1960; *cf.* capítulos II y III, *supra; cf.* igualmente, H. y P. Chaunu y P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique* (1504-1650), París, SEVPEN, 1956-1960, 8 t. 12 vols., 1 343 pp.; t. I: *Introduction méthodologique,* y t. VIII: *Structures géographiques,* Introduction; P. Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVI[e], XVII[e], XVIII[e] siècles),* París, 2 vols., 1960-1966, 302 y 80 pp. *Cf.* además, a este respecto, F. Braudel, "Pour une histoire sérielle: Séville et l'Atlantique (1504-1650)", *Annales ESC* 3, 1963, pp. 541-553; "Les sources statistiques de l'histoire de France (Basse-Normandie). Problèmes de méthode", *Annales de Normandie* 1, 1965, pp. 3-14, Introducción del *Atlas historique de Normandie,* t. I. Caen, 1967.

[2] *Cf.* capítulo I, *supra.*

existen elementos brutos que nunca son tratados y utilizados, la historia económica inserta un protoestadístico donde el elemento de base cubre mucho de verdad; donde existe un principio de utilización parcial, pero donde la utilización por las administraciones de la época es muy fragmentaria y donde la difusión, o sea la publicación, es siempre excepcional. En el caso excepcional, entre todos, de Inglaterra, y un poco menos de Francia, se puede hacer partir el protoestadístico de la empresa del más genial de los aritméticos políticos, Gregory King,[3] quien suministra el primer esquema de una contabilidad nacional para esa Inglaterra milagrosa de la *Glorious Revolution* de 1688, con una aproximación razonable al apoyarse en sondeos limitados pero bien llevados a cabo.

Al mismo tiempo, en el corazón de este debate por un adjetivo, vemos aparecer dos dimensiones, la economía y un largo período que comienza a fines del siglo XIX y emprende lo más lejos posible, hasta alrededor del XVII aquí, del XVI, el XIV y el XIII más allá, un feliz retroceso en el tiempo. En la revolución epistemológica que recientemente ha modificado y casi reinventado la historia, los historiadores de la economía *lato sensu*, y los de la economía moderna *stricto sensu* (moderna en un sentido que se confunde un poco con el preestadístico y el protoestadístico), habrán desempeñado un papel importante.

Los historiadores de la economía se sentían inclinados a reivindicar para las empresas nuevas de la historia, a la altura de los años mil novecientos treinta, cuarenta y cincuenta, su inserción en lo cuantitativo. Habían querido señalar con esto la distancia que separa la nueva problemática de las antiguas problemáticas de una historia basada en la crónica que favorece al Estado, de una historia ligada a una búsqueda metódica del hecho individual, de la anécdota, de

[3] Gregory King, nacido en 1648, contemporáneo de la "Glorious Revolution", va más allá de las posiciones de William Petty (1623-1687) y de toda la escuela de aritméticos políticos. Su evaluación de la población británica en 1695 es evocada siempre, puesto que es de una notable precisión. Las técnicas a las cuales recurre inspirarán los mejores trabajos durante un siglo y medio. También le debemos la primera evaluación de un producto nacional, el de Inglaterra y del País de Gales en 1688. *Cf.* D. V. Glass, "Two Papers on Gregory King", en D. V. Glass y D. E. C. Eversley (comps.), *Population in History,* Londres, E. Arnold, 1965, pp. 159-220; P. Deane, "The implications of Early Incomes Estimates for the Measurement of Long Term Economic Growth in the United Kingdom", *Economic Development and Cultural Changes,* nov. de 1955; P. Deane y W. A. Cole, *British Economic Growth, 1688-1959,* Cambridge, 1964, p. 2; M. Reinhard, A. Armengaud y J. Dupâquier, *Histoire générale de la population,* París, 1968, 3a. ed., pp. 150-155; E. Le Roy Ladurie, "Les comptes fantastiques de Gregóry King", *Annales ESC* 5, 1968, pp. 1086-1102.

la expresión única, limitada y rigurosamente localizada en el tiempo. Habían querido señalar un cierto acercamiento con la ciencia que supone repetición, medida, modelo matemático, o sea cuantificación.

A la cabeza de una empresa, la *Histoire quantitative de l'économie française*, cuya calidad y alcance no podríamos subrayar lo suficiente, Jean Marczewski[4] quiso señalar las insuficiencias del esfuerzo realizado antes de él por los historiadores de la economía, la historia de los historiadores, de una manera opuesta a las ambiciones más radicales de la historia de los economistas.

> El objeto tradicional[5] de la historia es el estudio y la explicación de los hechos localizados en el tiempo y en el espacio. Aplicada a los hechos económicos, la historia se dedica a dar cuenta de la evolución de las estructuras, a describir los modos de producción, a apreciar los resulta-

[4] *Histoire quantitative de l'économie française*, director J. Marczewski, 12 vols. previstos, 10 publicados, París, ISEA, 1961-1968.

T. I: *Histoire quantitative. Buts et méthodes*, por J. Marczewski; *Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958.* I: *Estimation de produit au XVIIIe siècle*, por J. Toutain, nº 115, julio de 1961, AF, nº 1, LIV-224 pp.

T. II: *Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958.* II: *La croissance*, por J. Toutain, nº 115, julio de 1961, AF, nº 2, 287 pp.

T. III: *La population en France de 1700 à 1959*, por J. Toutain, nº 133, enero 1963, AF, nº 3, 256 pp.

T. IV: *Le produit physique de l'économie de 1789 à 1913* (comparaison avec la Grande-Bretagne), por J. Marczewski; *L'industrie française de 1789 à 1964. Sources et méthodes*, por Tihomir J. Markovitch, nº 163, 1965, AF, 4, CLIV-248 pp.

T. V: *L'industrie française de 1789 à 1964. Analyse des faits*, por Tihomir J. Markovitch, nº 173, 1966, AF, 5, 268 pp.

T. VI: *L'industrie française de 1789 à 1964. Analyse des faits*, por Tihomir J. Markovitch, nº 174, 1966, AF, 290 pp.

T. VII: *L'industrie française de 1789 à 1964. Conclusions générales*, por T. J. Markovitch, nº 179, 1966, AF, 7, 348 pp.

T. VIII: *Salaires et profits industriels en France (sous la Monarchie de Juillet et le Second Empire)*, por T. J. Markovitch, nº 4, 1967, AF, 8, 140 pp.

T. IX: *Les transports en France de 1830 à 1965*, por J. C. Toutain, nº 8, 1967, AF, 9, 306 pp.

T. X: *L'industrie française du XVIIIe siècle. L'industrie lainière à la fin du règne de Louis XIV et sous la Régence*, por Tihomir J. Markovitch, París-Ginebra, Droz, nº 8, 1968, III, AF, 10, pp. 1518-1657.

T. XI: *Documents et statistiques. Les premières enquêtes industrielles de la France: 1692 et 1703*, por L. Fontvieille, nº 6, 1969, AF, 11, pp. 1185-1278.

Nótese que, a medida que la excelente empresa prosigue, el campo ambicionado se estrecha un poco y que la historia de los economistas se pone a imitar, de un modo muy curioso, a la de los historiadores.

[5] *Cf.* capítulo II, *supra*.

dos obtenidos desde el punto de vista del bienestar material de las poblaciones y de la potencia política o militar de los estados. Con ese objetivo, selecciona y clasifica los hechos económicos del pasado y busca descubrir las relaciones causales que existen entre ellos. Durante esta búsqueda, los historiadores modernos recurren cada vez más a menudo a la teoría económica... El uso creciente de las estadísticas confiere a algunos de esos análisis un criterio cuantitativo.

Esta introducción de lo cuantitativo dentro de la historia económica tradicional sigue siendo sin embargo tímida y fragmentaria.[6]

Marczewski señala con agudeza que las estadísticas de los historiadores de la economía son un medio suplementario: "sirven esencialmente para caracterizar una estructura en un momento determinado, para ilustrar una evolución durante un período o para expresar una dependencia entre dos o varias series de hechos". A los historiadores tradicionales de la economía les repugna "suplir las lagunas de la información bruta"; [las estadísticas] "sólo eliminan muy parcialmente el carácter subjetivo de la elección de los datos considerados y casi no desarrollan la capacidad de síntesis de los historiadores que las utilizan". "Una historia económica que utiliza la estadística y las estadísticas no es cuantitativa mientras su procedimiento básico, es decir la elección de los hechos que deben considerarse, no se haga más que por métodos cuantitativos y mientras las conclusiones a las que llegue no se presten a una expresión cuantitativa integral."

A pesar de las diferencias de detalle (y que aquí no van a ser tomadas en cuenta),[7] la mayoría de los historiadores estarán finalmente de acuerdo con Jean Marczewski cuando —lo dijimos en un artículo redactado en julio de 1966—[8] en la introducción que aparece bajo la forma de manifiesto en la *Histoire quantitative de l'économie française*, denuncia la cuantificación insuficiente de la historia económica tradicional. Usaremos entonces, al igual que Jean Marczewski, el término de cuantitativo para una cuantificación total, circular, en forma

[6] *Ibid.*, p. 30.

[7] Nuestras críticas, estrechamente limitadas *(ibid.)*, de ninguna manera se dirigían al conjunto muy notable de la empresa. Ningún patriotismo de historiador nos anima, y tampoco nos gustan las disputas localistas. La crítica de Pierre Vilar: "Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens. Histoire quantitative ou économétrie rétrospective?", *Revue historique* 223 (474), pp. 293-312, era mucho más severa que la nuestra. Nuestras posiciones están finalmente más cerca de las de Marczewski y de Markovitch de lo que juzgaron, según parece, algunos lectores apresurados.

[8] *Cf.* capítulo III, *supra,* p. 47.

de contabilidad, cuyas columnas, en su totalidad, serán llenadas y cuidadosamente construidas. Los historiadores, sin embargo, evitarán llenar sistemáticamente las columnas de modelos complejos con evaluaciones heterogéneas susceptibles de crear una falsa precisión que constituiría entonces un retroceso en relación con un calificativo reconocido. Por lo tanto, de ahora en adelante sólo hablaremos de historia cuantitativa cuando los resultados puedan vaciarse en un molde en forma de contabilidad nacional; si se ha considerado un marco nacional, incluso dentro de una contabilidad regional o macroespacial; si se ha intentado la operación para un espacio pluricontinental alrededor de un complejo de grandes ejes marítimos de intercambios.

Estas precisiones, rigurosamente formuladas, reducen particularmente el campo de la historia cuantitativa, lo cual es un deseo, una transición en el mejor de los casos. Muy pocos estudios pueden reivindicar su etiqueta.[9] No es posible extender las ambiciones de la historia cuantitativa rigurosa, y cumplir las exigencias que acabamos de recordar, más allá de tres límites que circunscriben un campo muy restringido de actividades y de investigaciones: *lo económico*, la producción y el intercambio de los bienes materiales, o sea el campo de las actividades humanas más fácilmente mensurable; *el período estadístico* y una franja de protoestadístico (los colaboradores de Marczewski y de Markovitch son menos convincentes en cuanto se remontan más allá de 1780); *los sectores de Europa y de América del Norte*, los que han contado con Estados animados por preocupaciones estadísticas, del modo más precoz.

Para referirnos a todo el resto, es decir a lo esencial, a todas las tentativas de desbordamiento de la historia que se dirigen a lo colectivo; a todo lo que tiende a sustituir lo anecdótico por lo significativo y a duplicar la crítica aislada mediante la exigencia de coherencia de las series, es decir a reforzar la eficacia del control crítico; para referirnos a todo lo que conduce, en una palabra, a la gran revolución de la metodología histórica, limitémonos a usar el término serial. Desde hace veinte años la historia es serial; incluso puede decirse que sólo puede ser serial. ¿Era necesario evocar, primeramente, esta discusión sobre palabras? Discusión sobre palabras, o sea gran polémica. A Lucien Febvre le gustaba decirlo, antes de que tomara forma la antropología

[9] Ejemplo a menudo citado de una cuantificación total, el clásico *The Structure of American Economy*, de Wassily W. Leontieff (ed. francesa: *La structure de l'économie américaine, 1919-1939*, París-Ginebra, 1958, XVI-278 pp.). Pero se trata del siglo xx, de América y de una economía que constituye el paraíso de la medida.

estructural. No es ahora, por cierto, cuando descuidaremos este imperio de las palabras, que es el imperio esencial del hombre.

1. Una reseña, un balance y algunas perspectivas

En primer lugar, una *reseña.* Nada es más revelador de la realidad profunda de un pensamiento colectivo que la historia de la historia. Empresa temible. Escuchemos la advertencia de uno de nuestros mejores historiadores[10] que ha trabajado más que nadie para orientar investigadores y científicos hacia una reflexión coherente e integrante sobre la escritura de la historia. "La actitud respecto al pasado es, entre nosotros, medida de las fuerzas y de las liberaciones psíquicas . . . , se vuelve cada vez más evidente que sólo es expresivo para una época determinada, un estudio de conjunto de la historiografía, desde el príncipe escritor hasta el maestro de escuela que enseña, y que semejante estudio, indispensable para significar, no podría ser la obra de un solo hombre." Estamos muy lejos de este ambicioso proyecto. Evoquemos solamente algunas etapas de uno de los sectores más avanzados en la investigación histórica.

Nada más revelador que una cronología, incluso vaga. La historia serial, que hubiera deseado llamarse cuantitativa (una historia económica con añadidura de estadísticas, una historia económica de historiador), nació en el curso del año 1930, de una empresa al principio modesta, de una historia de los precios. La historia cuantitativa de los economistas, ambiciosa, lo que no significa necesariamente más rigurosa, nació a lo largo de 1950, con una problemática de crecimiento y de recuperación.

Los dos primeros sectores de la historia que se vieron influidos por la simple preocupación de contar, por donde pasa todo progreso, son los de la población y de los precios. La población: tendremos oportunidad de volver sobre ella. Pero examínense el *Essai sur les moeurs* de Voltaire, los grandes libros menos revolucionarios, desde la *Histoire de Charles XII* hasta el *Siècle de Luis XIV*, pasando por las notas del Montesquieu viajero: salta a la vista la inquietud de estos pioneros de la dimensión histórica de las Luces; en primer lugar, la más elemental de todas las inquietudes: la de contar, de contar a los hombres. La historiografía del siglo XIX no siguió siempre el camino indicado

[10] A. Dupront, "L histoire après Freud", *Revue de l'enseignement supérieur, op. cit.*, pp. 27-63, pp. 44.

por los maestros despreciados del siglo XVIII. El orden de magnitud, la dimensión del número de los hombres, permanecen aislados durante largo tiempo. La población no ocupa el lugar que verdaderamente merece en la escritura de historia del siglo XIX; el dato población simplemente es retocado a todo lo largo del siglo; nunca es objeto, antes de fines del siglo XIX, de un esfuerzo[11] nuevo de crítica y, *a fortiori*, de invención documental.

La medida entró en historia con los precios. El conflicto sobrevino al día siguiente de la crisis de 1929, a petición de los economistas aterrados por el cataclismo, para ellos sin precedente, de un hundimiento de las cotizaciones de tal amplitud que, dando la razón aparentemente a la escatología marxiana, si no marxista, sin término posible de comparación en la corta memoria de los hombres, parecía marcar el fin de la época de la economía capitalista, entiéndase de la economía de mercado, tantas veces anunciado, tantas veces diferido. Cataclismo sin precedentes para la memoria oral, es cierto, pero no para la memoria escrita. Y los historiadores no iban a tardar en demostrarlo.

La construcción de una historia científica de los precios a la altura del decenio 1930 no es del todo una improvisación. Atrevidos sondeos habían llegado, desde fines del siglo XIX, a medidas de niveles y, sobre todo, a importantes publicaciones de textos que tratan de documentación de los precios (contratos, libros mayores, extractos de antiguas cotizaciones y estados de cuenta) sin saber hacer siempre la distinción entre lo objetivo y lo normativo, entre el precio de mercado y el precio impuesto, o sea ficticio y transgredido, como una sarta de anécdotas. Se reunió un material que es un poco el equivalente de las grandes colecciones administrativas y diplomáticas, herramientas siempre válidas de la investigación histórica. El más grande pionero, Th. Rogers, en Inglaterra,[12] es seguido por G. Wiebe[13] en Alemania y por d'Avenel[14] en Francia.

Esta primera historia de los precios –que aún no se desliga de la

[11] J. Dupaquier, "Sur la population française au XVII^e^ et au XVIII^e^ siècle", *Revue historique* 239 (485), p. 54, señala el valor de las cifras sacadas de Vauban, presentadas por A. des Cilleuls, *La population de la France avant 1789* (1865), y de E. Levasseur, *La population de la France*, t. I.

[12] *A History of agriculture and prices in England from the year after the Oxford Parliament to the commencement of Continental War*, Oxford 1866-1902, 7 t., 8 vols.

[13] *Zur Geschichte der Preisrevolution des XVI. und XVII. Jahrhunderts*, Leipzig, 1895. Ya con una problemática muy avanzada que atestigua la brillante posición de la historiografía alemana.

[14] *Histoire économique de la propriété, des denrées de tous les prix, en général*

anécdota—[15] se sitúa en los últimos decenios del siglo XIX, es decir en período de recesión, en la época de la gran depresión particularmente resentida en Europa occidental en los precios agrícolas, cuando el hundimiento tendencial de las cotizaciones plantea con agudeza, a la reflexión económica y a la opinión del gran público culto, el problema de los precios. Los precios, independientemente de la problemática marxista de la crisis.

La crisis es el problema de los años treinta por excelencia. Desde el nordeste americano, polo de crecimiento de la economía dominante, en oleadas concéntricas, alcanza en menos de tres años a todos los países industrializados excepto la URSS —en pleno arranque del primer plan quinquenal, al día siguiente y en vísperas de las peores dificultades— y todos los sectores que dependen de América Latina, de África y de Asia tropical, sectores industrializados, sectores de abastecimiento (Argentina, Australia, África del Sur, Oeste canadiense), economías de plantaciones tropicales . . . toda la economía de mercado. La historia cuantitativa, "la historia cuantitativa incompleta", como gustan de decir hoy algunos economistas, la historia serial del sector de los precios, nació dentro de esta coyuntura. Sería más exacto decir que nació de esta coyuntura.

Las lecciones inmediatas del decenio de 1930 obligan a privilegiar como dato de experiencia el carácter dramático de la crisis. Dan la razón a la escatología marxiana. El mundo capitalista, salvo un milagro, va a morir a causa de sus contradicciones. A causa del crecimiento —la mayoría de los países industrializados atraviesan por una crisis demográfica: el coeficiente neto de reproducción en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Austria, en Alemania, incluso en Estados Unidos, es inferior a la unidad— la idea misma del progreso estará amenazada. Por último, el fenómeno monetario en una primera etapa y el problema de los precios en una segunda, parecen constituir el proce-

depuis l'an 2000 jusqu'à l'an 1800, París, 7 vols., 1894-1926; el gran estudio sobre la moneda francesa es anterior. Data de 1857. N. de Wailly, Mémoires sur les variations de la livre tournois. *Mémoire de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres,* t. XXI, 2a. parte, 1857.

[15] El gusto por la anécdota se vuelve a encontrar en las historias de los precios que fueron publicadas entre la gran depresión de los años 1880-1890 y la crisis de 1929-1933. En Francia, nada más revelador que la obra, invaluable desde esa perspectiva, de un erudito aficionado lleno de mérito y de talento, el incomparable P. Raveau, cuya primera contribución data de 1926 (cuando tenía cerca de 70 años), *L'agriculture et les classes paysannes. La transformation de la propriété dans le haut Poitou au XVIe siècle.* París, 1926. La historia de los precios, tal como la concibe Raveau, es una historia de transición.

dimiento cuantitativo por excelencia y revelar casi la esencia misma del fenómeno.

Puesto que, en apariencia, todo surgió a causa de los movimientos de los precios,[16] parece evidente que la reflexión científica y las soluciones políticas se encuentran en ese nivel. De ese modo, afirmar que la historia serial de los precios es keynesiana, equivale a decir una mentira. Sería aún más inexacto, casi ridículo, afirmar que la obra de Keynes es "simiandesca" o "labrousseana"; comprobemos que la *Théorie générale de la monnaie*, el *Esquisse* y los tres grandes libros de François Simiand representan aspectos diferentes de una misma respuesta a una gran angustia de un presente hoy caduco, pero caduco solamente en la medida en que lo hemos integrado totalmente, inmerso en una superación dialéctica. Por primera vez en el nivel de la crisis de 1929, se asiste a una integración de la historia a las ciencias humanas del presente. Se conoce el papel de las fundaciones americanas y de algunos científicos franceses. Por vez primera, los historiadores comparecían en calidad de expertos. Ante una crisis de una amplitud sin precedentes, la memoria vulgar, la memoria de los economistas, quedaba demasiado corta. Era necesario rebasar el tiempo breve de las series elaboradas, con las que se contentan los economistas. Henri Hauser, François Simiand, Ernest Labrousse y J. Meuvret en Francia; William H. Beveridge en Inglaterra, N. W. Posthumus en los Países Bajos, y E. J. Hamilton (americano que dice presente por España), vienen a responder en nombre de la historia, cada uno a su manera, la pregunta angustiada de los economistas.[17]

Para la historia de la historia, la obra que mejor ilumina el acta

[16] En ninguna parte la correlación precio-producción-intercambio es más sensible que en la economía dominante americana. Entre 1929 y lo más profundo de la ola (fines de 1932, comienzos de 1933), la caída de los precios de los productos de granja es del orden del 63% en los Estados Unidos, el reflujo de la producción del 6%; en cuanto a los alimentos elaborados, el reflujo de los precios es del 49% y el de la producción del 14%; en el caso de los textiles, 45% de retroceso de los precios y 30% de la producción; del material agrícola, 6% de retroceso de los precios, caída del 80% de la producción; del hierro y el acero 20% (precios) y 83% (producción) (F. Freidel, *America in the Twentieth Century*, NY, 1960, p. 311).

[17] No podemos dar, en el marco de este modesto artículo, una bibliografía siquiera parcial de esta historia de los precios de los años treinta... que forma el nivel inferior, pero aún hoy el más seguro técnicamente de la historia cuantitativa. Una bibliografía selectiva de los trescientos títulos más importantes en relación con la Europa moderna (fin del siglo XV, XVI, XVII y XVIII) elaborada por F. Braudel y F. C. Spooner, apareció publicada como apéndice de su muy notable estudio *Prices in Europe from 1450 to 1750* (Cambridge Economic History of Europe, vol. IV, 1967), pp. 374-486, 605-615.

de nacimiento de la primera historia serial es la de François Simiand.[18] Lo esencial de su obra aparece de 1930 a 1933, poco antes de su muerte en 1935. Simiand, más que por sus libros difíciles de leer, escritos en un lenguaje apresurado y a menudo inútilmente oscuro, influye a través de intermediarios. Lo mejor de Simiand ha sido incorporado por Labrousse, quien va mucho más lejos; pero es a través de Simiand que se comprende mejor —en la obra de Labrousse y de la escuela serial francesa— que el cuerpo de ideas que la animan debe a la coyuntura del decenio 1929-1939. Dos obras de Simiand merecen una mención especial. *Le salaire*, que traduce el atractivo de las teorías puramente monetarias y la fascinación de los precios nominales —es preciso recordar que, en 1930, Occidente vive el impulso psicológico de dos siglos de estabilidad monetaria—. Pero sobre todo un pequeño libro, *Les fluctuations économiques à longue période et la crise économique*, señala claramente la adaptación de la historia económica serial de los precios a la coyuntura económica del decenio 1929-1939. Se conoce el papel de Simiand en la formación de un vocabulario que Labrousse difundió y que sus numerosos alumnos han llegado a afinar con un alto grado de precisión. Sin embargo, es interesante constatar que desde 1932, François Simiand había propuesto una interpretación de la crisis de 1929 y de la gran depresión de los primeros treinta; dicha interpretación se insertaba en la perspectiva de la larga duración; 1929 perdía su unicidad pavorosa; 1929 se explicaba, se integraba; 1929 se volvía una crisis cíclica excepcional, en verdad una cima de "Juglar", ubicada en el límite de resistencia a una modificación de la tendencia mayor. La crisis de 1929 se había anunciado a sí misma: la baja tendencial de los precios agrícolas, comenzada en el transcurso del decenio de los veinte, había confirmado la inminencia de una ruptura que había sido desdeñada; 1929 se ajustaba así a la red de estadísticas de Simiand, en una situación que recordaba 1873, 1817 . . . Si François Simiand hubiese dispuesto de las largas series que tenemos en las manos, quizás hubiera llevado más lejos aún la analogía . . . hasta 1619-1622 . . . , 1640 y, ¿por qué no?, hasta las crisis, verdaderamente poco tranquilizadoras, de principios del siglo XIV.

La introducción de la larga duración, tal como la concibe Simiand, no es forzosamente una ganancia. La larga duración que franquea los

[18] F. Simiand, *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, París, Alcan, 1931, 3 vols.; *Cours d'économie politique*, 3 vols., 1928-1929-1930; *Les fluctuations économiques à longue période et la crise économique*, París, 1932; *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVI^e au XIX^e siècle*, París, 1932.

siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y XX es un engaño fuera de la noción de estructura. Uno de los principales méritos de Labrousse fue justamente precisar los límites del significado de una coyuntura, que no puede ser significativa más que en el interior de una estructura.[19]

Aun encauzada con mano maestra por el que fue el historiador primordial de los años cuarenta y cincuenta, en los países de lengua francesa, esta primera historia serial no borró totalmente el pecado original de la gran preocupación de la década de los treinta. Sigue siendo una historia dramática, una historia nerviosa y febril de la crisis, del pánico —como le gusta decir a Alphonse Dupront—, es una historia de la coyuntura y de una coyuntura sensible, fácil de medir con precisión (nos referimos a los precios). El defecto, o, digamos mejor, el pasivo de un muy buen activo, es una atención a las olas que aparecen en la superficie, al movimiento vibratorio más que a la continuidad, una tendencia implícita a valorizar lo que se mide con la mayor precisión, a tratar como parámetro lo que es variable en los ritmos más largos, en las amplitudes más discretas; en una palabra, lo que más allá de la era estadística resiste a un fino cálculo del peso. Porque esta historia serial de los treinta y los que le da su continuidad gracias a los documentos escogidos que permiten retroceder muy lejos en el pasado, ha recurrido desde el principio a los refinamientos del análisis matemático de las series. Ha introducido la exigencia del cálculo fino del peso; ha mantenido la rigurosa exigencia crítica de una tradición erudita que se ubica en la perspectiva (1680) de las Luces en Francia; la tradición maurista sustituida por la notable erudición alemana del siglo XIX estableció un sólido lazo entre la historia y el análisis económico. Esta historia económica serial (cuantitativo parcial, pero cuantitativo de cualidad) no está limitada a los precios. Ha sido plenamente consciente de que los precios no significan nada en una serie de incursiones retrospectivas dentro del espesor de la economía.

Pero ha buscado, yo diría que casi instintivamente, lo que, aparte de los precios, era susceptible todavía de un cálculo fino del peso: la producción industrial (pero en la era estadística), la población y sobre todo los intercambios. La historia ha tendido a fragmentarse en una serie de ciencias auxiliares de las ciencias humanas del presente, en ciencias auxiliares proveedoras de materiales estadísticos. Ha querido

[19] Esta noción ya tiene su lugar en el *Esquisse du mouvement des prix et des revenues en France au XVIII^e^ siècle* (París, 1933, 2 vols.); se expresa, sobre todo, en la introducción a la *Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime* (París, 1949).

encontrar en los testimonios surgidos del pasado y según el modelo de la pregunta que le habían planteado los economistas acerca de los precios en el umbral de los treinta, respuestas a las mayores interrogantes de las ciencias sociales, cuyas interpelaciones mismas adquieren su forma en estrecha relación con las estructuras de lo vivido. Estas interrogaciones son simplemente exigencias de series: "La demografía necesita de un espesor estadístico que la historia demográfica le proporciona [. . .], la criminología, de una historia de la criminalidad, constructora de índices. La economía [. . .], de una historia económica regresiva, edificadora de series estadísticas."[20] Ahora bien, este papel es particularmente útil en la época de la ruptura de todas las estructuras. "Ampliando en unos cuatro o cinco siglos el campo de observación de las ciencias humanas, una historia estadística útil puede asegurar un incremento de eficacia a las disciplinas a las que auxilia. El beneficio no es solamente cuantitativo, es también cualitativo."

Primera característica, una cierta fragmentación; segunda característica, la búsqueda de los sectores que permiten una medida coyuntural fina. De ahí el papel privilegiado del gran comercio marítimo; la vía había sido abierta anteriormente por el estudio de Nina Ellinger Bang y de Knud Korst[21] sobre los peajes del Sund. Apareció toda una serie de estudios que se inscriben, sea directa o indirectamente, en la línea de la historia serial de los precios y, sobre todo, de la historia geográfica de Fernand Braudel.[22]

Si exceptuamos la obra de Hamilton,[23] esta historia serial fue esencialmente francesa, con su doble predilección por los precios y los índices de actividad comercial. La experiencia fue seguida con interés en Italia, España y Bélgica, pero en conjunto con una cierta reserva, en lo que concierne a las prolongaciones hacia los índices de actividad comercial, fuera de la zona de influencia directa de la historiografía

[20] *Cf.*, capítulo I, *supra*, p. 16.

[21] *Table de la navigation et du transport des marchandises passant par le Sund (1497-1660)*, Copenhague, 1906-1933, 3 vols.; *(1661-1783)*, 1930-1953, 4 vols.

[22] Y, en primer lugar, por iniciativa de Fernand Braudel, toda la colección "Ports, routes, trafics" del Centro de Investigaciones Históricas de la Escuela Práctica de Altos Estudios, donde han sido o están por ser publicados los estudios cuantitativos consagrados a los intercambios en los mares costeros, en el Océano Índico, el Atlántico meridiano del Brasil y de Portugal, el Pacífico filiforme del Galeón de Manila, el Atlántico paralelográmico de la "Carrera de Indias"; más aún bajo la influencia de *La Méditerranée et du monde méditérranéen à l'époque de Philippe II* y, por lo tanto, de F. Braudel que bajo la de Simiand y de Labrousse.

[23] Se debe a E. J. Hamilton el cálculo preciso de un índice de actividad capital: las llegadas de oro y plata a Sevilla, de 1503 a 1650.

francesa. Los ingleses, los americanos, los alemanes, por razones diversas, después de haber participado vigorosamente en la historia serial de los precios, se quedaron atrás en relación con las prolongaciones a las que llamaré de buen grado las *historias seriales paralelas finas.*

Amplitud del esfuerzo exigido, temor de los rendimientos decrecientes, apego a las formas tradicionales de la historia entre los historiadores de oficio. Sin embargo, gracias a la pluma de los críticos de lengua inglesa (ingleses y americanos) aparecen dos temas. Los anglosajones se disgustan frecuentemente por las tendencias monetaristas y coyunturalistas de esta forma de historia; por otra parte, las sobreestiman; cuando la historia tiende a rebasar el marco acostumbrado de la crónica y del Estado en los países de lengua inglesa, se apoya entonces en otras ciencias humanas: la antropología y la antropología cultural principalmente, además o con exclusión de las conexiones, habituales en Francia, con la económica y la geografía.

De hecho, la historia económica iba a experimentar, a la altura de los decenios cincuenta y sesenta, el impulso de nuevas estructuras y de nuevos pensamientos. Hasta hoy, me parece que la mayor realización ha sido el estudio del crecimiento de la economía británica de 1688 a 1959, tal como lo realizaron Phyllis Deane y W. A. Cole.[24] Detrás vienen, en lo que se refiere a Francia, Marczewski y Markovitch: historia económica cuantitativa total, dentro de los marcos de contabilidad nacional. Esta forma de historia nació dentro de las franjas de la economía: econometría regresiva, dice algo severamente Pierre Vilar. Nació en los Estados Unidos, y los especialistas[25] se dedicaron a encontrar antecedentes anteriores a 1950. Marczewski enumera los trabajos de K. Helfferich, W. I. King, R. Pupin, Colson, Lindhal . . . , Bowley, Colin Clark, Pigou . . . y, naturalmente, ante todo, de Simon Kuznets, el padre indiscutible del cuantitativismo riguroso. El historiador, a decir verdad, no se deja impresionar ni por Kuznets. Antes de Deane, Cole y Marczewski, estos pioneros del cuantitativismo total nunca habían rebasado cortas franjas cronológicas de la época industrial más avanzada (fines del siglo XIX-siglo XX), en un reducido número de sectores altamente favorecidos (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania . . .).

El mismo Marczewski fija con precisión la verdadera fecha de nacimiento: "La fecha de nacimiento de los estudios cuantitativos[26] sobre el crecimiento económico es fácil de determinar. Por iniciativa de Si-

[24] P. Deane y W. H. Cole, *British Economic Growth, 1688-1959*, Cambridge, 1964, XVI-348 pp. y gráficas.

[25] Marczewski, *Histoire quanitative, op. cit.*, t. I, pp. XL, XLI.

[26] *Ibid.*, pp. XLI-XLII.

mon Kuznets –cuyos trabajos precedentes ya estaban orientados muy claramente hacia la aplicación de la contabilidad nacional en la investigación histórica– en 1950, la *International Association for Research in Income and Wealth* decidió inscribir en el programa de sus trabajos el inicio, el inventario y el análisis de las evaluaciones del ingreso nacional, de la riqueza y de sus componentes, en el caso de los países que disponen de datos adecuados que se extienden por lo menos a lo largo de medio siglo y que permiten así la observación de los *trends* a largo plazo." Era el año 1950, pero las grandes realizaciones, en Francia y en Inglaterra, comienzan más tardíamente.

La historia económica serial de los años treinta era contemporánea de John Maynard Keynes;[27] la historia cuantitativa global en forma de contabilidad nacional es, digamos para simplificar, contemporánea de W. W. Rostow.[28] Los historiadores de los treinta estaban obsesionados por la crisis; los de los años sesenta están acosados por otras preocupaciones. De ahora en adelante, lo esencial es el crecimiento, sus desigualdades, la tensión polo de desarrollo/Tercer Mundo; incluso tensiones regionales de tipo italiano (últimos años del decenio de los cincuenta, comienzos de los sesenta, es decir el fin de la descolonización galopante de una gran parte de ultramar). Más allá del crecimiento se plantea el problema del desarrollo. ¿Cómo asegurar la recuperación? Al mismo tiempo, se descubre el carácter único del *take off* histórico de la Inglaterra de los dos últimos decenios del siglo XVIII. El conocimiento histórico de las condiciones previas al despegue en Europa, el conocimiento histórico de la transición en Europa, y del despegue al crecimiento sostenido y de la madurez al consumo de masas en América, no dan necesariamente la clave de una política adaptada a las necesidades del Tercer Mundo. La condición no es suficiente en ningún aspecto y, sin embargo, es necesaria. El teorema, en efecto, supone dos corolarios que una política de recuperación o de ayuda eficaz al Tercer Mundo debe tomar en consideración. No se queman las etapas del desarrollo. Es posible acortarlas. El conocimiento de los mecanismos del desarrollo y de su evolución histórica en los sectores avanzados es una condición necesaria, aunque no suficiente, de este acortamiento deseable. Mucho más claramente aún que en su primera forma, la historia económica cuantitativa global de nuevo tipo es ciencia po-

[27] J. M. Keynes, Respuesta parcial a la crisis de 1929 y a la depresión de los años treinta; la 1a. ed. inglesa de la *Théorie générale de l'émploi de l'intérêt et de la monnaie* data de 1936; la 1a. ed. francesa de 1939.

[28] La edición inglesa de las *Etapes de la croissance (The Stages of Economic Growth)* data de 1960; la edición francesa de 1963.

lítica de la acción, ciencia auxiliar de la economía, ciencia auxiliar de las ciencias políticas del desarrollo armónico y del crecimiento sostenido.

Es evidente que esto no está exento de peligro. Nuestro artículo crítico de 1963[29] sólo pretendía advertir sobre algunos posibles peligros. Aparte incluso de los riesgos que habíamos señalado en nuestra nota de los *Cahiers Vilfredo Pareto*, el principal riesgo resulta, quizás, de la pérdida de independencia, de una demasiado estrecha subordinación a modelos de explicación económica frecuentemente precarios. Además, esta historia debe evitar la tentación de llenar, cueste lo que cueste, las columnas de sus modelos de contabilidad nacional; no debe sacrificar la fina exactitud del cálculo del peso, seducida por la tentación de abarcar la totalidad. Para paliar este peligro, la historia económica ha realizado recientemente un serio y real esfuerzo en dos direcciones. Debemos a François Crouzet[30] un índice de la producción industrial mucho más seguro, rico y vigoroso que todos los bosquejos a los que desplaza. Debemos a Emmanuel Le Roy Ladurie el inicio de una indagación sobre los diezmos, extendida a lo largo de cuatro siglos[31] en el conjunto del territorio francés. Gracias al impulso recibido, la historia serial ha rebasado resueltamente la etapa de precios e intercambios. Ha abordado todo el espesor de la economía, léase la producción, sin renunciar por eso al cálculo fino del peso, atributo de la primera historia serial.

2. Balance. Perspectivas

La economía está en el comienzo, no forzosamente en la llegada. La historia serial ha adquirido sus métodos en economía, pero tiende a desbordar cada vez más su campo estricto. Toda la historia es influida por lo que puede llamarse la revolución de lo "serial". Extremando las cosas, actualmente ya no hay casi historia digna de este nombre, que no sea serial.

En primer lugar porque no hay historia sin problemática formulada

[29] *Cahiers Vilfredo Pareto* 3, 1964, pp. 165-176 y también capítulo II, *supra*.

[30] Construcción de un índice anual de la producción de la industria francesa en el siglo XIX; resultados dados a conocer el 11 de enero de 1969 en la Asociación Francesa de historiadores economistas (en prensa).

[31] *La production agricole en France (XVe-XVIIIe siècle) notamment d'après les dîmes*. Primeros resultados dados a conocer el 11 de enero de 1969 en la Asociación de historiadores economistas (en prensa)

expresa y claramente. La historia siempre ha tenido una problemática. Fue, en un principio, el interés por exaltar la figura del Príncipe, de la Ciudad, de una "religión" en el sentido estrecho de orden. Y el ajuste con arreglo a una problemática tal vez nunca ha sido más alienante que en el momento en que, a fines del siglo XIX y principios del XX, la historia "positivista" se afirmaba libre de todo ordenamiento.

Como otros conocimientos, la historia había alcanzado la ilusión de una cima.[32] El instrumento crítico construido por los benedictinos maurista de la Europa de las Luces, perfeccionado por la historiografía alemana del siglo XIX, había sido llevado a un punto objetivo de perfección. Ahora bien, esta historia, instrumento casi perfecto de conocimiento del pasado, era una historia inútil, porque no tenía objeto ni meta ni problemática. Contemporánea, en Francia, del Parnaso, pretendía ser, como él, objeto y sujeto. En verdad, pese al enorme progreso de las técnicas y de los medios útiles para establecer los hechos, seguía siendo lo que la historia había sido en un principio: ya no la crónica hagiográfica del Príncipe, sino la crónica precisa del Estado, incluso de los Estados. La técnica había terminado por aplastar el deseo de los filósofos del siglo XVIII, de crear una verdadera historia del progreso del espíritu humano, de una civilización sin duda apresuradamente confundida únicamente con Europa.

Así pues, la historia jamás estará aislada: es la aproximación científica al pasado y por lo tanto se inserta en la totalidad de las ciencias humanas, puesto que les permite incorporar una temporalidad sin la cual les falta el espesor del campo para comprender y para actuar. Al mismo tiempo, se capta mejor un hecho que no ha dejado de llamar la atención del observador. La renovación de los métodos y de la problemática de la historia ha llegado a un espacio cronológico privilegiado. Digamos, en líneas generales, que es la historiografía de la modernidad y de la baja Edad Media la que ha entrañado las experiencias más audaces: desde el siglo XIII hasta mediados del siglo XIX, toda la larga duración de la edad preindustrial que se puede esperar ganada, con mayor o menor éxito, para un conocimiento preciso y cifrado. La historiografía renovada por la dimensión cuantitativa y serial ha buscado comprender lo que cada vez más gustosamente llamamos la sociedad tradicional, cuyos últimos vestigios se acaban de disgregar ante nuestros ojos, en algunos microsectores aislados, apartados de los ejes de comunicaciones.

La historia, de hecho, no deja de desbordarse. Desde que ha pasado

[32] *Cf.* capítulo III, *supra*, p. 41.

de lo particular a lo general, de lo aberrante a lo significativo. Nos limitaremos a evocar dentro de la línea de la invención serial tres vías reales de superación y de búsqueda. La historia geográfica, la historia de la naturaleza, la historia del número de los hombres y, más allá, todas las aperturas sobre lo inexpresable.

La historia geográfica. ¿Debe decirse la geohistoria? . . . Nació alrededor de los años treinta, sensiblemente al mismo tiempo que la primera historia económica serial, constructora de largas series, precios y tráficos, que se remontan muy atrás en el curso del tiempo. Es típicamente francesa, puesto que nació de una larga y fértil cohabitación, en Francia, de los historiadores y de los geógrafos. De hecho le debe todo a un hombre y a una obra, *La Méditerranée*, de Fernand Braudel.[33]

La historia geográfica es, desde luego, la integración del espacio; pero es aún mucho más, por conducto de la geografía vidaliana: la introducción de una modalidad específica del tiempo. De ahí la composición en tres estratos, de *La Méditerranée à l'époque de Philippe II,* tal como Fenand Braudel la creó: el tiempo casi inmóvil del medio, con sus montañas neolíticas contemporáneas de la Argelia de los años 1920-1930 y de la Italia de Mussolini, donde todavía a veces sucede que Cristo se detiene en Éboli; el tiempo decenal o treintenal de la economía; y, para terminar, el acontecimiento fugaz pero verdadero como la espuma del mar, ese maravilloso malabarismo que demostraba claramente que, si se había rebasado la historia crítica, se habían asimilado sus lecciones y preservado el logro esencial.

En su explicación global, Fernand Braudel había abarcado una extensión macroespacial, 3 millones de km² de agua, 2 millones de km² de tierra y, más aplastante aún, la larga duración, porque el siglo XVI mediterráneo supone un pasado muy largo, casi cuatro veces milenario (puesto que la escritura fue primero mediterránea gracias a Egipto y el alfabeto también, fenicio como el Mediterráneo). Los que lo han seguido, sus alumnos más directos (Vitorino Magalhães Godinho,[34] Frédéric Mauro,[35] nosotros mismos)[36] han abarcado como él,

[33] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, A. Colin, 1949, 1 160 pp.; 2a. ed. totalmente corregida, A. Colin, 1966-1967, 2 vols., 589 y 629 pp., 68 mapas y gráficas, 40 anexadas al texto.

[34] *L'économie de l'Empire portugais aux XVe et XVIe siècles*, París, Sorbona, 1958, y ed. francesa, París, SEVPEN, "Ports, routes, trafics", nº 26, 1968, 860 pp., es, de toda la obra de V. M. Godinho, la que más claramente muestra la huella de la geohistoria y de la influencia de Fernand Braudel.

[35] *Le Portugal et l'Atlantique (1570-1670). Etude économique*, París, SEVPEN, 1960, 550 pp.

[36] Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1501-1650), op. cit.; Les Philippines, op. cit.*

instados por él y con su ejemplo, grandes espacios. La ventaja de los grandes espacios es imponer la realidad del tiempo, imponer el análisis por estratos superpuestos. En todo caso, salvo la espuma del acontecimiento, todo lo que es motivo de conocimiento dentro del flujo racionalizado del pasado humano, puede ser tomado a la vez como parámetro y como variable. Es en el penoso curso de esta marcha a tientas que se construye la gran historia, a la vez auxiliar y maestra de todas las ciencias del hombre.

La historia geográfica, tal como fue practicada en el prolongamiento inmediato del Mediterráneo, era contemporánea de la primera historia cuantitativa. Se puede concebir hoy una historia geográfica en la prolongación de la historia cuantitativa global de los economistas. Es lo que se trató de hacer[37] en el marco de las dos y luego tres generalidades (33 mil km²) de la Normandía de los siglos XVI, XVII y XVIII.

La historia cuantitativa, en cuanto franquea la frontera protoestadística y preestadística, necesita de una geografía administrativa exhaustiva. Pierre Gouhier ha perfeccionado un sistema que permite construir de una sola vez, con una considerable ganancia de tiempo, toda la geografía administrativa de una región. He propuesto nombrarla *historia administrativa serial.* En lugar de estudiar, como lo hace la historia tradicional, institución por institución, se toman todas de una vez y se traducen todas las instancias en términos de espacio. La superposición cartográfica es un medio seguro de investigación. Toda la estructuración que esbozamos en forma de contabilidad regional descansa en los límites encontrados de 4 500 comunidades,[38] a las que se sigue espacialmente por una larga duración multisecular, y cuyas combinaciones rigen toda la historia administrativa de un espacio regional de 30 000 a 32 000 km², cargado con entre uno y dos millones de hombres. El *beneficio de productividad en historia administrativa serial,* en la Francia del oeste,[39] donde la experiencia tuvo lugar, nos parece inscribirse en la relación de 1 a 4 o 5 con respecto a los métodos fraccionados de investigación. El vaciado en columnas de la información de la geografía administrativa que logra el equipo del

[37] El equipo de Investigación del Centro de investigaciones de historia cuantitativa de Caen, con P. Gouhier, A. Vallez, J. M. Vallez, J. P. Bardet . . . y el equipo del *Croissance de l'économie normande* y del *Atlas historique de Normandie.*

[38] *Atlas historique de Normandie,* t. I: *Cartes des communautés d'habitants. Généralités de Rouen, Caen et Alençon (1636-1789),* por P. Gouhier, A. Vallez, J. M. Vallez, prefacio de P. Chaunu, Caen, 1967, 100 pp.

[39] La experiencia está por extenderse a Turena y a Poitou.

CRHQ, adaptado a las posibilidades abiertas por las computadoras,[40] admite un uso serial de fragmentos de contabilidades dispersas. Permite hacer un continuo del discontinuo y anexar en un marco regional dos o tres siglos suplementarios para la construcción estadística. El mérito del método pertenece, en primer lugar, a Pierre Gouhier. La geografía administrativa serial, hija de la historia geográfica, permite conciliar la precisión en el cálculo del peso de la historia serial con la globalidad de la historia cuantitativa. Añade a una ganancia de productividad considerable, retrospecciones estadísticas suplementarias de dos o tres siglos. Para un cierto número de sectores (población, principalmente) el equipo de Caen no pierde la esperanza de llevar la retrospección cuantitativa hasta el siglo XIII.

Tras la anexión del espacio, *la anexión de la naturaleza* y, en primer lugar, el clima. Un gran nombre: Emmanuel Le Roy Ladurie.[41] Le Roy Ladurie tiene el mérito de reunir, de una forma límpida y convincente, veinte años de esfuerzos realizados en Estados Unidos, en Alemania, en Inglaterra, en Escandinavia, en Polonia, en Francia. Nos permite entender una nueva dimensión de la historia: el nacimiento de una verdadera historia natural. El clima que la historiografía crítica de comienzos del siglo XX consideraba de buen grado como la invariable histórica, el parámetro tipo de la explicación histórica, constituye, lo sabemos hoy, aun en la escala muy corta del tiempo histórico, una variable significativa.

La originalidad del método serial aplicado al estudio en el tiempo de un conjunto de fenómenos naturales, es decir de la historia serial de la naturaleza impulsada por Le Roy Ladurie hasta un punto de perfección provisional, reside en aprovechar el testimonio humano, elaborado según los métodos de la historia crítica y serial, para enriquecer el conocimiento de la naturaleza. Lejos de oponerse, los dos términos se apoyan. La historia, durante mucho tiempo, se dedicó únicamente a los fenómenos humanos; de ahora en adelante, incluye los fenómenos físicos. Alejarse de lo humano, poner lo humano al servicio de la me-

[40] Acerca del uso histórico de la computadora, debemos mucho a M. Couturier, "Vers una nouvelle méthodologie mécanographique. La préparation des données", *Annales ESC* 4, 1966, pp. 769-778; *Le langage Forcod*, EPHE, 6a. Sección, 1967, y la Introducción (pp. 16-46) de las *Recherches sur les structures sociales de Chateaudun (1526-1789)*, París, SEVPEN, EPHE, 6a. Sección, 1969, 294 pp.

[41] E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, París, SEVPEN, 1966, 2 vols., 1 066 pp.; *L'histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967, 379 pp., 31 láminas anexadas al texto. Y, a este respecto, nuestros breves estudios, *Revue historique* 237 (482), pp. 359-380, y 238 (489), pp. 365-376.

dida puramente física de las cosas y resistir a la tentación[42] de regresar a rienda suelta de lo físico a lo humano por el camino de la causalidad histórica, constituye una experiencia única, una experiencia que requiere, de hecho, un verdadero heroísmo.

En la apasionante tarea de la construcción[43] de una historia regresiva del clima, cuando series totalmente nuevas de fenómenos se integran a nuestro conocimiento del pasado, no hay nada más difícil de resistir que la seducción de la causalidad a toda costa y de la incorporación inmediata del contexto histórico. A juicio de muchos historiadores, al comienzo, la premura por concluir ha comprometido la conquista regresiva del clima.

La historia serial del clima, como condición previa para alcanzar sus grandes logros, supo deshacerse "de la explicación climática de la historia humana...", del antropocentrismo y de la ciclomanía, que conducen insensiblemente a las peticiones de principio.

Rechazo pues de la causalidad fácil, rechazo incluso de la economía; pero lenta y metódica construcción, en primer lugar, de series puramente físicas.[44] La recolección, la elaboración de las pruebas directas comenzó. Las rigurosas series meteorológicas científicas –que suponen la aparición y la generalización de instrumentos de medida, de una física del calor que balbucea aún a mediados del siglo XVIII– no son más largas que nuestras estadísticas generales. Como ellas, abarcan poco más de un siglo y sólo comprenden la Europa primero occidental y central, luego oriental, y la afortunada América. Entre la estadística meteorológica y un Antiguo Régimen de la medida, del aire y del tiempo, se inserta un protoestadístico que permite algunas retrospecciones espectaculares.

Aquí como en otras partes, es justo reconocerlo, el avance inglés resulta aplastante. La aptitud para la medida en todos los campos es una condición misma del *take off*. La recuperación de un protoestadístico, mucho más largo y mucho más sólido que ningún otro, está ya muy avanzada en lo que toca a Inglaterra,[45] mientras que apenas comienza en Francia, con la utilización del fondo Vicq d'Azir.[46]

[42] A diferencia de los malos ejemplos ofrecidos por muchos pioneros de la dimensión climática, que no se debe confundir con la historia del clima, E. Huntington, Brook, E. Le Danois, I. Olague..., y hasta más recientemente aún, G. Utterström, en los estudios de 1955.

[43] P. Chaunu, *Revue historique* 484, 1967, p. 368.

[44] *Ibid.*, pp. 370-371.

[45] G. Manly, "The mean temperature of Central England 1698-1952", *Quarterly Journal of the Royal Meteorological Society*, 1953, pp. 242-262 y 558 *ss.*

[46] Meyer, *Annales ESC* 4, 1966, pp. 729-749 y *Etudes rurales* 34, 1969, pp. 7-69.

Más allá se alcanzan el tiempo y el clima, sin el termómetro y el barómetro, gracias a la dendroclimatología, en la que sobresalen los americanos, gracias a la utilización de esas cintas de grabación naturales, en donde se registran de 500 a 1 500 años, que son las grandes secoyas. Series bioclimatológicas de interpretación más delicada, que globalizan los grandes glaciares, cuya continuidad se conoce gracias a una historia topográfica extendida a lo largo de grandes y espectaculares incursiones retrospectivas, y que las series de los siglos XIX y XX permiten contrastar. Para la variación pluridecenal y secular, los Alpes orientales ofrecen una maravillosa herramienta, la turbera de Fernau. A la salida del glaciar, la turbera funciona en época de retirada; en época de avance glaciar, arenas de morenas... La alternancia arena-turba proporciona una lectura que controla el carbono 14.

Tres siglos de una historia fina del clima siguen a largos milenios de una larga prehistoria más rudimentaria. La conquista histórica de la naturaleza, con los retornos a la historia humana que permite en seguida, no deja de constituir una de las más sorprendentes extensiones de la historia serial.

Empero, el hombre sigue siendo la materia privilegiada de la historia.

La más preciosa de todas las extensiones de la historia serial está constituida hoy por la *historia demográfica* y sus casi ilimitadas posibilidades. No es sólo el número, sino la dimensión más íntima del hombre lo que ella tiende a restituirnos.

La historia demográfica —¿es necesario recordarlo?— está íntimamente ligada a la demografía. Es natural, en estas condiciones, que la historia demográfica se haya desarrollado primero en los países en donde la ciencia social tenía de por sí una dimensión demográfica.

La demografía es una ciencia antigua. Tiene, como todas las ciencias humanas, sus precursores en la maravillosa perspectiva de 1680, año que señala el punto de partida de las Luces en toda la Europa occidental. Pero la demografía se desarrolló principalmente a lo largo del puente 1930 a 1945, en una coyuntura particular de algunos países de Europa. Una demografía provista de medios poderosos, sostenida por los organismos públicos, apareció ahí donde una revolución demográfica anticipada terminó, creando una situación a la vez ejemplar, anticipadora y peligrosa. En una palabra, en los sectores de Europa occidental donde el desplome de la natalidad siguió y a veces precedió la baja de la mortalidad, desembocando en una pirámide de edades particularmente desfavorable, con la instalación de un coeficiente neto (y a veces hasta de un coeficiente bruto) inferior a la unidad durante un número

considerable de años. Esta situación es típicamente francesa. Se produce en la Bélgica valona. Llega hasta Piamonte, una parte de la Italia del norte . . . , Cataluña y más tardíamente, en lapsos más o menos largos, Inglaterra y Alemania.[47] Pero la situación no es en ninguna parte tan grave como en Francia, debido a una inversión de las densidades. Después de haber constituido, durante cinco o seis siglos, el epicentro de las densidades máximas de Europa, Francia cayó entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XX; ahora se sitúa en el centro de una depresión de población (densidad: Alemania occidental, 240; Francia, 90). Esta tensión y los efectos catastróficos visibles, apreciables a simple vista, de un envejecimiento exagerado y de una densidad manifiestamente inferior al óptimo de población de la Europa industrial, explican un eje demográfico importante de las ciencias sociales en Francia y en los países de lengua francesa.

Ninguna ciencia necesita, tanto como la demografía, de la larga duración. El punto de partida del fenómeno que ella debe comprender ante todo, y luego vaciar en un modelo explicativo y operacional, se sitúa evidentemente mucho antes del comienzo de la era estadística, particularmente en Francia e Inglaterra (véanse las lecciones de Colyton). Era natural que la demografía se volviera hacia la historia con la intención de prolongar sistemáticamente algunas series estadísticas demasiado cortas para sus necesidades.

La demografía histórica debía conseguir, dentro de la historiografía francesa, una situación envidiable. En Italia se hizo un trabajo particularmente eficaz gracias a los contrastes entre el norte y el sur y, especialmente, a la calidad de los documentos. Las fuentes italianas son las

[47] En una realidad prospectiva, el mayor problema que se enfrenta actualmente en el plano mundial es mantener el coeficiente neto de reproducción de las poblaciones de los sectores industriales más avanzados, en un nivel ligeramente superior a la unidad susceptible de asegurar el reemplazo de la generación y frenar los efectos nocivos del envejecimiento. Problema mucho más grave que la pretendida demografía galopante del Tercer Mundo. El problema más serio que se plantea hoy, en el umbral de 1970, ya no se sitúa en términos de las natalidades del Tercer Mundo, la mayoría de las cuales comienza a realizar un movimiento de repliegue, sino en el plano del catastrófico retroceso, aquí y allá, de las natalidades de los sectores evolucionados. Las políticas practicadas en el transcurso del decenio 1960, lejos de atacar el problema de la aceleración demográfica del Tercer Mundo, al cavar la base de la pirámide de edades en Europa y en América del Norte, ha debilitado las posibilidades del desarrollo planetario en la perspectiva del año 1980. El freno a la explosión demográfica del Tercer Mundo pasa por un aumento sustancial de la natalidad en los sectores altamente desarrollados. Lo que supone una voluntad, inversiones, un esfuerzo de educación y de información. Ya es tiempo de emprenderlo.

más largas y las más ricas de toda Europa. En Bélgica . . . , y más recientemente en Inglaterra, desde la creación del *Cambride Group for the History of Population and Social Structures*, en 1964, principalmente merced a los esfuerzos de Peter Laslett y E. A. Wrigley. El grupo de Cambridge se apoyó en la experiencia francesa. Gracias a Sauvy, Henry, Fleury, Biraben, Reinhard, Goubert, Le Roy Ladurie, Dupâquier . . . , el adelanto francés era enorme en 1964. Los ingleses aprovecharon una parte de esta experiencia. Con mucha elegancia, en muchas circunstancias[48] el grupo de Cambridge se ha empeñado en rendir homenaje a sus modelos franceses. Además, a pesar de iniciarse más tarde, las investigaciones inglesas han podido adaptarse desde el principio a las necesidades de las computadoras.

La demografía histórica de las sociedades tradicionales preindustriales, es decir pre o protoestadísticas, está ligada al uso sistemático de la "masa potencial" por excelencia, de los registros parroquiales; por lo tanto, también a la promoción de los "datos directos comunes".[49] Hasta puede decirse que el paso de la historia de la población a la demografía histórica regresiva, la cual es una historia serial de los hombres —tuvo lugar de 1950 a 1960, en fechas redondas, primero en Francia y Bélgica; después en Italia e Inglaterra— está ligado con "la invención" de los registros parroquiales, digamos más simplemente, con el perfeccionamiento de un conjunto de modos de explotación racional de los registros parroquiales. En la primera edición del *Manuel de dépouillement*,[50] que data de 1956, se destaca este sintomático párrafo:

> El estudio de las características demográficas de las poblaciones modernas se realiza, con mayor frecuencia, combinando los datos aportados por

[48] Véanse *An introduction to English Historical Demography*, por P. Laslett, D. E. C. Eversley, W. A. Armstrong, comp. E. A. Wrigley (Londres, Weidenfeld, 1966, XII-283 pp.) en relación con nuestro clásico *Manuel* . . . y *Nouveau Manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, de M. Fleury y L. Henry (*cf*. además, L. Henry, *Manuel de démographie historique*, Ginebra-París, Droz, 1967, 146 pp.). La participación de Bourgeois, Pichat, Chevalier, Goubert, Henry, Meuvret en esta suma irreemplazable: *Population in History. Essays in Historical Demography, op. cit.* Véanse además las referencias a nuestra clásica *Histoire générale de la population mondiale*, hoy en su 3a. ed. (M. Reinhard, Armengaud, Dupâquier, París, Montchrestien, 3a. ed., 1968, X-758 pp.). Véanse además los brillantes ensayos de P. Laslett, *The World we have lost*, Londres, 1965, XIV-260 pp. (trad. francesa aumentada, Flammarion, 1969, 296 pp.), y de E. A. Wrigley, *Societé et population*, París, Hachette, 1969, 255 pp.

[49] Según la expresión cara a R. Mols, *Introduction à la démographie historique des villes d'Europe du XIV^e au XVIII^e siècle*, Lovaina, 1954, t. I, pp. 71 *ss*.

[50] París, INED, 1956, M. Fleury y L. Henry, p. 14.

> los censos con las estadísticas de estado civil. Este recurso de una doble fuente es imposible para el pasado: los censos no existen o son demasiado insuficientes. Solamente los registros de estado civil y, antes de ellos, los registros parroquiales, son utilizables. Es pues a partir de una sola fuente, y no de dos, que hay que estudiar la demografía del pasado.

Esta frase señala una etapa que apenas estamos superando. Se comienza a advertir que se han subestimado sistemáticamente los "datos directos momentáneos" del periodo preestadístico.[51]

Cada día nos reserva nuevas sorpresas en este campo. Las cuentas por hogares son susceptibles de una explotación a fondo, con dos condiciones: un buen cuadro donde se organicen sistemáticamente los datos cifrados de geografía administrativa serial[52] y una buena metodología mecanográfica, adaptada a las posibilidades de las computadoras de la tercera generación. Con ello, y si se perfecciona, sin embargo, la explotación de los "datos directos corrientes" con el método Fleury-Henry de las reconstituciones de las familias, se puede proyectar —ambición impensable en 1956, con respecto a los siglos XVII y XVIII— en los sectores privilegiados de Europa occidental, un estudio de las características demográficas de las poblaciones tradicionales, combinando los datos aportados por fuentes momentáneamente rudimentarias pero masivas, con las estadísticas de estado civil antiguo, reforzadas por largas retrospecciones que permitan reconstituir a las familias. En Francia contamos ya con cerca de 500 monografías parroquiales que reconstituyen. Hasta hoy, ninguna tiene la longitud de las dos monografías ejemplares inglesas de Hartland y Colyton (Devon). La ventaja del procesamiento de los "datos directos momentáneos" fragmentarios, valorizados al sistematizarlos en un cuadro organizado de geografía administrativa, es que permite remontar la investigación mucho más lejos en el tiempo, más allá de esa frontera de fines del siglo XVI y comienzos del XVII que raramente franqueamos con los procedimientos comprobados de la historia demográfica serial, tal como se practicaba habitualmente entre 1955 y 1965. Dos superaciones más.

Las reconstituciones pueden extenderse en cantidad, aplicando la

[51] Mucho le debemos, en este aspecto, a Jacques Dupâquier, *cf.* "Sur la population française au XVII^e et au XVIII^e siècle", *Revue historique* 239 (485), pp. 43-79, y a Pierre Gouhier, quien termina una tesis sobre la población de Normandía, inscrita también en la muy larga duración.

[52] Como la que establecimos en el CHRQ de Caen, gracias a P. Gouhier, J.-M. y A. Vallez para confeccionar el *Atlas historique de Normandie* y la elaboración del crecimiento de la economía normanda.

técnica de Cambridge,[53] o en vastas superficies delimitadas *a priori*, usando la técnica de Caen;[54] ambas son viables en lo sucesivo, gracias a las computadoras y permiten evacuar el factor discordante de las micromigraciones. Al recurrir sistemáticamente a los modelos cuyos mejores ejemplos han sido proporcionados por E. A. Wrigley,[55] la historia demográfica serial acaba de franquear una etapa.[56]

De hecho, lo que nos interesa cada vez más de la rápida extensión de esa rama capital de la historia serial, no son tanto sus aportaciones propiamente demográficas como sus posibles extensiones.

No es que sepamos todo en cuanto a la demografía de las poblaciones tradicionales. El empleo de métodos perfeccionados nos ha proporcionado recientemente una masa impresionante de elementos nuevos. La difusión y el arraigo de las prácticas anticonceptivas en los sectores importantes de la sociedad tradicional,[57] los avances y los retrocesos de la endogamia, las oscilaciones tendenciales de la esperanza de vida en la Inglaterra de los siglos XVI, XVII y XVIII . . . muestran claramente que la era de los descubrimientos importantes no se ha clausurado. Y sin embargo, difícilmente podemos escapar a la dura ley de los rendimientos decrecientes, que se impone tanto en la investigación científica como en la economía, a menos que haya una nueva mutación de las estructuras de la investigación.

Pero si la demografía misma progresa menos rápido, a causa de la amplitud de lo adquirido, la investigación en demografía histórica vale también por sus subproductos.

Más allá del número de hombres, está su dimensión: edad del matrimonio, tiempo de noviazgo, el conocimiento exhaustivo sobre la pareja. Y sobre la muerte.

[53] Alusión en el "Brassage de la population en France et en Angleterre", por P. Laslett, *Annales de démographie historique* 5, 1968, pp. 99-109.

[54] Ruan, encuesta J.-P. Bardet. Elección de Pont-l'Evêque, encuesta Gouhier-Chaunu.

[55] *Société et population, op. cit.*, p. 90 *ss.*

[56] Con respecto a algunas de las posibilidades de esta nueva demografía histórica (posterior a 1965), remitimos a nuestra *Civilisation de l'Europe des Lumières*, París, Arthaud, 1971.

[57] Importantes informes están elaborándose en Caen. Recordemos, en el orden de lo cualitativo, *La prévention des naissances dans la famille*, cuaderno 35 de los "Travaux, et documents" del INED, París, 1960, 400 pp. y un joven clásico, J. T. Noonan, *Contraception. A History of its treatment by the Catholic Theologians and Canonist*, Harvard, Cambridge, Mass., 1966, trad. francesa, *Contraception et mariage*, París, Le Cerf, 1969, 722 pp.

La pareja. Piénsese en las curvas sinusoidales espaciales y temporales de la ilegitimidad. Piénsese en el estrechamiento hasta el absurdo del tiempo del noviazgo y su reemplazo por el acercamiento tácito tradicional de lo que proponemos llamar esponsales en Francia. Piénsese, sobre todo, en el estudio serial de las motivaciones, tal como las inmensas series de dispensas[58] empiezan a revelar. Desde luego, hay que descifrar. Reconocer, a través de la avenencia del sacerdote que redacta la dispensa, las motivaciones verdaderas de lo que pertenece a la transmisión oral: lo que se dice y lo que se ve.[59] Pero desde ahora evaluamos la distancia que existe en la Francia de los siglos XVII y XVIII, entre la concepción teológica y canónica del matrimonio[60] y la experiencia afectiva y colectiva de las masas. En primer término el imperio de las palabras: la amistad, jamás el amor, los dichos y los sobreentendidos. Siempre la complementariedad funcional, más aún que económica; jamás el deseo de descendencia. Entre las dos frases del Génesis: "No es bueno que el hombre esté solo", de la versión hebrea, y el "Creced y multiplicaos", de la versión de Eloy, siempre emerge el primer eje, nunca el segundo. Entre los logros pendientes: después del abandono de las abstinencias sexuales de Cuaresma en el siglo XVI, aparecen las tentativas de resurgimiento en mayo. Una ascética que hemos puesto en relación con la práctica del *coïtus interruptus,* incluso del *amplexus reservatus.*

La educación. La preocupación se confirma en las solicitudes de dispensas, en caso de segundas nupcias . . . , la enorme conquista de la civilización escrita sobre la cultura tradicional nunca se observa mejor y con más seguridad que a través de las firmas de las actas.

La muerte. Después del sexo . . . , este logro de un tratamiento serial de los cientos de millones de actas conservadas, los archivos únicos . . . de los que carecen de grado y no han dejado rastro. El combate de los inteligentes que, en nombre de la higiene, ahuyentan el despojo de los pobres de las losas de la iglesia hacia el exilio frío e impersonal del cementerio, constituye tal vez la agresión más grave cometida por el frente unido de un cristianismo iluminado, en comunión con

[58] Un estudio serial de las demandas de dispensas, llevado a cabo bajo nuestra dirección, por M. J.-M. Gouesse.

[59] Acerca del conflicto entre la civilización escrita y las culturas tradicionales en el siglo XVIII; acerca del choque entre lo escrito y la transmisión basada en la oralidad y en el ejemplo práctico concreto, concebido como un frente de aculturación, nuestra *Civilisation de l'Europe des Lumières, op. cit.*

[60] Procedente de Noonan *(op. cit.);* todo un estudio posible según las diferentes ediciones de los catecismos y de los rituales.

el prurito de higiene de los oficiales del rey, que mandan a los que leen, que escriben y que gobiernan, contra los humildes, contra los tradicionales, contra el rumor y la costumbre. Una religión de la pureza, del amor por las ideas claras, contra un animismo tradicional, a la misma altura, sin embargo, que el misterio de la Encarnación. Una historia serial de la muerte confirma plenamente los penetrantes análisis de Philippe Ariès.[61]

En la época de las computadoras, la demografía desemboca naturalmente en el campo prioritario de la psicología colectiva, mediante el enlace de la semántica cuantitativa orientada hacia lo afectivo, con esos análisis de contenido del inconsciente colectivo, en los que sobresalen Alphonse Dupront y aquellos a quienes él ha guiado. Al cabo de todo, la historia serial desemboca en lo esencial. Al principio, parecía que desmenuzaba la historia. Al terminar, devuelve al hombre su unidad dentro de una diversidad que significa totalidad.

[61] P. Ariès, "La mort inversée. Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", *Archives européennes de sociologie* 8, 1967, pp. 169-195 y, fundamental, *L'homme devant la mort*, París, Seuil, 1977, 640 pp. Y para confirmación, P. Chaunu, *La mort à Paris, XVI^e, XVII^e, XVIII^e siècles*, París, A. Fayard, 1978, 545 pp.

XI. HISTORIA ECONÓMICA

*Superación y perspectiva**

ESTA rápida nota intenta responder, de una manera improvisada, a una pregunta amistosa y apremiante. Un historiador economista, exclusivamente comprometido en una investigación de historia económica en sentido estricto, estaría más autorizado para hacerlo. En verdad, la pregunta es delicada. ¿Cómo saber, considerando la experiencia de estos últimos años, cuáles son las probables tendencias de la investigación en los próximos dos decenios? Así, se impone un breve examen retrospectivo, con el objeto de concluir en una prospectiva que permita leer entre líneas todo lo que la prospectiva tiene necesariamente de azar, pese a sus cimientos científicos.

En el seno de nuestra antiquísima disciplina —la historia, esta palabra casi tan vieja como el hombre en la ciudad, es una palabra completamente ambigua y peligrosa—, que yuxtapone tantos y tantos dominios progresivamente heterogéneos en un falso conjunto, la historia económica constituye un terreno relativamente nuevo. Muy relativamente, claro. El historiador de oficio es poco sensible a la muy relativa juventud de esta forma de la historia. Son más bien las dimensiones de por sí imponentes de la ya larga historia de esta forma de la historia, lo que primero asombra al entendimiento: todo un pasado cargado, la abrumadora sedimentación de la producción atestiguada por varias decenas de miles de títulos, de los que es preciso saber desligarse para avanzar sin reparar en obstáculos. Se pueden buscar nuestros lejanos orígenes en 1890, a fines del siglo XIX. Por un lado, en las grandes historias nacionales —las naciones nunca habían sido en Europa tan imperialmente devoradoras como en este tiempo— un capítulo económico gana tímidamente derecho de ciudadanía. Al final es rechazado, pues las cuatro quintas partes del discurso están consagradas al Estado y la economía se reparte el resto con la sociedad, el pensamiento y el arte.

Véase nuestro Lavisse que nunca volvió a hacerse. Esta tímida inserción del dato bruto o casi bruto, esta yuxtaposición de un conjunto de hechos económicos y un conjunto de hechos políticos, supone el

* Artículo publicado en los *Cahiers internationaux d'histoire économique et sociale* 5, 1975, pp. 333-356. Reproducido con la amable autorización de la Editorial Droz, Ginebra.

comienzo de una investigación autónoma. Ernest Labrousse[1] recordaba recientemente la calidad de los trabajos de Levasseur.[2] A fines del siglo XIX, casi en todas partes, con la irrupción de las grandes colecciones de documentos, aparecen las primeras historias de los precios,[3] que de hecho son colecciones de datos brutos. Inglaterra abre el camino. Piénsese en el siempre útil Rogers.[4] Siguen Alemania y Francia con Wiebe[5] y el vizconde d'Avenel,[6] sin olvidar a Zolla.[7] Sin olvidar tampoco, cerca de una historia económica del Estado, a Natalis de Wailly[8] y a J. J. Clamageran.[9] Esta arqueología de la historia económica y al mismo tiempo de la historia cuantitativa, esta discreta aparición de un apéndice económico,[10] en el seno de una producción histórica ya muy abundante,[11] no puede sorprender. Está muy estrictamente ligada a la mutación de las sociedades industriales después de la revolución de los

[1] E. Labrousse, *Histoire économique et sociale de la France,* t. II, París, 1970, p. V.

[2] E. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'ndustrie en France avant 1789,* 2a. ed. completamente corregida, París, 1900-1907, 5 vols.

[3] Ya habíamos señalado en 1955, H. y P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)* (1a. parte, París, SEVPEN, 1955-1957, t. en 8 vols., pp. 3 890), t. I, p. 28: "De todas las ramas de la historia económica, la historia de los precios es la que ha obtenido, sin discusión, en el sentido de una historia de la medida, aplicada en los tiempos modernos y la Edad Media, resultados decisivos. Ella fue pionera."

[4] E. Thorold Rogers, *A history of Agriculture and Prices in England from the year after the Oxford Parliement to the comencement of the Continental War* (1973), Oxford, 1866-1902, 7 vols.; y de él mismo, *Six Centuries of Work and Wages,* Londres, 1884, 2 vols.

[5] G. Wiebe, *Zur Geschichte der Preisrevolution des XVI und XVII. Jahrhunderts,* Leipzig, 1895.

[6] Vizconde G. d'Avenel, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général, depuis 1200 jusqu'à l'an 1800,* París, 1894-1926, 7 vols.

[7] D. Zolla, "Les variations du revenu et du prix des terres en France aux XVIIe et XVIIIe siècles", *Annales de l'Ecole Libre des Sciences Politiques,* París, 1893-1894.

[8] N. de Wailly, *Mémoire sur les variations de la livre tournois depuis le temps de Saint-Louis jusqu'à l'établissement de la monnaie décimale,* París, 1857.

[9] J.-J. Clamageran, *Histoire de l'impôt en France,* París, 1867-1876, 3 vols., 1 800 pp.

[10] Se han confundido a menudo las dos rúbricas. Existe una historia económica puramente descriptiva y los métodos cuantitativos tienen una vocación que rebasa el sector de la economía.

[11] Varias centenas de títulos por año, en lengua francesa y en lengua alemana. La producción de las grandes herramientas documentales nunca ha sido tan abundante en Europa occidental (el ritmo de la publicación de las grandes colecciones de documentos inéditos lo muestra) como entre 1880-1890 y 1910.

ferrocarriles; se ve arrastrada por la emulación nacional; es contemporánea del desarrollo del pensamiento económico, de la época de Pareto y de los marginalismos; de la toma de conciencia de la importancia económica y social de la crisis, gracias a la economía política liberal (véase a Juglar) tanto como a su crítica marxista. Todo eso se encontraba latente desde mediados del siglo XIX y fue necesario esperar los dos últimos decenios del siglo XIX, para que se constituyera un primer esbozo de sector historiográfico económico autónomo. La formación de esta primera masa crítica (¡oh cuán modesta!) de transformación, no es producto del azar. La gran depresión (1873-1874; 1900-1905) en la periodización de Simiand, con toda evidencia, ejerce su acción en el plano de las motivaciones. Se conoce la importancia de ese durable apisonamiento de los precios agrícolas, en sociedades donde el sector agrícola sigue siendo social, si no es que económicamente, el más fuerte; donde una parte de la élite intelectual continúa viviendo (era el caso del vizconde d'Avenel) o recibiendo un complemento de ingreso de la renta del suelo, y a la larga se ve alcanzada por la disminución tendencial de los ingresos agrícolas. Se conoce la gravedad de las tensiones que caracterizan el paso de la segunda a la tercera etapa del desarrollo industrial. Estas transformaciones no actúan directa y mecánicamente en el ámbito de la creación intelectual. Numerosos, múltiples y diversos son los mediadores; lentos también los efectos de ascenso, en una época en que la densidad y la rapidez de los circuitos de comunicación no tienen todavía el grado de eficacia alcanzado en nuestras sociedades postindustriales. De ahí la amplitud de los estados latentes. La morosidad de fines del siglo XIX sigue pesando en las ideas, cuando en el plano de los hechos ha cedido su lugar al agresivo crecimiento del siglo XX, desde hace cinco, diez o quince años. A lo sumo, se está obligado a reconocer que el movimiento creado por impulso de los años 1890, por no ser sostenido, no llega a sacar a la historia económica de su indeterminación, antes de la verdadera revolución de 1929 y de los años treinta.

Afirmémoslo sin vacilar: acabemos de una vez con la ilusión de las fechas demasiado cortas en beneficio de la historia, ciencia que organiza en forma de federación a las demás ciencias humanas de nuestro tiempo; ha nacido entre 1929 y el comienzo de los treinta; ha nacido de la angustia y desdicha de los tiempos, en la atmósfera dolorosa de una crisis de dimensiones enormes y de repercusiones infinitas.

1

La historia que vive aún, la historia cuyas experiencias siguen nutriendo nuestro trabajo de investigación, es posterior al viraje decisivo de los años 1929-1933. Lo que antecede tiene valor de documento. Lo que antecede ha sido asimilado íntegramente por la historia viviente de la cual nos nutrimos. Dicho de otra manera, plantearemos que antes de 1929 nos hallamos en presencia de una arqueología de la historia económica; después, solamente después, comienza la historia de esta forma de historia.

Todo se inicia en la coyuntura 1929-1930. ¿Tal vez somos víctimas de una ilusión? Hay que plantear exactamente la pregunta y tratar de responderla. Un lapso de cuarenta o cuarenta y cinco años nos separa de ese momento. ¿Es la realidad objetiva de la creación intelectual de esta época, la realidad objetiva de una crisis económica, a la vez coyuntural y estructural, la que nos ordena detenernos?, ¿o es el hecho natural e inevitable que resulta de la sucesión de las generaciones, lo que hace que los historiadores de principios de los setenta se estrellen inevitablemente contra el umbral de los primeros años treinta? No hace mucho, la historiografía de lengua española, en conexión con la historiografía de lengua alemana, se complació en abordar la problemática de la generación. Véanse las pertinentes reflexiones de Yves Renouard[12] y de Pierre Vilar.[13] En un límite de 40 a 45 años, nos topamos, desde dos perspectivas complementarias, con el término de esta duración. Por un lado los hombres que han dejado una huella con su enseñanza y su ejemplo: la generación de historiadores de cuarenta a sesenta años que actualmente ocupan los puestos de dirección de la investigación, la publicación y la enseñanza, y que comenzaron a producir en la atmósfera de la gran crisis económica. En Francia, Ernest Labrousse (nacido en 1895) y Fernand Braudel (nacido en 1902) han desempeñado un papel de dirección, han ejercido un ascendiente que se impone en la inteligencia de todos. Las grandes obras que han alimentado toda la historia económica de la segunda posguerra (desde *L'esquisse*[14] hasta el

[12] Y. Renouard, *La notion de* génération *en histoire, Revue historique* 209 (425), pp. 1-23, y *Etudes d'histoire médiévale,* t. I, París, SEVPEN, 1968, pp. 1-23.

[13] P. Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales,* París, SEVPEN, 1963, 3 vols., bibliografía, pp. 90-92.

[14] E. Labrousse, *L'esquisse du movement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle,* París, Dalloz, 1933, 2 vols., XXIX-306 pp., 307-691 pp.

Méditerranée[15] pasando por la *Crise)*[16] fueron pensadas, concebidas y desarrolladas dentro de la atmósfera de la crisis de 1929 y a lo largo del proceso posterior, lleno de sus múltiples repercusiones. Debe releerse atentamente a este gran clásico, el prefacio de 1946 del *Méditerranée,* completado por el prefacio de 1963.[17] Estos textos nos informan sobre la cronología de una aventura intelectual,[18] una aventura que desborda completamente la experiencia de un hombre. Concebido entre 1923 y 1925 como indagación de una política mediterránea de Felipe II (una parte de este antiguo proyecto ha pasado a la tercera parte),[19] este libro nació entre 1929 y 1939, esencialmente tal como ahora lo conocemos.[20] Fue redactado entre 1940 y 1945.[21]

Por otro lado, los hombres de cuarenta a cincuenta años que están hoy ubicados en los puestos de responsabilidad, tienen una memoria y una experiencia que se remonta hasta el umbral del decenio de los treinta. El mecanismo de las generaciones delimita pues, casi necesariamente, en la aventura del espíritu, esta duración de un corto medio siglo que es, "para los más robustos"[22] de entre nosotros, la duración de la vida adulta para un trabajo efectivo. El medio siglo es una duración que se ha demostrado útil para una periodización de historia intelectual, con tanta mayor facilidad, cuanto que la mutación estructural de fines

[15] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* París, A. Colin, 1949, XV-1160 pp.; 2a. ed. profundamente corregida y considerablemente aumentada, París, A. Colin, 1966, 2 vols., 589 pp., 629 pp.

[16] E. Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution,* París, PUF, 1944, LXXV-664 pp.

[17] Braudel, *La Méditerranée, op. cit.,* 2a. ed., t. I, pp. 11 y 15.

[18] *Ibid.,* p. 15: "Mi excusa es la historia misma de este libro. Cuando lo emprendí en 1923 tuvo la forma clásica, ciertamente más prudente, de un estudio consagrado a la política mediterránea de Felipe II"; *ibid.,* p. 11: "Además, *La Méditerranée* no data de 1949, año de su publicación, ni aun de 1947, año en que fue sostenido como tesis en la Sorbona. Estaba determinado en sus grandes líneas, si no enteramente escrito, desde 1939, al término de la primera juventud resplandeciente de los *Annales* de Marc Bloch y de Lucien Febvre, de los cuales es un fruto directo."

[19] Los acontecimientos, la política y los hombres.

[20] La parte del medio: Destinos colectivos y movimientos de conjunto.

[21] En condiciones que suponen una potencia intelectual, una fuerza de voluntad y una grandeza moral etimológicamente excepcionales.

[22] A pesar del alargamiento estadístico de la vida humana, alargamiento detenido desde 15 años en los sectores más desarrollados donde son perceptibles algunos amontonamientos debidos a nuestros malos hábitos, esta duración es un dato tres veces milenario. En el Salmo 90 (§10), en esa antiquísima plegaria llamada Oración de Moisés el Salmista, ¿no leemos "Vemos nuestros años desvanecerse como un soplo. Los días de nuestros años se elevan a setenta años, y para los más robustos, a ochenta años"? Cincuenta años de vida adulta.

de los años veinte y del comienzo de los treinta se impone objetivamente al análisis histórico como un tiempo fuerte.

Todo coincide con el viraje decisivo de los años 1929-1930. En el orden del pensamiento, 1928-1937 equivale aproximadamente al viraje científico (1898-1905) de comienzos del siglo XX (de los *quanta* a la primera formulación de la relatividad limitada). La duración excepcional de principios de los treinta se organiza en dos planos; superpone, si se quiere, el tiempo de la innovación absoluta y el tiempo de la maduración de las consecuencias derivadas de las innovaciones fundamentales de comienzos del siglo. Piénsese en la relatividad: la formulación de la relatividad general data de los años de la primera Guerra Mundial. En aquel entonces, el tiempo no es favorable para la difusión. Quince años bastan para que aparezcan las consecuencias de ella. Un comienzo de verificación. La relatividad sólo modifica profundamente el horizonte científico al término de esfuerzos paralelos, incluso complementarios y consecuentes. La mecánica ondulatoria que Louis de Broglie crea en 1923, tiene ganada la partida en 1929. La física relativista, en el umbral de los años treinta, sale del exclusivo mundo de los sabios. Langevin y Russel le dan una dimensión filosófica. Relativista y cuántica, la física desemboca en el plano de la cultura. Insinúa sus perturbadoras interrogaciones en el ámbito de la filosofía. Normalmente se piensa en la revolución mecanicista, en el aristotelismo que se despliega en los primeros decenios del siglo XX. Comparación no es razón. Sin embargo, hay que buscar muy lejos el equivalente de semejante perturbación de los pensamientos. Trampolín de todas las secuelas, piénsese en la radiactividad. Lord Rutheford: la primera transmutación provocada se ubica en Cambridge en 1919. Fines de 1933, unos cuarenta radioisótopos naturales son conocidos. Frédéric e Irene Joliot-Curie descubren los invaluables isótopos artificiales. En 1937 se habían creado 190 de ellos. Hubble descubrió el *redshift* en 1924-1928, gracias al nuevo telescopio de Mont Wilson: se trata del punto de partida del universo en expansión y de una nueva cosmogonía. Este modesto observador habrá hecho por la astronomía de los años treinta, tanto como hiciera Herschel a fines del siglo XVIII. Punto de partida que se aprecia mal, al comienzo, como el descubierto por Fleming en 1929, del *Penicillium notatum*. Pero que puede prever el alcance de los balbuceos cibernéticos de los años treinta.

Relatividad, radiactividad por una parte; *redshift*, antibiótico, cibernética por la otra. Y, muy lejos en el orden del saber, Freud . . . y, por qué no, los trabajos de la Escuela Bíblica de Jerusalén.

Todo ello en el terreno de las ideas. La historia, disciplina intelec-

tual, no puede ser separada del conjunto de la producción intelectual.[23] Pero la historia es llamada, además, al encuentro de los años 1929-1939 por mediadores económicos y sociales que se imponen fácilmente. Por eso estamos aquí en presencia de un problema esencial.

La historia es la más antigua de las ciencias sociales. El relato, la crónica de los héroes, de Herodoto a Michelet pasando por Las Casas, ha sobrepasado siempre el acontecimiento. Ha desembocado siempre en un sistema implícito de la sociedad. Siempre han existido las correspondencias entre la historia que se escribe y la que se vive, entre el sistema de civilización de la historiografía y la organización del pasado en el discurso histórico. Dime la historia que escribes y te diré quién eres. Las correspondencias pueden ser discretas; la relación tan profunda, que sea apenas perceptible. Tal fue el caso a fines del siglo XIX, en la época de la historiografía "positivista", hipercrítica y partidaria del cientificismo.

La mutación historiográfica que se produce en la perspectiva de los años treinta es, en primer lugar, el surgimiento de lo que hace evidentes las correspondencias. La primera manera, la historia económica cuantitativa, es una tentativa de respuesta sin disimulo a los angustiosos problemas de una época. La conexión, el acoplamiento dos por dos, golpe a golpe, ciencia del hombre, remontar histórico, se hace abiertamente en respuesta al problema número uno: la crisis. Hay que releer y meditar ese clásico de pluridisciplinariedad activa, de historia útil y comprometida que François Simiand publicaba en el transcurso de la tormenta –y cuyo límpido título definió el programa de la historia económica que se creó: *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*.[24] La crisis mundial, la palabra es en todas partes la preocupación de todas las mentes. Una bibliografía enorme, varias decenas de miles de títulos en cuarenta años. Todo ha sido dicho, casi todas las hipótesis han sido formuladas. Recuerdo, en primer lugar, que los niveles de producción de los Estados Unidos en 1929 no son superados más que en el puente entre los años 1941-1942, con la entrada en guerra; que la producción de acero en 1932[25] es sólo un 17 por ciento de la alcanzada en 1929; la de equipos agrícolas sólo un 20 por ciento;

[23] Esta larga digresión, demasiado breve para ser significativa, necesariamente impresionista, nos recuerda la necesidad de una historia resueltamente cuantificadora de la cultura, una de las superaciones de la historia económica para los decenios por venir.

[24] París, Alcan, 1932, II-142 pp.

[25] F. Freidel, *America in the Twentieth Century*, Nueva York, A. A. Knopp, 1960, pp. 311 *ss*.

la de textiles sólo un 70 por ciento; la producción agrícola sólo un 94 por ciento ... que la crisis es casi tan marcada en toda la Europa del noroeste industrializado, principalmente en Alemania. Solamente en los países muy poco industrializados o artificialmente protegidos por una economía estatizada en circuito económico cerrado puede haber crecimientos; tal es el caso de América Latina (en Brasil por ejemplo), donde la industria no es nada y la agricultura de exportación está en crisis; del acero en todos los Estados Unidos; como en la URSS que sólo sobrepasa verdaderamente los índices industriales de la Rusia zarista hasta el umbral del segundo plan (1934) y que está lejos de igualar la producción agrícola de 1913. En Francia, falso conjunto económico muy heterogéneo, relativamente preservado, en apariencia, la comisión del Plan Monnet pudo calcular que las pérdidas debidas a la falta de renovación de los equipos entre 1930 y 1939 habían excedido el nivel de las pérdidas debidas a la guerra entre 1940 y 1945. Por último, sobre todo, estos años han sido los de una crisis demográfica de una gravedad extrema. Casi todos los países industriales han tenido un coeficiente neto de reproducción inferior a la unidad entre 1930 y 1939, con tasas de 0.4 o de 0.5 en algunas grandes capitales (como Viena y Estocolmo), en el momento culminante de la crisis. Tales comportamientos destructores de vida, tanto a corto como a largo plazo, traducen evidentemente un profundísimo desasosiego. Es entre 1937 y 1942 cuando comienzan a funcionar en sentido inverso los mecanismos autorreguladores y cuando la situación demográfica se restablece. Una crisis de esta amplitud, que afecta a la vez todos los ámbitos,[26] no puede comprenderse recurriendo únicamente a un sistema de explicación. François Simiand había percibido eso, a pesar de que su sistema nos parezca actualmente insuficiente. En realidad, la crisis del decenio de los treinta es exactamente el caso de un reajuste estructural; resulta de la superposición de causas colocadas en planos muy diferentes, con reacciones en cadena;

[26] Hasta el dominio religioso también comprendido, desde luego. Los años treinta también son los de una recuperación y de un resurgimiento del pensamiento teológico y místico. K. Barth, cuyo *Commentaire de l'Epître aux Romains* había causado sensación en 1923, comienza en 1933 la publicación en el *Evangelischer Verlag Zollikon*, en Zurich, de la *Kirchliche Dogmatik*, punto de partida de una teología dialéctica, que comienza a superar las tensiones ortodoxia-liberalismo, más próxima de la ortodoxia que del liberalismo, que domina el pensamiento protestante y luego al católico, desde 1935, en líneas generales, hasta 1955-1957. A partir de 1955-1960, un neoliberalismo animado en los Estados Unidos por una *diáspora* de teólogos alemanes, lanzada como un producto de consumo por los *mass media*, contribuye a la gran evacuación del contenido del pensamiento cristiano, a la gran destrucción, por dentro, de todas las iglesias en el decenio de los años sesenta.

1929-1939 es el fin de los estadios latentes; 1929-1939 es, en una palabra, el fin de toda una serie de "fronteras", antes de la apertura de las nuevas fronteras tecnológicas y el resquicio de un nuevo sistema de civilización. El choque diferido de la primera Guerra Mundial, el choque diferido del cierre casi total de las fronteras espaciales y demográficas. La llegada, en los países industriales, de generaciones que dejan de ser más numerosas que las que les han precedido; 1930 es el fin de un tipo de crecimiento propio del siglo XIX, léase un crecimiento que asocia los viejos recursos tradicionales del espacio y del número, con los nuevos recursos cada vez más exclusivos de la innovación.

2

La historia económica nació entonces entre 1929 y 1932, con la gran empresa[27] de una historia científica de los precios, que suministró en pocos años[28] esas largas series, finas, vigorosas, complejas, que se remontan intrépidamente en el curso del tiempo, empalmando la protoesta-

[27] H. Hauser, "Un comité international d'enquête sur l'histoire des prix", *Annales d'histoire économique et sociale 2, 1930*, pp. 384-385.

[28] En Francia, H. Hauser, *Recherches et documents sur l'histoire des prix en France*, París, 1936; Labrousse, *L'esquisse, op. cit.* y *La crise, op. cit.* En Inglaterra, Beveridge, *Prices and Wages in England from the Twelfth to the Nineteenth Century*, I, Londres, 1939. En Holanda, N. W. Posthumus, *Inquiry into the history of Prices in Holland*, Londres, 1946, 1968, 2 vols. En Bélgica, C. Verlinden y J. Craeybeckx, *Documenten voor de Geschiedenis van Prijzen en Lonen in Vlanderen en Brabant (XVe-XVIIIe eeuw)*, Brujas, 1959. En Alemania, M. J. Elsas, *Umriss einer Geschichte der Preise und Löhne in Deutschland von ausgehenden Mittelalter bis zum Beginn des neunzehnten Jahrhunderst*, Leiden 1936-1949, 2 t., 3 vols. En Austria, A. F. Pribram, *Materialen zur Geschichte der Preise und Löhne in Oesterreich*, t. I, Viena, 1938. En Dinamarca, A. Friis, *A History of Prices and Wages in Denmark 1660-1800*, Copenhague, 1958. En Polonia, S. Hoszowski, *Ceny we Lwowie w latach, 1701-1914*, Lwow, 1934, y *Ceny we Lwowie w XVI-XVII wieku*, Lwow, 1928, trad. francesa, París, 1954. En Rusia, A. G. Mankov, *Le mouvement des prix dans l'Etat russe* (trad. francesa), París, 1954. En España, E. J. Hamilton, *American Treasure and the Prices Revolution in Spain*, Cambridge, Mass., 1934; *Money Prices and Wages in Valencia, Aragon and Navarra, 1351-1500*, Cambridge, Mass., 1936 y *War and Prices in Spain (1651-1800)*, Cambridge, Mass., 1947. En Portugal, V. M. Godinho, *Prix et monnaie au Portugal*, París, 1958. En Italia, A. Fanfani, *Indagine sulla rivoluzione dei prezzi*, Milán, 1940; G. Parenti, *Prime ricerche sulla rivoluzione dei prezzi, in Firenze*, Florencia, 1939 y *Prezzi e mercato del grano a Siena (1546-1765)*, Florencia, 1942. Si se busca una recapitulación sintética de todas las investigaciones consagradas a la historia de los precios, F. Braudel y F. C. Spooner, "Prices in Europe from 1450 to 1750", *Cambridge Economic History*, t. IV, Cambridge, 1967, pp. 378- 485 y 608-675.

dística del siglo XVIII y de comienzos del siglo XIX con la estadística elaborada del XIX; empalmando la protoestadística del XVIII cuya secuela la preestadística a veces se remonta alegremente hasta el siglo XIV en el caso de los países mediterráneos y hasta el XIII en el de Italia. La obra colectiva que caracteriza mejor a este período es la de los *Annales,* creados en 1929 por Marc Bloch y Lucien Fevre con el título revelador de *Annales d'histoire économique et sociale.* La influencia de la revista, particularmente en el primer período, de 1929 a 1938, fue inmensa. La obra individual que caracteriza mejor el nacimiento de la historia económica dinámica es la de François Simiand[29] cuya influencia fue notable gracias a Ernest Labrousse, a Fernand Braudel y a los *Annales.* Entre 1929 y 1939, para dar una explicación por cierto parcial, pero coherente, a la crisis de 1929, François Simiand perfeccionó su teoría de los movimientos de larga duración, superando los movimientos de larga duración tal como Kondratieff los había concebido, en relación poco convincente con los ciclos de la actividad solar,[30] con la teoría de las fases llamada a tener un extraordinario éxito en la historiografía de lengua francesa. Recordemos que, desde 1932, François Simiand[31] había explicado la crisis de 1929-1932 por la superposición de una crisis cíclica y de un cambio de fase, comparando la situación de estos años con la de 1873, de 1817, anticipando incluso algunos hitos que llegaban hasta el comienzo del siglo XVII y a mediados del siglo XIV.

Una historia económica, sistemáticamente cuantificadora, nació entonces; las circunstancias de su acta de bautismo, principalmente en Francia, dejaron una huella que duró treinta años e influyó en toda una generación y en el desarrollo ulterior de la historiografía. Se adquirieron dos elementos esenciales: el primero es el acoplamiento entre una rama de la historia y una ciencia humana del presente. La historia económica no es sólo una rama de la historia, sino también una ciencia auxiliar de la economía política. Admite que se apliquen en el pasado modelos adaptables basados en el análisis matemático de los datos cuan-

[29] F. Simiand, *Le salaire, l'évolution sociale de la monnaie,* París, 1924; *Cours d'économie politique au Conservatoire des Arts et Métiers,* París, policopiado, 1930-1931, 3 vols.; *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVI^e au XIX^e siècle,* París, 1932; *Les fluctuations économiques de longue période et la crise mondiale,* París, Alcan, 1932; *Inflation et stabilisation alternées. Le développement économique des Etats-Unis,* París, 1934.

[30] N. D. Kondratieff, "Die langen Wellen der Konjonktur", *Archiv für Sozialwissenschaft,* 1926; y a este respecto *cf.* G. Imbert, *Des mouvements de longue durée Kondratieff,* Aix-en-Provence, La Pensée Universitaire 1929, XIII-538 pp. + láminas fuera de texto.

[31] *Les fluctuations économiques de longue période et la crise mondiale, op. cit.*

tificables de la actividad económica. Segundo punto: hemos visto cómo[32] la historia manifiesta una predilección por el movimiento. La historia económica parcialmente cuantitativa, surgida del choque de la crisis y que abarca un tercio de siglo, es una historia del *movimiento*, de la variación, de la estructura ondulante de la economía. Esta inquietud habrá contribuido finalmente a facilitar una forma de transición entre la historiografía tradicional y la nueva historiografía. Después de Simiand, la historia, incluso la estructural, en el pensamiento de Ernest Labrousse seguía siendo la historia del cambio, de la variación.

La segunda innovación fundamental de los años treinta, la génesis remota de la historia geográfica,[33] que debe todo al genio inventivo de Fernand Braudel, se sitúa también en relación con esa selección implícita que es continuidad. Fernand Braudel presentaba en las vigorosas páginas del prefacio del ya citado *Méditerranée*,[34] lo que fue, al término de esa década, aquello que debe llamarse verdaderamente el horizonte limitado de la historia positivista agotada; una maravillosa técnica, un notable instrumento de investigación[35] al servicio de una crónica mejorada del Estado. Lo que más le falta a la historia anterior a los años treinta es una problemática. Sobre este punto, particularmente, la crítica de los *Annales* resulta justa y fuerte. Hoy, cuando la causa ha sido comprendida, puede parecer inútilmente polémica. Pero, ¿cómo hacerse oír sin hablar alto? Al lado de esta historia sin problema, la geografía humana, en la época de Albert Demangeon y gracias al impulso que le imprimió Vidal de La Blache, pudo ofrecer a los historiadores un conjunto de problemáticas que podían trasponerse perfectamente. Esquematicemos: la historia de la geohistoria, en cualquier caso, se desarrolló de 1930 a 1945; es la historia de la elaboración de una obra, el paso de la política mediterránea de Felipe II al Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. El Mediterráneo, es decir el espacio: 3 millones de km² de agua, 2 millones de km² de tierra, cuatro mil años de historia, porque la escritura fue ante todo mediterránea. El Mediterráneo era, maravilloso descubrimiento, el es-

[32] *Cf. supra*, p. 208.

[33] *Cf.* capítulo II, *supra*.

[34] Braudel, *La Méditerranée*, pp. IX-XXV.

[35] De Lorenzo Valla, del humanismo italiano del siglo XV a los benedictinos de San Mauro, en la perspectiva de la crisis de conciencia europea en el umbral de las Luces, hasta la hermenéutica bíblica historicista de las universidades alemanas en el siglo XIX, las técnicas de la crítica del texto y del establecimiento del hecho han tenido todo el tiempo necesario para alcanzar un punto de perfección que nunca más será sobrepasado.

pacio liberado del Estado, el espacio verdadero, quiero decir el paisaje, el diálogo del hombre con la tierra, con el clima,[36] ese secular combate del hombre y de las cosas sin la pantalla del Estado, sin la *diminutio capitis* del marco nacional con su geografía administrativa y sus fronteras. La geohistoria era aún en historia un tiempo muy largo, casi geológico; un tiempo inmóvil, en oposición dialéctica pues, con el corto y vigoroso tiempo que la dinámica coyuntural[37] de la escuela de Simiand y más aún de Labrousse había rescatado del procedimiento habitual de la historia, con una especie de predisposición estructuralista muy anticipada. El Mediterráneo —y por lo tanto la geohistoria— era todavía un modo de análisis de la compleja realidad del pasado que distingue: el tiempo casi inmóvil del centro de las estructuras económicas profundas, con sus montañas contemporáneas de la Argelia de Gaston Doumergue y de la Italia de Mussolini, donde a veces todavía sucede que Cristo se detiene en Éboli; el tiempo decenal o treintenal de la economía de intercambio y, para terminar, el acontecimiento fugaz pero verdadero como la espuma del mar. La historia geográfica tiene también sus correspondencias en el presente. Al principio, es un poco la historiografía del fin de la "frontera". Recuérdese el papel de la estancia en São Paulo, tanto en la obra de Fernand Braudel como en la de Claude Lévi-Strauss, cuando São Paulo es una de las últimas "fronteras" en sentido turneriano, casi la última posibilidad de crecimiento horizontal para una economía-mundo que ya no tendrá pronto otra frontera que los nuevos límites tecnológicos en reconversión, que John F. Kennedy prometía, en el umbral de los años sesenta, al esfuerzo colectivo de la gran nación americana. La América del Sur de fines de los cincuenta, la América en donde Pierre Monbeig preparaba *Pionners et planteurs*[38] y Argelia han desempeñado un papel muy estimable en la intrusión del espacio y de la larga duración. En la época en que el espacio va a dejar de dominar el crecimiento, en que los últimos imperios de las colonias con banderas, legados de la Europa industrial del XIX que pierde fuerza, están a punto de hundirse y de transformarse en sistemas más complejos de dependencia, las dimensiones geográficas asedian a la historia. La historia económica de los años treinta y cuarenta tiene una cita con la dinámica coyuntural y el análisis de la pareja tiempo-espacio.

[36] La historia del clima, esta gran conquista reciente en la que sobresale Le Roy Ladurie, estaba contenida, como una vaga promesa, en la primera parte de *La Méditerranée*.

[37] *Cf.* capítulo I, *supra*.

[38] P. Monbeig, *Pionniers et Planteurs de São Paulo, París,* A. Colin, 1952, 376 pp.

En Francia, la historia económica de 1945 a 1960, alentada por Ernest Labrousse y Fernand Braudel, se esfuerza por incorporar, superándola, esta doble innovación. Sueña con combinar la lección de Simiand y la de la geohistoria. Busca la totalidad –una totalidad económica– en los espacios que van del pequeño país[39] cuyo modelo ha sido procurado por el *Beauvaisis exemplaire,*[40] Cataluña,[41] la provincia casi nación,[42] de la provincia pretexto a la exploración genial de la más larga duración,[43] en una empresa que anuncia las formas nuevas[44] de otra historia económica de grandes espacios oceánicos: Atlántico meridiano[45] de los portugueses,[46] Atlántico paralelográmico de la Carrera de Indias,[47] océanos Índico[48] y Pacífico.[49] Tal vez en este estudio de los espacios oceánicos se intenta realizar de la manera más cordial la combinatoria de la dinámica coyuntural de Simiand-Labrousse y de la geohistoria de Fernand Braudel.[50] Estas investigaciones macroespaciales se expresan claramente en los análisis en estructura y coyuntura. Por lo menos desde los años cincuenta, la historia económica superó la parsi-

[39] P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730. Contribution à l'histoire sociale de la France au XVII^e siècle,* París, SEVPEN, 1960, 2 vols., LXXII-536 pp. + láminas y un atlas.

[40] Sobre el pequeño país, una de las células fundamentales de la sociabilidad, nuestro artículo, P. Chaunu, "En marge du Beauvaisis exemplaire. Problèmes de fait et de méthode", *Annales de Normandie,* 4, diciembre 1960, pp. 337-365.

[41] P. Villar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne, Recherches sur les fondements économiques des structures nationales,* París, SEVPEN, 1962, 3 vols., 717 pp., 586 pp., 570 pp. + un atlas.

[42] A este respecto, P. Chaunu, "Les Espagnes périphériques dans le monde moderne"; *Revue d'histoire économique et sociale* 16 (2), 1963, pp. 145-182.

[43] E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc,* París, SEVPEN, 1966, 2 vols., 1060 pp. + mapas, gráficas, láminas fuera de texto.

[44] P. Chaunu, "A partir du Languedoc. De la peste noire à Malthus. Cinq siècles d'histoire sérielle", *Revue historique* 237 (482), pp. 359-380.

[45] F. Mauro, *Le Portugal et l'Atlantique au XVII^e siècle (1570-1670). Etude économique,* París, SEVPEN, 1960, LXII-550 pp.

[46] Chaunu, "Brésil et l'Atlantique au XVII^e siècle", *Annales, op. cit.,* pp. 1176-1207.

[47] Chaunu, *Séville et l'Atlantique, op. cit.,* 1a. parte, *Séville et l'Atlantique, op. cit.,* 2a. parte.

[48] V. M. Godinho, *L'économie de l'empire portugais aux XV^e et XVI^e siècles* (terminado en 1958 y publicado en 1969), París, SEVPEN, 1969, 857 + IV pp.

[49] P. Chaunu, *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques,* París, SEVPEN, 1960 y 1966, 2 vols., 302 pp., 80 pp.

[50] Sobre este tema, una organización bibliográfica más completa en P. Chaunu, *L'expansion européenne du XII^e au XV^e siècle,* París, PUF, 1969, 396 pp., y *Conquête et exploitation des nouveaux mondes,* París, 1969, 445 pp.

monia previa, peligrosa pero necesaria, de una coyuntura reducida a los precios. Buscó en los tráficos,[51] entre otros, el sustituto de la imposible producción.[52] La imposible producción está a la medida incluso del presupuesto implícito de la historia económica cuantitativa de la primera generación. Procedente del modelo de los precios, deseosa de alcanzar la estructura ondulante, la dinámica coyuntural de las economías antiguas de la era preestadística, esta historia cuantitativa de la primera generación, está demasiado influida todavía por la angustia de la crisis,[53] por las ambiciones de una cuantificación fina, para convertirse de entrada en sustituto modesto pero útil del pensamiento global en historia, donde Fernand Braudel sobresalió.[54] Es posible conceder a la crítica ulteriormente formulada por los cuantitativistas de la escuela Kuznets y Marczewski,[55] que esta historia cuantitativa de la primera generación tal vez consagró demasiados esfuerzos a series extremadamente finas de sectores minoritarios, en detrimento de los sectores más vastos de la economía. Y sin embargo, es precisamente por el rigor del pensamiento y la seguridad del resultado que la dinámica coyuntural regresiva, la historia económica de la primera generación, actualmente puede subyacer en las inmensas ambiciones nacidas en el umbral de los últimos decenios del siglo, en tercer nivel de lo que deseo llamar la historia serial.

Diez años después se puede intentar un balance. La experiencia es considerable y me parece que de ella se desprenden tres leyes. Nosotros hemos intentado demostrar, en el marco excepcional del espacio atlántico español e hispanoamericano,[56] la realidad de la hipótesis cuadricíclica[57] aplicada en un sector muy amplio[58] de la economía. Ciclos (de Kitchin, de Juglar, de Kondratieff) y fases se superponen sin discusión posible. La hipótesis ha sido muy suficientemente verificada.[59] No ha-

[51] F. Braudel y R. Romano, *Navires et marchandises à l'entré du port de Livourne*, (1547-1611), París, 1951, 112 pp.

[52] H. y P. Chaunu, *Séville, Introduction méthodologique*, París, 1955, XVI-332 pp. + mapas, pp. 1-31.

[53] "Conocer, analizar, dominar para mejor domesticar las fluctuaciones económicas . . . ésa es la preocupación esencial . . ." *(cf.* capítulo I, *supra).*

[54] *Cf.* capítulo IV, *supra.*

[55] Las críticas de los cuantitativistas americanos ultraliberales han coincidido curiosamente con las de los marxistas ortodoxos, diez años antes.

[56] Chaunu, *Séville et l'Atlantique.*

[57] La expresión es de G. Beaujouan en la reseña que ha consagrado a nuestro estudio en *Journal des Savants*, 1960.

[58] Acerca de un pensamiento global de este sector, Chaunu, *Conquête et exploitation, op. cit.*, y capítulo VI, *supra.*

[59] Braudel y Spooner, *Prices in Europe, op. cit.*

blemos de cuadriciclismo, término quizá demasiado preciso. Podemos formular a manera de ley, la primera adquisición de la dinámica coyuntural: la estructura ondulante de las economías y de las sociedades es universal. La hipótesis multicíclica se aplica en todas partes. No ha sufrido ningún desmentido. Aun si desde fines del siglo XIII hasta fines del XVIII, todas las fluctuaciones se inscriben entre dos planos casi horizontales. Esta rectificación es posterior. La teoría del mundo pleno,[60] los *cheks* maltusianos que se han tomado de M. M. Postan;[61] las investigaciones llevadas a cabo por la demografía histórica y la gran encuesta realizada por la 6a. Sección de la Escuela de Altos Estudios, acerca de la producción agrícola según los diezmos,[62] tienden a proponer, en el caso de la muy larga duración del siglo XII a comienzos del XIX, en Occidente, una *trend* casi horizontal, una *trend* débilmente ascendente y no, desde luego, esa falsa horizontalidad apresuradamente obtenida y fundada en muestras microscópicas y poco representativas.[63]

La segunda ley se deriva de la primera. Permite afirmar la existencia de una coyuntura económica. Los millares de curvas dibujadas a partir de series minuciosamente calculadas, que se remontan siempre de una manera más sistemática en el protoestadístico, están casi siempre vinculadas entre sí por correlaciones positivas. Ejemplos típicos: la correlación positiva precio-tráfico en el interior del espacio atlántico que vincula Sevilla (léase Europa) y América; la correlación positiva que vincula los precios, los índices de actividad del Atlántico y del Pacífico de los ibéricos en los siglos XVI, XVII y XVIII; la correlación precios- tráficos, poblaciones, actividades,[64] que se establecen en todos los sectores.

Tercera ley. Del siglo XIII al XV, de los sectores menos desarrollados hacia los sectores más desarrollados, del mundo extraeuropeo hacia el mundo surgido de la vieja cristiandad latina, se observa una tendencia a la atenuación de las amplitudes y a la reducción de los períodos.

[60] Le debe mucho en Francia a Emmanuel Le Roy Ladurie... Nosotros le dedicamos un amplio espacio en los estudios que ya comenzamos sobre los sistemas de civilización.

[61] En *Cambridge Economic History of Europe*, t. I, 1a. ed., 1941; 2a. ed., 1966.

[62] J. Goy y E. Le Roy Ladurie (comps.), París, Mouton, 1972, 398 pp., y especialmente la tesis magnífica de H. Neveux, 1973.

[63] M. Morineau, "Les faux semblants d'un démarrage économique", *Cahiers des Annales* 30, 1971.

[64] P. Chaunu, "Le renversement de la tendance majeure des activités et des prix au XV^e siècle", en: *Studi in onore di Amintore Fanfani*, t. IV, Milán, 1962, pp. 221-257, y "*Le XVII^e siècle. Problèmes de conjoncture*", en *Mélanges Antony Babel*, Ginebra, 1963, pp. 337-355.

Esta ley no admite ninguna excepción. Se verifica en las curvas de población, en los precios, en los índices de actividad y de producción, fuera de Europa y en Europa.

3

En este punto de la investigación, la historia económica se ha transformado ya. En la perspectiva de los años cincuenta, primero en los Estados Unidos, al amparo de las cátedras de economía política en Europa, se constituye una investigación más ambiciosa en sus objetivos, pero sobre todo diferente en sus motivaciones profundas, sin interferir en seguida con las investigaciones de dinámica coyuntural. Un gran nombre se destaca en ese comienzo: Simon Kuznets; Jean Marczewski,[65] en su *Introduction à l'histoire quantitative de l'économie française*, precisa el justificado destino que tendrían las iniciativas de este gran economista. Recuerda su nota pionera el voto de la *International Association for Research in Income and Wealth* expresado en 1950. Me limitaré a remitir a un amigable debate[66] y a recordar la conclusión que parece desprenderse de él: en lo subsecuente reservaremos la expresión historia cuantitativa para las empresas parecidas a las de Simon Kuznets y de Jean Marczewski, "... hablaremos en adelante[67] de historia cuantitativa, solamente cuando los resultados puedan vaciarse en un molde de contabilidad nacional", regional y macroespacial; en los casos en que la cuantificación haya sido global, sistemática y total.

De hecho, en el plano técnico, esta forma de historia se vincula con la generalización de los grandes sistemas de contabilidad nacional en los países más industrializados y por ello mejor armados en el orden de la estadística económica. Una vez que se emplea este instrumento de análisis estadístico, resulta fatal que se haya buscado prolongarlo en el tiempo con múltiples columnas, constituyendo lo que Pierre Vilar llama aún con alguna severidad[68] una economía retrospectiva, que yo

[65] J. Marczewski, "Histoire quantitative de l'économie française", Cahiers de l'ISEA 115, AF, nº I, pp. XXIX *ss*.

[66] J. Marczewski, *Introduction à l'histoire quantitative de l'économie française* (2 vols. publicados de 1961 a 1969, fundamental). *Introduction, op. cit.*, pp. I-LIV; citado en "Buts et méthodes de l'histoire quantitative", pp. 125, 164 y 177-180; *cf.* también capítulos II y X *supra* y *Revue roumaine d'histoire* 3, 1970.

[67] *Cf.* capítulo [illegible], *supra*.

[68] P. Vilar, "Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens. Histoire quantitative ou économique rétrospective?", *Revue historique* 223 (474), pp. 293-312.

preferiría llamar una econometría regresiva o una contabilidad nacional regresiva.

El esfuerzo continúa. Evidentemente, es prematuro intentar un balance del mismo. Una sola certeza: el saldo es ampliamente positivo. Con algunas fallas relativamente mínimas –relacionadas casi exclusivamente con el protoestadístico–, la historia económica totalizadora de los economistas ha dado lugar a muy sensibles progresos en el campo del conocimiento útil del pasado.

A pesar de que la experiencia tiene sus limitaciones y también sus peligros, está llamada, a juzgar por los hechos, a preparar nuevas superaciones. En realidad, se establece en correlación estrecha con inquietudes que tal vez se experimentan con menos agudeza en el umbral del decenio de los setenta, que en el curso de los años cincuenta del siglo XX. Esta forma de historia cuantitativa es ante todo una historia del crecimiento. La primera historia económica fue esencialmente historia de la dinámica coyuntural. Fue *historia de la crisis.* La historia cuantitativa de los economistas constituyó en primer lugar una historia del arranque, *del crecimiento* y de las disparidades del crecimiento. Es inseparable del éxito de Rostow.[69] Es inseparable de la descolonización; del descubrimiento de un Tercer Mundo fuera de Europa y de la América del Norte; de las disparidades regionales de todos los *Mezzogiorno* y, sobre todo, del famoso fenómeno de aparición de dos polos. La aceleración del crecimiento económico, el desafortunadamente sólo provisional mejoramiento de la salud demográfica de los países desarrollados, la reactivación del crecimiento demográfico en Europa industrial y en América del Norte, lo que en todas partes se ha llamado explosión demográfica del Tercer Mundo, han hecho tomar conciencia de una estructura muy antigua de desarrollo. A saber, que el desarrollo, antes de alcanzar el umbral de una hipotética madurez, tiene en primer lugar un carácter acumulativo; que los sectores ya más desarrollados son los que tienen la aptitud de desarrollarse más rápidamente y que, en consecuencia, la distancia que separa a los países industriales desarrollados de los sectores tradicionales aculturados e involucionados tiene tendencia a incrementarse. No hay duda de que esta disparidad constituye una fuente de tensiones difícilmente soportables. Por eso, es preciso estudiar los mecanismos del desarrollo que, por otra parte, no deben confundirse con el crecimiento,[70] y distinguir los caracteres más

[69] W. W. Rostow, *Les étapes de la croissance économique* (1a. ed. inglesa en 1960), París, Seuil, 1963.

[70] P. Chaunu, "Croissance ou développement? A propos d'une véritable histoire économique de l'Amérique latine au XIX siècle", *Revue historique* 496, 1970.

generales de los rasgos específicos del desarrollo histórico, motor del *take off* inglés y europeo.[71]

Esta segunda forma de historia económica tiene sus límites y, cuando ellos son mal comprendidos, sus peligros. Sus límites. Es muy evidente que la cuantificación total circular, dentro de un sistema cerrado de contabilidad, de ninguna manera podría remontarse más allá del siglo XIX, solamente en lo que se refiere a los sectores privilegiados de Europa y de la América industrial. Tal vez en la Inglaterra de Gregory King sea posible aventurarse más allá, gracias a un protoestadístico bien abastecido. Incluso si se han emitido reservas sobre algunos puntos, Phyllis Deane y W. A. Cole[72] han procurado constituir lo que me parece representar hoy en día la única historia cuantitativa, aunque no esté muy lograda, que abarca desde fines del siglo XVII, especialmente gracias a la genial y pionera obra de Gregory King. Pero resulta muy claro que la cuantificación de Deane y Cole apenas puede ser asimilada por una cuantificación total. Sólo de manera imperfecta responde a las exigencias de Kuznets y de Marczewski. Dejemos entonces la pregunta en suspenso. En cambio, volvámonos hacia la *New Economic History*. Se sabe de qué manera se constituyó como una amistad, en 1957.[73] Cada año abre un seminario. Su programa cabe en un título: "Purdue Conference on the Application of Economic Theory and Quantitative Techniques to Problems of Economic History." Sus lejanos referentes son los mismos de Simon Kuznets y de Jean Marczewski. En

[71] Sería necesario un extenso artículo para dar cuenta de las recientes revisiones consagradas al *take off* histórico de Inglaterra y de Europa occidental. Se conoce la acogida, sin duda desmesurada, que se brindó a los estudios de P. Bairoch (*cf.* entre otros, *Révolution industrielle et ses développements*, París, SEDES, 3a. ed., 1969). Véase el notable y reciente análisis de F. Crouzet, "The economic history of modern Europe", *Journal of Economic History* 31 (1), marzo de 1971, pp. 135-152; la recopilación de R. M. Hartwell, "The Causes of the Industrial Revolution in England", en *Debates in economic History* de Peter Mathias, Londres, Methuen, 1a. ed. 1967 y 1970, IX-179 pp.; D. S. Landes, *The undbound Prometheus. Technological Change and industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, 1969, IX-566 pp. y un análisis realmente notable, todavía semiconfidencial, de E. A. Wrigley sobre *Modernisation et industrialisation*, difundido por el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure. Más recientemente apareció una útil precisión, C. Fohlen, *Qu'est-ce que la révolution industrielle?*, París, Laffont, 1971, 317 pp.

[72] P. Deane y W. A. Cole, *British Economic Growh, 1688-1959*, University of Cambridge Department of Applied Economics Monographs, Cambridge University Press, 1964, XIV-348 pp. + mapas.

[73] M. Lévy-Leboyer, "La 'New Economic History' ", *Annales* 5, 1969, pp. 1935-1069.

todos lados se invocará juntos a K. Helfferich,[74] Wesley C. Mitchell,[75] Wilford I. King,[76] A. L. Bowley, . . .[77] Pero Kuznets[78] y Leontieff[79] siguen siendo los modelos preferidos. ¿Cómo no ver en qué medida esta pretendida historia es apenas historia? Se complace en el lapso muy corto de un tiempo casi presente, se limita al sector americano hiperdesarrollado, en donde sutiliza, sin gran mérito, un material estadístico abundante y ya elaborado en lo esencial.

La *New Economic History,* en estas condiciones, no es casi más que la sección norteamericana de la segunda historia económica cuantitativa, la historia en la edad de la contabilidad nacional y de los modelos. Naturalmente, esta sección americana, voluntariamente limitada al pasado americano cercano, es la más avanzada, la más brillante, la más "sofisticada", pero tal vez también la más ingenua y la más reveladora. Nos limitaremos, desde luego, a la selección preliminar cómoda y atinada de 92 títulos que Maurice Lévi-Leboyer procuró a los lectores de los *Annales ESC.*[80] Singulares declaraciones. En primer lugar, en el interior mismo de la economía americana, la *New Economic History* parece confundida desde que aborda los años 1830-1839. Prácticamente, los autores renuncian a incorporar en sus sistemas eso que para ellos resulta una arqueología remota de los años 1800-1830. Ellos tienen una conciencia más o menos clara de que hay una modificación estructural que vuelve difíciles e inciertos los enlaces. Es revelador cómo recurren a modelos teóricos que hacen intervenir a voluntad hipótesis no realizadas históricamente. El ejemplo más célebre es el del desarrollo de la

[74] K. Helfferich, *Deutschland Volkswohlstand, 1888-1913,* Berlín, 1913.

[75] W. C. Mitchell, *Gold, Prices and Wages under the Greenback Standard,* Berkeley, Calif., 1908.

[76] W. I. King, *The Wealth and Income of the People of the US,* Nueva York, MacMillan, 1915.

[77] A. L. Bowley, *Wages and Income in the United Kingdom since 1680,* Cambridge, Cambridge University Press, 1937.

[78] El gran clásico de referencia sigue siendo, todavía en la actualidad, el notable S. Kuznets, *National Income and Capital Formation, 1919-1935,* National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1937. Más reciente es la serie de artículos que han puesto en marcha en sentido propio la nueva historia cuantitativa, "Quantitative aspects of the Economic growth", serie de números especiales de la revista *Economic Development and cultural Change,* de octubre de 1956 a julio de 1960.

[79] W. W. Leontieff, *The Structure of American Economy 1919-1939,* Oxford, Oxford University Press, 1941 y trad. *La structure de l'économie américaine,* París, ed. Génin, 1958, X-278 pp.

[80] Lévy-Leboyer, "La *'New Economic History'* ", *op. cit.,* pp. 1066-1069. En adelante se tendrá interés en completar con *La nouvelle histoire économique,* R. Adreano y J. Heffer, en Gallimard, 1977, 330 pp.

economía americana sin los ferrocarriles. Se ha llegado al absurdo. Sin advertirlo. Es útil tomar precauciones. El último punto me parece que es el de la enormidad de los presupuestos filosóficos implícitos. El *Homo oeconomicus* de la *New Economic History* me parece, con raras excepciones tal vez, perfectamente experimentado. No solamente su reacción frente al provecho exclusivo es perfecta, inmediata, sin vacilación, sin conflicto, sin secretos, un hombre robot tal como se lo soñaba en los cursos de economía política durante la época de Jean-Baptiste Say, sin cuerpo, sin sexo, sin afectividad, sin raíz, sin espíritu, sin alma. Siempre consciente, bien informado, presto para reaccionar frente al provecho exclusivo, como una máquina de Vaucanson. Se trata sólo de una exageración; pero demuestra que para progresar no basta con avanzar sin reparar en obstáculos, pues también hay que saber conservar lo adquirido —lo cual es un poco más difícil cada día— so pena de pasar sin transición de la época de las computadoras a la de las cavernas.

Desde luego, debe evitarse juzgar al conjunto de la *New Economic History*, rica en verdaderos éxitos, por algunas extralimitaciones infantiles de un puñado de técnicos sin sensibilidad y sin cultura.

Hay otros errores y otros límites cuando se recurre exclusivamente a los modelos econométricos. Al comienzo,[81] algunos errores pudieron deberse a una prisa inevitable. La cuantificación global no debe pagarse con una regresión del material estadístico utilizado en relación con las anteriores etapas de la investigación.

Pero la principal limitación es otra. A mi parecer, reside en el hecho de que la nueva historia económica cuantitativa tiene más dificultades que la dinámica coyuntural y la historia geográfica de los años treinta a cincuenta, para salir del sector de lo económico estrechamente delimitado.

Por eso, la nueva historia económica cuantitativa requiere casi inmediatamente de nuevas superaciones. Desde hace algunos años se perfila pues lo que me inclino a llamar el *retorno a lo serial y la intrusión de lo cuantitativo en el tercer nivel.*[82] Como siempre, las ideas avanzan lentamente antes de emerger bruscamente en un conjunto de trabajos que constituyan una especie de masa crítica de transformación. La dinámica estructural ubica sus lejanos orígenes hacia 1890, florece entre 1930 y 1935, y culmina entre 1950 y 1960; la historia cuantitativa globalizadora realiza sus primeros intentos hacia 1930, atra-

[81] *Cf.* capítulo II, *supra.*
[82] *Cf.* capítulo XIII, *infra;* capítulo XVI, *infra.*

viesa su *take off* a comienzos de los años sesenta y culmina entre 1965 y 1968. Está lejos de haber agotado su impulso. Sus posibilidades combinatorias con la dinámica coyuntural y la geohistoria son inmensas. Desde que aparecieron las computadoras de la tercera generación, cuenta con enormes posibilidades. Marcel Couturier, Emmanuel Le Roy Ladurie y François Furet, fueron de los primeros que sacaron provecho de ellas en Francia. Desde 1968, no hay prácticamente trabajo importante en la historia económica que no recurra constantemente al procesamiento informático.[83] La nueva historia económica cuantitativa no nació con la computadora, pero su crecimiento es favorecido considerablemente por el prestigioso multiplicador de todos nuestros medios. La computadora, más que al progreso de la historia económica, está llamada a contribuir al desbordamiento de los métodos de la historia económica.

Y es ahí donde se perfila la gran mutación de la historia. La historia económica es hoy, menos que un objeto, una actitud, un conjunto de métodos, un procedimiento. Por todo lo que se aventura, por todo lo que desborda, he propuesto abandonar el término cuantitativo y conservar el de serial. La historia serial engloba a todas las historias cuantitativas, pero las supera; casi por definición, representa la historia de mañana, que emprende la conquista del tercer nivel, tanteando los límites del sistema de civilización.

La historia serial también tiene sus orígenes. Desde hace veinte años, Alphonse Dupront, concibió la idea de una cruzada y se dedicó a estudiar con ahínco los aspectos más secretos de lo mental colectivo, yendo de las palabras a las cosas, de las manifestaciones pánicas de la Fe al vocabulario de las Luces; Alphonse Dupront, cuya inmensa obra es difícil de reunir;[84] Alphonse Dupront, quien constituye un poco el Kuznets de la historia cuantitativa en el tercer nivel. La historia serial tiene sus lejanos recorridos. Como todas las etapas de la historia cuantitativa, encuentra sus correspondencias, ante todo, en las angustias del tiempo presente. Aspira a un sistema de alianzas privilegiadas con algunas ciencias humanas que casi no han sacado provecho, hasta ahora, de las series que se remontan en el tiempo, desde la antropología hasta las diversas etnologías y la psicología colectiva, sin olvidar a la demo-

[83] La expresión ha sido popularizada entre los historiadores de lengua francesa por M. Couturier, "Vers une nouvelle méthodologie mécanographique. La préparation des données", *Annales* 4, 1966, pp. 769-778.

[84] Esperemos que en fecha próxima haya una recopilación que reúna tantos artículos, notas, informes... de la totalidad de una bibliografía planetaria que uno nunca está seguro de haber reunido en su totalidad.

grafía, esa antigua aliada tradicional, que siempre se renueva. Vayamos pues a los lejanos recorridos. La historia económica no deja de mejorar sus técnicas. Le sucede que encuentra más de lo que busca en los recovecos de sus recorridos intelectuales.

Tres ejemplos entre varios. Emmanuel Le Roy Ladurie demostró —desde su obra *Les Paysans de Languedoc*[85] hasta el gran estudio militar de 1866—[86] que una antropología física regresiva sería deseable, posible e infinitamente fructífera. Conocer el material humano. Emmanuel Le Roy Ladurie[87] también ha mostrado cómo una historia de la variable climática era posible, una aproximación histórica evidentemente serial, que recurre a métodos derivados en parte de la historia económica, de un conjunto de fenómenos físicos, en la corta, media y muy larga duración.[88] El Centro de Investigación de Historia Cuantitativa de la Universidad de Caen fue creado hace algunos años, a fin de llegar al estudio cuantitativo, dentro de la larga duración, de un crecimiento regional.[89] Para llegar a eso, el equipo elaboró y afinó un método que propongo llamar método de historia administrativa serial y de cartografía regresiva.[90] El mérito de esa elaboración corresponde en primer lugar a Pierre Gouhier.[91] La ganancia de tiempo es indiscutible. Sin duda alguna, permite la utilización exhaustiva de los datos cifrados, dispersos, correspondientes a toda la duración de la sociedad tradicional, dentro de un marco regional, desde fines del siglo XIII hasta comienzos del XIX. La ganancia de productividad es enorme y ésta es

[85] Le Roy Ladurie, *Les paysans, op. cit.*

[86] Un anticipo de los resultados que pronto se obtendrán es proporcionado por E. Le Roy Ladurie y P. Dumont, en "Quantitative and cartographical exploitation of French military archives, 1819-1826". *Daedalus,* Boston, Mass., primavera de 1971, pp. 397-441.

[87] E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil,* París, Flammarion, 1967, 379 pp. + 31 láminas.

[88] P. Chaunu, "Le climat et l'histoire à propos d'un livre récent", *Revue historique* 238 (484), pp. 365-376.

[89] P. Chaunu, "Les sources statistiques de l'histoire de France (Basse Normandie), Problèmes de méthode", *Annales de Normandie* 1, 1965, pp. 3-14; y de él mismo, "L'Etat des travaux et programmes de recherches du centre de recherches d'histoire quantitative de la faculté des lettres et sciences humaines de Caen", *Annales de démographie historique,* 1967, pp. 239-256.

[90] El autor ya tuvo ocasión de explicarse sobre este punto en P. Chaunu, "Les enquêtes du centre de recherches d'histoire quantitative de Caen. Bilans et perspectives...", *Colloque du CNRS de Lyon, Industrialisation en Europe au XIXe siècle, cartographie typologie,* París, CNRS, 1972.

[91] Será explicado en detalle en el t. II (1973) del *Atlas historique de Normandie,* Caen, CRHQ, en un fascículo que publicará aparte en el CRHQ de Caen.

una noción que debe constituir una de nuestras preocupaciones más importantes. La recuperación de un material que los métodos tradicionales desperdiciaban, es considerable. Este método es fructífero debido a la prodigiosa estabilidad del hábitat rural del siglo XIII al XIX en la perspectiva del mundo pleno. Da muestra hoy de lo que es capaz, gracias a las computadoras. Fue concebido dentro del marco de un estudio de la población, en la muy larga duración.[92] La historia administrativa serial, al igual que la cartografía regresiva, recuerda evidentemente el papel privilegiado de la demografía histórica.

En verdad, esta hija primogénita de la historia económica –¿a qué historia económica se puede aspirar sin lo que Ernest Labrousse llama tradicionalmente el divisor? (hay que precisar que un divisor ponderado)– es actualmente la primera responsable de las reacciones en cadena de la historia serial;[93] de que la demografía naciera primeramente en Francia, a causa de las angustias de los años treinta, cuando nuestro viejo país pagaba la cuenta de dos siglos de maltusianismo difuso, de una pirámide de edades invertida y de un coeficiente neto de reproducción inferior a la unidad.[94] Ciencia francesa, ciencia de la larga duración, cuando Francia era un laboratorio del catastrófico envejecimiento de las poblaciones industriales. Ciencia que requiere, casi necesariamente, de un proveedor de largas series. Ciencia de las retrospecciones. Sería necesario un gran libro para resumir las lecciones que nos han dado veinte años de aplicación en Francia primero, en Inglaterra luego y, con qué éxito –gracias al grupo de Cambridge–, veinte años de aplicación del método Louis Henry. Lo digo sin vacilación: la demografía histórica, desde hace diez años, es el sector número uno, con mucho el más fecundo[95] de toda la investigación histórica.[96] El genial método Fleury-Henry es un método de historiador –caricaturescamente, mejor de genealogista–; no hay nada más histórico, en el sentido más tradicional, que la reconstitución de las familias; nada más serial que un método que permite calcular el coeficiente neto de reproducción y la esperanza de vida en Colyton del siglo XVI a nuestros días.

[92] P. Gouhier, *La population de la Normandie du XIII^e au XIX^e siècle*, tesis en preparación.

[93] Remito a mi capítulo "La dimension de l'homme", en P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières*, París, Arthaud, 1971, 670 pp. + 200 láminas.

[94] Por primera vez de 1847 a 1851; de una manera casi continua a partir de 1896.

[95] Muy breve balance en: *L'Europe des Lumières*, pp. 95-170.

[96] Véanse *Population* y *Population Studies* desde 1946 y los *Annales de démographie historique* desde 1964, y publicación del INED de la 6a. Sección de la Escuela de Altos Estudios, del Centro de Cambridge y del CRHQ de Caen.

Pero hoy, la historia demográfica vale por sus subproductos, hay que decir sus consecuencias. La paciente labor dedicada a las fichas de despojo de los archivos de los pobres, con toda evidencia, nos lleva a la historia religiosa serial,[97] a la historia de las actitudes ante la vida, a la historia de la pareja, por lo tanto a la estructura de base, la más fundamental de sociabilidad, a la historia del amor, de la vida y de la muerte.

Hemos intentado demostrar en otra parte[98] los mecanismos que llevan la historia serial, ayer económica y social, al asalto del tercer nivel, es decir de lo esencial, lo afectivo, lo mental, lo psíquico colectivo . . . digamos mejor los sistemas de civilización. Esta rama de la historia existía desde hace varios decenios. Alphonse Dupront, casi solo, trazó hace mucho tiempo sus caminos pioneros. La mutación de estos últimos años se deriva de la ampliación de los campos de interés y de la adaptación de los métodos seriales perfeccionados por el historiador economista a este nuevo sector; se trata de la constitución de series estadísticas que entrañan el tercer nivel y susceptibles de convertirse en objeto del análisis matemático y de una doble interrogación del documento, primero en sí y después con respecto a su posición en el seno de la serie homogénea en la que está integrada y asentada la información de base.

Son posibles varias aproximaciones. El contenido de la civilización escrita es relativamente mas fácil de delimitar. François Furet,[99] Henri Martin,[100] Robert Estivals[101] y algunos otros,[102] han sentado las bases de un estudio cuantitativo del volumen global del escrito impreso que, con ia ayuda de la computadora y gracias a la semántica cuantitativa, puede ser un comienzo, aún muy modesto, de un examen del

[97] Uno de los ejemplos posibles, entre otros, alrededor del celo frente al bautismo; *cf.* también P. Chaunu, "Une histoire religieuse sérielle", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 1, 1965, pp. 5-34.

[98] *Cf.* capítulo XVI, *infra.*

[99] F. Funet, *et al., Livre et société dans la France du XVIII^e^ siècle,* París-La Haya, Mouton, t. I, 1965, 238 pp., t. II, 1970, 228 pp.

[100] H. J. Martin, *Livre pouvoir et société à Paris au XVII^e^ siècle* (1598-1701), Ginebra, Droz, 1901, 2 vols., 1 091 pp. + mapas y gráficas; vía ya trazada en la *Apparition du livre,* en colaboración con L. Febvre, 1958, *XL,* 588 pp.

[101] R. Estivals, *Le dépôt légal sous l'Ancien Régime de 1537 à 1791,* París, Marcel Rivière, 1961, pp. 141; *La statistique bibliographique de la France sous la monarchie au XVIII^e^ siècle,* París-La Haya, Mouton, 1965, pp. 460; una tesis policopiada (biblioteca de la Sorbona), presentada el 30 de mayo de 1971, sobre la *bibliografía bibliométrica.*

[102] Jean Quéniart y Geneviève Bollême . . ., crearon recientemente una *Revue d'histoire du livre.*

contenido global de las diferentes capas del discurso elaborado. La senda apenas está trazada: una ambición a la medida de las dos décadas venideras.

El contenido de las culturas tradicionales, el acceso al pensamiento, a la sensibilidad, al marco de vida de los que no han llegado al estadio del lenguaje escrito, es mucho más difícil de encontrar. Una vez más, los métodos de la historia económica son adaptables y transferibles. Victor Lucien Tapié[103] y sus alumnos acaban de probar elocuentemente lo que se puede esperar del tratamiento serial de una imagen prioritaria, maravilloso testimonio de la sensibilidad religiosa y del contenido de la fe; los retablos de las iglesias rurales del siglo XVII y del XVIII. El tratamiento del contenido de la imagen se ha hecho, en parte, utilizando los procedimientos gráficos expuestos por Jacques Bertin en la *Sémiologie graphique*.[104] Esta indagación pionera es hoy el punto de partida de una exploración, que desearíamos metódica, de la imagen.

El encadenamiento es más sensible aun para el mobiliario, la iglesia y el hábitat campesino.

Una investigación clásica de historia económica[105] concluye hoy en un inventario monumental de un tipo completamente nuevo. Más allá del objeto aprehendido en un cálculo global del peso, es el contenido de una civilización no escrita lo que se intenta circunscribir.

Pero, evidentemente, son los estudios sobre el sexo, la vida y la muerte, los que van más lejos.[106] El gran texto pionero de Michel Vovelle;[107] el bello libro más clásico, pero de una rara agudeza de análisis, de François Lebrun;[108] todo un conjunto de tesis comenzadas, muestran aquello que lo cuantitativo dominado –ayer gracias a lo económico y mañana a la informática– permite alcanzar hoy: lo que está en el centro mismo de la vida y del destino del hombre. Jean-Marie

[103] V. L. Tapié, *et al.*, *Enquêtes sur les retables*, París, "Centre de Recherches sur la Civilisation de l'Europe Moderne", París, PUF, 1972; *cf.* también la notable tesis de mi alumno Michèle Mesnard, *Mille retables manceaux*, París-Sorbona, enero de 1978, 900 pp. policopiadas más un Atlas y seis vols. de láminas.

[104] J. Bertin, *Sémiologie graphique*, París, Gauthier-Villars, Mouton, 1967, 431 pp.

[105] J.-P. Bardet, P. Chaunu, G. Désert, P. Gouhier, H. Neveux, *Le bâtiment, enquête d'histoire économique, XIV siècle*, I, *Maisons rurales et urbaines dans la France traditionnelle*, París, Mouton, 1971, 545 pp. + láminas.

[106] *Cf.* capítulo XIV, *infra*.

[107] M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation. Attitudes provençales devant la mort au siècle des Lumières*, París, Plon, 1972, 700 pp.

[108] F. Lebrun, *Les hommes et la mort en Anjou aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles. Essai de démographie et de psychologie historiques*, París-La Haya, Mouton, 1971, X-562 pp.

Gouesse[109] prepara, con respecto a la formación de la pareja, a través de las dispensas, una hazaña comparable a la que Michel Vovelle acaba de realizar con cincuenta mil testamentos de los quinientos mil que se conservan de Provenza, correspondientes a los años 1680-1790.

Pieza por pieza, se bosqueja una historia global de los sistemas de civilización. Es evidente la concordancia con el orden de las ideas de la época, con la crisis de civilización que afecta desde 1962, sector por sector, a los países que llegan progresiva y sectorialmente a la era postindustrial. La crisis alcanza a las motivaciones. Cuestiona las transposiciones laicas de los valores de civilización cristiana realizadas en el siglo de las Luces, la transposición escatológica de la finalidad cristiana en un crecimiento largo tiempo automotivante. A la historia de las maneras de hacer le sucede, casi necesariamente, la de las maneras de pensar, de sentir; la historia ha llegado al nivel de las motivaciones.

Por eso, las investigaciones cuantitativas sobre la formación de la pareja, sobre las actitudes colectivas ante la muerte, no constituyen más que una etapa útil pero muy provisional. Es el conjunto del discurso lo que hay que alcanzar para cifrar correctamente los signos del pánico que traducen lo esencial; hay que volver, a la luz de lo serial, a los pensamientos más elaborados de la élite. Lo serial desemboca en una modalidad superior de análisis de la calidad.

La historia de los sistemas de civilización, que constituye actualmente una necesidad vital, se consigue a este precio.

[109] En una tesis en preparación, sobre la formación de la pareja, según el tratamiento serial de las centenas de miles de demandas de dispensa conservadas en el Oeste.

XII. COYUNTURA, ESTRUCTURAS, SISTEMAS DE CIVILIZACIONES*

He dudado mucho en insertar en este hermoso libro, sabio y riguroso, que expresa la admiración, la gratitud y la amistad al contemporáneo capital de la historiografía francesa, estas consideraciones cuya generalidad raya en lo trivial. Sin embargo, me pareció que la obra, la obra escrita y la obra hablada del que fue y sigue siendo el más escuchado de los historiadores que han enseñado en la Sorbona, incitaba naturalmente a la reflexión sobre los rumbos actuales de la historia. Por su naturaleza, la obra de C. E. Labrousse tiene un alcance epistemológico. Estas reflexiones se colocan, pues, desde luego, dentro de los márgenes de sus libros y dirigen la atención hacia su viva y cálida palabra.

Ernest Labrousse publicó el *Esquisse* en 1933:[1] van a cumplirse treinta y ocho años de eso. *La Crise,* su prolongamiento en extensión, data de comienzos del año sombrío de 1944.[2] Evaluando todo –actualmente se puede juzgar con la perspectiva del tiempo–, ninguna obra *(L'Esquisse* y *La Crise,* partes de un todo) ha tenido una influencia comparable. Incluso *La Méditerranée,*[3] algo posterior, único monumento que a estas alturas viene de inmediato a la mente, por ser tanto obra de arte como de ciencia propiamente inimitable, no ha tenido un peso exactamente igual. Incluso *La Méditerranée,* cuya proyección internacional –piénsese en las traducciones– es inmensa y continua, al menos en Francia no ha ejercido una acción tan profuda, tan continua, tan masiva como sus intenciones.

¿Quién no ha sido consciente en Francia, dentro del conjunto de los historiadores y hasta de las ciencias humanas, de la amplitud del "fenómeno Labrousse"? Han sido sensibles a él en el extranjero, aquí para regocijarse, allí para irritarse. Toda una generación ha sido formada por él, ya sea directamente por medio de su obra y su cátedra, ya sea

* Colaboración publicada en *Conjoncture économique, structures sociales: hommage à Ernest Labrousse,* París, Mouton, Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales, 1974, pp. 21-35 (Civilisations et Sociétés, 47).

[1] C. E. Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle,* París, Dalloz, 1973, 2 vols.

[2] C. E. Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime,* t. I, *Aperçus généraux, sources, méthodes, objectifs: la crise de la viticulture,* París, PUF, 1944.

[3] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II, Paris,* A. Colin, 1949; 2a. ed. rev. y aum., París, A. Colin, 1966, 2 vols.

indirectamente por medio de la obra y las enseñanzas de sus primeros discípulos. Actualmente, toda la escuela histórica francesa es labroussiana. Y los menos influidos no son necesariamente aquellos que la ignoran o fingen olvidarla. Esta observación preliminar es tan evidente que casi resulta inútil. Fernand Braudel habla en algún momento[4] de las cosas que son evidentes sin ser dichas, pero que funcionan mejor cuando se dicen. Entonces digámoslo. Digámoslo en la medida en que, como paradoja de un prodigioso éxito, pudiera ser olvidado paulatinamente. La evidencia implica una carga de ingratitud. El pensamiento de Labrousse está en verdad tan ligado a nuestra práctica de la historia, al tratamiento del material y a la conceptualización del discurso, que se le olvida como el origen: se ha vuelto indiscernible, a fuerza de haber triunfado.[5] Pensamiento abierto, pensamiento vivo, pensamiento en perpetua superación. Una evocación del pasado, un rápido inventario del presente, una breve perspectiva del porvenir permiten medir el impacto.

Como hace muy poco tiempo[6] tuve ya la ocasión de examinar problemas de método de historia cuantitativa o serial –campo en el que

[4] *La Mediterranée* fue presentada como tesis ante los sinodales a principios de 1946. En ese mismo año apareció la versión mecanográfica de Ernest Labrousse, quien fuera relator en aquella ocasión. En la introducción figuraba la frase que se omitiera en la edición de 1949 y que tampoco apareció en 1966. Véase el ejemplar mecanografiado depositado en la Biblioteca de la Sorbona, para una interesante historia eventual de un gran texto.

[5] Sin duda hay que atribuir a este éxito demoras insólitas. El volumen de las *Mélanges Ernest Labrousse* habría debido estar listo hace casi diez años. Hacía falta mucha suficiencia y un poco de inconsciencia para salir de una reserva que, desde 1965, paralizaba a unos y otros. Hace falta mucha suficiencia e inconsciencia ahora para recordar lo que funciona bien sin que se diga, pero que mañana correría el riesgo de no ser ya tan bien comprendido, si faltáramos al deber ahora, cuando todo está claro y es por tanto inútil hacer explícito lo implícito. Después de todo, el historiador del "tercer nivel" –la expresión tercer nivel es de Ernest Labrousse– sabe muy bien que, al explorar un sistema de civilización, el principal obstáculo resulta ante todo del hecho de que lo esencial pertenece siempre al ámbito de lo que es evidente, y por lo tanto nunca se le consagra una formulación escrita explícita. Nada de falso pudor: derribemos alegremente las puertas entreabiertas.

[6] Vale decir, en líneas generales, a título de información, cap. I, *supra;* "Les échanges entre l'Amérique espagnole et les anciens mondes", *Information historique,* noviembre-diciembre de 1960; capítulo II, *supra;* "Les sources statistiques de l'histoire de France (Basse Normandie): problèmes de méthode", *Annales de Normandie* 1, 1965, pp. 3-14; *Atlas historique de Normandie*, t. I, "Introduction", Caen, CRHQ, 1967; capítulos III, IV y X, *supra* y *Revue romaine d'histoire* 3, 1970; capítulo XIII, *infra;* "Les enquêtes du Centre de Recherches d'Histoire Quantitative de Caen", en: *L'industrialisation en Europe au XIX^e siècle: cartographie et typologie, Actes du Colloque du* CNRS *du 8 octobre 1970 à Lyon*, Paris, CNRS, 1972.

sobresalió Ernest Labrousse— y de historia de la historia,[7] me limitaré a recordar el lugar y el papel de Ernest Labrousse en el desarrollo de nuestras disciplinas. Hay dos planos en la obra del maestro que se reflejan en el tíulo de este libro; digamos, para concluir pronto, coyuntura económica y estructuras sociales, en un orden de transición insólito que corresponde a la verdadera sucesión de las preocupaciones. Hay un tercer plano subyacente —en su cátedra, Ernest Labrousse solía llamarlo el "tercer nivel"—, todo lo que es necesario para intentar, dentro de una duración que desborda con mucho incluso las fases más largas de Simiand —cuya formulación debe todo a Labrousse—, lo que es necesario para discernir ya la aproximación a una realidad que se está superando, en una palabra la definición, el análisis, la dinámica, el estudio de los contenidos de los sistemas de civilizaciones.

El *Esquisse* se publica en 1933, al cabo de varios años de esfuerzos. La obra de Ernest Labrousse maduró en la atmósfera de la gran crisis económica, a la vez estructural y coyuntural, crisis cuyos límites y alcance comenzamos a delimitar bien. Sin duda, es en el curso de los años treinta cuando acaban de deshacerse por fin las últimas estructuras de la sociedad tradicional, ese "mundo que hemos perdido". Un cierto número de puntos pueden ser considerados como logros. El filo de los años treinta, en todos los ámbitos, el de la realidad social, de la estructura económica, de las estructuras del conocimiento y de la sensibilidad, en gran medida —podemos afirmarlo hoy que el espesor de una generación nos separa de ese tiempo que sin duda ya pasó a la historia— constituye un muy gran viraje. Incluso, me atrevería a llamarlo el centro de la más importante mutación del mundo surgido de la Cristiandad latina que nos dio origen, desde el viraje decisivo del mundo pleno en el puente entre los siglos XIII y XIV.[8]

La historia, claro está, es hija de su tiempo como toda la ciencia social. A Lucien Febvre le gustaba proclamarlo, aunque no de una

[7] Capítulo XVI, *infra;* "Historia economica, retrospectiva e perspectiva", *Anais de Historia (São Paulo)* 3, 1971, pp. 9-35; "Histoire économique: dépassement et perspectives": en *L'histoire aujourd'hui* (recopilación colectiva), París, Gallimard, por publicarse; "Les dépassements de l'histoire quantitative", en: *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Madrid), París, De Boccard, 1972, pp. 647-685; "Niveaux de culture et réforme", BSHPF 2, 1972, pp. 301-326; capítulos IX, *supra* y XIV, *infra.*

[8] La importancia del viraje de los años treinta pertenece a lo conocido y aprendido; no así desde luego la comparación con las modificaciones de los años 1250-1350. Observemos solamente que desde hace siete u ocho años, la historia serial, en sus incursiones retrospectivas en la muy larga duración, se topa constantemente —reali-

manera simplista, por medio de un determinismo vulgar. La historia, ciencia humana, constituye desde hace mucho tiempo una estructura autónoma ya formada; pertenece al conglomerado complejo de los conocimientos que, debido a su grado de complejidad, tienden cada vez más a comportarse como estructuras autónomas formadas.[9] Ya no es posible, por cierto, imaginar simples idas y venidas entre los planos de lo económico y de lo social, así como entre los planos de la sensibilidad y del conocimiento; los ascensos y los descensos tienen lugar al pasar de una estructura a otra, a través de un conjunto de filtros, digamos mediadores.[10] Así pues, simultáneamente y sin contradicción, hay amplia autonomía e interdependencia de los diferentes planos estructurales.[11] Pero no volveré sobre este punto que ya he tratado en otro lugar;[12] la importancia del viraje de los años treinta se explica a la vez por el hecho de que todas las estructuras habitualmente autónomas son alcanzadas simultáneamente y de que las idas y vueltas y los efectos de arrastre en el seno de la crisis (la crisis por excelencia) casi no tienen equivalente. Piénsese en la relación del hombre con el espacio, la demografía, las actitudes ante la vida, los problemas del crecimiento, las estructuras de la producción y las más importantes aun del mando y del poder; piénsese sobre todo en el crecimiento, objetivo y subjetivo, existencial y esencial, el impacto práctico de la relatividad, la aparición del psicoanálisis, el surgimiento, en un ámbito muy distinto, de las teologías subjetivas. Actualmente, desde hace diez años (comienzos de los años sesenta), somos particularmente sensibles a lo que se ha convenido en llamar la crisis de la civilización; lo que vivimos hoy bajo este término un poco vago —no siempre lo percibimos claramente— no es otra cosa, en lo esencial, que la secuela, la radicalización, la difusión, digamos la masificación de la crisis de los años treinta. El viraje de los

dad objetiva o ilusión documental— con una majestuosa Edad Media de la cual parecen haber salido la sociedad tradicional y un sistema de civilización que los más viejos de nosotros han conocido.

[9] Me expliqué al respecto en la introducción de la *Civilisation de l'Europe des Lumières*, París, Arthaud, 1971.

[10] Desarrollé este aspecto, repercusiones de los cambios estructurales de los años treinta en el plano del conocimiento histórico, en "Histoire économique: dépassement y perspective", *op. cit.*

[11] Prefiero renunciar al empleo de la terminología marxista de infra y superestructura, que privilegia un sentido de la relación. Por encima de la ida interestructural, me parece que hay que preferir la ida y vuelta, medio de análisis más simple y mucho más apegado a la realidad.

[12] *Cf.* capítulo XI, *supra*.

años treinta es a la vez crisis propia y eco, en una palabra, superposición de las ondas de choque.

Quizás esta evocación era inútil. Es importante, sin embargo, tener bien presente en la mente este conjunto de correlaciones complejas para situar el origen de la historia tal como la practicamos desde el *Esquisse* y *La Crise*. La historia todavía viva, la historia ciencia humana,[13] la historia cuyas experiencias siguen nutriendo nuestro trabajo de investigación,[14] es posterior a lo sumo contemporánea del viraje de los años 1929-1933. ¿Por qué un trabajo comenzado hace cuarenta años –la duración útil de una vida humana– puede considerarse aún contemporáneo?

Desde luego, la historia que es tan vieja como el hombre en sociedad; desde luego, la historia que es conocimiento científico y riguroso del pasado, no nació en Francia con el *Esquisse;*[15] sin embargo, no deja de haber solución de continuidad, globalmente, con lo que precede –lo que precede es un material que podemos analizar de nuevo o reinterpretar–, y continuidad asegurada con lo que sigue. La revolución de comienzos de los años treinta se sitúa con toda precisión en el plano de la problemática. La historia transcurrió entonces sin que los que hicieron esta revolución hayan tenido, necesaria e inmediatamente, clara conciencia de ella, es decir, del paso de la problemática implícita a la problemática explícita. Lo que se esboza entonces, durante los primeros años treinta, es la relación entre la historia y las ciencias humanas del presente. La historia que aspira a una mejor comprensión de la crisis. Ninguna personalidad es entonces más importante que la de François Simiand;[16] ningún grupo más activo que la amistad sellada entre Estrasburgo y París en la redacción de los *Annales d'histoire économique et sociale;* ninguna empresa más significativa que la gran encuesta internacional

[13] A pesar de las sonrisas escépticas y de las advertencias exitosas, que tienen su utilidad. Véase, dentro del orden de las reacciones escépticas, P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire: essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971.

[14] *Cf.* capítulo XI, *supra*.

[15] Con el *Esquisse*, dramatización y cómoda simplificación. La historia, conocimiento científico riguroso, establecimiento objetivo del hecho y del texto, durante el siglo XV se apoya en el humanismo crítico italiano de la época de Lorenzo Valla, en la sabia erudición benedictina del viraje de las Luces (fines del siglo XVIII– comienzos del XVIII); en cuanto a la más lejana arqueología de una problemática científica, es necesario recurrir al Voltaire maduro del *Essai sur les moeurs*.

[16] Desde este punto de vista, véanse dos títulos de 1932: *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVIe au XIXe siècle*, París, Domat, 1932, y –el título resume un programa– *Les fluctuations économiques de longue durée et la crise mondiale*, París, Alcan, 1932.

sobre la historia de los precios.[17] La suerte de la historiografía francesa fue haber tenido, en ese preciso momento, un historiador de la talla y de la envergadura de Ernest Labrousse. Labrousse logró, golpe a golpe, mostrar por una parte que una historia científica rigurosa de la coyuntura económica podía hacerse rápidamente. No sólo proporcionó un expediente... y qué expediente..., sino que escribió –y esto es infinitamente más importante– en una lengua límpida, una bella lengua del Siglo de las Luces, el discurso del método de la nueva historia científica cuantitativa, ciencia auxiliar de una ciencia económica, a la cual pide prestada su problemática sin titubeo alguno. Ernest Labrousse fue el primero en ubicar Historia y Ciencia Económica en una doble relación de recíproca cooperación que terminará por remodelar completamente la disciplina histórica, sector por sector.

Actualmente se aprecia mejor cómo sucedieron las cosas. La elección era limitada y, debido a sus límites mismos, excelente. *La Crise*. *La Crise* desempeñó un papel esencial en la obra y la enseñanza de Labrousse. Durante un cuarto de siglo, ha encontrado muchísimos ecos. Durante toda su vida, Jean Meuvret,[18] profundizó su estudio de la crisis, perfeccionando incansablemente el instrumento que permite aproximarse a ella. Pero la demografía histórica –la mejor conquista de la historia en el transcurso de los diez últimos años– ¿no abordó en sus comienzos, entre 1944 y 1950, el problema esencial –la sucesión de las generaciones, la transmisión de la vida y de la herencia, es decir, exagerando uno de los aspectos, la crisis pedagógica de todos los sectores– de la historia serial? La crisis constituía el mejor momento posible para tal empresa. En primer lugar, porque desde la segunda o la tercera generación de los economistas clásicos –digamos en líneas generales, 1850-1860– y desde la crítica marxista de la economía política alrededor precisamente de uno de sus puntos débiles, la crisis,[19] la ciencia económica dispone de una enorme documentación, pero de una documentación sin espesor en el tiempo. Desde los primeros decenios del si-

[17] H. Hauser, "Un Comité international d'enquête sur l'histoire des prix", *Annales d'histoire économique et sociale* 2, 1930, pp. 384-385.

[18] En espera del gran libro sobre la economía agrícola del siglo XVII, cuya publicación se prepara tras una relectura atenta de Jean Jacquart y de Pierre Goubert, y que aparecerá próximamente (dos primeros volúmenes se publican en Mouton en enero de 1978), véanse *Etudes d'histoire économique*, París, A. Colin, 1971, y la edición de las *Mercuriales parisiennes* en colaboración con Micheline Baulant.

[19] La economía política clásica es al comienzo una descripción estática de equilibrio; es una economía de las corrientes equilibradas, excluye todo movimiento vectorial y se atreve a considerar la crisis como un accidente provisorio debido a un mal funcionamiento pasajero o a un conocimiento insuficiente de los mecanismos.

glo XX, la economía se elevó de la noción de crisis a la de coyuntura. A partir de ahí, la crisis deja de ser un accidente y comienza a ser solamente el momento recurrente de un flujo cuyos diferentes estados se deben a modelos endógenos. La crisis momento del ciclo. La crisis cuyos efectos sueñan con atenuar algunos; la crisis que otros esperan colocar al servicio de una estrategia revolucionaria. No se podía hacer una mejor elección de estudios alrededor de los años 1929-1930.

Tratar de comprender la crisis, es colocar la historia al servicio del hombre; es capitalizar una masa inigualable de datos ya elaborados; es proponer a una modalidad de historia radicalmente nueva, una manera de transición que hace tolerable el cambio. La crisis tuvo un papel de puente. Aseguró las transiciones entre la historia relato y la historia científica, entre la economía política, la más matemática de las ciencias humanas, y la hasta entonces historia con vocación literaria; las transiciones sin las cuales todo habría corrido el riesgo de fracasar. En fin, la crisis optaba por el perfeccionamiento de los recursos. La primera historia cuantitativa de Francia, la que he propuesto llamar dinámica coyuntural, había hecho una elección —que más tarde será injustamente criticada, hacia 1960— en favor del máximo de "refinamiento" previo, porque había escogido el indicador más discutible, es cierto, pero el más sensible, a saber, los precios. ¿No es verdad que en una economía de mercado —a partir de un cierto nivel de desarrollo, ¡habrá otras!— la crisis se manifiesta primeramente a través de una perturbación de los precios, la cual es árbitro e indicador a la vez?; ¿que la crisis de 1929 fue primero sensible en los precios?; ¿que el material estadístico para alcanzar este nivel de la realidad es más abundante y más seguro que en cualquier otro sector? Los precios, la crisis . . . , y hay que agregar el siglo XVIII. El siglo XIX se excluía casi por sí mismo. A partir de 1850, en las regiones más desarrolladas de la Europa industrial y de la afortunada América, se posee un material preelaborado. La función de servicio que va a reivindicar la historia la obliga a ubicarse desde el principio en los períodos que llamamos ahora protoestadístico y preestadístico; empezar, pues, del límite . . . estadístico/preestadístico; adaptarse, reconstituir, comprender la fluctuación de los precios; empezar con la crisis política por excelencia de 1789, para incrementar la medida científica de la coyuntura por encima del espesor de un siglo. Tal era el propósito. Hoy, a cuarenta años de distancia, debe reconocerse que al principio no podía proponerse una mejor elección. Hay que comprender bien en qué consiste, primeramente, el gran acierto de esa elección, incluso si obedeció a una serie de azares y de necesidades confusamente percibidas, más que a un procedimiento racional y de-

liberado: es la elección de un campo de experiencia reducido que desde el principio permite un estudio muy fino en profundidad; entre lo extensivo y lo intensivo, la primera historia económica cuantitativa, gracias a su parsimonia inicial, optó por lo *intensivo*.

A partir de estas primeras elecciones la transformación de la historia se desarrolla en capas sucesivas. De la crisis a la coyuntura. Del corto al largo plazo. Ernest Labrousse mostró el camino. Se le debe la aplicación en profundidad de todas las intenciones de Simiand y, más particularmente, una insistencia sobre la fase, y la tendencia secular, que ha suscitado entre los historiadores de lengua inglesa no pocas sorpresas y algo de escepticismo. Al mismo tiempo que la historiografía francesa daba prioridad a la larga duración, aprovechando el avance de la investigación dentro del orden tradicional entre nosotros de la geografía, optaba por una extensión espacial. Fernand Braudel, quien inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial compartió con Ernest Labrousse una suerte de imperio intelectual dentro de la historiografía francesa, tiene la principal responsabilidad de tal dirección. Después del enlace íntimo con lo económico, la unificación con una geografía ciencia del espacio anuncia otros, que se realizarán progresivamente a partir de los años sesenta. Después de los precios, los índices de actividad; después de la geografía, la sucesión de las generaciones; ahora aparece la demografía, predilección de una Francia enferma a causa de un antiquísimo maltusianismo, enferma de una hipermadurez como país anciano muy pleno.

Y debe decirse que, alrededor de la elección inicial y fecunda que está en la raíz de la gran obra —los indisociables *Esquisse* y *Crise*—, elección que se sitúa lógicamente al filo de los años 1929-1930, vuelve a encontrarse el punto de partida de la investigación historiográfica francesa realizada a lo largo de por lo menos veinte años, hasta comienzos del decenio 1960.

Digámoslo sin titubear: 1945-1960 constituyó un momento cumbre del resplandor de la ciencia histórica francesa. Por haber cambiado más temprano, la escuela francesa logró con sus primeros pasos representados por el *Esquisse*, la *Crise* y el *Méditerranée*, un avance que perderá inevitablemente, en la medida en que brille y tenga éxito fuera de nuestras fronteras. Puesto que, en verdad, las opciones de los años treinta están por naturaleza condenadas a ser rápidamente superadas, sin poder sin embargo ser nunca cuestionadas; lo que está hecho es irreversible: la mutación de la historia en Francia está destinada a difundirse ampliamente. Para comprender bien esto, hay que ubicarse en el extranjero, principalmente en América. Lo que a menudo sorprende,

desde el campo de observación de las *social sciences* de lengua inglesa y de práctica americana —Claude Lévi-Strauss tuvo razón al decir cuánto nos falta por haber estado tan poco atentos a ello—, es el papel motor de la historia. Las ciencias históricas en Francia, gracias a la mutación de los años treinta, impulsada por Marc Bloch, Lucien Febvre, Ernest Labrousse y Fernand Braudel, pero también debido a una estructura de pensamiento, a una antiquísima tradición de Estado y a una nación muy vieja; debido sobre todo a la elección de los años treinta, ha tenido y tendrá un papel federador, un impulso motor. La primacía de la dimensión histórica en el interior de las ciencias del hombre se parece un poco a la elección del estudio de la coyuntura en la larga duración. Desde hace alrededor de diez años, con la magnífica recuperación realizada en Inglaterra por la escuela de los historiadores demógrafos de Cambridge, en torno a Peter Laslett, E. A. Wrigley, por todo el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure, D. V. Glass, D. E. C. Eversley, J. Hajnal . . . las ciencias sociales pues —en Inglaterra, no en los Estados Unidos— tienden a experimentar, tal vez menos que en Francia pero ya mucho más que en otras partes,[20] la seducción de dar prioridad en lo histórico a una organización basada no en la duración abstracta, sino en la duración concreta de la historia.

Hasta aquí en lo que se refiere a un primer plano. La coyuntura llama a la estructura. La crisis de tipo antiguo, cuya persistencia siempre ha afirmado Labrousse, es un medio, durante mucho tiempo, al menos a través de la primera parte del siglo XIX y cuando se logra caracterizarla, de advertir detrás de los sectores mutantes de la economía la persistencia de las antiguas estructuras. No nos corresponde cortar por lo sano un debate tan apasionado: podemos dedicarnos al cambio, al surgimiento de estructuras que son las del porvenir; podemos privilegiar persistencia y estado latente; por lo tanto, ocuparnos de lo global en primera instancia. En estas condiciones, volvamos al caso francés . . . :

[20] En Alemania y en los Estados Unidos, donde se encuentran a la vez brillantes historiadores y un alto nivel de desarrollo de las ciencias sociales, las barreras son mucho más altas. La historia sigue siendo tradicional, se apega al relato y a la crónica del Estado, ingenuamente y sin complejos mientras que el tiempo que la ciencia social está obligada a incorporar sigue siendo un tiempo abstracto, un tiempo científico, despojado de la densa realidad de lo vivido que sólo puede recuperar la historia totalmente renovada y, sin embargo, enraizada en una continuidad varias veces milenaria.

sin discusión hasta 1860 y en cierta manera hasta los años 1880-1890, Francia conserva la huella de una economía de tipo antiguo.

Ernest Labrousse, aunque haya sido un maravilloso historiador de la coyuntura —que es, en la acepción más antigua y la única científicamente rigurosa, una coyuntura económica— abordó en seguida el estudio sistemático de las estructuras en su disciplina.[21] ¿Es necesario recordar una vez más —he tenido muchas veces la oportunidad de extenderme sobre este tema— la amigable polémica de la historia cuantitativa de los economistas, vaciada en el molde de las contabilidades nacionales regresivas? La historia económica de los años sesenta, por cierto, fue una historia del crecimiento y de sus distorsiones, de la misma manera que la historia de los treinta, cuarenta y cincuenta fue una dinámica coyuntural limitada a economías de rama seleccionadas por la comodidad documental que ofrecían, empujada por las desgracias y la conmoción de la última gran crisis salvaje de una economía dominante, que se propagaba en sectores heterogéneos mixtos y desarticulados.

Nadie discutirá que, en muchos aspectos, los alumnos de Kuznets y de Marczewski o los partidarios de la *New Economic History* aventajan a sus predecesores de los años cuarenta y cincuenta. Sin embargo, habría que ser muy ciego actualmente para no reconocer en qué medida preparó Labrousse el viraje hacia una historia cuantitativa más ambiciosa, por la dirección que hizo tomar a las investigaciones.

Al abandonar los estudios sectoriales, al renunciar muy pronto a las economías de rama[22] para cultivar la monografía regional, la escuela histórica francesa concluyó una etapa, tal vez un poco larga pero seguramente útil, e inició otras cada vez más ambiciosas. Al optar por la pequeña región,[23] a veces por la provincia[24] y otras por el departamento[25] —elección por cierto discutible *in abstracto;* elección razonable según

[21] Y en la parte más importante de sus enseñanzas, los trabajos de tesis, E. Labrousse dirigió solo, durante diez o quince años más o menos, el mismo número de trabajos que todos sus colegas historiadores modernistas y contemporaneístas de París y de provincia juntos.

[22] El mayor logro es el de P. Léon, *La naissance de la grande industrie en Dauphiné (fin du XVIII^{e}-1869)*, París, PUF, 1954.

[23] Generalmente de 500 a 2 000 km^2 bajo el Antiguo Régimen. Véase el *Beauvaisis* de Pierre Goubert; *cf.* nuestras reflexiones sobre la pequeña región en "En marge du Beauvaisis exemplaire: problèmes de fait et de méthode", *Annales de Normandie* 4, 1960, pp. 337-365.

[24] El mejor ejemplo sigue siendo *Les paysans de Languedoc* de E. Le Roy Ladurie; *cf.* nuestras reflexiones en "A partir du Languedoc — de la peste noire a Malthus: cinq siècles d'histoire sérielle", *Revue historique* 237 (482), pp. 359-380.

[25] El ejemplar Loir-et-Cher de G. Dupeux, *Aspects de l'histoire sociale et politique du Loir-et-Cher, 1848-1914*, París/La Haya, Mouton, 1962.

el criterio de disponibilidad de la documentación, o sea de la rentabilidad— la historiografía francesa de los años cincuenta y sesenta preparó el camino hacia una cuantificación globalizante. Ernest Labrousse, al preconizar la evaluación de los sectores que no se pueden alcanzar directamente y al recurrir cada vez que es posible a los modelos, preparó, mucho más de lo que suele creerse, la revolución de la segunda historia cuantitativa.

No se ha comentado ni advertido suficientemente, porque Ernest Labrousse no se interesa directamente por la estructura económica:[26] para él la estructura es social; es cierto que le apasiona el hombre en sus relaciones con la producción, pero también el hombre en sus relaciones con el hombre; así, aprovecha al máximo lo que estaba incluido desde hacía ya mucho tiempo en la enseñanza y que en adelante puede explotarse fácilmente, es decir el hombre en sus relaciones con los círculos de sociabilidad. Ernest Labrousse dice más simplemente las clases. Yo prefiero sociabilidad que es menos limitativo y más rico en posibilidades.

Ernest Labrousse se dedicó desde los años cincuenta al estudio de la "cantidad social".[27] Hemos sido sensibles a un cambio progresivo de óptica. Una vez más, en tal deslizamiento resplandecen la audacia y la originalidad de un pensamiento creador. Lo que me parece más importante, dentro de la evolución de la investigación histórica francesa en el curso de estos últimos años, es precisamente que el instrumento estadístico (material y análisis del material) haya salido de su ámbito tradicional, el económico, para aplicarse en sectores esenciales más rebeldes a la cuantificación. La cantidad social es el paso al segundo grado. Sería demasiado fácil atribuir lo adquirido al marxismo. Ernest Labrousse siempre manifestó en voz alta la línea mayor de su pensamiento: su adhesión flexible, reflexiva y personal, dentro de la tradición de Jaurès, la auténtica tradición francesa, a la familia marxista. Pero el marxismo de Ernest Labrousse debe ser un marxismo auténtico, en tanto que no puede dejar de parecer insólito. Labrousse busca, mide y cuantifica lo social. Nada más alejado de las recitaciones catequísticas y de los ejercicios de ontología teoricodeductiva que están abusivamen-

[26] Este menor interés también se deriva de la elección cronológica del historiador; E. Labrousse ha explorado con predilección el siglo XVIII y, por deslizamiento en el tiempo, el siglo XIX, la frontera mutante del estadístico y del preestadístico, período durante el cual las estructuras económicas en Europa Occidental se hacen y se deshacen. La estructura económica tienta a los historiadores que se ubican río arriba e incluso al economista colocado río abajo.

[27] Véase A. Daumard, F. Furet . . ., véase el esfuerzo extremo de J. Sentou.

te encubiertos, aquí y allá, por el adjetivo ambiguo. La historia social, tal como él la concibe, es tal vez marxista, pero teóricamente; es historia viva, alejada de toda letra que mata. En líneas generales, ésta ha sido la experiencia.

¿La historia se encuentra en plena mutación desde hace cuatro o cinco años? Y algunas de estas mutaciones son, al menos en parte, la consecuencia de una enseñanza, de intuiciones e, indiscutiblemente, del desarrollo lógico y del impulso dado a la investigación histórica por Ernest Labrousse, inmediatamente después de la guerra.

Dejemos, por el momento, el peso de las transformaciones del mundo —ya en otra ocasión examinamos los lazos evidentes[28] entre las orientaciones de la investigación histórica y las transformaciones sociales, económicas, afectivas y mentales; en una palabra, la investigación histórica auxiliar de las ciencias políticas del presente y catalizadora de angustias colectivas, para limitarnos al aspecto más técnico de las cosas. La investigación histórica, a partir de sus opciones de los años treinta y cuarenta, debía desembocar casi necesariamente, con mayor o menor rapidez, en las direcciones que le vemos tomar.

La elección fundamental es la de lo cuantitativo. Es inútil insistir. La cuantificación, condición misma del acoplamiento de la historia con las ciencias sociales, es la condición *sine qua non* de toda promoción del conocimiento. El logro de la cuantificación por la escuela francesa —sobre este aspecto hay verdaderamente *consensus* unánime en Francia y, lo que es más importante, en el extranjero— ha sido un logro en la medida de la moderación de la elección previa. Ahora podemos regocijarnos de la timidez sistemática en la elección de las primeras experiencias de cuantificación. Resumamos: el sector de los precios, por consiguiente la capa más fácilmente observable de la economía; la economía, pues, así como un espacio cronológico que va, en líneas generales, de mediados del siglo XIX a fines del XVII, respecto a los sectores más favorecidos de la Europa occidental, representan una opción por el movimiento y el cambio en implícito detrimento de lo inmóvil y de la muy larga duración. En función de la elección: comprender la crisis y comprender el mecanismo de la variación del clima coyuntural (ya sea dentro de la óptica reformista, o dentro de la óptica revolucionaria); en función del acoplamiento con la más "sofisticada", la más matemática de las ciencias sociales, la economía política, era necesaria una cuantificación fina, una opción por la *calidad*. Esta opción por la calidad se mantendrá siempre. Por lo tanto, cuantificación

[28] *Cf.* capítulos XI, *supra* y XVI, *infra*.

fina, radical, avanzada, a veces hasta sofisticada, y opción crítica. Se establecerá la unidad de información cifrada con el rigor de una tradición crítica que viene de lejos.

A partir de entonces, determinada la opción, la transformación de la historiografía experimentará una doble ampliación: se extenderá en la duración y en nuevos campos de cuantificación.

Extensión en la duración y ampliación del campo van frecuentemente a la par. ¿Es necesario recordar la sorprendente y magnífica conquista dirigida hacia un alcance de la variación climática,[29] siempre dentro de la línea de las elecciones básicas de la dinámica coyuntural? Hemos examinado ya[30] lo que nos parece todavía más importante dentro de las perspectivas de una ampliación del frente: la significación que tendría incluir en lo cuantitativo los comportamientos y los signos codificables de la sensibilidad. Piénsese en las actitudes ante la vida y ante la muerte por fin fuera del ámbito del impresionismo; piénsese en los estudios de contenido del lenguaje que permiten ahora la innovación tecnológica de la computadora.

Me detendré un instante en una experiencia reciente que vale mucho la pena: la investigación sobre los diezmos. Se sabe del papel decisivo de Ernest Labrousse, tanto en el Centro Nacional de Investigación Científica como en el interior de la Asociación de Historiadores Economistas y en la Escuela de Altos Estudios, en el inicio de este proyecto que Emmanuel Le Roy Ladurie y Joseph Goy concluyeron en una brillante primera etapa.[31] Aproximarse a la producción agrícola o al menos a lo esencial, los granos; ir mucho más allá del umbral del protoestadístico y del preestadístico tardío; y, por último, en una perspectiva no del todo utópica, doblar los precios y los tráficos de un verdadero índice de la producción con la esperanza del producto bruto; todo esto es lo que significa la experiencia de haber estudiado la producción del sector primario a través del diezmo.

La encuesta publicada por la Escuela de Altos Estudios hace la recapitulación en 1969. Sus conclusiones están formuladas prudentemente y, no obstante, el resultado es a la vez categórico y sorprendente.

[29] Aunque iniciada tarde, véase, gracias a E. Le Roy Ladurie, la magnífica recuperación de la escuela francesa: E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967; P. Chaunu, "Le climat et l'histoire à propos d'un livre récent", *Revue historique* 238 (484), pp. 365-376.

[30] *Cf.* capítulo XI, *supra.*

[31] *Les fluctuations du produit de la dîme: conjoncture décimale et domaniale de la fin du Moyen Age au XVIII[e] siècle*, Communications et travaux rassemblés et présentés par J. Goy et E. Le Roy Ladurie, París/La Haya, Mouton, 1972.

Desde mediados del siglo xv hasta fines del xviii, la tendencia oscila secularmente entre un piso y un techo que están casi horizontales. La encuesta sobre los diezmos recupera los ricos expedientes de la demografía histórica. Al menos en una primera etapa, se encuentra confirmada de manera general la brillante intuición de los *Paysans de Languedoc;*[32] M. M. Postan[33] lo había presentido, sin pruebas, desde 1941. Las oscilaciones de la producción son las de la ocupación del suelo, es decir oscilaciones de la población cuyo crecimiento estaría bloqueado periódicamente a causa de los *cheks* maltusianos. Las primeras formulaciones rara vez son afortunadas, sobre todo cuando son geniales. Habrá que afinar mucho de la magnífica intuición de Emmanuel Le Roy Ladurie. Tiene razón en un ochenta por ciento; lo demás se reduce a corrección de detalles.

Nada permite descartar totalmente una ligera variación de los rendimientos. Hay que tener mucha prisa para elaborar conclusiones, como lo hace Michel Morineau,[34] a partir de una muestra demasiado reducida en verdad. Pero su procedimiento es ingenioso y su tono de provocación deliberado, mayéutico. La respuesta reside en nuevas investigaciones y en la construcción de una teoría general de la población más globalizadora[35] que las que hemos utilizado hasta hoy –una teoría que no titubee en situarse en el plano de todo un sistema de civilización.

Hemos llegado a un punto en el que las cosas avanzan rápidamente. No sólo gana precisión la hipótesis de la casi horizontal cinco veces secular, sino que todas las investigaciones de historia serial realizadas desde hace algunos años con los métodos de la dinámica coyuntural labroussiana, nos llevan a una misteriosa cita en el puente de unión de los siglos xiii y xiv, cuando se originó un conjunto de mutaciones que quizás nunca podremos medir en una duración mayor que la del poder separador de nuestros instrumentos de observación, pero que nos invitan a reflexionar sobre un sistema de civilización bien localizado en el espacio y en el tiempo. A pesar de las mutaciones de comienzos del siglo xvii,[36] de fines del xviii y del xix, este sistema de civiliza-

[32] E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc,* París, SEVPEN, 1966, y nuestras reflexiones de la *Revue historique* 237 (482), abril-junio de 1967, pp. 359-380.

[33] M. M. Postan *et al., The Cambridge Economic History of Europe,* t. I, *The Agrarian Life of Middle Ages,* Cambridge, 1a. ed., 1941; 2a. ed., 1966.

[34] M. Morineau, *Les faux-semblants d'un démarrage économique: agriculture et démographie en France au XVIIIe siècle,* París, A. Colin, 1971.

[35] En el capítulo XIV, *infra,* trato más a fondo el problema.

[36] P. Chaunu, "Réflexions sur le tournant des années 1630-1650", *Cahiers d'histoire (Lyon)* 12 (3), 1967, pp. 249-268; "Le renversement de la tendance majeure des prix et des activités au XVIIIe siècle: problèmes de fait et de méthodes", en *Studi*

ción era aún observable en Europa occidental, en los sectores protegidos de los bosques y de los campos apartados de las vías de comunicación, aquí y allá, hasta aproximadamente mediados de nuestro siglo. Ese "mundo que hemos perdido" y que nos da todavía una de las claves de las mutaciones del mundo que está en vías de nacer en una escala ciertamente más amplia pero no forzosamente sin referencia en el código inteligible del pasado.

La hipótesis de la horizontal se confirma, en el seno de un mundo pleno muy antiguo. Piénsese en la región del Cambresis tal como la pone de relieve la bella tesis que acaba de terminar Hugues Neveux.[37] Gracias a Hugues Neveux, por vez primera conocemos la producción agrícola de una vasta extensión (del 12 al 13 por ciento de los 500 km² del Cambresis), y desde comienzos del siglo XIV hasta los siglos XIX y XX, de una manera verdaderamente indiscutible. Por vez primera y de una manera irrecusable,[38] hemos llegado a conocer el nivel de producción cerealera de una de las tierras limosas más antiguamente roturadas en su totalidad,[39] durante un plazo muy largo. Estos son, reducidos a índices, los resultados de la producción cerealera cambresiana a los que llega Hugues Neveux:[40]

hacia 1320	140 a 150
hacia 1370	100
hacia 1450-1460	80
hacia 1520-1540	90 a 95
hacia 1610-1620	85 a 90
hacia 1700	100

in onore di Amintore Fanfani, Milán, 1962, t. IV, pp. 219-255, y "Le XVIIe siècle: problèmes de conjoncture", en *Mélanges Antony Babel*, Ginebra, 1963, t. I, pp. 337-355.

[37] H. Neveux, *Les grains du Cambrésis (fin du XIVe, début du XVIIe siècle): vie et déclin d'une structure économique*, París, Sorbona, 1973.

[38] Es decir quizás 200 000 km² de este tipo, con respecto al 1 o 1,2 millones de km² de la Europa Occidental (Inglaterra, *stricto sensu*, Reino de Francia, Países Bajos, eje renano, planicie del Po y Toscana) de todos los logros.

[39] El estudio es un ejemplo de rigor crítico dentro de la mejor tradición de los maestros del cuantitativismo francés, con algo de predilección por el más riguroso y el más prudente en materia de cifras dentro del sector agrícola, Jean Mauvret, con quien Hugues Neveux tuvo hasta el final una estrecha relación. Acaba por fin de aparecer, J. Meuvret, *Le problème des subsistances à l'époque Louis XIV. La production des céréales dans la France du XVIIe et du XVIIIe siècle*, París-La Haya, EHESS-Mouton, 1977, 2 vols., 1978, 224 y 224 pp.; una continuación.

[40] Neveux, *op. cit.*, p. 102.

hacia 1750	110
hacia 1780	150
haica 1840	160-170

Al lado de este resultado masivo, la disminución de los cereales de primavera con respecto al aumento del trigo candeal es relativamente de menor importancia. Nos limitaremos pues a la lección más global y más significativa: el índice de la producción cerealera (producción total) y el carácter de la tendencia. El trabajo de Hugues Neveux permite examinar continuamente, a lo largo de una duración muy larga, una coyuntura fina, anual (casi sin lagunas) y nos propone un estudio minucioso de la coyuntura al incorporar en lo sucesivo a ésta la producción cerealera, con un lujo de detalles al cual sólo podían aspirar, hasta entonces, las series de los precios y de los intercambios. Con Hugues Neveux, la batalla de la producción agrícola ha conquistado cinco siglos y 500 km², una de esas dos mil pequeñas regiones que constituyen la Europa densa y rica, la Europa media, viejo mundo pleno, del codo a codo, ruda escuela de sociabilidad: condición del triunfo y del éxito.

Por vez primera la meseta superior está bien marcada, allí donde desde hace mucho tiempo, en el puente de unión de los siglos XIII y XIV, se esperaba una cima que no es solamente una cima de las superficies explotadas, sino que parece también una cima de los rendimientos.

Debe tenerse cuidado, pues el Cambresis –ésta será mi primer advertencia–[41] sólo permite hablar, razonablemente, en líneas generales, de 200 000 km², la parte más plena del mundo pleno, las ricas llanuras cerealeras limosas. Si tomamos el millón (1 a 1.2 millones) de km² de la Europa media, ese corazón de la cristiandad latina occidental, el cierre (léase el desbroce de más del 80 por ciento del territorio) sólo es total en una fracción comprendida por las comunidades cerradas), en mi opinión aún limitada, no mayor del 20 al 25 por ciento del conjunto del espacio considerado. Tenemos fundadas suposiciones para Normandía:[42] la Alta Normandía, totalmente desbrozada desde el siglo XIII, se opone a la Baja Normandía. Se puede pensar que una evolución cambresiana se aplica, en líneas muy generales, a la Alta Normandía (límite superior horizontal, límite inferior hundido en varios lugares); me atrevería a aplicar a la Baja Normandía una evolución diferente: límite superior ligeramente ascendente, límite inferior más regular y menos distante del superior. No nos anticipemos: los estudios

[41] H. Neveux no concluye más allá del Cambresis. Mi advertencia no le concierne. En general, yo soy mucho menos prudente que él.

[42] *Cf.* capítulo XIV, *infra.*

de producción apenas comienzan y no estamos en condiciones de proponer una teoría general del fenómeno.

Sin embargo, tenemos una certeza; el punto alto del siglo XIII. Ahora bien, si se consideran los resultados de la indagación demográfica; si se consideran las primeras impresiones recibidas de investigaciones relativas a los hechos cuantificables de civilización y de sensibilidad . . . , todas las líneas convergen en el horizonte del mundo pleno.

A fines del siglo XIII, por vez primera en una escala tan vasta,[43] aproximadamente un millón de km², estamos en presencia de un mundo íntegramente desbrozado –40 ha/km², excepcionalmente más–:[44] el mundo pleno de las aldeas, de manera que, desde lo alto de una de ellas, en el horizonte se perfilan hasta siete u ocho más. Desde el artículo pionero de J. Hajnal,[45] los historiadores demógrafos construyeron un modelo demográfico mucho más complejo,[46] basado en el retraso de la edad de las mujeres para el matrimonio. El retraso de la edad en el matrimonio, el *new pattern*, se instauró en Inglaterra, en la mitad norte del Reino de Francia, en los Países Bajos y en el eje renano, entre comienzos del siglo XIV y fines del XV, y, a partir de entonces, se propagó en círculos concéntricos, muy lentamente, en toda la cristiandad latina, pero nunca más allá, desde el siglo XV hasta fines del XVIII. Esta mutación se ve acompañada de una ruptura progresiva del linaje, de un reforzamiento de la comunidad territorial de habitantes, de una modificación profunda de las actitudes ante la vida, ante la muerte, ante la sexualidad, de las relaciones en el seno de la pareja . . . , esta mutación se ve acompañada de la aparición del Estado hacendario, de un cambio en el número de los que leen y escriben; de una modificación, pues, de las relaciones entre civilización de lo escrito y cultura tradicional y de un nuevo clima religioso. Este cambio se acompaña de un crecimiento exponencial de las comunicaciones, de un comienzo de reforzamiento de la inversión en el campo educativo y de una modificación de las relaciones entre las edades.

Desde el principio de los años treinta, en su conquista regresiva del pasado, la historia cuantitativa, la dinámica coyuntural –nosotros

[43] Un fenómeno análogo se había producido en algunos sectores geográficos mucho más restringidos del Mundo Antiguo. He examinado esos problemas en un libro que se publicará en Fayard, dentro de la colección "L'histoire sans frontière", titulado *Le temps des deux Réformes de l'Eglise*.

[44] R. Fossier, *La terre et les hommes en Picardie*, París, B. Nauwelaerts, 1968.

[45] "European Marriage Patterns in Perspective", en D. V. Glass y D. E. C. Eversley (eds.), *Population in History*, Londres, Arnold, 1968, pp. 101-145.

[46] *Cf.* capítulo XIV, *infra*.

preferimos decir la historia serial— impulsada por la fecunda hipótesis de François Simiand transformada por Ernest Labrousse, ha emprendido una curiosa marcha retrospectiva en el tiempo, en busca de las mutaciones importantes de la compleja realidad social.

Sucesivamente, la historiografía ha aprendido a leer en su complejidad los grandes virajes de la historia total, y los ha encontrado ahí donde la intuición de Simiand y de Labrousse los habían previsto.

> ¿Es necesario decir que llegamos actualmente a una cierta promoción del viraje en historia, en la medida en que éste reconcilia las problemáticas indisociables y opuestas de la ruptura y de la continuidad? El viraje constituye, si se quiere, el movimiento significativo dentro de la continuidad y la articulación cronológica de una historia centrada aún en el ritmo, en la fase, en la problemática cíclica.[47]

Pero no abusemos de las palabras:

> Se hablará solamente de viraje, cuando haya modificaciones profundas y significativas, cuando todo un conjunto de sectores se mueva simultáneamente en vastos sectores. Lo que implica casi necesariamente un mínimo de capacidad para adquirir conciencia rápidamente.[48]

La historiografía se ha inclinado así, sucesiva y simultáneamente, a privilegiar el viraje decisivo de fines del siglo XVIII y el de comienzos del XIX. Era imposible que actuara de otro modo hacia 1960, en la época en que, ante el cuestionamiento de la calidad del crecimiento, las distorsiones de dicho crecimiento y los problemas de la imposible recuperación acaparaban toda la atención. Diez años antes, cuando la historia geográfica se abría paso en la época final de los imperios, era fatal que el interés se concentrara más especialmente en la transición de los siglos XV y XVI, fascinado por la gran mutación espacial, el primer esbozo de un deslizamiento de los espacios culturales-temporales hacia un primer esbozo (¡oh cuán modesto!) de una película frágil de economía-mundo: el difícil paso de un plural perenne hacia un singular que se perfila. Quince años más tarde, debido a la influencia de la gran profundización realizada por la historia de las ciencias, el viraje del segundo cuarto del siglo XVII se equipara con su homólogo, el horizonte 1680, de un modo convincente en el orden de las ideas. Al mismo tiempo, descubrimos

[47] En 1967, Chaunu, "Réflexions sur le tournant des années 1630-1650", *op. cit.*, p. 252.

[48] *Ibid.*, p. 255.

la profundidad de la intuición de François Simiand: el decrecimiento es tan importante como el arranque. . . , las correlaciones más significativas no son forzosamente las correlaciones positivas. . . , las contrariedades significativas también son importantes.

Pero al ocupar el primer plano de la preocupación, ya no tanto la obra como el hombre mismo; al volverse el centro de todo y especialmente de las derivaciones de la historia demográfica (el hombre frente a la vida y frente a la muerte) la larga duración toma la delantera. El siglo ya no es suficiente. Un sistema de civilización dura —si nos referimos a la civilización tradicional— por lo menos un medio milenio.

Frente a un desafío soslayado a menudo en el curso de la historia, el *mundo pleno,* y tras el fácil crecimiento durante la alta Edad Media, la cristiandad latina occidental encuentra en su ponderación de los valores una respuesta única: la castración voluntaria representada por el matrimonio diferido, la prohibición a las viudas de volverse a casar automáticamente y el celibato definitivo que socializa la abstinencia monástica. Esta inaudita solución a una dificultad, desemboca en nuevas relaciones interpersonales, trae consigo una posibilidad de crecimiento mediante la constitución de una reserva de fecundidad no empleada, exige un esfuerzo de educación, impone un descenso de las exigencias de las "tecnoestructuras" de los clérigos ante el comportamiento de la masa; al refrenar el instinto, acelera el proceso de cerebralización. Ante el desafío de las coacciones necesarias en el mundo pleno, surge un sistema generador de complejos, expuesto a dolorosas tensiones y, por lo tanto, más propicio que ningún otro para las superaciones del progreso. Casi todo está por hacerse para comprender los sutiles resortes de este bello edificio, pero las posibilidades de la historia serial son considerables. Y de ello depende un poco nuestro destino. La conservación de lo mejor de la herencia sigue siendo, hoy como ayer, la condición del progreso. Conservar lo mejor para el Progreso: utopía de las Luces y, ¿por qué no?, vocación de servicio de la Historia.

Cuarta Parte

LA VÍA DEMOGRÁFICA Y SUS SUPERACIONES

Al principio fue la economía; pero en el fondo de todo es el hombre, el hombre frente a sí mismo y por lo tanto frente a la muerte, quien actúa en la sucesión de las generaciones: la demografía.

En seguida, basado en mi ponencia presentada en el coloquio de Lyon de octubre de 1970, presento el artículo sobre los dos maltusianismos (cap. 13) que sirve de transición, las reflexiones sobre la demografía normanda (cap. 14) de las *Mélanges Reinhard* y la tentativa de síntesis "Demografía histórica y sistema de civilización" (cap. 15) de las *Mélanges de l'École française de Rome*.

Con las superaciones ocurridas en el campo de la sensibilidad y en primer lugar la muerte, con mi contribución a las *Mélanges Braudel* de 1972 "Un nuevo campo para la historia serial, lo cuantitativo en el tercer nivel" (cap. 16) y nuestro "Morir en París", copiado de una ponencia presentada en el Coloquio franco-inglés de Lyon (cap. 17).

XIII. MALTUSIANISMO DEMOGRÁFICO Y MALTUSIANISMO ECONÓMICO

*Reflexiones sobre el fracaso industrial de Normandía en la época del arranque**

ESTAS modestas reflexiones están lejos de agotar un tema apasionadamente debatido, el de las relaciones entre el crecimiento demográfico y el crecimiento económico. En el marco de la muy larga duración, en el marco de la experiencia vivida hasta el presente y registrada en la memoria colectiva de los hombres, la correlación que liga a estas dos clases de fenómenos es evidentemente positiva. A menudo se ha subrayado esto, sin duda de una manera demasiado abrupta, sin distinguir suficientemente los períodos y las épocas, sin refutar las aparentes excepciones, sin tomarse la molestia de desmontar y reconstruir los modelos econométricos que ligan en casi todas las estructuras los dos crecimientos, sin precisar los catalizadores sociales y los catalizadores psicocolectivos que aseguran los pasos y engranan los mecanismos de tracción. Actualmente, urge emprender este trabajo.[1] El apresurado artículo presente, relacionado con un caso limitado, surge con la esperanza de que dicho trabajo se realice y es una simple conclusión provisional de un conjunto de investigaciones que están efectuándose. Las reflexio-

* Artículo publicado en los *Annales ESC* 1, enero-febrero de 1972, pp. 1-19. Reproducido con la amable autorización de la Redacción.

[1] Pensamos alguna vez volver a tratar este tema. Hacen falta tiempo y algunos recursos. Pero se trata, ante todo, de un trabajo de historiador. No hay duda posible sobre la urgencia de abrir el debate en términos verdaderamente científicos. Las mutaciones demográficas de los años 1940-1950, mal apreciadas en conjunto y todavía peor medidas, han desencadenado con una expresión llena de connotaciones afectivas evidentes, "explosión demográfica", un conjunto de reacciones de miedo en las naciones industriales más desarrolladas, y en primerísimo lugar en los Estados Unidos. Estas reacciones de miedo han desembocado en verdaderas falsificaciones más o menos conscientes de los datos estadísticos que se refieren al Tercer Mundo. Olivier Dollfus lo ha demostrado de una manera muy elocuente con los censos del Perú. Llegan, mediante regresiones y proyección sobre el pasado, a ridículas y reveladoras aproximaciones. La interesante síntesis de P. Bairoch *(Révolution industrielle et sous-développement,* París, SEDES, 3a. ed. 1969) es particularmente rica en *lapsi* demográficos. El más asombroso se lee, sin duda, p. 33, en la evolución comparativa de la población de 1750 a 1900, que opone el híbrido Francia/Reino Unido al resto de Europa, salvo Francia y el Reino Unido. Habida cuenta de los comportamientos demográficos diametralmente opuestos de Francia y de Gran Bretaña de 1750 a 1900, ningún desglose puede enmascarar con mayor perfección que éste el papel del factor demográfico,

nes que presenta responden a una apremiante pregunta formulada por Pierre Léon.[2] Sin embargo, desde hace algunos años, se inscriben implícitamente en el plan de trabajo del *Centro de Investigaciones de Historia Cuantitativa de Caen.*

El Centro de Investigaciones de Historia Cuantitativa de Caen[3] se dedica desde 1966 al estudio de un crecimiento regional, que vendría a vaciarse en un modelo de contabilidad adaptado a las necesidades de

que el capítulo 2 (pp. 26-36) pretende poner de manifiesto, mientras que en realidad trata de escamotearlo. Paul Bairoch, como todos los historiadores economistas de formación americana, decide pura y simplemente negar el componente demográfico de la historia del crecimiento industrial. Comportamiento irracional y por lo tanto revelador por parte de un científico que, por lo demás, está muy bien informado.

[2] En ocasión del Coloquio que tuvo lugar en Lyon del 7 al 10 de octubre de 1970, bajo el patrocinio del CNRS, con la presidencia de Fernand Braudel y la dirección de François Crouzet y Pierre Léon. Tengo interés en agradecer vivamente a Pierre Léon, cuya exigente amistad me obligó a entregar al Coloquio de Lyon sobre "Industrialización en Europa en el siglo XIX, Cartografía-Tipología", un informe titulado "Les enquêtes du Centre de Recherches d'Histoire Quantitative de Caen. Bilan et perspectives. Réflexions sur l'échec industriel de la Normandie". Además, aceptó de muy buen grado que yo utilice la mayor parte del texto de las Actas del Congreso, *L'industrialisation en Europe au XIX^e^ siècle,* en las ediciones del CNRS, pp. 285-304, en este artículo destinado a los *Annales ESC.* Ojalá que él encuentre aquí la expresión de mi gratitud, de mi admiración y de mi amistad. Pierre Léon nos dejó en el otoño de 1976. ¿Es necesario expresar la magnitud de la pérdida que hemos sufrido y lo profundo de nuestra pena?

[3] Nacido oficialmente en octubre de 1966, en el otoño de 1967 se reconoció su estatuto de equipo de investigación asociado del CNRS. Debe muchísimo al extraordinario espíritu de inventiva metodológica y documental, así como a las cualidades humanas de Pierre Gouhier. Sus metas y proyectos ya han sido expuestos sucintamente en algunas notas y artículos.

P. Chaunu, "Les sources statistiques de l'histoire de France (Basse-Normandie). Problème de méthode", *Annales de Normandie* 1, 1965, pp. 3-44; *Atlas Historique de Normandie,* I, *Cartes des communautés d'habitants. Généralité de Rouen, Caen et Alençon, 1636-1789* por P. Gouhier, A. y J.-M Vallez, Caen, CRHQ, 1967, 100 pp., Prefacio de P. Chaunu; *ibid.,* "Etat des travaux et programme de recherche du Centre de Recherches d'Histoire Quantitative de la Faculté des lettres et sciences humaines de Caen", *Annales de Démographie Historique,* 1967, pp. 239-256; *ibid.,* capítulos II, III y X, *supra.* Ya pueden atribuírsele ciertas publicaciones; algunas son anteriores al nacimiento oficial del Centro:

P. Gouhier, "Port-en-Bessin, 1597-1792. Etude d'histoire démographique", Caen, *Cahier des Annales de Normandie* 1, 1962, 117 pp.; M. Caillard, M. Duval, Ph. Guillot, M.-C. Gricourt, P. Chaunu, "A travers la Normandie des XVII^e^ et XVIII^e^ siècles", Caen, *Cahier des Annales de Normandie* 3, 1963, 562 pp.; M. Bouvet, P.-M. Bourdin, P. Chaunu, *À travers la Normandie des XVII^e^ et XVIII^e^ siècles* 2, Caen, 1968, 522 pp. P. Ponsot, "Douvres-la-Délivrande (1600-1792). Une inversion

una región de 30 000 km² más o menos, poblada por entre uno y dos millones de hombres, considerados en la muy larga duración entre los siglos XII-XIII y la actualidad. Como a muchos, nos han impresionado las primicias alentadoras de la *Histoire quantitative de l'économie française* de Jean Marczewski,[4] y ciertos peligros de un éxito que no ha cesado de afirmarse. El peligro se deriva del marco nacional, cómodo pero en parte anacrónico respecto a los siglos anteriores a la Revolución industrial. En Francia, el marco nacional es, quizás, excesivo o insuficiente.

La Francia del siglo XVIII es económicamente un híbrido incoherente; además, en una primera fase, no resiste a las exigencias de un cálculo fino del peso. Intentar una historia cuantitativa verdaderamente elástica, capaz de pretender llenar un modelo de contabilidad nacional sin renunciar al cálculo fino del peso, propio de las monografías regionales de los alumnos de Ernest Labrousse, tal fue la natural ambición de los historiadores desafiados por la proeza de los primeros volúmenes, en la época de su aparición, del equipo Marczewski. La región ofrecía una solución que superaba esas contradicciones.

Un estudio del crecimiento dentro del marco regional y en la muy larga duración, desde el estadístico más elaborado hasta el preestadístico más parcial y más informe, en líneas generales desde el siglo XII al

démographique", *Annales de Normandie* 4, octubre-diciembre de 1964, pp. 455-478; H. Neveux, "La mortalité des pauvres à Cambrai (1377-1475)", *Annales de Démographie Historique*, 1968, pp. 73-98; "En Normandie, Villedieules Poêles, Saint-Pierre-Eglise, Tamerville", por P. Chaunu, M.-H. Jouan, J. Lelong y Ph. Wiel, *Annales de Démographie Historique*, 1969, pp. 85-189; M. El Kordi, *Bayeux aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Mouton, 1970, X-369 pp.; EPHE, 6a. Sección y CRHQ; B. Boutelet, "Etudes par sondage de la criminalité dans le Bailliage du Pont-de-l'Arche (XVII^e-XVIII^e siècle). De la violence au meurtre, en marche vers l'escroquerie", *Annales de Normandie* 12, diciembre de 1962, pp. 233-262; J.-C. Gégot, "Etude par sondage de la criminalité dans le bailliage de Falaise (XVII^e-XVIII^e siècle)", *Annales de Normandie* 16, abril de 1966; P. Crépillon, "Un gibier de prévots, mendiants et vagabonds entre la Vire et la Dives (1720-1789)", *Annales de Normandie* 17, 1967, pp. 223-252; J.-P. Bardet, *Le plan de Rouen*, 1973; P. Gouhier, *Le mémoire de Foucault* (en prensa); P. Gouhier, A. y J.-M. Vallez, *Atlas historique de Normandie*, t. II, 1972 y síntesis provisional; J.-P. Bardet, P. Chaunu, J.-M. Gouesse, P. Gouhier, A. y J.-M. Vallez, *Histoire de Normandie*, Toulouse, 1970, pp. 255-389. *Le bâtiment. Enquête d'histoire économique* por J.-P. Bardet, P. Chaunu, G. Désert, P. Gouhier y H. Neveux, París, EPHE y CHRQ, 1971, 544 pp., y sobre todo el primer volumen de la edición definitiva del *Atlas historique de Normandie;* artículos también de R. Lick, B. Garnier, M.-J. Villemon, Lefèvre y Tribouillard en los *Annales de Normandie*, 1970 y 1971.

[4] *Histoire quantitative de l'économie française*, París, ISEA, 1961-1968, 11 vols. A propósito de los tres primeros volúmenes, nuestras reflexiones "Histoire quantitative et histoire sérielle", *Cahiers Vilfredo Pareto* 3, 1964, pp. 165-170.

XX, constituye una temible empresa. En un principio, al buscar el medio para llegar rápido, fue necesario inventar, renunciar al camino corto que conduce al callejón sin salida de lo ya visto y aceptar con agrado perderse en los rodeos de una demasiado larga elaboración previa.

Tres rodeos, pero un solo camino. Una demografía histórica que desemboca en una antropología regresiva; un estudio serial de las manifestaciones del psiquismo colectivo y, en primer lugar, un estudio nuevo de los marcos espaciales, en una forma que he propuesto llamar la historia administrativa serial.

Se ha elaborado mucha demografía histórica en Caen;[5] una demografía histórica que intenta encontrar vías nuevas, particularmente al ocuparse de masas más considerables y, por lo tanto, capaces de eliminar las distorsiones debidas a las micromigraciones; una demografía que ya no se apoya únicamente en las familias más estables, es decir las familias reconstituidas en virtud de la excepcional estabilidad de sus componentes. Debido a ello surgen dos empresas: la demografía histórica de Ruán,[6] la demografía histórica de la elección de Pont-l'Eveque,[7] una demografía histórica, en especial atenta a las consecuencias de los largos escrutinios parroquiales y a las prolongaciones dirigidas a los niveles progresivos de los avances del escrito. Desde este punto de vista, Normandía constituye en el siglo XVIII un terreno de experimentación favorable; una demografía histórica que se confunde así con lo que todos nosotros llamamos, a partir de los ejemplos proporcionados por Emmanuel Le Roy Ladurie, una antropología regresiva. Una demografía histórica que se aproxima por la vía del tratamiento serial de las dispensas de matrimonio, entre otras, hacia un estudio de lo psíquico colectivo. Estos son los componentes económicos afectivos, antropológicos y culturales que intervienen en la formación de la pareja:[8] un estudio de las actitudes ante la vida, la muerte,[9] el pecado.[10]

[5] *Cf.* colaboración en los *Annales de démographie historique. Annales de Normandie;* P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe classique,* París, 1966 y 1970 y la *Civilisation de l'Europe des Lumières,* París, Arthaud, 1971, 670 pp. + 247 láminas fuera de texto.

[6] Dos siglos, 60 mil a 80 mil habitantes bajo la responsabilidad de Jean-Pierre Bardet.

[7] Sobre una idea original de P. Gouhier.

[8] Estudio de Jean-Marie Gouesse, que empieza por la serie de las dispensas de Coutances y de Ruán. Se asiste, en este momento, a una curiosa convergencia de penetrantes investigaciones sobre la pareja: A. Burguière, Jean-Marie Gouesse, y sobre la muerte: Ariès, Lebrun y Vovelle.

[9] En la prolongación de los notables estudios de Philippe Ariès y de Michel Vovelle, sector de investigaciones, en Caen, de Michel Bée.

[10] Gracias a las gigantescas series de la justicia bailía.

Queda la historia administrativa serial, que nació de una preocupación propia de la historia económica del período preestadístico. La geografía administrativa del Antiguo Régimen fue olvidada[11] durante mucho tiempo. El redescubrimiento y la modernización de esta vieja ciencia auxiliar de la historia es un imperativo de la historia cuantitativa —incluso más modestamente serial—[12] del periodo preestadístico y protoestadístico.[13]

Una sorprendente masa de cifras que son prueba de medidas efectuadas, duermen inutilizadas e inutilizables sin un tratamiento previo, en nuestros depósitos de archivos. Estas cifras son inutilizables porque se refieren a conglomerados cuyos componentes y límites no se conocen. Por lo tanto, es necesario descifrar. Pero el desciframiento individual, paso a paso, es incierto, fastidioso y, de todas maneras, demasiado largo para ser productivo. La mayor parte de los datos estadísticos no se aprovechan porque somos incapaces de delimitar con precisión la extensión geográfica y humana que cubren.

Bastaba con comprender —el mérito corresponde a Pierre Gouhier— que todos los conglomerados están compuestos por una unidad humana territorial de base. En este caso, la comunidad de habitantes que se confunde, en el 80 por ciento de los casos, con la parroquia; pero en el 80 por ciento de los casos solamente. Esta unidad se caracteriza por una extraordinaria estabilidad. La red que cubre a Normandía (4 200 comunidades), data en líneas generales de los siglos XII y XIII. Desde el siglo XII-XIII hasta fines del XVIII, a todo lo largo de esta civilización campesina tradicional de un mismo tipo, en la larga duración que sigue en toda la Europa densa (800 000 a 1 000 000 de km²) a los grandes desbroces terminados y a la instalación de un mundo cerrado sin "frontera" interna, la red de las comunidades de habitantes constituye el gran

[11] Recordemos a título de información los trabajos clásicos pero ya superados de A. Brette, *Les limites et les divisions territoriales de la France*, París, 1907, VII-134 pp. más 5 mapas, y de G. Dupont-Ferrier, *Essai sur la géographie administrative des Elections financières en France de 1350 à 1789.*

[12] Capítulo X, *supra; Revue roumaine d'histoire* 3, 1970, pp. 459-483; y los capítulos I, II y III, *supra.*

[13] El mérito de esta rehabilitación corresponde al pequeño equipo que en este momento proporciona los primeros volúmenes del *Atlas historique de Normandie;* a saber, P. Gouhier, cuya tesis de 3er. ciclo fue pionera (la edición del *mémoire Foucault*, con el Atlas de la Generalidad de Caen, como anexo, 1966) seguido por el estudio de J.-M. Vallez, *La Généralité d'Alençon (1636-1789), Etude de géographie historique*, Caen, 1969, 266 pp. policopiadas más anexo. *Atlas de la Généralité d'Alençon.* Está por concluirse un trabajo análogo sobre la generalidad de Ruán por A. Vallez.

dato inmutable en la dialéctica del hombre y del espacio. Había que recuperar[14] a estas comunidades, dibujarlas sobre el mapa.[15]

Trabajo eminentemente productivo.[16] Todas las divisiones administrativas, por consiguiente todos los datos estadísticos contenidos en los archivos, se han revelado desde entonces como simples agregados de esta célula de base. No hay ningún dato estadístico sobre los siglos del *preestadístico* que no esté compuesto por este átomo básico del cuerpo social.

Reflexionemos un poco más sobre este aspecto capital. Vale la pena detenerse en él. Todo trabajo que abarca una retrospección estadística ambiciosa con respecto a los siglos anteriores al XIX, supone resueltos todos los problemas de geografía administrativa. Todo depende pues de una cartografía atenta a la célula de base que luego permita recomponer todas las divisiones administrativas, someter a prueba el valor de los conglomerados estadísticos y proceder entonces, con una relativa certeza, ya sea a las extrapolaciones si hubiera insuficiencia, o a las ponderaciones en caso de modificaciones de los límites, habituales cuando uno se inscribe en la larga duración.

Actualmente, en los casos de Europa occidental y América del norte, establecer una geografía administrativa es una tarea relativamente fácil en razón de la exacta definición jurídica y espacial de la célula de base sobre la cual descansa todo el aparato administrativo de nuestros grandes Estados. "Toda circunscripción[17] administrativa es, en el fondo, sólo un agrupamiento de esas unidades esenciales que son las comunas, y para conocer su extensión basta saber qué comunas entran en su composición." La meta fijada: que el preestadístico alcance una espacialización tan simple y de ser posible tan rigurosa como la del siglo XX.

Por la multiplicidad al menos aparente de las células de base y por la ignorancia que padecíamos con respecto a los límites topográficos de estas unidades básicas, han surgido dos dificultades. Jean-Marie Vallez lo ha dicho bien:[18]

> El conocimiento de la geografía administrativa de la Francia del Antiguo Régimen y su transcripción cartográfica se vuelven difíciles por el hecho mismo de que no existe, antes de la Revolución, una unidad de

[14] J.-M Vallez explica cómo, *op. cit.*, pp. 9-45.

[15] P. Gouhier, A. y J.-M. Vallez (prefacio de P. Chaunu), *Atlas historique de Normandie*, t. I, *Les communautés d'habitants*, Caen, 1967, 100 folios.

[16] P. Gouhier, J.-M. Vallez, A. Vallez y M.-P. Ricque llevaron a buen término este trabajo sobre Normandía.

[17] Vallez, *Généralité d'Alençon*, *op. cit.*, pp. 5-6.

[18] *Ibid.*, p. 5.

base homogénea y común a las diversas administraciones: la elección es un conjunto de comunidades de habitantes, la diócesis un conjunto de parroquias, el bailiazgo un conjunto de feudos [...] Afortunadamente, la opción es restringida y se reduce a esta alternativa: la comunidad de habitantes o la parroquia, la unidad fiscal o la unidad eclesiástica.

Vallez justifica la opción propuesta otrora por Pierre Gouhier.[19] La comunidad de habitantes (se dice comunidad de habitantes en Normandía, en el Mediodía provenzal o languedociano, colecta en Picardía o en la Isla de Francia) es la unidad comúnmente utilizada en todos los documentos que emanan de una administración civil, "y esto a pesar de la ambigüedad debida a una imprecisión y a una confusión de vocabulario que en los textos la lleva a denominar, a menudo e impropiamente, parroquia". Precisemos que en el 80 por ciento de los casos no hay problemas, pues las dos divisiones se superponen perfectamente; pero en el 20 por ciento de los casos las divergencias son extremas.

La definición espacial de la comunidad es más rigurosa y más segura que la de la parroquia eclesiástica frecuentemente perturbada por los problemas de la aplicación del diezmo.[20]

La existencia de parroquias mixtas constituye una razón suplementaria, "entiéndase una parroquia cuyo territorio está dividido entre por lo menos dos comunidades de habitantes que pueden llevar el mismo nombre pero que pertenecen a elecciones y, lo más frecuentemente, a generalidades diferentes".[21]

Existe una filiación en línea directa,[22] principalmente entre las antiguas comunidades de habitantes y las actuales comunidades que son sus herederas. En una primera época, la Constituyente se contentó en efecto con renovar las municipalidades creadas a fines del Antiguo Régimen, sin modificar el territorio que gobernaban. Más aún, los términos de comunidad o de "parroquia" siguen siendo empleados indiferentemente con respecto al de comuna, en la correspondencia o los extractos de registro de las administraciones municipales.[23]

El método que permite pasar de las comunas a las comunidades y fijar sobre el mapa los límites de las comunidades está ahora perfectamente

[19] P. Gouhier, "Communication à la 34e semaine d'histoire du droit normand", Caen, 3-5 junio de 1966; informe en la *Revue d'histoire du droit français et étranger* 1, 1966, pp. 181-182.

[20] Vallez, *Généralité d'Alençon, op. cit.*, p. 5.

[21] Vallez, *Généralité, op. cit.*, p. 6.

[22] *Ibid.*, p. 6.

[23] *Ibid.*, p. 7.

experimentado.[24] Ha dado prueba de sus aptitudes en más de 60 000 km² del territorio francés en el oeste y de seguro podría extenderse al conjunto del reino. El principal mérito del método[25] reside en la ganancia de productividad que permite. Antes de cualquier construcción estadística global del proto y el preestadístico en un marco regional, es prudente proceder, como lo hizo nuestro equipo en el caso de Normandía, a un trabajo exhaustivo de geografía administrativa. Los retrocesos y los arrepentimientos son costosos. Si se avanza sistemáticamente en el orden que preconizamos, la ganancia de productividad es enorme: solamente del 20 al 30 por ciento del tiempo necesario para un resultado menos seguro en orden disperso.

Todavía es muy pronto para apreciar lo que significa esta forma de cartografía histórica regresiva relativamente independiente del mapa antiguo, la cual descansa en la gráfica de la comunidad básica de todo el aparato administrativo. Sus ventajas son múltiples. Permite el enlace, a través de las conmociones de fines del siglo XVIII, entre el Antiguo Régimen, o sea el proto y el preestadístico, y el período de la estadística elaborada. La unidad básica es extremadamente estable. Las modificaciones alcanzan un ritmo rápido desde 1790, en líneas generales, hasta 1870. Una vez franqueada la barrera hacia el pasado de la mutación administrativa del período revolucionario, se desemboca en una gráfica . . . que demuestra una sorprendente duración. Las variaciones de las jurisdicciones durante el Antiguo Régimen son constantes, pero no afectan nunca la unidad territorial básica. En una palabra, en el siglo XIX los conglomerados administrativos superiores son relativamente estables, pero el núcleo se modifica. El equipo de Caen ha seguido sus variaciones desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Durante el Antiguo Régimen los conglomerados se hacen y se deshacen, pero el núcleo que los compone es inmutable. Cartografiar la comunidad equivale a inscribirse entonces en la larga duración. Es demasiado pronto para responder, pero todo permite pensar que se puede esperar una duración de alrededor de siete siglos, hasta las proximidades, al menos, de los siglos XII-XIII.

¿Se ha advertido bien el alcance de tal descubrimiento?

La red de las comunicaciones territoriales se constituye, sin duda, al

[24] Buscamos aún en este momento una adaptación fuera de Francia. A. Molinié-Bertrand se ocupa de ello con respecto al Reino de Castilla, basándose en el *Censo* de 1594.

[25] Está bien expuesto por Vallez, en *Généralité, op. cit.*, pp. 14-44. El método será precisado en el T. II, que está por publicarse dentro del *Atlas historique de Normandie*, y en una guía prevista de historia administrativa serial.

término de los grandes desbrozamientos y de las mutaciones tecnológicas fundamentales[26] de la alta Edad Media: la revolución, siempre, de los siglos IX-XII. En adelante, sabemos que esta revolución es seguida por otra revolución, tal vez más importante aún: la modificación de la edad del matrimonio,[27] que surge en Inglaterra en el siglo XIV y sin duda también en Francia entre fines del siglo XIII y mediados del XV. En el mismo momento, sin duda, la familia conyugal, el *nucleus* caro a nuestros amigos ingleses,[28] se impone en lugar de la familia patriarcal y de los parentescos entre hermanos.

En adelante, pues, durante todo el largo tiempo de esta civilización tradicional de la cristiandad latina que no termina de morir y de renacer desde fines del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX y que dura desde las instauraciones de los siglos XII-XIII-XIV, dos unidades fundamentales, dos átomos de base se encuentran detrás de todas las construcciones políticas, económicas y sociales: la comunidad de habitantes y el *nucleus* de la familia conyugal. La geografía administrativa serial y la demografía histórica se dirigen al estudio de estos dos elementos esenciales. Ambas permiten entonces resolver más o menos todos los conglomerados. Son las dos ciencias auxiliares de la historia por excelencia, dos acercamientos históricos esenciales a una realidad. Accesoriamente, proporcionan el dividendo y el divisor modulado de todo estudio de crecimiento.

Estos dos rodeos esenciales comprometieron durante mucho tiempo al equipo de Caen. A veces hay que saber perder tiempo para ganar mucho tiempo.

Ambos explican, a la vez, que conozcamos todavía muy poco el sector industrial normando, que nos atrevamos a priorizar en nuestras explicaciones los factores antropológicos indirectos en relación con las causas directas de los análisis anglosajones.[29]

[26] Bien señaladas por G. Duby. Sobre el viraje del siglo XIII una vez más, el gran libro nuevo de R. Fossier: *La terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIII^e siècle*, París-Lovaina, Nauwelaerts, 1968, vols., 827 pp.

[27] *Cf. Population in History,* Londres, 1965; el artículo de Hajnal y nuestras observaciones en *Civilisation dans l'Europe des Lumières.*

[28] P. Laslett, *The world we have lost,* Londres, Methuen, 1965 y 1968, 280 pp. *Le monde que nous avons perdu. Famille, communauté et structure sociale dans l'Angleterre préindustrielle,* París, Flammarion, 1969; E. A. Wrigley, *Société et population,* París, Hachette, 1969, 255 pp.

[29] Las que se expresan, por ejemplo, en la excelente obra colectiva de R. M. Hartwell, *The Causes of the industrial Revolution in England,* Londres, Methuen, 1a. ed. 1967; 3a. ed. 1970, XII-177 pp.

Nuestros resultados son demasiado fragmentarios como para permitir algo más que hipótesis. Sin embargo, existe una paradoja normanda que deseo recordar. Normandía es, en el último siglo del Antiguo Régimen y ya en el XVI y XVII, uno de los sectores más industrializados: las tres generalidades normandas se han mantenido entre las cinco generalidades más ricas de Francia. Rica, poblada a comienzos del siglo XVIII según Saugrain, Ruán posee el cuarto lugar entre treinta y un generalidades en cuanto a la densidad (después de Lille, Soissons y París); Alenzón y Caen poseen respectivamente el sexto y el séptimo lugares (después de Lille, Soissons, París, Ruán y Dijón). Hombres numerosos y educados; las generalidades normandas en los siglos XVII y XVIII pertenecen a los sectores más alfabetizados del reino. Si Francia está ligeramente atrás[30] con respecto a Escocia e Inglaterra, Normandía puede alinearse junto a los sectores más alfabetizados[31] de las islas británicas. El espacio normando parece pues reunir en la segunda mitad del siglo XVIII, con sus tradiciones industriales, la importancia del sistema portuario de Ruán y del Havre, y una población masculina en su mayoría alfabetizada, todas las condiciones de un arranque que no tuvo lugar.

Antigüedad de la industrialización. Se pueden recordar sin titubeos las conclusiones de Markovitch[32] y de Luis Fontvieille. Las encuestas industriales de 1692 y de 1703 destacan al grupo normando en muy buena posición. En lo esencial, esta ventaja se conserva a todo lo largo del siglo. Remito a los mapas proporcionados por Pierre Léon en el tomo II[33] de la *Histoire économique et sociale de la France*. Estamos en presencia de un haz convergente.

Se conoce el lugar del textil y, a la cabeza del textil, el papel piloto de la lana. Perfecta concordancia entre la encuesta de 1692 y la de 1703. El oeste textil es esencialmente Normandía. Ahora bien, globalmente, el oeste está colocado en una excelente segunda posición, detrás del Norte, Picardía y Champaña. Según el juicio de Markovitch a propósito de la generalidad de Ruán, ésta se encuentra "más industrializada y mejor equipada en herramientas que las otras dos" (Alenzón y Caen), "y su industria lanera podía ser considerada como la pri-

[30] L. Stone, "Literacy and Education in England, 1640-1900", *Past and Present* 42, febrero de 1969, pp. 69-139, gráfica p. 121.

[31] *Ibid.*

[32] *Histoire quantitative de l'économie française, op. cit.*, t. 10 y 11.

[33] F. Braudel y C. E. Labrousse, *Histoire économique et sociale de la France*, t. II, capítulo "La reprise de l'industrie" por P. Léon, mapas pp. 228, 234, 236, 238, 240, 242, 244, 246.

mera de Francia a comienzos del siglo XVIII". Alenzón sobrepasa a Ruán por la cantidad producida, pero Ruán aventaja con creces en cuanto a valor y calidad. "El valor promedio de las producciones de Ruán[34] era en 1716 de 7.60 libras tornesas por vara, mientras que el de las telas de Amiens no sobrepasaba, en 1718, el precio de 1.70 libra tornesa. Las producciones de champaña estaban, en cuanto a la calidad, también muy lejos detrás de la generalidad de Ruán, puesto que su precio promedio se establecía (en 1718-1722) en 2.75 libras tornesas por vara, mientras que las telas de Ruán valían (en 1723) en promedio 11.10 libras tornesas por vara." Markovitch no titubea, tal vez al precio de un ligero anacronismo, en hablar de una cuenca industrial en la desembocadura del Bajo Sena, jalonada por los centros de Elbeuf, Ruán, Darnetal, Orival, Le Pont-de-l'Arche, Aint-Aubin, Jury, La Bouille y Luviers. Este sector está ligado evidentemente con el comercio de España. España ofrece la salida de la *Carrera;* sólo productos de gran lujo pueden soportar los aplastantes gastos del viaje; en las Indias, los aristócratas de la mina, de los indios y de la tierra no retroceden ante ninguna locura. En cambio, Ruán está bien ubicada como para importar la lana merina de las mesetas de Castilla. La relación completamente tradicional[35] con la península ibérica refuerza la vocación de Ruán por la calidad.

Elbeuf está orientada hacia la producción de paños finos, de paños mezclados y de las ratinas "estilo Holanda". Las ratinas y más aún los paños finos de Elbeuf son productos de gran lujo. La importancia de Elbeuf crece de 1716 a 1723 e iguala en valor al resto de la generalidad. Ruán se encuentra por debajo de Elbeuf.

La generalidad de Alenzón es muy diferente. Aquí la calidad cede ante la cantidad. Las lanas de España son el complemento, solamente el complemento.

A la cabeza se halla el grupo de Nogent-le-Rotrou; luego se encuentran Lisieux, Bernay y por último Falaise, de la cual depende la prosperidad de las ferias de Guibray, Alenzón, Sees y Ecouché. "Comparada con la de la generalidad de Ruán, esta producción revela ser más fuerte por el número y por sus productos (alrededor del 50 por ciento) y también por la obra total (alrededor del 30 por ciento) pero claramente inferior por su valor: 4 millones y medio en lugar de 9 millones en 1715."[36] Un malestar profundo, sin embargo, parece afectar al

[34] *Histoire quantitative de l'économie française,* t. 10, p. 1519.

[35] M. Mollat, *Le commerce maritime normand à la fin du Moyen Age,* París, Plon, 1952.

[36] *Histoire quantitative de l'économie française,* t. 10, p. 1526.

grupo de la generalidad de Alenzón a comienzos del siglo XVIII. La generalidad de Caen, tan rica desde el punto de vista agrícola (está en promedio un poco menos poblada, a causa de los vacíos que subsisten a comienzos del siglo XVIII en el norte del Cotentin, especialmente el bosque de Brix) hace un poco el papel de pariente pobre. Caen y Vire están a la cabeza, casi en situación de igualdad, arriba de Saint-Lô, famoso por sus calidades, Cherburgo, Saint-Pierre d'Entremont, Fresne, Condé-sur-Noireau, Bayeux, Valognes y Tinchebray. En Caen como en Alenzón, los primeros decenios del siglo XVIII parecen difíciles.

Desde luego, la lana no es todo. Hay que tener en cuenta, además, la evolución de los diferentes sectores de la producción en el transcurso del siglo XVIII. Sería muy deshonesto anticiparse demasiado abiertamente a las investigaciones que apenas están bosquejadas. El notable esfuerzo realizado por Pierre Léon y el equipo lionés en la historia económica y social de Francia registra órdenes de magnitud que no serán ya cuestionados. Véanse los mapas.[37] Definen bastante bien la situación de Normandía. Un buen lugar para el hierro, aunque muy abajo del que se produce en el este (Champaña, Lorena, Franche-Comté) . . . y el Nivernais. La generalidad de Alenzón, que tiene madera y minerales, forma parte del pelotón de vanguardia, muy cerca de Champaña y del Franche-Comté. Con respecto a las telas, la generalidad de Ruán tiene derecho, a fines del Antiguo Régimen, a un clarísimo primer lugar: hierro, lana y tela. ¿Pero los nuevos procesos fabriles? La generalidad de Ruán (Ruán, los centros tradicionales de la ribera izquierda, el país de Caux) incursiona ya en la producción de algodón. La generalidad de Ruán está situada en la mitad noreste de la Francia algodonera.[38] Véase el bello mapa de Pierre Léon. Al oeste de un eje que va del Bajo Sena a Narbona y que divide Francia en dos partes iguales durante un período que comprende los últimos años del Antiguo Régimen, señala nueve centros; al este, indica sesenta y siete. En cuanto a las telas pintadas, la situación del Bajo Sena es excelente: un tercer lugar. En lo que se refiere al papel, las tres generalidades también ocupan una muy buena posición. En una palabra, cuando Francia llega a la era protoestadística, en el momento en que podemos comenzar a medir, las generalidades normandas aparecen en segundo o tercer lugar dentro de la geografía industrial del reino. Esa privile-

[37] *Histoire économique et sociale de la France*, *op. cit.*, t. II, pp. 228, 234, 236, 238, 240, 242, 244, 246.

[38] *Ibid.*, p. 240.

giada posición se debe al aparato portuario, principalmente del Bajo Sena.[39] Recientemente propusimos[40] un apresurado bosquejo de la evolución relativa del gran comercio normando. A fines del siglo XVIII, surgen cuatro complejos portuarios: Burdeos, con la misma importancia Nantes, un poco menos Marsella y después Ruán-El Havre. "En 1785,[41] de 732 navíos dedicados al gran comercio oceánico, 640, es decir el 90 por ciento, salen de los cuatro grandes puertos: Burdeos (154), Nantes (155), Marsella (122) y Ruán-El Havre (109)." A fines del siglo XVIII, el comercio marítimo normando ha tenido un notable avance: con mucha ventaja sobre los demás, ocupa el primer lugar en el siglo XVI y a comienzos del XVII; a finales de éste retrocede y se recupera en el siglo XVIII, tras el intermedio de Saint-Malo. La economía marítima normanda[42] gana puntos nuevamente en el siglo XVIII y se encamina hacia un nuevo equilibrio menos favorable que en el siglo XVI, pero mejor que el del siglo XVII. De 1730 a 1777, el comercio exterior de la generalidad de Ruán, según los excelentes cálculos de Pierre Dardel, crece al ritmo francés . . . un poco menos rápidamente que el conjunto francés en el comercio con el extranjero, pero mucho más rápidamente en el sector capital del comercio con las Islas. El conjunto Ruán-El Havre, prácticamente eliminado del gran comercio colonial a fines del siglo XVII para beneficio de Saint-Malo, Nantes y Burdeos principalmente, recupera un lugar modesto pero honorable (el 13 por ciento en 1777). El crecimiento más rápido del tráfico con las Islas compensa con creces el asentamiento relativo del tráfico con Europa. Los puertos de la generalidad de Ruán totalizaban el 11.2 por ciento del comercio exterior francés en 1730 y el 11.98 por ciento en 1777. No obstante, Normandía, particularmente vulnerable a causa de su escasa natalidad —volveremos sobre ello— fue afectada cruelmente por la crisis de fines del Antiguo Régimen. En la evaluación de la marina francesa publicada en el *Monitor* del 27 de junio de 1792,[43] El Havre no ocupa sino un modestísimo cuarto lugar, con 168 navíos y 22 860 toneladas (en promedio 136 toneladas frente a las 132 del conjunto de Francia); Honfleur se remontó hasta el séptimo lugar. Pero no se compensa el sintomático eclipse de Ruán. Entonces, realmente es en la primera mitad del siglo

[39] *Histoire de Normandie, op. cit.*, pp. 287 *ss.*

[40] A continuación de los trabajos de Michel Mollat, Charles de la Morandière, Pierre Dardel, Jean Meyer.

[41] *Histoire économique et sociale de la France*, t. II, P. Léon, p. 199.

[42] *Histoire de Normandie*, p. 297.

[43] J. Meyer, *L'armement nantais dans la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, SEVPEN, 1969, 468 pp., p. 77.

XVI, cuando tiene lugar el apogeo, al menos relativo, de la economía marítima normanda.

Es de notar que las acuñaciones monetarias[44] y el conjunto de las fuentes fiscales[45] dan una misma impresión. Se sabe cómo la parte de Normandía se degradó de manera inadvertida,[46] cuantitativa y cualitativamente, en el orden de las acuñaciones monetarias. Este signo está lejos de ser unívoco y su interpretación es muy delicada. En cuanto al impuesto, el viraje ocurre inmediatamente después del levantamiento de los dueños de nuda propiedad (1639); en la segunda mitad del siglo XVII, la parte relativa de Normandía en la fiscalidad real no cesa de retroceder. También este signo está lejos de ser unívoco y su interpretación es igualmente delicada.

En conjunto, sin embargo, convergen demasiados elementos. La crisis de la economía normanda a mediados del siglo XVI fue profunda. La Normandía extensa de las tres generalidades no recuperó totalmente su nivel relativo en el seno del Reino a fines del siglo XVII. El siglo XVIII es próspero . . . , todo crece. Pero con un ritmo que, visto desde el presente, me parece inferior en Normandía al promedio francés. Ritmo de crecimiento moderado que el impresionante fulgor de un enorme avance inicial contribuye a enmascarar. Muy raras son las fuentes literarias que demuestran tener ya conciencia de ello. Digamos que Normandía fue en el siglo XVII una especie de Francia más: el crecimiento francés[47] es moderado en el siglo XVIII, si se le compara con los sectores privilegiados de la Europa populosa; se sitúa ligeramente abajo de las tasas inglesas; retrocede mucho más atrás luego de 1750 y sobre todo de 1770. Sin embargo, el valor agregado al producto francés (¿hay que hablar del PNB?), así como la población agregada al volumen inicial, ocultaron frecuentemente las tasas de crecimiento relativamente modestas de la economía y de la población francesas. Enormes disparidades regionales y sectoriales explican impresiones y juicios contradictorios. El conglomerado Francia, en el siglo XVIII, no está lejos de constituir un falso conjunto en el terreno económico.

[44] F. C. Spooner, *L'économie mondiale et les frappes monétaires en France (1493-1880)*, París, 1956, y nuestros reagrupamientos según Spooner, en la *Histoire de Normandie*, pp. 286-299.

[45] J.-J. Clamageran, *Histoire de l'impôt en France*, París, 1867-1876, 3 vols., 1 800 pp.

[46] *Histoire de Normandie*, p. 298.

[47] F. Crouzet, "Angleterre et France au XVIIe siècle. Essai d'analyse comparée de deux croissances économiques", *Annales ESC* 2, 1966, pp. 254-291.

Tales son, en líneas generales, los términos del problema. Dejemos por ahora los signos de ahogo relativos... Son ambiguos en el siglo XVIII, antes de 1770. Todo parece concurrir para hacer del territorio de las tres antiguas generalidades un terreno privilegiado para la Revolución industrial. ¿También es necesario agregar a los factores favorables ya evocados, la proximidad de París? E. A. Wrigley propuso[48] recientemente un modelo que ubica a Londres en el centro de los factores de transformación de la sociedad británica de los siglos XVII y XVIII. París (2 por ciento de la población de Françia) no es Londres (10 por ciento de la población de Inglaterra), ni en cifras absolutas ni en cifras relativas, ni como fuente de desequilibrio generador de crecimiento y de desarrollo. Más modesto, el papel de París no deja de tener sin embargo algunas similitudes con el de Londres en la economía inglesa. La proximidad de París puede pues ser contada como un factor favorable.

Hay otros factores favorables: la presencia de una minoría protestante, aunque triturada a causa de la dispersión y la tentación de emigrar reforzada por la proximidad del mar. La existencia de un catolicismo ilustrado, con fuertes infiltraciones arnaldianas y jansenizantes, particularmente apreciables en la diócesis de Lisieux.

Problema capital, el del fracaso. Gabriel Désert, en la gran tesis que consagra a los *Paysans du Calvados*,[49] proporciona un conjunto convergente de mediciones del fracaso de la Baja Normandía en el siglo XIX, que serán progresivamente extendidas al conjunto de los cinco departamentos. Uno de sus capítulos se titula la *desindustrialización*. Me limitaré a remitir a ese importante estudio. Las cifras se reúnen desde ahora, respecto de Calvados y, además, de la Manche y Orne. Desindustrialización absoluta y relativa de la Baja Normandía. Desindustrialización relativa o menor industrialización de la Alta Normandía. Tales son las conclusiones más generales de este conjunto de estudios.

En una palabra, la zona integrada por los tres departamentos bajonormandos no cesa de retroceder a todo lo largo del siglo XIX en la economía industrial francesa. Brusco arranque de 1789 a 1815, lento asentamiento de 1815 a 1850, muy fuerte retroceso de 1850 a 1870-1880. El mismo movimiento se aprecia en la Alta Normandía, pero su punto de partida es más elevado y el retroceso relativo menor. Normandía,

[48] E. A. Wrigley, "A simple model of London's importance", en *Changing English Society and Economy*, 1650-1750.

[49] G. Désert, *Les paysans du Calvados au XIXe siècle* (en prensa), París, SEVPEN, 6a. Sección del EPHE y CRHQ, 800 pp.

que estaba colocada en el segundo lugar de la economía industrial francesa del siglo XVIII, a fines del XIX ya no pertenece a la excepción de la pequeña área de Ruán, Elbeuf y Luviers, a Francia y a la Europa industrial.

¿Cómo explicar este retroceso?

En primer término, sería necesario cifrarlo en todos sus aspectos. Salir del marco francés. Se imponen comparaciones con Inglaterra. Todo esto, debido a las similitudes físicas entre la Normandía sedimentaria y la cuenca de Londres, entre las lindes hercinianas de Normandía y de Inglaterra.

Viéndolo bien, el fracaso normando es relativo y, en la larga duración, la anomalía se borra. Vestigio de un Oeste próspero, Normandía no es, desde luego, más que un matiz en el interior de un extenso modelo de crecimiento, que comprende la totalidad de la Europa próspera:[50] Inglaterra, Escocia, Francia, Países Bajos, oeste alemán, Suiza, norte de Italia, Austria alemana . . . Nada más, pues. Ella permitirá, quizás, *a contrariis,* someter a prueba nuestros modelos de despegue y de crecimiento.

Desindustrialización. Retroceso relativo en escalones, con alternancia de arranques y de niveles descendentes. ¡Quisiera descartar en seguida una hipótesis que viene fácilmente a la mente! La desindustrialización como resultado de una transferencia, de un excepcional éxito agrícola. En Francia, Normandía es el campo de experimento de una mutación agrícola de un tipo particular: acodar* las plantas cuando aún están verdes. En la región de Auge esta técnica se ha difundido ya a fines del siglo XVII. Se extiende luego al Bessin y avanza en las áreas aledañas. El fenómeno no es aislado en Francia y en Europa —véase Inglaterra—, pero raramente alcanza una amplitud tal. La técnica de acodamiento se explica en la región de Auge,[51] por la atracción del mercado parisino. La zona progresivamente cubierta por hierbas acodadas alimenta el mercado parisino con ganado transportado a pie por una

[50] Noción acerca de la cual insistimos en nuestra *Civilisation de l'Europe des Lumières, op. cit.*

* Acodar es un procedimiento agrícola que consiste en hundir bajo tierra el vástago, el tallo o la rama, sin separarlos del tronco o tallo principal y dejando fuera la extremidad o cogollo de aquéllos, para que la parte enterrada eche raíces y forme otra planta nueva.

[51] *Mémoires inédits de MM. B. Garnier, Ch. Champeaux,* tesis en preparación de J.-M. Vallez sobre la agricultura normanda y mapas de los cultivos en Calvados a principios del siglo XIX (*Atlas de Normandie,* t. II).

ruta que pasa por Neubourg,[52] un poco al norte de la zona que será en el futuro el empedrado del Rey y luego la actual carretera nacional No. 13. Desindustrialización ligada pues a un éxito agrícola. La revolución industrial normanda sería la fábrica de carne. El éxito puramente agrícola sustituye al éxito agrícola e industrial de los últimos siglos del Antiguo Régimen. El acodamiento es una realidad que Gabriel Désert y Pierre Gouhier intentaron cifrar y localizar en el plano del actual departamento de Calvados, con mucho éxito. No se trata de negar su importancia, pero Gabriel Désert ha mostrado claramente en su tesis que esta transformación del siglo XIX no impide la lenta e inexorable pérdida de importancia agrícola de Normandía. Todos los índices que calculó de la producción y de la riqueza agrícola del departamento a todo lo largo del siglo XIX muestran, de una manera por cierto irrefutable, el crecimiento (¿quién no progresa en Europa en el siglo XIX?), pero mucho más seguramente el progresivo descenso del departamento en la escala nacional de producción agrícola. Lento retroceso bajo la monarquía constitucional, retroceso acelerado bajo el Segundo Imperio. La parte relativa de la Baja Normandía en la economía agrícola francesa no cesa de retroceder en el siglo XIX. Pronto se leerá la demostración de ello. La multiplicación de los medios de comunicaciones, las carreteras vecinales y la revolución de los ferrocarriles, abre el mercado parisino a otras regiones más lejanas y más pobres, donde se practica una verdadera cría intensiva de ganado. La cría normanda es extensiva. El campesino normando mira crecer la hierba. Las soluciones de los siglos XVII y XVIII no se han renovado. La desindustrialización no es el precio de una lograda especialización agrícola ni de un crecimiento más rápido de la renta agrícola. Desindustrialización y retroceso relativo por parte de Normandía (Baja Normandía sobre todo) en la renta agrícola francesa, van a la par. La ley se aplica aun en el interior del espacio normando. Ambos retrocesos son más sensibles en Baja Normandía. La Alta Normandía los resiente en menor grado.

No hay transferencia. Una vez más constatamos que todo marcha hacia adelante. Sin embargo, la técnica de acodar no carece de interés. Es causa y consecuencia; me atrevería a decir consecuencia y causa; de cualquier manera, el acodamiento es una "solución psicológica", una solución que contribuye a formar una psicología individual y colectiva.

[52] A. Plaisse, *La Baronnie du Neubourg. Essai d'histoire agraire économique et sociale*, París, 1961, LIX-759 pp. y P. Chaunu, "Le Neubourg, quatre siècles d'histoire normande, XIVe-XVIIIe siècle", *Annales ESC* 6, 1961, pp. 1151-1168, mapa p. 1157.

Nos hemos dejado llevar hacia las explicaciones globales. En una palabra, los expedientes están bien integrados por nuestras encuestas de demografía y de antropología histórica. Nos limitaremos a las líneas más generales. Sería necesario todo un libro y un libro grueso. Esperemos la gran tesis de Pierre Gouhier que, con métodos nuevos, indaga en la masa enorme de hogares, ese nuevo tipo de "masas documentales en potencia". Una cosa es segura: hemos visto que Normandía está muy poblada todavía, a fines del Antiguo Régimen; pero su población está estancada y, por lo tanto, envejece. Nuestros estudios —¿es necesario recordarlo?— corroboran y precisan lo que Jacques Dupâquier[53] y T. J. Markovitch ya veían con claridad. La población de la generalidad de Ruán crece menos del 5 por ciento en un siglo; la generalidad de Alenzón, 8.7 por ciento; y la generalidad de Caen, 15.3 por ciento. La población del conjunto de Normandía aumentó en un 8.6 por ciento y la población del conjunto de Francia en un 23.2 por ciento en el marco de una Europa que atraviesa el siglo XVIII con un ritmo de duplicación secular.

Aquí se plantea entonces, claramente, el problema capital de la correlación que históricamente ha ligado siempre crecimiento demográfico y crecimiento económico. El *take off* se produjo a fines del siglo XVIII, en una Inglaterra que, entre 1750 y 1800, avanza con un ritmo de duplicación en sesenta y cinco años, tasa de crecimiento que no es, por cierto, la más elevada. Inglaterra se queda muy abajo de las tasas récord de la Europa "frontera" abierta al este. Su tasa de crecimiento demográfico es sensiblemente mediana en relación con el conjunto europeo. Ritmo elevado, sin embargo, y que va acompañado de un esfuerzo incomparable en el ambito de la educación.

Al contrario del caso inglés, Normandía recuerda entonces, a su manera, la importancia de una correlación a menudo observada y recientemente olvidada.

Regresemos pues a Normandía. Más que el movimiento global, cuenta además, en primer lugar, el análisis de los componentes del movimiento. El saldo migratorio es negativo sólo muy parcialmente, y la mortalidad comúnmente muy inferior al promedio francés. La avanzada edad del matrimonio no difiere sensiblemente de los promedios europeos; la proporción de los celibatos definitivos, que crece un poco a fines del siglo XVIII, no difiere tampoco de los promedios francés, inglés, belga y renano. Una sola causa: el intervalo intergenésico. Se-

[53] J. Dupâquier, "Sur la population française du XVII^e et au XVIII^e siècle", *Revue historique* 485, enero-marzo de 1968, pp. 43-79.

gún el modelo de Wrigley,[54] buen número de los intervalos medios comunales se sitúa en la franja superior donde es imposible excluir el frecuente recurso a las prácticas anticonceptivas. Se sabe que el modelo de Wrigley coloca el intervalo medio entre 16 meses y 31.5 meses en una población de tipo europeo tradicional que no recurre a prácticas anticonceptivas. El modelo de Wrigley debe ser sometido a prueba con la ayuda de series estadísticas.

De hecho, el abanico que él deriva de un razonamiento *a priori* es demasiado amplio. Históricamente, nunca se ha observado alguna serie que comprenda más de un millar de casos y en la que se aprecie un intervalo estadístico inferior a 19 meses. La reducción de los plazos cortos es del orden de aproximadamente 3 meses. Por eso, yo propuse una reducción comparable en el caso de los intervalos más largos; considero que en las condiciones de vida de las sociedades agrícolas de Europa occidental del siglo XVIII, un intervalo intergenésico estadístico medio de más de 28 meses supone la existencia de una práctica maltusiana difusa.

Un gran número de comunidades rurales normandas se colocan entre 28 y 33-34 meses, con todas las características, principalmente los desniveles e interrupciones más allá del tercer y del cuarto nacimientos, descritos con exactitud por Henry, Dupâquier, Lachiver[55] como característicos de una restricción voluntaria. Lo que el estudio fino de los parroquiales prueba hasta la saciedad, los estudios globales lo muestran con igual claridad. Véanse las cifras publicadas por Esmonin y cartografiadas por Dupâquier:[56] el número de nacimientos por matrimonio de 1778 a 1787 en cada generalidad. Las cifras de Ruán y Alezón son las más bajas de toda Francia (3.6); Nancy y Metz tienen 5; Perpiñán 4.8 Montpellier y Aix 4.7. Dejemos la sospechosa Córcega también en 3.6, donde el riesgo de subestimación es grande. Ruán y Alenzón están por debajo de la Aquitania de Valmary (Burdeos 3.7); Caen, gracias al Cotentin del norte y al microclima demográfico de Villedieu-les-Poêles, ocupa un lugar un poco menos retrasado con 3.9). (Tours, Poitiers, Moulins, Limoges: 3.8; Orleáns, La Rochelle, 3.9). Normandía constituye una de las zonas más características de la Francia demográficamente disminuida.

Zona disminuida, ¿cómo?

La extrema plasticidad de la demografía preindustrial normanda

[54] E. A. Wrigley, *Societé et population*, París, 1969, pp. 90-94.

[55] M. Lachiver, *La population de Meulan du XVII^e au XIX^e siècle (vers 1600-1870). Etude de démographie historique*, París, SEVPEN, 1969, 339 pp.

[56] Dupâquier, *Revue historique*, *op. cit.*, p. 68.

constituye una de las adquisiciones importantes de las investigaciones realizadas en estos últimos años. Veamos las desviaciones significativas en el tiempo y más aún en el espacio. Mucho más que una coyuntura, es una estructura social y sobre todo espacial que descubrimos. Cinco o seis años, respecto a la edad de la mujer, tratándose del matrimonio de los humildes; ocho años, si en la muestra se incluye el matrimonio aristocrático más precoz. Plasticidad del intervalo intergenésico y del intervalo protogenésico. Plasticidad de la ilegitimidad de 0.4 a 5 por ciento. Todos estos factores combinados dan como resultado coeficientes netos de reproducción más disparatados. Se pasa de una duplicación cada sesenta años —potencial en Villedieu-les-Poêles[57] y aislada en teoría— durante los años más favorables de comienzos del siglo XVIII y de una duplicación centenaria propia del eje mediano del norte del Cotentin, hasta zonas de abatimiento. Sin la emigración, algunas microrregiones del sur de la llanura de Caen habrían conocido una reducción de la mitad en apenas más de un medio siglo.

En el interior de estos extremos, las horizontales son todavía más curiosas. Se han observado situaciones de equilibrio en un siglo, de 1720 a 1820, en pequeños sectores de la región de Auge.

En Normandía, los comportamientos parecen homogéneos en el interior de un pequeño grupo de comunidades; sin duda, con mucha menor frecuencia, más de 10, 15 o 20 parroquias forman un espacio continuo en el interior de un burgo o de un barrio. Ruán,[58] gran ciudad que se acerca varias veces a los 90 mil-100 mil habitantes, totaliza quizás 3, 4 o 5 elementos demográficos: Villedieu-les-Poêles, en cambio, con sus 2 500 habitantes, en su mayoría trabajadores del cobre, forma un todo homogéneo. Los comportamientos demográficos obedecen más a criterios territoriales que sociales. Esta lección que proporciona la demografía normanda moderna se aplica tal vez a la sociedad tradicional en su conjunto. Existen unidades sociales con comportamiento demográfico específico. Tenemos la prueba de ello en la Francia y la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII. Pero estas disparidades suponen fuertes grados de diferenciación social. Se piensa en duques y pares.

Sea cual fuere el nivel de perfección de nuestros medios de análisis, nunca han permitido diferenciar un comportamiento demográfico de labrador, de un comportamiento demográfico de jornalero. Hasta donde se puede juzgar, estas estratificaciones son propias del siglo XIX y de

[57] Jouan, *Annales de démographie historique, op. cit.*, pp. 87-124.
[58] J.-P. Bardet, tesis que elabora sobre Ruán en los siglos XVII y XVIII.

la primera mitad del XX; no así del XVIII ni, *a fortiori*, sin duda, del siglo XVII. Queda la ciudad. Bayeux[59] observa un comportamiento campesino. Una escasa natalidad agravada por una gran mortalidad. Ruán sube como flecha, con una balanza positiva de nacimientos. La demografía ascendente de Villedieu es, ciertamente, una demografía de fumistas, pero todos los habitantes de Villedieu tienen un comportamiento de fumistas, ya sean o no trabajadores del cobre. El comportamiento demográfico en la Normandía tradicional, parece repartirse espacialmente siguiendo el impulso de un grupo que representa la dominante. Digamos, en una palabra, que el comportamiento de la región de Auge o del Bessin es campesino labrador, inducido por la técnica de acodamiento, o sea campesino labrador en espacio excepcionalmente cerrado, con obligación de adaptación a un óptimo de población en baja, y que el comportamiento de la ciudad rural y administrativa de Bayeux, nutrida por campesinos del Bessin, es un comportamiento rural en un medio de mala higiene, etc.

Llegamos así a lo que es cómodo llamar la teoría molecular de los comportamientos demográficos. El ejemplo normando refuerza y precisa las observaciones del grupo de Cambridge.[60] Es cierto que lo económico pesa al comienzo, pero lo económico nunca gobierna directamente y, menos aún, de una manera exclusiva o dominante. La unidad de comportamiento en el marco de una división esencialmente territorial, muestra con claridad el peso de los elementos religiosos psicocolectivos. Nada más fundamental que la actitud ante la vida, el amor, el sexo opuesto y la muerte. "Las relaciones causales y las relaciones funcionales se tejen en todos los sentidos" entre los vivos y los muertos, cercanos en el espacio y el tiempo. Resulta de ello un clima en el que la vida se arraiga. En la Europa tradicional de las antiguas regiones surgidas de una relación multisecular del hombre con el suelo que se resuelve en el paisaje, la unidad de comportamiento demográfico es más territorial que económico social, más directamente afectiva que económica. Las unidades pueden tener comportamientos que van desde el coeficiente neto de reproducción de 0.7 hasta 2.25. Con las variables ilegitimidad-legitimidad, edad para el matrimonio del hombre y de la mujer, intervalos protogenésicos, intervalos intergenésicos, edad promedio en el último alumbramiento, se obtiene fácilmente una cincuentena de tipos que desembocan en todas las tendencias, entre las que se derivan resultantes regionales y nacionales. Admitamos que

[59] El Kordi, *Bayeux, op. cit.*

[60] Wrigley, *Société, op. cit.*, Peter Laslett y los trabajos del grupo de Cambridge.

en el conjunto de la Europa del siglo XVIII hay una cincuentena de tipos de comportamiento, entre los cuales tal vez se reparten seguramente varios millares de moléculas de comportamiento demográfico básico. En el interior de este abanico, la Normandía tradicional podría caracterizarse por la fineza del grano. Las unidades de comportamiento demográfico básico parecen muy reducidas. El abanico de los tipos es excepcionalmente abierto. Sin embargo, por regla general excluye a los elementos más dinámicos. El coeficiente neto oscila entre 0.7 y 1.5 y con mucha mayor frecuencia cerca de la unidad —e incluso por abajo de ella, cuando la coyuntura se deteriora— que de las partes altas. La principal originalidad normanda se deriva de esta distribución. Conduce a una resultante bastante opaca: un crecimiento del 8 por ciento en un siglo.

Éste es el ejemplo normando, insertado en un esbozo de teoría de la demografía de la Europa tradicional después de la fundamental revolución del *new pattern* de nuestros amigos ingleses;[61] en relación con el resto del mundo, la demografía del matrimonio diferido caracteriza a la cristiandad latina desde una mutación ocurrida en diversos lugares probablemente entre el final del siglo XIII y el siglo XV.

¿Cómo explicar este matiz —porque no se trata, después de todo, más que de un matiz— y cómo insertarlo en el complejo causal de la falla normanda, de la desindustrialización de 1780 a 1880 del sector tradicionalmente más industrializado de la Francia del oeste? Hay que ver bien los límites y el alcance exacto de la explicación que proponemos, la cual no pretende convertirse para nada en la fórmula mágica que explique la muy relativa desindustrialización normanda. Esta explicación es una demarcación; no apunta a otra cosa sino a entrar en un conjunto de explicaciones complejas, con otros factores de los cuales sólo se conocen algunos y otros están por descubrirse. Por una parte, de ninguna manera es mecanicista: se funda indirectamente en los catalizadores sociales que de hecho son catalizadores psicológicos.

Lo que cuenta, según mi parecer, no es el desafío de una mano de obra escasa y por ello cara. Investigaciones que están realizándose[62] indican estos altos precios. Modelos americanos, en cambio, han podido precisar que, en algunos casos, los altos salarios constituyeron un

[61] J. Hajnal, "European Marriage Patterns in Perspective", en: D. V. Glass y D. E. C. Eversley (comps.), *Population in History*, Londres, 1965, pp. 101-143.

[62] Investigaciones que se realizan bajo la dirección de Gabriel Désert. Acerca de la evolución medieval y el hundimiento en el siglo XV de la población de la Alta Normandía, tenemos ahora la tesis fundamental de Guy Bois, *Crise du féodalisme*, París, EHESS, 1976, 412 pp.

desafío favorable para la mecanización y resultaron por ello altamente constructivos.

Pero lo que cuenta es el complejo psicológico cuyo comportamiento demográfico es un componente y un acelerador. Normandía es una vieja región plena. Pierre Gouhier no pierde las esperanzas de llegar a evaluaciones precisas del siglo XIII y a una correspondiente cartografía de las densidades. Desde ahora, está claro que, hacia 1300-1325, ciertos niveles están por encima de los alcanzados en el siglo XVIII. Ninguna frontera abierta de población. Excepto para el norte del Cotentin. La pequeña Normandía de los desbrozamientos es, por otra parte, en el siglo XVIII, la que presenta coeficientes netos de reproducción más claramente positivos. Nótese que la elección de la técnica de acodamiento, la elección, pues, de una cría extensiva, contribuye a reforzar el efecto de cierre del espacio. El acodamiento acarrea una reducción brutal de la población óptima. Los *enclosures** liberaron así en Inglaterra la mano de obra para el *factory system*. El proceso comenzó demasiado temprano en Normandía como para permitir este encadenamiento. De todas maneras, empujó hacia una solución diferente: reducir el número de los hombres, rechazar la vida.

Hasta aquí no hay nada excepcional. Las sociedades tradicionales experimentaron movimientos de este tipo. No salgamos del modelo del matrimonio europeo. Dejemos pues de lado el Japón de Tokugawa.[63] Pero veamos Inglaterra, la de los duques de Hollingworth,[64] la de las largas series de Colyton.[65] Inglaterra conoció, a fines del siglo XVII y principios del XVIII, una disminución de la natalidad de tal amplitud que resulta difícil excluir la hipótesis de que se recurriera a métodos anticonceptivos.

Sin embargo, entre el caso inglés y el caso normando, la diferencia me parece fundamental. El comportamiento inglés es táctico, puramente económico, no implica ninguna modificación de la ética, sus elecciones fundamentales siguen siendo elecciones que yo calificaría de normales en cuanto a la vida. Los comportamientos normandos son

* *Enclosure*, substitución de las formas individuales de producción agrícola por otras colectivas, basada en el despojo de los pequeños propietarios, quienes se veían obligados a emigrar y vender su fuerza de trabajo, y del cual resultaban favorecidos los grandes terratenientes y los industriales.

[63] A. Hayami, "Histoire démographique d'un village japonais", *Annales ESC* 3, 1969, pp. 617-639.

[64] T.-M. Hollingsworth, "A demographic study of the british ducal families", *Population Studies* 11 (1), 1957, pp. 4-26, y *Population in History*, *op. cit.*, pp. 354-378.

[65] Wrigley, *Société*, pp. 82-87.

estratégicos, se inscriben dentro de una modificación de la ética. Por este hecho, excepto a muy largo plazo, son prácticamente irreversibles, totalmente desprovistos de plasticidad, sin retorno, casi sin recursos.

En verdad, se inscriben en una especie de ascética general de desconfianza con respecto a la pareja y, por regla general, al sexo. La revolución de la edad del matrimonio va acompañada en todas partes, desde el siglo XIV, en Europa occidental, de una prodigiosa ascética de represión. Esta ascética monacal popularizada —que conduce a una castración por continencia voluntaria del 40 al 60 por ciento de la población en edad de procrear— es una de las mayores victorias de la cristiandad latina en el tiempo largo y múltiple de las reformas de la Iglesia. Pero el éxito es muy diferente de una Europa a la otra; así, resulta bastante moderado en la del norte. En el siglo XVII, Inglaterra es mucho menos "puritana" —en sentido vulgar— de lo que a la gente le gusta decir. Véase a E. H. Hair y a Peter Laslett.[66] Las proporciones de las concepciones prenupciales nos asombran. En un cierto número de parroquias, la casi totalidad de las novias se casan embarazadas. En la larga duración, las concepciones prenupciales constituyen por lo menos el doble de los niveles obtenidos en los sectores incluso más relajados de los campos franceses. Desde luego, estas diferencias de comportamiento entre la Europa septentrional y la Europa meridional están estrechamente ligadas a actitudes divergentes surgidas por lo menos en el siglo XVI. La Europa católica libró un duro combate dentro de la línea de la ascética medieval para promover la generalización de un celibato efectivo y eficaz de los sacerdotes. En este aspecto, el incumplimiento de la regla por parte de los países reformados concluye en una valoración de la pareja, que deja de ser un obstáculo en el camino de una religión disociada de la aspiración a la pureza.

El esfuerzo de represión exigido por la catequesis del siglo XVII condujo, por contaminación, a lanzar un descrédito latente sobre todo lo que atañe a la sexualidad fuera y dentro del matrimonio. Las rehabilitaciones del matrimonio;[67] la ascesis exigida, en este caso durante periodos de seis a dieciocho meses; los intentos de la región de Auge por reinstaurar en mayo las antiguas abstinencias sexuales periódicas de

[66] P. E. H. Hair, "Bridal Pregnancy in Earlier Rural England", *Population Studies* 20, 1966, pp. 233-243; "Bridal Pregnancy in Earlier Rural England farther examined", *ibid.*, 24, 1970, pp. 59-70, citado en Laslett, *The world we have lost, op. cit.*

[67] J.-M. Gouesse, tesis que elabora acerca de la formación de la pareja en Normandía y en el oeste.

cuaresma traducen, de una manera irrefutable, una mentalidad "propia de los cátaros".

El acto sexual es impuro y la concepción es su signo tangible. Todo acto que desemboca en una concepción es impuro. Una antiquísima teología moral[68] hacía del *coitus interruptus* un muy relativo mal menor en las relaciones culpables fuera del matrimonio. Esta casuística, por cierto, es abandonada en la enseñanza de los seminarios, a menudo jansenizantes, del oeste normando. Esto no impide que... todo el esfuerzo, a veces desmesurado, que se exige, termine haciendo renacer en la práctica subconsciente la vieja casuística abandonada y la extienda a las relaciones dentro del matrimonio. El *coitus interruptus* deja de ser un recurso de crisis y de miseria usado sólo en el peor de los casos; aparece valorado en relación con el acto completo, cuya finalidad no borra la mancha del placer.

La coincidencia con el interés económico de fines del siglo XVII explica la difusión de estos comportamientos en áreas de 15, 20 o 30 parroquias. Ellos deben ponerse en relación con un jansenismo difuso. Podría probarse sin dificultad que en Normandía hay superposición entre el agustinismo difuso de la región de Auge, de los alrededores de Ruán: entre los calvinismos triturados de la llanura de Caen,[69] y comportamientos permanente y deliberadamente maltusianos; la relación entre jansenismo y cartesianismo ha sido perfectamente establecida. La impregnación cartesiana de los seminarios afectados por las corrientes jansenistas es conocida. Se desemboca en una religión del alma particularmente desconfiada respecto a la sexualidad, sector condenado o abandonado a una suerte de indiferencia. Un catolicismo agustiniano prepara la vía a una forma de catolicismo ilustrado cuyas esquematizaciones y extralimitaciones son idénticas.

Provincia considerablemente alfabetizada, Normandía es también una provincia fuertemente catequizada, donde la civilización escrita deteriora profundamente la cultura oral de la transmisión basada en la costumbre y la explicación escuchada, mediante un proceso que me atrevería a llamar, por su semejanza con situaciones de nuestro tiempo, un "proceso de aculturación".

Una teología moral neoagustiniana, ligada a una filosofía postcartesiana ampliamente difundida por los mecanismos recientemente esta-

[68] J.-L. Flandrin, "Contraception, mariages et relations amoureuses dans l'Occident chrétien", *Annales ESC* 6, 1969, pp. 1370-1340.

[69] G. Bollon, prefacio P. Chaunu, en el *Bulletin de la Société d'Histoire du Protestantisme Français,* octubre-diciembre de 1970, "Minorités broyées et malthusianisme: Saint-Sylvain, Falaise et Saint-Pierre sur Dives au XVIIe siècle", pp. 489-508.

blecidos, se integra a una sensibilidad popular favorable al maltusianismo ascético. Cuando esta sensibilidad es asimilada en el campo entre 1670 y 1730, propone una respuesta al desafío de una economía bloqueada en un espacio cerrado cuya técnica de acodamiento refuerza su hermetismo. Cuando la Iglesia se da cuenta de la contradicción en que ha incurrido, es muy tarde para reaccionar; le ocurre a menudo perder el poder de hacerse oír y de influir profundamente en la sensibilidad y en los comportamientos. De todas maneras, se necesita el tiempo de varias generaciones. Ahora bien —y esto es lo que distingue el repliegue normando del repliegue de la natalidad inglesa en el punto de unión de los siglos XVII y XVIII—, esta modificación de los comportamientos corresponde aquí a una modificación profunda y duradera de la sensibilidad y de las representaciones.

Cuando las nuevas máquinas penetran con fuerza en el continente, hacia 1770 y 1780, Normandía está instalada desde hace un siglo en una línea demográfica casi horizontal. Moderada frente a la vida, pero moderada también frente a la muerte. Las soluciones normandas no están por cierto totalmente desprovistas de valor. Numerosos sectores de la región de Auge realizaron, en el siglo XVIII, de 1720 a 1820, la horizontal demográfica, por caída simultánea de los nacimientos y de los fallecimientos, el alargamiento sustancial de la vida humana y el envejecimiento, todo lo cual parece constituir hoy en día el ideal de toda una escuela de sociólogos o de pseudosociólogos americanos. ¿Será necesario proponer a Marcuse el ejemplo de Auge en la época de las Luces? Solución perfecta en un mundo inmóvil. Cuando nuevas fronteras se abren, las fronteras tecnológicas de la Revolución industrial, los nuevos imperativos, las nuevas necesidades, las nuevas posibilidades son, durante todo un siglo, impotentes para provocar una mutación de las actitudes. Paralizada en una respuesta particular al desafío de un momento, la sociedad normanda se revela incapaz de responder a nuevos desafíos. Responde a contracorriente. Y como los comportamientos demográficos son esencialmente territoriales, la emigración masiva de los bretones en el siglo XIX hacia la última morada normanda, es incapaz de llenar el hueco que se ahonda, porque los bretones se comportan en Normandía como los normandos.

Desde luego, el moldeamiento de lo económico por influencia de las estructuras mentales no se hace sin mediación social. Los industriales normandos que en el siglo XIX compran tierra con las ganancias conseguidas mediante las máquinas inglesas importadas y no renovadas, tienen un comportamiento de señor y de rentista. Para estudiar, sector por sector, las mediaciones sociales del paso de lo mental y de lo afectivo, a

lo económico, se precisaría todo un libro y muchas investigaciones. Esto no es pues más que un esbozo, una hipótesis demarcadora, en el larguísimo camino de una investigación deseable.

Este largo rodeo desemboca, al menos, en una lectura; mejor dicho, en una aceptación ingenua de las correlaciones tradicionales. Y, en primer lugar, la que en el siglo XVIII ha ligado objetivamente una tasa de crecimiento demográfico elevada (coeficiente de 1.2 a 1.3) con todos los demás crecimientos: la Revolución educativa y la Revolución industrial, naturalmente.

La duplicación demográfica secular de la Europa de las Luces ha sido históricamente una condición necesaria, aunque desde luego insuficiente, para la Revolución industrial. Entre otras cosas porque obliga a vivir en un mundo de cambio. El crecimiento es, en primer lugar, una ética, una sensibilidad, un estado de ánimo. La *Vital Revolution* del siglo XVIII constituye una condición previa. En Normandía, casi todas las otras condiciones se habían reunido para producir, a fines del siglo XVIII, otra Inglaterra; casi todas, excepto una. El ejemplo normando aporta pues la prueba, *a contrario,* de la importancia de los factores demográficos en las condiciones económicas, sociales y, más aún, afectivas y mentales de la Revolución industrial.

XIV. REFLEXIONES SOBRE LA DEMOGRAFÍA NORMANDA*

He dudado un poco en incluir estas modestas reflexiones en la bella y sabia obra que el reconocimiento, la amistad y la admiración dedican en justo homenaje a uno de los maestros al que más debe hoy la demografía histórica. Porque las investigaciones en las que se basan están realizándose apenas y porque estas conclusiones provisorias son, con toda evidencia, susceptibles de correcciones. Porque el espacio disponible no permite exponer en detalle las justificaciones de lo que se plantea. Por último, porque el ejemplo normando con el que se da comienzo a una estructuración de hipótesis más o menos arriesgadas, y el largo siglo XVIII —el cual ha sido el más atentamente escrutado— corren el riesgo de verse desbordados. El siglo XVIII requiere de la larga duración, y Normandía del conjunto del mundo pleno. Mi disculpa: el maestro al cual se dedican estas líneas. El autor de la *Histoire générale de la population mondiale* nunca rehuyó los horizontes vastos: historiador en sentido amplio, es decir sin adjetivo, ha llegado a la demografía porque la sucesión de las generaciones está en el corazón mismo de la historia. La demografía no ha sido nunca para él un fin, sino un medio: el fin es el hombre y su destino.

Normandía constituye hoy un sector relativamente bien explorado. Actualmente, el Centro de Investigaciones de Historia Cuantitativa de Caen, que yo creé en 1965 (oficiosamente; oficialmente en 1966), intenta allí varias experiencias: una de ellas, parecida a la que J. Dupâquier realizara con éxito, intenta el uso exhaustivo de las fuentes momentáneas en una muy larga duración;[1] dos encuestas que se basan en el antiguo estado civil cubren extensiones insólitas: una en Ruán,[2] en un marco urbano; la otra en la Elección de Pont-l'Eveque, dentro de un espacio relativamente bien delimitado; una encuesta trata de medir las excepciones sociales en los comportamientos demográficos[3] —que

* Contribución publicada en *Sur la population française au XVIII^e siècle: hommage à Marcel Reinhard*, París, Société de Démographie Historique, 1973, pp. 97-117. Reproducido con la amable autorización del editor.

[1] Se debe a P. Gouhier. Va del mundo pleno (XIII-XIV) a comienzos del XIX.

[2] J.-P. Bardet. La investigación asocia el estudio exhaustivo de un sector geográfico, un recuento completo y una reconstitución a partir de la letra B.

[3] Es realizada por Nels Wayne Mogensen, autor de una tesis titulada *Aspects de la société augeronne aux XVII^e et XVIII^e*, París-Sorbona, 1971, VII-363 pp., bajo mi dirección; se basa en las fichas de familia de Pont-l'Evêque y Saint-Hymer (tesis

son muy débiles— en la región de Pont-l'Eveque. El espacio normando ha sido objeto, por último, de un número relativamente alto de estudios demográficos realizados para reconstituir las familias, aplicando el método Fleury-Henry: una centena de parroquias acabadas o en vías de serlo.[4] La empresa de historia administrativa serial que desemboca, entre otras cosas, en la publicación[5] en proceso del *Atlas historique de Normandie* constituye un factor particularmente favorable para la utilización de las fuentes momentáneas cuya importancia e interés se miden mejor hoy, gracias al trabajo pionero de Jacques Dupâquier.

Las fuentes, en términos generales, son satisfactorias. Se sitúan en el buen promedio de las regiones entre Loire y Somme. Dejo de lado las fuentes momentáneas,[6] que podrían provocar agradables sorpresas. Una cosa es segura: la calidad de la documentación demográfica y su antigüedad son, en términos generales, función —el azar que excluye la ley de los grandes números, desempeña un débil papel— de un hecho global de civilización. Ahora bien, Normandía —la historia administrativa serial[7] lo confirma cada día— constituye un sector privilegiado, un sector de avanzada en la evolución dentro de varios dominios. Normandía —todo, en realidad, se deriva de ello— alcanzó muy temprano, en la Edad Media, las condiciones de lo que se ha convenido en llamar el "mundo pleno". La Alta Normandía,[8] con la Isla de Francia, Picardía,[9] Flandes y algunos sectores privilegiados de la Italia toscana, milanesa y campaniana, pertenecen a los 100 000 km² que más

Mogensen) y en las de las parroquias de la encuesta de Pont-l'Evêque a disposición de M. Mogensen, a saber: Gonneville-sur-Dives, Beuzeval, Dauboeuf, Deauville, Saint-Arnoult, Saint-Pierre-de-Touques, Saint-Thomas-de-Touques, Trousseauville, Canapville, Saint-Martin-aux-Chartrains, Annebault, Bourgeauville, Trouville, Hennequeville, Pennedepie, Villerville, Saint-André-d'Hébertot.

[4] En lo esencial se trata de trabajos realizados por estudiantes bajo mi dirección. Fui ayudado en esta tarea, en primer lugar, por Pierre Gouhier. Se lo agradezco profundamente.

[5] P. Gouhier, A. y J.-M. Vallez, *Atlas historique de Normandie*, Caen, CRHQ, t. I, 1967, *Cartes des communautés d'habitants, Généralités de Rouen, Caen et Alençon*, 1636-1789; 100 pp., t. II, 1972, *Institutions, économies, comportements* y J.-P. Bardet, M.-P. Ricque, *Rouen vers 1770*, Caen, CRHQ, 1972.

[6] De los trabajos que realiza actualmente P. Gouhier, resulta que, especialmente en el caso de los períodos antiguos, son más masivas y más continuas de lo previsto.

[7] Capítulo XIII, *supra*.

[8] M. Reinhard, A. Armengaud, J. Dupâquier, *Histoire générale de la population mondiale*, París, Montchrestien, 1968, 3a. ed., pp. 90-91, según el estado de los hogares de 1328.

[9] R. Fossier, *La terre et les hommes en Picardie*, París, Lovaina, B. Nauwelaerts, 1968, 2 vols., 827 pp.

antiguamente fueron desbrozados en su totalidad, los más intensa y uniformemente poblados de la cristiandad latina occidental, lo cual ocurrió seguramente desde el siglo XIII.[10] Se ven aparecer, por otra parte, dos Normandías: una –región de Caux, Basse-Seine y llanura de Caen (15 000 km²)– constituye la tierra más antigua que haya sido íntegramente desbrozada e intensamente aprovechada; la otra –Cotentin y Bocage (la mitad sudoeste, 15 000 km²)– constituye una zona "colonial", "frontera" que no alcanza antes de fines del Antiguo Régimen su nivel de saturación. Esta muy vieja historia es capitalizada, todavía hoy, en el mapa de la distribución espacial de las comunidades de habitantes y de las comunas. Normandía en su totalidad pertenece a la Europa de las muy pequeñas comunidades de habitantes.[11] Las comunidades de habitantes en Normandía alcanzan, del siglo XIV al XVIII, en promedio 7 km² (promedio 12/13 en razón de las grandes comunidades del Mediodía), en el Reino de Castilla (378 000 km²)[12] (11 721 comunidades), el promedio es de 33 km² con enormes diferencias de promedios de 15 a 300 del norte al sur.[13] Se nota que la comunidad de habitantes normanda agrupa, del siglo XVI al XVIII, el promedio de 300 a 400 habitantes por 7 km², y las comunidades de Castilla de 400 a 500 habitantes, o sea sensiblemente muchos más por cada 33 km².[14] Primera observación –que se verifica casi siempre y puede ser formulada como ley (o casi como ley)– en la escala de la cristiandad latina occidental: el reducido tamaño de las comunidades de habitantes casi siempre está en relación estrecha con la antigüedad de un alto nivel de poblamiento. Las pequeñas comunidades –que en Francia se encuentran asombrosamente mejor conservadas que en cualquier otra parte– son un signo de un muy antiguo nivel de poblamiento, digamos, en líneas generales, los 40 hab/km² de los terrenos

[10] La Alta Normandía a fines del siglo XIII, aproximadamente 50 hab./km², orden de magnitud. La cristiandad latina sobrepasa tal vez los 25 o 30 hab./km² en un millón de km²; sobrepasa los 50 en menos de 100 000 km². La Alta Normandía representa, en otro orden de magnitud, la décima parte de este sector altamente privilegiado.

[11] *Atlas historique de Normandie*, t. II, mapa: importancia de las comunidades en 1789, importancia de las comunas en 1962.

[12] Según la tesis que A. Molinié-Bertrand realiza bajo mi dirección sobre el censo de 1591.

[13] En Francia la diferencia era aproximadamente de 7 a 25 del norte al sur.

[14] Normandía pasa de 4 200 comunidades de habitantes a 3 600 comunas; Francia, de 42 mil a 38 mil comunas; en el espacio de la Corona de Castilla (378 mil km²), se pasa de 11 721 comunidades en 1591 a los 5 634 *municipios del Censo* de 1970. España está dentro del promedio de reducción europea, no así Francia.

limosos íntegramente desbrozados, después de la mutación tecnológica del arado pesado de ruedas y de la rotación trienal de cultivos propia de la Edad Media: el mundo pleno de las aldeas, apreciable porque, desde lo alto de una de ellas, siete u ocho más se perfilan en el horizonte. En Normandía, se nos proporcionan dos antiquísimos rasgos por medio del fondo cartográfico casi inmutable de las comunidades de los tres últimos siglos del Antiguo Régimen.[15] La ley no se aplica solamente en los grandes conjuntos, sino que permite apreciar el detalle de la historia del poblamiento por lo menos hasta en el marco de la pequeña región.[16] Los mapas[17] permiten oponer Alta Normandía + Auge marítimo y llanura de Caen (Seine Maritime, Eure, mitad de Calvados) y Baja Normandía (mitad boscosa del Calvados sur y oeste, Orne y Manche). Por un lado, pequeñas comunidades, pequeñas comunas, regiones íntegramente desbrozadas desde el siglo XII-XIII; por el otro, comunidades más grandes, regiones donde subsisten algunos vacíos hasta fines del siglo XVIII. Simple matiz, es cierto, pero matiz sensible entre una Normandía cerrada desde hace mucho tiempo, saturada desde los siglos XII-XIII, tal vez incluso desde el siglo XI, y una Normandía no totalmente saturada antes de mediados del siglo XVIII. El gusto por el matiz no debe hacernos perder el sentido de los conjuntos en la escala de la cristiandad latina occidental. Toda la Normandía se inscribe, con algunos matices, en la cima de la escala de los países plenos más viejos. La historia de la conquista de Inglaterra en el siglo XI es más inteligible, cuando se tiene en cuenta el hecho de que el ducado de Normandía debía contar, poco más o menos, con casi tantos habitantes como Inglaterra.[18] Esta antigüedad de un muy alto nivel de poblamiento presenta enormes ventajas. Hasta el umbral crítico de los 40 hab/km², en el caso de las estructuras surgidas de la mutación tecnológica de la alta Edad Media,[19] se puede suponer que la suma global de las comunicaciones interhumanas se acrecienta mucho más rápidamente que la densidad de la población. Una de las consecuencias prácticas de la realización muy temprana de un alto nivel de poblamiento, y, por lo

[15] Por prudencia, nos limitamos a los siglos XVI, XVII y XVIII. Es probable que el período de estabilidad de los límites de las comunidades, a pesar de las reducciones demográficas de los siglos XIV y XV, dure desde el XIII a comienzos del XIX.

[16] La pequeña región en la Europa más antiguamente poblada oscila alrededor de los dos planos, por debajo de 500 km², alrededor de 1 000 km².

[17] *Atlas historique*, t. II, principalmente el mapa por aspectos de las comunidades en 1798.

[18] No está probado, es sólo probable.

[19] Admirablemente esclarecida por los estudios de Georges Duby.

tanto, de un nivel de comunicación proporcionalmente todavía más elevado, es un conjunto de logros. El progreso de Normandía en el ámbito de las instituciones es generalmente admitido. El modelo de las instituciones normandas se impone no solamente fuera —como Inglaterra— sino que es responsable de un adelanto del ducado en el interior del reino que la historia administrativa serial corrobora en general. Los mapas administrativos testimonian, en el marco irrefutable de la relación de la institución con el espacio, un relativo avance que debía ser considerable en la Edad Media, y que subsiste todavía en los dos últimos siglos del Antiguo Régimen.[20] Antigüedad y eficacia pues, en la cima de las jerarquías de sociabilidad, de la más elaborada de las estructuras de comunicación y de orden: la administración ducal, después real. ¿Hay que evocar aún el lugar muy envidiable de las generalidades normandas en la difusión del escrito a fines del Antiguo Régimen, según la investigación de Maggiolo? La alfabetización siempre es producto de un largo proceso plurisecular. Para verificarlo, a menudo nos reducimos a hipótesis. Sin embargo, el hecho de que la Reforma protestante haya podido imponerse tan claramente en el siglo XVI permite suponer un nivel bastante elevado de difusión del escrito. Sin embargo, esta aserción requiere de algunas explicaciones. Comprobación de evidencia: la Francia de las "iglesias plantadas", es decir la Francia protestante de la segunda mitad del siglo XVI, está en una proporción de 9/10os, repartida dentro de la mitad del reino que se sitúa al sur y al oeste de una línea Abbeville-Provenza. Ninguna correlación, pues, al menos en esta época, entre la difusión del escrito y la implantación de la Reforma, en contradicción aparente con una ley que no puede dejar de establecerse en el nivel más alto de la cristiandad latina occidental.[21] Es la presencia más eficaz del Estado al norte del Loira lo que ha borrado el esbozo de una muy diferente geografía

[20] Para ofrecer una demostración verdaderamente concluyente de ello, sería necesario realizar en otras regiones del reino un esfuerzo comparable al aportado por el equipo del *Atlas historique de Normandie,* en el orden de la historia administrativa serial. Hay algunos elementos en la excelente tesis de J.-M. Vallez, *La généralité d'Alençon (1636-1789), Etude de géographie historique,* Caen, 1969, policopiada, 270 pp. + Atlas; en el tomo II del *Atlas historique de Normandie* y en los comentarios en preparación de los mapas del tomo II; *cf.,* además, para la Edad Media. A. Vallez, "La construction du comté d'Alençon (1269-1380), Essai de géographie historique", *Annales de Normandie* 1, 1972, pp. 11-45 + mapa anexo.

[21] P. Chaunu, "Niveaux de culture et Réforme", BSHPF 2, 1972, pp. 301-326, y "Réforme et royaume", *Catalogue de l'Exposition Amiral de Coligny, Archivos de Francia,* 1972, pp. 13-14.

en la época de la fase evangélica en la primera mitad del siglo XVI.[22] No obstante, Normandía constituye la excepción de una excepción. A pesar de la presencia y del poder de la institución monárquica en esta provincia —que todavía en el siglo XVI provee al Estado de cerca de la cuarta parte de sus recursos provenientes del impuesto—,[23] las condiciones de difusión fueron allí tan favorables que Normandía habría de constituir la única provincia francesa al norte del Loira, con una implantación reformada igual al nivel promedio de la cuarta parte sudoeste del reino.

En una palabra, y para decirlo rápidamente,[24] Normandía aparece en el seno de la cristiandad latina occidental como una vieja región que, habiendo alcanzado más tempranamente los umbrales críticos del "mundo pleno", y por lo tanto un nivel elevado de intercomunicación, se encuentra adelantada, anticipada, en casi todos los sectores (alfabetización, difusión del libro, organización administrativa, rendimiento del impuesto, etc.). Normandía, vieja región, pues, con respecto a la profunda solución de continuidad de la alta Edad Media y a la gran revolución demográfica, tecnológica y cultural de la majestuosa Edad Media.

Ya que hemos comenzado por el documento, vayamos a las fuentes. En líneas generales, a pesar de un elevado nivel de destrucción, realmente parece que todavía hoy este adelanto de Normandía, vieja región, se lee en el plano de las fuentes; ello se manifiesta más particularmente, en el estadio de las fuentes momentáneas,[25] en la muy larga duración; la observación se impone aun en el caso de los registros parroquiales. Digamos en una palabra que, salvo en la actual Seine-Maritime (esta Normandía +), las fuentes normandas no se imponen por series excepcionalmente largas. Bretaña, región del Loira y, *a fortiori*, España e Italia, parecen ofrecer más ventajas para una demografía

[22] El éxito más tardío de la Reforma en la mitad sur del Reino se explica por el alejamiento de la institución monárquica y por la muy eficaz acción de la pequeña nobleza atraída masivamente por las nuevas formas de piedad.

[23] *Cf. Histoire économique et sociale de la France*, t. I, por publicarse (PUF), P. Chaunu, capítulo "L'état de finance", cálculos basados en los datos proporcionados por el clásico J.-J. Clamageran, *Histoire de l'impôt*, París, 3 vols., 1867-1876, 1 800 pp.

[24] Sería necesario un espacio mucho mayor para concluir la demostración. Reconozcamos, por otra parte, que todavía carecemos de pruebas concluyentes; se trata, a lo sumo, de un conjunto bastante impresionante de suposiciones que se imponen sobre todo por la coherencia interna del sistema.

[25] Es al menos la impresión que ha tenido Pierre Gouhier en sus investigaciones.

del siglo XVI basada únicamente en los bautismos. Normandía parece ser un terreno privilegiado para la técnica Fleury-Henry con base en tres actas. A partir de mediados del siglo XVII, los registros que han llegado hasta nosotros, lo más a menudo íntegramente, por lo común están completos, conservados y bien cuidados. Nada comparable con los subregistros observados en Bretaña y en las regiones del Loire. Hasta entonces, había una sola excepción a la regla que fuera confiable: Millière, una parroquia del boscaje cotentino, entre Coutances y Lessay;[26] y, si se requiriera, un caso dudoso, sobre el cual desconfío un poco: el de dos pequeñísimas parroquias de la región de Auge, Criqueboeuf y Pennedepie.[27] Tratándose de cerca de cien parroquias, más o menos completamente sometidas a prueba, estas fallas son ínfimas. No creo que haya muchas regiones de Francia que puedan alcanzar semejantes récords. Por otra parte, pudimos verificarlo cuando nos tocó salir de los límites de Normandía: al sur, una frontera particularmente sensible es la del Maine. El subregistro es allí mucho más frecuente.[28] La documentación normanda delimita un sector privilegiado que es el de un mejor equipo mental.

Desde el principio, las actitudes ante la vida parecen indisociables de todo un sistema de civilización, basándonos en los documentos que permiten estudiarlas.

Los trabajos conjuntos de las escuelas francesa e inglesa[29] permiten hoy aprehender la profunda originalidad de lo que antes se había llamado muy impropiamente Antiguo Régimen demográfico. Antiguo régimen que no debe sino muy poco a la naturaleza: la naturaleza, para el hombre, es la sociedad, la cultura, la voluntad individual y colectiva; en una palabra, la ponderación de los valores, es decir las civilizaciones cuyos sistemas no cesan de hacerse y de deshacerse. Este antiguo régi-

[26] "Un cas de sous enregistrement: Millières", por D. Larose, Introducción por Pierre Chaunu, *Annales de Normandie* 3, 1972, pp. 253-258.

[27] M.-P. Jambou, "Un cas curieux, Criqueboeuf et Pennedepie", *Annales de Normandie*, octubre de 1971, pp. 261-265.

[28] M.-C. Bellanger, *Saint-Paul-le-Gaultier*, DES, Caen, 1966. Veinte km al sur de Alenzón, una parroquia de 189 (1689) a 221 hogares (1804). El registro de los decesos de niños no está completo antes de mediados del siglo XVIII. Con 4,89 hijos por familias completas e incompletas, Saint-Paul-le-Gaultier (elección del Mans, bailiazgo de Fresnay, castellanía de Averton) se acerca más a las normas de la Isla de Francia o del Beauvaisis que Normandía (5,12 Isla de Francia, *Trois paroisses*, J. Ganiage; 4,85 *Beauvaisis*, 4,02 Crulai).

[29] Nunca expresaremos suficientemente nuestra deuda de gratitud con respecto a los trabajos ... entre otros, de J. Hajnal, de P. Laslett y de E. A. Wrigley.

men es un nuevo régimen, paradojal –los ingleses dicen *new pattern*–, nacido en una fecha precisa en el tiempo y en el espacio; el más sofisticado, el menos natural, en una palabra, el más cultural que se pueda concebir. La demografía del "mundo que hemos perdido" nació en la cristiandad latina occidental por la rápida evolución de tendencias tal vez antiguas, pero sobre las cuales no sabemos prácticamente nada, entre mediados del XII y mediados del XV, en Inglaterra, en los Países Bajos, en la mayor parte de Francia, en el eje renano y en el norte de Italia, en ese millón de km^2 de todas las dificultades y, por lo tanto, de todas las transformaciones y de todos los éxitos; donde por vez primera sobre una escala tan vasta, el umbral de los 40 hab/km^2 será alcanzado y a veces rebasado: un verdadero mundo pleno, condición *sine qua non* de un alto nivel de comunicación interhumana y, por lo tanto, de innovaciones y mutaciones; condición *sine qua non*, en una palabra, de todos los progresos. J. Hajnal, en el artículo pionero de donde todo ha surgido,[30] muestra claramente, todavía hacia 1900, los límites del modelo europeo. Se detiene en el Este, en las fronteras de la Europa ortodoxa de cultura bizantina, y más radicalmente en las fronteras de los mundos no europeos. Engloba la Europa católica protestante, la América del Norte y los *dominions* blancos del Imperio británico (los sistemas de civilización directamente surgidos de la cristiandad latina occidental). Desde los trabajos de Hajnal, se empieza a delimitar mejor la evolución de las fronteras del *new pattern* en el curso del tiempo. La Inglaterra *stricto sensu* (excluidos el norte y el oeste), los Países Bajos, el conjunto Picardía, corazón de la Cuenca Parisina, Normandía y tal vez Toscana (?) han debido ser las primeras afectadas por la revolución del retardo de la edad del matrimonio. Seguramente el proceso ya se encuentra bastante avanzado a fines del siglo XIII o a comienzos del XIV. El resto de Francia, el eje renano, partes de la Italia Norte... en promedio, un siglo y medio más tarde. Ya en otra ocasión he tratado de mostrar cómo casi todas las transformaciones de fines de la Edad Media[31] (inversión en el campo educativo, difusión del escrito, tensiones entre sectores de la civilización latina y de la cultura tradicional, aparición del nivel intermediario de las culturas de lengua vulgar, ruptura de los linajes, modificaciones afectivas) eran, si no propiamente dominadas, al menos arrastradas y como desmultiplicadas por la ola de las transformaciones y de las tensiones (tensiones

[30] J. Hajnal, "European marriage patterns in perspective", en: D. V. Glass, D. E. C. Eversley (comps.), *Population in History*, Londres, Arnold, 1965, pp. 101-143.

[31] P. Chaunu, *Le temps des deux Réformes de l'Eglise*, París, Fayard, col. Histoire sans frontière, 572 pp.

cerebralizantes), suscitadas por el retraso de la edad del matrimonio y el control reforzado de los impulsos sexuales. Los trabajos que se realizan actualmente sobre España,[32] muestran que hacia 1600, todavía se practica allí un matrimonio femenino casi tan precoz (promedio entre 19 y 20 años) como en el Japón Tokugawa[33] a fines del siglo XVIII. El alineamiento español al modelo "europeo" concluye a comienzos del siglo XIX. Esos trabajos que ahora se efectúan permitirán tal vez precisar mejor las etapas de la transición que se produjo en el siglo XVII y en el XVIII. Podremos tal vez deducir de las etapas españolas contemporáneas de los registros parroquiales, el cómo del paso del matrimonio precoz y universal al matrimonio tardío y opcional que se sitúa en Inglaterra, en los Países Bajos, en Francia y en la Europa media mucho más temprano, en líneas generales en el XIV y XV, que en las zonas marginales de la cristiandad latina occidental.

En estas condiciones, yo me atrevería a caracterizar el modelo demográfico normando como una variante casi aberrante, a fuerza de madurez con respecto al modelo común; digamos, en una palabra, el modelo de la cristiandad latina occidental, un modelo cuya flexibilidad, diversidad, asombrosa plasticidad ya no es necesario demostrar en nuestros días. Wrigley pudo decir, forzando un poco las cosas, que la diversidad estaba tras de nosotros; la uniformación de los comportamientos, al frente.

El crecimiento demográfico en el siglo XVIII es débil. Se podría ajustar y afinar —todavía no llegamos a eso. Una cosa es segura: Normandía se destaca a fines del Antiguo Régimen[34] en una Francia que, a su vez, resalta en Europa. Parece gris en una Francia que se extiende como una mancha gris en los vivos tintes de una Europa que inventa tan generosamente la vida. Normandía está muy poblada, por cierto, a fines del Antiguo Régimen. Sus dos millones de habitantes no deben ocultar lo esencial. La población de la generalidad de Ruán crece menos del 5 por ciento en un siglo; la generalidad de Alenzón en un 8.7 por ciento y la generalidad de Caen (gracias a los desbrozamientos del eje del Cotentin) en un 15.3 por ciento. La población del conjunto de Francia en un 23.2 por ciento, en el seno de una Europa que

[32] Las tesis que M. B. Vincent y A. Molinié-Bertrand realizan sobre *Granada* y el *Censo* de 1591, respectivamente, confirman plenamente lo que B. Bennassar había señalado claramente en su excelente *Valladolid au siècle d'Or*, París, SEVPEN, 1967.

[33] A. Hayami, "Aspect démographique d'un village japonais 1671-1871", *Annales ESC* 3, 1969, pp. 617-639.

[34] J. Dupâquier, "Sur la population française aux XVIIe et XVIIIe siècles", *Revue historique* 485, enero-marzo de 1968, pp. 47-79; capítulo XIII, *supra*.

atraviesa el siglo XVIII con un ritmo de casi duplicación secular. Las tasas están sujetas a ajustes; las tasas, no las diferencias. El crecimiento demográfico de Normandía en el siglo XVIII, en líneas demasiado generales, es sólo un tercio del promedio francés, y el proceso de envejecimiento de la población está considerablemente avanzado. En el caso de la región de Auge, que conocemos muy bien, se puede asegurar que el crecimiento muy débil de la población (menos del 10 por ciento en un siglo) es únicamente imputable a la modificación, por envejecimiento, de la pirámide de las edades.

Recapitulemos así sobre las características del modelo demográfico de la Europa occidental, desde las fundamentales transformaciones de lo que es cómodo llamar la revolución del "mundo pleno". Celibato, edad del matrimonio, intervalos proto e intergenésicos. Dos lecciones se desprenden en seguida de la masa de las monografías hoy disponibles.

La primera lección es válida en el marco del conjunto –conjunto (?) o falso conjunto (?)– provincial (30 000 km², cerca de dos millones de habitantes a fines del XVIII); un fenómeno que me gustaría caracterizar como de extrema madurez. Digamos, en suma, que el conjunto normando aprovecha al máximo todos los recursos anticonceptivos tradicionales del sistema demográfico establecido a fines de la Edad Media: celibato definitivo, impedimento para que las mujeres se casen en seguida de enviudar, matrimonio femenino postpubertario; todo lo cual desemboca en una especie de castración voluntaria del 40 al 60 por ciento del potencial reproductivo teórico de la población, potencial puramente teórico, es verdad. Ningún sistema lo utiliza del todo, a tal punto que es dudoso que sea en verdad íntegramente utilizable; pero es cierto que ningún sistema demográfico lo utiliza de manera tan incompleta, para obtener sin embargo resultados tan brillantes. A tal punto, además –y el caso normando lo demuestra–, que el sistema demográfico tradicional puede añadir a sus variantes de extrema madurez el recurso complementario, ya sea en grupos limitados (rasgo continental), o en momentos, también limitados (rasgo británico) de anticoncepción basada en la retirada masculina *(coitus interruptus, amplexus reservatus)*. Evidentemente, el conjunto normando se suma a esta variante: variante que se produjo en un muy viejo mundo pleno y que, en consecuencia, corresponde perfectamente a la definición de extrema madurez que hemos planteado.

La segunda lección es, con mucho, la más importante. Ya tuve ocasión de explicar sucintamente este tema:[35] Normandía proporciona argu-

[35] P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières*, París, Arthaud, 1971, pp. 101 *ss*.

mentos decisivos en favor de la teoría espacial, molecular de los comportamientos demográficos, que permite verificar el papel fundamental de las interdependencias en el seno de la comunidad de habitantes.

Volvamos a la noción de extrema madurez. El sistema europeo tradicional; el sistema, en síntesis, del matrimonio tardío, permite concebir —considerando simplemente la influencia de cuatro variables: edad para el matrimonio de las mujeres, celibato definitivo, tiempos de vuelta a casar de las viudas e intervalos intergenésicos— la existencia de una gama extraordinariamente abierta de tendencias demográficas, sin hacer intervenir incluso la variable fundamental de la esperanza de vida. Hay que recordar que el intervalo intergenésico de una comunidad de habitantes de mediana importancia estadísticamente puede oscilar entre 16.5 y 31.5 meses, sin que haya necesidad de hacer intervenir la menor técnica anticonceptiva voluntaria, apegándonos a lo que, para mayor comodidad, llamaremos modelo de Wrigley.[36]

Normandía —que en promedio es mejor conocida que cualquier otro conjunto regional de igual importancia— puede caracterizarse de dos maneras: primeramente, por una preferencia, en el interior de todas las variables, por las soluciones que conducen a una interrupción del crecimiento y a coeficientes netos muy próximos a la unidad, o, por accidente, ligeramente inferiores a la unidad.

Sigamos a Normandía en sus elecciones. Celibato definitivo en el medio popular. Jean-Pierre Bardet,[37] en Ruán, ve en él un remedio relativo contra la alta fecundidad de las parejas en el medio urbano. Aparentemente, el mismo fenómeno ocurre en Villedieu-les-Poêles, a fines del periodo, en vísperas de la Revolución.[38] Matrimonios muy tardíos: llegamos con la mayor frecuencia a promedios de edad para el matrimonio femenino de 27 y 28 años en la región de Auge. Plazo muy largo para casarse por segunda vez, varios años en promedio para las viudas todavía fecundas, en todos lados, incluso en el Cotentin relativamente fértil.[39] Naturalmente, las ocho décimas partes de nuestros

[36] E. A. Wrigley, *Société et population*, París, 1969, pp. 32 *ss.*

[37] Tesis que se elabora bajo mi dirección.

[38] M.-H. Jouan, "Villedieu-les-Poêles", *Annales de démographie historique*, 1969, pp. 87-124.

[39] En cuanto a una tasa media, la gran parroquia de Tamerville en el extremo norte del Cotentin (P. Wiel, *Annales de démographie historique*, 1969, p. 144). La duración media de la viudez para viudas de 20 a 44 años se eleva a 61 meses; inconsciente recurso colectivo de anticoncepción, probado en el tiempo corto, los 20 meses de las viudas de más de 45 años, en una parroquia que, por otra parte, alcanza sin dificultad una tasa de reproducción media ligeramente superior a 1.1 en el siglo XVIII.

intervalos intergenésicos medios son muy largos. En un promedio de ocho entre diez de las comunidades de habitantes —parroquias que han sido estudiadas— llegamos a intervalos intergenésicos de 28 a 33-34 meses, que contrastan con intervalos protogenésicos relativamente cortos, de 12 a 14 meses. De hecho, los intervalos medios (los de la región de Auge) son, en general,[40] muy largos y se ubican ya en la parte alta del intervalo teórico medio del modelo de Wrigley, ya incluso sensiblemente más allá. Muy típico de la región de Auge resulta el intervalo de Annebault y de Bourgeauville:[41] 32.4 meses. La mitad de las parroquias de la región de Auge se ubican entre 30 y 33 meses. En una zona donde la alimentación, gracias a la técnica de acodamiento,[42] es relativamente buena por su excelente balance proteínico,[43] es difícil ante tales intervalos descartar la hipótesis de que se recurre en forma difusa a la anticoncepción por retirada masculina. Un análisis más fino de las series proporciona los complementos de habituales presupuestos, especialmente el insólito alargamiento de los espacios intergenésicos a partir del segundo y el tercer nacimientos.

Normandía ofrece pues un gran número de casos bastante paradójicos de casi horizontalidad, de crecimiento demográfico en cero, particularmente en las zonas donde la técnica de acodamiento (región de Auge), a partir de 1680, ha reforzado el efecto de cierre de un muy antiguo espacio pleno. El acodamiento reduce el máximo teórico de poblamiento. La práctica de acodar se impuso con suficiente lentitud[44] (50 por ciento del territorio extendido en praderas en un siglo y medio, de 1680 a 1830, en la cuenca y el conjunto de la región de Auge) para

[40] Saint-Hymer, con 28, 3 meses, tiene un intervalo medio relativamente corto para la región, Pont-l'Evêque, con 22,4, se inclina en favor de los intervalos cortos en medio urbano, incluso en la región de Auge, Mogensen, *Aspects, op. cit.*, p. 62.

[41] "Annebault-Bourgeauville aux XVII^e-XVIII^e siècles. Contribution à l'étude démographique du pays d'Auge" por A. Huet, Introducción de P. Chaunu, *Annales de Normandie* (por publicarse).

[42] La pregunta ha sido recientemente renovada y precisada por el magnífico estudio de B. Garnier, "Production céréaliere et mise en herbe. Lieuvin et pays d'Auge aux XVII^e et XVIII^e siècles", Introducción de P. Chaunu, *Annales de Normandie* 1, 1971, pp. 33-53.

[43] M.-J. Villemon demostró con la alimentación de los pobres en el hospital de Caen, una situación alimentaria de los pobres, incluso los más desamparados, menos catastrófica de lo que se podría pensar, *cf.* "L'alimentation des pauvres d'hôpital général de Caen au début du XVIII^e" por M.-J. Villemon, Introducción de P. Chaunu, *Annales de Normandie*, octubre de 1971, pp. 235-260.

[44] *Atlas historique de Normandie*, t. II, *L'occupation du sol dans le Calvados, au début du XIX^e siècle* (1807-1842) según las notas *Simon et les plans cadastraux*.

que una estructura demográfica modificada tuviera tiempo de surgir de la estructura antigua.[45]

El caso de las zonas que prematuramente fueron cubiertas de manera parcial por el acodamiento, de 1680 a 1830, principalmente la región de Auge, con la paradójica situación de un alargamiento muy sustancial de la esperanza de vida, ya de por sí muy elevada a fines del siglo XVII, de una disminución paralela de la natalidad y de la mortalidad, de un crecimiento en cero y de un envejecimiento precoz de la población, esencialmente gracias al recurso de los medios tradicionales (que se acrecentaron con el empleo complementario de la anticoncepción basada en la retirada masculina difusa), llama, sin duda desmesuradamente, nuestra atención. Incluso en Normandía, esta estructura es minoritaria. Además, no tiene porvenir inmediato. En el siglo XIX, desencadena fenómenos incomprensibles de involución que hacen retroceder en todos los ámbitos (ingresos, alfabetización . . .) a los sectores geográficos que ha afectado: en todos los indicadores de prosperidad, de adaptación y de novación, Calvados no cesa de retroceder, en valor relativo, de 1815 a 1880.

Me atrevería con gusto a interpretar el caso límite de la región de Auge, como un caso un poco aberrante de hipermadurez. La región de Auge se ubica en el límite de todos los índices, fuera de las trayectorias normales de evolución.

Los numerosos sondeos efectuados en las 4 200 comunidades de tres generalidades normandas habrán mostrado, de manera mucho más útil, que los 30 000 km² de Normandía no formaban sino un falso conjunto, que la resultante de la evolución demográfica normanda (tasa de crecimiento del 8 por ciento en un siglo) resultaba de una gama muy amplia de comportamientos radicalmente diferentes. Las monografías normandas han revelado la existencia de sectores casi puramente espaciales, cuyos comportamientos demográficos eran muy diferentes: lo que hemos llamado algo apresuradamente la teoría molecular de los comportamientos demográficos. En suma, y hasta que haya un más amplio análisis, nos parece, por un lado, que los comportamientos demográficos son más geográficos que sociales, más comunitarios que económicos: que los cambios se producen por mutación. El

[45] Normandía perdió también su mejor carta por una fuerte presión demográfica a fines del siglo XVIII; las estructuras mentales que acompañan esta demografía de la hierba, debido a la acción de los catalizadores psicológicos que ya evoqué en otra oportunidad (Capítulo XIII, *supra)*, contribuyeron especialmente al fracaso del arranque industrial a comienzos del siglo XIX.

número de los nacimientos no se ajusta nunca a las necesidades; se pasa de una estructura a otra, de una familia de 7-8 hijos a una familia de 2 o menos de 2 sin transición. Casi todo puede ocurrir en el ámbito de una comunidad de existencia, en la duración de una generación; ¿todavía es necesario precisar que las microdecisiones que controlan las actitudes colectivas ante la vida se sitúan siempre en el plano afectivo de los terrores y nunca suben al umbral de la clara conciencia?

Una constatación importante se desprende del estudio de Normandía de 1670-1680, en líneas generales, a fines del siglo XVIII: los comportamientos demográficos son extremadamente contrastados. La tendencia no es más que un arbitraje puramente ficticio entre climas muy diferentes. Se pueden distinguir un cierto número de pequeñas regiones que están caracterizadas por un clima demográfico común. Normandía está constituida, así, por la yuxtaposición de un cierto número de conglomerados de comunidades de habitantes: pueden ir desde la más pequeña unidad de 3 mil habitantes (es el caso de Villedieu-les-Poêles, que se caracteriza por un coeficiente neto de reproducción superior a la unidad), de la pequeña unidad de 5 a 6 parroquias –es el caso de las zonas deprimidas del sur de la llanura de Caen alrededor de Evrecy, con su coeficiente, sin duda, muy inferior a la unidad– hasta los conjuntos del orden de cien comunidades, que se encuentran ya en la paradójica región de Auge (con su crecimiento demográfico en cero), ya en el Cotentin del norte, con su buena salud (coeficiente 1.1), cuyo modelo es proporcionado de alguna manera por Tamerville.

¿Cuántos conglomerados de comportamiento? Es demasiado pronto para dibujar, sobre seguro, el mapa de Normandía. Me limitaré a algunos ejemplos.

El núcleo deprimido, bastante misterioso, del sur de la llanura de Caen. Tres parroquias: Amayé, Préaux, Sainte-Honorine-du-Fay,[46] nos permiten caracterizarlo. Entre los terrenos jurásicos de la llanura –el campo sombrío– y los afloramientos arcillosos del boscaje, aparece una zona de transición, mitad llanura y mitad boscaje, a la que la naturaleza parece favorecer. Sainte-Honorine tiene una economía cerealera de llanura, Amayé sus bosques y el paso del Orne, Préaux sus sidras, algo de textil difuso y, hasta el siglo XVIII, el cultivo de una variante del glasto, la *voide*. Una población agrícola con un complemento de actividad textil: un género de vida con recursos equilibrados, que hace pensar en los confines del Pequeño Caux y de la región de Bray, in-

[46] Memoria de M. Chedeville, Caen, 1966.

cluso en algunos sectores en los límites del Beauvaisis y de la Alta Normandía.

Maurice Chedeville ha logrado, a partir de las fichas de familia, la construcción de la pirámide de las edades de Saint-Honorine-du-Fay en la fecha del 31 de diciembre de 1786; una pirámide muy poco ensanchada en la base, con un estrangulamiento entre los 20 y 35 años. Solamente el 39.6 por ciento de la población tiene menos de 20 años; el 47.7 por ciento tiene de 20 a 59; el 12.7 por ciento de 60 a 80. Esta pirámide es la de una población que envejece desde hace mucho tiempo y que no alcanza el coeficiente neto de reproducción 1. Las parroquias cementerio del tipo Sainte-Honorine se inscriben en la larga duración. En este caso, a pesar de los desniveles debidos a los malos años de 1762-1766 o a las epidemias de 1747-1751. "Los hombres son más numerosos que las mujeres (374 h., en tanto que 348 m.). Los dos lados de la pirámide son asimétricos. Las mujeres que tienen entre 50 y 60 años pasan un momento difícil: superada esta edad, mueren más viejas. Los varones son más numerosos antes de los 20 años, el desequilibrio se invierte entre los 20 y los 40." Todo eso es tranquilizador. Ilegitimidad elevada en Francia, pero regular en la provincia (2.3 por ciento, 1669-1699; 3.1 por ciento, 1700-1740; 1.9 por ciento, 1741-1789). Edad del matrimonio tardía para los hombres (29.5 años), normal para las mujeres (26 años). Toda la anomalía reside en los intervalos intergenésicos. El primer intervalo intergenésico medio (entre el primero y el segundo nacimiento) sube ya a 30.9 meses, con una desviación que se profundiza rápidamente hasta el quinto rango. El número de hijos por familia completa cae de 4.4 (1670-1699) a 3.7 (1700-1739) y 3.6 (1740-1789). Ahora bien, esta débil natalidad, a diferencia del modelo de Auge, nunca va acompañada de una reducción precoz de la mortalidad infantil, el 24 por ciento de los niños mueren antes del año; más de la cuarta parte de los de 1 a 20 años. El coeficiente neto de reproducción está lejos de alcanzar la unidad. Pero la población se mantiene, pues el conglomerado de las comunidades cementerio de la región de Evrecy atrae migrantes de sectores tal vez vecinos, demográficamente más favorecidos. El misterio de estos conglomerados cementerio permanece intacto. Dentro de la hipótesis de un ajuste con respecto a las necesidades, habría reflujo de población. La hipótesis de una anomalía genética está prácticamente excluida, ya que los recién llegados ajustan su comportamiento al de las poblaciones de las comunidades a las que llegan. Estas zonas deprimidas se arriesgan tanto de pasar mucho tiempo inadvertidas, cuanto que no se caracterizan por una estructura económica y social claramente distinta,

y porque no modifican la geografía del poblamiento. Sirven para la eliminación de los aumentos de población de los sectores más favorecidos. Es sobre estos conglomerados cementerio que recae probablemente (¿10 o 20 por ciento del conjunto regional?)[47] la principal responsabilidad del bloqueo, en el largo plazo, del crecimiento demográfico normando.

Estamos en presencia de una natalidad reducida (del mismo nivel que la de Auge) asociada a una mortalidad normal (de Picardía o del Beauvaisis). Estos conglomerados moleculares parecen constituir un hecho más estructural que coyuntural y de naturaleza psicológica. La oscilación del coeficiente neto de reproducción ha podido establecerse entre 1 y 0.7 en un período más que secular. Estas zonas deprimidas son como el sustituto de una "frontera" que cruelmente hace falta aquí, desde mucho tiempo atrás. Estas minifronteras internas provocan minimigraciones. Pensamos en las zonas bajas palúdicas del contorno mediterráneo, en los sectores pantanosos de Inglaterra,[48] de las Landas de Gascuña y de Sologne. Sin embargo, hay una gran diferencia; las parroquias cementerio de los rebordes normandos están regidas por una anomalía negativa de la natalidad; pero no una anomalía positiva de la mortalidad, sino de la natalidad asociada a una mortalidad media (ajustada al promedio francés, si no es que normando).

A partir del tipo casi perfecto al sur de Caen, se pueden deducir tipos atenuados de transición. El fenómeno deja a veces de presentar un carácter puramente estructural. Toma un tinte semiestructural, semicoyuntural. La anomalía negativa dura cincuenta años, de 1680-1690 a 1730-1740. Probablemente en estos tipos de transición se pueden hacer entrar también muy grandes conglomerados de comunidades de habitantes de la porción de territorio de Caux,[49] de la región de

[47] No estamos todavía en condiciones de señalar en el mapa los límites y la extensión de estas zonas. Pero tal vez constituyen el rasgo más original del paisaje demográfico normando.

[48] Zonas encajonadas, mal drenadas, donde todo se explica por una sobremortalidad de tipo tuberculoso o palúdico, como la isla de Ely, en la parroquia pantanosa de Wrangle, en el Lincolnshire... El mapa de ellas no puede ser trazado aún. *Cf.* Wrigley, *op. cit.*, pp. 98-99.

[49] M. Gaillard, M. Duval, P. Guillot, M.-C. Gricourt y P. Chaunu, *A travers la Normandie des XVII^e^ et XVIII^e^ siècles*, Caen, *Cahier des Annales de Normandie*, 1963, 562 pp. Véase el estudio de Gricourt; los sondeos de Gricourt sobre la región semiprotestante y semicatólica de Doudeville, Bacqueville, Luneray, Cauville y Brachy al sur del Dieppe, revelan una situación algo menos extrema que la de Amayé, Préaux y Sainte-Honorine-du-Fay al sur de Caen. Las antiguas comunidades protestantes trituradas que con mayor frecuencia pertenecen al tipo duro o al tipo de transición,

Carentán[50] o de la llanura de Alenzón y de sus rebordes.[51] El norte de Alenzón,[52] como el sur de la llanura de Caen, es reborde. El campesino –apunta Bourdin– vive allí sobre un suelo rico. Una zona afectada de fallas yuxtapone suelo calcáreo y arcilla. La llanura de Alenzón era entonces semiboscosa, un boscaje con claros amplios donde se yuxtaponen cultivo y cría. Un poco más al norte, las bases de roca sedimentaria armoricana revelan su presencia por el bosque de Ecouves, una zona forestal que asocia artesanado y agricultura; más aún, una zona de posibles desbrozamientos, pero con suelos pobres que no podrían atraer a los habitantes de la rica llanura vecina saturada. En Carrouges se trabaja el hierro. Una "frontera" físicamente abierta, pero psicológicamente cerrada, ya que nuevas extensiones acarrearían una modificación capaz de hacer descender el nivel de vida. En esta zona artesanal, con un hábitat rural disperso (el contraste es enorme con las tasas récord de natalidad del burgo artesanal de Villedieu-les-Poêles, donde el coeficiente neto llegó a alcanzar 1.5) estamos en presencia de una forma degradada de comportamiento depresor. La natalidad oscila entre 30 y 34 por ciento; el promedio es de 3.6 hijos por familia en el XVIII (familias completas e incompletas reunidas), el 44.4 por ciento de las familias tienen menos de 4 hijos y el 50 por ciento de 4 a 8. El primer intervalo intergenésico sube en seguida a 28 meses (30.5 en el sector de Evrecy), con sólo 438 sobrevivientes de cada mil casos en 30 años. No es necesario precisar que el reemplazo de la generación no ha sido asegurado. El pantano de Carentan constituye paradójicamente un conglomerado de comportamiento bastante cercano al tipo depresor de transición. El ligero excedente del Bessin (coeficiente 1.05-1.1) y el excedente más sensible del eje medio del Cotentin (coeficiente 1.1), tuvieron que contribuir (a pesar de las dificultades del intermatrimonio precisadas por Jean-Marie Gouesse,[53] entre el centro del Cotentin y el pantano) a mantener el nivel de poblamiento de esta zona.

prueban el carácter psicocolectivo de estas actitudes de rechazo por un enfermizo terror ante la vida: "Minorité broyée et malthusianisme: Saint-Sylvain, Falaise, Saint-Pierre-sur-Dives au XVIII[e]." G. Bollon y P. Chaunu, BSHPF 4, 1970, pp. 489-505.

[50] Véase el estudio de Marcel Duval, *Cahier des Annales de Normandie*, 1963, 362 pp.

[51] M. Bouvet, P.-M Bourdin, P. Chaunu, "A travers la Normandie des XVII[e] et XVIII[e] siècles", *Cahiers des Annales de Normandie* 6, 1968, 522 pp.; véase particularmente el estudio de P.-M. Bourdin consagrado más especialmente a Saint-Denis sur-Sarthon, Sainte-Marguerite-de-Carrouges y Lonrai.

[52] Bourdin, *ibid.*, pp. 205 *ss.*

[53] J.-M. Gouesse, tesis que elabora bajo mi dirección sobre la formación de la pareja en el oeste y muy especialmente en la diócesis de Coutances.

Normandía comprende, sin embargo, una mayoría de conglomerados de comportamientos más cercanos a los promedios de los comportamientos de la Francia del Norte del Loira.[54] Troarn, Saint-Pair y Janville sirvieron de modelo en una fracción importante de la llanura de Caen. Troarn, gran burgo, aboga con Villedieu, incluso hasta con Pont-l'Evêque y *a fortiori* con Ruan, contra Bayeux, por un cierto dinamismo de la natalidad en las comunidades urbanas y las aldeas. Este rasgo es mayoritario, pero ocurre con más frecuencia en los ejemplos recientemente estudiados –como el Lyon de Maurice Garden–[55] que estas natalidades tengan su contrapartida y más que contrapartida en tremendas mortalidades. El rasgo urbano normando parece desde ahora mucho menos severo. Con el conglomerado que se apoya en Troarn, hemos franqueado la barrera del coeficiente 1. Aquí, casi exclusivamente todo se basa en el recurso masivo de la única arma anticonceptiva tradicional por excelencia: un matrimonio verdaderamente tardío. En el matrimonio, las mujeres (promedio 26-27 años) tienen la misma edad que sus cónyuges o hasta llegan a ser un poco mayores que ellos (el 25 por ciento de los primeros matrimonios ocurren cuando tienen más de 30 años; el 10 por ciento antes de los 20); el 55 por ciento de los nacimientos ocurren antes de un año, consecuencia indirecta de un cierto relajamiento que Troarn comparte con el Bessin, una parte de la región de Auge y la franja de la costa. A fines del siglo XVIII, Troarn llega, con un 25 por ciento de embarazos prenupciales, a la suposición de más de un tercio de relaciones prenupciales.

La región de Auge, en la cual el examen exhaustivo de los parroquiales que reconstituyen familias está muy avanzado, merece un libro para ella sola.[56] Yo me conformaría con caracterizar el comportamiento de Auge con estos rasgos en adelante asegurados: una natalidad muy baja (menos de cuatro hijos), una mortalidad muy baja, con una esperanza de vida de más de 35 años al nacer, un matrimonio tardío, y una anticoncepción probablemente basada en la retirada. Región de sensibilidad a menudo jansenizante, la región de Auge culpó al *coitus* hasta el extremo de valorar al frustrante *coitus interruptus* por encima del coito natural. Es falso hablar de comportamiento hedonista; se está más cerca, sin duda, de una hiperrepresión, casi me atrevería a decir, extremando las cosas, de sensibilidad cátara. Se estableció la relación entre

[54] Bouvet, *Cahier des Annales, op. cit.*, pp. 17-202.

[55] M. Garden, *Lyon et les Lyonnais au XVIIIe siècle*, París, Les Belles Lettres, 1970, LIII, 772 pp.

[56] Un libro que tal vez le consagraremos un día.

la técnica de acodamiento y la caída del óptimo de poblamiento que se deriva de ella. Pero la relación no es física ni la causalidad mecánica. Después de un siglo de crecimiento cero, la región de Auge cambia de rumbo a comienzos del siglo XIX: no puede asegurar el reemplazo de la generación y resulta incapaz de modificar un comportamiento que ahora se opone al interés económico, lo cual contribuye a una regresión a menudo catastrófica en los registros de los récords.

El Bessin, muy bien estudiado por Mohamed El Kordi,[57] a pesar de una gran analogía geográfica –véanse los mapas relativos al acodamiento–,[58] demuestra que las mismas causas físicas y económicas no provocan necesariamente los mismos efectos. El Bessin no presenta la misma horizontal evidente en la región de Auge. Es incluso exportador de hombres –lo hemos visto– que se dirigen al pantano de Carentan y de la "última morada" clásica de la ciudad administrativa de Bayeux. Lo que en verdad ocurre es que los catalizadores pisoculturales que actúan en cada caso son sensiblemente diferentes. Uno puede entretenerse oponiendo la sensibilidad barroca del Bessin a los rigores cerebralizantes de la región de Auge. Nosotros no estamos todavía en condiciones de dar cuenta de ello, más que por impresiones.

Normandía tiene también sus microclimas de crecimiento más o menos rápido, como el Cotentin, en los alrededores de 1.1, incluso 1.2;[59] y especialmente como Villedieu-les-Poêles, con un coeficiente que ha oscilado entre 1.3 y 1.4 y que ha podido alcanzar excepcionalmente 1.5.

Esta tipología está lejos de ser completa. Se podría perfeccionar desde ahora. Más vale esperar los nuevos resultados de las investigaciones. Hemos adquirido varias certezas. El conjunto demográfico normando es un falso conjunto: la unidad de comportamiento demográfico es esencialmente territorial: va de una sola comunidad de habitantes a conjuntos de una centena de comunidades. Estos comportamientos varían poco en el curso del tiempo. Las diferencias de comportamiento acarrean movimientos migratorios compensatorios, especialmente en dirección de los conglomerados "cementerio" en los que se practica el rechazo colectivo de la vida.

Si el componente territorial y comunitario es primordial, no es el único. Resulta necesario, no obstante, un fuerte índice de aumento

[57] Mohamed El Kordi, *Bayeux aux XVII^e^ et XVIII^e^ siècles*, París, Mouton, 1970, IX-369 pp.

[58] *Atlas historique de Normandie*, t. II.

[59] J. Sauvey, *Barneville*, Caen, 1967; P. Wiel, "Tamerville", J. Lelong, "Saint-Pierre-Eglise", *Annales de démographie historique*, 1969, entre las monografías más interesantes consagradas al Cotentin.

en la diferenciación social para obtener una modificación apreciable de comportamiento ante la vida. La diferencia es enorme de un conjunto de parroquias a otro conglomerado de comunidades que forman una pequeña región. Salta a los ojos. En el seno del medio popular (excluida la nobleza),[60] los matices son demasiado débiles como para que se pueda caracterizar fácilmente un comportamiento de jornalero y un comportamiento de labrador, un comportamiento artesanal y un comportamiento obrero. Artesanos del cobre o no, todo el mundo en Villedieu tiene un comportamiento de fumista.

El matiz, sin embargo, existe, al menos en la compleja sociedad de Auge. El mérito de haberlo demostrado le corresponde a Nels Wayne Mogensen. La demostración gravita ahora sobre Pont-l'-Evêque y Saint-Hymer.[61] T. Mogensen publicará próximamente los resultados de una encuesta más vasta que utiliza las fichas de familia de veinte parroquias[62] de Auge. Nels Wayne Mogensen[63] ha seguido muy de cerca en su investigación de los círculos endogámicos las lecciones de Louis Henry.[64] Su investigación, al matizarla, refuerza la teoría de la dimensión esencialmente territorial de los comportamientos demográficos que yo formulara otrora.[65] La fecundidad de Saint-Hymer varía en función del nivel económico,[66] en una proporción muy débil:

	Impuesto real pagado por familia		
Edad de la mujer	*20 libras o más (24 familias)*	*5 a 19 libras (29 familias)*	*Menos de 5 libras (38 familias)*
20-24 años	0,475	0,471	0,316
25-29 años	0,395	0,377	0,538
30-34 años	0,375	0,378	0,319
35-39 años	0,320	0,355	0,311
40-44 años	0,099	0,209	0,169
45-49 años	0,000	0,011	0,019
TOTAL	*1,664*	*1,801*	*1,672*

[60] P. Gouhier prepara, sobre la demografía de la nobleza de la generalidad de Caen, un estudio que probablemente hará época.

[61] Mogensen, *Aspects, op. cit.*

[62] *Cf.* nota 3.

[63] Mogensen, cap. "La fécondité", p. 59, *Aspects de la société ..., op. cit.*

[64] L. Henry; principalmente sus artículos: "Problemes de nuptialité. Considération de méthode." *Population,* 1968, pp. 835-847, y "Schémas de nuptialité: déséquilibre des sexes et célibat", *Population,* 1969, pp. 457-486.

[65] Chaunu, *Civilisation de l'Europe des Lumières, op. cit.*, pp. 95 *ss.*

[66] Mogensen, *op. cit.*, p. 69.

Débil variación (7 por ciento): fecundidad menor de los más ricos y de los más pobres.

La fecundidad varía un poco más en función del grupo socioprofesional,[67] que es también un grupo de existencia (23 por ciento).[68]

Edad de la mujer	*Productores agrícolas (22 familias)*	*Jornaleros (19 familias)*	*Obreros de la construcción (19 familias)*	*Artesanos (15 familias)*
20-24 años	0,407	0,429	0,480	0,24
25-29 años	0,443	0,511	0,441	0,543
30-34 años	0,331	0,350	0,400	0,282
35-30 años	0,318	0,299	0,444	0,381
40-44 años	0,075	0,185	0,266	0,271
45-49 años	0,000	0,000	0,024	0,025
	1,574	*1,869*	*2,055*	*1,713*

Predominio del grupo de existencia: la distancia es igual entre productores agrícolas y jornaleros y entre el grupo agrícola y el grupo artesanos/construcción. El intervalo intergenésico medio normal entre las mujeres de productores agrícolas es de 33.5 meses; no es más que de 31.7 meses y de 31.4 meses, respectivamente, en el caso de las mujeres de los jornaleros y de los obreros de la construcción. Es cierto que la diferencia es sensible, pero no se compara con las diferencias entre conglomerados de comunidades (de 24 a 34 meses). La variable social se encuentra muy por abajo de la variable esencial, que es espacial y comunitaria.

Si la hipótesis que hemos formulado es exacta, si los comportamientos demográficos son determinados en bloque, en estas antiquísimas regiones surgidas de un mundo pleno muy antiguo, por todo un sistema de civilización, el paso de un sistema al otro, el viraje de una comunidad debe producirse también en bloque. Un buen estudio reciente nos proporciona la prueba de ello.[69] Jean Ganiage indagó en los confines de Normandía y del Beauvaisis. Un grupo humano de

[67] *Ibid.*, p. 69.

[68] *Ibid.*, p. 70.

[69] J. Ganiage (Jr.), *Le recensement de 1831 dans cinq villages du Beauvaisis*, memoria, 1972, París-Sorbona, Centro de investigaciones sobre la civilización moderna, *Annales de Normandie*, "Structures de la natalité dans cinq villages du Beauvaisis", Introducción de P. Chaunu, *Annales de Normandie*, 1974.

2 500 almas; dos grandes aldeas: Jouy-sous-Thelle y Fresnaux-Montchevreuil; tres pequeñas aldeas: Le Mesnil-Théribus, La Neuville-Garnier y Bachevilliers.[70] Jean Ganiage Jr. supo sacar partido de una doble oportunidad: la excelencia del censo de 1831 en Oise, que informa sobre la edad de los censados, y la existencia de las fichas de familia establecidas por su padre. En un estudio que no dudo en llamar ejemplar, Jean Ganiage estudió sin interrupción a una población importante, desde el censo de 1831, hasta por lo menos mediados del siglo XVIII. La lección sería sorprendente sin la teoría de los conglomerados que el ejemplo normando nos ha obligado a formular. Apenas en el espacio de una generación, la natalidad pasa sin transición de los niveles récord de la Cuenca parisina, del 42 y 45 por ciento, a menos del 20. La ruptura aparece también, de una manera mucho más precisa, en menos de diez años, de 1796 a 1806, luego de que el adelanto de la edad del matrimonio provocado por el reclutamiento, había ocultado durante una época la disminución de la fecundidad. Entre estos confines de la Isla de Francia y de la Alta Normandía (estamos en la antigua diócesis de Ruán) y la región de Auge, el contraste es enorme. La Baja Normandía a veces da la impresión de una ligera baja de la natalidad que es apenas una oscilación muy lenta; el cambio tiene lugar aquí en el espacio de una fracción de generación. Toda esta pequeña región pasó en bloque –sin que la economía responda verdaderamente a nuestra pregunta– de la familia de siete hijos a la familia del hijo único (incluso de dos hijos, por fracaso involuntario de un método anticonceptivo de interrupción no totalmente eficaz).

Las actitudes ante la vida –ya no es necesario repetirlo–, junto con las actitudes ante la muerte, son las más profundamente indisociables de todo un sistema de civilización: el cambio sin transición, en este caso de la familia amplia a la familia esquelética incapaz de asegurar el reemplazo de la generación. La familia media es posterior, pues no puede resultar sino de nuevos cambios. Se opone casi globalmente a esta pareja binaria. Tal modificación, que coincide con el interés bien entendido del grupo, no resulta de una adaptación cualquiera a la coyuntura económica. Implica un cambio fundamental de la sensibilidad, de la ética y casi me atrevería a escribir, de la relación ontológica. Nunca habíamos podido observar bajo una luz tan cruda un cambio estructural en el marco de uno de esos conglomerados de comunidades de comportamiento, que a mi juicio constituyen la característica más

[70] J. Ganiage, *Trois villages de l'Ile-de-France au XVIII^e, Etude démographique*. París, PUF, INED, 1963, 147 pp.

profunda de las más antiguas regiones plenas, en lo que una vez me gustaría caracterizar como un caso de extrema madurez, de madurez aberrante del sistema demográfico de la civilización tradicional.

No es necesario concluir.

La demografía de una tierra íntegramente desbrozada, en promedio dos siglos antes que la mayor parte de los otros conjuntos regionales de la cristiandad latina occidental, sólo puede explicarse en la muy larga duración. Pero ninguna tierra es más propia para la elaboración de una teoría relativamente general del fenómeno demográfico en el tiempo de la historia –que necesariamente es un tiempo muy largo. La demografía no es el terreno de los trucos, la actitud ante la vida no se comprenderá merced al uso de artilugios; es indisociable, junto con la actitud ante la muerte, de un conjunto que supone a la economía, pero que la trasciende fundamentalmente y que constituye una de las dimensiones más esenciales de una civilización.

XV. DEMOGRAFÍA HISTÓRICA Y SISTEMA DE CIVILIZACIÓN*

1

Voy a entrar en un terreno que ha ocupado un poco mi atención desde hace unos quince años, sobre todo desde que teóricamente regresé de América —sólo teóricamente, pero es lo que cuenta—, fui nombrado en una universidad provincial —Caen, a la que me atan muchos lazos afectivos— y tuve que ocuparme de la dirección de los trabajos de demografía histórica, sin estar preparado para ello. Es cierto que había trabajado en relación con la demografía a través del mundo amerindio; hasta había roto algunas lanzas junto a los historiadores demógrafos de Berkeley, a quienes les costó mucho trabajo hacer admitir la evidencia del cataclismo de implicaciones casi metafísicas que, de 1495 a 1540, en líneas generales, en la duración de apenas una generación, devoró aproximadamente a la quinta parte de la humanidad, a causa de los bruscos y violentos efectos de un demasiado brutal establecimiento de la comunicación, choque microbiano y viral, proceso feroz de aculturación, sin duda no único, pero agresivamente diacrónico. A fin de cuentas, no me arrepiento de mis combates al lado de la escuela de Berkeley. Pienso que la demografía histórica sufrió al comienzo, debido a una inserción demasiado estrecha en el espacio y en el tiempo; pero esa etapa era necesaria. Por eso, propongo retroceder un poco y tratar de abarcar con una sola mirada, demografía histórica y sistema de civilización.

Lo que propongo, de hecho, es muy simple: devolver su unidad a lo que las historias parciales fraccionan inútilmente. De 1300 a 1800, en fechas redondas, fechas mínimas, del siglo XIII al XIX, en un espacio que al principio se reduce al eje denso, al eje medio de la cristiandad latina occidental, una gran Lotaringia, un eje renano prolongado y progresivamente lleno, del norte de Roma al norte de Londres, 500 000 km² que se vuelven, desde fines del XIV, 1 200 000 km² y progresivamente más, hasta los 2 y 3 millones de km² en el XVII y XVIII; una demografía ligada a un sistema de civilización —¿hay que decir la demografía del mundo pleno?—. Demografía del mundo pleno y sistema de civilización de la cristiandad latina; así, son tres proposiciones:

* Artículo publicado en *Mélanges de l'École française de Rome: Moyen Age-Temps Modernes* 86, 1974, pp. 301-321. Reproducido con la autorización de la Escuela Francesa de Roma.

— La mutación fundamental está más al comienzo que al final. Hasta donde se puede juzgar, la distancia es mayor entre la demografía de lo que antes era llamado el Antiguo Régimen y lo que le precedía en el plano de ese misterioso siglo XIV de la mutación; mayor entre el XIV y lo que antecede, que entre el siglo XVIII y la demografía transformada de la era industrial.

— El comportamiento demográfico de la baja cristiandad latina se opone a todo lo que le precede y a todo el resto del mundo. Es profundamente específico y entraña potencialmente, en una amplia medida, una parte de las mutaciones modificadoras de la era industrial. Si hay una nueva mutación, será tal vez la que, muy cerca de nosotros y probablemente más para nuestra desgracia que para nuestra fortuna, parecemos vivir desde hace varios años, sin que pueda todavía juzgarse.

— Por último, este sistema demográfico es el menos natural, el más cultural y hasta se podría decir el más sofisticado que se pueda imaginar. Se caracteriza por una extraordinaria plasticidad; está indisociablemente ligado, menos a un sistema social que a un sistema de valores, digamos, en suma, a un sistema de civilización.

Probablemente, lo más sensato es comenzar, como siempre en estos casos, por la historia de una historia.

La demografía histórica es una disciplina reciente. La Sociedad de Demografía Histórica festejó su décimo aniversario el año pasado, en Francia, el 3 de febrero de 1973,[1] en presencia de Marcel Reinhard,[2] el gran sabio, el maestro y el amigo que por desgracia dejó de existir bruscamente en septiembre de ese año. Ahora, tiene once años, para los aficionados a las fechas cortas. La disciplina ha sido recientemente constituida, pero lo que ella organiza y contiene no data de ayer. Es demografía e historia, es cuestionario de demografía aplicado al pasado; pertenece pues a ese gran movimiento que anima a las ciencias humanas y a la historia, que tiende a poner al servicio de la historia las problemáticas de ciencia social, que intenta ampliar con todo el espesor de la historia cuantitativa el campo de experiencia y de investigación de las ciencias humanas. Desde luego, supone la existencia de una ciencia demográfica y de una historia atenta a la retrospección serial del pasado.

[1] Número especial del Boletín de información de la Sociedad de Demografía Histórica, *Démographie historique*, número especial de septiembre de 1973 sobre la sesión del 3 de febrero de 1973, 46 pp.

[2] "Sur la population française au XVIII^e et au XIX^e siècle", *Hommage à Marcel Reinhard*, París, Sociedad de Demografía Histórica, 1973, 600 pp.

A la demografía le gusta atribuirse viejos títulos de nobleza. Como muchas otras ciencias sociales, nació en Inglaterra al filo de los años 1660.[3] Los que gustan de las fechas cortas harán justicia, por lo demás merecida, a John Graunt, cuyas observaciones sobre los boletines de mortalidad marcan justamente una etapa. Alrededor de una preocupación social que se abre paso, la mortalidad llama la atención; la mortalidad, no ya la muerte como destino individual sino como factor social. La naturaleza se escribe en lenguaje matemático; esta verdad proclamada simultáneamente en Toscana y en Francia al filo de los años 1620-1630, se aplica con predilección en Inglaterra ,que se ha dotado de recursos.' La Academia de Ciencias data de 1660 y las *philosophical Transactions* comienzan el mismo año. Y el Estado hacendario, en Inglaterra y en Francia, comienza también a contar un poco más eficazmente cada decenio. Véanse esos famosos boletines de mortalidad que provocaron la reflexión de Graunt.[4] Ligados a la peste, aparecen episódicamente en 1532 y en 1535. No cesan de perfeccionarse a fines del siglo XVI y comienzos del XVII. La historia de esta arqueodemografía desde Graunt hasta Malthus ha sido construida. Dejemos aquí este viejo saber. La demografía, a pesar de su aparente y falsa simplicidad, un poco de matemática social, un poco de biología y la más antigua de todas las estadísticas sociales —¿no se hablaba de aritméticos en el horizonte de las Luces?—, es una joven ciencia, una joven ciencia muy compleja desde el comienzo. Para lanzar la demografía hasta el grado de desarrollo que alcanza ahora, fueron necesarias, sobre todo en Francia y un poco después en Inglaterra, las motivaciones y la experiencia de los años treinta. El hundimiento de la natalidad en la Europa industrial cuestionaba a tal punto la supervivencia social, que se presentaba con coeficientes netos suicidas en grandes extensiones, del orden coeficientes que vemos reaparecer mucho más súbitamente, mucho más peligrosamente pues, desde 1968-1970 y, en el caso de la Francia de los años 30, acompañados de un fenómeno de hipermadurez en un viejo país desde hace mucho tiempo carcomido por una anemia perniciosa. El impulso de la demografía nació de la experiencia social de un malestar y de la conciencia de un peligro: el envejecimiento, el

[3] L. Henry, "Démographie historique et démographie", en el Boletín de información de la Sociedad de Demografía Histórica, *Démographie historique, op. cit.*, pp. 2-10.

[4] Nos remitiremos a la tesis mimeografiada que todavía no se publica, de Eric Vilquin, *Les observations sur les bulletins de mortalité de John Graunt*, traducción y edición crítica, París-Sorbona, tesis, diciembre de 1973, XXXVI-202 pp.

aplastamiento de la base de las pirámides de edades, el no reemplazo de la generación, o sea la imposibilidad de reprogramar correctamente la cultura, la multiplicación de los coeficientes netos de reproducción progresivamente inferiores a la unidad. La correlación es evidente. ¿Es necesario recordar que las dos mayores revistas mundiales de demografía fueron creadas respectivamente en 1945 (*Population*, 1er. número, enero de 1946) y 1946 (*Population Studies*, 1er. número, enero de 1947)?

La demografía histórica: la palabra tiene algo más de diez años, pero la disciplina es un poco más antigua. Supone, claro está, una demografía como disciplina formada y conquistadora, y una historia que tiene la vocación de la medida. Estas condiciones se realizan en la inmediata postguerra. Casi no ha sido relacionada con las historias de la población. La escuela alemana ha sobresalido en una forma de historia que se sitúa en la prolongación de la escuela positivista. Se trata de un estudio crítico, extremadamente serio, de todos los índices que permiten alcanzar el nivel de población. Tal es el caso de Karl Julius Beloch, historiador atento a los niveles de población de la Antigüedad clásica. Una historia que, en lo que se refiere a la baja Edad Media y la Modernidad, puede recurrir al documento momentáneo y a una fina crítica de todo lo que es susceptible de recuento. Un estudio siempre puntual y factual: la *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, de Karl Julius Beloch, cuya publicación se escalona de 1937 a 1965, me parece que constituye el mejor ejemplo de una historia antigua de la población —¿es necesario decirlo?—, en el mejor sentido positivista.

La demografía histórica es otra cosa completamente diferente; no se inscribe en la prolongación de la historia crítica de los niveles de población, sino en la prolongación de una forma de la historia económica, hoy día superada, pero siempre útil. Está ligada a la historia de la crisis. En la tipología que he propuesto,[5] corresponde a la primera etapa de la historia serial, esa dinámica coyuntural nacida de la evolución propia de una historia insertada en las ciencias humanas, nacida de la atmósfera de angustia colectiva que sigue a la crisis de 1929. Un artículo de Jean Meuvret, de una importancia excepcional, señala el inicio de lo que constituye la demografía histórica, le confiere una problemática, le da una orientación y le indica el método. Un artículo de ocho páginas publicado en el tomo primero de la nueva revista *Population*, es el comienzo de un nuevo impulso de la ciencia demográ-

[5] P. Chaunu, "Les dépassements de l'histoire quantitative", en *Mélanges de la Casa Velásquez*, t. VII, 1972, pp. 647-685.

fica y de una ciencia que despunta: la demografía histórica. Todo está en el título: "Les crises de subsistance[6] et la démographie de la France d'Ancien Régime."

Las crisis, claro está. La historia cuantitativa, no la arqueología de nuestro saber que se puede situar mucho más atrás en el tiempo, al filo de los años 1890; pero la historia cuantitativa —incluso si el adjetivo llega a ser discutido hacia los años sesenta— plenamente constituido,[7] con sus métodos y una problemática de ciencia social, nació en la década de los años treinta, como respuesta al desafío de la gran crisis. Esta historia es así, en primer lugar, la historia de la crisis.[8] En el orden de la praxis, tiene la vocación mediata de dar forma a una política contracíclica, y realizar un esfuerzo destinado a restringir las oscilaciones, a inscribir las economías de Occidente dentro de lo que se llamará un poco más tarde —todavía con el vocabulario de los años sesenta— el crecimiento sostenido. Por último, esta historia tiene la ventaja —al vincularse con lo dramático y al permanecer fiel al tiempo corto, es decir a una forma de relato, incluso cifrado— de no desorientar. La historia, tradicionalmente, es la crónica; la dinámica coyuntural, en la época de la *Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime*[9] (quince años, un drama y el acontecimiento sobreestimado, clásico, esperado y mítico: la Revolución francesa, con una R mayúscula); ningún libro ha marcado tan profundamente como ése a la escuela histórica francesa de hace un tercio de siglo; la dinámica coyuntural,[10] con sus cinceladuras críticas de series cortas, representa la transición con respecto a la crónica tradicional.

La demografía —nótese que este término aparece hasta en el título—, demografía y no población y, desde luego, el Antiguo Régimen —no me gusta esa expresión; frecuentemente he expresado mi desacuerdo al respecto—, y el Antiguo Régimen, es decir, de hecho, una dualidad simplificante y pedagógicamente necesaria en este momento.

La demografía histórica próxima a nacer estaba provista de una problemática, la de la dinámica cíclica y, al mismo tiempo, adquiriría su

[6] J. Meuvret, *Population* 1 (4), octubre-diciembre de 1964, pp. 643-650, incluido en la recopilación J. Meuvret, "Etudes d'histoire économique", *Cahiers des Annales* 32, 1971, 344 páginas, pp. 221-278.

[7] Capítulo XII, *supra*.

[8] He insistido muchísimo sobre este punto desde 1960, en una quincena de artículos y, muy recientemente, en la *Histoire, science sociale, la durée, l'espace, le temps*, París, SEDES, 1974.

[9] E. Labrousse, París, PUF, 1944.

[10] Capítulos I y II, *supra*.

vocación por la extrema precisión, por el fino cálculo del peso. Necesitaba un documento y un tratamiento. El documento no podía ser otro que el registro parroquial (el registro parroquial, no el recuento; la vuelta al recuento caracteriza a la demografía histórica sólo desde hace siete u ocho años) y había que inventar un tratamiento. Mucha genealogía y algo de matemática social. En Francia, tres nombres: Pierre Goubert, cuyos exámenes se sitúan a comienzos de los años cincuenta, y el equipo formado por Fleury y Henry, cuya maravillosa pequeña guía[11] fue editada por primera vez hace dieciocho años, es decir en el año de 1956.

Nunca se expresará suficientemente lo que la historia de nuestro tiempo debe a esta adelantada demografía histórica de los años cincuenta, que cobró gran impulso durante los primeros sesenta. Ella se inscribió en primer lugar en un sistema binario que denuncia la expresión ingenua de Antiguo Régimen. En primer plano, la realidad europea, principalmente la francesa de los años treinta evocada al comienzo, es decir una población que envejece, con una esperanza de vida aún creciente en ese momento, en tanto que la vida misma ya dejó de crecer y asegura difícilmente o no asegura ya su reemplazo (realidad que el envejecimiento oculta en la Europa con pirámide de edades aún joven, pero que ya es inocultable en Francia, así como en la Alemania actual desde 1972, cuya población envejeció por un maltusianismo antiguo); caracterizada por una caída tendencial y cada vez más rápida de la natalidad a consecuencia de un deseo muy modesto, o demasiado modesto, en cuanto al tamaño de las familias. Los primeros historiadores demógrafos de los años cincuenta se mostraban reservados, lo cual se comprende, ante los signos de recuperación que se habían manifestado en diversos lugares de Europa, de 1937 a 1943, y que habían comenzado en los países escandinavos (en Francia aparecieron tardíamente en 1941-1942). Deseaban considerar esos acontecimientos como un simple accidente de corta duración, como una simple recuperación un poco más pronunciada que lo previsto, ligada a la guerra y al final de ésta. Ahora sabemos que se trató de algo más que un simple accidente, puesto que el ascenso dura de 1937-1942 a 1957-1965. Después, este ascenso es seguido de una desbandada cuya amplitud y gravedad en Europa occidental y oriental, en la URSS y en América del Norte colocan hoy a esa Europa entendida en el sentido más amplio, en una

[11] Primero se tituló *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population. Manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien*, París, INED, 1956, 84 pp. *Le nouveau manuel* data de 1965; se amplió a más del doble con 181 páginas.

situación mucho más grave que la de 1937, ya que una interpretación errónea de la demografía del Tercer Mundo oculta el dato europeo a una opinión que no ha terminado de digerir un dato totalmente superado. Muchos demógrafos y, más curiosamente aún, historiadores demógrafos, reaccionan ante el acontecimiento de los años setenta, todavía con más lentitud y menos clarividencia que las de sus predecesores ante el acontecimiento de los treinta. Pero dejemos el presente, que desde luego tiene su lugar en nuestra comprensión del pasado, y volvamos a los padres de la demografía histórica.

Esos historiadores demógrafos de la primera época se atrevían a considerar —por proyección de las actitudes ante la vida que predominaban en los años treinta y cuyo sabor hemos vuelto a sentir por desgracia— que la vida nunca deseada (lo cual es un contrasentido, pues tenemos documentos cuya interrogación serial da la prueba de lo contrario)[12] era un poco como el subproducto natural y pasivo de las relaciones sexuales dentro o fuera del matrimonio.

Se tenía así un modelo simple y común de una parte no desdeñable, por cierto, de la realidad. Frente a la demografía simplificada —¡oh, cuánto tiene de la nueva edad!—, se había colocado una vieja demografía de Antiguo Régimen, la otra demografía posible. Esquematicemos: el Antiguo y el Nuevo Régimen demográfico están bien plantados en su alteridad, en su relación binaria, estrechamente ligados, dialécticamente deducibles uno del otro.

En el Antiguo Régimen aparecen estos contrastes: una vida desbordante, una muerte copiosa, un equilibrio difícilmente alcanzado, bajo los bruscos y violentos golpes de la crisis, puesto que la primera inserción de la demografía histórica tuvo lugar a causa de la crisis y en torno a ella. Hay que recordar el artículo pionero de Jean Meuvret, sobre el surgimiento de la inevitablemente diezmada clase generacional de efectivos militares jóvenes, y su depresora reacción en cadena, cuyos efectos padecían los países de Europa —en primer lugar Francia— profundamente marcados por la espantosa hecatombe de 1914-1918. Así, por un lado se tenía el modelo europeo de los años treinta, o sea la horizontal declinante de las curvas, con el decaimiento cada vez más rápido de la natalidad como causa modificadora; por el otro lado la estructura ondulante de las curvas con las oscilaciones dramáticas de la época de mortandad como elemento regulador. Por un lado,

[12] Remito a los estudios que realiza mi alumno M. Jean-Marie Gouesse, quien prepara una tesis sobre la formación de la pareja en el oeste de Francia en los siglos XVI y XVIII.

pues, se imaginaba un sistema sofisticado con presiones desigualmente coronadas por el éxito para aminorar la mortalidad y la natalidad, frenar las entradas y las salidas, con una perspectiva utópica, el imposible estado estacionario que supondría el tiempo abolido y la muerte vencida; por el otro, un sistema que a veces no se titubeaba en calificar de "natural". ¿Hay que hablar de una "ecodemografía",[13] regulada por la economía más que por la biología, a causa de la identificación ideológica de la primera historia serial con la economía política? Económica más que biológicamente regulada, es cierto, por haber una economía que depende esencialmente de los fenómenos meteorológicos.

Cualesquiera que sean los límites del sistema, tal como se nos aparecen hoy, las elecciones al comienzo eran excelentes. Elección del mejor documento, elección de un procedimiento irrefutable —la retrospección genealógica, técnica aristocrática aplicada en la demografía de los humildes— elección del fino cálculo del peso, íntimamente ligado a la vida.

Fueron necesarios quince años para explotar a fondo estas fecundas hipótesis. Es alrededor de 1965 cuando en la demografía se esboza el primer viraje en los planos de la técnica y de la documentación. Gracias al estudio de los períodos más antiguos (siglos XIV, XV y XVI), que luego se extiende con gran fortuna a los períodos más modernos (XVII-XVIII), se opera el redescubrimiento de los documentos momentáneos y de sus olvidadas potencialidades. Se verán muy pronto las posibilidades de superación ofrecidas por los documentos italianos, franceses[14] y españoles.[15] Una parte de estos tratamientos hubiesen sido imposibles —pienso en el revolucionario trabajo de Jacques Dupâquier— sin el uso generalizado de las computadoras de la tercera generación. El empleo de la computadora en demografía histórica ha permitido la recuperación de la demografía histórica inglesa gracias al *Cambridge Group for the history of Population and Social Structure*, a Peter Laslett, R. S. Schofield y E. A. Wrigley. Tal es el caso de Colyton y el grupo de las 100 parroquias reconstituidas, que nos informan sobre la demografía inglesa en el largo plazo, con una precisión que muchos países, incluso Francia, envidiarán en adelante a Inglaterra.

Pero es en el plano de la problemática general de la historia en donde se aprecian mejor las etapas y los momentos. Yo he propuesto

[13] La expresión es de Emmanuel Le Roy Ladurie.

[14] Pienso, en primerísimo lugar, en la tesis en prensa de Jacques Dupâquier para la cuenca parisina, y en el estudio sobre Ruán de Jean-Pierre Bardet.

[15] El estudio que realiza Annie Molinié Bertrand bajo mi dirección.

una tipología por etapas sucesivas.[16] La primera demografía histórica es contemporánea de la dinámica coyuntural de la crisis. La segunda, la que reinserta en la larga duración[17] las rupturas de equilibrio y las retroacciones hacia el equilibrio entre las grandes masas regionales y continentales, corresponde a la historia cuantitativa *stricto sensu* de los economistas-historiadores. Es contemporánea de la obsesión del crecimiento y de las distorsiones del crecimiento de la descolonización, así como de la toma de conciencia de la pauperización del Tercer Mundo y de los "mezzogiorno". Casi contemporánea, por el ritmo todavía más moroso de su investigación, tenemos una tercera demografía histórica; una demografía histórica que es más sensible a las motivaciones, a las maneras de ser, de sentir y de hacer; una demografía histórica de las actitudes ante la vida, el amor, la pareja y la muerte, digámoslo rápidamente, como con respecto a 1968, de la aguda toma de conciencia de una crisis de civilización.

Todo esto no deja de ocurrir con sobresaltos y contradicciones. A mi entender, la correlación que actualmente nos parece normal proponer entre demografía histórica y sistema de civilización, está determinada al menos por tres factores: la mirada etnológica con que se examina a las otras civilizaciones; la globalización en una escala mundial de un problema que fue durante mucho tiempo considerado dentro de un marco estrechamente nacional[18] y la inserción "cíclicamente desorientadora", disociadora de las correlaciones del muy corto plazo en la larga duración; por último, la reflexión sobre el desarrollo del modelo[19] mismo.

El modelo binario primitivo, que posee implícita una demografía natural de Antiguo Régimen, se enfrentó en primer lugar —historia de la historia— a dos desafíos insólitos: la edad para el matrimonio tardío de las mujeres (¿hecho cultural?, ¿hecho económico?), y el espaciamiento de los nacimientos. El intervalo intergenésico de 25 a 30 meses no es el intervalo casi anual que ciertos historiadores habían extrapo-

[16] *Cf.* capítulo X, *supra* y "Histoire économique. Bilan et perspective", en: J. Le Goff y P. Nora (comps.), *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1974.

[17] Pienso en la demografía de los *Paysans de Languedoc*, París, Mouton, 2 vols., 1966, 1 060 pp., de E. Le Roy Ladurie.

[18] Es el mérito, entre otros, del maravilloso artículo de J. Hajnal, "European Marriage Patterns in Perspective", en D. V. Glass y D. E. C. Eversley (comps.), *Population in History*, Londres, 1965, pp. 101-143.

[19] Por ejemplo el recorrido de nuestro propio pensamiento entre *La civilisation de l'Europe classique* (1966), *La civilisation de l'Europe des Lumières* (1971), *Réflexions sur la démographie normande. Hommage à Marcel Reinhard* (1973) y nuestra *Histoire, science sociale* ... París, SEDES.

lado de algunos ejemplos aristocráticos de un modelo *a priori* absurdo, que revela los fantasmas maltusianos de sus autores-utilizadores.

El retraso de la edad del matrimonio, al igual, sin embargo, que el insólito respeto de la continencia por lo menos en el 80 por ciento de los casos de la franja de edad de los pubertarios y postpubertarios no casados —ocultamiento revelador del poder de un modelo de civilización— no llamó demasiado la atención en un principio. El intervalo intergenésico fue el comienzo de un debate a veces algo vivo; un falso debate, en verdad: anticoncepción o no anticoncepción. Prácticamente, el modelo teórico de Wrigley zanjó[20] este asunto. Yo he mostrado cómo utilizar el modelo de Wrigley[21] en los intervalos largos. El hecho de que nunca se haya observado nada —estadísticamente, se entiende— en la parte baja de 16.5 a 19 meses, me lleva a pensar —me he explicado a menudo sobre este punto— que los intervalos comprendidos en la parte alta (de 30 a 31.5 meses) y *a fortiori* más allá de 31.5 a 37 meses (casos extremos) obligan a reintroducir la hipótesis —descastada con demasiada rapidez— sobre difusos recursos anticonceptivos. El análisis de los datos reunidos en varios millares de monografías hoy disponibles, obliga a reintroducir en el espacio geográfico (he advertido sobre el carácter microrregional de los comportamientos demográficos), en el espacio social, cultural y en el tiempo, del uso parcial de técnicas anticonceptivas, ciertamente minoritarias y mediocremente eficaces. A veces, los defensores del viejo sistema binario han refunfuñado, porque esta constatación se opone a dos de sus tenaces presupuestos implícitos: la demografía antigua sólo puede ser natural; la anticoncepción es un progreso, triste progreso, para ejercer el cual se niega capacidad a esos implícitamente considerados atrasados que son los campesinos de una sociedad tradicional cuyo valor se ha menospreciado.

Una demografía que se había definido demasiado exclusivamente en relación con el modelo maltusiano de la Europa industrial, conducida —se pensaba— con el acelerador a fondo (una natalidad bloqueada al máximo [sic]), con una modulación treintenal causada por el factor exógeno de las mortalidades cíclicas: una demografía curiosamente deprimida, no en relieve, determinada por la muerte, no por la vida. Del Antiguo Régimen, unívoco y "natural", se pasaba a la nueva edad, equívoca, ambigua y "artificial", mediante la transición de la segunda edad de las Luces y de la Revolución industrial. El presupuesto de este modelo, que por otra parte ha demostrado ser admirablemente

[20] E. A. Wrigley, *Société et population*, París, Hachette, 1969, pp. 92-93.

[21] P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières*, y *Hommage à Marcel Reinhard*, París, Sociedad de Demografía Histórica, París, Arthaud, 1971, 1973.

flexible y, por lo tanto, vivo y operacional, es un poco el de que todo lo que no es moderno y todo lo que es antiguo es natural; que la cristiandad es algo inmemorial. Así lo demuestra la rápida respuesta de los historiadores demógrafos a lo insólito de un intervalo intergenésico promedio más largo que lo previsto. Por el contrario, fueron casi indiferentes ante el hecho tan masivo y tanto más insólito de un matrimonio postpubertario de diez, doce o catorce años y de la continencia fuera del matrimonio. Estas actitudes eminentemente culturales, que son actitudes de cristiandad, apenas fueron advertidas porque, para los historiadores demógrafos de los años cincuenta, estos hechos de cultura aparecían casi como hechos de naturaleza. El intervalo intergenésico sorprendió; entonces fue comprendido. El matrimonio tardío y la castidad preconyugal y periconyugal eran tan evidentes antes de la ruptura modificadora de los comportamientos que se produce desde 1965, que la más sorprendente interdependencia entre el sistema demográfico llamado del Antiguo Régimen, es decir de los siglos XVII-XVIII y el sistema bis de la era industrial pasó casi inadvertido. Se ha sobrestimado pues la modificación terminal, entre el siglo XVIII y el XIX, el final de las Luces y el comienzo de la era industrial.

2

La modificación fundamental no se encuentra al final del proceso, sino evidentemente al principio. Por desgracia, ese principio se pierde muy lejos, más allá de las conquistas relativamente seguras de la era preestadística, en el siglo XIV, en el siglo XIII y probablemente un poco más allá, hasta la época de los "guerreros y campesinos", ante la cual carecemos de recursos.

El sistema del matrimonio europeo, tal como la demografía histórica permite apreciarlo del siglo XVI al XX, es único, sin precedentes, sin corolario; este sistema puede definirse exteriormente por dos características cuantificables: la existencia de un celibato femenino definitivo y el retraso de la edad para el matrimonio en el caso de las mujeres.

El celibato femenino definitivo fue primero de uso socialmente limitado. Este recurso aristocrático se popularizó en el siglo XVIII, llegó a su máxima difusión en el XIX y es particularmente importante en la Europa protestante del Norte. Puede ser considerado como un signo de madurez. Desde 1920, la proporción del celibato femenino definitivo puede elevarse aun allí donde existe en un nivel muy bajo, fuera de los sistemas de civilización salidos del modelo europeo, donde el modelo

del matrimonio europeo se impone muy progresiva y superficialmente por aculturación; en cualquier otra parte, es decir en el oeste de Europa y en América, retrocede.

La edad promedio para el matrimonio de las mujeres se mantiene, en el siglo XVIII, en cualquier lugar de la Europa católica y protestante surgida de la cristiandad latina, entre 25 y 28 años. La Europa ortodoxa (griega y eslava) continúa practicando el matrimonio universal y pubertario de los antiguos y de los otros sistemas de civilización. La modificación fundamental es pues anterior a la Reforma, pero quizás está en el nivel del proceso modificador que conduce al tiempo de las dos reformas de la Iglesia.[22]

Celibato definitivo, matrimonio postpubertario, considerable continencia fuera del matrimonio y matrimonio relativamente homogéneo en la perspectiva social (más que en cualquier otro sistema) llegan a expulsar de la circulación al 40 o 60 por ciento del potencial reproductivo de la población femenina. Con una edad de maternidad promedio entre 32 y 34 años, el sistema de la Europa tradicional produce un espaciamiento de las generaciones en promedio diez años superior al espaciamiento de cualquier otro sistema. Pero los caracteres biológicos son poca cosa al lado de los caracteres culturales de este conjunto de hechos seleccionados. Retroceso del linaje, eclipse de la familia extensa frente al *nucleus* matrimonial. El matrimonio tardío está ligado a la reducción del hogar y a la casi superposición, en un promedio del 80 por ciento, del conjunto de los habitantes de la casa y del *nucleus* familiar, reducido al grupo matrimonial y a los hijos no casados. Esto se ha puesto claramente en evidencia gracias a las investigaciones recientemente realizadas por Peter Laslett y el grupo de Cambridge.[23] La carga afectiva máxima (que se puede verificar indirectamente a través de mil indicios; entre otros, el de la elección de sepultura en la serie testamentaria) se concentra en el núcleo familiar matrimonial. El matrimonio postpubertario implica la elección relativamente libre de los cónyuges, la inversión en el terreno educativo, la repartición de la sociedad en los círculos superpuestos del hogar conyugal y de la comunidad de los 100 a 200 hogares (la comunidad de 500 habitantes y del Estado territorial). La edad para el matrimonio en el caso de las mujeres, mucho más allá del sistema demográfico, constituye la medida de un sistema de civilización.

[22] P. Chaunu, *Le temps des Réformes de l'Eglise*, I. *L'éclatement*, París, Fayard, 1974, 550 pp.

[23] P. Laslett *et al.*, *Household and Family in last Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.

El matrimonio tardío es el instrumento más cómodo para medir en el espacio y en el tiempo la aparición de una estructura de sociedad y de civilización. Basta con recurrir a la demostración y extender las conclusiones pioneras de J. Hajnal.[24] En el espacio que va hasta 1914, vemos a la Europa protestante —la más antiguamente afectada— y al conjunto Francia-Bélgica —frontera católica en el seno del espacio europeo—, a la Europa católica mediterránea y, evidentemente, a las prolongaciones ultramarinas de Europa, América del Norte, Canadá y dominios británicos, formar la escollera del matrimonio tardío y del celibato definitivo. Curiosamente, el matrimonio tardío se detiene al Este en la frontera de la separación de 1053, o sea del alfabeto latino en 1850.[25] La Europa del Este, que sólo registra de 2 a 4 por ciento de celibato definitivo y donde el matrimonio ocurre a los 19-20 años, se encuentra aún en el modelo de transición, el que se observa en Inglaterra a fines del siglo XIV y en España en el Siglo de Oro. El resto del mundo, incluido Japón, practica el matrimonio en un 99 por ciento y el matrimonio pubertario. Desde 1914-1920, los países de Europa del Este pasan del modelo de transición a un modelo digamos oeste-europeo desgastado y fuera de Europa y de América del Norte, por aculturación, se asiste a la adopción de un modelo cercano al modelo que llamamos de transición o europeo desgastado. Durante mucho tiempo minoritario, surgido una sola vez y en un solo lugar en el curso de la historia, el modelo del matrimonio europeo tiende a imponerse desde el exterior con la fuerza de expansión y aculturación del modelo de civilización europea.

La delimitación en el espacio es fácil, ¿pero... en el tiempo? La delimitación en el tiempo es mucho más difícil, puesto que nos obliga a volvernos hacia períodos para cuyo estudio no contamos casi con recursos.

De hecho, lo sabemos perfectamente desde hace poco, el matrimonio tardío y todo lo que implica aparecieron en la cima de la fase de recuperación y luego de expansión demográfica del VIII al XIII, al norte del espacio mediterráneo, en el corazón del mundo pleno, en ese espacio dividido entre la romanidad y la cristiandad bárbara, el mundo de los "guerreros y campesinos" caro a Georges Duby, en líneas generales formado por la mitad norte del reino de Francia, Lotaringia —incluidos los Países Bajos—, el eje alpino-renano, la mitad sur de Inglaterra, el oeste de Alemania y probablemente el norte de Italia, la

[24] Hajnal, *Population in History, op. cit.*, pp. 101-143.
[25] Rumania abandonó el cirílico en 1861.

llanura del Po y la Toscana. Es allí donde el matrimonio tardío, ese maravilloso recurso anticonceptivo que consiste únicamente en el dominio de sí, en el control voluntario y social de los impulsos –dominio educador y en extremo cerebralizante– apareció en respuesta a las dificultades de un mundo pleno: el mundo pleno, también único en la historia en esta escala y según este modelo: 40 hab/km^2 uniformemente repartidos (entre 30 y, excepcionalmente, 60 a 80 en zonas limosas); desbrozamiento del 80 por ciento de un área de 1 000 000 a 1 200 000 km^2; un mundo de poblados tan numerosos, que desde lo alto de uno de ellos pueden verse otros 6 o 7 más perfilados en el horizonte. A este desafío único por su tamaño, pero a menudo encontrado en otra escala, le corresponde una respuesta única y específica, en tanto que para hallarla fue preciso recurrir a una herencia cultural también específica.

La cuenca mediterránea, sin embargo, no había escapado a la regla del matrimonio universal y pubertario. En Roma, la edad mínima legal era de 12 años, es decir pubertaria, incluso prepubertaria. Marcel Reinhard lo había observado.[26] Las fuentes epigráficas, las inscripciones funerarias que permiten abarcar una realidad social, ciertamente aún minoritaria a pesar de su muy amplia difusión, dan respuestas concordantes. De 153 casos registrados por Harkness desde 1895, los más numerosos (67) corresponden a muchachas entre 10 y 14 años. La Antigüedad nos coloca en presencia de un matrimonio modal a los 12 o 13 años, al menos en los medios acomodados, situación que se mantuvo en la India hasta comienzos del siglo XX.

En un principio, el cristianismo no es profundamente modificador. en el siglo V d.c., un matiz se perfila. El cristianismo combate el abuso del trato sexual con prepubertarios, porque sus efectos sanitarios son desastrosos y porque despoja al *coitus* de su función procreadora natural y su principal justificación. Según las series de que disponemos, en los siglos IV y V y el matiz entre el comportamiento pagano y el comportamiento cristiano es del orden de un año: el matrimonio de las jóvenes cristianas tiene lugar sólo un año después que el de las paganas. Nada hay, pues, de inmediato ni de decisivo.

Un documento inglés de 1377 permite apreciar una estructura en evolución, a mitad de camino entre el viejo y el nuevo estilo, el modelo de transición al cual hice referencia anteriormente. Lo debemos a las exigencias del Estado hacendario. Los registros parcialmente conser-

[26] M. Reinhard, *Histoire de la population mondiale*, París, Montchrestien, 1968, página 49.

vados,[27] revelan la proporción de las mujeres casadas de más de 15 años, o sea, según las normas aplicadas y las provincias consideradas, entre el 67 y 70 por ciento de la población femenina global. Una población que practicara el matrimonio europeo de la época moderna tendría un 55 por ciento en el siglo XVIII y un 50 por ciento en el XIX; la India británica de los *Census* de fines del siglo XIX y comienzos del XX, tiene del 85 al 90 por ciento. El modelo inglés de transición es el de Bulgaria en 1900, con el 69 por ciento; de Rumania, con el 65 por ciento; de Servia, con el 69 por ciento, en el extremo final del siglo XIX, exactamente como Valladolid y Castilla la Vieja en el último decenio del siglo XVI. Esta estructura supone una edad femenina promedio para el matrimonio, situada entre los 19 y los 20 años, más cerca de los 19 que de los 20.

Se sabe cómo se constituyó la ética sexual cristiana, antes de haber sido formulada definitivamente por San Agustín en el umbral del siglo V:[28] integró por igual ideas aparentemente contradictorias —solamente son complementarias— de los dos Testamentos, e ideas francamente contradictorias de las morales antiguas. Se constituyó en un mundo con comportamientos sexuales profundamente disociados, poblaciones campesinas que practicaban el matrimonio prepubertario sin límite de la procreación, poblaciones urbanas (aristocracia y esclavos) que practicaban el matrimonio pubertario y que recurrían a las diversas formas del infanticidio (anticoncepciones artificiales, aborto e infanticidio propiamente dicho); en un mundo con dos tipos de moral, una órfica, favorable al placer y de rechazo pánico a la vida, y otra ascética, que se expresa de la forma más perfecta en el estoicismo hostil al placer que hace perder el dominio de sí, pero favorable al *coitus* orientado a su fin natural. Todo, en un medio aristocrático que comete un error en cuanto al análisis del dato demográfico. Dos siglos después del gran cambio demográfico de fines del siglo II, las clases dirigentes del Mundo Antiguo, impresionadas por la escasez pasajera del siglo V en la ciudad griega y obsesionadas por la renta y el miedo al reparto de las herencias, siguieron hablando en términos de mundo pleno, en un mundo en plena desbandada demográfica. Las similitudes con las situaciones actuales del mundo industrial son impresionantes: odio pánico a la vida y análisis demográfico insensible a la modificación ocurrida.[29]

De estas numerosas contradicciones resultan un cierto número de

[27] Hajnal, *op. cit.*, pp. 117 *ss.*

[28] Trato esta cuestión en el capítulo 2 de *Temps des Réformes de l'Eglise, op. cit.*

[29] *Cf.* capítulo XVIII, *infra.*

constantes. Un débil interés del *pueblo elegido,* por medios naturales —el argumento no aparece antes del extremo final del siglo XIII bajo la pluma de Juan Duns Escoto. Durante mucho tiempo los cristianos cuentan más con la conversión de los paganos que con la procreación para obedecer al "Creced y multiplicaos" de la redacción eloísta de la Ley y al "haced de todas las naciones mis discípulas". El predominio de la virginidad es signo de la absoluta disponibilidad, pero en la práctica y por contrasentido confirma el odio pánico a la vida propio de la tradición órfica que se expresa en el siglo III y en la construcción maniquea.

La aceptación del *coitus* en el matrimonio orientado a su fin procreador esencial. Pero sin exaltación especial. Con la subordinación, en la práctica, a la concepción y a la práctica estoicas.

Hay que recordar que la construcción de la cristiandad latina descansa en un doble dimorfismo superpuesto: dimorfismo sexual y dimorfismo cultural y espiritual, entre la cristiandad activa de los puros, de los lectores, en una palabra, de los clérigos, y la cristiandad pasiva de los casados, de los genitores, de los tradicionales, en una palabra de los laicos.

El matrimonio tardío es la solución superadora que resuelve todas las contradicciones.

Respeta fundamentalmente la finalidad justificadora del matrimonio.

Rechaza, a pesar de las tentaciones excesivamente tolerantes de algunos pequeños maestros de la escolástica tardía,[30] toda derogación de la regla que orienta el matrimonio al fin procreador. Concesión en el matrimonio de los estériles, las relaciones infecundas en períodos de embarazo, incluso en el *amplexus reservatus,* pero rechazo del *coitus interruptus, a fortiori,* de la *pharmakeia* y, ni qué decirlo, del aborto, ese infanticidio criminalmente dispuesto y largamente premeditado.

Sobre todo, propone a la mayoría de los laicos practicar una ascesis de clérigos, incluso de monjes. Tiende a sustituir a la división puramente social entre el ascetismo sexual y la práctica natural del *coitus* procreador, con la división, en el seno de la vida de los laicos, entre una ascética de la adolescencia y de la juventud, un largo celibato educador, y un período de vida conyugal orientado a la procreación.

En estas condiciones se comprende que en el siglo XIV, en la época de lo que antiguamente se llamaba época de la Prerreforma, el matrimonio tardío sea, en estrecha correlación de causalidad/finalidad, con-

[30] *Cf.* J. T. Noonan, Jr., *Contraception et mariage,* París, Le Cerf, 1969, 722 pp., cuyas concepciones de fondo son muy diferentes de las mías.

temporáneo de la difusión de la lectura/escritura en el mundo laico, y de una lejana reivindicación del sacerdocio universal. Ya que se desvanecía la fundamental dualidad dimorfizante del escrito, del saber y de la ascesis sexual singularizante.

No se trata pues de disminuir de ninguna manera el papel de los factores mecánicos generadores, la reducción de los mansos y bloqueo de todas las fronteras, pero si la causa es física, la respuesta es original, es *cultural, exclusivamente cultural.*

3

Cultural y profundamente modificadora. Las consecuencias del modelo europeo son infinitas. Superan considerablemente nuestro propósito actual. Ruptura del linaje, elección más libre de los cónyuges, promoción de la mujer y, sobre todo, inversión masiva en el campo educativo. El sistema es capaz de federar, por último, ya que tiende a restringir los dos dimorfismos —cultural y sexual— sobre los que en parte descansaba la antigua cristiandad.

Me limitaré a exponer dos consecuencias puramente demográficas.[31] La primera se sitúa en los siglos XIV-XV. El movimiento de modificación de la edad del matrimonio comenzó en el siglo XIII y se difundió en Inglaterra, en el XIV. En Inglaterra y, probablemente, en todos aquellos lugares donde las densidades alcanzan y sobrepasan los 40 hab/km^2, donde nuevos desbrozamientos en el propio terreno se han vuelto imposibles por falta de un *saltus*, de un *incult*, de una cobertura forestal del 20 por ciento por encima de la capacidad máxima; cobertura sin la cual se corre el riesgo de rupturas ecobiológicas.

Ahora bien, el reflujo demográfico precede a 1348. Los fenómenos de compresión son sensibles desde 1315-1320 y, en general, los dos últimos decenios del siglo XIII son menos buenos para la populosa cristiandad que aquellos gloriosos del grande y majestuoso siglo XIII. Esto es verdad sobre todo en el centro, en el corazón del mundo pleno, ¿hace falta decir el más pleno? Cuando tratamos de explorar en la larga duración con los débiles medios de que disponemos, el corazón y la periferia, respectivamente, de la cristiandad latina, comprobamos primeramente que el conjunto de la cristiandad latina no recupera globalmente, antes de mediados o fines del siglo XVI, el nivel que tenía

[31] Con respecto a las justificaciones estadísticas, *cf.* Chaunu, *Histoire, science sociale*, *op. cit.*

a fines del XIII. Que en el centro, el nivel del siglo XIII no es rebasado verdaderamente más que a mediados del XVIII. El retraso de la edad del matrimonio, en el corazón de la cristiandad latina, en la parte más densa, actuó a contracorriente. El fenómeno continuó por un impulso cultural, independientemente de las condiciones físicas de hiperdensidad sobre las que se formó. Hay pues, desde el siglo XIV, disociación entre el retraso de la edad del matrimonio y el mundo pleno. La periferia de la cristiandad rebasó más rápidamente el umbral del siglo XIII, porque el proceso de retraso de la edad del matrimonio realmente no se había implantado todavía. La crisis demográfica de los siglos XIV-XV –cuyos efectos perjudiciales son evidentes y, a pesar de lo que se ha podido decir generalmente, fácilmente advertidos– se acentúa por el fenómeno del retraso de la edad del matrimonio que se opera, gracias a un impulso, dentro de la prolongación de un equilibrio superado.

Hay pérdida a corto plazo, pero ganancia a largo plazo. Es en el siglo XVII y en el XVIII cuando vemos funcionar el sistema. He proporcionado, en varias ocasiones,[32] un análisis un poco heterodoxo. En líneas generales, soy sensible a la atenuación de las fluctuaciones demográficas –caracterizadas por un repliegue de la oscilación secular propia de todos los sistemas anteriores e incluso otros– en el ciclo treintenal.

Soy tan sensible como E. A. Wrigley, a la extraordinaria plasticidad del modelo. Debido a la acción de algunas variables internas, el sistema de la cristiandad latina –digamos el sistema del matrimonio tardío, de la socialización masiva del control voluntario y cultural de los impulsos sexuales– produce –en un marco que he demostrado, cifras en mano, que es más espacial que social, más ligado a la comunidad de existencia que a la estratificación social– un abanico extremadamente abierto de tendencias demográficas. He distinguido varios centenares de "moléculas" espaciales de comportamiento demográfico que desembocan, sin salir nunca del modelo, en un abanico que va del coeficiente de reproducción suicida de 0.8 a los coeficientes de 1.5, incluso con importantes distorsiones, de 1.8/1.9/2.0/2.1/2.2 que a menudo se encuentran en el Este o en las Américas durante el siglo XVIII, en presencia de fenómenos fronterizos. Sistema con finalidad inconscientemente antipoblacionista en un comienzo, el sistema del matrimonio tardío desemboca, después de tres o cuatro siglos de coacciones enriquecedoras, gracias a una enorme ganancia de calidad, en un

[32] Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières, Réflexions sur la démographie normande, Démographie historique et prospective* e *Histoire, science sociale, op cit.*

dinamismo demográfico, condición *sine qua non* de toda mutación progresiva.

Y es así como, al bloquear una tras otra sus variables en la cima de sus posibilidades, con la reducción de la mortalidad infantil, recompensa de la inversión en el campo educativo y de la mirada inteligente sobre los seres y sobre las cosas, el modelo del matrimonio tardío engendra en el siglo XVIII, una demografía que parte de la tangente hacia la mutación demográfica sin la cual no habría ni revolución de la modernidad, ni revolución industrial, ni, *a fortiori*, revolución post-industrial; la duplicación del XVIII y la duplicación de la primera mitad del XIX (allí donde se produce, en Inglaterra, en Alemania y salvo en Italia y en Francia, que llevan el lastre de muy viejos mundos plenos), se efectúan en virtud del modelo europeo del matrimonio tardío impulsado hacia la zona óptima de sus posibilidades de crecimiento.

Ahora bien, quisiera advertir que la anticoncepción, digamos, para respetar el lenguaje del siglo XIX, el maltusianismo, cuando hace su aparición con enormes diferencias en el tiempo, en el espacio geográfico y en el espacio social de la Europa industrial y de la Francia preindustrial, no es nada más que un agregado que no modifica las reglas del juego: matrimonio tardío, elección relativamente libre de los cónyuges, ascesis sexual fuera del matrimonio –a pesar del empuje de las concepciones ilegítimas de 1780 a 1850 a través de toda Europa, eclipsado por la recuperación ascética de los años 1870-1880–, inversión en el campo educativo y concentración afectiva sobre el *nucleus* matrimonial.

Una pizca de maltusianismo hedonista en el matrimonio y una tolerancia respecto al *coitus interruptus*, al que la frustración del placer libra de la culpa que implica haber traicionado la finalidad procreadora del matrimonio en muchos sectores de la Europa tradicional (sobre todo cuando interviene el rasgo jansenizante); una pizca de maltusianismo hedonista superpuesto al maltusianismo ascético no modifica las tendencias y los equilibrios fundamentales de un sistema demográfico que es a la vez un sistema de civilización.

Se pueden establecer numerosas distinciones. Entre la Europa protestante y la Europa católica (y principalmente las coloraciones agustinianas de las zonas fronterizas del área católica), aparecen matices; entre Inglaterra y Francia, desde fines del siglo XVII, se puede observar una oposición entre lo que a veces he llamado un maltusianismo táctico y un maltusianismo que en algunos sectores franceses pudo desembocar en una forma estratégica de rechazo pánico a la vida. Así es, porque en el primer caso la unión de la pareja es valorada, mientras

que, en el segundo, la pareja queda subordinada en la escala de valores, con respecto a la superioridad intrínseca de la virginidad conservada. A los maltusianismos tácticos que no retroceden ante el recurso a la *pharmakeia,* al artificio, se oponen paradójicamente maltusianismos más radicales en el rechazo de la vida que yo llamo estratégicos, pero más tímidos en el uso de los recursos, con una coloración cátara de culpabilización del acto sexual no frustrado y fecundo. Simple nota en vistas de un estudio esbozado, pero que en lo esencial está aún por hacerse.

Hasta los años veinte, todo esto no es más que un matiz. Es verdad que, más o menos laicizado, el sistema de valores de cristiandad subsiste en la escala de las Luces. Por muy largo tiempo, funda la ética individual y más aún la etica social.

Un primer desligamiento es, casi en todas partes, el de los años 1920-1929. Por ejemplo, en Francia, a través de Alain Girard, conocemos las relaciones sexuales preconyugales y la ascesis fuera del matrimonio. Probablemente hay pocas modificaciones de fines del siglo XVII a comienzos del XX, excepto el aumento de volumen de 1780 a 1850-1860,[33] seguido de un retorno a un orden mucho más antiguo.

La verdadera modificación se sitúa a partir de 1957 en los Estados Unidos, de 1962 a 1964 en Europa, con el comienzo del reflujo de la natalidad, con el cambio de las actitudes ante el sexo y ante la vida, magníficamente demostrado por Philippe Ariès.[34]

En los años 60, un complejo verdaderamente modificador alcanza las actitudes ligadas a las elecciones que habían fundado el sistema de civilización de la cristiandad latina.

La muerte inefable en el lugar largo tiempo reservado al sexo, la sexualidad comunicación, en proceso de disociación profunda con la finalidad procreadora, la demanda de nuevas licitudes, incluso la más contradictoria con todo sistema de valores: el derecho de disponer de la vida *in utero* . . . todo esto parece ir más allá de las oscilaciones de comienzos del siglo XIX y de los años veinte, porque más allá de un ajuste parcial, es el equilibrio global el que se cuestiona.

Es más fácil adivinar el término que escrutar el porvenir. Una cosa es segura, la ascética cerebralizante, de una u otra forma, parece indiso-

[33] E. Shorter lo apreció bien en "Female emancipation, Birth control and fertility in European History", *American Historical Review* 78 (3), junio de 1973, pp. 605-640.

[34] P. Ariès, "La mort inversée. Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", *Archives européennes de sociologie* 7, 1967, pp. 169-195. *Cf.*, además, *L'homme devant la mort,* París, Seuil, 1977, y P. Chaunu, *La mort à Paris, XVI^e, XVII^e, XVIII^e siècles,* París, A. Fayard, 1976.

ciable de las condiciones requeridas para la vida en una forma de sociedad tan compleja como las sociedades ultratécnicas surgidas de la cristiandad occidental reinterpretada en el sistema bis de las Luces.

La demografía histórica no permite ir más allá. ¿O bien hay una total modificación y un salto hacia lo desconocido (quizás al vacío), o bien, a causa de retroacciones (comparables con las que intervinieron ya en el siglo XIX y en el XX), reequilibrio rápido, reinterpretación o, si se prefiere, recuperación? El proceso iniciado no permite responder a esa disyuntiva.

Es cierto que la historia es la condición necesaria de toda prospección, pero no es suficiente.

XVI. UN NUEVO CAMPO PARA LA HISTORIA SERIAL: LO CUANTITATIVO EN EL TERCER NIVEL*

PORQUE realmente es un gran historiador, Fernand Braudel no es un hombre del pasado, sino del mañana. La usanza quiere —demos gracias a esa bella usanza y, para asegurar el progreso al que tiene derecho el porvenir, sepamos siempre respetarla— que hoy, la gratitud, la admiración y la amistad marquen una etapa. Esta recopilación de estudios, obtenidos de un minucioso estudio del pasado, debe estar, conforme al deseo del Maestro al que hoy rendimos homenaje, vuelto hacia el futuro. Fernand Braudel se ha preocupado siempre por ir hacia adelante. Desde hace treinta años nadie ha hecho progresar a la historia tanto como él; nadie está mejor dotado que él para continuar. Por eso nos parece conveniente, en esta recopilación animada por la amistad, presentar algunas reflexiones prospectivas acerca de un nuevo plano de la investigación histórica.

Hace ya algunos años,[1] Fernand Braudel quiso consagrar amablemente una frase, la historia serial, que yo había anticipado en 1960,[2] para marcar una etapa y resumir un esfuerzo.[3] Desde entonces, en varias ocasiones[4] he insistido sobre la metodología de una forma de historia que ha-

* Contribución publicada en *Métodologie de l'histoire et des sciences humaines: mélanges en l'honneur de Fernand Braudel,* Toulouse, Editions Edouard Privat, 1973, pp. 105-125. Reproducido con la amable autorización del editor.

[1] F. Braudel, "Pour une histoire sérielle: Séville et l'Atlantique (1504-1650)", *Annales ESC* 3, mayo-junio de 1963, pp. 541-553, incluido en *Ecrits sur l'histoire,* París, Flammarion, 1969, pp. 135-153.

[2] *Cf.* capítulo I, *supra.*

[3] Braudel, *op. cit.*, p. 135: "Hace falta una expresión sólida que defina desde el principio el sentido de su empresa y la novedad deliberadamente vigorosa y limitada de la historia que nos propone. Digamos la historia serial, ya que Pierre Chaunu ha empleado últimamente esta fórmula y ya que aclara la perspectiva mayor de una obra . . ."

[4] Principalmente en las publicaciones siguientes: capítulo I, *supra:* "Les échanges entre l'Amérique espagnole et les anciens mondes aux XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles", *Information historique* 22, noviembre-diciembre de 1960; capítulo II, *supra:* "Les sources statistiques de l'Histoire de France (Basse-Normandie). Problèmes de méthode", *Annales de Normandie* 1, 1965, pp. 3-14. "Atlas historique de Normandie", Introducción, t. 1, Caen, Centro de Investigaciones de Historia Cuantitativa, 1967; capítulos III, IV, X, *supra,* y *Revue roumaine d'histoire,* Bucarest 3, 1970; capítulo XIII, *supra:* "Les enquêtes du Centre de Recherches d'Histoire Quantitative de Caen", *Colloque CNRS,* Lyon, octubre de 1970, por publicarse, 1972.

bíamos alabado[5] encarecidamente y me esforcé por extender su uso a otros terrenos.[6]

Hace diez años, los historiadores acostumbraban decir historia cuantitativa, ahí donde nosotros decimos historia serial. Pero la ciertamente legítima reivindicación de nuestros colegas economistas, más precisamente la planteada al comienzo de la magnífica y muy fructífera empresa, de Jean Marczewski, la *Histoire quantitative de l'économie française*[7] nos aconseja un empleo más riguroso de los términos. Reservemos pues la denominación de historia cuantitativa para empresas de cuantificación global, circular, en un dominio durante largo tiempo circunscrito exclusiva y necesariamente al sector económico de las actividades humanas. En 1960 nos habíamos basado en una definición muy simple pero muy vasta.[8] Una historia serial, decíamos en líneas generales, en primer lugar es una historia que pretende ser útil, "que se interesa menos por el hecho individual [. . .] que por el elemento integrable en una serie homogénea y susceptible, en seguida, de ser objeto de los procedimientos matemáticos clásicos de análisis de las series; susceptible, sobre todo, de ser enlazada con las series que utilizan comúnmente las demás ciencias del hombre", una historia que no titubea en volverse hacia el pasado, con sus propias técnicas, por cierto; sus exigencias críticas para establecer cada unidad integrable –son las que terminaron por precisar en el primer horizonte de las Luces, nuestros maestros los benedictinos de San Mauro, herederos ellos mismos de Lorenzo Valla y del humanismo crítico del siglo XV– con técnicas de historiadores "al servicio de problemáticas solicitadas en préstamo". Una historia que buscará el hecho repetido, que estará

[5] En *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, París, SEVPEN, 1956-1960, 8 t., 12 vols., 7 343 pp., y en *Les Philipines et le Pacifique des Ibériques*, París, SEVPEN, 2 t., 1960-1966, 332 y 80 pp.

[6] Particularmente en historia religiosa. Véase, entre otros, P. Chaunu, "Pour une histoire religieuse sérielle", *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, enero-marzo de 1965, pp. 5-34 y algunos hitos también en "Réformes et nations", *La Table Ronde* 197, marzo de 1960, pp. 52-65: "Jansénisme et frontière de catholicité. A propos du jansénisme lorrain", *Revue historique*, enero-marzo de 1962, pp. 115-138; "Réforme et église au XVI[e] siècle", *Revue historique*, abril-junio de 1962, pp. 161-176; "La correspondance de Bèze", *Revue suisse d'histoire* 15 (1), enero-marzo de 1965, pp. 107-116; "les crises au XVII[e] siècle de l'Europe réformée", *Revue historique*, enero-marzo de 1965, pp. 23-60; "Réflexion sur le tournant des années 1630-1650", *Cahiers d'histoire* 3, 1967, pp. 249-268; "Le XVII[e] siècle religieux. Réflexions préalables", *Annales ESC* 2, 1967, pp. 279-302; "Deuxième ou troisième Réforme?", *Annales ESC* 6, 1970, pp. 1579-1590.

[7] París, ISEA, 10 vols., publicados de 1961 a 1968.

[8] Capítulo I, *supra*, p. 15.

atenta a la serie, que perseguirá sistemáticamente el material preestadístico en bruto.[9] Evidentemente, estas definiciones se aplican al muy ambicioso trabajo de los economistas en su empresa de remontar el tiempo, pero ya no bastan. Reservemos pues el término de historia cuantitativa a los estudios[10] "cuyos resultados podrían vaciarse en un molde en forma de contabilidad nacional, si ha sido considerado un marco nacional, incluso en una contabilidad regional o macroespacial, si la operación ha sido intentada en un espacio pluricontinental, alrededor de un complejo de grandes ejes marítimos de intercambios". Lo cuantitativo *stricto sensu*, entiéndase lo cuantitativo global, se limita a lo económico y a los sectores geográficos precozmente alcanzados por la revolución de la medida económica que es de hecho la consecuencia de una mutación económica profunda, la Revolución industrial —se decía ayer— el paso de los crecimientos horizontales a las mutaciones verdaderas del crecimiento vertical.

Conservemos pues para nosotros la historia serial, esa falsa modesta. Si se contenta con menos, sus vocaciones son múltiples. En última instancia, ningún sector de la actividad humana escapó en el pasado, no escapa ni escapará a los procedimientos de la historia serial.

¿Es necesario volver a decirlo? La historia es hija de su tiempo. Cada época construye la historia de sus necesidades . . . La historia positivista de los años 1860-1890 en Alemania y de 1880-1900 en Francia, que introduce el rigor de una crítica perfeccionada, en relación con las experiencias del siglo XVIII al servicio de una concepción del Estado, desemboca en una crónica considerablemente mejorada de la institución. Pero se mantiene a la zaga con respecto a las grandes empresas del período anterior. Sería vano buscar en el seno de los equipos, en tiempos en que Seignobos y Langlois eran cónsules en la Sorbona, intentos de la magnitud de los de Natalis de Wailly o de Jean-Jacques Clamageran.[11] La primera historia cuantitativa de los precios, la de la época de los Th. Rogers, de los G. Wiebe y d'Avenel, compiladora y anecdótica, aparece durante la gran depresión de fines del siglo XIX, una larga crisis de adaptación que corresponde a mutaciones tecnológicas profundas y mutaciones no menos decisivas del pensamiento, pero que ante todo ha sido percibida concretamente debido a un hundimiento dos y tres veces decenal de los precios, de los costos y del interés del dinero.

[9] Capítulo X, *supra*, pp. 179-180.
[10] *Ibid.*, p. 183.
[11] J.-J. Clamageran, *Histoire de l'impôt en France*, París, 1867-1876, 3 vols., 1800 pp.

La historia cuantitativa de los horizontes históricos, en la que destacan Ernest Labrousse y sus alumnos, antes de su reducción al estado de historia serial, nació —lo hemos recordado a menudo— en el gran cataclismo económico que acompañó a la crisis de la economía dominante americana de 1929 y en las adaptaciones estructurales de la economía y del pensamiento a la altura de los años treinta. La problemática de la historia cuantitativa de los economistas apareció a fines de los cincuenta y a comienzos de los sesenta del siglo XX, como una búsqueda en el pasado de elementos que permitieran comprender las tensiones nacidas de disparidades del desarrollo; fue concebida, en una palabra, como una historiografía de la recuperación, ¿es necesario decir de la imposible recuperación? 1880-1900, 1930-1940, 1955-1965: tres grandes etapas y, también, tres mutaciones, de la problemática de la historia económica.

La historia geográfica[12] —es decir, la geohistoria que Fernand Braudel creó y llevó a un grado de perfección, como las otras formas de historia estructural cuyo uso él hizo triunfar, para reafirmarse contra las formas de historia política sin problemática, sin motivo y sin objeto, salidas de la degeneración de la historia positiva— no escapa a este modelo. En efecto: en primer lugar, es una justa reacción —Fernand Braudel lo dijo en el prólogo al *Méditerranée*— contra una forma de crónica del Estado, sin problemática, que no termina de morir; es una reconciliación con la geografía humana de Vidal de la Blache y de Albert Demangeon, que arroja como resultado la historia-geografía, el más antiguo acoplamiento pluridisciplinario y una alianza propia de las costumbres francesas. Sin embargo, me gustaría ir más allá de este análisis. Entre la problemática histórica de la geohistoria y el mundo de los años treinta y cuarenta, existen evidentes correspondencias. La introducción en Francia de la problemática del espacio, de los grandes espacios, en el corazón de la construcción histórica, corresponde en efecto, al avance objetivo de la geografía y a una antigua alianza pedagógica. Pero hay más. La geohistoria nació, en verdad, como la historia cuantitativa de los precios, en respuesta a las interrogaciones de un mundo sacudido por los ajustes estructurales provocados por la gran crisis central de 1929. Una tras otra, las últimas "fronteras" se cerraron de 1910 a 1929; el mundo de los años treinta vive la gran crisis del mundo pleno y, naturalmente, lo ignora. La interrupción del crecimiento demográfico, comparable a la que padecen los países desarrollados entre 1962 y 1965, y el fin de una cierta manera de crecimiento

[12] Capítulo III, *supra*, pp. 40-49.

horizontal (la ocupación de la Pampa termina hacia 1925, la producción del acero y de la hulla llega al tope) forman parte del segundo plano de la década de los treinta. La brusca reacción a la colonización europea no se ha producido aún; la renovada idea de expansionismo territorial se impone en Alemania y en todo el este de Europa (incluso en la URSS), ante la necesidad de un remodelamiento del espacio político. La geohistoria es también una tentativa de respuesta racional a la irracionalidad de la geopolítica. Al término de la prodigiosa expansión geográfica territorial del poblamiento europeo del planeta, en un mundo que topa con los límites de un universo que acaba de cerrarse, la geohistoria que desde el comienzo se inscribe en la muy larga duración, que recurre sistemáticamente igual que Fernand Braudel al cálculo del peso global,[13] el primer escalón del cuantitativismo, que ya no tenemos ningún derecho a soslayar, habrá proporcionado en adelante una tentativa de respuesta. La geohistoria ha llevado el trabajo del historiador al nivel de un servicio, servicio desinteresado, necesidad de comprender.

¿Es necesario volver a redactar y pulir otra vez este realmente demasiado apresurado historial para ser convincente? En la medida en que sitúa a la historiografía serial en la larga duración de una historia ya antigua, esta evocación del recorrido de la historia, en su época, era necesaria. ¿Cómo juzgar las reactualizaciones de la investigación, sus sondeos, sus ambiciones y tal vez hasta la angustia vivida por los historiadores a comienzos de la década de los setenta, sin tenerlo todo fresco en la memoria?

En una palabra, desde hace algunos años, la historia serial busca salir de los planos en que la investigación la había encerrado, a saber el económico y el social. A partir de entonces, toca a la puerta de lo que Ernest Labrousse llamó otrora el tercer nivel, a saber el afectivo, el mental —¿debemos decir lo psíquico colectivo, como lo hace Alphonse Dupront, cuyos múltiples y perseverantes esfuerzos en esta vía han sentado precedente y arrojado muchos frutos?—. La exploración de lo mental comenzó por lo menos desde hace quince años, pero ahora la exploración de lo mental se esfuerza por ir más allá. El problema consiste, por una parte, en lograr que el tercer nivel aproveche realmente las técnicas de la estadística regresiva y luego el análisis matemático de las series y la doble interrogación del documento[14] —primeramente

[13] Capítulo IV, *supra.*
[14] *Séville et l'Atlantique, op. cit., Introduction méthodologique,* t. I, París, 1955.

en sí, luego en relación con su posición en el seno de la serie homogénea en la que se integra y asienta la información de base. Se trata de una adaptación tan completa como sea posible –el genio del historiador del tercer nivel debe manifestarse en la transposición de la información en unidades integrables completas– de los métodos perfeccionados desde hace numerosos años por los historiadores de la economía[15] y luego por los de la cantidad social.[16] Para ello, no hay que perder de vista la ventaja que representa la revolución técnica de la computadora y, más particularmente, desde su advenimiento al mercado de las ciencias del hombre en 1965-1966, de las computadoras de la tercera generación y de las posibilidades concebidas por Marcel Couturier,[17] explotadas con éxito por Emmanuel Le Roy Ladurie[18] para una recolección más rápida de la información contenida en las series brutas del proto y del preestadístico.

La incorporación del tercer nivel comienza. Algunas encuestas pioneras permiten pensar que la historia hasta ahora un poco marginada, a menudo en los confines de la erudición literaria, de la vida religiosa, de la sensibilidad y de los modos de pensar, será superada gracias a lo serial; esto constituye una de las grandes ambiciones de los próximos años. Lo que actualmente se busca alcanzar en una primera fase es el contenido; y mejor aún, en una segunda fase, todo un sistema de civilización.

Para llegar a ello, varias formas de estudio son posibles. El contenido de la civilización escrita es relativamente más fácil de delimitar. François Furet,[19] Henri J. Martin[20] y Robert Estivals,[21] cada uno por su

[15] Véase J.-F. Bergier, "Histoire des mathématiques. Nouvelles tendances en histoire économique", *Diogène* 58, abril-junio de 1967, pp. 111-130.

[16] La expresión es de Ernest Labrousse.

[17] M. Couturier, "Vues sur une nouvelle méthodologie mécanographique. La préparation des données", *Annales ESC* 21, julio-agosto de 1966, pp. 769-778; "Le langage Forcod", junio de 1967, EPHE, etc.

[18] En la gran encuesta que está por concluirse acerca de los Archivos militares del siglo XIX. La primera presentación de los resultados puede verse en Le Roy Ladurie, "Quantitative and cartographical Exploitation of French Military Archives, 1819-1826", *Daedalus*, primavera de 1971, pp. 397-441.

[19] F. Furet *et al.*, *Livre et société dans la France du XVIII^e siècle*, París, La Haya, Mouton, 1968, t. I, 238 pp. y t. II, 1970, 228 pp.

[20] H.-J. Martin, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVIII^e siècle (1598-1701)*, Ginebra, Droz, 2 vols., 1969, 1 091 pp., mapas y gráficas en la línea de un gran libro clásico, *l'Apparition du livre*, en colaboración con Lucien Febvre, París, A. Michel, Evolución de la Humanidad, nº 44, 1958, XL-588 pp.

[21] R. Estivals, *Le dépot légal sous l'Ancien Régime de 1537 à 1791*, París, Marcel Rivière, 1961, III-141 pp.; *La statistique bibliographique de la France sous la Mo-*

lado, han proporcionado los recursos necesarios para alcanzar la totalidad de una producción escrita, ya que realmente es en el plano de una totalidad donde importa ubicarse. También Alphonse Dupront se ubicó, al realizar sus investigaciones, en el nivel de una totalidad: en la serie de las quejas consignadas en el registro de los estados generales de 1789, a través de un vocabulario aplicado por el análisis tradicional y reforzado por las técnicas y los métodos de la semántica cuantitativa, se esfuerza por penetrar en todo un aspecto de un sistema de civilización.

Lo que ayer no era más que exploración, tentativa e investigación, se vuelve bruscamente gran diseño de la historia. La historia, en el umbral de la década de los setenta, se plantea alcanzar como meta una estructura de civilización en su totalidad, infinitamente más tentadora que los Nambikwaras o los Dogons, aunque muy parecida: la gran continuidad de la cristiandad latina que, inadvertidamente, sin abdicar nunca totalmente, se transforma en una Europa occidental, unidad preservada, a pesar de las apariencias y más allá de los matices, en el siglo de las Naciones, el "mundo que hemos perdido",[22] pero del que seguimos siendo tributarios. Recientemente ha causado asombro una convergencia de estudios sobre la pareja, sobre la miseria y sobre la muerte: Philippe Ariès,[23] Michel Bée, André Buerguière, J.-P. Flandrin, Jean-Marie Gouesse, Jean-Pierre Gutton,[24] François Le Brun, Alberto Tenenti, Michel Vovelle. Esta lista, que sólo contiene autores de expresión francesa, está lejos, incluso en lo que se refiere únicamente a la escuela histórica francesa, de ser exhaustiva. En esta serie muy incompleta, nos atreveríamos a considerar en primer lugar dos

narchie au XVIII siècle, París-La Haya, Mouton, 1965, 460 pp., y su tesis todavía inédita, presentada el 30 de mayo de 1971, sobre la *Bibliométrie bibliographique,* ante la Universidad de París.

[22] Según la excelente fórmula de Peter Laslett.

[23] Philippe Ariès prepara un libro sobre la muerte que será un acontecimiento importante, a juzgar por lo que nos ha dado ya sobre la vida, como la *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie,* 1a. ed., París SPES, 1948, 2a. ed., Seuil, 1971, 414 pp. y, sobre el niño, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime,* París, Plon, 1960, IV-504 pp., y por un artículo estremecedor por su inteligencia y penetración: "La mort inversée. Le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", *Archives européennes de sociologie* 8, 1967, pp. 169-195. A fines de 1977 y comienzos de 1978, con algunas semanas de intervalo, se publica el gran libro de Philippe Ariès, *L'homme devant la mort,* París, Seuil, 1977, 640 pp. y nuestra encuesta directamente inspirada en Michel Vovelle, *La Mort à Paris, XVI^e^, XVII^e^, XVIII^e^ siècles,* París, Fayard, 1978, 545 pp.

[24] J.-P.Gutton, *La société et les pauvres. L'exemple de la généralité de Lyon, 1534-1789,* París, Les Belles Lettres, 1971, LVI-504 pp.

estudios: el que prepara Jean-Marie Gouesse sobre la formación de la pareja, y el brillantemente concluido por Michel Vovelle sobre las actitudes provenzales ante la muerte; más allá de su aportación, que es inmensa, ambos son, en sentido pleno, estudios ejemplares, entiéndase destinados a servir de ejemplo, a proporcionar los elementos más decisivos de una verdadera teoría general de la historia serial en el tercer nivel, el punto de partida de un estudio científico de un sistema de civilización en el pasado.

Y, en primer lugar, ¿por qué esta convergencia en el tercer grado? Los grandes números excluyen el azar. Las coincidencias de una generación de jóvenes historiadores al seleccionar los temas de investigación en un sector determinado, no se deben a razones mediocres. La influencia de un maestro, el peso de un libro, las recomendaciones de los centros de investigación dentro de un régimen afortunadamente liberal, que deja a los futuros investigadores la entera libertad de elección, son los catalizadores de profundas motivaciones. Una vez más, vemos a la historia dejar en libertad a los futuros historiadores, y no obstante responder a las angustias de una época, esforzarse por cumplir su esencial misión de servicio.

La historia serial en el tercer grado responde, con un inevitable retraso, a las angustias de una crisis, de una mutación, que no afecta solamente a las relaciones de los sectores geográficos motores del desarrollo con el Tercer Mundo, como hace quince años, sino los equilibrios mismos de civilización de los sectores mutantes. El inevitable desfase cronológico explica los estados latentes, el tiempo necesario para que la percepción confusa de un malestar desemboque en esta voluntad práctica de comprensión, por la larga duración que necesitan, en historia serial, la constitución y el tratamiento matemático de las series.

La crisis es la irrupción, el signo aparente de una mutación profunda: 1962, el fin de las guerras de descolonización, el viraje de la guerra fría, los cohetes de Cuba, el conflicto evitado por escaso margen; 1964, los disturbios de la Universidad de Berkeley; 1968, la sacudida europea y francesa... Los conflictos surgidos de la descolonización y la tensión de la guerra fría proporcionaron durante mucho tiempo elementos exógenos de coherencia. Ocultaron los efectos de profundas evoluciones y el avance de las grietas en un sistema de civilización muy viejo que subsistía casi solamente gracias a la velocidad adquirida. Las crisis profundas de civilización, las verdaderas, son siempre perceptibles en el plano de los cambios de actitudes ante la vida. El abatimiento generalizado de las fecundidades en los sectores geográfi-

cos de más alto desarrollo, es revelador. El viraje comienza en los Estados Unidos desde 1957, en Europa occidental desde 1962, en Europa oriental y en la URSS más temprano aún, desde 1955, con efectos galopantes a partir de 1966. La súbita reducción de la natalidad alemana de 1923 a 1933 produjo la ola ascendente del nazismo, conforme a un proceso socio-psicológico que no es necesario precisar. La mutación tecnológica que se precipita en forma generalizada debido a la computadora, contribuye a acelerar el ritmo de las mutaciones hasta la pérdida total de las referencias. La crisis se comprende frente a la relación de los sexos, frente al don de la vida: las dificultades del Tercer Mundo sirven de pretexto al rechazo obstinado de la vida en los sectores mejor dotados para acogerla; la crisis se aprecia en el plano de los estados, de los partidos, de las iglesias, de todas las estructuras coherentes de sociabilidad. De todos estos signos, el más convincente es por supuesto el que alcanza a las iglesias. Empezado como un *aggiornamiento* y proseguido por las confrontaciones del Concilio Vaticano II, el viraje emprendido demasiado tarde o demasiado temprano por la Iglesia católica, sin reflexión consciente, se transforma en desbandada. La más antigua y la más prestigiosa de todas las estructuras de civilización en amplios sectores de responsabilidad se quiebra, se vacía y, lo que es mucho más grave, se niega. En diez años ocurren más cambios que en un siglo, y todos en el sentido de una apostasía general, de una subordinación, de un abandono, de una evacuación, al menos en el momento y según el orden de las apariencias, que tal vez no sea el de las líneas más profundas de una continuidad vectorial. Se ve menos comúnmente hasta qué punto esta imprevisible negación ha sido precedida por una crisis comparable y mucho más profunda todavía, en los sectores importantes en casi todas las iglesias protestantes. Entre 1940 y 1950 son adaptadas por corrientes teológicas que superan las viejas tensiones ortodoxia/liberalismo, en una síntesis que se inclinaba en favor de las ortodoxias —como, en su momento, la influencia de la *Dogmática* de Karl Barth— y su reflujo es general desde 1955. Triunfa una nueva clase de teólogos, que tiende a sustituir el contenido positivo de la fe por una simple religiosidad de la sociabilidad. Henri Desroches hablaba otrora de la religiosidad de la americanidad, digamos mejor, una coloración religiosa de las mutaciones económicas y sociales cubierta por algunos eufemismos o por algunas impropiedades de vocabulario, al menos, en el momento y según el orden inmediato de las apariencias, que tal vez no sea el de las líneas profundas de una continuidad vectorial.

Tres lecciones se desprenden sin duda; al comenzar por los sectores

geográficos más desarrollados, la crisis afecta al conjunto mutante de los países industriales; el interrogante se sitúa en el nivel de las motivaciones, cuestiona el crecimiento como fin y justificación del contrato social; la gran transferencia escatológica de las Luces[25] es discutida.[26] Todo un conjunto de valores laicizados, que habían nutrido la ética social del siglo XIX, ya no se justifican.

Al recordar todo esto, se corre el riesgo de hacerlo con excesiva información o con demasiada brevedad. Remitamos pues, de una vez por todas, a los numerosísimos análisis publicados, contradictorios en cuanto al sentido que debe darse a los signos, pero unánimes en cuanto al número y a la importancia de los signos considerados . . .

En estas condiciones, en el umbral de los años setenta, es completamente normal que la historiografía se esfuerce por adaptar las técnicas cuantitativas probadas en la historia serial para intentar estudios de contenido de los sistemas tradicionales de civilización.

Dos investigaciones, la que Jean-Marie Gouesse dirige sobre la pareja en el plano de las motivaciones, y la que Michel Vovelle[27] acaba de concluir sobre las actitudes provenzales ante la muerte, me parecen por completo capaces —ya lo he dicho— de inspirar la investigación histórica en los próximos años, en esta conquista del tercer nivel por lo cuantitativo.

Numerosas y profundas son las similitudes. En la elección del tema, lo esencial se tiene en las manos. Por un lado la pareja, las actitudes ante el amor, la unión de los sexos, la transmisión de la vida, la más fundamental de las unidades de sociabilidad, el *nucleus* matrimonial, desde el reflujo de los viejos sistemas de linaje en el siglo XIV. Por otro lado la muerte, las actitudes ante la muerte, la propia muerte y la muerte de los otros, el cadáver, el más allá, la extensión de su dependencia recíproca visible e invisible, al final del tiempo, tal como en sí misma la Eternidad. Parentesco de los métodos. El mismo período: un largo siglo XVIII. El de Michel Vovelle comienza en 1680 y el de Jean-Marie Gouesse, medio siglo antes, hacia 1630. Este largo siglo XVIII ocupa

[25] P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe des Lumières*, París, Arthaud, 1971, 670 pp. + láminas.

[26] Entre las frases grabadas en los muros de la Sorbona en 1968, apareció una muy significativa: "Uno no se enamora de una tasa de crecimiento"; digamos mejor que, a partir de un cierto nivel de desarrollo, el crecimiento ya no es automotivante.

[27] M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation. Attitudes provençales devant la mort d'après les clauses des testaments*, tesis presentada en Lyon II, el 18 de junio de 1971, 3 vols. mimeografiados. La Boîte à bouquins, 18 rue Gaston de Saporta, 13, Aix-en-Provence, 746 pp. Numerosos mapas y gráficas, por publicarse en Plon, 1972.

en la historiografía de los años setenta, casi el mismo lugar y el mismo rango que el largo siglo XVI caro a Fernand Braudel ocupó quince o veinte años antes. Ello se debe a la riqueza de las series retrospectivas que se pueden enlazar, en algunos casos, con los elementos preelaborados de que se dispone con respecto al siglo XIX; ello se debe al carácter que tiene el siglo XVIII como punto de articulación. Por ejemplo, las actitudes provenzales ante la muerte. Tomamos de 1680 a 1790 la cima y el fin de un mundo, digamos el punto de cambio total de una estructura tal vez varias veces secular, y la desestructuración en menos de un siglo de un conjunto coherente de gestos y de actitudes sociales ante la muerte. De 1680 a 1710, la estructura no se ha inmovilizado; se agita aún y progresa: 1710 marca el punto de detención. A partir del momento en que ya no hay progreso, comienza el reflujo, lento, titubeante de 1710 a 1740-1750; luego, después de un tope máximo de diez o quince años, más allá de 1760, de 1760 a 1790, sobreviene la desbandada. ¿Cuándo nacen esas actitudes que se inscriben en lo que Michel Vovelle llama una piedad barroca? Algunos rasgos aislados se remontan tal vez hasta comienzos del siglo XIV; algunos otros mucho más lejos aún probablemente; pero la estructura que los liga es probablemente más reciente. ¿Comienzos del XVII, fines del XVI? Para responder hoy, sería necesario otro libro, otra investigación tan apasionante, tan innovadora como la que acaba de proponer Michel Vovelle en el caso de la Provenza de las Luces.

Elección del largo siglo XVIII para investigar la muerte y la pareja. Elección de la región. El estudio de Michel Vovelle es provenzal y el de Jean-Marie Gouesse normando. Michel Vovelle se basa consistentemente en la solidez del notariado marsellés y, desde el referente marsellés, analiza prospectivamente la Provenza en círculos concéntricos. Jean-Marie Gouesse empieza con las series episcopales de Coutances y por medio de sondeos extiende su indagación a una parte del oeste de Francia. La monografía regional se impone. No se puede proceder a tales análisis de contenido más que dentro de un medio bien delimitado y perfectamente conocido. Invención documental por último. La dispensa en el caso del matrimonio y la cláusula testamentaria en el de la muerte.

La analogía puede ser llevada más lejos aún. Gouesse y Vovelle comenzaron con una problemática de historia serial clásica. Jean-Marie Gouesse había pensado, en una primera etapa, en las series justamente célebres de las visitas de la diócesis de Coutances. En 1933 Gabriel Le Bras llamó la atención de los historiadores sobre ellas, sin encontrar eco, con la intención de elaborar una tesis de historia serial más clá-

sica, que estaría inspirada en los trabajos del Padre L. Pérouas[28] sobre la práctica religiosa en la diócesis de La Rochelle. Michel Vovelle respondió, integrando método, inteligencia y precisión, con una encuesta sobre los sacerdotes abdicatarios en 1793.[29] Su tesis es parte de una realidad apreciada en el momento. En 1793, en 3 396 comunas meridionales, hubo 2 005 abdicaciones. Sobre un mapa, la negación del azar, la negación también del ardor revolucionario. Zonas de fidelidad se oponen a zonas de dimisión, dimisiones de los clérigos, indiferencia y hostilidad de los fieles. Esta geografía se burla de la oposición entre constitucionalistas y refractarios. Hemos observado lo mismo en Normandía. El reparto del clero entre juramentados y no juramentados refleja mucho más el nivel del diezmo que la piedad de las poblaciones: la indiferente llanura normanda no jura porque el diezmo es allí muy elevado; el boscaje ardiente jura alegremente porque el diezmo reporta poco, la pérdida es poca, generosamente compensada por los sueldos superiores a la congrua. El mapa de los abdicatarios del Mediodía, caracterizado por zonas aisladas, rechaza el azar. Constituye la fotografía de evoluciones muy diferentes. Aboga en favor de un polimorfismo complejo. O bien, según la tesis del R. P. Pérouas, un dimorfismo cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos; o bien, como la tesis de Michel Vovelle lo establecerá claramente, la destrucción de una estructura antigua de piedad que se debilita en el siglo XVIII con ritmos diferentes. El revelador de la descristianización revolucionaria muestra con toda claridad el trabajo desigual de una erosión secular.

Al basarse en un mapa que mostraba lo absurdo de las explicaciones encerradas en el tiempo corto de una crisis, aunque fuera revolucionario, porque sólo hay historia en profundidad en la larga duración, Michel Vovelle se hallaba comprometido en un estudio relativamente clásico de historia religiosa. Por eso su gran libro permanece en dos niveles, como reconoce un título honesto, "Piedad barroca y descristianización"; entiéndase la respuesta inteligente a la pregunta planteada por el mapa de la abdicación clerical en el Mediodía revolucionario, un

[28] L. Pérouas, *Le diocèse de La Rochelle de 1648 à 1724. Sociologie et pastorale,* París, SEVPEN, 1964, EPHE, 6a. Sección, 532 pp.

[29] M. Vovelle, "Déchristianisation provoquée et déchristianisation spontanée dans le Sud-Est sous la Révolution française", *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne,* 1964, anexo a la *Revue d'histoire moderne et contemporaine;* "Prêtres abdicaires et déchristianisation en Provence sous la Révolution française", Actes du Congrès des Sociétés Savantes de Lyon, 1964, París, 1965 y, sobre todo, un magnífico artículo: "Essai de cartographie de la déchristianisation révolutionnaire", Annales du Midi 68-69, 1964, pp. 529-542.

sistema de piedad, llamémosle barroca, que se implantó con ritmos muy diferentes en la corriente de reflujo que se ha llamado durante mucho tiempo —¿y por qué renunciar totalmente a ello?— descristianización. "Actitud provenzal ante la muerte", ahí está lo esencial, ahí es donde reside la aportación fundamental. Pero esta aportación, respuesta personal a una angustiante pregunta, es la consecuencia de una magnífica invención documental. El descubrimiento de Michel Vovelle —quien aporta un documento, una metodología y confiere a la indagación histórica una dimensión suplementaria— es también la recompensa de la inteligencia, de la probidad de un historiador perfectamente avezado en las técnicas de la historia cuantitativa, por haber trabajado de primera mano en investigaciones de historia económica y social perfectamente comprobadas. Michel Vovelle se dio cuenta del error implícito que cometía la historia religiosa serial, en la medida en que obtuvo sus invaluables primeros resultados de 1964-1965.[30] Los criterios del siglo XIX, perfectamente utilizados por Christianne Marcilhacy[31] y F.-L. Charpin[32] —pascalistas y messiadistas entusiasmos por el bautismo— estos criterios de la sociología religiosa de los países en donde la presión social ya no actúa en favor de una práctica social; estos criterios de los países con declives de marcados comportamientos ya no se aplican en los países de la vieja cristiandad latina, antes de 1790. El Padre Pérouas lo había comprendido. Variaciones del 96 y 100 por ciento pierden toda significación. El Aunis, indiferente y poblado por "nuevos católicos", es más unánimemente fiel a la misa dominical, con su hábitat concentrado y de fuertes necesidades de sociabilidad, que los Mauges o el Boscaje vendeano, tierra sin embargo de ardiente misticismo y de gran fidelidad. El Padre Pérouas había buscado pruebas complementarias mejor adaptadas, vocaciones sacerdotales, monacales, cofradías, fundaciones. Tributario de un documento multívoco, la visita episcopal y archidiaconal, después de haber planteado en términos excelentes un gran problema de historia, a falta de una fuente adecuada no pudo adaptar de una manera perfectamente satisfactoria los estudios regresivos de la práctica religiosa a las estructuras del Antiguo Régimen.

Michel Vovelle se actualiza estudiando a Pérouas, Christianne Mar-

[30] Chaunu, "Pour une histoire religieuse sérielle", *op. cit.*

[31] C. Marcilhacy, *Le diocèse d'Orléans sous l'episcopat de Mgr Dupanloup*, 1849-1878, París, Plon, Collection Histoire et Mentalités, 1964, XXX-594 pp.

[32] F.-L. Charpin, *Pratique religieuse et formation d'une grande ville. Le geste du baptême et sa signification en sociologie religieuse*, París, ed. du Centurion, 1964, 332 páginas.

cilhacy y Charpin, pero le corresponde encontrar junto con el documento, una respuesta que los supera. El testamento es probablemente el más antiguo documento notarial. Hemos pasado largo tiempo junto a este tesoro sin verlo. Documento anecdótico, documento jurídico, ha sido explotado por la erudición literaria y la historia del derecho; la historia serial de la cantidad social lo había descartado con toda razón.

El mérito de Michel Vovelle consistió en haber comprendido la significación y el alcance de tal masa documental, y haber encontrado un modo de lectura; en haber discernido en este documento masivo el peso respectivo de los catalizadores, escuelas notariales, peso de los hábitos, nacimiento, vigor, vida y duración de los estereotipos; en haber agotado todas las posibilidades de la semántica cuantitativa y en haber perfeccionado un modo de utilización social, muestra contra muestra. Cada pirámide social de las respuestas testamentarias es comparada siempre con la pirámide social del lugar y del oficio indagado. Michel Vovelle adaptó a la perfección el método del sondeo utilizado en historia económica y en las encuestas de cantidad social, a las necesidades de un estudio por sondeo masivo de los vocabularios, de las asociaciones semánticas, de las solicitudes de misas, elección de las sepulturas, jerarquía de las mediaciones... todo lo que constituye el discurso colectivo coherente de una sociedad ante el revelador despiadado de su propia muerte. Todas las coordenadas de la respuesta están aisladas: la jerarquía social, la aristocracia que difiere de la alta burguesía a pesar de la unidad cultural, clases medias, diferentes medios populares, el sexo, la edad, los niveles de cultura de alfabetización. Todos los matices sociales, sexuales, culturales, geográficos, socioculturales y religiosos (influencias del jansenismo, de la Reforma) de la respuesta provenzal han sido pesados, analizados, escrutados.

La masa documental es impresionante. Más de 500 mil testamentos de un siglo conservados en Provenza; un porcentaje inimaginable de cobertura, del 20 a 70 por ciento. Este privilegio provenzal es mucho menos exclusivo de lo que uno se inclinaría a pensar. Masas análogas, comparables o casi comparables, existen en todas partes. El documento místico que corresponde al documento ológrafo, *mutatis mutandis*, de los países con derecho consuetudinario, es un documento sin el molesto intermediario de la pluma, y es privilegio de la cima cultural que es también la cima social. Se encuentra representado masivamente en el pequeo núcleo de la serie perfectamente homogénea de los documentos de los registros públicos, que Michel Vovelle toma primero como guía en una primera parte, donde un grupo estrecho de 2 mil

documentos da una imagen rigurosamente exacta, fina, precisa y fiel del conjunto provenzal. En total, han sido interrogados cerca de 50 mil documentos. Allí, a nivel popular, el documento nuncupativo, testamento de los pobres, se impone masivamente con su molesto mediador notarial. La comparación que se realiza entre el documento místico registrado y el documento nuncupativo masivo de los estudios rurales, prueba claramente que, a pesar y tal vez en razón de esos mediadores de pluma, el testamento nuncupativo, o sea el testamento común, la mercancía no seleccionada del notariado, interrogada serialmente con los métodos tradicionales de una buena metodología cuantitativa, responde tan rápido y tan bien como el testamento místico. Las series de los testamentos comunes, de los testamentos nuncupativos, son tan vigorosas y abundantes que reaccionan rápidamente, casi inmediatamente a la modificación. Incluso es posible preguntarse si, en la medida en que reflejan ciertos hábitos de estilo del medio notarial, su falla no consistiría más bien en anticipar que en retardar el cambio.

Así, el gran libro de Michel Vovelle inaugura un nuevo campo inmenso, gracias a su magnífica invención documental, tanto más meritoria cuanto que trata sobre lo aparentemente conocido. Jean-Marie Gouesse ha seguido un camino análogo. Como Vovelle lo hace en el testamento, documento masivo, Jean-Marie Gouesse se basa en la solicitud de dispensa, documento masivo debido a los numerosos impedimentos que el derecho canónico multiplicó a placer. Un mediador de pluma, el cura, evidentemente muy cerca del medio popular cuya solicitud él transcribe fielmente, apegándose a un molde rígido, pero cuya menor vibración, cuya menor modulación es significativa.

Una primera lección se desprende del trabajo de Vovelle y de Gouesse. No se alcanza el tercer grado con las fuentes habituales; la mutación de la historia serial en el tercer grado viene a ser en primer lugar una mutación documental. Una vez que se ha encontrado el documento masivo, realizado el desciframiento, basta con adaptar los métodos probados por la historia serial e incluso los cuantitativos, en el caso de los sectores económico y social, los cuales son fácilmente cuantificables.

¿Conviene recordarlo?, el documento utilizable para llegar hasta lo más profundo de un sistema de civilización no es forzosamente un documento escrito. Victor Lucien Tapié abrió una fructífera vía con la encuesta sobre los retablos. Nosotros lo hemos seguido modestamente en Baja Normandía. El inventario monumental, el inventario de la imagen y el inventario de cierto tipo de objetos juiciosamente elegidos entre el mobiliario, después de todo, constituyen fuentes de la historia

del tercer grado[33] casi comparables con las dispensas y con los testamentos.

Pero volvamos a los testamentos provenzales, ya que Michel Vovelle proporciona el primer ejemplo, hasta ahora, de la nueva metodología de lo serial aplicado al tercer nivel.

El testamento provenzal revela el fin de una estructura —conservemos el nombre que Michel Vovelle propone para ella—: la piedad barroca. Esta piedad es extrovertida. Necesita expresarse mediante gestos, gestos individuales y gestos colectivos: es gestualización. Necesita mediadores ante la muerte y la llegada del juicio: los santos del Paraíso, organizados en jerarquías y secuencias que tienen mucho que enseñarnos. Los pobres, libres o encerrados según la época y el lugar, que son rostros y lugartenientes del Cristo. Las cofradías, que son la comunidad intercesora. La institución es extraordinariamente viva hasta mediados del siglo XX; en Normandía se llama a estos cofrades de la intercesión acompañante, los *charitons*. La ayuda de la comunidad intercesora es solicitada para la vuelta a la ciudad que se hace dar al cadáver con el rostro descubierto. La vuelta a la ciudad revela, incidentalmente, que la piedad barroca, en lo vivido, no puede soportar hasta sus últimas consecuencias la intensa dramatización del último instante, puesto que prolonga la intercesión de la comunidad hasta más allá del último instante, en una duración de dos o tres días en los que aún es posible reparar aparentemente todo, pues la intercesión parece obrar realmente para la salvación y no solamente para exonerar de la pena en el Purgatorio. A lo sumo, se podría sumar este desfase de la duración decisiva de algunas horas a algunos días después de la muerte en el activo de una toma de conciencia de la extratemporalidad del Ser de Dios, que vuelve legítima la intercesión para un pasado que se sitúa, con el presente y el futuro, en el presente de Dios. Habría que suponer que, con un estado latente de cinco a seis siglos, algo de la ontología escolástica de la analogía del Ser había acabado por penetrar, en la práctica, frente a la muerte.

La piedad barroca acepta la sociedad de órdenes monásticas que proyecta en el Cielo y en la ceremonia mortuoria. Privilegia las órdenes monásticas sobre la parroquia, la sociedad monástica sobre la sociedad presbiterial, conforme a una concepción medieval contra la cual se había levantado la Reforma católica en Francia, a partir de Berulio.

[33] Michel Vovelle y su esposa, Gabrielle Vovelle, lamentablemente desaparecida, han explorado los recursos de la imagen en un libro muy bello. G. y M. Vovelle, *Vision de la mort et de l'au-dela d'après les autels des âmes du Purgatoire, XV^e^-XX^e^ siècle*, París, A, Colin, *Cahiers des Annales ESC* 24, 1970, 100 pp.

Privilegia el espacio cerrado y cubierto del templo, bajo la protección del sacramento del altar, con respecto al espacio también sagrado, es cierto, pero con menor derecho, y además inseguro, del cementerio.

La piedad barroca cree en el valor incomparable del sacrificio de la misa con una intención precisa; por eso se manifiesta por la compra masiva de misas, por la inversión *post mortem*, por la donación masiva que favorece a una religión basada en la relación vertical dominante, abrumadora. El gesto patriarcal, la donación en favor de "los pobres" es de tradición reformada; revela la presencia de "nuevos católicos". La donación consecuente en favor del hospital es un gesto de las Luces que aparece tardíamente, y no un gesto de la piedad barroca.

La piedad barroca aparece pues como una piedad de participación o, mejor todavía, como una piedad de encarnación; pero, en oposición con la Reforma protestante y ciertas modalidades de la Reforma católica francesa, acepta una encarnación difusa y rechaza la tensión dramática del *Deus absconditus*. Desgraciadamente, esta comprobación nos da una indicación no unívoca para la delimitación en el tiempo. O bien se trata de una muy vieja estructura de participación en lo sagrado, o bien de una reacción de tipo contrarreformado, surgida pues contra una sensibilidad protestante y beruliana en el horizonte 1650. Lo uno no excluye lo otro. Se está, muy probablemente, en presencia de un injerto contrarreformado en una muy vieja rama.

Todos estos gestos vinculados en una estructura siguen creciendo en forma generalizada, sobre todo en el espacio de nuestro Mediodía mediterráneo provenzal (incluida Niza y el segundo plano alpestre) de 1680 a 1710 y de 1680 a 1720-1730 en algunos sectores minoritarios y, excepcionalmente, de 1680 a 1770, debido a la inercia, la pesadez y la velocidad adquirida. Esta piedad es antigua.

Naturalmente, en el interior de la misma estructura de coherencia, es indisociable de una actitud de rechazo; busca, si se quiere, su propio rechazo, con el que está dialécticamente, indisociablemente soldada, en una esencia de común fidelidad, pero expresada en una forma más depurada. Esta actitud de fervor —¿hay que decir clásica?— es naturalmente minoritaria, el 10 por ciento, en líneas generales, de una élite cultural y espiritual que se expresa por un pasivo abandono voluntario, puro y simple, a la gracia de Cristo muerto y resucitado. Es reivindicación de pobreza en la muerte, rechazo de todo mérito que es una pérdida, en la línea de la Palabra de Dios en la Epístola a los Romanos. Tiene sus gestos, un ritual casi de no ritualismo, indiferencia por la sepultura, solicitud de ser enterrado en el mal lugar, en París, en la parte del cementerio reservada a los sarnosos, a los difuntos alcan-

zados por enfermedades vergonzosas, una suerte de conformismo negativo, evidentemente minoritario y de renunciación. Así, el Barroco religioso, como la sensibilidad barroca en todos sus aspectos, provee de su clasicismo a una élite de la espiritualidad.

La línea descendente, el proceso disociador de esta estructura están demostrados desde entonces: 1730-1750, desnivel sensible; 1750-1760, alivio momentáneo, incluso muy ligera recuperación; 1760-1790, desbandada y aniquilamiento.

Esta curva merece alguna atención. No es la primera mitad del siglo XVIII sino la segunda la que produce destrucción y ruptura. En el análisis, las curvas de Vovelle dan la razón a François Furet contra Daniel Mornet. En el nivel de los claros pensamientos de los sistemas que conquistan la audiencia de una estrecha élite, el viraje se ubica a fines del siglo XVII en la perspectiva del año 1680; en el nivel de la penetración masiva, después de 1760, a la hora de la Enciclopedia. Más inquietante es el alivio momentáneo de los años cincuenta del siglo XVIII. Uno podría sentir la tentación de correlacionarlo con el surgimiento espiritualista de una fracción importante de las Luces, incluso en Francia, en el nivel del *Emilio*, y con el arranque de la *Aufklärung* mística y espiritualista en la Europa germánica. La explicación es, sin duda, más simple y puramente endógena. El fin de la polémica jansenista y el reflujo del corolario de piedad clásica, en la renunciación agustiniana, es engañoso. Lo que en un momento determinado habíamos considerado como un tiempo de detención y de recuperación, no es tal vez más que una aceleración del proceso disgregador causado por la desaparición de las tradiciones más auténticas, ya que son las más depuradas de un verdadero comportamiento cristiano ante la muerte.

Se ve lo que puede aportar la simple yuxtaposición de gráficas, la cifra bruta, en la primera fase del análisis. Pero las ambiciones de la historia serial practicada en el tercer nivel deben ir más lejos. Michel Vovelle, el que tanto innovó, el principal responsable de la mutación que deseamos, entreabrió algunas puertas al término de su magnífico esfuerzo.

Entonces, tratemos deliberadamente de enriquecer lo que se nos proporcionó y de diseñar el bosquejo elemental de un plan de investigación para mañana.

Aparte de lo masivo, el testamento exige una lectura excesivamente aguda. Nos conduce a una forma de historia que, al principio, durante el desarrollo y al cabo de su esfuerzo estadístico, debe recuperar la mirada ansiosa y penetrante de la erudición literaria, incluso el sentido de observación del etnólogo.

Como el cadáver que, por una serie de *lapsi* reveladores —contaminación tal vez del idealismo cartesiano (?)— se convierte en el cuerpo. ¿Qué significa, a fines del siglo XVIII, el miedo pánico del enterrado vivo que observamos igualmente en la Baja Normandía posterior a 1760? Su interpretación es delicada, multívoca, requeriría varias páginas. ¿Qué significa el gesto fundamental, también multívoco, pero constante en toda Francia, del muerto vestido, el rechazo de la desnudez y de la antigua y tradicional simplicidad del sudario? Es un gesto de élite, es a menudo un gesto de clérigo. Serían necesarias muchas investigaciones paralelas y todo un libro para interpretarlo. Una cosa es segura, pertenece anticipadamente a las estructuras del siglo XIX y del XX que están por nacer.

¿Qué significa, a igual gasto, la sustitución de la fundación de misas tradicionales por la compra masiva de misas? La explicación por la desconfianza monetaria inmediatamente después del sistema de Law es insuficiente. Nunca el poder de compra se conservó tan bien como en el curso del siglo que precede, hacia 1720, el abandono de la fundación. ¿Sensibilidad al accidente, después de una estabilidad casi secular? Estoy apenas convencido. La incidencia no puede ser sino secundaria. La compra masiva en lugar de la tradicional fundación debe ser correlacionada con el miedo del enterrado vivo y el muerto vestido. Una atención al cuerpo y al tiempo; una pérdida de fuerza en la noción de Eternidad alcanzada por la Visión beatífica, suponiendo que haya habido alguna vez en Occidente, mucho menos que en la ortodoxia, una gran difusión de la noción de Eternidad, invenciblemente confundida con una duración prolongada, con un tiempo homogéneo que corre indefinidamente.

Otro ejemplo es el lugar de la sepultura. En Occidente, entre el espacio de los muertos y el de los vivos hay una tensión, un vaivén multisecular. En un pasado remoto, antes de la cristianización de los campos, el cementerio está lejos, el cementerio merovingio está a buena distancia del hábitat de los vivos. Los muertos son seres peligrosos a los que se tiene a distancia. La incorporación del lugar de la sepultura al espacio de los vivos es, sin duda, una adquisición de la pujante cristiandad de los XII-XIII. Del cementerio instalado junto a la iglesia, se pasa a la sepultura dentro de ella: reivindicación, para todos, del antiguo privilegio de los clérigos y de los patronos. Las Luces han librado en nombre de la higiene, y el catolicismo ilustrado en nombre de la decencia y del respeto debido al lugar sagrado, que la presencia real transforma, un combate que tiende a expulsar a los muertos del recinto eclesial. La prohibición práctica y efectiva se generaliza poco a poco

en Francia, por lo común alrededor de 1770. En este terreno, como en otros, los privilegiados sostienen un combate de retaguardia para seguir disfrutando del privilegio separador de una sepultura dentro de la iglesia.

Sobre este punto queda mucho por hacer. En el oeste está realizándose un trabajo[34] que utiliza de una manera serial la encuesta en los cementerios de 1804, que forma series convencionales pero homogéneas y coherentes, y que establece el relato de las muertes privilegiadas (agonía de los religiosos, relatos de las ejecuciones de los condenados... relatos objetivos de funerales, colecciones de esquelas de defunción, ritos y formas del anuncio). Se espera comprender mejor el paso de la muerte barroca a la muerte laicizada del siglo XX, si bien ésta continúa siendo, en lo esencial, una muerte cristiana que se apega a un código transformado.

En adelante, el principal esfuerzo debe tener por objeto la ganancia de una más larga duración. Hay que salir un poco del prolongado siglo XVIII. Hacia 1680-1700 culmina una estructura. Desgraciadamente, un salto hacia adelante en el pasado debe pagarse con una nueva invención documental. Más allá de mediados del siglo XVII, las dispensas disminuyen y el testamento pierde una parte de su fuerza de convicción. Piénsese, pues, en las series acordadas que se pueden formar, partiendo de un calificativo seleccionado y homogeneizado. Queda la imagen: Alberto Tenenti mostró ayer sus posibilidades; Emile Mâle, poco antes. Pero una imagen tratada conforme a los procedimientos cuantitativos que permite la época de las computadoras, sigue siendo aún el recurso más sistemático en los modelos.

El interés por construir un sólido cuerpo con los datos sobre la muerte, se basa en la muerte misma. Es muy evidente que ningún otro momento de la vida se deja aprehender más fácilmente, ningún otro momento está más íntimamente ligado, sin trampa posible, a todo un sistema de civilización, por el medio indirecto de la relación ontológica.

Así, seguramente debe descubrirse en el sistema de civilización una cierta coherencia, que se manifiesta continuamente en las actitudes ante la muerte, desde fines del siglo XVIII hasta el viraje fundamental entre todos del punto de articulación de los siglos XIII-XIV. En el comienzo del siglo XIV se ve, simultáneamente, el paso del mundo abierto al mundo pleno, la entrada en acción de un nuevo tipo de cultura escrita —surgido por la multiplicación de los que escriben—, de una frontera

[34] Por Michel Bée.

aculturante del escrito, una cultura escrita laica, arrinconada entre la masa de los tradicionales y la delgada película de los clérigos comprometidos con una cultura abstracta, altamente especializada. Al afirmarse en el plano religioso una piedad más individualista, las actitudes barrocas ante la muerte sólo son ya, tal vez, la fase final, el exponencial y, por lo tanto, destructor crecimiento de este muy viejo *continuum* que se quebrantó en el siglo XVIII y que acabó por deshacerse en el siglo XIX-XX.

Tal vez mañana, para ver esto claro, habrá que correlacionar la muerte con otras investigaciones sobre la pobreza, la enfermedad y todos esos fenómenos esenciales indisociables de la muerte: las actitudes ante el sexo y la pareja —conjunto capital en la sociedad tradicional del mundo pleno— y, por lo tanto, la ascesis sexual laicizada y socializada, el repliegue afectivo sobre el *nucleus* familiar. Habrá que correlacionar con matices regionales fuera de Francia y del área católica latina, con otras épocas. Escandinavia y la Nueva Inglaterra, así como el cuarto nordeste de los Estados Unidos, vienen con facilidad a la mente. Se partirá de la reflexión inicial de Philippe Ariès,[35] que puede servir de punto de partida a la hipótesis de un eje de permutaciones sexo/muerte. La explosión de la sexualidad, sobre el horizonte 60 y 70 del siglo XX, es un fenómeno que arrancó en los sectores que practicaron durante mucho tiempo el rechazo social más sistemático de la sexualidad, colocándola contra un fondo animista vigoroso. Esa explosión se acompaña de un total abandono de los gestos sociales ante la muerte, que va hasta el rechazo del duelo, incluso de la evocación del difunto. La muerte es, fundamentalmente, en esta perspectiva, lo que estorba la vida, lo obsceno, lo indecible. La explosión de la sexualidad en el eje de permutación evocado compensa el total rechazo de la muerte. La muerte tomó en un modelo de civilización del norte (puritano, calvinista), el lugar que ocupaba el sexo en el siglo XIX, en la medida en que el sexo no estaba disociado, entonces, de la procreación, del nivel pues de lo afectivo profundo y de la muerte. En la trayectoria de toda una serie de sistemas de civilizaciones que embonan entre sí, lo que cuenta, más que el sector rechazado, es el rechazo. Nuestro siglo rechaza la muerte con una ferocidad superior a la que el victoriano siglo XIX mostró frente al sexo.

Habrá que correlacionar sistemáticamente con el discurso más elaborado de la relación ontológica, a saber el discurso filosófico y teológico considerado en su totalidad. Pero la lectura que debe hacerse no es

[35] Ariès, "La mort inversée", *op. cit.*

una lectura aislante y aislada. Lo que importa es el conjunto del discurso pronunciado, no un florilegio de lo que después puede parecer esencial, teniendo en cuenta al máximo algunas lecciones de la bibliometría bibliográfica, de la masa; por lo tanto, de la difusión y del impacto. Lo que importa es más una relectura que una lectura; a saber, una lectura que va más allá del primer sentido del discurso, para alcanzar el sentido segundo, el sentido más o menos inconscientemente revestido, en el sello de una arquitectura, de una repetición inútil, de un olvido. Hay que recordar que cuenta fundamentalmente no sólo lo que es dicho, sino el lugar que tiene en el discurso, el momento, el cómo, la secuencia, la transición, en el final, el medio o el comienzo del discurso.

Sea lo que fuere, sólo lo que sucede en la cima, en el orden de los pensamientos más elaborados, es realmente importante, a condición de saber tomar en cuenta las potencialidades. Lo que puede apreciarse en forma generalizada en la perspectiva de 1730, en el plano de los gestos y de la escritura tradicional ante la muerte, es muy evidentemente el choque tardío de lo que se produjera un siglo antes en el plano de las ideas.

La vieja filosofía cristiana aristotélico-tomista —y las actitudes de pie dad que inspiraba— a pesar de sus límites era singularmente tolerante, ya que era integradora de muy viejas culturas tradicionales, era realista en sus acciones y se apegaba al sentido común. A pesar de las tensiones surgidas, no rechaza nada y asimila, integra.

Dos tipos de pensamiento mucho menos integradores llegaron a sustituir en la cima: por un lado las corrientes humanistas, con su patrimonio inevitable de reminiscencias platónicas, neoplatónicas y gnósticas; por el otro las corrientes de la Reforma, con su aculturante exigencia de pureza. Del lado calvinista se llega a una rencorosa crispación, al menos al pánico contra las tradiciones ctónicas que la escolástica tomista era más apta para integrar, una voluntad de silencio admirable pero en último caso peligrosa, sobre todo lo no explícito de la Palabra de Dios. El calvinismo es, en la práctica, una religión del alma, un activismo en la vida, que tiende a despojar de dramatismo al instante de la muerte. En un primer momento, por su tentación latente del olvido, se orienta hacia una reducción del discurso sobre la muerte.

El idealismo filosófico que triunfa a la altura del *cogito* cartesiano conduce al mismo resultado. Estas dos corrientes de pensamiento, cuando, después de seculares recorridos, entran en contacto con los gestos esenciales de la vida, conducen a las mismas actitudes aculturantes

de negación y rechazo; se topan con la imposibilidad práctica de integrar el conjunto de gestos ctónicos de una civilización muy vieja que la Edad Media en el cenit de su grandeza, desde sus cimas filosóficas y teológicas hasta el momento inigualado del triunfo de lo abstracto, había logrado sin embargo cristianizar. Los pasos conjuntos de las reformas radicales de la Iglesia (calvinista y católica agustiniana) y del viraje idealista del pensamiento –necesario para la sustitución de la lógica formal por el lenguaje matemático, en el seno de un mundo cerrado que ha estallado en universo indefinido– juntan sus esfuerzos en un fondo de aculturación. Por eso, no siempre resulta fácil al comienzo disociar los efectos que pueden atribuirse a lo que es propiamente frente aculturante de las dos reformas de la Iglesia y a lo que es frente aculturante de los primeros batallones de las Luces. Esta incidencia de los pensamientos de la cima en un sistema de civilización muy viejo, comienza a ser mensurable poco a poco en forma generalizada, en Provenza y en otros lugares, en relación con el sexo, el amor, y la muerte, en la perspectiva de los años treinta del siglo XVIII, con métodos de historia cuantitativa adaptados a las exigencias específicas del tercer grado.

XVII. MORIR EN PARÍS (SIGLOS XVI-XVII-XVIII)*

Reflexiones previas

Michel Vovelle señaló el camino.[1] Una investigación sobre las actitudes ante la muerte en París en los siglos xvi, xvii y xviii fue emprendida en 1971-1972. El examen de los datos continúa. Era tentador hacer un balance a mitad de camino. El coloquio francobritánico de Lyon[2] proporcionó la ocasión para ello. En el marco de un seminario que dirijo, y por razones diversas, unas cincuenta personas[3] han participado en una investigación que desembocará en la publicación próxima,

* Artículo publicado en los *Annales ESC* 1, enero-febrero de 1976, pp. 29-50. Reproducido con la amable autorización de la Redacción.

1 M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments*, París, Plon, 1973, 700 páginas.

2 Este artículo repite, poco más o menos, el contenido de la ponencia que presentamos en Lyon el 2 de octubre de 1974. Presenta el estado de los trabajos hasta septiembre de 1974. Quiero agradecer a Roger Chartier y Daniel Roche que prepararon, en el marco de nuestro seminario sobre la muerte, los dos magníficos estudios que se leerán más adelante: "Les arts de mourir, 1450-1690" y "'La mémoire de la Mort'. Recherches sur la place des arts de mourir dans la Librairie..." Ellos me instaron amistosamente a preparar estas reflexiones previas que ahora presento. Quiero agradecer igualmente a Roland Mousnier, director del Centro de Investigaciones sobre la Europa moderna que insistió para que yo participe en el coloquio de Lyon.

3 Sucesor, en la cátedra de historia de la civilización moderna en la Sorbona, de Victor-Lucien Tapié, arrancado demasiado pronto al afecto de los que tuvieron el privilegio de conocerlo, lo cual equivale a decir quererlo; me he empeñado en proseguir una de las vías que él había trazado en la elaboración de su Enquête sur les Retables (V.-L. Tapié, J.-O. L Flem, A. Pardailhé-Galabrun, *Retables baroques en Bretagne*, París, puf, 1971, 317 pp. + láminas), y me he decidido a llevar, tras otros y con otros, lo cuantitativo al tercer nivel; he recibido mucha ayuda. Mme Pardailhé-Galabrun, coautora de los *Retables baroques*, me ha otorgado el privilegio de su ciencia de la imagen. Ella articula en el nivel del conjunto de la muestra los cálculos que los estudiantes hacen en el marco monográfico de los Etudes du notariat parisien. Agradezco muy particularmente a D. Roche y R. Chartier, y además a B. Vogler, B. Vincent, M. Blasco, M. Foisil, cuyo artículo "Les attitudes devant la mort au XVIIIe siècle: sépultures et supressions de sépultures dans le cimitière parisien des Saints-Innocents", se publicó en *Revue historique*, 510, abril-junio de 1974, pp. 303-330; igualmente, a A. Molinié-Bertrand, M. Bée, J. Depauw, quienes participaron de diversas maneras, así como J.-P. Poisson, P. Attali, autor de un buen estudio todavía inédito sobre *Les faire-parts, une forme de deuil au XVIIe et XVIIIe siècles;* R. Machard, musicólogo; Mme Mesnard, cuyo estudio sobre los Retablos del Maine es esperado con gran interés; M. F. Pernot, Mme S. Pillorget, C. Varachaud; G. Lemeu-

esperamos, de *Mourir à Paris.*[4] El libro, la imagen que cobra vida y, sobre todo, el testamento, muestran cómo se muere en París. Hemos visto cerca de 7 mil testamentos, de los cuales 3 mil están siendo examinados exhaustivamente. Estamos lejos aún de los 20 mil testamentos provenzales de Michel Vovelle. Es probable que no igualemos tan ambiciosa cifra, pues preferimos la utilización en profundidad de una muestra más restringida.

¿Es necesario decirlo? El equipo del testamento parisiense tiene dos maestros. A Michel Vovelle le corresponde el incomparable mérito

nier ha realizado, en el marco de nuestras investigaciones, un estudio sobre los monumentos a los muertos de la guerra de 1914-1918.

[4] Cuya publicación está prevista en Arthème Fayard. (*La Mort à Paris, XVI^e^, XVII^e^, XVIII^e^ siècles,* París, Fayard, 1978, 545 pp.) Este trabajo colectivo es la obra de un equipo de estudiantes que trabajaron bajo mi dirección. No citaré los trabajos emprendidos que hasta la fecha no han concluido (una veintena de memorias). Tengo una deuda particular de reconocimiento con respecto a Claire Lacroix, Elisabeth Bonnin y J. M. Le Guevellou, quienes me ayudaron a definir modelos de investigaciones. Disponemos pues en este momento de las monografías preparatorias de C. Lacroix, *Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments entre 1700 et 1730,* 1972 (Etude XXX de 1700 à 1730); E. Bonnin, *ibid.* (Etude LXXXV de 1700 à 1712); J. M. Le Guevellou, *Les estampes et leurs thèmes au XVI^e^ siècle* (essai d'étude quantitative), 1973; 250 pp., 12 fotografías; M. F. Barney, *Les estampes et leurs thèmes au XVI^e^ siècle* (essai d'étude quantitative), 1974; C. Douville, *Les images de la mort dans les estampes du XVI^e^ siècle en France,* 1974; B. Faivre, *La mort à travers la littérature protestante aux XVI^e^ et XVII^e^ siècles,* 1973, estudio sobre los fondos de la Biblioteca de la Sociedad de Historia del Protestantismo (calle de los Santos Padres No. 54). M. H. Borrély, *Les attitudes devant la mort de 1650 à 1670,* según los Estudios LXXII y XX, 1973; H. Kerriou, *ibid.*, Estudio LXII (Maestro Veillard) de 1707 a 1738, 1973; M.-J. Le Magourou, *ibid.*, Estudio LXXXIX, de 1750 a 1770, 1973; D. Marois, *ibid.*, Estudios V y XII, de 1650 a 1674, 1973; J. de Nathan, Estudio XLIII de 1650 a 1670, Estudio LXXV, de 1655 a 1665, 1973; A. Moro, *ibid.*, Estudio LXXXI, de 1631 a 1662, 1973; J. Schmitt, *ibid.*, Estudio XLV, 1700 a 1730; M. Wullschleger, *ibid.*, Estudio XXX, de 1750 a 1792, 1973; A. Bataille, *ibid.*, Estudio CV (calle Saint-Antoin) de 1650 a 1670, 1974; G. Delaporte, *ibid.*, Estudio XLV, de 1655 a 1694, 1974; G. Labelle, *ibid.*, Estudio LXXIII, 1667-1696, 1974; P. Landier, *ibid.*, Estudio V (1600-1630); Estudio IV (1600-1630), 1974; C. Martin, *ibid.*, Estudio XI y Estudio LXXIII (1589-1600), 1974; J. C. Saut, *ibid.*, en Belleville y en Vincennes, Estudio XXVII (1600-1805), Estudio CXL (1636-1806), 1974; E. Tranchant, *ibid.*, Estudio de D. G. Lange, LXXXIX, parroquia Saint-Paul, 1670-1690, 1974; C. Genin, *ibid.*, Estudios XXI, VIII, 1589-1649, 1974; A. Reynaud, *ibid.*, Estudios XXIII XXV, 1670-1700, 1974; M. Lacout, *ibid.*, Estudio del Maestro Meslin, calle Saint-Antoine No. 157, parroquia Saint-Paul, 1690-1731, 1974; Mme M. Massucco, *ibid.*, Estudio XXII, que reagrupa a 36 notarios de una y otra de las dos orillas de la Ciudad, 2a. mitad del siglo XVI, 1974; P. Martin, *ibid.*, Estudio XXXVIII, M. P. Asseline en Saint-Martin, frente a la iglesia Saint-Nicolas-des-Champs; P. Carré, *ibid.*, Estudio XXXV, barrio Saint-

del método:[5] aplicar al testamento el enfoque cuantitativo. A Philippe Ariès,[6] el mérito de un sistema de la muerte en nuestra civilización occidental. ¿Hay que recordar todavía a investigadores de ayer y hoy, a Emile Mâle, J. Huizinga, Alberto Tenenti, Panofski, Geoffrey Gorer, Edgar Morin, François Lebrun?[7]

¿Quiénes son los historiadores que, desde hace siete u ocho años, no han sido atraídos en alguna ocasión por un estudio sobre la muerte?[8]

Eustache (1646-1673), 1974. El trabajo de M. Bruno de Cessole merece una mención especial. Trata sobre los Estudios Claude Le Vasseur (1599-1645), Nicolas Dournel (1606-1611), Denis Camuset (1629-1641), Jean Colas (1645-1665) reagrupados en el nº XXXV del Minutario central. Esta memoria de más de 300 páginas utiliza todas las posibilidades ofrecidas por el análisis de contenido y la semántica cuantitativa más "sofisticada". Todo el equipo debe mucho a la ayuda y a la comprensión de los conservadores de las estampas de la B. N. y, sobre todo, del Minutario central a los A. N. (Mlle Antoinette Fleury, M. Collard, M. Gourmelon). Les expresamos nuestro agradecimiento.

[5] G. y M. Vovelle, *Vision de la mort et de l'au-dela en Provence d'après les autels des âmes du Purgatoire, XV^{e}-XX^{e} siècles*, París, A. Colin, 1970, 100 pp. Y sobre todo *Piété baroque et déchristianisation, op. cit.* Ya tuve ocasión de decir lo que debemos a una de las obras más importantes de estos últimos años (las *Informations*, nov. 1971, y *Mélanges F. Braudel*, Un nouveau champ pour l'histoire sérielle: le quantitatif du troisieme niveau, Toulouse, 1973, t. II, pp. 105-128).

[6] P. Ariès termina un libro sobre la muerte en el mundo cristiano, el cual es comparable, sin duda alguna, a sus clásicos sobre las actitudes ante la vida y sobre el niño. Se lo puede juzgar a través de una serie de artículos: "Contribution a l'étude du culte des morts à l'époque contemporaine", *Revue des travaux de l'Académie des Sciences morales et politiques* 109, 1966, pp. 25-34; "La mort inversée, le changement des attitudes devant la mort dans les sociétés occidentales", *Archives européennes de sociologie* 8, 1967, pp. 169-195, uno de los artículos más importantes jamás escritos sobre la crisis de nuestra civilización; y... un brillante opúsculo, *Western attitudes towards Death from the Middle Ages to the present*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1974, 114 pp. En el momento en que releemos las pruebas, se publica la muy brillante recopilación de P. Ariès, *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Age à nos jours*, París, Seuil, 1975, 226 pp., y acaba de aparecer a fines de 1977, *L'homme devant la mort*, París, Seuil, 1977, 640 pp.

[7] E. Mâle, *L'art religieux de la fin du Moyen Age en France, Etude sur l'iconographie du Moyen Age et sur ses sources d'inspiration*, París, A. Collin, 1908, 6a. ed.; J. Huizinga, *Le déclin du Moyen Age*, París, A. Colin, 1952, 122 pp. y *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Turín, 1957; E. Panofski, *Tomb sculpture*, Londres, 1964; G. Gorer, *Death, grief Mowening in contemporary Britain*, Nueva York, 1968; E. Morin, *L'homme et la mort*, 1a. ed., 1951; 2a. ed., París, Seuil, 1970, 350 pp.; F. Lebrun, *Les hommes et la mort en Anjou aux XVII^{e} et XVIII^{e} siècles. Etude de démographie et de psychologie historique*, París-La Haya, Mouton, 1971, X-562 pp. Quien quiera comparar podrá ver a R. Decary, *La mort et les coutumes funéraires à Madagascar*, París, Maisonneuve et Larose, 1962, 306 pp. + láminas.

[8] Se debe a A. Corvisier, *La danse macabre de Mesley le Grenet*, Chartres, 1970,

Ya me he interrogado acerca de esta curiosa coincidencia;[9] la afinidad de intereses es demasiado generalizada para ser puramente fortuita. Superficialmente, se deriva del lugar ocupado por la demografía histórica en la investigación de Francia, Bélgica, Italia e Inglaterra. La demografía, en el horizonte de la inmediata posguerra (¿hay que recordar el artículo verdaderamente histórico de Jean Meuvret?)[10] fue en primer lugar una demografía de la crisis y, por lo tanto, de la muerte. Pierre Goubert[11] construyó un modelo ahuecado de la demografía del Antiguo Régimen, regido más por la muerte que por la vida, por la mortalidad más que por la natalidad, considerada un poco como un invariante. Este modelo ha sido útil; informa sobre numerosos aspectos de la realidad demográfica; lo hemos aprovechado aunque, en algunos aspectos, ya se encuentra superado[12] por fortuna. En cierta perspectiva, la excelente tesis de François Lebrun[13] forma parte de la generación de los estudios sobre la muerte, influidos por la repercusión y el impulso de la demografía histórica. El interés de los historiadores por las actitudes ante la muerte tiene raíces profundas, y muy evidentemente, motivos más numerosos y más generales.

He tenido ocasión de recordar la importancia de los vaivenes entre corrientes historiográficas y paisajes sociales y mentales.[14] Existe una historiografía de la crisis de 1929 y de sus repercusiones, igualmente una historiografía de la crisis de civilización y de los cambios estructurales de fines de los años sesenta y de principios de los setenta. Estas correlaciones son responsables, a través de los catalizadores bastante evidentes, del asalto reciente de lo cuantitativo al tercer nivel.[15] Era

pp. 33-124 y las "Représentations de la société dans les danses des morts, XV^e^-XVIII^e^ siècles", *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 4, 1969, pp. 489-535; E. Winkler, *Die Leichenpredigt im deutschen Luthertum bis Spaner,* Munich, Chr. Kaiser Verlag, 1967, 24; véase también, *La mort au Moyen Age, Colloque,* Estrasburgo, 1977, Istra, 152 pp.

[9] P. Chaunu, *Histoire, science sociale. La durée, l'espace et l'homme,* París, SEDES, 1974, 440 pp. y "Conjoncture, structures et systèmes de civilisation. Conjoncture économique. Structures sociales", *Hommage à Ernest Labrousse,* París, Mouton, 1974, pp. 21-35.

[10] J. Meuvret, "Les crises de subsistence et la démographie de la France d'Ancien Régime", *Population* 1 (4) octubre-diciembre de 1946, pp. 643-650, vuelto a publicar en los *Etudes d'Histoire économique,* París, A. Colin, 1971, pp. 271-278.

[11] P. Goubert, Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730, París, SEVPEN, 1960, 2 vols.

[12] Capítulo XIV, *supra.*

[13] Lebrun, *Les hommes et la mort en Anjou, op. cit.*

[14] En *Histoire, science sociale, op. cit.,* y más recientemente en *De l'histoire à la prospective,* París, R. Laffont, Col. Libertés 2000, 1975, 400 pp.

[15] Capítulo XVI, *supra.*

normal que se buscara alcanzar mediante una aproximación cuantitativa el contenido de los sistemas de civilización. Nuestra encuesta se inscribe, más o menos conscientemente, en esta corriente.

No se trata de agotar el contenido de una investigación que no ha llegado a su término. No se puede estudiar la muerte en París, en los siglos XVI, XVII y XVIII, sin algunas reflexiones previas.

1

Morir en París no es más que un capítulo de una investigación más vasta, que un solo equipo no sería capaz de realizar.

Philippe Ariès[16] ha diseñado un modelo en cuatro tiempos que se aplica a los dos milenios de la historia cristiana de la cuenca mediterránea y de sus prolongaciones. Una muerte aceptada, una muerte natural, y una muerte esperada, la vieja manera de morir. Va desde los valientes caballeros de las canciones de gesta hasta el campesino de Tolstoi cuya muerte calca la de los patriarcas de la Antigua Alianza. Yo estaría tentado de llamarla la muerte menos socializada anterior al viraje fundamental del mundo pleno. Encontramos una vez más el cambio de los siglos XII-XIII.[17] La Rusia de los campesinos de Tolstoi es anterior, en cierta manera, a nuestras catedrales. Ni sincronía ni diacronía, pues, sino acronía.

A partir del siglo de todas las innovaciones creadoras, el XIII, dos modelos se suceden, uno barroco y otro replegado al fuero familiar, la *muerte de sí mismo* y la *muerte del otro.*

La muerte antigua acude al apoyo comunitario, con sus linajes, sus grupos de edad. Casi no se percibe alrededor del moribundo (¿pero qué son nuestras fuentes?) ni la familia estrecha, ni la Iglesia en su jerarquía clerical. La muerte barroca es una muerte-predicación, una muerte-barullo, una muerte acompañada que deja poco lugar a la fantasía y al azar. Se pasa insensiblemente del modelo 2 (siglos XVI-XVII) al 3 (siglos XVIII-XIX), el cual culmina en el intimismo familiar de fines de las Luces y de la delectación romántica. En cierta medida, la verdadera ruptura es entre 1, 2, 3 considerados globalmente y la muerte prohibida, la muerte vergonzosa, obscena, disimulada, expulsada, de las sociedades postindustriales, irritadas contra lo que revela su impo-

[16] P. Ariès, *Western attitudes towards Death,* distingue *Tamed Death, One's Own Death, Thy Death, Forbiden Death.*

[17] Chaunu, *Histoire, science sociale, op. cit.*

tencia y su fracaso. Morir en París confirma el modelo de Ph. Ariès: se ubica en el plano 2 y en la transición de 2 a 3.

Nuestra tarea era fácil. Teníamos un modelo aplicable a la larga duración, un método adaptado para un análisis estructural de la muerte "barroca". Tarea fácil y, por lo tanto, delicada. Aprovechando toda la experiencia, debemos entonces intentar ampliarla y profundizarla.

Recurramos a nuestras dos guías: *Western attitudes towards Death; les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments;* luego, notemos en ellas la misma preocupación; la coincidencia no es fortuita, la *attitude*, las *attitudes*. En verdad, ¿cómo ir más allá? No se pueden rebasar las apariencias en ese terreno y es precisamente esto, el conjunto de los comportamientos sociales, del discurso social tal como lo revela el testamento, lo que es objeto de un estudio original. Los pensamientos sobre la muerte, la muerte en el pensamiento teológico y filosófico han sido objeto de investigaciones antiguas.[18] ¿El mérito de la historiografía reciente no es, precisamente, esta brusca intrusión de lo cuantitativo en el tercer nivel? Vamos a poder examinar un vaivén del gesto a los pensamientos y de los pensamientos al gesto. Roger Chartier y Daniel Roche, en sus estudios,[19] han ampliado la vía ya trazada. Las actitudes están profundamente señaladas por *artes de morir* que, mediante la imagen, especialmente en el siglo XV, y por el texto, especialmente en el siglo XVII, enseñan lo que hay que decir y hacer. Estas *artes de morir* no inventan, ayudan a la difusión de una manera de vivir la muerte que ellas han sistematizado y privilegiado. Estos libros, con el mismo objetivo que nuestros actuales medios de información, actúan como multiplicadores; multiplicadores, entonces uniformadores. Se adivina, al mismo tiempo, que entre el discurso propuesto y el discurso pronunciado (la pronunciación del testamento es una pronunciación moldeada por las reglas de la escritura) se establece una red de interreacciones, y que entre el escrito de las artes de morir y la masa del humilde pueblo cristiano se desliza una suerte de frente de aculturación. Se puede descubrir asimismo una frontera análoga entre la alta espiritualidad, el discurso teológico y filosófico, por un lado, y por el otro la literatura encargada de reemplazar a las artes de morir, tan bien estudiada recientemente por R. Chartier y D. Roche.

[18] En el último libro, *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIe et XVIIIe siècles*, presentado por Michel Vovelle, París, "Archives", Gallimard/Julliard, 1974, 252 pp., el autor permanece fiel a las actitudes, aunque hace un retorno tímido a las ideas, al investigar en algunos buenos autores.

[19] Artículos citados, "Les arts de mourir", "La mémoire de la mort".

Entre la elaboración y . . . lo vivido, entre el pronunciamiento más elaborado y el discurso bruto en la base, se interpone una duración que tiende a disminuir en el curso del tiempo. Es realmente lo que se desprende de las investigaciones de Philippe Ariès,[20] de Gaby y de Michel Vovelle:[21] la representación de la muerte que ha prevalecido hasta la barrera modificadora del "mundo pleno", hasta la civilización cristiana tradicional del "mundo pleno",[22] sólo muy lenta y tardíamente ha sido influida por la reflexión de los teólogos. Gaby y Michel Vovelle han mostrado que el Purgatorio no se impone masivamente en los muros de las iglesias provenzales antes de la mitad del siglo XV. Ph. Ariès lo ha probado claramente, basándose en la liturgia: la muerte es, en primer lugar, un tiempo de sueño en un campo de reposo antes de la Resurrección, que separa a los justos de los injustos. En el comienzo mismo, uno puede preguntarse, ¿en la convicción íntima vivida, la Resurrección va acompañada realmente de un Juicio? La Resurrección es la recompensa de la Fe. En tanto que la comunidad cristiana no se confunde con la totalidad de la comunidad humana, en tanto que una conciencia de cristiandad no es unánime, clara y precisa, la separación tiene lugar en el comienzo. El Juicio está incluido en la Vida. Entrar en la Iglesia de Cristo y mantenerse en ella es abandonarse, gracias a la Fe, al beneficio de la gloriosa Resurrección del Hijo de Dios. El Juicio se ejerce pues, en el comienzo, aquí abajo. Cuando la Iglesia se vuelve una iglesia de cristiandad, la separación se desplaza necesariamente de arriba hacia abajo, de la llegada al Día del Juicio que acompaña la Resurrección de todos los muertos. Y sin embargo, lo sabemos, la patrística ha elaborado otra teología de la muerte, más conforme a la letra y al espíritu de las Escrituras, una teología donde se ve aparecer, por la mediación indirecta de la prueba, por el Fuego, el esbozo de un destino ya no binario, sino ternario, con el bosquejo lejano de lo que llegará a ser más tarde el Purgatorio. El Purgatorio no se ha impuesto sin dificultad antes de la mutación del mundo pleno; pero a partir del viraje del XIII, la creencia en el Purgatorio se impone del siglo XIV al XV, al punto de volver delicada la acción arcaizante de Lutero.

El Purgatorio es una noción compleja que se nutre a la vez de la reflexión teológica erudita y de la experiencia popular. Una cosa es segura: la antigüedad, desde la traducción de los Setenta y los Deuterocanónicos (siglo II a.c.), de la intercesión por los muertos ante la inminencia del Juicio. A esto viene a añadirse, al acercarse el segundo

[20] Ariès, *Western attitudes, op. cit.*

[21] Vovelle, *Vision de la mort et de l'au-dela, op. cit.*

[22] Chaunu, *Histoire, science sociale.*

siglo d.c., la posibilidad de un tiempo suplementario de purificación y de pruebas entre la muerte y la gloriosa Resurrección. Este tiempo intermedio toma dos formas: la forma teológica (?), más intelectual (?), de la prueba del fuego; y una forma más popular, tal vez inspirada en la historia de Santa Perpetua. La representación es contemporánea del punto de articulación entre los siglos II y III. Una prueba se precisa: se sitúa, según la piedad popular —Jacques Le Goff lo ha demostrado bien—, cerca del lugar en que ha vivido el pecador en espera de la Resurrección: la prueba es severa, nunca cruel. Este tiempo purgatorio de la antigua Iglesia se parece más a la beatitud a la que él precede, que a las torturas del Purgatorio medieval surgido del laboratorio irlandés en el punto de articulación de los siglos XII-XIII.

El Purgatorio occidental resplance hacia el 1200. Con la ayuda de los Mendicantes, se impone rápidamente en la sensibilidad y en el corazón de una élite tal vez urbana. Los campos dudan, y la autoridad de la Iglesia latina no actúa con claridad para despejar esas dudas sino tardíamente: una primera vez en Lyon en 1274; una segunda vez en Pisa-Florencia (1438-1439), en presencia de los algo sorprendidos griegos. Pero la conquista de los muros de las iglesias de Provenza debe esperar hasta mediados del siglo XV.

Tratemos de comprender. La dificultad de la más antigua teología de la muerte, es el enojoso plazo que separa la muerte de la Resurrección, del fin de los tiempos. Qué sucede con los muertos entre la muerte y la Resurrección; que la Resurrección eclipsa al Juicio, como sin duda fue el caso en la experiencia antigua, o que, con el lugar que se dio a las obras y a la afirmación de una Iglesia de cristiandad, el Juicio termine por esfumar el misterio gozoso de las trompetas de la Resurrección. Dos soluciones. O bien los dos juicios y el tiempo del alma que vive separada del cuerpo —esta solución incita a la teología de los tres lugares (Cielo, Purgatorio, Infierno)—, o bien la solución del Juicio Único, a la vez particular y postrero, que faculta al hombre para vivir su propio tiempo y la Eternidad que Dios le da por gracia; pero esta segunda solución arcaica no puede tolerar otros desarrollos, incluye a lo sumo la prueba por el fuego que separa la Resurrección del Juicio en la gran Plenitud del fin de los tiempos.

Estas dos teologías se apegan perfectamente a las Escrituras. Por un lado, el catolicismo tridentino y Calvino; por el otro, la ortodoxia oriental y Lutero. En líneas muy generales, sin embargo, esto no es tan simple. Contra el largo último sueño se tiene la promesa de Cristo (Luc 23, 43: "... En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso". Lo que no plantea ningún problema insoluble si se comprende y se

acepta que "mil años son a tus ojos como el día de ayer cuando ha pasado" (S 90, 4). La piedad popular, es verdad, ha tenido mucha dificultad, al igual que la teología escolástica, en extraer la Eternidad cristiana, la Vida Eterna, de un simple suplemento de duración, de una sobreduración cercana a la creencia en el doble.

Es fácil imaginar entonces, a partir de las indicaciones de Ariès, que durante el primer milenio, en la acronía de los diez primeros siglos, dos nociones, dos experiencias han cohabitado más o menos. La afirmación cristiana de la Resurrección implica dos cosas: mediante la vida eterna, una participación en la Vida de Dios; mediante la Resurrección, la afirmación de que la criatura transformada que cae del tiempo hacia la eternidad es realmente el hombre que ha vivido, y no una chispa de la inteligencia del mundo. Pero junto a este dato —es el dato de la Revelación, viene de las Escrituras— subsistía también, sin duda, una creencia muy antigua. Los muertos son seres mutilados que arrastran alrededor de los vivos una vida miserable, envidiosa, disminuida. Para preservarse, se aleja a los cementerios de las comunidades. Se tendrá entonces el doble y además, luego, la Eternidad. Además de la dificultad del tiempo de la separación, es sin duda esta creencia antigua, respetable, difícilmente desarraigable, lo que la teología de los dos juicios y de los tres lugares integró a la perfección. La cristianización del doble requirió mucho tiempo, pero una vez conseguida, será muy poderosa; Lutero, al querer desecharla —lo que no deja de ser peligroso— tendrá la cruel experiencia de probarlo.

Se sabe cómo Lutero renunció muy pronto al Purgatorio después de 1530 y cómo, a diferencia de Calvino, cree poder abandonar la solución latina de los dos Juicios y el relevo de la vida del alma entre la muerte y la Resurrección. Este radicalismo se explica en verdad por el pavor ante todo lo que significara volver a tomar en cuenta las obras para ganarse la Salvación; pero, accesoriamente, también por el apego a la letra de la Biblia, que describe clara y detalladamente la Resurrección y el Juicio final. En la *Institución*[23] Calvino refuta fácilmente la insostenible concepción del último sueño: "Mas, si las almas ya despojadas de los cuerpos no retuvieran su esencia para ser capaces de la gloria celeste, Jesucristo no hubiera dicho al salteador: Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Luc. 23, 43). Provistos de tales testimonios, no dudemos en encomendar, con el ejemplo de Cristo, nuestras almas a Dios al morir."

[23] J. Calvin, *Institution chrétienne* (ed. Benoît), t. III, cap. XXV, § 6, p. 482.

Bernard Vogler, en un excelente estudio,[24] ha mostrado, sin ser del todo consciente, cuánta dificultad tenía la concepción luterana para imponerse. El voto por los muertos reemplazó a la plegaria por los muertos. El carácter en este aspecto arcaizante del pensamiento de Lutero se opone demasiado a la cristianización reciente de la noción popular del doble, como para haber triunfado fácilmente. Su radicalismo (cuando en general es matiz y concesión) en contra de la *adiaphora populaire* choca demasiado, también, con la letra y el espíritu de la Palabra de Dios para haber podido imponerse: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y, diciendo estas palabras, expiró" (Lucas 23, 46). Una línea del Evangelio es para el espíritu de los cristianos infinitamente más clara y más convincente que bosques de comentarios.

La cristianización del doble, que termina en la práctica por superponerse al alma de los filósofos, es un proceso que requirió numerosos siglos. Al leer los reglamentos eclesiásticos de la Alemania luterana, siento que la predicación de Lutero, tan magnífica y tan convincente, no interrumpió nada. La investigación sobre las actitudes deberá reincorporar la lectura de los teólogos más sistemáticamente de lo que lo había hecho y tratar de medir los tiempos de transición, los cuales van del milenio a la casi simultaneidad.

Después de las actitudes, una delimitación temporal y espacial, Philippe Ariès, sobrevolando dos milenios, las diferentes etapas de la cristiandad latina en la Europa/América sin ribera, propia de la civilización postindustrial, ha ido tan lejos como es razonable o poco razonable hacerlo. Y, no obstante, para comprender el Occidente necesitamos, en determinado momento, mirar más lejos aún.

Todo estudio sobre la muerte implica algunas leyes, la formulación de algunas reglas.

— La primera regla, desde luego, es que la muerte es un dato mismo de la vida. Por todas partes donde la vida aparece, la muerte la acompaña.

Resulta vano interrogarse como Edgar Morin[25] sobre la amortalidad unicelular. Esta interrogación atestigua el poder de las viejas obsesiones entre aquellos que dicen tener la vocación de liberar de ellas a los demás. Natural o accidental, la muerte es indisociable de la vida. Y sin

[24] *La législation sur les sépultures dans les états allemands protestants au XVIe siècle*, importantísimo artículo que está por aparecer.

[25] Morin, *L'homme et la mort*, *op. cit.*, 2a. ed., p. 309.

embargo, en nuestra biosfera, el hombre y sólo el hombre es el único ser viviente que es consciente de que por fuerza ha de morir; a tal punto, que el deber morir contribuye a estropear la vida. A tal punto que el fenómeno humano no está caracterizado por la herramienta, la vida en sociedad, ni aun el lenguaje; el hombre de Neanderthal es hombre porque ya tiene una representación de la muerte, es consciente de que debe morir. Extremando las cosas, el fenómeno humano está, incuestionablemente, delimitado por el rito funerario. Y con la conciencia de la muerte, aparece el sufrimiento ante la muerte. "... Pero no comerás del árbol del conocimiento del bien y del mal, puesto que el día que tú comas de él, morirás" (Génesis, 2, 17), frase sintética que el pico del prehistoriador confirma.

– La segunda regla es que una cultura, una civilización, se muestra de la manera más abierta a través de su pronunciamiento sobre la muerte (palabra, gesto, escritura). Es ahí, y solamente ahí, en donde no se hacen trampas.

– Dos trivialidades y en seguida una *regla* que se busca, una regla que tal vez algunos estudios futuros, agregados a otros ya realizados, nos permitan precisar. Como cuantitativista marcado por el pensamiento de Fernand Braudel, siempre he estado obsesionado por el cálculo del peso global. Con nuestros estudiantes, intento calcular la inversión en el cielo. Aparte de los 5, 10, 15 por ciento de los patrimonios que el parisino del mundo pleno desvía hacia una inversión *post mortem* vertical, hay una mira más ambiciosa aún. Después de todo, ¿cuántas horas, cuántos días, qué porción de vida están vueltos hacia la muerte y hacia lo que hay más allá de la muerte o más exactamente hacia lo que no se alcanza sino a través de la muerte? Es muy evidente que estamos lejos, aun para París en el siglo XVI, de algo que se parezca a un orden de magnitud. Pero siempre hay que apuntar mucho más allá de lo posible.

¿El volumen del pronunciamiento sobre la muerte es una invariable o una constante? El problema no ha sido planteado a menudo, pero ha sido inconscientemente resuelto por una escritura puntillista.

¿Quién no ha leído, quién no ha estado tentado de escribir que a la preocupación mórbida de los siglos XIV-XV, que a lo macabro del otoño de la Edad Media, después del vibrante optimismo del siglo XIII, se opone la explosión gozosa del siglo XVI; que al siglo XVII de las artes de morir, de la "memoria de la muerte", se opone el siglo XVIII de las artes de vivir y el voraz y ambicioso siglo XIX después del corto paréntesis de un romanticismo mórbido?

Carecemos de elementos para resolverlo. Sin embargo, me atrevería a

proponer un esbozo de respuesta. A pesar de las apariencias, yo me inclino por la casi constante, al menos hasta el misterioso viraje de la muerte obscena de los años 1960-1970 en las sociedades posindustriales (sobre lo cual habrá que volver), una constante por cierto, pero con sustituciones, transferencias (es así como explico la "muerte prohibida" de Gorer y de Ariès) y oscilaciones. Por último, una correlación positiva entre el volumen del pronunciamiento sobre la muerte y la derivada de la esperanza de vida. El siglo XIV y el XV han visto retroceder la esperanza de vida, lo mismo el XVII, entre el alargamiento del siglo XVI y del XVIII y, después, el estancamiento de la primera y la segunda mitades del XIX, así como la primera del siglo XX. La crisis de nuestra época hunde algunas raíces en un doble movimiento, el retroceso de la muerte entre 1940 y 1960, el detenimiento del alargamiento de la vida humana y el brusco reflujo de los últimos años en las sociedades postindustriales. No hemos comenzado aún a reaccionar ante el nuevo retroceso de la vida humana que los medios de comunicación ocultan con todo su poder, que es grande. A estas fluctuaciones se opone masivamente el contraste del pronunciamiento por la muerte entre las sociedades con 35 por ciento de mortalidad y provisoriamente aquéllas con 10-11 por ciento. No se puede ocultar la muerte a partir de un cierto umbral de presencia.

Pero, incluso si nuestras sociedades debieran estabilizar la mortalidad en 10-11 por ciento (lo que está excluido en las condiciones actuales: sería necesario para alcanzar este objetivo un alargamiento de 20 años de la vida humana, o una reanudación del crecimiento demográfico, incluso los dos a la vez), es probable que la instalación en una horizontal de 11 por ciento tendría, a la larga, los mismos efectos que los 30-35 por ciento de la sociedad tradicional. Lo que es inadmisible es la muerte; sólo el retroceso de la muerte puede crear, por un momento, la ilusión de una presencia discreta y soportable de la muerte en tanto que condenada a desaparecer en una lontananza irreal.

– El cuarto tiempo (yo lo considero transitorio) del modelo de Philippe Ariès, estrechamente ligado a la huida momentánea de la muerte colectiva y a las ilusiones de un poder aumentado, es el que se relaciona con el discurso sobre la muerte, un tiempo regresivo. Si dejamos de lado las actitudes aberrantes de algunas sociedades postindustriales, para las cuales resulta difícil proponer en seguida una explicación perfectamente coherente, llegaremos a algunas reglas bastante simples.

Las civilizaciones y las culturas han tenido sobre la muerte algunas intuiciones simples y quizás menos contradictorias de lo que parece.

En líneas generales, existen dos bloques: el del doble, el del *samsāra* (la rueda de los renacimientos) con el modelo órfico que es un modelo de transición y de implantación. Por un lado, el doble. De una forma o de otra, la intuición nació en los confines de los desiertos y por todas partes donde la vida animal y vegetal no es agobiante, donde la vida puede ceder el lugar a un vacío, a un desierto. La Cuenca mediterránea –y en su prolongamiento, Europa– se inscribe en el ámbito del doble. Más allá de la muerte algo subsiste, algo de disminuido, de desdichado, de extraño, de peligroso; algo de lo que hay que defenderse, con lo que los vivos tienen interés en hacer un pacto y mantenerse apartados (así se explica el alejamiento ya mencionado de los cementerios); algo que se prolonga en una duración indefinida, una sobreduración cuyo término nadie percibe. Enfrente, desde el pie del Himalaya, y por ondas concéntricas a través de toda el Asia, la rueda de los renacimientos: la vida no se puede desarraigar, cruelmente, incansablemente, perpetua. La muerte no es más que un momento de la vida que prosigue, de transformación en transformación, en la rueda de los renacimientos. Cuando una forma de salvación sea presentada en el siglo V a.C., por Gautama, será bajo la forma de una tangente en relación con un círculo infernal. Hacer derivar el *samsāra* en el *nirvāna:* tal es la ambición.

El orfismo, que penetra en la cuenca oriental del Mediterráneo y en Grecia en el siglo VI a.C., es una forma mediterránea de *samsāra.* Nótese que la inmortalidad del alma, según Platón en el *Fedón,* constituye la forma filosófica más elaborada de esta invención fundamental, en los confines del doble y de la rueda de los renacimientos. Es el doble, pero con el vigor y el contenido del Renacimiento *samsárico* y *kármico* (la cualidad de la otra vida, la cualidad del alma, es función del valor moral de los comportamientos en el curso de la vida sublunar).

La convergencia de las dos intuiciones (doble y rueda de los renacimientos) en la inmortalidad del alma (más o menos personal) en los siglos V-IV a.C., en algunos lugares privilegiados de las élites de la cuenca del Mediterráneo, sólo adquiere todo su sentido en el seno de una teología, que es más o menos una teología de los dos principios.

Así se halla planteada la quinta regla, la que yo llamaría de la superación antropológica. Toda reflexión sobre la muerte en cualquier sistema de civilización, no puede limitarse a una antropología. El cristianismo proporciona el ejemplo de esto, pero el marxismo no lo contradice ni la filosofía griega en la línea platónica, incluso aristotélica. Toda reflexión puramente antropológica sobre la muerte conduce a

estancamientos y a contradicciones si no se inserta deliberadamente en una cosmología, e incluso mucho más precisamente, en una teología.

Estas reflexiones demasiado generales nos hacen volver a nuestro punto de partida. La muerte que estudiamos, la que ocupa la pertinente atención de Ph. Ariès, en su muy larga duración, es la muerte judeocristiana, desde sus orígenes hasta el devenir reciente de las sociedades que han dejado de ser cristianas pero que llevan la marca de sus orígenes en lo más profundo de sí mismas.

¿Hay que recordar los datos inmutables, cuyas combinatorias son infinitas? La muerte cristiana es, por esencia, una muerte subordinada. En el centro del judeocristianismo se encuentra una teología, no una antropología. El punto central se sitúa en la Revelación del Dios Trascendente. En el desarrollo histórico de la Biblia, no es el hombre, en primer lugar, sino Dios, quien es dado. Y Dios no dice nada sobre el destino individual del hombre *post mortem*. En el vacío así dejado hay lugar para la antropología ctónica del doble. Dios es el Dios vivo, el Dios de los vivos, no el de los muertos. Asegura no el destino individual, sino el destino colectivo del pueblo que ha elegido. Dios prohíbe únicamente toda comunicación con los muertos. Abomina de los que se entregan a tales prácticas. Así, la primera ascesis que se impone es la de la separación. No tiene equivalente, en este grado al menos, en ninguna otra tradición.

A partir de tal dato, la solución griega de la valoración del doble, bajo la forma de la inmortalidad del alma, no es posible. La inmortalidad del alma no aparece sino tardíamente como explicación de un contenido más antiguo. La afirmación propiamente cristiana es la Resurrección, la cual es atestiguada, por vez primera, por Ezequiel (37 1-14) durante el destierro, de 593 a 579 a.c. A partir del siglo VI, es la Resurrección la que da su especificidad a la antropología judía de la muerte. Entre este dato y el dato griego, encontramos varias diferencias. La inmortalidad del alma tiene un contenido menos preciso. No es el hombre completamente entero, sino una parte de él la que sobrevive, que comprende (Platón) o no (Aristóteles) la personalidad. Especialmente la inmortalidad se inserta en una antropocosmología; la Resurrección es puramente teonómica. En la vida como en la muerte (más vale decir la vida transformada por la muerte) no hay destino autónomo del hombre, sino dependencia de Dios.

A partir de ahí se plantea una pregunta: ¿cómo llenar el tiempo que separa la muerte de la Resurrección? Además de que el Evangelio según San Lucas —él, más particularmente—, aporta con insistencia

(Lázaro, el buen ladrón) otra certidumbre: no hay *hiato*. El destino del hombre en Dios, o fuera de Dios (el *dam* en sentido etimológico), se cumple inmediatamente sin la menor solución de continuidad: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso."

Varias soluciones son posibles a partir de este dato. Una solución antigua —que revelan las liturgias, los comportamientos atestiguados por Ph. Ariès, y la muy antigua patrística— se limita a la afirmación de la Resurrección y del Juicio. El acento sobre la Resurrección es más antiguo; data del tiempo de la persecución. El acento sobre el Juicio es contemporáneo de la cristiandad mayoritaria (anterior al "mundo pleno"). Pero no resuelve el *hiato*. Al menos, no puede hacerlo más que por una afirmación clara y contrastada del tiempo y de la Eternidad. Esta teología del tiempo y de la Eternidad tuvo más éxito en el Este que en el Oeste. En la cristiandad latina, casi no desbordó los círculos de la mística. Para traducir de una manera inteligible los dos datos de la Revelación —entiéndase, es verdaderamente el hombre total y transformado quien se ubica delante de Dios o fuera de Dios (Resurrección); es verdaderamente él y eso se produce inmediatamente después de la muerte (Lucas 23, 43)— fuera de la teología del tiempo y de la Eternidad, varios recursos son posibles. En el Oeste, el recurso es doble. En la cultura popular es el "doble". Antes de la Resurrección y el Juicio, flota algo impreciso, ctónico y tradicional, que permite una yuxtaposición, no una integración. Fantasmas, muertos que merodean alrededor de los vivos, protección contra el cementerio en lugar apartado . . . y ritos funerarios germánicos paganos de los bárbaros cristianizados. Georges Duby lo ha dicho con acierto:[26] "los progresos de la evangelización hicieron vaciarse las tumbas. A decir verdad, muy lentamente. Las prohibiciones promulgadas en las asambleas generales del Imperio no detienen a Carlomagno en su descenso a la tumba, engalanado por una orfebrería magnífica". La Iglesia reivindica la parte del muerto. Hacia el año mil, el terreno está allanado. Pero el "doble" de la cultura popular tiende a confundirse con el alma de los teólogos. La antropología griega transformada por la colocación del alma en la mirada de Dios, permite a los teólogos escolásticos resolver la aparente contradicción de la Resurrección al final de los tiempos por una parte, y de la inmediatez del juicio y del destino sin hiato del hombre después de la muerte, por la otra.

En el hueco viene a insertarse la superación del destino como alternativa: el Purgatorio, el tercer lugar. La construcción teológica se hace

[26] G. Duby, *Guerriers et paysans*, París, Gallimard, 1973, p. 67.

progresivamente.[27] La teología del Purgatorio —lo hemos recordado— acaba de fijarse en los siglos XIII-XIV, la Iglesia latina no se consolida antes del Concilio de Florencia,[28] durante la gran confrontación con el Oriente en 1439.[29]

El desarrollo del Purgatorio, cuyo punto de partida escriturario es delgado y frágil,[30] se explica por cuatro exigencias: la dificultad de hacer admitir a las culturas tradicionales la tensión entre el tiempo y la Eternidad (que expresa tan bien el "mil años son a tus ojos como el día de ayer cuando ha pasado" del Salmo 90, retomado por II Pedro 3, 8); la necesidad de una forma de comunicación lícita entre los vivos y los muertos: rezar por los muertos es comunicarse con ellos, es hacer algo por aquellos a quienes se amó sin caer bajo el golpe de la maldición del Levítico (20, 6-7) y del Deuteronomio (18, 10-12),[31] el refuerzo del poder mediador de la Iglesia, el poder de las claves; la contribución de las obras del hombre para su Salvación (la sinergia de los teólogos). A partir del momento en que el hombre colabora, por poco que sea, a la Salvación, es imposible imaginar que alcance al dejar su vida un estado de dignidad suficiente para merecer sin transición la visión beatífica.

Uno no puede dejar de sentirse impresionado, a partir de ese momento, por dos datos aparentemente contradictorios. El Purgatorio tuvo dificultad para imponerse. Transcurren cerca de mil años entre los primeros lineamientos de la teología del Purgatorio en la Patrística latina y la toma por asalto de los muros de los poblados antiguos, mediante el tercer lugar. El Purgatorio está, a partir del siglo XV, en el centro de una piedad popular extraordinariamente vivaz, que las ense-

[27] Vacant-Mangenot, *Dictionnaire de théologie catholique*, artículo "Purgatoire", t. XIII, pp. 1165 *ss.*, columnas 1165 a 1326 y 1326-1398, de A. Michel.

[28] Tres fechas importantes en la formulación dogmática del Purgatorio: el Concilio de Lyon, 1274; sobre todo el Concilio de Florencia, 1439; y, desde luego, en respuesta a la negación reformada, Trento, 1562-1563.

[29] Vovelle, *Vision de la mort, op. cit.*

[30] Desde Bellarmin, la hermenéutica católica conserva la misma actitud ante Matías XII, 31-32; Matías V, 26-26; Lucas XVI, 9; Matías V, 22; Lucas XXII, 42; Act. II, 24; II Corint, XV, 29; Fil. II, 10; Lucas XX, 48; Tim. I, 16-18; I Corint. III, 11-15. Pero la lectura de Bellarmin no puede convencer más que a alguien ya convencido por la enseñanza conciliar y por una tradición latina reciente. El único texto que fundamenta no el Purgatorio sino la oración por los muertos es II Mac. XII, 39-46. Ahora bien, los libros de los Macabeos pertenecen al canon griego de los Setenta que es cuestionado por una parte de los Padres y progresivamente, a partir del siglo XVII, por las iglesias protestantes.

[31] Nadie debe interrogar a los muertos, puesto que el Eterno abomina a quien se entregue a tales prácticas. Lév. 20; 6; Deut. 18-12.

ñanzas protestantes de Alemania, Escocia, Francia . . . han tenido dificultad en desarraigar, y que algunas prácticas[32] recientes y vigorosas muestran todavía viva en el tercer cuarto del siglo XX. Esta apariencia contradictoria es debida a la debilidad de nuestras documentaciones. El Purgatorio y el resplandor barroco de las indulgencias en el siglo XV traducen la emergencia de una cultura popular, de la vieja práctica de las relaciones de los vivos con el doble de los muertos y su integración/cristianización por la alta jerarquía de la Iglesia.

Pero la inserción del Purgatorio no se logra sin dificultad, porque complica e, incluso, porque en cierta medida debilita. En una palabra, los sistemas binarios tienden siempre a predominar en los espíritus sobre los sistemas ternarios. El Purgatorio y el juicio particular ahuyentan el Juicio final. Este último se esfuma de las representaciones gráficas. Las *artes moriendi* no tienen nada que hacer en ellas. La Resurrección y el Juicio final no agregan nada más, puesto que todo está dado después de la muerte. En la práctica, una lectura atenta de los testamentos muestra que después de la muerte subsiste un tiempo de tres días en que la oración de la Iglesia y la intercesión de los hermanos pueden todavía arrancar a Dios una decisión de gracia. Ningún libro dice esto, pero la estrategia de las misas y la intercesión lo denuncian. ¿No dice el Evangelio que el Reino de Dios es para los violentos, y Dios mismo, mediante la Gracia, no cumple el "compelle intrare"?

El discurso testamentario tratado serialmente descubre una tendencia a la eliminación del ritmo ternario. La tensión Paraíso/Purgatorio sustituye a la antigua tensión Paraíso/Infierno. ¿Quién osaría pronunciar el nombre del insostenible rechazo? El Infierno es para los otros. Sólo los Santos pueden pensar en él y sólo un San Francisco de Sales puede aceptarlo, si tal era la voluntad de Dios. Esta aceptación es el signo más patente de la gracia y de la entrada en el Reino. Se puede descubrir en París una corriente agustiniana que suaviza la alternativa: la tensión Purgatorio/Infierno. En la práctica católica, los tres lugares se han convertido de hecho en los dos estados, y hasta en un solo estado. Con la muerte, el Purgatorio para todos, puesto que, ¿quién podría pretender, si la Salvación no está totalmente dada, tener pagado el precio el día de su muerte?

[32] Véase, por ejemplo, en el Perche, a 150 km de París, la Chapelle-Montligeon, la peregrinación y la impresionante basílica de Notre-Dame, construida de 1894 a 1911, a propósito de la obra expiatoria para la liberación de las almas desamparadas del Purgatorio. La obra fue fundada en 1884 por el abad Buguet (†1918). A comienzos de los años setenta, la peregrinación sigue siendo frecuente en Francia, Europa y América (particularmente Canadá).

En el momento en que comienza el discurso testamentario de "Morir en París" y el discurso acompañante de las *Artes moriendi*, hace mucho tiempo que se ha atravesado el umbral del modelo 1 al modelo 2 de Philippe Ariès. ¿No hemos hecho irrupción en el universo denso del "mundo pleno"? En el estrecho codo a codo del mundo pleno, la muerte está socializada. La muerte, a partir de los siglos XIII-XIV, está asombrosamente integrada. En un nivel nunca alcanzado antes, acarrea un gran rito social, cuyo principal actor es el moribundo, y un rito pedagógico. Pedagógico en tanto que progresivamente pasa a cargo (véase R. Chartier) del clero. En las canciones de gesta de Ph. Ariès y en el viejo *Ars moriendi* de R. Chartier, el sacerdote está ausente. La extremaunción (este rito de clérigo) está reservada a los clérigos; los laicos no tienen acceso a ella. La vieja muerte cristiana, que las iglesias protestantes, allí donde son minoritarias y perseguidas, han recuperado, la vieja muerte cristiana es una muerte "tranquila", una muerte garantizada. El juicio está ausente de ella, su sentido le viene de la perseverancia final, una perseverancia costosa en esfuerzos y peligrosa: el juicio ha sido pronunciado, es el Cristo quien lo ha sufrido. Para los que son en Él, ya no hay condena. La muerte cristiana minoritaria es una muerte tranquila. Quedará algo de ella hasta el siglo XIII.

Con el mundo pleno y sus coacciones sociales cerebralizantes, con la cristiandad que es una adquisición cultural desde el momento del nacimiento, sin elección por lo tanto, sin mérito y sin elección, el juicio necesario, el juicio pedagógico es antepuesto a su propia vida por los hombres del pueblo, luego por los clérigos.

Al principio, todo está en función de la vida, y la única condición es la pertenencia al Cristo (lo que las reformas minoritarias del comienzo buscan recuperar); en la cristiandad del mundo pleno, el sentido del juicio al final del pedagógico suspenso de toda una vida, no está definido antes de la prueba final, donde se enfrentan alrededor del lecho del moribundo los demonios y los ángeles.

La muerte antigua era trágica; la muerte social y barroca del mundo pleno es dramática. En el viejo mundo vacío del matrimonio precoz, la menor socialización implica una menor individualización. La gran conquista de la individualización-socialización es la pedagogía generalizada de la dominación de los impulsos sexuales, previa al matrimonio tardío, caracterizado por el aflojamiento del linaje y la elección individualizada del cónyuge. La Salvación en la más vieja cristiandad, todavía parecida a la Iglesia que fue minoritaria y perseguida, es pues una Salvación que guarda algo de su viejo carácter colectivo. El Cristo es el pastor, la Iglesia es el pueblo de Dios, el Cristo salva al pueblo del

cual es el pastor, el rebaño que Su mano conduce. Con sólo no salir del rebaño, se es salvado por el sacrificio único y perfecto ofrecido de una vez para siempre en la cruz.

En este nivel se sitúa verdaderamente la ruptura. El mundo pleno es lo individual (con la lectura que comienza a difundirse de nuevo, con la ascesis del matrimonio tardío) que predomina sobre lo colectivo. Si la Salvación no se funda en la pertenencia, durante toda la vida, al grupo, al rebaño, al pueblo que Dios ha redimido, la Salvación se decide a la hora de nuestra muerte. Entonces es necesario combatir, librar y ganar el último combate.

Estamos en este punto en el siglo XIV, cuando aparecen[33] las *Arts de mourir*. Hay que aprender a morir. Se aprende a ayudar a bien morir; es la garantía de que uno sea a su vez ayudado a morir. Pero el sacerdote interviene poco en los siglos XIV y XV: la llegada del sacerdote y su actitud al pie del lecho del moribundo, son una adquisición de la Reforma católica.

La Salvación no está garantizada por la pertenencia a la comunidad que ha recibido la Salvación sino que se decide por la cualidad del último instante que precede al juicio particular: la sustitución del Juicio final por el juicio particular; la sustitución de una Eternidad entrevista por la sobreduración cristianizada de la inmediata postmuerte que acompaña a la pedagógica dramatización del último instante.

Se asiste pues, en la cristiandad latina tradicional del mundo pleno, a un remontar masivo del último instante sobre toda la vida. Entonces se despliega la gran obsesión del Juicio, de un Juicio donde el Juez es el Cristo y no Dios, de un Juicio pues, sin mediación eficaz, puesto que el Mediador se ha convertido en el Juez; ésta es la gran obsesión que persigue a toda la cristiandad latina de los siglos XIV y XV y que corroe a Martín Lutero,[34] hasta la superación gozosa de la Salvación por la Fe, de la justicia pasiva, de la Salvación obtenida por gracia.

Pero la cristiandad latina católica conservó la tensión pedagógica, el suspenso final. De las *Artes* de Roger Chartier a las *Arts de mourir* de Daniel Roche,[35] se sigue la evolución. Por cierto, el moribundo continúa presidiendo su muerte, como Philippe Ariès lo ha dicho muy bien; pero el sacerdote es entonces quien lo guía durante todo el trance. La muerte se ha vuelto no más eclesial, lo que es imposible, tanto lo es al comienzo, sino más eclesiástica. El volumen de las *Arts de mourir* pu-

[33] Chartier, "Les arts de mourir", *op. cit.*

[34] P. Chaunu, *Le temps des Réformes de l'Eglise. L'éclatement*, A. Fayard, 1975, 572 pp.

[35] Roche, "La mémoire de la mort", *op. cit.*

blicadas por la Reforma católica, se remonta al ritmo del discurso testamentario, a un nivel superior al de las *Artes* del siglo xv; en valores relativos y no solamente absolutos, la cima se sitúa en la segunda mitad del siglo XVII. En el mismo momento un poco después de 1650, el discurso testamentario colectivo pasa por una suerte de punto alto de absoluto, dentro de la casi perfección.

La pertenencia al grupo cedió el lugar a la tensión del último instante. Luego la catequesis se apodera del último instante. Para ganar el último combate, ya no basta con aprender los gestos y las palabras del último instante: la Reforma católica en sus *Arts de mourir* difunde el descubrimiento de un último instante, juez y reflejo de la cualidad de toda una vida. El siglo XVIII en su proceso de eliminación del dramatismo, con el repliegue de la muerte al fuero familiar, insistirá sobre la cualidad de la vida. Redescubrimiento de la vieja predicación del "hasta que el Cristo sea formado en vosotros". Pero es cierto ahora que al enseñarles a morir, la Reforma católica enseñó a vivir a los cristianos del siglo XVII.

2

Volvamos a París. No es posible resumir en unas cuantas líneas tres años de trabajo en equipo: gruesos expedientes, ficheros repletos, 5 mil páginas redactadas; y anticiparse a los exámenes que prosiguen.

Hemos elegido París debido a su documentación excepcionalmente abundante. Respecto a los siglos XVI, XVII y XVIII, los testamentos representan 1.5 a 2 por ciento de las actas. El testamento es corto, cubre alrededor del 0.5 al 0.7 por ciento de la masa total del minutario central. Por ejemplo, al azar, el estudio LXXXIX de Lange, en la parroquia de Saint-Paul, de 1671 a 1700: de 20 700 actas, 554 corresponden a testamentos, o sea el 2.6 por ciento.[36] Un siglo antes, de 1589 a 1600, el estudio LXXIII, de la calle Saint-Jacques, que recibe clientes de las parroquias de Saint-Séverin y de Saint-Benoit: 41 testamentos, 2 222 actas: la proporción es de 1.8 por ciento;[37] el estudio V, de la plaza de Greve, arroja un 1.57 por ciento de 1650 a 1673; el estudio XII del Pont Marie, cerca de la Isla Saint-Louis: 1.35 por ciento. Los contratos de matrimonio en el mismo tiempo totalizan respectivamente 5.15 y 4.16 por ciento; los inventarios después del deceso 2.75 y 1.78 por ciento.[38] El maestro Veillard (estudio LXXIII), de 1707 a 1738, 350

[36] Tranchant, *op. cit.*
[37] Martin, *op. cit.*
[38] Marois, *op. cit.*

testamentos de 19 102 actas, o sea 1.8 por ciento.[39] Aquí registramos también 1.9 por ciento; 1.3 por ciento (fines del XVIII), mientras que el primer sondeo español de M. Blasco registra 1.7 y 1.8 por ciento. Se puede evaluar en 400 mil a 500 mil testamentos el tesoro parisino. París iguala pues a Provenza. ¿Hay que asombrarse? Hablando humanamente, las dos masas son equivalentes y París compensa una ligera ventaja (algo menos de hombres), menos prisa al pasar ante notario, debido a un nivel de alfabetización tres o cuatro veces superior al nivel provenzal. Un cálculo todavía incompleto, que se refiere a 271 testamentos de 1580 a 1630, revela 80.5 por ciento de firmas masculinas y 41 por ciento de mujeres que saben firmar; sin variaciones notables, el decenio 1581-1590 registra ya 78 y 35 por ciento . . . Un cálculo siempre incompleto, referido a 3 158 testamentos de 1631 a 1800, revela 77 y 47 por ciento (1631-1640) . . . y 92 y 80 por ciento a partir de 1741-1750; 93 y 90 por ciento de 1771 a 1780. Sabíamos que París estaba alfabetizado y ahora podemos cifrar en qué grado.

Este alto nivel de cultura se encuentra en la naturaleza misma de los testamentos. El testamento parisino cuenta con una proporción anormalmente elevada (en cuanto a la norma provenzal) de testamentos ológrafos: el 96 por ciento ante notario y el 4 por ciento de ológrafos, de 1581 a 1630; pero el 14 por ciento de ológrafos de 1631 a 1800 (cerca de la tercera parte ológrafos a fines del XVIII). ¿Hay que recordar la parte (1 a 5 por ciento) de los testamentos místicos en Provenza?[40]

El 14 por ciento (de testamentos ológrafos) es una de las suertes del minutario parisino. Reunimos algo más de 500 testamentos ológrafos, verdaderas obras maestras a menudo resplandecientes de personalidad y de belleza. Emanan paradójicamente, privilegio del escrito ampliamente difundido, de todos los niveles de la sociedad: los más bellos son a menudo los de los más humildes, mujeres especialmente.

Y sin embargo, en París como en Provenza, el historiador de la sensibilidad ante la muerte sigue siendo estrechamente tributario del mediador notarial. Ahora bien, podemos dilucidar, como lo ha hecho Michel Vovelle. En París, es seguro, la fórmula notarial no es un fijador o un volante: el mediador notariado es un acelerador de las transformaciones. El testamento ológrafo es, en promedio, más arcaico en la expresión, y su contenido religioso más rico en el siglo XVIII que el del testamento ante notario. Nada prueba que en el siglo XVII el medio notarial haya sido penetrado por la Reforma católica más profundamente y más

[39] Kerriou, *op. cit.*

[40] Vovelle, *Piété baroque*, *op. cit.*, p. 48.

temprano que el conjunto de la población. Todo muestra, en cambio, que la escritura de los notarios parisinos del siglo XVIII se parece más a la escritura de las Luces que la de la media de la población. Entonces, el mediador de la pluma notarial actúa como un acelerador, no como un freno.

En París, como en Provenza, el testamento es fuente privilegiada. Dos ejes de investigación. La evaluación de la muestra en el momento de la muerte: ¿hay que decir la inversión en el Cielo?; un análisis profundizado palabra por palabra (cuentas, análisis de costumbre, semántica cuantitativa) de un discurso colectivo de la invocación religiosa.

El testamento, por cierto, al que se agregan el libro y la estampa que da la imagen. La imagen anticipa el discurso. Si a partir de 1670-1680 hay disminución del discurso religioso, el reflujo en el plano de la imagen es un poco más precoz y más profundo. Sin embargo, en el plano de las fuentes, domina el testamento. Hasta alrededor de 1770-1780, el testamento constituye la mejor fuente masiva de las actitudes ante la muerte.

Más allá, pierde todo su valor.

Ésta será nuestra primera advertencia. La historia serial tiene suficientes ventajas sobre los pasos impresionistas de la historia tradicional: sepamos reconocer sus límites. El punto débil: asegurar los enlaces durante los cambios estructurales. Ayer se intentó dentro de la historia religiosa serial, remontar más allá de fines del XVIII, con los métodos de la sociología religiosa de los comportamientos (mesiadistas, pascalistas, entusiasmo por el bautismo) del siglo XIX. A partir de un cierto umbral, estos indicadores —lo hemos dicho—[41] no tienen valor. Se desconfiará del testamento más allá de 1770-1780 en París, algo más temprano que en Provenza. Ante el descenso de todos los indicadores del contenido cristiano, dos actitudes son posibles: la lectura ingenua y el rechazo de la lectura. La lectura ingenua me ha tentado; consiste en interpretar la evacuación del discurso y de los gestos cristianos —la caída en todos los indicadores es vertiginosa— como un repliegue objetivo. Reconozcamos que la estadística del libro, el cálculo del peso del discurso filosófico elaborado, los furores descristianizantes de la explosión revolucionaria, dan a esta manera de ver y de sentir una cierta verosimilitud. Mas la caída es demasiado rápida, demasiado profunda, y la evacuación demasiado completa como para justificar una simple correlación positiva continente/contenido. Como Philippe Ariès y Ro-

[41] P. Chaunu. Une histoire religieuse sérielle, RHMC 1, 1965, pp. 31-34.

land Mousnier, adopto una actitud menos ingenua, que no llega hasta el rechazo como lector. El testamento se vacía —Ph. Ariès lo vio bien— bajo el efecto de un cambio estructural y de una transferencia, la transferencia de la carga efectiva sobre los allegados. Es a la piedad de los allegados que se confía, aparte del acta notariada, la misión de interceder; el testamento se desliza sobre la vertiente secular de la gran divisoria de aguas de las Luces. No se puede dudar de ello.

El testamento, en el punto de articulación de los siglos XVIII y XIX, no defrauda: exagera, acusa un movimiento, refleja la tendencia, no la amplitud. La divisoria de aguas laica no es forzosamente un signo de vigor y de salud. El fin del siglo XVIII es menos cristiano que la segunda mitad del siglo XVII; sería excesivo calcar la curva declinante de sus fervores sobre las curvas descendentes de los indicadores de *Mourir à Paris,* de las demandas de misas o de las invocaciones marianas de la Provenza de Michel Vovelle.

3

Eso en cuanto a las condiciones; restan las conclusiones: a lo sumo algunas demarcaciones.

La primera absolutamente cierta es la de una confirmación masiva casi molesta. Nuestras curvas parisinas recubren tan bien las curvas provenzales de Michel Vovelle, que es posible confundirlas. Salvo una precisión: París es Marsella, no la Provenza oriental o el microcosmos nizardo; París es Marsella con 10 o 15 años de anticipación. En París, capital de la Reforma católica en la época de la Escuela francesa, el gesto y el discurso testamentario parisino calcan la historia literaria del sentimiento religioso de Henri Brémond. El cenit se alcanza entre 1640 y 1660, más allá de un tope superior en pendiente, imperceptiblemente declinante hasta 1680-1690. El repliegue, muy lento, comenzó hacia 1700-1710. Provenza sube todavía de 1680 a 1710 y no cruje sino hasta 1730. En París, en 1730, es la desbandada. Al punto que no se encontrará en el conjunto de las curvas parisinas el misterioso escalón de mediados del siglo XVIII. Nada es sorprendente: todo ocurre más rápido y todo comienza más temprano. París es la capital de las Luces, así como estaba otrora ubicada en la cima del cristocentrismo *beruliano.*

Matices y confirmaciones

Poder y dominación del lazo conyugal. El *test* de la elección de la sepultura es claro. Al comienzo puede haber duda en él entre la sepul-

tura cerca del cónyuge (conyugal) y la sepultura cerca de los parientes (de linaje); a partir de 1650-1660, el lazo conyugal se apodera de todo. Los parisinos están muy ligados a su parroquia y eso influye también en la elección de sepultura. Estadística provisoria de 270 casos de 1581 a 1630 y 3 158 de 1631 a 1800. El 34 por ciento de los hombres, el 36 por ciento de las mujeres eligen la iglesia parroquial de 1581 a 1630; el 31 y el 27 todavía, de 1631 a 1800, con una cúspide de 1641 a 1670 (34/45, 56/50, y 53/48.5 por ciento).

A partir de 1780, la elección de sepultura desaparece prácticamente.

Otro matiz, el estado de salud. La Iglesia recomienda no esperar al último momento para testar, a fin de liberar las últimas horas de toda distracción de lo esencial. La exhortación se extendió. De 1581 a 1630, en efecto, el 23 por ciento de los hombres y el 26 de las mujeres testan cuando gozan de buena salud; el 74 por ciento de los hombres y el 70 de las mujeres están considerados con mala salud, postrados, yacentes en el lecho, en el momento de las últimas voluntades (11 por ciento en buena salud, de 1581 a 1590, con 19 y 39; 40 y 17; 25 y 42; 18 y 34 por ciento de 1581-1590 a 1621-1630). De 1631 a 1800, los promedios del testamento válido se elevan a 28 por ciento entre los hombres (en lugar de 23 por ciento) y a 43 por ciento entre las mujeres (en lugar de 26 por ciento) contra sólo 48 y 41 por ciento que padecen mala salud. Otro cálculo corrobora esta modificación. Se pudo estimar, en un número bastante elevado de casos, el tiempo promedio que separa la redacción del testamento de la muerte. Así, de 1671 a 1680 se llega a los promedios siguientes: 9 meses en el caso de los hombres y 22 meses en el de las mujeres, 2 años y 2.5 de 1671 a 1680. Pero no deja de ser un hecho que el testamento es en la mayoría de los casos un asunto de personas de edad. Un cálculo relativo al decenio 1701-1710 indica 70 años como promedio de edad de los hombres y 66 años de las mujeres. El apresuramiento en testar no es, por cierto, un dato unívoco. El apresuramiento en testar fue en primer lugar, de 1580 a 1670-1680, en concordancia con otros índices, un signo de difusión de las actitudes de piedad de la Reforma católica. A todo lo largo del XVIII es un elemento de laicización que, al término del proceso, desemboca en la desaparición de la invocación y de la demanda de intercesión. Se arreglan los asuntos en plena salud porque los asuntos terrestres son importantes y hay que pensar en ellos con la mente clara y libre.

Es posible que en el siglo XVIII, el dimorfismo sexual de los comportamientos yuxtaponga un apresuramiento femenino piadoso y un apresuramiento masculino de buena administración.

La población que testa en París es diferente en varios aspectos a las

muestras provenzales. Intentamos llevar tan lejos como fuera posible el análisis social de los testadores. Esto es capital para apreciar el nivel de la muestra. Se conocen las dificultades: el testamento es un documento insuficiente para la aproximación a las fortunas. Por eso, con razón, ha sido dejado de lado por los historiadores de la economía y los de la sociedad. La gran encuesta de Roland Mousnier sobre las estructuras sociales parisinas nos dispensa de una investigación autónoma. Pronto podremos evaluar, gracias a los índices proporcionados por los títulos, los apellidos y los nombres. Una comparación entre los legados piadosos (sumas consagradas a la donación de misas, a compras de misas y donaciones caritativas) y los legados civiles permite obtener una primera indicación. Se completa mediante acoplamientos entre testamentos e inventarios postdeceso. No creo anticipar mucho diciendo que la muestra de los testadores parisinos, sin duda alguna, es socialmente menos selectiva que la muestra de los 1 850 testamentos registrados del estudio provenzal de M. Vovelle. El testamento cayó muy bajo en la escala social: la cobertura hacia la base es una consecuencia de la difusión masiva de la cultura escrita. Todo esto, desde luego, será cifrado con precaución. Y se procederá a las rectificaciones que se impongan.

El medio social que hace testamento termina casi por fotografiar a la sociedad parisina. Al menos, es lo que ocurre en cuanto a la relación de los sexos. Se sabe en qué medida el testamento provenzal es masculino. En la muestra –socialmente muy selectiva–[42] de los 1 850 testamentos registrados en los documentos públicos (la masculinidad se revelaría más claramente si se consideraran también los testamentos no registrados públicamente) se comienza con el 80 por ciento de testamentos masculinos a principios del siglo XVIII, para alcanzar el 70 por ciento a fines de éste, y el mínimo de 65 por ciento (fines del XVIII en las ciudades de la Provenza occidental). El testamento parisino es en su mayor parte femenino.

El testamento refleja la estructura por sexo y la estructura por edad. Una mayor longevidad femenina (de 3 a 4 años en el XVIII) y una edad del matrimonio algo más baja son las causas de que la mujer siga siendo, en dos de cada tres casos, la última en el hogar. Además, desde comienzos del XVIII, la casi igualdad ante el escrito, ubica a las mujeres de París en un plano de mayor igualdad cultural. He aquí algunos resultados provisorios:

[42] Vovelle, *Piété baroque, op. cit.*, pp. 49-50.

	Testamento masculino	*Testamento femenino*	*Testamento mutuo*
	%	%	%
1581-1630	50	>49	>1
1581-1590	51	49	
1591-1600	65	35	
1601-1610	45	55	
1611-1620	37	61	1
1621-1630	48	51	
1631-1800	40	59	1
1631-1700	42	57	1
1701-1800	37	62	1

El máximo de feminización se alcanza desde comienzos del siglo XVIII; las variaciones posteriores son poco significativas.

Algunos puntos están plenamente confirmados.

El volumen de la demanda de misas parisinas está cerca del volumen provenzal. Se pasa del nivel 300-400, con puntos de más de 600 por barrio, al nivel 100 . . . con un descenso desde 1670-1680 claramente más precoz, pues, que el primer descenso provenzal (1710). Las fundaciones establecidas con donaciones han desaparecido muy temprano. Un esfuerzo particular es requerido en los tres días después de la muerte, en el tiempo que sigue al deceso, donde, según una convicción íntima no claramente expresada, Dios suspende su juicio. Donde todo es posible todavía. Donde se puede arrancar al Juez la gracia del pecador, salvado por la ardiente plegaria de los vivos.

A través de un volumen de legados piadosos que va disminuyendo, se analiza el paso de una piedad contemplativa a una piedad de solidaridad. Pero los hospitales están lejos de recuperar lo que pierden las donaciones, las misas y los pobres. Todo es pesado, ellos reciben menos de la mitad a un siglo de distancia, entre fines del siglo XVII y fines del XVIII. El retroceso no es selectivo, sino global. Todo se hunde más o menos rápido, pero no hay deslizamiento y transferencia. Las donaciones piadosas se hacen cada vez menos *post mortem*, en detrimento de la familia. La familia estrecha y el círculo de los allegados que toma a su cargo al moribundo, refuerzan sus derechos sobre él.

En cuanto a la muestra, según ciertos cálculos (hechos por comparación entre testamento e inventarios), en la cima de la Reforma católica, a mediados del XVIII, alcanza un nivel sorprendente: un récord de 19.5

por ciento[43] es confirmado por un 18.4 por ciento con toda seguridad.[44] No está excluido el hablar de más de 10 por ciento. Con una caída del orden de 3, 4, 5, a 1, de 1680 a 1750. Estas cifras aún están sujetas a revisión.

Confirmación final, por último: la obsesión del enterrado vivo estalla en París más brutalmente aún que en Provenza, bastante temprano en el siglo XVIII. Obsesiona las mentes alrededor de 1750-1760, pero sus huellas ya aparecen desde el siglo XVII.

Los gestos pues, más las palabras. *Mourir à Paris* será esencialmente un estudio de las palabras. Porque son ellas las que dan testimonio de lo esencial. Para ello hemos contado, pesado, sopesado. Cada variante tiene su sentido, cada *lapsus* es revelador. Existen las palabras y existe más aún la ubicación de las palabras.

Tenemos la duración. Podemos ver ascender el testamento de la Reforma católica. Una proporción muy elevada de ológrafos permite contrastar la serie de testamentos ante notario. El testamento parisino ofrece una variedad excepcional, muy alejada de la rigidez del testamento español.

La invocación se prolonga hasta alrededor de 1650-1670. Después retrocede lentamente. Dos vocabularios se enfrentan. Uno arcaico (el bendito Espíritu Santo, el leño sangrante de la Cruz), que domina en el XVI, se borra en el nivel del segundo cuarto del siglo XVII, aunque se prolonga un poco más allá en los ológrafos, que son arcaizantes, lo hemos dicho, en relación con los testamentos ante notarios.

A título de ejemplo, ubiquémonos en la cima; entre 1650 y 1670, el estudio CV situado en la calle Saint-Antoine,[45] siendo notarios Jacques Rillard (1650-1668) y Valin de Sérignan (1668-1670): 296 testamentos (79.3 por ciento provienen de la parroquia Saint-Paul); la nobleza de espada cuenta con un 3.9 por ciento; tres categorías sociales dominan notablemente: los mercaderes, los artesanos, los administradores domésticos: 22 testamentos de burgueses de París sin precisión. El estudio CV, en cifras homogéneas, está cercano a la media (87.5 por ciento de los hombres que hacen testamento firman; 47 por ciento de las mujeres), un poco por debajo de la media parisina. El barrio Saint-Paul es modesto; el 90.2 por ciento de los testamentos tienen una invocación religiosa. La invocación cuenta en promedio con 84 palabras; así, cubre 11.4 por ciento de la superficie total del discurso testamentario. La

[43] Delaporte, *op. cit.*
[44] Reynaud, *op. cit.*
[45] Bataille, *op. cit.*

mayor proporción de los testamentos sin invocación proviene de los testamentos de los pobres (90 por ciento); artesanos e indeterminados (son testamentos de la parte baja de la escala social).

Un dimorfismo sexual poco marcado: las mujeres no tienen más que 78 palabras básicas, pero éstas alcanzan el 11.7 por ciento del testamento; los hombres 90 palabras, pero que sólo suman 11.3 por ciento de un testamento más largo en promedio. Las invocaciones más largas se sitúan en la cima de la escala social, pero las invocaciones proporcionalmente más largas por su extensión en el testamento corresponden a la parte baja de dicha escala: son de los artesanos del rey (17 por ciento), artesanos y gentes de oficio (12 por ciento), oficiales contables, 15 por ciento. La cima se ubica entre 1655 y 1660 y el reflujo comienza muy pronto, desde 1660.

El 90.2 por ciento de los testamentos ante notario tienen una invocación religiosa. Completa, ella comprende: 1) el signo de la cruz, 2) la pertenencia a la Iglesia; 3) la encomienda a Dios; 4) el ruego de misericordia; 5) la redención por los méritos del Cristo; 6) el ruego de admisión en el Paraíso; 7) el recurso a la intercesión de la Virgen y de los Santos.

De 264 testamentos ante notario que tienen una invocación, el 36 por ciento aluden al signo de la cruz; el 98.1 por ciento confiesan la pertenencia a la Iglesia; el 88.2 por ciento imploran la misericordia de Dios; el 89.3 por ciento hacen intervenir la pasión de Cristo; el 93.9 por ciento suplican la admisión en el Paraíso; el 95.8 por ciento recurren a la intercesión de la Virgen y de los Santos; el 57.5 por ciento piden la reparación de los errores cometidos, y el 42.4 por ciento perdonan las ofensas. Esta estructura es, con algunos matices, la estructura dominante del testamento parisino de 1630 a 1670, en la cima de la Reforma católica.

La clave del testamento se relaciona con la pasión de Cristo. Por ejemplo, en los ológrafos. En los grandes testamentos, la invocación a la Pasión del Señor puede redactarse de manera tan extensa, que llega a ocupar la tercera parte en extensión de una invocación de varias páginas. El testamento parisino de 1630 a 1670 es pues cristocéntrico —¿hay que decir beruliano?—. Llegados relativamente tarde a una posición dominante (no antes de 1620-1630),[46] los sufrimientos de Cristo son los primeros sacrificados. Desde 1680-1690, tienden a desapare-

[46] Mme C. Génin, memorias, septiembre de 1974 (XXI, 1589-1626 y VIII, 1618-1649) ve ascender al final del periodo la pasión de Cristo. La referencia explícita a la pasión de Cristo en estos 286 testamentos de los estudios XXI y VIII es respectivamente de 39,87 y de 26,69, 35.31 por ciento en los dos estudios.

cer en forma generalizada. Cuando se pasa de una fórmula larga a una fórmula más corta, la economía se opera, paradójicamente, omitiendo los padecimientos de la Pasión del Señor. Entre 1750 y 1770,[47] por ejemplo, en el estudio (calle Saint-Antoine y barrio Saint-Paul), la pasión de Cristo ha pasado de 89.3 por ciento a 6.63, tres veces menos que la Virgen (18.54); 4 veces menos que los Santos Patronos (15.85) y se halla casi en igualdad con respecto al Ángel guardián (4.63).

El testamento de las Luces invoca a Dios (¿el Ser Supremo?), a la gran Virgen Santa, al grupo protector (la Iglesia) y pide un pequeño rincón confortable en el Paraíso, concebido quizás como un suplemento de seguridad y de confort en la duración. Esquema simplista, por cierto, pero no desprovisto, como todo lo que es excesivo, de verdad. El discurso testamentario, en su conjunto, parece establecer en la fase de una primera lectura ingenua, una verdad que tal vez descubrirá la extrema brevedad de un cristocentrismo dominante. ¿Será que la Reforma católica sólo mantuvo convencido al conjunto del pueblo parisino durante una generación, de 1630 a 1670?

Es verdadero y falso. Hay que comprobar realmente la extrema brevedad de un cristocentrismo explícito. Los viejos testamentos son teocéntricos. Es el Dios Padre quien domina. Los testamentos de comienzos del siglo XVI[48] son cortos y densos. Pero el Dios que es invocado es realmente el Dios cristiano, tan cristiano que la divinidad de Cristo oculta su humanidad. Se expresan en un lenguaje que es el de Lutero antes de 1520,[49] el Lutero del *Commentaire des Psaumes* (de 1513), incluso el del *Commentaire de l'Epître aux Romaines* (1515-1516). Guillaume Gignon[50] en 1502 no se complica con grandes fórmulas: "considerando . . . que no hay nada más cierto que la muerte, ha hecho su testamento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén, en la forma y manera que sigue. Primeramente como buen y verdadero católico encomienda su alma a Dios y al Señor San Guillermo su patrono". El Dios de Guillaume Gignon, labrador y tejedor de lencería, es verdaderamente el dios trino, como el que se invoca en la mayoría de los estudios XI y LXXXIII del *Minutier* (barrio de la Universidad) de 1581 a 1600.[51] El Hijo casi nunca es nombrado, ni el Espíritu Santo, si no es de manera indirecta al hacer el signo de la cruz.

47 Le Magourou, *op. cit.*
48 Serie descubierta por Mlle M. Foisil.
49 Chaunu, *Le temps des réformes.*
50 A. N. Minutario, XIX, 19, 17 de abril de 1502 (Mlle Foisil).
51 Martin, *op. cit.*

Este viejo cristianismo modelado por mil años de cristiandad y tres siglos de mundo pleno, es un cristianismo del Juicio, donde Cristo es Dios, al punto de hacer olvidar que también es Hombre. En el Verdadero Dios y Verdadero Hombre, a pesar de la pedagogía de la *Devotio moderna,* de la lectura de *L'Imitation,* el Verdadero Dios enmascara al Verdadero Hombre. Este cristianismo es casi monofisita y está en las antípodas de la tentación arriana, tentación bastarda de las épocas bastardas. Será necesario un siglo en la época de las Reformas para que el Cristo mediador tome, encabezando el testamento, el lugar del Cristo Dios del Juicio, para que el Mediador tome a su vez el lugar del Juez.

Pero el Cristo no permanecerá mucho tiempo en el centro de las preocupaciones. Las alusiones a Cristo desaparecen del dictado notarial probablemente más rápido aún que del corazón de los parisinos. Su Dios, hasta alrededor de 1750, sigue siendo en la gran mayoría de los casos el Dios cristiano. Después de 1750, ya sólo es el gran Arquitecto del Universo, el Ser supremo, en buena cohabitación con una protección mariana forjada en la infancia (la buena Virgen Santa y no la gloriosa Virgen María, madre de Dios que, yuxtapuesta al Dios Padre, todavía a comienzos del siglo XVII, ocupa sin afectar demasiado el lugar de una mención explícita del Cristo). Después de 1750, el Cristo continúa viviendo en el corazón de muchos parisinos, pero es rápidamente sacado del testamento, refugiado, como era de esperar, en el foro interno.

La historia del sentimiento religioso, en la hora de la muerte y en el curso de una vida menos directamente ubicada bajo las miradas de la muerte, ya no incumbe al testamento. Para morir en París, después de la Revolución, serán necesarios otros recursos, otros medios. Los siglos XVI, XVII y XVIII bastan para ocupar nuestra atención: no han revelado aún todos sus secretos.

QUINTA PARTE

EL ALCANCE DE LA HISTORIA. LA HISTORIA, CIENCIA DEL FUTURO

Conocer el pasado para aprehender mejor el porvenir, conocer la historia para basar la prospectiva. Titulé un libro, publicado en 1975, *De l'histoire à la prospective* (Laffont, 400 pp.), precisé y extendí el análisis en *Le refus de la vie*, a fines de 1975 (Calmann-Lévy, 344 pp.) y *La mémoire et le sacré*, en enero de 1978 (Calmann-Lévy, 288 pp.).

En primer término, yo había denunciado el error cometido por los demógrafos que no asimilaban suficientemente la lección del pasado. Mi artículo (cap. XVIII) "Historia y prospectiva. El ejemplo demográfico", fue tomado en consideración en 1974 por la Conferencia de Bucarest, y así contribuyó a la rectificación básica de todas las previsiones demográficas. Propongo sustituir una prospectiva sin pasado por una prospectiva que tenga en cuenta las lecciones de un análisis histórico del pasado, en un análisis histórico prospectivo del último cuarto del siglo XX (cap. XIX).

La demografía está en el cruce de todo y, por lo tanto, proporciona una imagen de la "crisis de Occidente" (cap. XX). ¿Y por qué no, de una acción práctica? Una pequeña nota publicada en la *Nouvelle presse médicale* (cap. XXI) y un informe presentado el 20 de septiembre de 1977 ante una comisión provisional del Consejo Económico y Social (cap. XXII) van a cerrar esta recopilación que nos ha conducido, a través de las preocupaciones del presente, del pasado al futuro, en la sucesión de las generaciones de hombres, conciencias dolorosas de sí bajo la mirada de la muerte.

XVIII. HISTORIA Y PROSPECTIVA

*El ejemplo demográfico**

AL FILO de los tiempos, Maurice Crouzet –arrancado demasiado pronto a nuestro respetuoso afecto– se había vuelto cada vez más hacia una historia contemporánea, una historia de lo inmediato. El tomo VII de la "Histoire générale des civilisations" había causado revuelo con toda razón, por el lugar que en plena crisis concedía a los problemas candentes de la descolonización política de los otros continentes. La historia puede servir para leer el presente –aunque ésta no sea su principal vocación–, pero la historia, sobre todo la que se sitúa deliberadamente en la larga duración en donde tiene lugar lo esencial, y en estrecha relación con las ciencias sociales, puede aspirar a una mayor ambición. Puede contribuir a una prospectiva más segura del futuro. El corto plazo pertenece al ámbito de las previsiones demográficas, el largo plazo se nos escapa y la futurología casi no es más que un sueño. A mediano plazo, ante nosotros, en veinte, treinta, cuarenta años, se abre un ámbito que tal vez sea el de la verdadera prospectiva. No hay prospectiva sin previsión razonable de los niveles y de los equilibrios de poblamiento, no hay prospectiva pues, sin esta demografía histórica que acaba de abrirse paso espectacularmente en Francia e Inglaterra. La Sociedad de Demografía Histórica que celebraba –en el momento en que Maurice Crouzet nos dejaba tan bruscamente– su décimo aniversario, me había pedido que reflexionara sobre esta importante cuestión. Son esas reflexiones, sin duda prematuras, apenas retocadas en algunos puntos, las que yo dedico a la memoria de un gran historiador ávido del hombre y, por lo tanto, apasionado por el presente y ansioso por el futuro.

En verdad, nada es más imprevisible que las actitudes ante la vida. Son difíciles de comprender, ¿cómo preverlas? El demógrafo puede, tomando su bastón de sociólogo, descubrir intenciones, pero el demógrafo sabe –el demógrafo, no siempre el uniformador de masas– que la intención es momentánea, que entre la intención y el acto existe todo el espesor que va de lo ideal a lo vivido, que la intención no se concreta

* Artículo publicado en la *Revue historique* 507, julio-septiembre de 1973, pp. 131-148. Reproducido con la amable autorización de Presses Universitaires de France, París.

necesariamente y que ella se concreta, cuando lo hace, en una circunstancia diferente de aquella en que fue formulada. El ritmo rápido de modificación de nuestras sociedades vuelve cada vez más difícil la simple previsión demográfica. Eso explica que, a pesar de los progresos espectaculares realizados desde hace un medio siglo por la ciencia demográfica, las previsiones realizadas desde 1930, invariablemente hayan sido desmentidas por los hechos. Eso explica que los demógrafos —cuya prudencia es grande— sepan ahora que las previsiones demográficas deben rehacerse en promedio cada cinco años, a fin de incorporar las modificaciones sobrevenidas en el intervalo. Es muy evidente, en estas condiciones, que al proceder a vincular demografía histórica y prospectiva, el autor de estas apresuradas reflexiones está dispuesto a correr riesgos. Riesgo de ser, él también, desmentido por los hechos; riesgo de enfrentarse a unos y de defraudar a otros; riesgo, sobre todo, de ir a contracorriente de las ideas predominantes. No podría, en ningún caso, comprometer otra responsabilidad que la suya. Al intentar colocar nuestro conocimiento del pasado al servicio del presente para una mejor aprehensión del porvenir —¿ acaso la prospectiva no es eso?—, uno va siempre un poco más allá de la pura objetividad, se compromete personalmente, se arriesga. La prospectiva no puede proporcionar lo absolutamente cierto y, sin embargo, más vale intentar una prospectiva que limitarse a las previsiones que dibujan una línea que el futuro casi seguramente evitará seguir.

1

Demografía histórica pues, y prospectiva, y no provisiones demográficas. No es que haya que desdeñar ese trabajo absolutamente necesario, que impone toda tentativa de superación. Actualmente, los institutos de estudio demográfico proporcionan a los Estados muchos cálculos y previsiones demográficas. Trabajo de calidad desigual, que depende necesariamente del material estadístico de base, es excepcionalmente brillante en Francia, gracias al INED, que el mundo nos envidia. Estas previsiones son recapituladas en Nueva York por los organismos competentes de las Naciones Unidas, que han tenido la tendencia, en el curso de estos últimos años, a descartar las hipótesis más bajas, entiéndase aquellas que tienen en cuenta la aceleración evidente de las modificaciones de los comportamientos en el seno de un decrecimiento que las informaciones que nos llegan confirman cada día. Así, son informaciones un poco filtradas en función de presupuestos válidos, es cierto, pero

no declarados, que enriquecen las publicaciones estadísticas de la ONU,[1] de ahí que a menudo sean simplificadas, caricaturizadas, truncadas por la prensa ávida de lo sensacional. Por desgracia, actualmente las proyecciones demográficas forman parte de lo sensacional. Los demógrafos que conocen sus técnicas saben de su carácter aleatorio en calidad de previsión. Entre la hipótesis alta, la hipótesis media y la hipótesis baja, ¡qué distancias! Me apresuro a agregar –piénsese en las previsiones demográficas de los años treinta– que la realidad puede muy bien ubicarse fuera del haz no obstante muy amplio de la proyección. Me parece que no se corre casi el riesgo de equivocarse al pronosticar que, según las evidencias, la realidad de los años noventa se situará fuera, es decir debajo del haz de las previsiones.

Las previsiones demográficas desarrollan las posibilidades ofrecidas por una pirámide de edades en un momento dado, deducen los comportamientos futuros de los comportamientos observados en los años inmediatamente precedentes. La evolución puede deducirse según la hipótesis de una fecundidad y de una esperanza de vida constantes –la técnica más simple–, o según evoluciones hipotéticas de la fecundidad y de la esperanza de vida observadas en el último decenio, pero linealmente deducidas sin verdadero esfuerzo de anticipación preventiva –técnica un poco más compleja. Se tendrá en cuenta la incidencia de las migraciones a nivel regional, nacional, continental. En el nivel planetario, las corrientes migratorias se eliminan, no entran ya en consideración más que como acelerador de las modificaciones del comportamiento, por la incidencia sobre las esperanzas de vida y las fecundidades. Importa advertir que una previsión incluso ponderada no deja de ser una previsión en el estado segundo. Las previsiones demográficas, al menos las que son difundidas por el anuario de las Naciones Unidas, están construidas en su mayoría sobre hipótesis de evolución casi lineal de la esperanza de vida y de las tasas de fecundidad. Las previsiones sobre las que se ha trabajado más a menudo hasta estos últimos años, me parecen buenas a pesar de ropajes más o menos complejos, más o menos sofisticados; esperamos aún en este terreno una verdadera prospectiva.

No podemos hablar de prospectiva cuando la evolución esperada en el futuro es simple y linealmente deducida de las modificaciones observadas en un pasado cercano. Tales previsiones son simplemente proyectivas. El grado de sofisticación no cambia nada la naturaleza del trabajo efectuado.

[1] Los latinoamericanistas piensan, desde luego, en la CEPAL. Además del anuario, y las oficinas estadísticas comunes, deben tomarse en cuenta las publicaciones de la multitud de organismos regionales anexos.

Ignoro si es posible una prospectiva en el orden de la previsión demográfica. Sin embargo, una cosa es segura: el éxito de una previsión demográfica verdaderamente prospectiva implica la existencia misma de la prospectiva social. ¿Qué prospectiva se puede esperar, en efecto, si no se posee ninguna garantía respecto al dato que sustenta todo el edificio social, a saber el volumen de la población, su distribución a lo largo de una pirámide de edades y la dinámica de esta pirámide, tal como resulta del abanico de las fecundidades y de las esperanzas de vida? El problema planteado es pues de tamaño. Toda verdadera prospectiva —entiendo por esto una proyección que se esfuerza por incorporar la mutación no exactamente previsible, la innovación en sentido propio— corre el riesgo pues de tropezar con las dificultades que paralizan la "demografía", sector de base, sector clave, sector aparentemente simple y no obstante tal vez el más difícil, extremando las cosas, de alguna manera, de nuestras posibilidades. ¿Puede esperarse, en los años por venir, una prospección demográfica que sea verdaderamente prospectiva y no solamente proyectiva o en primero y segundo grados? Una prospectiva a medio camino entre la previsión, etapa de base, y la futurología, dominio de lo arbitrario.

Ignoro si una prospectiva demográfica es posible. Debe ser posible intentarla en una duración bastante corta de veinte a treinta años, con un amplio margen de errores asumidos. Esta tentación se impone: no se puede administrar el patrimonio humano sin prospectiva demográfica. Ignoro si desde ahora podemos hacer una buena prospectiva demográfica, pero sé que no se puede intentar la experiencia de ella sin una base muy sólida de demografía histórica. Una demografía encerrada en el corto plazo proyecta; una demografía fundada en la larga memoria de los historiadores demógrafos es más fácilmente prospectiva. La demografía histórica, en última instancia, no se justifica mejor. ¿Acaso no nos ha enseñado ella, en primer lugar, que en demografía al igual que en toda la aventura humana, nada se desarrolla linealmente, sino, todo lo contrario, a través de mutaciones? Las mutaciones del pasado no nos permiten adivinar las mutaciones del futuro; pero al menos nos aseguran una cosa: vendrán mutaciones a perturbar las previsiones lineales que estamos muy obligados a calcular, en una primera etapa. Realmente es muy difícil llegar a ellas, aunque sólo sea a causa de los fenómenos de retroacción que provoca, indefectiblemente, la difusión de las previsiones demográficas.

Dejo a los demógrafos el cuidado de hacer la historia de las previsiones elaboradas y desde hace una cuarentena de años confrontadas a las realidades. La comparación entre la hipótesis media y la realidad obser-

vada es extremadamente interesante. Digamos que de 1930 a 1955, de manera muy generalizada, las previsiones fueron desmentidas por cifras de población, en general muy superiores a lo que las pirámides de edades y la previsión de las esperanzas de vida y de las fecundidades hacían esperar. De ahí los términos de explosión demográfica que en el orden de las palabras y en la escala planetaria, sustituyen a los del *baby boom* norteamericano, esta maravillosa sorpresa de la posguerra. La explosión demográfica culmina, en líneas generales, entre 1955 y 1960. Después comenzó un fenómeno de decrecimiento en cadena generalmente subestimado, cuyos efectos, lejos de ser uniformemente favorables, sorprenderán de aquí a algunos años, exactamente de la misma forma en que la aceleración de los diez años de la posguerra, de 1945 a 1955, había tomado al cuerpo social, a los expertos y usuarios de la estadística, siempre retrasados respecto a una revolución: totalmente desprevenidos.

Se demostrará, cuando así se quiera —textos de apoyo y cifras en mano—, que la corrección hacia arriba de casi todos los niveles de poblamiento entre 1945 y 1955, en forma generalizada (en 1960 en algunos lugares y en 1965 en otros), es de hecho una de las razones del desbordamiento de las previsiones demográficas que proliferaron entre 1960 y 1970. Actualmente, la subestimación de los factores de alza entre 1940 y 1955-1960 provoca la subestimación sistemática de los factores de disminución que no dejan de acumularse desde 1955 (Europa del Este), 1957 (Estados Unidos), 1962-1965 (Europa occidental, 1965-1972 (en los sectores al principio minoritarios, luego cada vez más extendidos y hoy en día mayoritarios del Tercer Mundo). Al igual que los no tan bien armados demógrafos de los años treinta y cuarenta fueron incapaces de integrar e incluso de mantenerse suficientemente atentos a las grandes modificaciones del segundo tercio del siglo XX, desde 1955-1960, muchos supuestos expertos que no son verdaderos demógrafos (esta observación no podría cuestionar al INED, ya que, en verdad, yo obtengo lo esencial de mi documentación de una lectura atenta de *Population*,[2] y de *Population Studies*) repiten el mismo error, con algunas excusas menos que sus predecesores. Son igual de proyectivos, tan poco o casi tan poco prospectivos. Las proyecciones más divulgadas de los años 1940-1955 habían subestimado, en líneas generales, tres órdenes de factores, cuyos efectos han sido evidentemente muy desiguales:

[2] La lucidez de los redactores de *Population*, sin duda la primera revista francesa en el terreno ampliamente extendido de las ciencias humanas, está a la altura de una información nunca sorprendida en falta.

a) La revolución provocada por las compañas de vacunación, el empleo de los insecticidas, de las sulfamidas y de los antibióticos; yo diría la revolución económica de los costos que ha permitido una difusión masiva de estos modificadores de equilibrio sin modificación concomitante de los aparatos y de las estructuras de producción en los países del Tercer Mundo, afectados de rebote por una revolución tecnológica de cuyos efectos se había pensado al principio que estarían limitados durante mucho tiempo única y prioritariamente a los países industriales.

b) La evolución inesperada de las actitudes ante la vida en los países ricos. A la reducción lineal de la descendencia en función del nivel de vida y del nivel de cultura, sucede una evolución parabólica con correlación invertida más allá de cierto umbral rebasado.

c) Una caída de eficacia, por último, de los métodos anticonceptivos basados en ascetismo; una suerte de usura de los frenos tradicionales y de muy antiguos procedimientos que suponían una más firme voluntad y una menor búsqueda de placer; la acumulación de esos factores explica que a partir de 1950 las descendencias obtenidas sobrepasen, más de lo que se había previsto en numerosos casos, las descendencias deseadas. Todos estos factores actúan en el mismo sentido y contribuyen a la sorpresa de los años 1945-1960. A partir de 1960, el mensaje se extendió. La mayor parte de las previsiones no se limita ya a registrar lo ocurrido, sino que tienden a integrar como un dato la aceleración del ritmo ascencional. De 6 mil millones en el año 2000 se pasa a 7 mil millones y los comentarios periodísticos que acompañan las previsiones demográficas se parecen a un género literario al mismo tiempo nuevo y tradicional: el apocalipsis en forma de ciencia ficción. Con esta pizca de racismo antihumano, de odio maníaco al niño que no es más que la consecuencia de un contenido miedo pánico a la muerte, que se revela por un vocabulario zoológico, y que los *mass media* de mayor circulación en la mayor parte de los países occidentales se han encargado y seguirán encargándose de generalizar.

El estereotipo formado y su adecuado uso comercial contribuyeron a enmascarar en la opinión pública las importantes modificaciones que tienen su raíz entre los años 1955 y 1960.[3] Desde 1960 estamos en presencia de una situación que es, poco más o menos, el simétrico inverso de los años 1940-1950. Se subestimó el crecimiento demográfico

[3] En un artículo del *Figaro* (2-1-1973) un experto tan sabio como Jean Fourastié utiliza en sus previsiones cifras de fecundidad que desde hace cinco años fueron desmentidas ciento por ciento por el reflujo de las fecundidades que él rehúsa, de hecho, tomar en cuenta.

durante veinte años, desestimando la importancia del impulso acelerador; desde hace algo más de diez años subestima la importancia del decrecimiento, desestimando la importancia de los refrenamientos que harán sentir sus efectos brutalmente acumulados, a escala europea en los próximos cinco años, y a escala planetaria, a partir, ya con mucha fuerza, de los años ochenta. Este punto nos sitúa, inadvertidamente, en la articulación de la proyección y de la prospectiva.

Un estudio de la evolución paralela, desde 1930 hasta 1973, de los resultados de las observaciones demográficas, del dato, por una parte, y de los diferentes tipos de previsiones propuestas, por otra parte, nos lleva a interrogarnos sobre las razones de los errores que se cometen sin cesar. Una parte de esos errores resulta de la previsión demográfica misma. No se podría sobreestimar el efecto masivo de las retroacciones provocadas por previsiones demográficas públicamente difundidas. Razón de más, pues, para invitar a los expertos y a los que acechan sus declaraciones como oráculos de Delfos, a un manejo todavía más prudente de las previsiones que siempre deben ponderarse con detenimiento. Dejemos el efecto de retroacción, en adelante sabemos que debemos incorporarlo en la previsión; la mediocridad de las previsiones de estos últimos años, su incapacidad para elevarse del estadio preventivo al estadio prospectivo, resultan, en efecto, de una insuficiente incorporación del dato de la historia. Una demografía que no es histórica, una demografía chata, corta, no puede ser más que preventiva. El precio de una aproximación prospectiva es, muy evidentemente, toda la sabiduría que puede extraerse de la muy larga duración.

2

¿No es posible tratar de formular un cierto número de leyes extremadamente generales del desarrollo de la población? No me propongo rehacer a Malthus; a veces se me reprocha ser un poco injusto con respecto a este maestro —Malthus, vaya y pase, ¡pero los maltusianos! Notas, pues, a lo sumo, base para la redacción de un pequeño catecismo destinado a personas que deban manejar informaciones demográficas ante un vasto público.

La primera ley es la del crecimiento. Tan lejos como nos remontemos en el tiempo, en toda su duración el fenómeno humano aparece como un crecimiento. Y el crecimiento demográfico, en escala macroscópica, rige a todos los demás. A diferencia de las especies animales, el hombre hasta ahora no llega al tope, no regresa, sube. Signo de juventud, tal vez. Probablemente.

Ley, pues, aplicada en varios milenios, del crecimiento rectilíneo . . . , pero este crecimiento no es rectilíneo y continuo más que visto desde un Sirio de la duración. En efecto, la segunda ley puede llamarse ley de la evolución por niveles y mutaciones. Cada mutación de las "culturas" y de las "civilizaciones" va acompañada –causa y efecto, por lo tanto interreacción– de una mutación del número. Hay humanidades paleolíticas que se miden en decenas de miles, una humanidad neolítica que se cuenta en millones (de la mano), una humanidad histórica que alcanza la centena de millones (entre 100 y 500 a.c.), una humanidad de la época industrial que se cuenta en miles de millones. Entre cada una de estas mutaciones, aparecen largos escalones que son falsas mesetas. Desde el siglo V a.c., hasta la víspera de la Revolución industrial, se avanza con un ritmo de duplicación, entre el medio milenio y el milenio. Todos los grandes progresos fueron producidos y acompañados por una importante multiplicación del número (por 10, 20 a 100) con ritmos de duplicación secular o menos que secular.

Ley del imposible crecimiento cero. Ninguna sociedad, por poco extensa que sea (un conjunto considerado en una gran superficie, por lo menos un millón de kilómetros cuadrados, y en una cierta duración, una decena de generaciones) ha registrado un crecimiento de cero. Los crecimientos de cero que se han invocado no son más que ilusiones debidas a una mala información o a un ángulo de observación amañado.[4] Históricamente, las falsas mesetas se deben a yuxtaposiciones de largos períodos de crecimiento y a recesiones catastróficas. El fenómeno es demasiado extenso como para ser producto del azar. Sería necesario, por otra parte, discutirlo caso por caso. Me parece que una de las razones del imposible crecimiento cero se desprende históricamente de la acción de la selección natural. El crecimiento permite evitar la sobrecarga relativa del cuerpo social por individuos biológicamente deficientes. Los ajustes no pueden hacerse sin perjuicio cualitativo más que por un incremento de las salidas, no por una disminución de las entradas.

Cuarta ley: ley del periodo del ritmo de crecimiento, o de la reducción del período de las oscilaciones, que en parte se deriva de la observación precedente. Es casi un corolario que se podría inscribir en los márgenes de las observaciones de J. Hajnal[5] sobre el matrimonio, ese *European pattern* que es un *new pattern*. Una vez más, entonces, un

[4] El Japón de antes del *Meiji*. La meseta no es perfecta y no dura más de tres siglos. Una falsa meseta puede resultar también de la yuxtaposición de zonas en vías de abatimiento y de sectores en fase de crecimiento.

[5] J. Hajnal, "European Marriage Patterns in Perspective" en D. V. Glass y D. E. C. Eversley (comps.), *Population in History*, Londres, 1965, pp. 101-143.

modelo europeo (surgido en la cristiandad latina occidental) se desprende, progresivamente, de un proceso establecido para dar respuesta específica a una forma de mundo pleno nunca realizada a escala semejante, del siglo XIV al XVIII. Este modelo del cual surgieron las sociedades industriales se opone progresiva y globalmente a todos los sistemas en el tiempo y en el espacio. Ocurre en él la innovación absoluta. Tanto, desde luego, como podamos juzgar por las grandes masas humanas,[6] fuera de Europa, y europeas con anterioridad al siglo XIV.

Observo, en efecto, que todas las informaciones que actualmente tenemos reunidas, nos muestran un tipo de evolución de amplias oscilaciones pluriseculares. Yo lo había subrayado otrora[7] con respecto a la América precolombina, a través de la obra de los historiadores de Berkeley. Todos los trabajos publicados desde hace trece años confirman esta intuición. Por una parte, los altos niveles de la población amerindia ya no se discuten; por otra parte, un ritmo plurisecular de ascensos seguidos por profundos abatimientos es apuntalado ahora por presunciones convergentes. El ritmo amerindio es un ritmo chino. Con respecto a China, el dato es más seguro; Marcel Reinhard, André Armengaud y Jacques Dupâquier lo recordaron enérgicamente en su clásica *Histoire générale de la population.* Este ritmo muy contrastado de período multisecular, con una fase ascendente mucho más larga que la fase descendente (el descenso se debe a la repetición de profundos cataclismos en un período corto), fue tal vez también el de la cuenca mediterránea antes del período moderno. Un muy largo ascenso cuyo origen se ubicaría hacia el 5000 a.C. y que culmina hacia mediados del segundo siglo de nuestra era. El abatimiento de los siglos III, IV, V, tal vez incluso el VI. Un nuevo ascenso del VIII-IX al XIII-comienzos del XIV en un espacio descentrado hacia el norte y que, al norte de la orilla estricta del Mediterráneo, hace reventar todos los límites anteriores y en los siglos XIV-XV un reflujo que establece la transición con respecto al *new pattern.*

Nos gustaría saber si las fases largas de expansión de este modelo se

[6] Pienso, evidentemente, en primer lugar, en China, tal como lo pone de manifiesto una masa de estudios ligados a la oportunidad documental de los libros amarillos. *(Cf.* especialmente Ping-ti-Ho, *Studies on the Population of China, 1368-1953, Harvard East Asian Studies,* Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1959, XVIII, 342-LX pp.)

[7] P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique,* París, 1955-1960, t. VIII, 1, y suplemento cartográfico en el tomo VIII; entre las más recientes confirmaciones, la de P. Clastres, "Eléments de démographie amérindienne", *L'Homme, Revue française d'anthropologie* 13 (1-2), 1973, pp. 23-36.

superponen a una oscilación más corta del tipo de las observadas en nuestro muy relativo "Antiguo Régimen", este antiguo régimen del tiempo corto que más seguramente es un *new pattern*. Se puede suponer, sin embargo —a causa de los fuertes declives que realmente deben admitirse en numerosos casos precisos—, que si la oscilación de un débil período (20-30 años) existió sus huecos debieron de ser también bastante débiles.

Se llega así a suponer una interacción entre una oscilación de largo período y una oscilación de corto período. En un primer caso, la oscilación de largo período absorbe casi completamente a la segunda (la oculta y tal vez la elimina). En el segundo caso, la oscilación larga desaparece. No subsiste más que la oscilación de corto período (20-30 años), que tiende a su vez a atenuarse en la transición de nuestro "Antiguo Régimen" a la era industrial.

Me veo obligado a distinguir entonces tres modelos: un modelo antiguo y extraeuropeo dominante, que se caracterizaría por el predominio de una enorme oscilación asimétrica (fase ascendente larga, fase descendente corta, rápida, caótica) fácilmente observable en China y en las poblaciones amerindias; un modelo con oscilación de amplitud atenuada y de corto período dominante (al punto de eliminar progresiva y cada vez más completamente la oscilación de largo período), un modelo de crecimiento sin oscilación o con oscilaciones cada vez más atenuadas, que se limitan a encadenar períodos de crecimiento medio con períodos de débil crecimiento. Dos complementos. Si se puede soñar con un modelo, un cuarto modelo de crecimiento cero sólo puede ser preventivo o prospectivo. Nunca fue realizado y sigo pensando que las condiciones que permitirían no realizarlo, sino optimizarlo, están lejos de hallarse reunidas y que me parecen, desde el punto de vista humano, irrealizables antes de uno o varios siglos en el mejor de los casos.[8] Entonces, por el momento, el encadenamiento histórico empuja hacia el país de Utopía el crecimiento demográfico cero de los grupos reflexivos, de California a Roma, pasando por el ruidoso amplificador del informe del MIT. En cambio, los modelos de transición son más importantes históricamente. Por ejemplo, el establecimiento del *new pattern* en Europa. Comienza por un período de transición. El abatimiento de 1348 a 1420-1450, particularmente apreciable en el centro de la Europa media. Del siglo XVI al XVIII, la desaparición de la oscila-

[8] Mis análisis coinciden, en amplia medida, con los que nuestro maestro Alfred Sauvy acaba de presentar en un gran libro lúcido y valiente: A. Sauvy, *Croissance Zéro?*, París, Calmann-Lévy, 1973, 329 pp.

ción plurisecular se extiende progresivamente del centro hacia los bordes del espacio europeo. Las Europas periféricas conservan durante más tiempo el viejo ritmo contrastado, España, el Imperio, Rusia, todavía en el siglo XVII. Francia, Italia, los Países Bajos, Inglaterra, comienzan a tener una expansión continua más o menos rápida con algunos accidentes menores aproximadamente desde los años 1430-1450; la Europa periférica solamente desde los años 1650-1670. El paso de 1 a 2 se hace en épocas diferentes, en Europa del siglo XV al XVII y con un tiempo de transición; el paso de 2 a 3, al articularse los siglos XVIII y XIX, en las mismas circunstancias, con un período más o menos largo de transición.

Falta la quinta ley. ¿Hay que decir: la ley de la demografía insertada? No hay demografía en sí, "demografía" pura. Históricamente, el perfil demográfico se inscribe dentro de un sistema demográfico: las actitudes ante la vida son, junto con las actitudes ante la muerte, la pieza central de un sistema de civilización.

Nada más revelador, desde este punto de vista, que el *new pattern*, el *European pattern* que se establece en la cristiandad latina occidental a partir del siglo XIV y que está destinado a extenderse, a transformar el mundo con la difusión del sistema de civilización europeo, a partir del siglo XIII. Este sistema, que se basa esencialmente en el retardo de la edad del matrimonio, la separación pues, en el tiempo, de las generaciones, la muy lenta disgregación del linaje y su reemplazo por el *nucleus* familiar, matrimonial, estrecho, en una proporción aún más mayoritaria que por el pasado; este sistema que constituye una estructura ideal para una transmisión optimizada de la experiencia y una inversión masiva en la educación, proporciona una respuesta específica, única, a un tipo de desafío que se ha producido varias veces en el curso de la historia. Este desafío, desde luego, es un nivel nunca antes igualado a escala semejante, de mundo pleno íntegramente desbrozado. Un mundo pleno relativo. Jacques Dupâquier ya lo demostró. La Europa occidental moderna se mantiene, en forma generalizada y siempre, muy por debajo de un techo objetivo de poblamiento, de un verdadero máximo de poblamiento. Los trabajos más logrados de la escuela de Berkeley[9] muestran que han existido mundos objetivamente mucho más plenos, allí donde menos se esperaba; al comienzo, por lo menos en el Santo Domingo *arawak* del cultivo de la mandioca mediante

[9] S. F. Cook y W. Borah, *Essays in Population History of Mexico and the Caribbean*, vol. I, Berkeley, Calif., Los Angeles, Londres, University of California Press, 1972, XXIII, 455 pp.

las técnicas del cultivo aporcado del *conuco*. No obstante, el surgimiento de un mundo poblado con 35-40 habitantes por km², en un área de más de un millón de km², el 80 por ciento de la cual corresponde al terreno desbrozado, constituye un nuevo hecho irreversible. A un desafío de tipo semejante, el Japón insular de los siglos XVI-XVII-XVIII respondió mediante las formas mutilantes de un *birth control* a base de aborto y de infanticidio, soluciones parecidas y moralmente equivalentes. La cristiandad latina occidental responde mediante la solución original del retraso de la edad del matrimonio, mediante la socialización de un ascetismo de control de los impulsos sexuales —en todas las clases de edad— que era antes el prestigio de un pequeño número de monjes, de clérigos, de "puros". La socialización de este recurso ascético es incomprensible sin una valoración ética de la continencia, valoración antigua, aunque solamente en el nivel de una capa muy estrecha de gente que lee y escribe, que el cristianismo elitista de los primeros siglos había tomado en una parte de su herencia.

No hay determinada solución demográfica para un desafío histórico determinado. Para un tipo de desafío siempre hay una multitud de soluciones posibles. La historia nos confirma que la demografía no es natural, la naturaleza para el hombre es la cultura. El comportamiento demográfico está ligado a una cultura. No hay una demografía del Antiguo Régimen que sea un hecho natural y que se oponga a nuestros modelos culturales de comportamiento. Tan lejos como se remonte el fenómeno humano, parece que demografía, sexualidad y cultura están íntima e indisociablemente ligadas.

3

Esta inmersión en el pasado es necesaria. Las ciencias humanas necesitan a la historia. Una parte de los errores cometidos y sobre todo abundantemente difundidos por el multiplicador de los *mass media,* tanto en la conceptualización como en la explotación del dato se deriva del desconocimiento de la historia.

Las ciencias humanas no son ciencias anodinas. Nosotros los historiadores (y en el más alto grado, los historiadores demógrafos, confrontados al problema fundamental del hombre frente al hombre en la transmisión de la forma más elaborada de la vida) tenemos entonces una pesada responsabilidad en la administración del patrimonio de la humanidad.

Hoy no podemos preocuparnos únicamente por la elaboración de un conocimiento fraccionado; es preciso generalizar, integrar. Si nos-

otros no lo hacemos, otros lo harán por nosotros, con menos fortuna que nosotros, y no tendremos derecho a quejarnos. También debemos velar por la difusión del resultado de nuestras investigaciones, porque esos resultados son útiles, en cierta medida operacionales. Contribuyen considerablemente a orientar las conductas.

Hay que ser consciente de la manera en que será utilizada la información suministrada. No siempre podemos impedir su uso deficiente; debemos proporcionar los elementos de información conexos que permitan una utilización correcta. Entonces, la primera regla es no fraccionar jamás. Sabemos que una tasa de crecimiento de 3 por ciento en un país o en un grupo de países es accidental. No dejemos a otros la responsabilidad de descubrirlo. Ellos no lo descubrirán, con la información calcularán consecuencias absurdas. Hay que decir y explicar por qué.

Tomaré un ejemplo preciso. "La explosión demográfica" –sacrifiquémonos ante la moda, aun si la palabra es "discutible"– del Tercer Mundo, que culmina en la década de los cincuenta del siglo XX, ha sido y todavía es utilizada constantemente, a menudo de muy buena fe, de una manera detestable. Alimenta una forma nueva de racismo que de buena gana llamo el racismo antihumano, el racismo de las generaciones formadas contra la base de la pirámide. Entrar en la existencia constituye una renta de situación. En un mundo que se considera idéntico a la balsa de *La Méduse* o a la barca de Virgilio y de Dante que va rumbo a los infiernos, los niños por nacer, principalmente en los países prolíficos, ya no son la certeza de nuestra supervivencia, los agentes de nuestro devenir, los portadores del progreso después de nosotros, sino los invasores que hay que aniquilar, y a ello nos dedicamos. Incluso, ya no se habla más que de eso y, paradójicamente, en la Francia subpoblada y en la Europa que envejece nuevamente. No nos lavemos las manos, somos responsables. ¿Hemos hecho siempre lo necesario para explicar las previsiones, para inscribirlas en la duración histórica y para corregirlas en la medida de las modificaciones que intervienen a un ritmo que no podíamos prever hace veinte años? Habremos sobrestimado lo que era obvio para nosotros pero que era mejor decir para el gran público, incluso el que posee cultura.

Concretamente, ¿cómo pueden servir las sencillísimas lecciones de la demografía histórica para influir en las previsiones demográficas hasta obtener un bosquejo de prospectiva y para presentarlas mejor de una manera más comprensiva y menos traumatizante para el gran público? En primer lugar, desmitificándolas e insertando el tiempo corto de una historia muy contemporánea en una más larga duración.

Nuestras previsiones se basan necesariamente en la evolución de los últimos decenios. También importa no crear contrasentidos con respecto a los últimos decenios. El fenómeno de aceleración del crecimiento demográfico de 1940 a 1960, debido al volumen alcanzado por la humanidad, al volumen de la comunicación, a la rapidez sin precedentes de la difusión, y a una mayor homogeneidad del medio humano, a pesar de todo y de las apariencias, no tiene precedentes en cuanto a su dimensión, pero sí los tiene en cuanto a su naturaleza. La hipótesis más digna de crédito que viene a la mente cuando se comparan las curvas demográficas de los últimos años con la totalidad de la experiencia histórica calculable es que el fenómeno demográfico de la segunda mitad del siglo XX se distingue no por su perfil, sino por su período. Digamos, en pocas palabras, con todo el simplismo aparente que hay que asumir cuando uno se arriesga a tales juegos, que vivimos a escala planetaria un cambio de nivel, de dimensión, comparable al que ha acompañado y permitido todas las grandes mutaciones culturales. Piénsese, por ejemplo, en la evolución a manera de peldaños que provoca el paso del Paleolítico tardío al Eneolítico agrícola. Piénsese en la evolución a manera de peldaños de la Europa industrial. Estamos inmersos en lo que es algo así como la proyección planetaria de tal movimiento. La humanidad es parte de un plan que fue débilmente ascendente durante muchísimo tiempo; ¿cuándo llegará a un nuevo plan ligeramente ascendente (ya que la estabilidad no es, históricamente, la horizontal, sino la casi horizontal[10] y que una duplicación en un período de varios siglos puede considerarse no dañina durante numerosos siglos aún)?

Esta pregunta resume todas; necesitaría un coloquio. Mi respuesta, asumiendo todos los riesgos: más pronto y entonces en un nivel más bajo del que prevén la mayor parte, si no la casi totalidad de las previsiones calculadas en el curso de estos últimos años. Y es allí donde interviene una prospectiva apuntalada por la historia. Baso esta afirmación en la información obtenida desde hace diez años, en los cambios de comportamiento que esas informaciones suponen y en su interpretación a la luz de los resultados obtenidos en demografía histórica.

Esas informaciones llenan desde hace varios años las columnas de *Population*[11] y de *Population Studies*.[12] Así como estuvimos despreve-

[10] Para entrever la posibilidad, sin perjuicio, de una horizontal, sería necesario que la biología humana realizara enormes progresos.

[11] Véanse más particularmente los nos 4-5 y 6 de 1972, de *Population*, y, con respecto a Francia, el no 3 de 1973.

[12] Véase más particularmente el no 3 de 1972 de *Population Studies*.

nidos al hacer nuestras previsiones de 1940 a 1960, por subestimar, no la amplitud, sino la rapidez del fenómeno aceleración del crecimiento, en la hora actual una parte de los expertos han sido tomados desprevenidos por el fenómeno exactamente inverso: interrupción y disminución de ese crecimiento. Ahora bien, el repliegue de la fecundidad que se prepara a escala planetaria es, en un cierto número de casos, y será, en la mayor parte de los casos, mucho más rápido que lo previsto, aun en las hipótesis llamadas bajas. Lo que caracteriza a nuestra época, en el aspecto demográfico, como en todos los otros, es la aceleración del ritmo de la modificación. Hemos tenido pues un prodigioso impulso de acelerador en veinte años y estamos al comienzo de un prodigioso refrenamiento cuyo periodo será más corto sin duda, y cuyos efectos corren el riesgo de no ser siempre favorables como se tiende a creer.

Yo sé que a la luz de las cifras planetarias acumuladas de que disponemos hoy en día –dejemos incluso de lado los empujones provocados aquí y allá, es decir casi en todas partes, por personas demasiado impacientes en probar demasiado rápido, y muy empeñadas en asustarse primero y en asustar después–, nuestras previsiones pueden parecer absurdas.

Pero dejan de serlo si se las observa un poco más de cerca.

Las tasas actuales se deben al alcance de la América Latina, del Africa y de una parte cada vez más reducida del Asia, Medio Oriente, y, en menor medida, del subcontinente indio. Dejemos el problema de la India. América Latina y África son inmensos continentes subpoblados. América Latina está lejos de haber recuperado, en un cierto número de casos, los niveles absolutos, y en su totalidad, el nivel relativo que tenía –véanse los trabajos de Berkeley– a comienzos del siglo XVI. América Latina totaliza algo menos del 8 por ciento de la población mundial en el 14 por ciento de las tierras emergidas. Se le puede atribuir del 15 al 20 por ciento en 1500, siempre en el 14 por ciento de las tierras emergidas. No me arriesgaría a un cálculo semejante con respecto a Africa, continente devastado por la trata de esclavos y los ataques microbianos y virales, y cuya entrada en el ámbito de la comunicación sobrepasa sus posibilidades de resistencia, aunque su caso se asemeja en parte al de América Latina. América Latina agrupa el 8 por ciento de los hombres en el 14 por ciento de las tierras emergidas; África el 10 por ciento de los hombres en el 22 por ciento de las tierras emergidas. Las regiones que de 1968 a 1972 mantuvieron las tasas de fecundidad que fueron las de otros sectores más extendidos del Tercer Mundo son, esencialmente, los grandes continentes devastados por la explosión planetaria de Europa a comienzos de los tiempos modernos,

aquellos que han pagado más caro el precio de la entrada en el ámbito de la comunicación acelerada; allí, pues, donde no interviene el fenómeno de bloqueo debido a la toma de conciencia de un mundo pleno. ¿Dónde se han producido, en cambio, las caídas aceleradas de la fecundidad? En la periferia de la masa del Tercer Mundo, allí donde la industrialización, o simplemente las acciones puntuales de los organismos de *planning familiar* teleguiados por los Estados Unidos han tenido el máximo efecto. Las Antillas, una parte de América Central (como Costa Rica); en una palabra, el mundo del Caribe; las Mascareñas, un cierto número de islas y de archipiélagos de Asia, Hong-Kong, Taiwan, Singapur, Vietnam del Sur (y quizás Vietnam del Norte), las dos Coreas, etc. Poca cosa, se me replicará probablemente . . . 120 millones de almas, como mínimo.

¿Pero el interior? No insistiré sobre China. Si se aceptan los 691 millones indicados por el *Atlas des provinces de Chine*, publicado en 1972, habrá que admitir que la China, a la que se atribuye una natalidad de 34 por ciento en 1957, en muy amplios sectores cayó a apenas más de 20 por ciento entre 1970 y 1972, a consecuencia de los efectos acumulados del "maltusianismo" ascético del retraso de la edad del matrimonio y del "maltusianismo" hedonista. La situación de China, que no tiene nada de absurdo, sería pues la del Japón de hace veinte años. No estaría ya muy lejos de un coeficiente de reproducción neto, reducido a la unidad, probablemente con un coeficiente por debajo de la unidad en algunos sectores urbanos todavía limitados. En el subcontinente indio, a pesar de los esfuerzos desplegados (o tal vez debido a la contraproducente torpeza de esos esfuerzos) no parece que el proceso esté aún bien engranado. (No obstante, en una conferencia de prensa celebrada en mayo de 1973, la Sra. Gandhi ya reconoce que hay 19 millones menos de los que calculaban las previsiones demográficas para esas fechas y una caída de por lo menos 5 por ciento de la natalidad. Incluso la India confirma mi análisis.) Por eso llego a la conclusión de que actualmente todas nuestras evaluaciones están infladas. Todos los censos serios que serán publicados en los próximos años mostrarán, como lo hacen desde hace casi diez años, que nuestras evaluaciones están sistemáticamente maximizadas. Las sorpresas de 1965 a 1973 y las que nos esperan, a veces punzantes, de 1973 a 1985, son simétricamente inversas a las sorpresas de los años 1945-1965. Hemos extrapolado a partir de situaciones anteriores que están en vías de modificarse y, muy a menudo, de invertirse.

Si los expertos estuvieran mejor informados de las lecciones de la historia, no se sorprenderían por la importancia de los impulsos y de

los estados latentes, ni por la lenta difusión de la modificación sino, muy por el contrario, por la extraordinaria rapidez —que se acelera sin cesar— de las mutaciones que vivimos. Puerto Rico, Taiwan . . . , después Japón . . . , muestran la velocidad con que ocurren los cambios en nuestra época. La reducción que experimentó en 10 años la fertilidad en Formosa es comparable a la que tuvo lugar en Europa en dos siglos. Por su ritmo, los decrecimientos son todavía más tremendos que las aceleraciones precedentes.

Por otra parte, ¿qué puede decirse de los países industriales? Desde 1955 en Europa del Este, 1957 en los Estados Unidos, 1962 en la Europa occidental, ¡qué serie de refrenamientos! Los sectores que ya no aseguran el reemplazo de la generación están en 1972 casi tan extendidos como entre 1935 y 1938. Alemania (12.4 por ciento), como Francia antes de 1939, exhibe un excedente de los decesos con respecto a los nacimientos; Luxemburgo (11 por ciento) y los Estados Unidos (desde mediados de 1972 por debajo del coeficiente neto de reproducción) demuestran que los impulsos terminan sin embargo por disiparse.

Rehagamos, sin esperar más, nuestros cálculos; tengamos muy en cuenta el ritmo de las modificaciones ocurridas en cinco años. Veamos y preveamos. De hecho, se observará que entramos en una zona no de aceleración o de decrecimiento, sino en una zona de sobresaltos demográficos con los que se corre el riesgo, mirándolo bien, de pagar un precio muy alto.

Estamos predispuestos a causa de la fantástica mutación de la comunicación y de esta forma privilegiada de la comunicación que tiene por nombre información. La habíamos subestimado. Los umbrales han bajado, los períodos de estado latente se han reducido. En una misma trayectoria se pueden ubicar los antibióticos, el dispositivo intrauterino y los transistores. Si el costo de la supervivencia precaria es barato, el costo de los perturbadores de la generación, y, sobre todo, el costo de la información "transistorizada", que puede alcanzar incluso a los analfabetos, es singularmente barato igualmente. Lo que hoy asombra al historiador honesto es el fenómeno de reducción fantástica de todos los umbrales, de todos los períodos. Eso es la aceleración de la historia. Cuando el número de los hombres aumenta conforme a una progresión aritmética, el volumen de las comunicaciones interhumanas se incrementa conforme a una progresión geométrica.

Uno de los efectos más curiosos de esta brusca "densificación" de la comunicación es la amplitud nunca antes alcanzada por los fenómenos de retroacción. La difusión en una lengua apocalíptica simplista pero eficaz de las previsiones de crecimiento alrededor de 1960 contri-

buyó, por retroacción, al freno demográfico; desgraciadamente su acción fue más fuerte e inmediata ahí donde no era útil ni deseable que lo fuera, como el fantástico decrecimiento en los Estados Unidos, en diez años, de la descendencia deseada, el descenso a fines de 1972 por debajo del coeficiente neto de reproducción. Como Rumania, con porcentajes de hijo deseado por mujer de 1, 0.7 y 0.8. Me refiero a los casos extremos. Una psicosis de miedo ante la vida se expandió. Nada más nocivo. Así como no es deseable una tasa de crecimiento de 30 por ciento, estos refrenamientos, estas contrapendientes y estos sobresaltos no deben ser buscados. Ya que estas situaciones, cuando sus efectos catastróficos se hacen sentir (en Rumania fueron necesarios cinco o seis años), provocan fenómenos de retroacción, en el otro sentido, de una amplitud considerable. Alfred Sauvy fue el primero, que yo sepa, en llamar la atención sobre la recuperación de la fecundidad desde 1969 en Japón. Más vale no frenar demasiado, para no tener que acelerar en seguida. Una pirámide de edades en forma de sierra no constituye un factor favorable para un desarrollo armónico y una política eficaz de la educación. Por eso debe rechazarse toda política que tienda a provocar una reducción del crecimiento mediante la instauración, incluso temporal, de un coeficiente neto inferior a la unidad; importa optimizar en todas partes los coeficientes, durante mucho tiempo óptimos, de 1, 1-1, 2 y, tal vez incluso —en el caso de Francia— considerablemente superiores, en razón de las impactantes distorsiones de las densidades que subsisten en Europa debido a la historia y que es necesario reducir.

Tanto como un último factor perturbador —y de magnitud— ha influido desde hace diez años. Factor del que nos hemos rehusado durante mucho tiempo a tomar conciencia, porque nos hiere en el fondo de nuestro orgullo, de nuestras esperanzas y de nuestra soberbia. Véase una vez más el excelente nº 4-5 de 1972 de *Population*.

Todos nuestros sistemas de previsión incorporan como un dato intangible el alargamiento de la vida humana. Desde hace diez años, ello no es más que el nivel, en un cierto número de casos (URSS, Alemania, países escandinavos) de un reflujo. Es cierto que la vida humana continúa creciendo en los países subdesarrollados, en donde los efectos de las vacunaciones, de los antibióticos y del DDT no están aún agotados. Una suerte de récord de longevidad habrá sido alcanzado por las generaciones nacidas entre 1870 y 1890, quienes aprovecharon en su juventud de algunas cualidades de vida inherentes a los vestigios de la sociedad tradicional (menor consumo de tabaco . . . , menor polución atmosférica, menor recurso a las contracepciones artificiales, menor absorción de sustancias cancerígenas, menor grado de *stress*,

que subsistieron mucho tiempo; que también aprovecharon a plenitud, en el umbral de la senescencia, las primeras aplicaciones de antibióticos, en la época de su máxima eficacia.

Desde hace varios años, incluso en el terreno mejor dominado de lo microbiano viral, la creación de nuevos antibióticos ya no permite paliar los efectos de costumbre. Desde hace diez años nuestro combate contra la muerte se estanca. Lo que cuenta, no es el campo de difusión de los fenómenos retardo en el Tercer Mundo sino el laboratorio del mundo desarrollado. Lo que se observa allí no es tan alentador. Una cosa es segura: no es la exuberancia de la vida lo que amenaza nuestras viejas civilizaciones. Yo me pregunto incluso si la modificación de las actitudes ante la muerte que se observan desde hace algunos años en casi todo el mundo no es el efecto de haber cobrado conciencia del fracaso que sufrimos. Desde hace diez años nuestros esfuerzos son vanos. Hemos agotado los impulsos de los grandes descubrimientos de comienzos y de mediados de siglo. Para avanzar aún sin reparar en obstáculos, será necesario un enorme esfuerzo en el terreno de la investigación biológica fundamental. Nada muy nítido se perfila aún en lo inmediato.

Ahora bien, es importante evaluar con exactitud que todo el mecanismo del progreso se deriva del alargamiento de la vida humana y de la ganancia que este alargamiento nos permite realizar sobre la desventaja fundamental de la reprogramación de los cerebros, al filo de las generaciones.

El intervalo (en el mejor de los casos) en el alargamiento de la vida humana constituye, a mi juicio, el más grave desafío perturbador al que nos enfrentamos en la hora actual. Este simple dato nos induciría, por sí solo, a corregir todas nuestras previsiones, a reconsiderar todos los datos de nuestras prospectivas.

La innovación no es un dato. La innovación se produce en el laboratorio colectivo del mundo industrial que se ha vuelto común. Nuestra supervivencia no depende de una interrupción del crecimiento. Con el simple impulso actual estamos perdidos. Nuestra supervivencia depende de una modificación cualitativa del crecimiento. Esta modificación cualitativa está al alcance de nuestra mano. No implica una moderación, sino un reforzamiento generalizado de nuestras capacidades innovadoras. El cerebro es creador sobre todo entre los 20 y los 30 años. El refuerzo de las capacidades de innovación supone, entre otras cosas, una pirámide de edades bien asentada en los países que actualmente llevan juntos la "carga del hombre". Nos hacen falta más hombres educados. Entonces, no hay que impedirles nacer, no hay que matarlos en el huevo

allí donde existe la posibilidad de educarlos. El apocalipsis de poca monta de los maniáticos del miedo al hombre, al provocar movimientos de recelo en las sociedades más capaces de innovar, prolonga en lugar de reducir el franqueamiento del peligroso rumbo en que estamos empeñados. No se frena en una curva, se acelera. Un análisis lúcido aconseja reforzar con todos los recursos nuestras capacidades de innovación. Lo que hace falta son muchos más esfuerzos en dirección de la investigación fundamental, principalmente biológica; así, en dirección de una educación muy avanzada y un coeficiente neto de reproducción considerablemente superior a la unidad en los sectores más desarrollados de nuestro mundo. Los campesinos del Dekán no contribuyeron a meternos todos juntos en la zona de vibración en la que hemos entrado, pero tampoco son ellos —están aún demasiado desprovistos— quienes nos sacarán, en lo inmediato, de este mal paso. Invitamos para la innovación allí donde se pueda obtener rápidamente un volumen global superior de innovación. No podemos regresar a la edad de oro, tal vez esperaremos una edad aceptable de mayor responsabilidad. Para ello, no hay otro remedio: como en las galeras del Rey, forcemos el ritmo.

XIX. EL ANÁLISIS HISTÓRICO DEL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XX*

Fui invitado a presentar un informe insólito. Como historiador que soy de un pasado bastante lejano –la modernidad a la francesa *(early modernity)*– me veo apartado de las certezas tranquilas de hace tres o cuatro siglos, debido a las embrolladas lecturas del presente y los tanteos prospectivos, obligado a pasar de la historia a la prospectiva,[1] de la historia a la futurología.

Como historiador de la modernidad, es normal que haya estudiado los orígenes de la civilización industrial. Los busqué durante mucho tiempo sobre el horizonte del desenclave planetario de los sistemas espaciales cerrados de las antiguas civilizaciones en el siglo XVI, en la ribera de los nuevos mundos recientemente inventados desde Sevilla y Lisboa, en el establecimiento de un primer esbozo de un nuevo sistema de comunicación en forma de una delgada película de economía mundo. Me di cuenta de que este punto de partida no era el bueno, que era necesario remontarse aún más lejos. Es más temprano, en el viraje del mundo pleno, en el espacio prioritario de un Mediterráneo volcado hacia el Noroeste, entre el XI y comienzos del XIV, en los orígenes de la cristiandad latina occidental, donde hay que buscar el punto de partida del sistema de civilización que ha mutado, desenclavado, sofisticado, en una palabra aculturado, y fabricado, a través de ese mundo que hemos perdido, el mundo en el que estamos plenamente a la deriva y donde nos sentimos muy incómodos.

Como historiador cuantitativista, he participado a menudo en primera línea en la aventura historiográfica de los últimos treinta años. Los años 1948-1973 han sido de un loco crecimiento en numerosos terrenos –una explosión que quizás ya no veremos otra vez en nuestra vida–; el crecimiento historiográfico ha participado ampliamente en el movimiento. La historia cuantitativa, por lo menos serial, estableció puentes con las problemáticas de las ciencias del hombre del presente. Desde que aprendió a contar, su ambición cuantificadora no ha cesado

* Publicado en *Les terreurs de l'An 2000*, Informes del Coloquio de Jouy-en-Josas del 27-28-29 de septiembre de 1975, de la Fundación Internacional de las Ciencias Humanas, París, Hachette, 1976, pp. 31-47. Reproducido con la amable autorización de los editores.

[1] Así titulé un ensayo publicado en R. Laffont a comienzos de 1975. P. Chaunu, *De l'histoire à la prospective*, París, R. Laffont, 1975, 398 pp.

de crecer; de la economía, es decir, de lo más elemental y de lo más seguro, se elevó a la cantidad social y no cesa de desembocar desde 1960-1965 en los análisis cuantificadores de los contenidos del discurso, de la cultura, de los sistemas de civilización; ha sido ayudada por la informática en sus avances hacia el progreso.

Queda el compromiso con la prospectiva, la historia es hija de su tiempo, el verdadero historiador está apasionado por el presente, el compromiso de la historia siempre se encuentra más o menos ligado a un estado de crisis. La escuela de los *Annales* —a la que tantos lazos me atan— se desarrolló en el clima de los años treinta, que ofrece más de una analogía con el que despunta en 1975, en el umbral del último cuarto de este siglo, en el comienzo del último cuarto de hora del segundo milenio de la era cristiana. No se puede separar el pasado del presente y, *a fortiori*, de la previsión del porvenir. Puesto que la producción historiográfica representa casi el 10 por ciento del conjunto de lo que ha sido publicado desde la invención de la imprenta, quizás incluso desde la aparición de la escritura, y puesto que el análisis científico del pasado ha seguido muy de cerca y a veces precedido, al avance de las otras disciplinas científicas, ¿por qué dejar sin cultivar la memoria científicamente ordenada del pasado?, ¿por qué no intentar integrarla más al análisis del presente y a la prospectiva?[2]

Nos esforzamos en definir el presente no como filósofos, sino en términos de historia y de ciencias humanas. El presente empieza, en líneas generales, en 1962. Justificaremos esta elección. El campo prospectivo no llega razonablemente más allá del año 2000. Cuarenta años, diez a quince años de un pasado cercano y la distancia que nos separa del año 2000, el lapso promedio de una vida de adulto, de una vida adulta, y, poco más o menos, la distancia que separaba dos generaciones en la cristiandad latina del matrimonio tardío.

¿Cuál puede ser la contribución de la historia? Ella incita a una lectura crítica. Al incorporar el pasado al presente, se pueden evitar los errores que han estropeado la elaboración prospectiva de estos últimos años.

Hemos confundido previsión y prospectiva. Nos hemos conformado con prolongar en punteado las tendencias de los diez últimos años. Según los humores, pasamos del Hudson Institute al primer informe del Club de Roma. Las elecciones al comienzo son diferentes, pero los

[2] Lo que intentamos hacer en *Le refus de la vie: analyse historique du présent*, París, Calmann-Lévy, 1975, 344 pp. El análisis ha sido actualizado y profundizado en *La mémoire et le sacré*, París, Calmann-Lévy, 1978, 288 pp.

métodos y los presupuestos análogos. Prevemos sin tratar de ver la modificación. Extremando las cosas, movilizamos la gran computadora para parafrasear al Eclesiastés: "Lo que fue, lo que será y lo que se hizo, es lo que se hará." La prospectiva de estos últimos años se dejó atrapar en el tiempo corto. Lo propio del análisis histórico es distinguir en el presente lo que es heterogéneo con respecto al pasado y a la vez anunciar y prever la modificación de los parámetros, ir entonces más allá de la prolongación en 20 o 30 años de la pendiente de los diez últimos años. Un tiempo de referencia encerrado en el instante es repetitivo. Conviene devolver a la duración sus inmensas posibilidades innovadoras. El futuro está en la memoria. Corresponde tal vez a los historiadores intentar hacerlo salir de allí.

I

Antes de aventurarme dentro de los 24 años que nos separan aún del año 2000, intentaré formular un diagnóstico de la crisis que se desarrolla desde comienzos de los años sesenta.

Propondré, de entrada, tres reglas de lectura. La primera: esta crisis es una. A pesar de las apariencias, desde 1960-1962 asistimos a la emergencia de una única y misma crisis que afecta sucesivamente el equilibrio en el seno de las naciones y, entre ellas, la célula familiar, la sexualidad, el amor, la transmisión de la vida, las diferentes etapas del conocimiento, la ontología, lo religioso, y para terminar, en último término, la economía.

La segunda regla: esta crisis es propia de la cuarta parte del mundo más industrializada, la más desarrollada: el mundo de raíz europea; el 22 por ciento del número de los hombres, el 40 de las tierras emergidas, del 80 al 90 de los recursos acumulados; él y enteramente él, por el momento prácticamente solo. Este aislamiento, lejos de limitar su alcance, lo reviste por el contrario de una extrema gravedad. Al alcanzar el polo de arrastre, la crisis carece de remedio fácil; además, en una segunda etapa muy próxima, tiene una aptitud para imponerse, mediante la acción de la aculturación, al resto del mundo.

La tercera regla es la de la reducción de todos los estados latentes: la brusca precipitación del ritmo de la modificación. Lo habíamos anunciado y nadie nos creyó. Estamos viviéndola en el terreno más importante, el de la vida. El "Plan de acción mundial de la población"[3] de la conferencia de Bucarest (agosto de 1974), aunque profundamente mo-

[3] *Cf. Population*, enero-febrero de 1975, pp. 103-138.

dificado, aunque liberado de sus aristas más burdas por una resistencia inesperada del sentido común, es propiamente grotesco, por contradecir de manera tan flagrante lo que concierne sobre todo al mundo industrial, a pesar de que era ahí donde la previsión podía efectuarse con mayor facilidad.

A estas tres reglas añadiré una observación. La conciencia de la crisis, que durante largo tiempo sólo fue advertida por un puñado de hombres, ahora está ampliamente difundida. Soy lo bastante historiador como para saber que el desarrollo de lo vivido ha sido a menudo percibido en el pasado como una crisis. La palabra crisis traduce la percepción de una modificación rápida, de una modificación sentida como degradación, como desembocar en algo difícilmente previsible. Desde que la crisis pasó de lo esencial, donde nadie la percibió, a lo accesorio; desde que desemboca en lo económico, en esa producción industrial de la que hablábamos tan mal porque estábamos orgullosos de ella, la crisis se eleva al nivel del pronunciamiento total del discurso informativo, de la semántica, a un grado comparable en índices equivalentes al alcanzado a mediados del año 1931. El análisis histórico confirma el objetivo del juicio que, a través del discurso global de la *Information*, emitimos sobre nosotros mismos. Lo que vivimos, lo que percibimos como una crisis se sitúa realmente en un nivel muy elevado de transformaciones y de tensiones, raramente (quizás nunca, incluso) alcanzado.

*

Si adoptamos una perspectiva económica (a escala planetaria, desde el siglo XVIII será necesariamente eurocéntrica, debido al peso de la producción y de la riqueza de los países de origen europeo), distinguiremos fácilmente tres fases: dos de crecimiento extremadamente rápido, 1895-1914, y 1945-1973; y, entre las dos, una fase de 1914 a 1945 donde, salvo de 1920 a 1929, las dificultades se acumulan. Pero la economía es el sector de la herencia, de los impulsos y de los estados latentes.

La explosión de crecimiento que hemos vivido se prepara en el laboratorio tan fecundo intelectualmente de los años treinta; y de hecho todo arranca desde comienzos de los años sesenta; 1962 constituye el viraje; 1973 el revelador. Entre 1960 y 1962, desde el punto de vista de las relaciones entre las naciones y las masas continentales, se llega a la vez al final de la guerra fría y de la fase aguda de la descolonización. No hubo posguerra, no hubo readaptación; pero la guerra fría tomó el lugar de la segunda Guerra Mundial, abrió el campo a una tercera Guerra Mundial larvada, manteniendo, en líneas generales, en un nivel elevado, las tensiones del mundo industrial.

A nivel de las tensiones polarizadoras en el seno de los bloques del mundo industrial, el conflicto que culminó de 1939 a 1945 no se acaba verdaderamente sino en 1962. El fin de la guerra de Argelia, la estabilización en el Congo, el período de relativa tregua en Vietnam y sobre todo la crisis de los cohetes en Cuba, señalan el principio de una posguerra de quince años. Los conflictos localizados en la descolonización, a pesar de los problemas ideológicos que suscitaron, los conflictos calientes de la guerra fría (la Guerra de Corea 1950-1952) mantuvieron en el interior de los países industrializados de los dos bloques ideológicos un estado de tensión aglutinante, de polarización de las energías en las fronteras. Para la mayor parte del cuerpo social, en Rusia, en Estados Unidos, principalmente en las dos Europas, una amenaza precisa, localizada, exterior, habitual, casi tranquilizadora, interpretable en líneas generales según el esquema intelectual y afectivo de los grandes conflictos entre estados, evitó que el equilibrio de las tensiones se rompiera.

Pero un conflicto que dura desde hace más de veinte años se agota casi por sí mismo. La generación que lo creó ya no es la misma que la que ahora lo soporta y que ya no comprende su razón de ser. Hay una especie de ciclo endógeno que no permite llevar un conflicto paroxístico más allá de lo que dura una generación, pues quince años después de las primeras bombas atómicas, nos acercamos a lo que pronto se llamará el equilibrio del terror. Será necesario hacer un viraje: el último paroxismo de la guerra fría desemboca en otra dinámica de los grandes equilibrios, la distensión.

La descolonización política de los continentes no ocupados en su mayoría por poblaciones de origen europeo o totalmente aculturadas, había ofrecido un campo de maniobra casi ideal para las rivalidades de los dos bloques industriales. ¿Iba la descolonización política de los imperios europeos a extenderse con la génesis del castrismo al conjunto de la zona de influencia norteamericana en el hemisferio occidental? Situación mucho más peligrosa que la de la Guerra de Corea, en que los dos bloques, mucho más desiguales en 1950 que en 1962 (en 1950 los Estados Unidos habrían podido sostener sin riesgo el ataque con el arma atómica), se oponían mediante actores interpuestos, China, potencia entonces secundaria para el bloque comunista y la ficción de las Naciones Unidas para los Estados Unidos de América. ¿La instalación de los cohetes soviéticos en Cuba en octubre de 1962, va a sustituir la guerra encubierta por una forma de guerra abierta con todos sus riesgos?

En octubre de 1962, puesto que el enfrentamiento fue evitado, en adelante resulta claro que la guerra de Troya no tendrá lugar. Y los

medios de comunicación de masas, que con los transistores y el cuadriculado de los territorios del cuarto mundo industrial por las repetidoras de la televisión, están en plena mutación de potencia y de eficacia, van a hacer conocer lo que la opinión pública desea saber: que la guerra terminó y esta vez por completo. También van a generar una inmediata toma de conciencia de nuevas leyes del equilibrio. Tal es el detonador. La descarga va a propalarse en el interior de un medio (especie de mezcla detonante) singularmente apto para recibirla.

Si el impacto de la guerra fría afecta al conjunto del mundo industrial y postindustrial, afecta en primer lugar y de manera muy desigual hasta la fecha a los dos bloques. De hecho, va a actuar como un generador de entropía, que alcanza mucho más duramente al bloque occidental por ser el más poderoso, el más maduro en términos de evolución lineal, el que está dotado, por último, de un sistema de comunicación mucho más potente, mucho más eficaz, y cuyo control ideológico escapa cada vez más al poder político y económico dominante. Las estructuras arcaicas de los países del bloque del socialismo los han protegido parcialmente. Para hacer comprender el modelo al cual recurro, tendré que recordar algunas leyes del desarrollo histórico que me parece indiscutibles.

La primera regla es que el tiempo no se recupera. El sistema de civilización que desde el siglo XVI tiende a aculturar a todos los otros surgió por contacto directo de la Medialuna Fértil. Fue allí donde aparecieron, entre los años 7000 y 5000 a.C., el primer cerebro millonario, el agropastoril; luego, hará unos 6000 años, la escritura ideográfica, y hace unos 3000, la escritura alfabética. Desde entonces, ese espacio se desarrolló por fusión superadora con una frontera bárbara que sigue un eje sureste-noroeste. La última de las grandes mutaciones después de la del siglo VI-V a.C., entre el siglo XI y el XIII, es la de la constitución de un mundo pleno en un área de dos millones de km² en continuo poblamiento, desbrozada en un 80 por ciento y explotada mediante una rotación trienal de cultivos, es decir por lo menos en un 50 por ciento mediante un trabajo agropastoril único en el mundo y muy perfeccionado. Aún hoy, los pueblos surgidos ya sea directa o indirectamente del sector mutante en los siglos XI-XIII son los que, todavía en el curso de los años sesenta, ocupan los primeros sitios en los índices de producción, riqueza, comunicación, potencia (en líneas generales el bloque occidental Europa-América-Comunidad Británica). La imposición en la parte oriental de Europa de un socialismo de fachada a fin de cuentas es un signo de arcaísmo; su extensión en 1945 en

100 millones de almas suplementarias de Europa oriental representa en parte un accidente consecutivo de un error de apreciación sobre la verdadera relación de fuerzas, cometido por los Estados Unidos de América en la época de los acuerdos de Yalta y durante los dos años que siguieron. Este arcaísmo, cuyas raíces son profundas, y, al mismo tiempo, la estructura política e informacional del socialismo de aparato son los factores que colocan en segunda línea a la Unión Soviética y las democracias populares ante el gran impacto de la caída de tensión.

La segunda regla es la de la bipolarización radical de la sociabilidad dentro del modelo de desarrollo histórico de nuestro sistema de civilización: ese Mediterráneo volcado hacia el noroeste, la cultura antigua y la tecnología bárbara transformadas de manera superadora en el laboratorio del mundo pleno de los siglos XI-XIII (la Revolución industrial de la Edad Media, dice recientemente Jean Gimpel). Desde la lenta mutación de la edad del matrimonio –que comienza en el espacio más antiguamente pleno (mitad norte del reino de Francia, sur de Inglaterra, Países Bajos y eje renano), se sitúa entre el siglo XI y el XIV, y se acaba, en el centro en el siglo XVI, en el XVIII en España, y hasta el siglo XX y de manera incompleta en la Europa del Este–, el *nucleus* matrimonial tiende a eliminar el linaje. Se desemboca primeramente en un sistema de sociabilidad de tres cargas: el *nucleus* matrimonial, la comunidad de habitantes de 120 hogares (500 habitantes) y el Estado-nación; luego aparece un sistema cada vez más bipolar, *nucleus* y nación. Se puede considerar, a la luz de las últimas investigaciones, que la carga de las inversiones afectivas en el *nucleus* matrimonial no ha cesado de acrecentarse hasta alrededor de 1950-1960 (es posible que a pesar de las apariencias, el movimiento continúe) y que la carga afectiva en la nación culmina entre 1910 y 1950 en Europa occidental y en los Estados Unidos, pero continúa acrecentándose en todas las demás zonas: URSS, Europa del Este, China y Tercer Mundo, donde el retraso es enorme y la recuperación se emprendió desde la llamarada de la descolonización política de los años cincuenta.

La tercera regla es la de la percepción de la duración y del vaivén sobre el futuro. Igualmente, se podría formular la gran ley de la inversión en el porvenir, de la ascética laicizada. Las sociedades primitivas son completamente absorbidas al instante por la penosa reprogramación de la experiencia. Las técnicas de la memoria casi no permiten la constitución de una historia particularizante. Hay una mutación decisiva en la percepción del pasado en el siglo XV a.C. La historia per-

tenece a la ciudad griega y al judeocristianismo; la historización del pasado es una condición de la construcción optimista del porvenir concebido como la prosecución de la historia. En el siglo XVIII, el mito pagano de la edad de oro abandona definitivamente el pasado, pues la historia científica lo desaloja de él para ayudar a la construcción del porvenir. En un estado estacionario, debido al proceso biológico del envejecimiento, la percepción social de la duración provoca la impresión de una degradación continua, de una erosión de la experiencia. En Europa occidental fue necesaria una masa considerable de pequeñas mejoras en el siglo XVIII, para que la experiencia del progreso se impusiera en todas las mentes y el progreso se impusiera como la idea clave de la percepción de la duración. La gran innovación judeocristiana, lo irreductible de un tiempo vectorial donde el Dios trascendente rebasa su propia incomunicación, se encarna y termina por imponerse, aparte de lo religioso, en el conjunto del comportamiento social. En el despegue —que supone además de una masa crítica de innovaciones tecnológicas, un umbral de inversión (W. W. Rostow lo fijaba otrora en un 10 por ciento)—, el despegue del crecimiento sostenido supone la laicización de una forma paradójica de vaivén sobre el futuro. Habida cuenta de que la idea de un tiempo vectorial, que es tiempo del cumplimiento, donde es normal que el presente se sacrifique por el porvenir; que es la superadora antesala del tiempo de la Eternidad y es específica de la herencia judeocristiana, resulta normal que el ascetismo y la inversión en el futuro hayan sido la gran característica de la raíz judeocristiana y que ésta sólo se haya impuesto con los altísimos niveles alcanzados desde los siglos XVIII-XIX por aculturación del modelo europeo.

La laicización de la ascética se produjo tanto más fácilmente cuanto que las prácticas populares del cristianismo (y a este respecto el marxismo es el hijo de la religión popular) rara vez (salvo quizás en la ortodoxia oriental) asimilaron la noción de eternidad. Puesto que el Cielo es percibido como una sobreduración, la inversión en el Cielo se ve entonces acompañada normalmente de inversión en el futuro. La ceguera de Marx, a través del muy estúpido Feuerbach, en cuanto a esta aptitud radical del judeocristianismo para el activismo intramundano parece tanto más sorprendente cuanto que funda su análisis en la historia, y que el mundo que analiza es el del *take off* y del ascetismo furioso del crecimiento de los únicos pueblos de origen europeo, o sea judeocristiano. Curiosamente, Marx hizo escuela, y todavía muy recientemente, en comparación con lo que se ha convenido en llamar el nuevo cristianismo (que por otra parte no tiene de cristianismo más que una reivindicación de filiación y el nombre).

Admitidas estas leyes, quizás se comprenderá mejor la estructura de la reacción en cadena que se propaga a partir del impacto de la descompresión de 1962. En primer lugar, esta descompresión es excepcionalmente brutal y profunda. Ningún final de guerra había eliminado radicalmente la posibilidad de una nueva guerra. Nunca una red tal de información había sido puesta al servicio de una tal noticia. La percepción será tanto más profunda cuanto que al principio está enredada. La onda de impacto alcanzará casi necesariamente las dos células fundamentales de la sociabilidad occidental que una hiperpolarización vuelve excepcionalmente frágiles.

La primera onda de impacto alcanza las estructuras del Estado-nación. Tanto más cuanto que el Estado-nación, responsabilizado de la guerra —única forma de catástrofe todavía admitida (las otras fueron soslayadas) puesto que se debe a una causalidad puramente humana— por una curiosa aberración, se vio puesto del lado del pasado. Ahora bien, la culpabilización del Estado va a contribuir al rechazo del pasado y, recíprocamente, el rechazo del pasado a la culpabilización del Estado. El cuestionamiento del Estado después de los sacrificios exigidos en 1914-1918, en 1939-1945, luego a todo lo largo de la falsa posguerra de 1945-1962, no era nuevo. El asunto Rosenberg había probado que, incluso en los Estados Unidos, una franja del *establishment* no seguía sin pestañear todas las exigencias prácticas de la guerra fría, los importantes partidos comunistas de Francia y de Italia (alrededor del 20 por ciento de un electorado hostil) habían impugnado, sin gran éxito, la dinámica de la inserción de Europa occidental en el campo atlántico. Los sobresaltos de 1953 y de 1956 muestran que aún en el Este, el pesado sistema represivo y el carácter monopólico de la información no pueden impedir una forma de impugnación del Estado. Pero en el Oeste la más grave fisura está ligada evidentemente al compromiso en los conflictos de descolonización. En el transcurso de las guerras de descolonización, una fracción importante de la juventud, en el nivel fundamental de lo imaginario, va a adherirse al campo del adversario, y de una manera paradójicamente mucho más radical en promedio que la *intelligentsia* de los países del Tercer Mundo, que dirige la lucha contra la superestructura del Estado colonial sin rechazar la aculturación. Esto ha sido demostrado por lo que siguió: la descolonización aumentó globalmente el volumen de la aculturación de las otras civilizaciones y de las culturas no europeas por el modelo europeo después de 1955.

Ahora bien, la fase americana de la Guerra de Vietnam —que representa un conflicto de bloques, mucho más que un conflicto colonial—

coloca a los Estados Unidos en una situación "europea". ¡Qué diferencia ante la guerra entre Corea y Vietnam, 1951 y 1968! Incluso si la impugnación universitaria que empieza en Berkeley en octubre de 1964 —y que en cuatro años cubrirá el mundo universitario, sin que se libre ningún país industrial no acorazado por una policía como la que sólo puede tener el comunismo— va mucho más allá en su reclamación al Estado, no se puede disociar el movimiento de la huida frente a las consecuencias prácticas de la implicación del *leadership* occidental en el conflicto vietnamita.

Pero el movimiento que emerge en el plano de la información de masas en los Estados Unidos en el otoño de 1964, luego en Japón, en Italia, y finalmente en Alemania y sobre todo en Francia en la primavera de 1968 y que afecta a las generaciones jóvenes destinadas en proporción mucho mayor al sistema de reprogramación de la cultura universitaria, va mucho más allá de un simple cuestionamiento de las exigencias del Estado-nación. En líneas generales, la célula familiar (no tanto su existencia como las reglas de su funcionamiento y las relaciones de autoridad en ese medio) y sobre todo las consecuencias prácticas de la previsión sobre el porvenir y la ascética judeocristiana laicizada de la inversión, son las que están en juego. Se trata, por vez primera desde el siglo XVII-XVIII, de un cuestionamiento del valor ético del hacer. De ahí que aparezcan puntos de convergencia entre las corrientes contestatarias universitarias y las células de comportamiento *hippie*. Pero la impugnación del hacer se estrellaba contra reservas fantásticas de costumbres; por eso, al comienzo no tendrá una incidencia inmediatamente perceptible en las estadísticas globalizantes.

¿Hay que proponer un diagnóstico? En verdad, lo necesitaremos para la lectura coherente de la serie de manifestaciones de los últimos quince años y de la prospectiva del fin del milenio. La profunda originalidad de nuestro sistema de civilización se debe a una percepción específica de la duración. Por una parte la Grecia socrática e historicista de la Ciudad y por otra la Revelación judeocristiana nos han regalado, mediante una historización particularizante, individualizante del pasado, un tiempo vectorial, en oposición al tiempo cíclico de la naturaleza y de los otros sistemas de civilización. Ese tiempo es anticipadamente el tiempo de la mecánica. Así pues, por primera vez a comienzos del siglo XVII, se invierte el tiempo vectorial en la triunfante filosofía mecanicista del universo que, casi simultáneamente, Galileo y Decartes expresan por escrito con un lenguaje geométrico, según ellos, y según nosotros matemático; se invertirá una segunda vez en la época de las Luces, en las balbuceantes ciencias sociales, en el pretransformismo de las Luces y

en una amplia percepción social de la noción y de la experiencia del progreso. Con el incremento casi continuo de la vida humana (10 años de 1700 a 1800, 10 años de 1800 a 1880, 10 años de 1880 a 1935, y 10 años más de 1945 a 1965, en el universo industrial . . . después tope y luego asentamiento), con las tasas de crecimiento de 0.8 a 1 por ciento anual (siglo XVIII), a 5-7 por ciento de 1950 a 1973 . . . , la inversión en el futuro se hará de manera cada vez más fácil y total. Hasta el momento en que el pasado –que en el siglo XVIII, todavía en el XIX y hasta alrededor de 1950 fundaba la certeza de la proyección ascensional del futuro– ya no es percibido más que como un Antiguo, un Superado, un depósito de manías viejas y sobre todo un justificador de las coacciones, principalmente el pasado: son las exigencias del Estado, la Europa que aplasta a los Terceros Mundos por nacer y la ascesis sexual cuyo motivo ya no se comprende. Sobre todo, el pasado ya no tiene nada que legarnos, puesto que la tasa de crecimiento de 7 por ciento es la duplicación en nueve años, que una sociedad de crecimiento puede tener la ilusión de ya no poder heredar.

La explosión de crecimiento ha sido acompañada por la *intelligentsia/establishment*, que dispone del supermultiplicador de un medio informativo desgraciadamente marginado por una tradición inadecuada, de un discurso acompañante prodigiosamente poco oportuno. ¿Quién no se acuerda de ciertos comentarios acerca de que el volumen de los conocimientos científicos se duplica cada siete años y luego cada cinco años? Raras veces se han concentrado tantas tonterías en menos palabras. De hecho, la *intelligentsia*, para obtener el eco halagador del medio informativo marginado, ha recogido a manera de eco las obsesiones de una clientela. Contra las exigencias del Estado, de la familia, de los límites forzados de la sexualidad –que permiten al hombre construir un erotismo a partir de los impulsos sexuales animales–, del capital, este discurso se ha constituido en contracultura, en lugar de ser el acompañante de la cultura.

Rechazo del tiempo, por lo tanto rechazo de las coacciones sexuales. El movimiento es perceptible en Estados Unidos entre 1957 y 1962 (la instauración de la píldora desviada de su finalidad primera, comercialización del *Enovid* desde 1960), y hace explosión en 1968. Modificación profunda de las actitudes ante la vida entre 1957 y 1965, con el abatimiento de la fecundidad en las nuevas generaciones. Prodigioso abatimiento de las iglesias. El mundo protestante está en el centro de la crisis desde 1957, . . . con el fracaso del barthismo, el mundo católico, estremecido por el sorprendente e inútil Concilio malogrado, no

asiste a las postrimerías del Concilio en 1964. Ahora bien, a pesar de las apariencias, la ascética laicizada necesitaba de las iglesias.

Todo esto no se revela inmediatamente, a causa del funcionamiento natural de las generaciones. Una sociedad industrial está dirigida por generaciones adultas de 20 a 60 años. Un bloque motor de 20 a 40 años, y un bloque estabilizador variable de 40 a 60 años. Con excepciones, pero no se construye una sociología de la excepción

De 1930 a 1945 la crisis y la guerra; luego, de 1945 a 1950 en Europa —no así en América— la penuria de la posguerra. De 1930 a 1950, pues, veinte años de dificultades produjeron una generación poco numerosa, pero prodigiosamente deseosa de vivir y de vivir mejor: la generación de la espera, un pueblo del Éxodo.

Esta generación emprendió el fantástico crecimiento bloqueado, manómetro al máximo, el crecimiento en 5-7 por ciento, el crecimiento en forma de "frontera" abierta, contaminante, sin otra preocupación que el inmediato aumento de la producción de bienes, el rendimiento a toda costa y en seguida. La conciencia se forma fundamentalmente en los cinco o, como máximo, en los diez primeros años de la vida. Los niños nacidos en Estados Unidos entre 1940 y 1945 son los últimos que aún llevan la huella; el viraje se produce cinco años más tarde en Europa. Así, pues, el viraje que se opera cuando la generación de la posguerra asume la responsabilidad (los que gustosamente llamo en Estados Unidos los niños de Benjamin Spock), se sitúa entre 1960 y 1965 en América, entre 1968 y 1970 en Francia. Berkeley hace explosión en 1964, la Sorbona en 1968.

El segundo viraje está determinado por la nivelación de la vida activa del grupo de edad de 20 a 40 años. A partir de 1968-1970 en Estados Unidos, de 1973-1975 en Europa, la mitad de los adultos y los dos tercios de los genitores son adultos de la posguerra. Ya no se produce la integración a través de la vieja generación. Después del rechazo de la ontología —caída de la mitad de la práctica religiosa, de las nueve décimas partes de las vocaciones, eliminación en el discurso eclesiástico de todo contenido propiamente teológico que se refiera a los fines últimos—, después de la transformación de las iglesias en oficinas de propuestas sociales ya realizadas, y después del rechazo pánico de la vida (el mundo industrial tiene un coeficiente neto de reproducción del 0.8 en diciembre de 1974), tiene lugar el nuevo despliegue del precio de la energía (otoño de 1973), la primera verdadera crisis económica desde 1929, que había sido preparada psicológicamente por los grandes informes de 1969 a 1972 y, después del traumatismo de los pasos que el hombre dio sobre la luna (21-22 de julio de 1969), por la ex-

plotación demente de la hipótesis absurda del crecimiento en cero a través de los medios informativos, a partir de la primavera de 1972.

2. 1976-2000

Todo, a partir de ahora, está regido por la actitud ante la vida. De 1940 a 1960, en el Tercer Mundo se produjo una explosión demográfica, que fue acompañada por un período de recuperación del equilibrio de la vida en el mundo industrial que no había reemplazado en amplios sectores a la generación de 1930 a 1940. Examiné, después de otros, el fenómeno, y lo expliqué tratando de reubicarlo en la larga duración.[4] La lectura del "Plan de acción mundial de la Población",[5] que surgió de la gran confrontación de Bucarest (19-30 de agosto de 1974), aunque muy mejorado en relación con el texto inicial, es un ejercicio afligente y esclarecedor a la vez. Está atiborrado de contraverdades, que van desde la burda mentira (la generación reemplazada con dos niños) hasta la mentira voluntaria con fines de propaganda, lo que es particularmente escandaloso en un trabajo científico, totalmente ahistórico y completamente cerrado a las modificaciones sobrevenidas desde hace cinco años. Tanto más inadmisible cuanto que *Population Studies* (puesto que no se puede pedir a expertos de la ONU que lean una revista francesa, la irreemplazable *Population*), que publica la poco sospechosa *London School of Economics*, también está llena ella de estas modificaciones,[6] que afectan incluso a los sectores más arcaicos y más protegidos del Tercer Mundo. Pero este informe, que traduce la mentalidad oficial del grupo más influyente de expertos internacionales, expertos que viven en el medio americano, donde las presiones de los gigantescos medios de negocios de la anticoncepción industrial recuerdan las presiones manipuladoras de los *lobbies* petroleros en otros tiempos, no hace intervenir nunca a los coeficientes netos de reproducción, el único dato verdaderamente prospectivo, sino que razona únicamente en términos de tasa de crecimiento. Entonces, los expertos de

[4] P. Chaunu, *Histoire, science sociale*, París, SEDES, 1974, 438 pp. y *De l'histoire à la prospective, op. cit.*; *cf.* además *Le refus de la vie, op. cit.*, y *La mémoire et le sacré, op. cit.*

[5] *Population, op. cit.*

[6] Entre otros, J. Sirageldin, D. Norris y M. Ahmed, "Fertility in Bangladesh: Fact and Fancies", *Population Studies* 2, 1975, pp. 207-218, muestran que aún en el corazón del célebre triángulo negro, el proceso de lento decrecimiento se ha desencadenado tal como lo anuncio desde 1972.

la ONU han escogido la "Retrospectiva", lo que equivale exactamente a dirigirse hacia el futuro, andando hacia atrás.

Todo será regido por la vida.

Resulta que, de aquí a 1985, no se apreciarán modificaciones inmediatas. Calculo que la baja de la fecundidad en una fracción apreciable del Tercer Mundo comienza en 1963, pero sólo desde 1970 el movimiento es innegable, unánime, profundo, puesto que aun el triángulo negro, es decir el conjunto India, Pakistán, Bangladesh, luego China en pleno retroceso, es alcanzado. Claro, existe el fenómeno de arrastre, el cual impide que este descenso de la fecundidad de una población joven se advierta brutalmente en la natalidad; no es sino hasta después de veinte a veinticinco años que los síntomas se aprecian y, por eso, hacen falta treinta y cinco años para que el volumen de la clase de los reproductores sea totalmente modificado.

Sin embargo, los fenómenos, una vez engranados, hacen implosión conforme a un mecanismo análogo al que en el otro sentido ocasiona la explosión. Entonces, será entre 1983 y 1990 cuando el decrecimiento del Tercer Mundo empezará a burlarse masivamente de las evaluaciones de los expertos. Sin embargo, una cosa es segura: si nos obstinamos en contar en cifras globales, en mirar estúpidas estadísticas acumulativas, no veremos nada antes de 1985. Ahora bien, en 1985 será muy tarde, y probablemente en numerosos países demasiado tarde para enderezar el timón.

El fenómeno que se está produciendo en el mundo industrial era sin embargo previsible. Los efectos van a comenzar a hacerse sentir duramente antes de diez años. De 1940 a 1955 el mundo industrial parecía haber encontrado el punto de equilibrio. La natalidad no había cesado de bajar de 1780-1800 a 1935. Hasta 1880, esta disminución era aparente: de 1780 a 1880, en efecto, si se excluye el caso aberrante pero útil de Francia (pues el caso francés es anticipador), la caída de la mortalidad infantil y juvenil compensa y supera la baja de la natalidad. Proporcionalmente, en 1880 Europa y América crían más niños hasta la edad adulta que un siglo antes; sólo a partir de 1880-1890 empieza el reflujo. Y bruscamente: a partir de 1930, todo se afloja y una parte importante del mundo de origen europeo cesa durante aproximadamente diez años de asegurar el reemplazo de la generación. Entonces, particularmente en Francia, una demografía moderna se constituye verdaderamente en prospectiva y las advertencias de un pequeño número de expertos lúcidos logran hacerse oír. Así pues, lo que se produce ahora, después de la ruptura brutal de 1968-1970 (Estados Unidos y

Alemania), ya se produjo una vez. Y así como en aquella ocasión fue posible hallar soluciones sin demasiada dificultad, ahora será más rápido y no costará demasiados esfuerzos salir del paso. Esto es lo que uno debe abstenerse de creer.

Nada más engañoso que semejante razonamiento por falsa analogía. En primer lugar, el abatimiento de los años veinte y treinta no se produjo con el mismo ritmo, ni en la misma extensión, ni llegó hasta los puntos actualmente alcanzados: del 20 al 22 por ciento de la humanidad cerca del coeficiente: 0.8-0.85, y 0.6 en las partes más afectadas por el ciclón; y una caída anual de la fecundidad del 5 al 10 por ciento durante más de cinco años. Esto no tiene absolutamente ningún precedente (excluidos los amerindios) en la historia. Nunca con este ritmo, nunca en esta escala, nunca tan bajo y nunca de una manera tan unánime.

Durante la crisis de los años treinta, los comportamientos demográficos eran mucho menos homogéneos. Por una parte, una periferia (España, Italia, la Rusia agrícola, la Polonia rural) que ahora es afectada o está muy reducida, quedaba fuera del ciclón; por otra parte, en el seno de los países afectados, en un mismo medio, existían grandes diferencias de comportamiento por razones ideológicas y religiosas. Europa y América yuxtaponían familias numerosas y familias muy pequeñas. En última instancia, la eliminación de los estériles permitía prever el nuevo punto de arranque. Por último, las poblaciones no tenían los mismos recursos para responder a las tentaciones de la moda; la presión ideológica de los medios de comunicación al servicio de las técnicas anticonceptivas era menor y menores los medios de ajustar la descendencia al deseo de descendencia. Ahora bien, es muy necesario saber que la descendencia efectivamente anunciada como deseada o ideal en una técnica de sondeo nunca se realiza concretamente.[7] Desde hace largo tiempo Europa habría dejado de alcanzar el coeficiente neto de reproducción 1 (a la unidad), es decir la simple supervivencia, si solamente hubieran nacido los niños positivamente deseados.

En efecto, nos encontramos en una situación sin precedente. En el medio actual, la introducción masiva y la exaltación de los recursos para limitar la procreación o la reciente autorización del homicidio de la vida humana *in utero* deben acarrear una caída de alrededor del 50

[7] La total disociación entre la descendencia anunciada y la descendencia actualizada constituye incluso la novedad radical de la revolución anticonceptiva, como lo demuestro en mi artículo "L'analyse historique du présent", *L'histoire*, París, Seuil, julio-agosto de 1978, y en *La mémoire et le sacré*, París, Calmann-Lévy, 1978, 278 pp.

por ciento de la natalidad. Sin el establecimiento de poderosos medios de compensación, que políticamente cuesta mucho trabajo decidir a las democracias formales ante el estado de la opinión pública, engañada por el bombardeo informativo sobre la explosión demográfica del Tercer Mundo (y que resulta más fácil en los estados gobernados por aparentes socialismos), . . . la Europa y la América industriales deberían alinearse con Alemania, es decir, en líneas generales, con el coeficiente neto de 0.6-0.7 de aquí a 1980. Estamos lejos de la natalidad de 15 por ciento, falsamente prevista por el "Plan mundial de la población" de las Naciones Unidas.

Después de los errores cometidos (que son irreversibles), tendremos muchas dificultades para evitar esta desgracia. Piénsese en la legislación del aborto, que en todas partes provoca la triplicación y hasta la quintuplicación de la masa global de los abortos, tanto en el Este como en el Oeste. Y Francia está alineándose, con una situación intermedia, entre la de Inglaterra y la de Hungría, que es la peor de todos los países del Este. A menos que se cobrara conciencia, lo cual es difícil de imaginar, la caída libre de la natalidad debería proseguir durante varios años. Sin paracaídas, ni freno de ningún tipo. Está socavando la base de nuestras sociedades, volviendo inhabitables, en sentido propio, las sociedades del mundo industrial, a partir de 1990. Durante quince años de esfuerzos de destrucción, preparamos la mayor catástrofe de la historia humana, una catástrofe al lado de la cual la célebre pandemia de 1348 es un episodio benigno. En efecto, las actitudes ante la vida están programadas en la primerísima infancia. Los medios de comunicación de masas han asociado en los espíritus rechazo a la vida y liberación; han fabricado una generación estéril. Ahora bien, el arranque de los años 1968-1970 sólo es el comienzo. En todos los países industriales, las actuales tasas de fecundidad son tasas medias, los más jóvenes son los más estériles. Si pronostico un 0.6 en 1985, sin intervención masiva de las élites, o sea del poder político e informativo, soy extremadamente optimista.

Ahora bien, el fenómeno es tanto más difícilmente controlable cuanto que no tiene precedentes y que los nocivos efectos sociales no serán plenamente percibidos antes de treinta años. Nos encontramos en la situación de un niño de 15 años que se prepara para tener un cáncer de pulmón a los 45. ¿Qué puede significar un cáncer de pulmón para un joven fumador de 15 años; qué significa el infierno del gran asilo de ancianos para esta todavía joven sociedad del amor por la vida, de la generación de la memoria de la guerra? En el mejor de los casos, si se advirtiera el peligro del infierno del gran asilo de los años 2000, se

correría el riesgo, a partir de 1985, de reforzar el rechazo a la vida. ¿Para qué procrear niños que serán los impotentes prisioneros del gran asilo de viejos, esclavos de los jóvenes egoístas de hoy que habrán rehusado transmitir la vida, en un mundo en el cual habrán sido apagadas todas las facultades de innovación ligadas a la juventud?

El drama de esos diez años es pues el siguiente. Todas las miradas van a volverse hacia lo inmediato: lo inmediato es la necesidad de una producción en circuito cerrado, no contaminante. Exige enormes esfuerzos, que van a competir contra los que va a necesitar la motivación de la procreación. Lo inmediato es la prolongación, por simple efecto de arrastre, del crecimiento del Tercer Mundo. ¿Cómo evitar que estas dos urgencias: producir en circuito cerrado y frenar muy lentamente el crecimiento demográfico del Tercer Mundo, ayudando a su desarrollo conforme a un modelo original que no debe calcarse del nuestro, sean pagadas con la continuación de la criminal oposición a invertir en la vida?

De hecho, cobrar conciencia del error de los años sesenta, que consistió en pagar el crecimiento de una producción mantenida en circuito abierto no regenerador, correría el peligro de engendrar un error del mismo tipo e infinitamente más grave. Tenemos que prepararnos para el fin de la frontera. El crecimiento industrial ha sido la nueva "frontera". Lo que hay que hacer, es abrir una frontera de la inteligencia, que requeriría muchos hombres jóvenes educados. Ahora bien, este error lo cometemos masivamente, puesto que el supermultiplicador de la información está al servicio del error y no permite la constitución de sectores protegidos.

Así pues, de aquí a 1985, habrá pocos efectos inmediatos aparentes. Y, sin embargo, todo dependerá de lo que hayamos podido poner en práctica de ahora a entonces, para frenar la caída y preparar el nuevo arranque posterior a 1985. Naturalmente, la caída de la vida, la dispersión de las reservas de hábitos por lo común religiosos, la transformación de las costumbres se acompañará de una forma de evolución económica muy diferente de aquélla anterior a 1973. Habrá que esperar un período de vacilaciones —de ahí la dificultad de emprender grandes planes de inversión—, de pequeñas recuperaciones y recaídas profundas, que corresponden más al tipo de las de 1929-1938 que a las del crecimiento sostenido de 1948 a 1973.

A partir de 1985, *3 guiones.*

Dependerán de lo que hayamos logrado obtener en los diez años

venideros. O bien una política de vida, de inversiones masivas en favor de la producción regeneradora no contaminante y grandes planes de investigación fundamental establecidos en el curso de esta tregua, haría posible el guión 1.

1. Restablecimiento de la población en el mundo industrial debilitado y posibilidad de armonización con el Tercer Mundo. La posibilidad de un refrenamiento demográfico armonioso está condenada por el equilibrio con débil crecimiento del mundo industrial. En 1985 comienza un nuevo crecimiento cualitativo y un nuevo progreso.

2. O bien el volumen de degradación es tal que ya no puede recuperarse nada y el abatimiento de la fecundidad en el Tercer Mundo se ajusta a partir de 1985-1990 a una línea que recuerda la del mundo industrial hacia 1955-1960. Sería la gran implosión y una regresión sin precedentes en el campo de la exploración histórica.

3. O bien, luego de resistir y proseguir su crecimiento el Tercer Mundo, y de mantenerse el mundo industrial en 0.6, sobreviene el conflicto abierto y la gran guerra del Norte contra el Sur, cuyo único resultado seguro es una acumulación fabulosa de ruinas.

Optimización

Aclaro en seguida que los tres guiones son desde ahora desigualmente plausibles y que no excluyen un número importante de híbridos. El segundo parece ser el más inverosímil. Se puede esperar que la desgracia que va a golpear al mundo industrial será bastante rápida y bastante violenta como para desalentar al mundo extraeuropeo ante la posibilidad de seguir el mismo camino. La batalla va a librarse entonces entre los guiones uno y tres. Por ahora, tres sale ganando.

¿Qué hacer para intentar obtener aún una evolución más cercana de 1 que de 3 o del menos probable 2 (menos probable pero no excluido)?

Una acción a corto plazo y una acción a largo plazo se imponen.

Va a ser necesario convencer a los medios de comunicación y de decisión. Constituir un grupo de reflexión y conseguir, mediante el escrito y el discurso, el interés de los medios de comunicación de masas y de decisión. Existe en el mundo actual un prodigioso supermultiplicador de la información, que puede reconstruir lo que ha destruido. Está lleno de hombres de buena voluntad que han sido engañados de buena fe por análisis lisonjeros y peligrosamente erróneos. Restablezcamos pues la verdad y convenzamos a un pequeño número de personas importantes rápidamente. Conocemos el supermultiplicador. Aprenda-

mos a hacer funcionar sus palancas. Con un punto de apoyo, levantaremos el mundo.

En primer lugar, debe obtenerse una política de la vida, mejor adaptada, lo cual es relativamente fácil. Expongo sus principios al final de un libro que acaba de aparecer,[8] en una palabra digamos el salario materno y la jubilación de las madres de familia, que es el reconocimiento social de la misión reprogramadora de la vida y la consecuencia de una verdadera igualdad de los sexos. Pero mejor mantenida, lo que es más difícil. En Francia, en relación con el PNB de 1946-1950 a 1974, el volumen de las transferencias en favor de los niños cayó en la proporción de 3.5 a 1. Dos metas: conseguir el retorno progresivo al nivel relativo de 1946-1950 y conseguir que los países más afectados (Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña) se ajusten al esfuerzo francés. Todo dependerá de la toma de conciencia en Francia y en Alemania. Para empezar, si ganamos a Francia y Alemania, el efecto de palanca será suficiente.

La vida consiste en atender lo más urgente. Pero durante mucho tiempo no podremos dejar de lado lo esencial. Para una política de la vida, es necesario también un deseo de la vida. Y es ahí donde aprieta el zapato. De hecho, la crisis de los años sesenta y setenta resulta de una suerte de amnesia. Hay que encontrar la manera de reintegrar el pasado, es decir, de curar al amnésico, en una palabra, de devolverle la memoria.

Todo puede resumirse entonces en algunas palabras. Una peregrinación a las fuentes en el tiempo: Platón, los Profetas de Israel y los Padres de los siglos IV-V d.c., preferentemente a Gautama Buda, Katmandú, pero una peregrinación adaptada. La solución no reside en la recitación del pasado, sino en la integración del pasado.

Entonces necesitaríamos dos cosas: iglesias y filósofos.

Iglesias que se dediquen a la profundización de la herencia. Iglesias resueltamente minoritarias, liberadas de la ilusión del proselitismo de masas. Obsérvense los indicios de la práctica. Desde que el mensaje cristiano se presenta al capricho de la moda, ha terminado, ya no interesa a nadie. Así pues, Iglesias cristianas que mantengan el testimonio de la Trascendencia, de la Encarnación y de la Eternidad, y el valor religioso de la ascética en el plano modesto de la teología moral. En suma, lo contrario de lo que se hace desde 1960-1964.

Y luego filósofos, verdaderos y capaces de rehacer alrededor de las iglesias verdaderas apologéticas, de proponer nuevas escolásticas.

[8] Chaunu, *Le refus de la vie, op. cit.*

Una afirmación nueva de la memoria de la Eternidad[9] relacionada con un discurso filosófico coherente y con una integración de la historia cuantitativa de lo hecho y de lo pensado en las ciencias humanas del presente, como telón de fondo, y una política de la vida en el cuarto mundo industrial que nos pertenece. Eso es lo que podría ocupar útilmente nuestra voluntad. Aún estamos a tiempo, es cierto, pero por poco tiempo. Si no se cobra conciencia de inmediato, ya nada con aspecto humano será recuperable en 1985.

[9] Chaunu, *La mémoire de l'Eternité,* París, R. Laffont, 1975, 300 pp.; 2a. ed., 1976; *La violence de Dieu*, París, Laffont, 1978, 228 pp.

XX. LA CRISIS DE OCCIDENTE*

AL LLAMARME, por la generosa sugerencia del señor Raymond Aron, para presentar ante ustedes, esta tarde, este trabajo sobre la "Crisis de Occidente" me hacen, por cierto, un honor muy grande, y quiero agradecer la ilustre compañía. En verdad me entregan sin defensa a unas crueles ordalías, debido a la importancia del tema, sobre el cual todo ha sido dicho en verdad y llegamos tarde. Debido a mi formación de modesto historiador de la modernidad a la francesa (el inglés puntualiza *early modernity*), no puedo olvidar que los ilustres representantes que se hallan en la cima de todas las ciencias morales y políticas, donde dominan las ciencias del riguroso análisis de la zona referencial del presente, están por mil razones infinitamente mejor preparados que yo para analizar la crisis de Occidente.

Mi presencia aquí, esta tarde, para tratar este tema, es quizás el castigo que merezco por dos ensayos recientes, *De l'histoire à la prospective* y, más probablemente, *Le refus de la vie*, que primeramente había titulado de una manera más ambiciosa *Analyse historique du présent*. Me dispongo a darle una continuación[1] que tratará de desplazar el enfoque de la periferia hacia el centro; es decir, de la apariencia social hacia el corazón, que se sitúa con toda evidencia en el plano del pensamiento.

Esta tarde, la apariencia me basta. Una y múltiple, tal es realmente la crisis. ¿Es necesario recordar sus etapas? ¿Ordenar en el tiempo las apariencias-emergencias no es proponer un sistema de explicación? Esta explicación la encuentro en el nivel de la percepción del tiempo y del reconocimiento de lo sagrado. Por último, proponer una explicación es entrever una posibilidad terapéutica.

1

Una y múltiple, a todas luces así es *la crisis*. ¿Cómo abordarla? ¿Como historiador? Proceder a un análisis histórico del presente significa, accesoriamente, someter la información a los pasos críticos que, desde el siglo XV y el siglo V a.C. de los griegos, nuestros padres fundadores, son

* Conferencia pronunciada el 21 de junio de 1976 en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y reproducida aquí con la amable autorización de esta Academia.

[1] *La mémoire et le sacré*, París, Calmann-Lévy, 1978, 288 pp.

el instrumento siempre perfeccionado del conocimiento histórico. Nos declararemos pues a favor de un periodismo crítico, pero crítico en el sentido etimológico, que no tiene nada que ver con la manía conformista de la denigración sistemática y partidaria. Un análisis histórico del presente supone que cada elemento (sector de información) que el análisis distingue en el flujo informativo, sea, en la medida de lo posible, pesado, apreciado, "posicionado", en un doble campo, un campo sincrónico y un campo diacrónico; en una palabra, que la historia cuantitativa o por lo menos serial entre en la apreciación del presente, de una manera que no sea sólo impresionista sino sistemática en el mayor grado posible.

En presencia de un fenómeno social quizás sea cómodo partir de las *palabras*, es decir de los niveles de percepción de los fenómenos. Habrá que someter, de una manera mucho menos errática, la pronunciación global del discurso informativo, a un riguroso análisis de semántica cuantitativa. Riguroso no significa pesado y costoso, puesto que el sondeo bien manejado es un arma eficaz. Sea como fuere, carezco totalmente de recursos y ustedes tendrán que disculpar entonces el carácter aproximativo, demasiado general, de mis proposiciones. La palabra crisis, en francés y en todas las lenguas de la cuarta parte del mundo más industrializada (principalmente de origen europeo, pero incluido Japón, con no pocas reservas), se coloca en el grupo de avanzada de las diez palabras básicas, de las diez "palabras obsesión" más frecuentemente empleadas. La irrupción de la palabra se sitúa, con algunos meses de intervalo, en 1968; entonces, frecuentemente se asocia a civilización, esa bella invención semántica de las Luces, en el horizonte anglofrancés de los años 1750-1760. Generalmente se dice entonces crisis de civilización. Pero la crisis, desde que la escuela difunde en el Oeste una *diama* sin forma, desde la circulación de los pequeños catecismos de los marxismos populares y el punzante recuerdo de 1929, crisis en el dominio de las palabras, que requiere el calificativo de económico. Por eso el imperialismo semántico de la crisis se reforzó en el cielo de las palabras, a lo largo del otoño de 1973 y del invierno de 1974, desde que perdimos los bellos colores de una robusta salud económica. Interroguemos al Escrito. Interroguemos al supermultiplicador de la transmisión instantánea de la Palabra y de la Imagen. El audiovisual electrónico comenta un discurso matriz que sigue siendo, todavía hoy, un discurso escrito. Porque una fracción –que habrá que aprender a conocer mejor– del discurso escrito, conserva un enorme prestigio entre Nuestros Señores y Maestros de la opinión: los reporteros radiales del noticiario matutino y sus fieles seguidores, los comentaristas de los

telediarios. En una palabra, y a reserva de inventario, cerca del 3 por ciento de lo que ha sido escrito, pronunciado, visto y tal vez percibido en Occidente, desde fines del cuarto de siglo del más brillante crecimiento de la historia, desde el otoño de 1973 entonces, y el detonador del Kippur, se cuelga de las arborescencias de un árbol cuyo tronco se llama comúnmente *crisis*. Hay que remontarse hasta los primeros años de los treinta para que la palabra *crisis* ocupe un lugar comparable en el *hit parade* de las palabras claves, pero en un sentido mucho más restringido. Naturalmente, considero esta palabra tal como es usada hoy, en 1976. Dejemos la etimología y el peregrinar de las significaciones desde el antiguo lenguaje médico hasta la economía y la política, . . . la crisis es percibida como una tensión, una torsión, una exasperación, un paso peligroso, una amenaza de descomposición, una ruptura; por eso la crisis es entendida como un tiempo negativo, doloroso, del que quizás se puede esperar una lejana felicidad, pero que en lo inmediato sólo provoca lo peor. Lo que se teme en la crisis ya es menos el presente que el futuro cercano. En la crisis, existen el lenguaje y el tiempo. Esta observación me obliga a referirme a lo que creo que ha constituido el factor modificador más importante: la acción del supermultiplicador de la información. Paradójicamente, a pesar de un océano de glosas, este factor ha sido curiosamente subestimado por aquellos cuyo oficio consiste normalmente en prever: coyunturalistas, prospectores y políticos que creen tener el poder de construir, mientras que esencialmente tienen el poder de destruir y lo usan con gran desenvoltura. Se tiene el gusto, a veces, de felicitarlos por ello. Piénsese, por ejemplo, en el aborto. El supermultiplicador de la información ha sido realmente el gran elemento perturbador, porque se coloca en el nivel de lo que hace el hombre, el lenguaje, el signo, la comunicación. Después de haberse erguido sobre las patas traseras y haberse dado —Dios sabe cómo— una gran cabeza (233 neuronas caras a Jean Fourastié) el homínido se vuelve hombre, hace poco menos de unos cincuenta mil años, cuando el *Homo faber* se convierte en *Homo loquax*, o sea un *Homo religiosus* que entierra a sus muertos y pone trabas a su sexualidad porque conoce el incesto. Estar consciente de sí bajo la mirada de la muerte, implica estar dotado de una gramática, de una semántica y de una sintaxis. La primer revolución es la del lenguaje. En adelante, todo es cuestión de vocabulario. La escritura ideográfica concluye la mutación de los horticultores, criadores, agricultores el (Neolítico). La escritura ideográfica es el primer multiplicador; tres mil años más tarde, la escritura alfabética decuplica su eficacia; la revolución del papel y del impreso (del XIV al XV) constituye la penúltima etapa antes de la que nos agobia con una

masa de mensajes, que a pesar de la "buena vieja computadora", llegamos a dominar con dificultad. La mutación de la información bajo el impacto de las técnicas electrónicas afecta esencialmente a la fracción más desarrollada, es decir a la fracción liberal del cuarto mundo industrial, lo cual será un factor positivo, tal vez la mayor suerte que jamás hayamos tenido, cuando el servicio de la información se eleve hasta los niveles intelectuales y morales que exige un cambio tal de dimensión, es decir de naturaleza. Como en el paso del *paleocéfalo* o *neocéfalo*, una mutación, un cambio de potencia en una escala semejante, desemboca en un cambio de naturaleza. Se maneja hoy la información como el arma crítica de un contrapoder, en tanto que le incumbe en un 80 por ciento la reprogramación de la ética y del conocimiento. No se han medido aún los efectos de retroacción de la nueva difusión. Por ejemplo, la explosión demográfica del Tercer Mundo y el océano de catástrofes que su uso desencadenó. Cuando, basándome en los efectos, entre otros, del supermultiplicador mal controlado, anunciaba desde 1965-1966 los primeros indicios unívocos en la base de la pirámide de los reproductores —que todo el Oeste iría, rápido y lejos, del decrecimiento demográfico a la implosión— y luego, ante las comisiones de la Cámara de Diputados, hace tres años, cuando dibujé la evolución, desgraciadamente muy probable, de la natalidad en Francia, me topé con los sarcasmos y con el escepticismo. Hoy, para zanjar dudas y saber quién se equivocaba y quién tenía razón, basta comparar las previsiones y la realidad, el resultado de los análisis puramente sincrónicos con el resultado de las evaluaciones de dimensión diacrónica.

Entonces, frente a la crisis de civilización de esta época, me parece prudente adoptar cuatro reglas de lectura.

La primera: esta crisis es una a pesar de las apariencias: desde 1960-1962 asistimos a la irrupción de una sola y misma crisis que afecta el equilibrio interior de las naciones y el de las relaciones entre ellas, la aptitud para juzgar y para castigar, la célula familiar, la sexualidad, el amor, las relaciones interpersonales, la transmisión de la vida, la ética, el funcionamiento del espíritu, la ontología, lo religioso, la distribución entre lo sagrado y lo profano, y, en último lugar, afortunadamente, la economía. Sin esta irrupción en el plano económico, ¡quién se hubiera dado cuenta de que había realmente algo podrido en Dinamarca!

La segunda regla: esta crisis y, sobre todo, la percepción de la crisis, es un hecho del Cuarto Mundo más industrial, el más maduro de origen europeo, el 22 por ciento del número de los hombres, el 40 por ciento de las tierras emergidas, y una franja, una película fuertemente acul-

turada de la Europa sin ribera en el Tercer Mundo y la América Latina, del 80 al 90 por ciento de los recursos acumulados por él, enteramente él y prácticamente sólo él. En el interior del tronco judeocristiano, es el Oeste, el tronco de la antigua cristiandad latina, en el que están comprendidos los 600 millones de hombres de América y de Europa occidental, el que resulta más afectado. El Este, Bizancio, está protegido en parte por el arcaísmo, la rigidez de las estructuras, el retraso de la información, con el riesgo de un brutal *collapsus,* cuyo mensaje alterado nos llega de una manera cada vez más perceptible. Este acantonamiento, lejos de limitar su alcance, lo reviste de una extrema gravedad. Al alcanzar los centros nerviosos de dominación, no tiene remedio fácil. Además, en una segunda etapa ya muy próxima, tiene la capacidad de imponerse al resto del mundo mediante la influencia de la aculturación.

La tercera regla es la de la reducción de todos los estados latentes, de la aceleración brutal del ritmo de la modificación. Es la consecuencia directa del supermultiplicador de la información. El ejemplo más patente se nos presenta en el ámbito demográfico, famoso, con razón, por sus enormes inercias. Desde hace diez años, la demografía da un palmo de narices a los expertos. Por haber querido evitar, soslayando a la historia, una catástrofe improbable y lejana, fabricamos una muy real, cercana e inmediata. Al sumar a los efectos de una explosión que termina, una implosión de un declive todavía nunca medido hasta hoy, una explotación mal controlada de la información destruyó, por un tiempo difícil de prever, lo que había sido la ganancia de varios siglos de esfuerzos colectivos, la reducción de todas las oscilaciones, la afinación en el trazo de las curvas. La reducción de los estados latentes implica, para el organista, la adquisición rápida de una digitación mucho más flexible.

La cuarta regla se deriva de las precedentes. Es la del predominio del pensamiento. En el laboratorio del pensamiento teórico, con una, dos o tres generaciones antes, se preparan las crisis y la resolución de las crisis. "El más grande escritor militar de nuestro tiempo, Sir Basil Liddell Hart, comparte con Lord Keynes una convicción que el destino último de Marx, a pesar del marxismo oficial, tiende a justificar: la influencia de las ideas en el curso de la historia . . ."; sí, "la influencia del pensamiento en el pensamiento es, en la historia, el factor más importante". Se habrán reconocido las primeras líneas de l'*Age planétaire,* tomo II del Clausewitz de Raymond Aron, indiscutiblemente el libro más importante de estos últimos meses. Para leer bien el presente, hay que estar más atento a las mutaciones/innovaciones de los laboratorios

de vanguardia que a los inmensos sectores arrastrados a las inercias violentamente sacudidas de las sociedades tradicionales de nuestro pobre Cuarto Mundo enquistado y del Tercer Mundo. Ya no hay grandes batallones para reparar a cualquier precio los errores de los brujos aprendices de estrategas, ni se podrá contar con la armada católica y real para rellenar, en la base de la pirámide de edades, los huecos cavados por la política de las columnas infernales. Lo que la cabeza destrozó, tal vez sólo podrá ser reparado por la cabeza misma.

Si adoptamos una perspectiva económica a mediano plazo, por ello necesariamente europeocéntrica en un sentido amplio, los indicadores sintéticos distinguen tres fases: dos de crecimiento rápido, 1898-1914 por una parte y, mejor aún, 1948-1973 por la otra, y entre ambas una fase de 1914 a 1945, donde salvo de 1920 a 1929 las dificultades se acumulan. La única explosión de crecimiento que hemos vivido se prepara en el laboratorio tan fecundo intelectualmente de los difíciles años treinta. Todo está programado allí; todo, de hecho, está presente desde el comienzo de los años sesenta; 1962 es el viraje, 1973 el revelador.

Entre 1960 y 1962, llega el fin de la guerra fría y de la fase aguda de la descolonización. No hubo posguerra en 1945; tampoco readaptación, por lo tanto; pero una fase de conflictos larvados mantuvo en un nivel elevado las tensiones del mundo industrial. La crisis de los cohetes en Cuba señala el comienzo de una posguerra de quince años. Los pequeños conflictos de 1945 a 1962 mantuvieron en el interior de los países industriales de los dos bloques ideológicos un estado de tensión capaz de cohesionar. Una amenaza precisa, localizada, exterior, habitual, tranquilizadora, evitó el desequilibrio de las tensiones. Pero un conflicto que dura casi se consume en sí mismo. La generación que lo produjo ya no es la misma que ahora lo soporta y que ya no comprende su razón de ser. Tanto más cuanto que, quince años después de las primeras bombas atómicas, nos aproximamos al equilibrio del terror. El último paroxismo de la guerra fría desemboca en otra dinámica de los grandes equilibrios, la distensión.

En octubre de 1962, puesto que se evitó el enfrentamiento, está claro que la guerra de Troya no tendrá lugar. Y los transistores y la pantalla de TV van a dar a conocer a la opinión soberana lo que desea saber: que la guerra terminó; así mismo, van a provocar una toma de conciencia inmediata de las nuevas leyes del equilibrio.

Tal es el detonador. Si el impacto del fin de la guerra fría afecta al conjunto del mundo industrial, afecta prioritariamente —ya dije por qué— al mundo occidental. Ahora bien, actúa como generador de entropía.

Para hacer comprender el modelo al cual recurro, tendré que recordar algunas leyes del desarrollo histórico que yo creo indiscutibles. *La primera regla* es, evidentemente, que el tiempo no se recupera. El sistema de civilización que tiene tendencia a aculturar a todos los otros surgió del contacto directo con la Medialuna Fértil, en donde, tres mil años antes que en China, aparecieron la horticultura, el trabajo agropastoril, el cerebro millonario y la escritura ideográfica. Desde entonces, ese espacio se desarrolla por fusión superadora con una frontera bárbara a lo largo de un eje sureste-noroeste. La última mutación después de la del siglo v a.c. es la de la constitución de un mundo pleno en los siglos XII-XIII, en un área de dos millones de km² en continuo poblamiento, explotada por un agropastoril único en el mundo.

La segunda regla es la de la bipolarización radical de la sociabilidad dentro de este modelo de civilización. Desde la lenta mutación de la edad del matrimonio, entre el siglo XI y el XIV, en el eje del mundo más pleno, el *nucleus* matrimonial tiende a eliminar el linaje. Se desemboca en un sistema de sociabilidad de tres cargas: *nucleus* matrimonial, comunidad de habitantes, Estado-nación, reemplazado por un sistema cada vez más bipolar, *nucleus* y nación. La carga afectiva en el *nucleus* matrimonial, en Occidente, no cesó de acrecentarse hasta alrededor de 1950-1960.

La tercera regla, mucho más importante, es la de la percepción de la duración y del balanceo sobre el futuro: la gran ley de la inversión en el porvenir y de la ascética laicizada.

Admitidas estas leyes, se comprenderá mejor la estructura de la reacción en cadena que se propaga a partir del impacto de la descompresión de 1962. Esta descompresión es excepcionalmente brutal; a decir verdad, sin precedente. Jamás un final de guerra había eliminado radicalmente la posibilidad de una nueva guerra, jamás semejante noticia había contado con un amplificador parecido. La primera onda alcanza las estructuras del Estado-nación, responsabilizado de la guerra, única forma de catástrofe todavía admitida, ya que su causalidad es puramente humana y cuyas pérdidas (0.85 por ciento de la mortalidad global de 1740 a 1974) fueron infladas –sabemos cuánto– sistemáticamente. Ahora bien, la culpabilización del Estado va a contribuir al rechazo del pasado. Y recíprocamente. En el Oeste, la mayor fisura está evidentemente ligada a la descolonización. Una fracción importante de la juventud dirime entonces sus conflictos de la pubertad, adhiriéndose de un modo duradero, sobre todo en el plano de lo imaginario, al campo del adversario. Motivación noble para un rechazo parcial de una rica herencia, en el nivel exclusivo del cuaderno de las cargas. Ahora bien,

la fase americana de la Guerra de Vietnam, un conflicto de bloques, es considerada por una fracción mayoritaria de la *intelligentsia* americana de la misma manera que un conflicto colonial y coloca a los Estados Unidos en una situación "europea" de inferioridad con respecto a la URSS. Incluso si la impugnación universitaria, que empieza en Berkeley en 1964 y que en cuatro años cubre al mundo universitario sin que se libre ningún país no acorazado por la red policial de la que sólo es capaz el comunismo de apariencia y generador de Gulag, va mucho más allá en su reclamación al Estado, no se puede disociar el movimiento de la huida frente a las consecuencias prácticas de la implicación del *leadership* occidental en el conflicto vietnamita.

Pero el movimiento que irrumpe del otoño de 1964 a la primavera de 1968 va mucho más allá de un cuestionamiento de las exigencias del Estado-nación. En líneas generales, es la célula familiar (menos su existencia que las relaciones de autoridad en ese medio), es el derecho de prever y de controlar la impulsiva violencia antisocial —mucho más peligrosa, sin embargo, que todas las violencias reguladas— y sobre todo las consecuencias prácticas de la previsión del porvenir, la ascética judeocristiana laicizada lo que está en juego. Se trata, por vez primera en nuestro sistema de civilización desde el siglo XVII-XVIII, de un cuestionamiento del valor ético del hacer. Pero la impugnación del hacer se estrellaba contra las fantásticas reservas de la costumbre y, por ello, al comienzo no tendrá incidencia inmediatamente perceptible en las estadísticas globalizantes.

De un solo golpe van a desmoronarse bloques de costumbres. Rechazo del tiempo, rechazo de las coacciones sexuales. El movimiento es perceptible en Estados Unidos entre 1957 y 1962 (el *Enovid,* primer anticonceptivo oral, es comercializado después de una apresurada experimentación con poblaciones femeninas, conejillos de Indias de Puerto Rico, en 1960), y hace explosión en 1968.

La práctica religiosa, conforme a normas posteriores al siglo XVI, que oscilaba alrededor de una casi horizontal desde las adaptaciones que se produjeron generalizadamente entre 1790 y 1850, en la articulación de las Luces y la era industrial, en menos de diez años sufre una reducción de volumen en la proporción de 10 a 1. Mientras, el discurso teológico se disuelve en un sociologismo anticuado que parece contemporáneo de la vulgata marxista, que ejerce sobre el proletariado clerical de los países salvados, mediante el recurso espiritual de la persecución sangrienta, una seducción-fascinación. Se sabe cómo las corrientes ecuménicas han facilitado una homogeneización que, hasta ahora, se ha efectuado por abajo. Ahora bien, a pesar de las aparien-

cias, la ascética laicizada necesitaba de las iglesias. Ellas eran las salvaguardias del sentido de la vida. La crisis de Occidente es, casi exclusivamente, una crisis interna del judeocristianismo.

A partir de eso, los sobresaltos de las curvas descendentes se deducen, de una manera casi mecánica, del papel de las generaciones y del sistema de educación que prevalece, en el momento de la programación de los gestos y de los valores, en el nivel de las generaciones adultas dirigentes. De 1930 a 1950, veinte años de dificultades produjeron una generación poco numerosa, pero prodigiosamente deseosa de vivir y de vivir mejor: la generación de la espera, un pueblo del Éxodo: esta generación emprendió el fantástico crecimiento bloqueado, manómetro al máximo, hasta 5-7 por ciento, en frontera abierta "contaminante", hasta las reivindicaciones del crecimiento en cero, del ecologismo y al impacto de la revelación desde la Luna, en la noche del 21 al 22 de julio de 1969, en que 800 millones de telespectadores descubren la verdad intacta del poema de la creación: en verdad, y por mucho tiempo, no hay más que una sola tierra, una tierra que el rechazo a la vida va a identificar pronto con la Balsa de la Medusa. Los niños nacidos en Estados Unidos entre 1940 y 1948 son los últimos que llevan aún la marca; el viraje se produce cinco años más tarde en Europa. El primer viraje es el de la emergencia de la nueva generación educada en un clima diferente. El segundo viraje está determinado por el equilibrio, en el seno de la vida activa del grupo de edad de 20 a 40 años. A partir de 1969-1970 en Estados Unidos, y de 1973 a 1975 en Europa, la mitad de los adultos y los dos tercios de los genitores son adultos de la posguerra. Ya no se produce la integración a través de la vieja generación.

Dos consecuencias de desigual importancia se derivan de esto. Empezaré por la segunda: la crisis económica. Es cierto que se debe a un necesario despliegue nuevo, tras una fase de 25 años de simple alternancia entre los ciclos de fuerte crecimiento y de menor crecimiento. Queda, sin embargo, una fantástica desproporción entre el impacto del nuevo despliegue del precio de la energía y un hueco en dos años del orden de —10 por ciento. A una fase de crecimiento rápido, con trazado continuo de las curvas, sucede un periodo de crecimiento más difícil, con vastas oscilaciones.

No habría motivo para perturbarse si el rechazo a la acción no hubiera estado precedido por un fantástico rechazo a la vida. Hoy no tendría gran dificultad en defender una causa que me ha valido, desde hace diez años, bastantes afrentas. No es confortable tener razón demasiado pronto . . . 1955, Europa del Este; 1957, primeros signos en EUA; 1962-

1965, Europa occidental; desbandada americana a partir de 1968; de Alemania en 1971; de Francia, que en este momento cae más rápido que Alemania, ayer al ritmo sin precedentes del 20 por ciento al año, ante la indiferencia de nuestros políticos, oposición y mayoría unidas, en la inconsciencia más increíble. Y acompañándolo todo, la legalización del aborto, que es a la vez ruptura con una ética laboriosamente edificada durante algo más de dos milenios y confesión apenas velada de un oscuro deseo de muerte colectiva.

Entre 1974 y 1975 han faltado 6 millones de nacimientos en Estados Unidos, en Canadá y en Europa occidental para el simple reemplazo de la generación. Con el coeficiente de reproducción neto del 0.6 de Alemania tomada como modelo, al cual nos habremos ajustado desde fines de 1977 (salvo toma de conciencia inmediata y masiva, como la que acaba de detener a Europa del Este sobre la pendiente que conduce al abismo, en 1985 estaremos ante una situación que será, entonces, propiamente irreparable.

2

Encontrar un sistema de explicación es proponer una terapeútica. Nuestro sistema de civilización es, con mucho, el más flexible; además es el más robusto, porque tiene en su favor el máximo de espesor en el espacio y en el tiempo. La evolución puede traer todo, incluso la destrucción. Hay un límite, en efecto, más allá del cual el filo se destruye. Hemos llegado al punto en que Occidente lo puede todo, incluso destruirse. Una civilización se destruye negándose. Se deshace como una conciencia de sí, bajo la amenaza, más grave que la muerte, de la esquizofrenia.

Evidentemente, es alrededor de la percepción del tiempo y del lugar de lo sagrado, por lo tanto de la posibilidad de un sector autónomo del conocimiento; de lo sagrado, por lo tanto del derecho a lo profano, que todo está jugándose, perdiéndose, y tal vez ganándose.

El tiempo. Las sociedades frías de los comienzos, las de ayer o de hoy, son completamente absorbidas al instante por la penosa reprogramación de la experiencia. Las técnicas balbuceantes de la memoria no permiten el lujo de una historia particularizante, individualizante. Hay una mutación decisiva en la percepción del pasado, en el siglo V a.C. La historia pertenece a la ciudad griega y al judeocristianismo, la historización del pasado es una condición de la construcción optimista del porvenir, concebido como la prosecución de la historia. En el siglo XVIII, el mito pagano de la edad de oro abandona definitiva-

mente el pasado, de donde la historiografía científica lo desaloja, para ayudar a la construcción del porvenir. En un estado estacionario o de muy débil crecimiento, debido al proceso biológico del envejecimiento, la percepción social de la duración produce la impresión de una degradación, de una erosión. En Europa occidental fue necesaria una masa considerable de pequeñas mejoras en el siglo XVIII, para que la experiencia del progreso se impusiera en todas las mentes, como la idea clave de la percepción de la duración vectorial, en la cual un Dios trascendente que supera su propia incomunicabilidad se encarna, acaba por imponerse, fuera de lo religioso, en el conjunto del comportamiento social. En el despegue que supone, además de una masa crítica de innovaciones tecnológicas, un umbral de inversión. (W. W. Rostow lo fijaba otrora en un 10 por ciento del producto bruto), el despegue del crecimiento sostenido supone la laicización de una forma paradójica de vaivén sobre el futuro.

La Grecia socrática e histórica y la revelación judeocristiana nos han regalado un tiempo vectorial que no hemos cesado de perfeccionar y del cual hemos sacado provecho plenamente, a partir de los siglos XVII y XVIII. Así pues, el tiempo vectorial se invierte una primera vez a comienzos del siglo XVII, en la triunfante filosofía mecanicista del universo escrito en lenguaje geométrico, se invertirá una vez más en las ciencias sociales balbuceantes de las Luces, en el transformismo de la amplia percepción social del progreso. Con el incremento casi continuo de la vida humana de 1700 a 1950-1965 (desde entonces llega al tope, y hasta retrocede en el mundo industrial), con tasas de crecimiento de 0.8 a 1 por ciento anual, a 5-7 por ciento de 1950 a 1973 . . . , la inversión en el futuro se hará de manera cada vez más fácil y total.

Hasta el día en que la percepción de este crecimiento desemboca en una desvaloración del pasado, que conduce al derrumbe del sistema, a la incapacidad de construir un futuro con la prolongación del pasado percibido como un progreso, a la sustitución, así, del progreso respetuoso de la duración, por una liberación destructora del tiempo. Y por consecuencia al retorno sobre el instante. Y el ciclo, un instante se cierra.

Creo que el bloqueo de la percepción optimista del tiempo tiene raíces aún más profundas. De hecho, la segunda característica de nuestro sistema de civilización, la encuentro en una tensión dialéctica que subyace en toda la extensión de su historia. Como todo pensamiento humano, nuestro pensamiento sufre la tentación monista. Pero siempre

habíamos estado bastante atentos a la interpelación de la conciencia de sí, la conciencia de ser una libertad bajo la mirada de la muerte, y a la interpelación de lo *Real* que nos llega de los sentidos para vivir un pluralismo en tensión.

El alma y el cuerpo, el cognoscente y lo conocido, el pensamiento y la materia, ... el tiempo y la Eternidad. En una palabra, pertenecemos a la Realidad del "Bereshith Elohim Bara", al dominio del Dios trascendente. Lo que implica la existencia de lo sagrado. Las iglesias de la parte laica se habían encargado de ello. La escolástica aristotélica, fundamental progreso, había abierto el camino a los repartos de las Luces. Al renunciar a mantener los derechos imperceptibles de lo sagrado, las iglesias cristianas, puesto que lo sagrado no se puede desarraigar, apresuraron la invasión del sector profano mediante un desbordamiento de sacralidad surgida del misterio de los orígenes. De ahí la exaltación de la política, vivida como un misterio dionisíaco por nuestras liturgias izquierdistas.

El marxismo, herejía cristiana, debe una parte de su éxito a la laicización del mesianismo y de la esperanza escatológica. Pero este híbrido sacrifica el dualismo de tensión en provecho de un monismo que es una fuente de regresión para el pensamiento . . . Además, para triunfar, el marxismo supone una reserva habitualmente ascética y judeocristiana, que es incapaz de reprogramar. Entre la Rusia estalinista tensada en un proyecto algo monstruoso y la URSS profundamente desmoralizada, amenazada con explotar, de los años setenta, existe la distancia de la programación masiva de una ética ascética, por una vivencia de cristiandad.

¿Qué hacer entonces? Es en la cima donde se juega el futuro de las sociedades.

Propongo en lo inmediato, dentro de la tradición de las Luces, la reconstitución pragmática de un *consensus* alrededor de una política de la vida, que tomará del marxismo la negativa a contentarse con las libertades formales. Así, la valoración de la vida mediante una política de transferencias masivas, condición de una verdadera igualdad de los sexos y de la afirmación —junto a la exorbitante libertad de matar— de la libertad superior de *vivir*.

Y, a más largo plazo, superado el mal trance, pongo todas mis esperanzas en una nueva inversión en lo sagrado, que conduciría a la vez a devolver al pensamiento la posibilidad de un sector autónomo, que el marxismo le niega en todas partes donde triunfa. Pero el marxismo, en verdad, ¿quién no lo siente?, pertenece al pasado. Por eso, a pesar de

todo lo que me opone a la *gnosis de Princeton,* veo con simpatía esa corriente que es una reacción contra la descomposición reciente del pensamiento judeocristiano.

Los gnósticos de Princeton hablan de una necesaria rejudaización del cristianismo. Estoy dispuesto a tomar al pie de la letra lo que dicen. Sin la Trascendencia, la Encarnación está desprovista de sentido, como la vida y la muerte. La relación con el Ser es asunto de conciencia. Lo que implica pluralismo y tolerancia, no como mal menor sino como una exigencia ontológica. Nuestra oportunidad está ahí, está en la abundancia de la herencia. Al recuperar nuestro pasado, recuperaremos, con el camino del porvenir, el secreto de la vida que cada uno lleva en sí: desde el comienzo, en el fondo inexplorado de la memoria, el recuerdo de la Eternidad.

XXI. LA SITUACIÓN DEMOGRÁFICA

Prever y actuar

DESDE 1960, la información demográfica ocupa por lo común los grandes titulares y las primeras planas. Y sin embargo, nada permite afirmar que la opinión pública, incluso la cultivada, esté hoy plenamente consciente de una realidad que se ha vuelto bruscamente inestable.

La historia enseña que existe siempre un desfase entre la realidad demográfica y la toma de conciencia por el cuerpo social que reacciona extemporáneamente en situaciones superadas. Los maestros del pensamiento de las Luces creían en su mayoría que la población de Europa declinaba en el siglo XVIII, cuando ésta efectuaba una brillante duplicación secular; los Padres de la Iglesia comparten con la *intelligentsia* pagana la convicción de que el mundo está lleno, mientras que la población se abate desde el decenio 180. Este abatimiento demográfico es la causa principal de la no reprogramación de la cultura antigua.

En el curso de los últimos decenios han sobrevenido importantes modificaciones. Es inútil recordar esa "revolución demográfica" de los países industriales en el siglo XIX. Se ha insistido en demasía sobre la ruptura cuando se trataba de una adaptación dentro de la continuidad. La verdadera revolución demográfica[1] es anterior: es la que dio nacimiento, entre el siglo XI y los siglos XIV-XV, al sistema demográfico llamado del matrimonio tardío, del matrimonio postpubertario y del control generalizado, masivamente socializado, de los impulsos sexuales.

Desde hace más de 20 años, asistimos a una modificación muy importante que primero pasó inadvertida a los ojos de los mismos demógrafos. Sólo la historia cuantitativa o serial permite hacer una selección entre las variaciones aleatorias y las verdaderas mutaciones estructurales.

Dos leyes parecían intangibles: la primera es que en el curso de la duración histórica las amplitudes de las variaciones tienden a atenuar-

* Artículo publicado en la *Nouvelle Presse Médicale* 41 (4), 29 de noviembre de 1975, pp. 2957-2958. Reproducido con la autorización de Masson Editor, París.

[1] P. Chaunu, *Histoire, science sociale*, París, SEDES, 1974, 437 pp. *De l'histoire à la prospective*, París, R. Laffont, 1975, 400 pp. Con respecto a la información demográfica, remitirse a *Population*, publicada por el INED (6 vols. por año, 1 500 pp.) y *Population studies* (London School of Economics).

se: la tendencia al alargamiento de las curvas. La segunda ley es la de la pesadez de los comportamientos demográficos profundamente ligados al sistema de civilización, a complejos más culturales que naturales, y que eran considerados como débilmente flexibles. No nos imaginábamos profundas modificaciones en el curso de una sola generación. Esta segunda ley ya no se aplica hoy. Los fenómenos demográficos son fenómenos culturales (culturales sobre una base biológica); son pues mucho más sensibles de lo que se creía a las modificaciones de los climas culturales y, desde hace diez o quince años, al prodigioso poder modificador de la información que penetra hasta lo más profundo de los continentes del Tercer Mundo.

Dos leyes acaban de desaparecer. Ahora bien, paradójicamente, subsiste el desfase entre la realidad demográfica y la crisis de conciencia del cuerpo social. La persistencia de este desfase tiene consecuencias catastróficas. Es ella la que explica en parte el deterioro del alargamiento de las curvas, la que, al interior de una evolución que nos conducía hacia pirámides de edades menos contrastadas (se conoce el costo social, el daño de las brutales variaciones), reconstituye campos caóticos, como en las mejores épocas de la peste y de las hambrunas.

Seguimos interpretando demasiado tarde y reaccionando demasiado tarde. No solamente los científicos deben aprender a leer mejor y más rápido las variaciones, sino que los medios de comunicación deben dejar de difundir con sus procedimientos de malabaristas, realidades superadas, provocando así a diestra y siniestra fenómenos de retroacción perjudiciales.

De 1940 a 1960,[2] la población a escala planetaria conoció una brusca aceleración. Esta aceleración resultaba accesoriamente del restablecimiento de la natalidad en el mundo industrial de origen y de cultura europea, tras la situación preocupante de los años treinta y, esencialmente, del abatimiento de la mortalidad en el Tercer Mundo mientras se mantenía la fecundidad. Esta coincidencia produjo, de 1958 a 1963, una tasa de crecimiento cercana al 2 por ciento al año. Es lo que se ha llamado —la imagen fue muy afortunada— la explosión demográfica.

Sin embargo, no había razón para alarmarse. Por una parte, como Colin Clark lo mostró claramente,[3] la producción alimenticia se acre-

[2] P. Chaunu, *Le refus de la vie. Analyse historique du présent*, París, Calmann-Lévy, 1975, 340 pp.

[3] Ponencia en el Coloquio de la Fundación Internacional de Ciencias Humanas (Jouy-en-Josas, del 27 al 30 de septiembre de 1975). Actas, 1976, París, Hachette, "Ciencias humanas".

centó, durante el muy breve período de sobreaceleración, más rápidamente que el número de los consumidores. Un pequeño número de expertos, por otra parte, basándose en un análisis histórico del presente, había previsto, desde 1960-1964, la inversión masiva de las curvas que se produce en la hora actual. Durante mucho tiempo el *Population Council* y las oficinas de la ONU lograron obstaculizar la difusión de una masa de datos concordantes que en conjunto demostraban que las previsiones difundidas estaban groseramente aumentadas. No siempre se puede enmascarar la verdad. Incluso los expertos de Nueva York, tras su escandaloso fracaso del año pasado, durante la Conferencia mundial de población en Bucarest (21-30 de agosto de 1974), se vieron obligados a reconocer su error, tardíamente y de mala gana. Las previsiones (variante media) calculaban para el año 2000 6 514 millones en 1968, 6 406 en 1974, 6 253 en 1975. Si se toman en cuenta las modificaciones sucesivas y si se anticipa, la cifra probable del año 2000 está más cerca de 5 mil millones y medio que de 6 mil millones, muy lejos, desde luego, de los 7 mil millones de los grandes titulares del verano de 1974.

Estos cálculos de expertos y su amplia difusión no son inocentes: regulan comportamientos. Piénsese[4] en la encuesta realizada en octubre de 1974 sobre las actitudes y las opiniones de los franceses respecto a la vida, que traduce el efecto psicológico motor de una obsesión alimentada por las situaciones superadas en el aterrorizado rechazo de la vida que se apodera de Francia después de Europa.

El reflujo de la vida[5] ocurrió primero en la Europa del Este y la URSS entre 1955 y 1957. En los Estados Unidos los primeros indicios aparecen en la base de la pirámide de edades entre 1957 y 1962. Entre 1957 y 1962, la muy joven generación que tiene entre 20 y 22 años adopta una actitud menos generosa ante la vida que la masa de los reproductores de 22 a 35-40 años.

Europa occidental es alcanzada entre 1963 y 1964. La tendencia se confirmó año tras año, de 1964 a 1968, y 1968 ve el derrumbamiento alemán. Alemania (RFA y RDA), con el coeficiente neto de reproducción de 0,7[6] —jamás observado en tiempos de paz en el curso de la historia— y un excedente de 150 mil decesos por año, está en el centro del ciclón. Desde hace 18 meses, con una caída de la fecundidad de 8 por ciento al año, Francia se incorpora rápidamente con Alemania

[4] *Population*, julio-octubre de 1975, pp. 693-750.
[5] *Le refus de la vie*, *op. cit.*
[6] En 1977, con 1,39 hijo por mujer, la RFA está en el coeficiente 0,63.

al número de los países más afectados. Inglaterra y el País de Gales, desde los últimos meses de 1974, tienen a su vez un excedente de decesos en relación con los nacimientos.

El reflujo de la vida que acaba de explotar y que amenaza a nuestras sociedades era previsible. Los cálculos que se hicieron en vistas del coloquio sobre el cambio de las estructuras demográficas en Europa y el aumento de los costos sociales por invitación del Consejo de Europa son abrumadores. Espero que pronto sean difundidos, pues muestran, a partir de 1985, un abatimiento debido a la tasa intolerable de envejecimiento, para rectificar la cual ya se dispone de muy poco tiempo.

La generación nacida en 1940 no será íntegramente reemplazada. El déficit (*Population*, 1975, 4 y 5, p. 857) puede ser evaluado en un 2 por ciento en el caso de Europa del Oeste y en un 6 por ciento en el de Europa del Este (coeficiente de 0,98 y 0,94). De haber sido advertido antes, se habría detenido este movimiento mediante un conjunto de medidas relativamente poco costosas.

Pero nadie supo prever la brusca aceleración que transformó el repliegue en desbandada. El mundo blanco de origen europeo alcanza hoy el coeficiente neto de reproducción de 0,85. Alemania está, a mediados del año 1975, un poco por debajo del 0,7; Francia, si no media una acción masiva inmediata, la habrá alcanzado sin duda de aquí a dos años.

A lo sumo, pagando el alto precio de muchos inconvenientes, una sociedad puede mantenerse largo tiempo en un coeficiente muy débilmente inferior a la unidad, pero no puede esperar sobrevivir con la tasa actual que se dibuja en el centro del continente europeo. La historia confirma lo que la reflexión teórica propone. Por debajo de un cierto umbral, la cultura ya no es reprogramable con una pirámide de edades invertida en una sociedad aplastada bajo el peso esclerosante de una insólita proporción de ancianos. Este umbral es alcanzado en la mayor parte de Europa.

Se imponen medidas. La primera es, evidentemente, inducir al cuerpo social a que cobre conciencia del cambio brutal de la coyuntura. Reemplazar la explosión de ayer en el nivel de las representaciones por la implosión de mañana. Aplicar rápidamente las medidas que hoy son estudiadas y cuya modesta eficacia a mediano plazo no es dudosa. Hemos llegado al punto en que todo nuevo retraso amenaza con costar demasiado caro.

XXII. UNA POLÍTICA DE LA VIDA*

EL MUNDO industrial de raíz europea y de cultura judeocristiana en el que se inscribe Francia está en crisis. Nadie puede dudarlo. Existen divergencias sobre la naturaleza y la extensión del mal. Sin embargo, dos puntos están hoy fuera de discusión. Y alrededor de ambas certidumbres el poder político debe generar una acción inmediata y masiva ya que, en verdad, de ella dependerá la supervivencia del cuerpo social y, en el punto al que han llegado las cosas, ya no se puede contar con la autorregulación de los sistemas.

El abatimiento de la fecundidad es tal que, si no ocurre un restablecimiento inmediato antes de diez años, la ruptura de los equilibrios biológicos y el deterioro de la pirámide de edades en la casi totalidad del Cuarto Mundo industrial donde nos encontramos no sólo comprometerán la prosperidad y la seguridad, sino que amenazarán con trabar la reprogramación misma de la cultura. A estas alturas, sólo el poder político puede, mediante una acción inteligente y poderosa, influir sobre el destino. Francia tiene vocación, debido a su experiencia relacionada con el problema, para mostrar el camino a las otras naciones industriales.

La acción que vayamos a emprender no puede ser eficaz más que si es ejemplar, es decir irresistible para el resto de la comunidad europea y de la comunidad de las naciones más desarrolladas.

En esta crisis en que todo está cuestionado, la familia, aunque sufre fuertes presiones internas y externas, sigue siendo la institución central. En verdad, todos los sondeos lo prueban. Es en el seno de la célula familiar donde los franceses, en su enorme mayoría, buscan lo que los ata a la vida: la felicidad, la seguridad, la ternura. Conforme las estructuras de sociabilidad antiguas se borran, se alejan, se endurecen, todo se juega y se construye alrededor de esta célula. Sin duda, es el único punto en que nos encontramos claramente en el centro de una continuidad mantenida, sin la cual la palabra misma de cambio no tiene ningún sentido. Pero se le pide cada vez más a esta célula casi única de la sociabilidad y de la felicidad. La familia no está amenazada por el vacío, pero corre el riesgo de resquebrajarse porque se exige demasiado de ella. El alargamiento de los tiempos de reprogramación de una cultura cada vez más compleja, el alargamiento de

* Artículo publicado en *Tant qu'il fait jour*, 14, calle del Cherche-Midi, 75006 París (noviembre de 1977). Reproducido con la amable autorización del Editor.

la duración media de la vida, la dureza de la competición en el campo de las relaciones sociales, sobrevaloran el papel protector de la familia.

Esta constatación impone una elección política muy clara. La familia garantiza la retransmisión de la vida (de la vida y de la cultura) que ya no se hace con un ritmo suficiente; asegura la protección de los individuos que se sienten perdidos en una sociedad cuya complejidad los somete a un grado de *stress* difícilmente tolerable. Todo aconseja pues al poder político una acción masiva de apoyo, a fin de permitir a la familia hacer frente a una demanda social que se incrementa sin cesar.

1. La amplitud de la crisis demográfica

Acción masiva impuesta por la amplitud sin equivalente de la crisis demográfica a la cual nos enfrentamos. Lo que ocurre hoy sólo es, en efecto, un aspecto de una crisis más general. Francia no está en el centro del ciclón. Aún no. Esta comprobación no es tranquilizadora. Eso quiere decir que no podemos contar más que con nosotros mismos, no con nuestros vecinos europeos como en el pasado, para paliar en unos años el déficit de los niños que no nacieron. Y que lo peor no está detrás, sino que se sitúa delante de nosotros.

Antes incluso de recordar la amplitud del fenómeno, tal vez convenga situarlo en su verdadero sitio.

Tres observaciones preliminares me parecen útiles:

a. Sociólogos, antropólogos e historiadores distinguen a veces en el seno del espacio-tiempo de las sociedades humanas, una corriente holística, integradora, en la que el hombre se siente insertado en un orden jerárquico donde él es parte de un todo, donde el sistema de valores aceptado privilegia el orden, y, por tanto, la conformidad del destino y del papel de cada uno en su lugar dentro del conjunto.

La tradición a la cual pertenecemos es diferente. La corriente individualista valora a cada individuo: conciencia de sí única bajo la mirada de la muerte, como un condensado de la humanidad entera, por consiguiente, igual a cualquier otro.

No existe, desde luego, modelo puro. No obstante, evolucionamos hacia un individualismo cada vez mayor. La aceleración de las tendencias en 25 años ha sido considerable. Las sociedades individualistas, a pesar de la aculturación de las sociedades holísticas por el modelo europeo, siguen siendo minoritarias. Son frágiles, siempre están amenazadas; sin embargo, dan testimonio de una aptitud incomparable para crear, transformar y transformarse.

Ninguna sociedad puede prescindir de un discurso coherente sobre el sentido de la vida y, por tanto, sobre la muerte. Pero la reflexión teórica y la observación histórica prueban que esto es particularmente cierto en una sociedad individualista. Este discurso, totalmente indispensable, sobre el sentido de la vida y de la muerte, fue durante siglos el discurso de las iglesias. La sociedad civil debe ser totalmente independiente de toda "Iglesia" en el sentido más amplio. Pero no puede prescindir por completo de verdaderas iglesias, es decir instituciones que no se preocupen solamente por el funcionamiento de la ciudad, sino por el discurso sobre el sentido de la vida, del ser y de la muerte. Si la meta de la sociedad liberal es permitir a cada miembro alcanzar su plena expansión, ello implica que cada uno pueda encontrar el discurso sobre el sentido de la vida, y por lo tanto sobre la muerte, que corresponda a sus aspiraciones personales.

La crisis de la sociedad individualista que surgió de la cultura helénica y del mensaje judeocristiano es, en primer lugar, la crisis de las iglesias. Entonces, es necesario que cada uno pueda encontrar una Iglesia que acepte cumplir con su papel y que no ceda a la tentación de sacrificar lo esencial por lo accesorio.

b. Hay varios discursos sobre el sentido de la vida y de la muerte, pero no todos son coherentes. Todo discurso contradictorio con la dignidad de la vida humana, con el valor del esfuerzo y con el fundamento inmediato de la conciencia de la libertad, es incoherente.

La revolución de los medios de comunicación y la progresiva caracterización de la sociedad por el desarrollo de su sector terciario, han permitido la difusión masiva de discursos ineptos que anteriormente se eliminaban fácilmente. Los *medios* han dado así a viejos sistemas gastados, producidos por los juegos de una clase ociosa, un prestigio nuevo, confiriéndoles el atractivo de una falsa novedad. Asistimos pues, en forma generalizada, a la subordinación de las conductas a un antiguo discurso suicida que es aceptado con una seriedad poco habitual.

c. La reducción de las tensiones de la lucha por la vida, en un medio más rico y mejor abrigado, favorece la recepción de esos discursos sobre lo absurdo de la vida. Si de veras la muerte fuera el tránsito del ser existente a la nada de la conciencia, si la vida fuera en efecto el producto estúpido del azar, si la conciencia fuera en efecto el fruto sin objetivo de una pura máquina desprovista de sentido, es evidente que no habría ninguna necesidad de continuar durante mucho tiempo este juego cruel, y que sería lógico utilizar la revolución anticonceptiva para realizar el viejo mito griego de Sileno y por fin poner un término a una comedia tan inútilmente dolorosa.

El encuentro con la revolución anticonceptiva, cuyos beneficios han sido cantados con una rara ligereza, y con esta crisis del sentido de la vida y de la muerte que es esencialmente crisis de las iglesias, y más particularmente de las iglesias judeocristianas, explica la gravedad de la amenaza que pesa hoy sobre la cuarta parte de la humanidad.

En 13 años, la fecundidad en la cuarta parte industrial de la humanidad ha bajado cerca de la mitad. *To be or not to be*, tal es, en verdad, la única cuestión esta vez.

En 1977, el conjunto del mundo industrial de origen europeo (al cual se puede sumar nuevamente Japón), 900 millones de almas, pues, algo más de la cuarta parte de los adultos se sitúa en el coeficiente de reproducción de 0,8 con numerosos sectores en 0,7; incluso, en el caso de Alemania Federal y algunas grandes ciudades de la Rusia europea: 0,6.

Esto quiere decir claramente que en 1974 habían faltado cerca de 3 millones de nacimientos en esta parte del mundo, simplemente para que fuera reemplazada la generación; cerca de 3 millones en 1975, cerca de 4 millones en 1976 y probablemente algo más de 4 millones faltarán en 1977.

Esto significa pues un déficit de 14 millones en 4 años, 14 millones de no nacidos, equivalentes por lo menos a 14 millones de muertos –30 por ciento más que las pérdidas de la primera Guerra Mundial (1914-1918) y 50 por ciento del total de las pérdidas de la segunda Guerra Mundial (1939-1945).

Desde 1965, Alemania (RFA y RDA) está en el centro del ciclón, con una caída de la mitad de los nacimientos en 13 años (580 000 nacimientos alemanes en la RFA en 1976) seguida de cerca por Estados Unidos, Canadá, Suecia y las provincias rusas de la URSS. Francia está un poco en retirada. Pero lo que cuenta es la tendencia. Ahora bien, en círculos concéntricos, todos los países industriales, unos después de otros, se ajustan al poco envidiable modelo alemán. Después de una caída cada vez más rápida de la fecundidad, se produce un desmoronamiento a un ritmo que puede ser de 10 a 15 por ciento al año; luego viene un periodo de baja moderada. Vemos extenderse, en ausencia de una información suficiente y de toda reacción política coherente, una suerte de espiral implacable.

Todos los países industriales reproducen pues, unos después de otros, el proceso alemán. Después de un lento deslizamiento, sobreviene el abatimiento seguido de un nuevo deslizamiento. Incluso con 8 y 9 por ciento, 1,3 hijo por mujer, no se ha tocado fondo todavía. La situación de un país industrial depende de tres factores: lo que le queda de

política familiar, legado de una antigua clarividencia aún no abandonada del todo, el nivel ante el proceso implosivo actual y la fecha de comienzo del primer deslizamiento.

Los Estados Unidos tenían 3,3 o 3,5 hijos por mujer entre 1955 y 1960 (le faltan 2,15 en este momento para el reemplazo de la generación), Alemania 2,3 o 2,4; y Francia 2,8 entre 1958 y 1962.

En los países del bloque del Este la modificación ocurre cada vez más temprano. Hacia 1925, la fecundidad es aquí más fuerte que en el Oeste; la recuperación fue menos sensible después de la guerra y la fase acelerada de la caída actual comienza más pronto. La caída se inicia más temprano entonces, en 1955, pero a partir de un nivel de fecundidad elevado, entre 2,5 y 3,5 hijos por mujer; en Estados Unidos y Canadá, el punto de inflexión se sitúa entre 1957 y 1960; en la Europa occidental, dentro de la cual se halla Francia, se registra entre 1962 y 1969. En Japón, que se parece un poco al modelo de los países del Este, ocurre excepcionalmente desde 1950, pero a partir de un punto de partida muy elevado.

Por último, conviene recordarlo, todavía ningún proceso correctivo se ha echado a andar. Falta una verdadera conciencia política del peligro. Aun los países más afectados continúan bajando. Como la RFA, que, pese a una prosperidad económica, no resistirá la llegada a la edad adulta de las disminuidas generaciones jóvenes. Las dos Alemanias y Luxemburgo pertenecen al pequeño grupo de las natalidades de una cifra. La mayoría de los países del Norte se aproximan a esto.

Nada permite decir que el coeficiente neto de reproducción alemana de 0,65, que el número de hijos por mujer de 1,40 (1.30 para las mujeres de nacionalidad alemana en 1976) señalan la altura de la ola. La perspectiva que presentaba recientemente Jean Bourgeois-Pichat,[1] excelente demógrafo y antiguo director del INED —y que causa sensación—, de una descendencia media de 1,5 niño por mujer en el conjunto de todos los países industriales, es paradójicamente, a la luz de los últimos resultados que nos han llegado, excesivamente optimista. En la actualidad, es 1,40, incluso 1,25, lo que se perfila en el horizonte, por cierto menos si nos dejamos sorprender.

En efecto, como yo lo había previsto desde hace diez años, unos después de otros, los países industriales reproducen espontáneamente la misma trayectoria.[2] La trayectoria alemana es solamente anticipativa.

[1] *Population*, 1976, nov.-dic., p. 1076.

[2] He desarrollado estas cuestiones en *De l'histoire à la prospective*, París, Laffont, 398 pp., 1975 y *Le refus de la vie*, París, Calmann-Lévy, 1975, 344 pp.; las he actualizado en *La mémorie et le sacré*, París, Calmann-Lévy, enero de 1978, 288 pp.

Nos brinda, sin embargo, el tiempo para reaccionar y para organizar la respuesta de la supervivencia.

Sin embargo, al estar en promedio, Francia es mucho más abierta —debido a las experiencias agudas de fines del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX— que los países vecinos, Alemania, Inglaterra, América y Escandinavia, a los peligros de la disminución de la natalidad, del envejecimiento y de la esclerosis del cuerpo social que se deriva de ello.

Un incidente en el otoño de 1976 muestra en qué medida seguimos combatiendo con armas desiguales. Una disminución pasajera de la velocidad (pasajera y sin efectos, y sin significación) en la línea descendente de la natalidad (la natalidad; no la fecundidad que continúa bajando con un ritmo rápido) ha recibido un eco sin ninguna proporción con su amplitud. La disminución de velocidad en la baja durante algunos meses ha sido favorecida por más medios informativos que la implosión de la cuarta parte del planeta en 20 años.

En el espacio de 15 días, por una imprudencia, los resultados de 3 años de esfuerzo para despertar a la opinión pública, hacer tomar conciencia y despertar la voluntad de la nación y de la clase política se vieron comprometidos en gran parte.

El retraso de la información con respecto al acontecimiento sigue siendo increíble y escandaloso. Se explica por un brutal rechazo de toda consideración de la utilidad social en nombre de un individualismo sin contrapeso, por la reivindicación de nuevas licitudes en materia de comportamiento sexual y la necesidad de rentabilizar las inversiones comprometidas en el perfeccionamiento de un arsenal anticonceptivo y antinatal que ha movilizado en la escala planetaria muchos más recursos que las investigaciones que se inscriben en la lucha contra el cáncer y las principales endemias.

Una sociología particular del medio de información comprometido en el combate ideológico para obtener nuevas libertades importantes, por cierto, y sin embargo adversas a otras libertades más fundamentales. Ninguna consideración secundaria puede oponerse al más inviolable y sagrado de todos los derechos: el derecho a la vida de todo ser humano inocente desde el día de su concepción.

La explosión demográfica del Tercer Mundo, por último, que fue el gran acontecimiento de los años 1945-1963, y que se vuelve a presentar con un ritmo rápido, salvo en algunos sectores hoy en día minoritarios . . . ha servido de pantalla y de coartada. He explicado los errores de apreciación[3] que en una primera época propiciaron una

[3] Chaunu, *De l'histoire à la prospective*, *Le refus de la vie* y *La mémoire et le sacré*, *op. cit.*

subestimación del fenómeno; luego, en una segunda época, a partir de 1960/1965, de una sobreestimación de los factores de crecimiento a una subestimación de la autorregulación del crecimiento. Los mayores fracasos sufridos se deben a la pasión aculturante de gobiernos aculturados, como recientemente, en la India, el gobierno de la señora Gandhi (la mutilación bajo coacción de 7,2 millones de muchachos en 9 meses, cubierta por el silencio cómplice de la prensa internacional) ha querido quemar etapas e imponer, por la fuerza, soluciones que repugnan con toda razón a la cultura y la conciencia de los pueblos del Tercer Mundo.

El error, perfectamente comprensible al comienzo, concierne a la naturaleza y la amplitud del fenómeno que afecta al conjunto de los mundos de culturas no europeas; después, el error fue voluntariamente mantenido a continuación. Ambos hechos han dado una coloración de beneficencia ilustrada, de mundialismo, a actitudes egoístas; han opuesto la justificación, pues, de un holismo planetario, a reacciones racistas y más generalmente a reivindicaciones pura y estrechamente individualistas. En muchos medios cristianos, entrampados en una desinformación sistemática, un legítimo deseo de descendencia ha sido culpabilizado y contenido mediante una información totalmente errónea.

2. La proximidad del punto de no retorno

La debilidad de la información ha impedido que intervengan los mecanismos autocorrectivos, cuando aún era tiempo, sobre todo antes de que fueran incorporadas a nuestras legislaciones graves inflexiones que vuelven hoy particularmente difícil y onerosa la corrección. La debilidad de la información explica que nos aproximemos a un punto de no retorno.

El fenómeno de la implosión de la cuarta parte rica del planeta, la cuarta parte motora, en una escala tal (50 en 15 años y la cuarta parte de la humanidad adulta en el coeficiente de 0,8, con una perspectiva de descendencia final en la trayectoria actual, de 1,4 hijo por mujer), no tiene precedentes.

Hay que rechazar de una vez por todas las lecturas tranquilizadoras. Aquellas que a comienzos de los años setenta acallaron las primeras advertencias. No hay ninguna comparación posible entre la situación actual y la de Europa occidental de 1890 a 1910, de 1925 a 1940, o a la de Europa occidental de 1932 a 1937-1938. Francia ha oscilado

durante numerosos años entre 0,93-0,95 y 1, rara vez por encima de la unidad con 1,05, con picos hacia abajo de 0,90.

Había causas externas evidentes: pérdidas enormes de la guerra de 1914-1918 en Francia; crisis económica, con depresiones enormes, en Alemania y en EUA, durante los años 1932-1933. Además, los espacios afectados eran espacios limitados. En Francia, el este y el norte compensaban el sur, el centro y París. En Europa, la Europa mediterránea y la Europa del Este compensaban el déficit del cuarto noroeste. En el espacio francés próximo al equilibrio y en el espacio europeo durante la crisis brutal de los años treinta, se producían corrientes compensatorias en el interior de un espacio cultural homogéneo.

El arsenal anticonceptivo mucho más limitado y una reserva de costumbres heredadas, una mayor moderación ante la sexualidad no permitían el ajuste inmediato de la descendencia al deseo de descendencia. Así, la descendencia obtenida en promedio era muy ligeramente superior a la descendencia anunciada como deseable.

En tanto, la principal consecuencia de la revolución anticonceptiva ha sido, como lo muestran estudios y sondeos, hacer descender lógicamente la descendencia obtenida muy por debajo de la descendencia anunciada como deseable. Resultaba de ello que los incitadores económicos, aflojando frenos cuya eficacia no era total, tenían un rendimiento más elevado, más inmediato y con menor costo.

No se puede comparar pues la crisis del decenio de los setenta con la de los años treinta. Sí, hay que renunciar, en verdad, a toda lectura tranquilizadora. Se ha leído que el repliegue actual de la natalidad se situaba en la prolongación de un proceso comenzado a mediados del siglo XVIII. Nada es más falso. El repliegue de la natalidad desde 1750, en promedio 1780-1810 en algunos casos y 1820 en otros, acompaña y compensa un repliegue anterior y más profundo de la mortalidad. Si la natalidad bajaba, el coeficiente neto de reproducción y los excedentes absolutos y relativos eran más elevados en 1880 que en 1750 en la escala del espacio europeo. La corriente actual no se inscribe en la prolongación de la adaptación progresiva desde 1750-1780 de la natalidad a las tasas de mortalidad. Por el contrario, señala una ruptura total con una evolución varias veces secular. Se trata de una disociación nueva y sin verdadero precedente entre la natalidad que se abate en relación con la mortalidad que desde hace 25 años se mantiene en un nivel casi constante a pesar de algunas oscilaciones. La ruptura principal es, por lo menos, tanto aquí como hace dos siglos, con el abismo que se ahonda entre la muerte que se mantiene y los

nacimientos que se hunden muy por debajo del estiaje de la simple supervivencia.

No hay situación comparable en un pasado cercano. El coeficiente neto de reproducción en grandes espacios es igual o inferior a 0,7 y el coeficiente de 0,8 en una cuarta parte del planeta, constituyen desafíos de cuyo peligro medimos mal por falta de una buena memoria.

Situaciones análogas. A partir de 0,7, la vida y la cultura dejan de ser reprogramables. Se piensa en algunos sectores del mundo antiguo entre los siglos IV y VI, en los amerindios, en las civilizaciones, en las culturas y en las especies extinguidas.

La actitud de muchos expertos internacionales merecería un estudio atento sólo para ella. Después de haber rehusado durante largo tiempo tomar en consideración los claros signos precursores del fenómeno; de haber propuesto, contra todo buen sentido, por analogía superficial, lecturas tranquilizantes, contra el parecer de una minoría de Casandras, están hoy de tal manera sorprendidos ante la brutal implosión, previsible sin embargo, de la fecundidad, que se desesperan por hacer aceptar al poder político los mecanismos para dominarla.

Como Marx en *La Sagrada Familia,* denuncian la ilusión de lo político, pensando que desde ahora estamos fuera de toda conquista voluntaria de lo real, fuera de toda acción voluntaria colectiva. Sin duda, ahora les repugna formular la amplitud del esfuerzo que será necesario realizar en adelante por haber esperado tanto tiempo por su falta.

Ya en otra ocasión analicé las causas de los errores en cadena que paralizaron completamente nuestros sistemas de previsión. En una palabra, el error se sitúa esencialmente en una pésima utilización de la historia. Razonamiento por analogía, rechazo a hacerse cargo de los nuevos factores irreductibles.

Después de haber visto venir el reflujo, a partir de 1963-1964 (después de haber intentado darlo a conocer), sigo siendo razonablemente optimista sobre la posibilidad de una acción política. Con tres condiciones, sin embargo: que la acción sea intentada en Francia, donde el terreno está un poco menos deteriorado, que sea inmediata, y sobre todo, que sea generalizada.

Para calcular el esfuerzo que deberá realizarse es preciso medir bien la novedad del sistema que hemos creado con algo de imprudencia y mucho de prisa, sin respetar las transiciones.

El fenómeno masivo nuevo —cada cual podía preverlo— es el de los nacimientos no positivamente deseados, no conscientemente deseados y no obstante otrora aceptados. Alfred Sauvy decía con razón que esos niños no eran los menos queridos. La diferencia fundamental está

ahí. Entre los antiguos métodos anticonceptivos de espaciamiento, de freno, parcialmente eficaces, que todas las sociedades y particularmente la nuestra han conocido y el arsenal masivo anticonceptivo y antinatal, exaltado, incensado, del cual hemos decidido dotarnos, al precio de prodigiosas inversiones intermediarias entre los fondos consagrados a la lucha contra el cáncer y la búsqueda de energías nuevas.

Para obtener el coeficiente neto de reproducción en una sociedad anticonceptiva dotada de las nuevas armas, no basta ya con un deseo de hijo anunciado, ligeramente superior a los 2,15 necesarios, como en las sociedades que recurrían a las anticoncepciones de espaciamiento, sino un deseo mucho más elevado. Puesto que en adelante la llegada del hijo no requiere sólo una elección indirecta, bajo la forma de una aceptación eventual, sino una decisión clara, positiva, en el nivel del consciente y no solamente del subconsciente.

En la hora actual, estamos ante dos datos aparentemente contradictorios. Por un lado, los europeos (y especialmente los franceses y las francesas) declaran aspirar a una cifra ideal de hijos ligeramente superior a 2,5;[4] por otro, cerca de la mitad de las parturientas (1,8 hijo por mujer en Francia) interrogadas revelan que el hijo puesto en el mundo no era deseado.

Cualquiera que sea la caída de la natalidad, cualquiera que sea el nivel de hijos deseados declarado por el cuerpo social, cualquiera que sea el grado en que se recurre a una anticoncepción eficaz, la diferencia se mantiene. Tenemos aquí la prueba científica del proceso implosivo.

Todo el problema consiste entonces en el paso de lo ideal a lo ideal actualizado.

Dicho de otra manera, si la anticoncepción hubiera sido mejor difundida, el número de nacimientos habría sido menor en casi un 50 por ciento y la diferencia entre lo ideal y lo ideal actualizado, en una relación de 2,5 a 1. Palpamos así la mayor dificultad aún no dominada (que, no obstante, debemos dominar en seguida) del sistema que hemos elegido deliberadamente.

La revolución anticonceptiva hizo subir del hipotálamo a la corteza cerebral, de lo instintivo a lo claramente consciente, un conjunto de decisiones que se encontraban alojadas allí. Al hacer pasar todo el peso de la transmisión de la vida a la zona decisoria, se cargó a los individuos con un aumento de responsabilidades asumidas hasta entonces

[4] Este deseo se ha elevado, en Francia, de 1975 a 1977, de 2,4 a 2,7, sin ninguna incidencia sobre el número de los nacimientos obtenidos (1,8).

por el instinto, sin que esta sobrecarga se haya revelado favorable para el equilibrio del cuerpo social, la felicidad de los individuos y el progreso del pensamiento. Existe una correlación entre esta sobrecarga, que se agrega a otras, y la multiplicación de los estados depresivos. De todos modos, una transformación de esta importancia, que une aspectos positivos y negativos, habría debido ser frenada y no acelerada, a fin de permitir un tiempo de adaptación.

En su reciente artículo,[5] Jean Bourgeois-Pichat observa: "Hacia 1960, la opinión pública se sorprendió al conocer que en los países de civilización europea, la mitad de los nacimientos no eran deseados. En esa época, la tasa bruta de natalidad era del orden de 18 por 1000 y la desaparición de los nacimientos no deseados la habría reducido a 9 por 1000. Ahora bien, vemos que tales valores se inscriben progresivamente en la realidad de hoy."

Esta observación es completamente capital. Comprobamos, además, que cualquiera que sea el nivel de la natalidad, la encuesta con las parturientas arroja inadvertidamente el mismo resultado. Se desprende de esta doble comprobación una doble consecuencia. A saber, que estamos lejos de haber agotado los efectos de la revolución anticonceptiva; que las tasas alemanas actuales no son accidentales, sino lógicas e inherentes al sistema; que este sistema es abierto y que nada permite saber dónde se encuentra la parte más profunda; que incluso las tasas alemanas actuales (natalidad 9/1000; descendencia 1,30 por mujer) no señalan esa parte más profunda.

Por eso mis conclusiones difieren en parte de las de Jean Bourgeois-Pichat. Como él, pienso que las cifras actuales no permiten la supervivencia de un cuerpo social. Como él, pienso que nos harán entrar de aquí a cinco o diez años, en una zona de sacudidas, de catástrofes y desgracias cada vez más insoportables. Pero, a diferencia de Bourgeois-Pichat, no creo que deba esperarse el surgimiento espontáneo de una autorregulación correctiva. Actualmente, hemos llegado a tal grado que la caída de la fecundidad en los países industriales más avanzados en este proceso acarrea una retroacción aceleradora y no una retroacción correctiva.

Esto quiere decir claramente que nada se arreglará solo, que ya no es el momento para emplear medicinas suaves, pues sólo una voluntad política, en sentido amplio, comparable por lo menos a la que ha programado el arsenal anticonceptivo y antinatal, es capaz de detenernos *in extremis,* al borde de la implosión.

[5] "Baisse de la féconité et descendance finale", *Population,* 1976, nº 6.

Francia se hunde en 1973 y luego, con una ligera diferencia, se ajusta al proceso alemán. Sigue España desde fines de 1975, la cual cayó en 1976 a un ritmo de 10 por ciento al año. No hay excepción, todo está desbocado. El proceso, engranado entre 1960, acelerado entre 1968 y 1970, pasó globalmente desde 1974 a un ritmo más rápido aún, con la aparición en la Europa del Norte de natalidades con una cifra y coeficientes netos de reproducción inferiores a 0,7, y luego 0,6. En un sentido, la natalidad se redujo a la mitad de lo que sería necesario para asegurar el reemplazo de la población de la cuarta parte más rica del planeta.

¿Cómo es posible que un fenómeno de esta importancia y de esta gravedad —con este ritmo y en esta escala, sin equivalentes en la historia— influyera tan poco en el ámbito de los medios de información de masas?[6] ¿Pudo ser ocultado durante tanto tiempo por estos medios de comunicación más perfeccionados que los de ninguna otra sociedad? De 1930 a 1939, cuando la situación era incomparablemente menos grave, la cantidad de advertencias expresadas oralmente en la "información difundida global" era de cuatro a cinco veces superior, guardadas todas las proporciones, al actual. El cambio de las actitudes ante la vida no tiene, desgraciadamente, efectos sensibles inmediatos. Por otra parte, lo que nosotros vivimos no tiene precedentes.

En el plano de la población, un cuerpo social reacciona en la relación entre activos y no activos. Ahora bien, la recuperación del equilibrio de la natalidad de 1942-1943 sirve de pantalla en la hora actual, y hasta alrededor de 1980-1985. Incluso Alemania no tiene todavía más que un excedente anual de decesos de 200-250 mil, mientras que la fecundidad actual daría, disipada esta pantalla, un excedente de 500 mil decesos por año. Ahora bien, Alemania, a menos que cobre conciencia inmediatamente, dibuja nuestro porvenir. Francia la sigue con un desfase de aproximadamente cinco años.

Supongamos pues (hipótesis actualmente optimista) que la fecundidad alemana deja de bajar y que se mantiene en el nivel actual (1,4 hijo por mujer, incluidas las emigradas; 1,32 entre las mujeres alemanas); tendremos entonces una situación de equilibrio decreciente; 13 por ciento menores de 20 años, 35 por ciento mayores de 60 años.

Pero antes de alcanzar el equilibrio en el declive, habrá que pasar por un punto donde los mayores de 60 años, secuela de la generación numerosa, alcanzarán el 40 por ciento del conjunto. La población conserva un equilibrio decreciente; el país registra entonces 3,5 de-

[6] P. Chaunu y G. Suffert, *La Peste blanche*, París, Gallimard, 1976.

cesos por cada nacimiento. Y la población cae en una proporción de 4 a 1 en un siglo. Es decir, que un país de 60 millones se encuentra después de un siglo con 15 millones de habitantes, más de la mitad de los cuales son mayores de 50 años. Con 1,25 (ciudades alemanas) y 1,05 (centro de Moscú) hacemos mejor aún, un nacimiento por 4 decesos, uno por 6,5 . . . y caídas de población más rápidas en un siglo.

Si Alemania decidiera mantener su ritmo de producción y hacer funcionar a la máxima potencia su equipo industrial (lo cual sería imposible), habría que prever, hacia el año 2000, la instalación de 20 millones de extranjeros procedentes del Tercer Mundo (toda Europa estaría en una situación análoga). Todo es, en efecto, cuestión de calendario. Dejo de lado las incidencias sobre la defensa y las reacciones previsibles sobre los equilibrios intercontinentales.

A partir de 1990, esta sociedad se habrá vuelto inhabitable en sentido propio: empobrecimiento general, ausencia total de creatividad, conflictos entre grupos étnicos. ¿Cómo imaginar entonces, si tienen aún los recursos para ello, que las poblaciones arrastradas en esta desgracia previsible, acepten reproducir todavía la vida? A partir del umbral que alcanzaríamos, si no hay reacción dentro de diez o quince años, ya no se podría esperar la aplicación de una retroacción correctiva sino solamente de una retroacción acelerativa. El sistema ya no tiene entonces ninguna posibilidad de autorregulación, se ha vuelto implosivo. Escapa entonces a todo control. ¿Cómo se pudo llegar al punto en que ya estamos sin que se encendiera la señal roja?

Hasta 1973, incluso en Francia, a pesar de los esfuerzos de Michel Debré, cuya lucidez fue ejemplar, ha sido imposible difundir el mensaje con recursos adecuados.

3. Condiciones de una terapéutica

Esta voluntad tiene más posibilidades de desplegarse en un país como Francia que en un país como Alemania, que está ya atrapado por la espiral implosiva.

De 1962 a 1973, la fecundidad francesa ha bajado lenta y regularmente, sin que esta degradación sea perceptible en el nivel de los nacimientos. El rejuvenecimiento de la población en la inmediata posguerra, las repatriaciones de ultramar y especialmente de Argelia —un saldo migratorio muy positivo— mantenían el nivel anual entre 850 y 870 mil, salvo una corta excepción.

La ruptura, el comienzo de un proceso abiertamente a la alemana, empieza en 1973.

De 875 mil nacimientos ocurridos en 1972, entonces sólo eran necesarios 765-770 mil para garantizar el reemplazo de la generación. En el curso del primer semestre del año 1973, los nacimientos se mantienen (874 mil), pero el estiaje de reemplazo, que continúa elevándose, no impide que la erosión de la fecundidad continúe (2,4 hijos por mujer).

El primer desplazamiento comienza en agosto de 1973 y proseguirá hasta junio de 1974. El primer semestre de 1973 se situará en 854 mil. El estiaje continúa elevándose, el reemplazo de la generación habrá sido asegurado por última vez en el curso del primer trimestre de 1974.

Evidentemente, tal abatimiento se relaciona con una enorme campaña que daba continuidad a aquella otra que desembocó en la ley de diciembre de 1967. Desde el proceso de Bobigny, el aborto es presentado sin culpa antes de ser oficialmente despenalizado.

La ley de diciembre de 1967 es abiertamente "superada" y la propaganda anticonceptiva acompaña la reivindicación del aborto libre. A fines del año 1974, en el momento del voto de la ley sobre el aborto, esta caída se frena.

Francia se ha instalado un poco por debajo del estiaje de reemplazo, 755 mil nacimientos al año, cuando el estiaje era de alrededor de 805-807 mil; mientras que la suma media anual ponderada se desliza de 785 mil en octubre, a 781 mil en diciembre. Esta realidad permite juzgar retrospectivamente acerca de la "calidad" de la información de que disponía el Parlamento durante la votación de la ley, sin ninguna medida compensatoria capaz de contrarrestar sus efectos. Deliberadamente hemos elegido el crecimiento negativo y tomado el riesgo de desencadenar un proceso implosivo.

En la primavera de 1975, como lo habíamos previsto, la caída recuperó el ritmo catastrófico de la primavera de 1974. Mientras que el estiaje de reemplazo no cesa de elevarse al ritmo de 10 a 15 mil por año, hasta alcanzar 850 mil a fines del decenio, los nacimientos caen: 1974 (781 mil), total del año 1975, 742 mil. La caída se modera un poco en el curso del primer trimestre de 1976, se acelera en el segundo trimestre de 1976 y, en mayo-junio de 1976, el año se anuncia por debajo de 700 mil. De junio de 1976 a junio de 1977, hay un nuevo escalón. Nos mantenemos en alrededor de 715 mil-720 mil, o sea 1,8 niño por mujer, y en el coeficiente neto más bajo de nuestra historia de 0,83-0,84, ya que serían necesarios alrededor de 830 mil nacimientos para el simple reemplazo de la generación.

Desde fines de 1975, un comienzo de toma de conciencia del peligro se abría paso en diversos niveles, cuando tuvo lugar el imprudente

anuncio de una rectificación muy provisoria en el proceso implosivo, que comprometió el esfuerzo y contribuyó a las deplorables decisiones que se tomaron entonces, bajo la presión de la izquierda y de los sindicatos.

En una palabra, en la lucha contra el desempleo, había que elegir las largas licencias remuneradas de las mujeres, y no la utópica disminución de la edad de la jubilación, preconizada por el Programa común, mientras que fabricamos una pirámide de edades que volverá cada vez más aleatorio el pago de las jubilaciones.

Durante los trabajos del 7º plan, entre los expertos se oía afirmar comúnmente la inutilidad de lo que se llamaba, con un cierto desprecio, las incitaciones económicas. Ya nadie se atreve, hoy en día, a sostener abiertamente lo que todavía hace dos o tres años se escuchaba comúnmente.

Ya no se puede esperar el efecto de una retroacción correctiva. Tal como es programada hoy, a partir de la revolución anticonceptiva –que no hemos tenido la prudencia de realizar con las etapas que habrían permitido, tal vez, el establecimiento de una autorregulación progresiva–, el sistema es no autorregulable. En adelante, ya no podemos esperar retroacciones que no sean acumulativas, es decir aceleradoras. Ahora bien, la primera misión de la política es asegurar las condiciones de la supervivencia de la ciudad.

En verdad, hay que apresurar una "revolución" en el sentido más amplio. A fin de hacer nacer las motivaciones profundas que permiten actualizar verdaderamente el deseo del hijo anunciado (si es posible de hacerlo nacer, de afianzarlo), un deseo que sería suficiente si estuviera actualizado.

Es indispensable un trabajo a largo plazo, pero falta el tiempo y hay que sortear un escollo difícil. Para ello es necesario producir un consenso alrededor de algunas medidas a corto plazo.

Ésas son las incitaciones económicas, que sólo son la segunda parte de la revolución anticonceptiva. No se puede proclamar la libertad de rechazar la descendencia, proporcionar los recursos a expensas de la colectividad (lo que es, de todas maneras, estúpido) y rechazar la práctica de una verdadera solidaridad relacionada con la entrada en la vida. La solidaridad en el ocaso de la existencia sólo es concebible si la libertad de procrear deja de ser una libertad formal para convertirse en una libertad real. Es necesario que quienes eligen prolongar la vida en favor de los otros, reciban de los otros la total igualdad de las cargas y de las condiciones.

Nadie puede dudar de la eficacia de las medidas que son, simplemente, medidas justas. Francia y Europa occidental han proporcionado un ejemplo de ello. La gran política familiar de la cual se dotó Francia de 1939 a 1955, desde el código de la familia (julio de 1939) hasta las ordenanzas de la Liberación, explica que la recuperación haya sido, en Francia, de 0,5 hijo por mujer, superior en promedio a los otros países de Europa, cuyas políticas de apoyo habían sido, en promedio, menos audaces y por lo tanto menos acertadas que la francesa.

Hemos dejado degradarse esta política desde el tratado de Roma (el alineamiento por abajo y sobre todo, desde el decenio 1970. Las transferencias (totales) en favor de los niños, a través de las familias, que estaban en 22 por ciento del PNB *per capita* de 1946 a 1950, que se habían mantenido en un buen nivel hasta alrededor de 1965-1966, están en 9 por ciento en 1972, 5,4 por ciento en 1976.

El proceso de la revolución anticonceptiva, lejos de estar compensado demográficamente por una política de apoyo a la natalidad, ha estado acompañado por el desmantelamiento de lo adquirido con la Resistencia y la Liberación. Así, la relación proporcional es considerablemente positiva en los países de igual desarrollo, en la sincronía y la diacronía, entre la fecundidad y el esfuerzo consentido por el cuerpo social para paliar el escándalo de la desigualdad de los *status*, de los niveles de vida y de las condiciones entre los sexos y en especial del sexo femenino, en relación inversamente proporcional a la carga tomada en la retransmisión de la vida y la reprogramación de la cultura. Los individuos extraen, inteligentemente, las consecuencias de la inconsecuencia del grupo en su comportamiento colectivo. Los países del bloque del Este acaban de proporcionarnos una prueba suplementaria de la eficacia de un apoyo económico inteligente. Pero existe una diferencia entre Hungría y Checoslovaquia, Rumania y Polonia, que han tenido éxito en conjunto, pasando de 1,7 por mujer a 2,3-2,5 (Checoslovaquia, Hungría) gracias a la política realmente eficaz de largas licencias remuneradas de 3 años para las mujeres, y la URSS y Alemania del Este, que han fracasado. El fracaso parece patente en la URSS, donde el ligero ascenso de la natalidad se debe al refuerzo de Asia comparado con la población rusa en plena implosión. Los pueblos turquestanos musulmanes tienen una fecundidad superior a las poblaciones rusas de tres a tres veces y media.

4. ¿EN QUÉ PODRÍA CONSISTIR UNA POLÍTICA DE LA VIDA?

Información; prudencia; esfuerzo de imaginación.

Información. Las cifras, las proyecciones, están ahí, innumerab incuestionables. Así, debe hacerse un esfuerzo informativo sobre amplitud y las consecuencias de la implosión, comparable al que ar se hizo sobre la explosión del Tercer Mundo.

Prudencia. No es posible echarse atrás en lo inmediato sobre nuevas licitudes. Pero resulta cuando menos inconsecuente forzar ritmo de evolución demasiado rápido para asimilar sus perjuicio hacer pagar a la colectividad el arsenal anticonceptivo y antinatal, d dole todos los estímulos oficiales; o, al menos, no sería concebi hacerlo más que si la reprogramación de la vida fuera estimulada de misma manera, es decir, íntegramente tomada a cargo de la colectivid Entre 1945 y 1950 se transfería el equivalente del 22 por ciento del *per capita* por niño; la colectividad francesa, habida cuenta del co del niño, notablemente inferior en promedio al del adulto, asegur alrededor de la mitad de la carga media del niño. En relación con nivel relativo de la inmediata posguerra, estamos en la cuarta pa La política familiar ha sido valorada con arreglo a la inflación, y sido excluida en cambio de los beneficios del crecimiento.

Ahora bien, las condiciones sociales y culturales han cambiado p fundamente desde la Liberación. En adelante, estamos obligado construir una política de la vida, necesariamente más costosa, so los principios mismos de nuestra sociedad, de libertad, de igualda de solidaridad. La libertad de rechazar la vida, que no es discutil y la de destruirla dentro del huevo (que es inadmisible) impli *a fortiori*, la libertad de acogerla; pero la libertad real, sin pérdida estatuto, sin sacrificios económicos, sin pérdida de valor con respe a los que rechazan o que no tienen la posibilidad de transmitirla, igualdad de las condiciones masculina y femenina y de las condicior femeninas entre ellas, implica tomar en cuenta el cargo de maternid dentro de las carreras femeninas. La solidaridad en el seno de la vi implica, evidentemente, la solidaridad principal con la entrada la vida.

No solamente hemos hecho poco, sino que hemos dejado pasar o siones que ya no se presentarán. Hemos dejado que se degrade volumen relativo de las transferencias en la proporción de 4 a 1. N hemos ajustado insensiblemente a nuestros socios, en lugar de p fundizar la diferencia y de incitarlos a imitarnos, de apresurar, consecuencia, la indispensable toma de conciencia en el plano

la comunidad de las naciones europeas en peligro. La larga crisis estructural de las economías desde el otoño de 1973; la presencia al pie de la pirámide de los activos de las clases, si no numerosas, al menos normales, de la posguerra; la demanda de empleo femenino suscitada por la evolución de las costumbres y la degradación de la política familiar, traen aparejado, para una decena de años, un desequilibrio estructural en favor de la oferta en el mercado de empleo. Se puede prever, para mediados del decenio 1980, con la llegada de las primeras clases disminuidas, el cambio profundo de esta coyuntura.

En lugar de elegir la disminución de la edad de la jubilación, y la reducción de la duración del trabajo, habría que aprovechar esta situación para establecer, sin aumentar el volumen global de las transferencias sociales, mediante la licencia remunerada de 3 años por hijo, la condición de base para una verdadera igualdad entre la condición masculina y femenina.

Cada hijo da derecho a tres años de salario deducido del presupuesto social de la nación, con tasa del 80 por ciento del SMIC en el caso de las mujeres sin empleo y con tasa real con límite máximo de dos veces el SMIC en el caso de las mujeres asalariadas (libre –para aquellas que lo deseen particularmente, probablemente en la cima de la jerarquía de los salarios, en los puestos de responsabilidad– de renunciar a estos derechos). Se puede concebir un doble límite, límite de la tasa y límite de la duración. Si ninguna mujer pudiera percibir durante más de quince años este salario y el presupuesto social de la nación asegurara las cuotas en el fondo de jubilación de las mujeres que hubieran tenido por lo menos tres hijos, se pondría término a un triple escándalo. El trabajo abrumador de las jóvenes obligadas a asegurarse una doble tarea; el despilfarro que representa el sobretrabajo de las mujeres, el cual compromete la calidad fundamental de la educación; y, sobre todo, el escándalo de los escándalos en esta sociedad: la pauperización de las mujeres de edad que han tenido carga de hijos. Llegamos a la paradoja de una sociedad donde prácticamente todo el mundo tiene derecho a una jubilación decente, excepto las mujeres que han llevado en su carne, en sus entrañas, la generación que habrá de soportar el peso de la generación declinante. Si no ponemos fin rápidamente a este escándalo, por fuerza tendremos reacciones violentas y sin duda injustas dentro de diez años, cuando la carga de las jubilaciones comience, como se esboza en Alemania, a volverse intolerable para los activos.

Evidentemente, salario materno no se presenta en sustitución sino en adición de las ventajas anteriores, que en adelante deberán ser correctamente valoradas con arreglo a la renta global de la nación y

no simplemente al índice de precios. La solidaridad frente a la vida no es una asistencia reservada a los pobres. Es el derecho a la igualdad, cualquiera que sea la condición, cualquiera que sea la carga de hijos. El problema de la reducción de las diferencias de los ingresos es un problema global. Hay que rechazar la tentación de reservar las primeras clases a los célibes y a las parejas sin hijos. Es evidente que, en adelante, al calcular el impuesto, el hijo debe contar como una parte y no como una media parte.

Todo menoscabo a un derecho adquirido en este terreno, como el desmantelamiento hipócrita del impuesto al salario por familia, la disminución del salario único a los ejecutivos . . . todas estas medidas que golpean a las familias numerosas, es decir normales, en los medios acomodados cuyos comportamientos son ejemplares y atractivos, tienen un valor simbólico. Se advierten —lo cual era previsible— como un signo de menosprecio y un repudio de parte de la comunidad nacional.

Todas las medidas que han golpeado a los ejecutivos que poseen familia, en contradicción con las promesas de la política familiar de 1945, tienen una incidencia considerable en el deseo de descendencia. No hay que olvidar que los modelos culturales tienden a deslizarse de la cima hacia la base de la pirámide. Y todo lo que restringe el deseo de descendencia en la cima tiene un efecto multiplicador e irresistible.

La política de la vida que debe sustituir a la gran política familiar de la Liberación es, por supuesto, más costosa. En 1945, en una sociedad parcialmente tradicional, bastaba con asegurar el costo del hijo; ahora es necesario pagar el no salario de la mujer. En 1945, no se remuneraba el trabajo de la madre. En adelante, los cuidados que la madre consagra a sus hijos deben darle derecho a un salario desde luego modesto, pero un verdadero salario. La mujer es remunerada por el presupuesto social de la nación como puericultora, como educadora de sus hijos.

Esta revolución es la otra parte, la parte positiva de la revolución anticonceptiva. Es la condición *sine qua non* de nuestra supervivencia. El costo de la empresa cabe dentro de lo que la política familiar de 1946 a 1950 cubría relativamente. Se puede pensar en etapas. Pero hay que actuar en seguida y en forma generalizada.

Los esfuerzos aislados no tienen efecto. Sólo un esfuerzo masivo puede aún volver creíble, para las parejas, el deseo colectivo de supervivencia de la comunidad nacional.

Estas justas medidas son necesarias, pero por sí solas no son suficientes. No se traen niños al mundo para la sociedad; se les trae al mundo,

en primer lugar, para sí, para amarlos y ser amado por ellos. La sociedad tradicional (*ese mundo que hemos perdido,* dice con tacto Peter Laslett: es cuando no se va a la oficina o a la fábrica) hacía vivir juntos a los hijos y los padres, en un espacio que era al mismo tiempo el hogar y la empresa.

Los niños estaban en el lugar donde se vivía y donde se trabajaba. Se les veía mientras los adultos se dedicaban a sus ocupaciones. La vida de la familia-empresa era menos parcelada, fraccionada, paralizada. Hoy en día tenemos la posibilidad, con la electricidad, la informática, la tecnología más avanzada, de hacer estallar los megasistemas con los que un discurso político arcaizante sigue lamiéndose los dedos de gusto: las enormes empresas con débiles rendimientos y las enormes megalópolis con costos de mantenimiento demasiado elevados. La modificación de las condiciones de vida para la vida debe hacer estallar los lugares de trabajo y entablar un proceso que traiga de nuevo trabajo inteligente hacia la célula familiar y comunidades de habitantes más reducidas, donde el hombre pueda mantener una relación más armoniosa con el hombre y la naturaleza.

Una política de la vida es entonces indisociable, a largo plazo, de una política del espacio que genere una mejor inserción del hombre en el medio, de una política de la empresa basada en el deseo de emprender, de inventar y de transmitir la herencia de la memoria y del esfuerzo. Esta remodelación requiere de tiempo.

Así, una política de la vida exige la posibilidad de encontrar, inventar y, en suma, recuperar libremente el sentido profundo de la vida y por lo tanto, el resurgimiento de un discurso coherente sobre la muerte. Ahora bien, tenemos poco tiempo.

Se ha dado comienzo a una carrera de la cual depende la supervivencia de la más vieja y de la más brillante de las civilizaciones. Cualquiera que sea el riesgo –y es grande– los[7] comprometo a apostar por la vida, a pesar de todo.

[7] El artículo "los", en este caso, va dirigido al Consejo Económico y Social.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

Historia cuantitativa o historia serial

SEGUNDA PARTE

Una exploración de la duración

Tercera parte

La historia económica está en el centro

Cuarta parte

La vía demográfica y sus superaciones

Quinta parte

El alcance de la historia. La historia, ciencia del futuro

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1987 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S.A. Sevilla 109, y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S.A. Municipio Libre 188, México 03300, D.F. Se tiraron 3 000 ejemplares.